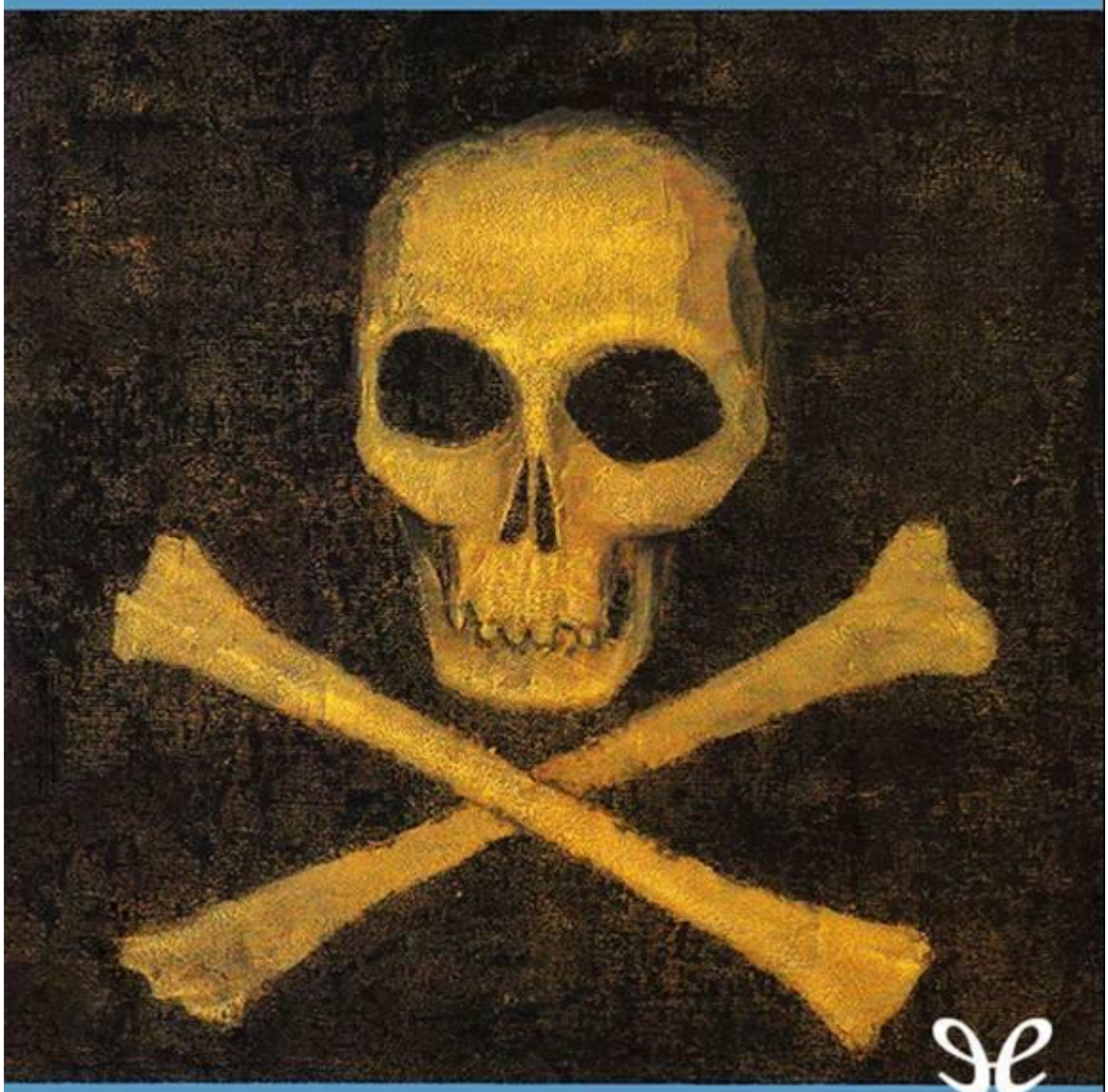
Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas

Daniel Defoe



La *Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas* es la fuente principal y mejor documentada de la que han bebido tanto los estudiosos de la Historia de la Piratería como los novelistas que crearon la leyenda romántica y universal de aquellos marinos, proscritos y temerarios, cuya única patria era su propio barco y los océanos.

Publicada originalmente (la primera parte) en 1724 con la firma del Capitán Charles Johnson —seudónimo tras el que se ocultaba, como se ha sabido mucho después, el autor de *Robinson Crusoe*, Daniel Defoe—, *Historia general de los piratas* se inicia con las biografías de diecisiete notables piratas ingleses de la época (Avery, Mary Read, *Barbanegra*…), acompañadas de consideraciones generales sobre la piratería, sus peligros para las naciones, sus causas y posible remedio. Tras esta primera parte, dedicada a la piratería en occidente, la segunda se ocupa de los capitanes y tripulaciones que actuaban en torno a Madagascar, la costa africana y el océano índico.

Se remonta Defoe siete años atrás para fechar el origen de su Historia General, al año 1717, año en que el rey Jorge I publica el famoso *Edicto para la supresión de los piratas*, ofreciendo el perdón real a los capitanes y tripulaciones que abandonasen sus actividades delictivas, y arbitrando medidas de fuerza para acabar con quienes persistieran en el bandidaje marítimo. Las andanzas y persecuciones que vivieron aquellos hombres, y mujeres, que desafiaron la autoridad real es el tema central de esta peculiar y fascinante historia.

Daniel Defoe

Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas

ePub r1.0

orhi 13.08.2017

Título original: *A General History of the Robberies and Murders of the most notorious Pyrates*

Daniel Defoe, 1724

Traducción: Francisco Torres Oliver

Ilustración de cubierta: *Jolly Roger* de Francisco Torres Oliver

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

PRESENTACIÓN

DE HISTORIA GENERAL DE LOS PIRATAS

Se han escrito, se escriben, y seguirán viendo la luz multitud de historias de la piratería, de los piratas o de algunos de sus más notables prohombres. La *Historia de la Piratería* de Philip Gosse; *Bucaneros de América*, de Alexander Olivier Exquemelin, o las *Memorias de William Dampier* son tan sólo tres ejemplos emblemáticos traídos aquí de entre los varios centenares de títulos que formarían una buena bibliografía sobre este asunto. Como en cualquier otro tema, en el del bandidaje en el mar, hay una media docena de obras de inexcusable cita cuando se elabora una lista de fuentes de consulta. Dos de los ejemplos anteriormente citados, los libros de Exquemelin y Philip Gosse, figuran sin duda en ese selecto y reducido grupo de textos fundamentales, pero el libro que ahora tienes en tus manos, la *Historia general de los piratas* es, de largo, la fuente fundamental para el conocimiento de la piratería pura, de esa etapa en la que, como afirma Gosse, «la concepción popular de lo que era entonces un pirata correspondía a lo que realmente debía ser».

Defoe delimita bien la época de la piratería a la que quiere referirse en su libro: «desde su aparición y establecimiento en la isla de Providence, en 1717, hasta el presente año de 1724». Sin embargo, no son sólo esos siete años de acciones piratas los cubiertos por la crónica de Defoe. Puesto que éste inicia sus biografías de piratas narrándonos el *raid* de Avery en 1693, y el segundo volumen de su historia ve la luz en 1728, tenemos gracias al autor de Robinson Crusoe, información sobre un tercio de siglo de esa Edad Dorada de la Piratería que declina en el siglo XVIII. Defoe considera significativo el año 1717 para iniciar su crónica porque es concretamente en ese año cuando el rey Jorge I de Inglaterra publica su "Edicto para la supresión de los piratas". El edicto ofrece, por un lado, el perdón real a los capitanes y tripulaciones que abandonen sus actividades delictivas y se acojan a él. Simultáneamente se arbitran medidas de fuerza para acabar con quienes persistan en el bandidaje marítimo y con aquellos que en tierra colaboren

con él. La subsiguiente ola de testimonios, investigaciones y declaraciones ante los tribunales de testigos y reos de piratería, permitió a Defoe obtener una copiosa información sobre este tema, de la cual se sirve abundantemente en su crónica.

En un primer volumen aparecido en 1724, Defoe, tras el seudónimo de capitán Charles Johnson, presenta las biografías de diecisiete notables piratas ingleses contemporáneos suyos, acompañadas de consideraciones generales sobre la piratería, sus peligros para las naciones, causas y su posible remedio. Tras este primer tomo, dedicado a los piratas de occidente, ve la luz cuatro años más tarde una segunda parte, centrada en los capitanes y tripulaciones que actuaban en torno a Madagascar, la costa africana y el Índico. El éxito de aquel primer tomo de 1724, y la noticia de que se preparaba un segundo volumen, hicieron que muchos lectores se dirigieran al autor aclarando circunstancias y aportando datos sobre hechos narrados por Defoe de los que ellos habían sido testigos o sobre los que tenían información de primera mano. Mucho de este material, recogido al socaire de la publicación de 1724, fue incorporado por el autor a posteriores reediciones de su obra.

Durante doscientos años esta *Historia general de los piratas* ha sido fuente de información básica tanto para los historiadores como para los creadores de ficción que han abordado, en el mundo anglosajón, el tema de la piratería pura, es decir, desligada de las actividades de corso o guerra entre naciones. Y sin embargo, su autor, el capitán Charles Johnson, siguió durante este tiempo siendo un perfecto desconocido. Todo intento de rastrear su personalidad en los archivos marítimos ingleses o franceses resultó infructuoso. Philip Gosse especuló incluso con la idea de que el tal capitán Charles Johnson hubiera sido un pirata auténtico, ya retirado del oficio, y de ahí su conocimiento del tema y la necesidad de ocultar su nombre real tras un seudónimo. Aunque todavía hay quien se pregunta quién fue el capitán Charles Johnson, el acuerdo es prácticamente unánime entre los investigadores, que identifican tras ese seudónimo al literato inglés Daniel Defoe.

Daniel Defoe (1660-1731), periodista, novelista, comerciante, espía, autor de libelos, propagandista político, estudioso del mundo del hampa y otras cuantas cosas más, es uno de los más célebres escritores ingleses de todos los tiempos. Universalmente conocido por *Robinson Crusoe* o *Moll Flanders*, no tiene demasiado sentido en este momento pasar revista aquí a sus principales y bien conocidas virtudes como escritor. Sin embargo, sí puede resultar pertinente, dado que hablamos ahora de su *Historia general de los piratas*, hacer hincapié en el especial interés que siempre tuvo Defoe por este tema. De su pluma han salido *The King of the Pirates*, que es una autobiografía ficticia del capitán Avery; *Las aventuras del*

capitán Singleton, la vida de otro pirata imaginario; *A New Voyage*, donde se describe un *raid* que es prácticamente similar al efectuado por el pirata Willliam Dampier; *The Four Years Voyages*, donde es personaje principal el capitán Roberts, quizá el más notorio pirata de los biografiados en esta *Historia general*; e incluso hay investigadores que atribuyen a la fabulación de Defoe la obra *Madagascar; o el diario de Robert Drury* (1729), tradicionalmente considerada como el testimonio auténtico del tripulante de un barco pirata, que vivió cautivo en Madagascar durante trece años.

Cuestión aparte es el tema de la historicidad de los hechos recogidos por Defoe en su *Historia general*. Las opiniones, que las hubo, de que lo narrado en la *Historia general* era un puro cuento de hadas, han quedado hace ya tiempo totalmente desacreditadas. Pero una vez establecida la veracidad sustancial de la información que brinda Defoe sobre ambientes, instituciones y usos de los piratas, quedan pendientes dudas sobre la autenticidad de determinadas figuras, datos y anécdotas. Lo más probable es que Defoe haya realizado una compleja mixtura de ficción y realidad, sin precisar en concreto dónde acababa la realidad y empezaba la Ficción. En su primer tomo, dedicado a la piratería en el Caribe, la noticia real predomina de forma abrumadora sobre lo inventado. Puede haber diálogos pergeñados para subrayar o dramatizar unos hechos ciertos; alguna infancia o peripecia vital parece haber sido fantaseada para dar consistencia a figuras como Mary Read, o Anne Bonny, cuyas biografías probablemente sean mera invención, pero, ciertamente, cuando se investiga para corroborar la verdad de lo narrado por Defoe, suelen quedar confirmadas sus informaciones. En cuanto a ese segundo volumen, que vio la luz en 1728, cabe afirmar que las condiciones de historicidad que le acompañan son algo menores que aquellas de que hace gala ese primer tomo que le precedió cuatro años antes. Aquí los hechos referidos a los asentamientos piratas en Madagascar, aunque sustancialmente ciertos, están muy literariamente modificados. De los piratas cuyas andanzas constituyen el asunto del libro, al menos tres: Misson, Lewis y Cornelius, son muy probablemente —opinión sostenida por ejemplo en el *Wordsworth Dictionary of Pirates*— una invención de Defoe, y las andanzas del capitán Tew un tanto improbables. En esta segunda entrega, aunque sigue habiendo una amplia base de acontecimientos reales, parece que Defoe idealizó la figura del pirata como rebelde social, para demostrar que la sociedad contra la que se rebelaban era aún peor que ellos. Quizá haya que seguir esperando para saber si Misson, el pirata idealista, como se le ha llamado, cuya figura llegó a fascinar al mismo Lord Byron, realmente existió. «Nunca otro hombre más gentil, había hundido barco o segado cabeza», dijo de él, Byron…

La *Historia general* de Defoe sigue siendo, a pesar de sus posibles aderezos de ficción, una fuente inestimable para conocer la historia de la piratería de toda una época, aquella en que esta actividad muestra para nosotros su aspecto más característico. Lo que recopiló Defoe constituye la materia de la que están tejidos todos los sueños de piratas que Stevenson, J. M. Barrie o Hollywood han tramado para nosotros. Que ustedes lo disfruten.

La *Historia general de los piratas* ha conocido hasta el momento sólo ediciones parciales en español, de las cuales las más recientes han sido las de Nostromo (una selección realizada por Juan Antonio Molina Foix[1] en tres volúmenes de formato bolsillo, y traducción de Francisco Torres Oliver) en 1977, y la de Bruguera «Libro Amigo» (que es la misma edición de Nostromo en un solo volumen) cuatro años más tarde. En ambos casos lo publicado fue apenas un tercio de la extensa obra de Defoe. En esta ocasión Valdemar da a la luz la versión íntegra de esta obra, con los añadidos al primer volumen que el propio autor incorporó al reeditarlo posteriormente.

Alfredo Lara López.

HISTORIA GENERAL

DE LOS

robos y asesinatos

de los más famosos

P I R A T A S

Y TAMBIÉN DE

sus normas, disciplina y gobierno,

desde su aparición y establecimiento en la isla

de *Providence*, en 1717, hasta el presente año

de 1724

PREFACIO

Dado que la recopilación del material que comprende la presente historia ha sido una tarea que rebasa los límites de lo normal, no podíamos darnos por satisfechos si dejábamos fuera aspectos de indudable interés para el público. Ésa es la razón por la que hemos añadido un breve extracto de la legislación actualmente en vigor, y unos cuantos casos particulares (los más curiosos que hemos podido encontrar) juzgados hasta aquí, en los que aparece qué acciones se han declarado piratería y qué acciones no.

Es posible que este libro llegue a manos de patrones de barco y demás honrados navegantes que, ya por temporales o vientos contrarios, ya por algún accidente de los que suelen acontecer en los viajes largos, quizá lleguen a encontrarse en una situación difícil, por escasez de víveres o falta de pertrechos: puede servirles de orientación, digamos, sobre hasta dónde pueden llegar sin violar el derecho internacional, en caso de encontrarse con otros barcos en alta mar, o de ser arrojados a una costa hostil que se negase a venderles artículos de primera necesidad para preservar sus vidas.

A lo largo de esta obra hemos expuesto unos cuantos casos de hombres seducidos que se han lanzado de cabeza a una vida de grandísimo peligro para ellos y enormemente destructiva del tráfico marítimo mundial, daño para cuyo remedio sólo hay dos caminos: dar trabajo a los numerosos marineros abandonados a su suerte a la terminación de una guerra, con lo que se evitaría que derivasen hacia esa actividad, o guardar suficientemente las costas de África, las Indias Occidentales y demás latitudes frecuentadas por los piratas.

No puedo por menos de señalar aquí que durante el largo periodo de paz actual no he tenido noticia de la existencia de un solo pirata holandés. No es que crea que los holandeses son más honrados que sus vecinos; pero si buscamos una explicación, quizá debamos reprocharnos nuestra falta de industria. La razón, a mi parecer, está en que después de una guerra, cuando los holandeses desarman los barcos, tienen una pesca en la que sus marineros encuentran en seguida un trabajo y un pan tan buenos como los que tenían antes. Si nuestros marineros tuviesen el mismo recurso en los momentos de necesidad, estoy seguro de que obtendríamos el mismo resultado. Porque la pesca es una actividad en la que no puede haber saturación. La mar es suficientemente grande como para que quepamos todos; no tenemos necesidad de pelear para hacernos sitio; sus recursos son infinitos, y

siempre recompensan al trabajador. Además, la mayoría de nuestras costas abastecen a los holandeses, que mantienen en constante actividad centenares de embarcaciones, y encima nos venden nuestro propio pescado. Digo nuestro porque la soberanía de las aguas británicas es hoy por hoy reconocida tanto por los holandeses como por las naciones vecinas. Así que si hubiese en nosotros un espíritu de comunidad, valdría la pena crear una actividad pesquera de ámbito nacional, lo que sería el mejor medio de prevenir la piratería, daría trabajo a mucha gente pobre, y aliviaría al país de una gran carga, dado que haría bajar el precio de las provisiones en general, así como el de otros artículos.

No hace falta que aduzca pruebas de lo que digo, a saber: que hay multitud de marineros actualmente sin trabajo. Es demasiado evidente, porque los vemos vagando y mendigando por todo el reino. Y esto no se debe tanto a su inclinación a la ociosidad como al rigor de su destino, al ponérselos en la calle una vez que han cumplido su misión, condenándolos a morir de hambre o a robar. No sé de un solo buque de guerra comisionado durante varios años, que al cumplir sus hombres no se hayan ofrecido tres veces en 24 horas. Los mercantes se aprovechan de esto; rebajan sus sueldos, y los pocos marineros que consiguen un trabajo son mal pagados y peor alimentados; tales usos fomentan el descontento entre ellos y los vuelven deseosos de cambiar.

No voy a repetir lo que digo en la obra sobre los corsarios de las Indias Occidentales, donde indico que viven del expolio. Y como la costumbre es una segunda naturaleza, no tiene nada de extraño que cuando no les resulta fácil ganarse el pan de una manera honrada recurran a otra muy semejante a la que están acostumbrados, por lo que puede decirse que los corsarios en tiempo de guerra son semilleros de piratas para los tiempos de paz.

Ahora que hemos explicado su causa y principio, será natural preguntar por qué no se acaba con ellos antes de que adquieran cierta relevancia, dado que tenemos no menos de una docena de buques de guerra en nuestras plantaciones americanas incluso en tiempos de paz, fuerza suficiente para enfrentarse a un enemigo poderoso; pregunta que quizá no cubre de gloria a quienes incumbe ese servicio. Espero no obstante que se me disculpe, dado que si llamo la atención sobre esto lo hago sólo por el deseo de servir a mi país.

Repito: no se explica que unos pocos piratas surquen los manes durante años sin que dé con ellos ninguno de nuestros buques de guerra, mientras que ellos, los piratas, apresan flotas enteras. Da la impresión de que los unos son mucho más eficientes que los otros en sus respectivas actividades; sólo Roberts y

su tripulación apresaron 400 naves antes de que se acabara con ellos.

Puede que aclare este aspecto en otro momento; ahora me limito a señalar que los piratas revelan la misma astucia en la mar que los salteadores en tierra: así como éstos saben qué caminos son los más frecuentados y dónde es más probable hacerse con un buen botín, aquéllos saben en qué latitud apostarse para interceptar barcos; y como los piratas suelen andar faltos de provisiones, pertrechos o alguna mercancía concreta, navegan en busca de barcos con ese abastecimiento, con el convencimiento de que los van a encontrar. Y por la misma razón, si los buques de guerra navegaran por esas latitudes, podrían estar seguros de dar con los piratas, igual que los piratas lo están de encontrar barcos mercantes; y si los buques de guerra no encuentran piratas en dichas latitudes, entonces es seguro que los barcos mercantes pueden llegar a puerto sin novedad.

Para aclarar esto un poco más a los lectores de mi país, diré que todos nuestros barcos con destino a ultramar, una vez que dejan atrás la costa, suelen enfilar hacia la latitud del lugar al que se dirigen, ya sea las Indias Occidentales o alguna región del continente americano, como Nueva York, Nueva Inglaterra, Virginia, etc., porque la latitud es la única cosa cierta que se puede tener en esos viajes, y después van derechos hacia el oeste hasta que llegan a puerto, sin alterar el rumbo. En esta ruta a occidente se apostan los piratas, sea en Virginia, etc., sea en Nevis, San Cristóbal, Montserrat, Jamaica, etc.; de manera que si los barcos mercantes que se dirigen a esos puertos no son apresados un día pueden serlo al otro. Por eso digo que si un buque de guerra patrulla por esa misma ruta, los piratas le vendrán irremediablemente a la boca, o huirán despavoridos; porque donde hay caza hay alimañas; y si ocurriera lo segundo, como he dicho antes, el tráfico pasará seguro y sin molestias, y los piratas se verán obligados a buscar refugio en alguna de las guaridas que tienen en las islas deshabitadas, donde su destino será el del zorro en su madriguera: si osa salir, ser perseguido y cazado, y si no, morir de hambre.

Otra cosa quiero comentar aquí: los piratas por lo general cambian de escenario de acuerdo con la época del año; en verano suelen merodear por la costa del continente americano; pero al llegar allí el invierno, como es un poco demasiado frío para ellos, cuando se aproximan las bajas temperaturas buscan el sol dirigiéndose a las islas. Todo el que ha hecho la ruta de las Indias Occidentales sabe que es así; por tanto, puesto que nos son conocidos sus movimientos, no veo por qué nuestros buques de guerra, con la debida reglamentación, no pueden dirigirse al sur en vez de permanecer amarrados todo el invierno sin efectuar servicio alguno.

Pero quizá llevo demasiado lejos esta cuestión, así que la dejo, para decir una cosa sobre las páginas que siguen: el autor puede asegurar al lector que contienen algo que las recomienda y es cierto: de aquellos hechos de los que no ha sido testigo ocular ha obtenido información fidedigna de personas que intervinieron en el apresamiento de los piratas, así como de boca de los piratas mismos tras ser detenidos, e imaginar que nadie puede aportar mejor testimonio en apoyo de la autenticidad de una historia.

Se observará que el relato de las hazañas de Roberts tiene más extensión que los de los demás piratas; es por dos motivos: primero porque infestó los mares más que ningún otro, y en consecuencia su vida debe tener más amplio tratamiento; en segundo lugar, cuando encontramos que unas circunstancias de la vida de Roberts, sea el código pirata o cualquier otra cosa, son iguales en otros piratas, para no aburrir al lector con tediosas repeticiones, preferimos exponerlas sólo una vez, y elegimos la vida de Roberts para tal propósito, puesto que él ha dado más que hablar en el mundo que otros.

En cuanto a las vidas de nuestras dos mujeres piratas, reconocemos que pueden parecer un poco extravagantes; pero no por eso dejan de ser ciertas, y como fueron juzgadas públicamente por sus piraterías, todavía viven testigos suficientes que pueden confirmar lo que hemos escrito sobre ellas. Es cierto que aportamos detalles que no eran del dominio público; la razón es que hemos indagado en sus vidas más que otros a quienes no guiaba otro fin que el de satisfacer su propia curiosidad. Si bien hay episodios e incidentes en sus historias que pueden parecer novelescos, no son inventados ni están aderezados para tal propósito; ése es un estilo con el que este autor está muy poco familiarizado; aunque, como él mismo se ha divertido lo indecible cuando se los contaron, ha pensado que pueden tener el mismo efecto en el lector.

Supongo que no hace falta que nos disculpemos por llamar «Historia» a las páginas que siguen, pese a que no contienen otra cosa que las hazañas de un puñado de ladrones. Es el arrojo y la estrategia guerrera lo que hace a una acción digna de ser consignada, y en ese sentido las aventuras aquí relatadas se juzgarán merecedoras de tal nombre. Plutarco se muestra muy minucioso a la hora de relatar las hazañas del esclavo Espartaco, y hace de su derrota una de las glorias más grandes de Marco Craso; y es probable que si este esclavo hubiese vivido algo más, Plutarco nos habría dejado una extensa biografía suya. Roma, dueña del mundo, no fue al principio sino un refugio de ladrones y forajidos, y si nuestros piratas hubiesen seguido creciendo al ritmo con que lo hacían en sus inicios, y se hubiesen unido todos, y establecido en alguna de esas islas, con el tiempo habrían

podido ser dignificados con el nombre de nación, y ningún poder de esas regiones del mundo habría sido capaz de disputárselo.

Si nos hemos atrevido a censurar la conducta de algunos gobernadores de las provincias de ultramar, lo hemos hecho siempre con prudencia; y quizá no hemos dicho todo lo que ha llegado a nuestro conocimiento. Sin embargo, esperamos que los caballeros que desempeñan tal función en dichas regiones y jamás han dado pie a una censura semejante no se sientan ofendidos por haber hecho uso del término gobernador.

P. D.— Es preciso añadir unas palabras a este prefacio, para informar al lector de que la presente impresión contiene varias adiciones importantes, lo que aumenta el volumen del libro, incrementando algo también su precio como es natural.

El éxito entre los lectores de la primera edición ha sido tan grande que ha originado la seria demanda de una segunda; entre tanto, varias personas que cayeron en manos de los piratas, y otras a las que ha afectado ese apresamiento, han tenido la amabilidad de darnos a conocer varios hechos y circunstancias no recogidos en la primera impresión. Esto ha ocasionado cierto retraso; de manera que si no sale ésta a la luz con la celeridad que habría sido de desear ha sido por el interés de ofrecerla más completa.

No vamos a detallar aquí el material incorporado. Sin embargo, no podemos por menos de aludir a las descripciones de las islas de Santo Tomé, *etc.* y de Brasil. Se observará que nuestros matemáticos y geógrafos especulativos, hombres de gran saber sin duda alguna, raramente salen de sus gabinetes para adquirir conocimientos, etc., así que no están en condiciones de proporcionar una buena descripción de los países; ésa es la razón de que todos nuestros mapas y atlas estén monstruosamente equivocados, ya que estos caballeros se ven obligados a recurrir a noticias de gente ignorante.

Hay que tener en cuenta también que cuando el patrón de una nave hace un descubrimiento de este género suele ser reacio a comunicarlo; el conocimiento de esta o aquella costa lo acredita mejor que ninguna otra habilidad y lo vuelve más útil a su profesión, por lo que se resiste a revelarlo, como el mercader se resiste a descubrir el secreto de su negocio.

El caballero que se ha tomado la molestia de facilitar estos comentarios es el señor Atkins, cirujano y persona hábil en su profesión; como no se halla sujeto a

estrictas consideraciones de prestar un servicio público, ha tenido la amabilidad de brindárnoslos para beneficio de otros. No dudo que el lector encontrará muy provechosas sus observaciones referentes al comercio en esas regiones, así como al método de comercio establecido ahí con los portugueses, lo que puede resultar sumamente beneficioso para algunos de nuestros compatriotas si se dejan guiar por su plan.

Esperemos que estas cosas satisfagan al público, dado que lo que más presente ha tenido el autor de estas páginas es procurar que el libro sea útil, aunque ha llegado a su conocimiento que algunos caballeros ponen en duda la veracidad de su contenido y opinan que más parece calculado para entretener y divertir. Si bien se narran los hechos con cierta viveza y amenidad, esperamos que no se vea esto como un defecto; y en cuanto a su veracidad, podemos asegurar que los navegantes, es decir, las personas familiarizadas con la naturaleza de estas cosas, no han osado poner la más pequeña objeción. Y más aún: el autor se atreve a afirmar que no hay en todo el libro un solo hecho o circunstancia que no pueda probar con testigos fidedignos.

Ha habido otros piratas, además de los reseñados aquí, cuyas aventuras son tan extravagantes y están tan llenas de fechorías como las de los que son materia de este libro. El autor ha empezado ya a ordenar metódicamente sus datos; en cuanto reciba cierto material para completarlos (a no mucho tardar, espera, de las Indias Occidentales), si recibe el favor del público, se aventurará a ofrecerlos en un segundo volumen.

TABLA DE MATERIAS

Los corchetes indican pasajes trasladados del apéndice del vol. II

VOLUMEN I

INTRODUCCION (PÁG. 55)

Peligro de las naciones derivado del incremento de los piratas. Los piratas en tiempos de Mario y Sila. Apresan a Julio César. Perdonan la vida a César, y por qué. Su actitud entre ellos. César obtiene la libertad mediante rescate. Ataca y apresa a los piratas. Los ahorca en Troya. Aumentan otra vez hasta adquirir una fuerza prodigiosa. Saqueo en las puertas de Roma. Rinden fingido homenaje a los romanos. Pompeyo el Grande es nombrado general para luchar contra ellos. Se le asigna una flota y ejército prodigiosos. Su dirección y fortuna. Sufren una derrota. Valentía de los piratas. El pirata Barbarroja, sus comienzos. Su gran fuerza. Selim Enteni, rey de Argel, busca su amistad. Se erige en rey, y cómo. Derroca al rey de Túnez. Deja la herencia a su hermano. Las Indias Occidentales, cómodas para los piratas, y por qué. Explicación del término cayo. Los piratas esconden su botín en ellos. Seguridad delos piratas en esas regiones. Explicación del incremento de piratas desde la Paz de Utrecht. Una expedición desde Jamaica para saquear a los españoles. Los españoles demandan justicia al gobierno de Jamaica. Los saqueadores se vuelven piratas. Los españoles efectúan represalias. Los marineros saqueados se unen a los piratas. Nombres de los barcos apresados por ellos. Providence, escogida por ellos como lugar de retiro. Descripción de la isla. Los lores solicitan a su difunta majestad que se asegure Providence. Orden del consejo de este Reino con el mismo fin. Lista de los buques de guerra utilizados en la defensa de las plantaciones. El capitán Woodes Rogers es nombrado gobernador de Providence. Edicto del Rey para la supresión de los piratas. Cómo los piratas se acogieron al edicto. Grandes divisiones entre ellos. Cómo se apaciguaron. Varios piratas se entregan al gobernador de Bermudas. El destino de los demás. Llegada de Woodes Rogers a Providence, reacción de Vane. Woodes Rogers emplea a los piratas perdonados. Conducta de éstos. Algunos son ahorcados por nuevas

piraterías. Su extraño comportamiento en el lugar de ejecución. Intercambio de reproches entre ingleses y españoles. Los españoles toman por sorpresa el buque de guerra *Greyhound*, y cómo. Lo abandonan. La tripulación de un guardacostas español es ahorcada en Jamaica, y por qué. Carta de sir Nicholas Laws a los alcaldes de Trinidad. Carta de Joseph Laws, teniente del bergantín de esnón *Happy* a los alcaldes de Trinidad. Respuesta de los alcaldes a la carta del teniente. Réplica del teniente a la respuesta de los alcaldes. Contrarrespuesta de los alcaldes. Breve referencia a Richard Holland. Presas tomadas por él.

CAPÍTULO I

Del capitán Avery y su tripulación (PÁG. 77)

Relatos románticos sobre su grandeza. Su nacimiento. Es primer oficial de un barco de Bristol. Para qué viaje se enroló. Sondea a los marineros. Urde un complot para apoderarse del barco. Lo lleva a cabo y cómo. Los piratas apresan un barco rico perteneciente al Gran Mogol. El Gran Mogol amenaza a los asentamientos ingleses. Los piratas ponen rumbo a Madagascar. Celebran un consejo. Ponen todo el tesoro a bordo del barco de Avery. Avery y su tripulación dejan traidoramente a sus socios y se dirigen a la isla de Providence, en las Indias Occidentales. Venden el barco y se marchan a América del Norte en una balandra. Se separan, Avery va a Nueva Inglaterra. De ahí regresa a Irlanda. Avery tiene miedo de sacar a la venta sus diamantes. Pasa a Inglaterra. Pone su riqueza en manos de unos mercaderes de Bristol. Cambia de nombre. Vive en Bideford. Los mercaderes no le mandan suficiente para su subsistencia. Los importuna. Va secretamente a Bristol, ellos lo amenazan con delatarlo. Vuelve a Irlanda, y los importuna desde allí. Es muy pobre, y para ganarse el pasaje a Plymouth trabaja a bordo; de allí se dirige a Bideford. Muere en la miseria. Breve noticia sobre los compinches de Avery. Su establecimiento en Madagascar. Descripción de los habitantes. Se encuentran con otros piratas, noticia sobre éstos. Los piratas alcanza gran poder. Su política, gobierno, *etc.* Descripción de los lugares. Llegada del capitán Woodes Rogers a esa parte de la isla. Plan de los piratas para tomar por sorpresa su barco. Uno de estos príncipes fue en otro tiempo barquero del Támesis. Sus secretarios, hombres sin instrucción. No sabían leer ni escribir.

CAPÍTULO II

Del capitán Martel y su tripulación (PÁG. 93)

Manera de eliminar piratas. Explicación del incremento de los piratas. Dónde aprendió Martel su profesión. Nombres de varias presas capturadas por él. Su fuerza en Santa Cruz. Su manera de hacerse fuerte allí. Es atacado por el buque de guerra *Scarborough*. Su defensa por tierra y mar. Su huida desesperada. Su miserable fin [carta del capitán Evans].

CAPÍTULO III

Del capitán Teach, alias Barbanegra (PÁG. 103)

Sus inicios. Su asociación con Hornigold. Se rompe la asociación. Apresa un barco grande de Guinea. Traba batalla con el buque de guerra *Scarborough*. Su alianza con el comandante Stede Bonnet. Depone a su nuevo aliado. Su consejo al comandante. Su progreso y éxito. Captura presas a la vista de Charleston. Manda embajadores al gobernador de Carolina con una demanda insolente. Embarranca a propósito su barco. Su crueldad con algunos de sus compañeros. Se acoge al Edicto del Rey. Excesiva generosidad del gobernador de Carolina del Norte con él. Se casa. Número de sus esposas que vivían. Sus virtudes conyugales. Efectúa una segunda excursión pirata. Algunos apaños entre él y el gobernador. Su comportamiento moderado en el río. Sus francachelas en tierra. Los mercaderes solicitan una fuerza contra él y dónde. Edicto ofreciendo una recompensa por apresar o matar piratas. El teniente Maynard es enviado en su persecución. La buena información de Barbanegra. El teniente traba batalla con Barbanegra. Un brindis execrable de Barbanegra. La lucha sangrienta; algunos detalles de ésta. Muerte de Barbanegra. Apresamiento de su balandra. Comportamiento del teniente. Una reflexión sobre el humor de los marineros. Corresponsales de Barbanegra descubiertos gracias a sus papeles. Desesperada disposición de Barbanegra antes del combate. El teniente y el gobernador no son muy buenos amigos. Los acusados son ahorcados. Se salva Samuel Odell, y por qué. La buena suerte de Israel Hands. Las malvadas diversiones de Barbanegra. Descripción de su barba. Varios ejemplos de su malignidad. Algunas anotaciones sacadas de su diario. Nombres de los piratas muertos en el combate. De los ejecutados. Valor de la presa. [Teach manda por drogas al señor Mark, Wragg, *etc.* reteniendo rehenes. Peligro de la vida de estos rehenes; un bote llega a bordo y los salva. Teach se sitúa delante de Charleston. Liberación de los rehenes. Exculpación del gobernador Eden.]

CAPÍTULO IV

Del Mayor Stede Bonnet y su tripulación (PÁG. 129)

Una educación de caballero. Supuesta perturbación mental. Sus comienzos como pirata. Captura presas. Disensiones en su tripulación. Se une a Barbanegra. Es depuesto de su mando. Sus reflexiones melancólicas. Se acoge al Edicto del Rey. Su nuevo proyecto. Salva a unos piratas abandonados. Inicia de nuevo su anterior actividad. Enumeración de las presas tomadas por él. El coronel Rhet sale en busca de piratas. Se rinde el pirata Yeats. Combate entre el coronel Rhet y el comandante Bonnet. Relación de muertos y heridos. Los prisioneros son conducidos a Charleston. El comandante y el patrón se escapan. Son apresados de nuevo por el coronel Rhet. Se celebra un juicio de almirantazgo. Nombres de los acusados. Formulación de su acusación. Su defensa. Nombres de los que fueron condenados, Excelente discurso del presidente del tribunal al leer la sentencia del comandante. Carta del *comandante* Bonnet al gobernador.

CAPÍTULO V

Del capitán Edward England y su tripulación (PÁG. 149)

Sus inicios y su carácter. Una bárbara acción de su tripulación. Nombres de las presas tomadas por él. Desdichas de sus compinches. Correrías de England por medio mundo. Breve descripción de la costa de Malabar. Qué hicieron en Madagascar. Apresa un barco de las Indias Orientales. Detalles de la acción en la carta del capitán Macrae. El capitán Macrae se atreve a abordar al pirata. Está en peligro de morir. Se salva por un gracioso incidente. Generosidad de los piratas con él. El capitán England es depuesto, y por qué. Lo abandonan en la isla Mauricio. Breve comentario sobre esta isla. Continuación de las aventuras de la compañía. Angria, el pirata indio. Su fuerza en tierra y mar. Guerras que sostiene con él la Compañía de las Indias Orientales. Los piratas van a la isla de Melinda. Su bárbaro comportamiento allí. Oyen los planes del capitán Macrae contra ellos. Sus reflexiones al respecto. Zarpan para Cochin, asentamiento holandés. Los piratas y los holandeses se hacen buenos amigos. Los piratas y el gobernador intercambian presentes. Los piratas, en situación apurada. Casi perecen de hambre. Capturan una presa de inmenso valor. Capturan un barco ostendés de las Indias

Orientales. Breve descripción de Madagascar. Prodigioso dividendo obtenido por los piratas. Manera de un camarada de aumentar su número de diamantes. Algunos piratas abandonan, y se unen a los restos de Avery. Actitud de los buques de guerra en esas latitudes. Algunos holandeses piden a los piratas que los admitan. Los piratas, divididos en cuanto a las medidas. Disgregación. Qué fue de ellos.

CAPÍTULO VI

Del capitán Charles Vane y su tripulación (PÁG. 173)

Conducta de Vane en Providence. Nombres de las presas tomadas por él. Es abandonado por su consorte Yeats. Yeats se entrega en Charleston. Una estratagema de Vane. Vane se encuentra con Barbanegra. Se saludan a la manera pirata. Vane es depuesto de su mando, y por qué. Hands, degradado y expulsado con él. Les dan una balandra. Zarpan en busca de aventuras, y capturan presas. Vane arrojado a una playa deshabitada. Se encuentra con un viejo conocido. Vane sufre un súbito arrebato de orgullo [habilidad]. Embarca en una nave haciéndose pasar por otro. Es descubierto, y de qué manera. Es conducido a Jamaica, y ahorcado. [Juicio del capitán Vane en Providence. Su carta al gobernador Rogers. Protesta del capitán King]

CAPÍTULO VII

Del capitán John Rackam y su tripulación (PÁG. 189)

Inicios de Rackam como pirata. Relación de presas tomadas por él. Es atacado por un guardacostas español. Su estratagema para escapar. Más presas tomadas por él. Es capturado, y cómo. Juzgado, condenado, y ejecutado en Jamaica. Nombres de su tripulación condenada con él. El extraordinario caso de nueve hombres capturados con él. Algunas consideraciones sobre el proceso contra ellos.

Vida de Mary Read (PÁG. 194)

Nacimiento de Mary Read. Motivos para vestirla con calzones. Sirve a una dama; se alista en el ejército. Su comportamiento en varios combates. Se enamora de su compañero. Descubre su sexo; se casan los dos soldados. Se establece en Breda. Muere su marido, y vuelve a ponerse calzones. Va a Holanda. A las Indias Occidentales. Se hace pirata. Anne Bonny, otra pirata, se enamora de ella. Sus aventuras.

Vida de Anne Bonny (PÁG. 200)

Anne Bonny, hija ilegítima. Intrigas de su madre, descubiertas de manera extraña. Su padre yace con su propia esposa por error. La esposa se queda preñada; el marido, celoso. Se separa de su esposa; vive con la madre de Anne Bonny. Anne Bonny se disfraza de chico vistiendo calzones, cómo se descubre. El padre viene a menos. Se marcha a Carolina. Mejora su fortuna. Anne Bonny se casa sin el consentimiento de su padre. Su fiero temperamento. Se va a Providence con su marido. La convence el pirata Rackam de que se vaya a la mar con él vestida de hombre. Reprocha a Rackam su cobardía cuando lo van a ejecutar.

CAPÍTULO VIII

Del capitán Howel Davis y su tripulación (PÁG. 207)

El origen de Davis. Es apresado por el pirata England. Generosidad de England con él. Es encarcelado en Barbados, y por qué. Se va a Providence. Se enrola en un barco mercante, se apodera del barco. Un ejemplo de su gran valor y buena conducta. Va a las islas de Cabo Verde. Hace varias presas. Toma el fuerte de Santiago por asalto. Celebran consejo. Zarpa hacia Gambia. Toma el castillo de Gambia mediante una estratagema se encuentra con La Bouche, pirata francés. Sus aventuras con el pirata Cocklyn, en Sierra Leona. Los tres piratas coligados atacan y toman el fuerte. Los piratas discuten y se separan. Davis les dirige un discurso lacónico. Su feroz combate con un gran barco holandés. Relación de varias presas tomadas por él. Descripción de las islas Santo Tomé, Príncipe y Annobón. El gobernador holandés de Ackra, apresado por Davis. Davis es bien recibido por el gobernador de Princes. Su estratagema para llegar al tesoro de la isla. Le preparan una emboscada y acaban con él.

CAPÍTULO IX

Del capitán Bratho. Roberts y su tripulación (PÁG. 235)

Sus inicios. Es elegido para ocupar el puesto de Davis. Discurso de lord Dennis en el momento de la elección. Lord Sympson se pronuncia en contra de un papista. Vengan la muerte de Davis. Roberts pone rumbo al sur en busca de aventuras. Nombres de las presas tomadas por él. Descripción de Brasil. Roberts se mete en medio de una flota portuguesa. Aborda y apresa el barco más rico de esta flota. Se dirige a las islas del Diablo. Una desafortunada aventura de Roberts. La traición de Kennedy. Roberts y su tripulación excluyen a los irlandeses. Juran un código. Copia de ese código. Comentario sobre las leyes y costumbres de los piratas. Un ejemplo de la sagacidad de Roberts. Reanuda su actividad, y captura presas. Escapa por los pelos de ser capturado. Zarpa hacia la isla Dominica. Otra huida. Zarpa para Terranova. Saquea, hunde y quema 22 embarcaciones en el puerto de Trepassi. Saquea diez naves francesas. Comportamiento enloquecido de la tripulación. Alusión a cierta correspondencia. Los piratas son agasajados en la isla de San Bartolomé. En situación de extrema necesidad. Zarpan para la Martinica. Una estratagema de Roberts. La divisa de sus colores. Roberts recibe un singular cumplido. Tres hombres abandonan a los piratas, y son apresados por ellos. Su juicio. Ejecutan a dos y se salva uno. El bergantín los abandona. Gran disensión en la compañía. Descripción del río Sierra Leona. Nombres de los ingleses asentados allí, y forma de vida. Es apresada la *Onslow*, perteneciente a la Compañía Africana. Los piratas menosprecian a los soldados. Se manifiestan a favor de tener un capellán. Su escaramuza con los negros de Calabar. Capturan el *King Solomon*, perteneciente a la Compañía Africana. Orgias de los piratas. Apresan once naves en la ruta de Whydah. Diversión de los piratas. Apresan once embarcaciones en la ruta de Whydalr. Cómico recibo redactado por los piratas. Una acción cruel de Roberts. Deciden dirigirse a Annobón. Recorrido del buque de guerra *Swallow* en persecución de Roberts. Roberts y su consorte son capturados. Bravura de Skyrm, pirata galés. Humor desabrido de algunos prisioneros. El *Swallow* da alcance a Roberts. Descripción de la indumentaria de Roberts. Su muerte. Su carácter. Apresamiento de su barco. Comportamiento de los piratas como prisioneros. Es descubierta una conspiración de éstos. Reflexiones sobre la manera de juzgarlos. Constitución de la comisión para juzgar a los piratas. Juramento tomado a los miembros de la comisión. Nombres de los acusados detenidos en el *Ranger*. Forma del proceso. Resumen de las pruebas contra ellos. Su defensa. Nombres de los acusados del *Royal Fortune*. El proceso. Harry Galsby es absuelto. Juicio especial del capitán John Skyrmin. De John Walden. De Peter Scudamore. De Robert Johnson. De Geo. Wilson. De Benj. Jeffreys. De Jo.

Mansfield. De Will. Davis. Nombres de los ejecutados en cabo Corso. Petición de algunos condenados. Resolución del tribunal. Carta partida de un pirata perdonado. Nombres de los perdonados con cartas partidas para servir siete años. Destino de todos ellos. Comportamiento de los condenados a muerte en el momento de su ejecución.

CAPÍTULO X

Del capitán Anstis y su tripulación (PÁG. 337)

Sus comienzos como pirata. Su tripulación comete una acción execrable y brutal. Discordias entre ellos. Explicación de la petición «en círculo» de los piratas. Desembarcan en una isla deshabitada. Una petición de perdón acordada por unanimidad. Redacción de esa petición. Diversión y manera de vivir de los piratas en esa isla. Remedo de juicios a los que se someten unos a otros. No reciben respuesta a su petición. Hundimiento del *Morning Star*. Anstis escapa por poco de ser apresado. Es descubierto un complot. La tripulación cobra fuerza nuevamente. Los sorprende en Tobago el buque de guerra *Winchelsea*. Se incendia uno de sus barcos. Anstis se escapa. Muere víctima de una conspiración de sus propios hombres. El barco se rinde en Curaçao. Varios son ahorcados allí. Ahorcan a Penn en Antigua. La suerte de los que huyeron al bosque.

CAPÍTULO XI

Del capitán Worley y su tripulación (PÁG. 347)

Sus comienzos descabellados. Su éxito. Se juramentan para no dar cuartel. Falsa alarma en Jamestown. Worley cae en su propia trampa. Desesperada resolución del capitán Worley.

CAPÍTULO XII

Del capitán George Lowther y su tripulación (PÁG. 355)

Sus comienzos. Intrigas con Massey. Conducta de Massey. Proposición de

Lowther. Copia del código que redactaron y juraron. Surge la discordia entre los piratas. Cómo se hacen amigos los granujas. Lowther y Massey se separan. Digresión acerca de la conducta de Massey. Se encuentran Lowther y Low. Alianza entre ellos. Lista de presas capturadas por ellos. Una desafortunada aventura en cabo Mayo. Lowther y Low rompen la alianza, y se separan. Valentía del capitán Gwatkins. Los piratas quedan muy mermados. Pasan el invierno en Carolina del Norte. Zarpan de nuevo. Ponen rumbo a la isla de Blanquilla. Descripción de la isla. Son sorprendidos y apresados. Lowther escapa. Nombres de los prisioneros, y suerte que corrieron. Muerte de Lowther.

CAPÍTULO XIII

Del capitán Low y su tripulación (PÁG. 371)

Orígenes de Low. Virtudes de su familia. Sus osados comienzos. Declara la guerra al mundo. Su éxito. Está a punto de perecer en un temporal. Pone rumbo a las Azores. Trata con el gobernador de St. Michael para hacer aguada. Varios ejemplos de su desenfrenada crueldad. Es apresado el consorte de Low, y cómo. Lleva a cabo una horrible matanza. Captura multitud de presas. Otra bárbara matanza. Más crueldades. Low y su consorte son atacados por el buque de guerra *Greyhound*. Low abandona a su consorte. El consorte es apresado. Es conducido a Rhode Island. Nombre, edad y lugar de nacimiento de los prisioneros. Agasajos dispensados al capitán Solgard por el ayuntamiento de Nueva York. Resolución del alcalde y el Consejo municipal. Preámbulo de la «Libertad» del capitán. Más ejemplos de la crueldad de Low. Puede que continúen sus aventuras.

CAPÍTULO XIV

Del capitán John Evans y su tripulación (PÁG. 593)

Empieza desvalijando casas. Se apodera de una balandra. Roba en una casa esa misma noche. Se hace a la mar, captura presas valiosas. Evans, muerto de un disparo por su contramaestre. Su muerte es vengada. Se deshace la compañía.

CAPÍTULO XV

Del capitán John Phillips y su tripulación (PÁG. 397)

Orígenes de Phillips. Cómo se hizo pirata. Explicación de su regreso a Inglaterra. Embarca de nuevo para Terranova. Abandona su barco en Peter Harbour. Se apoderan de una nave él y otros cuatro. Se hacen a la mar como piratas. Juran un código sobre un hacha. Copia de ese código. Mala sangre entre ellos, y por qué. Casi mueren de inanición. Capturan presas. Phillips propone limpiar en Tobago, y por qué. Se encuentra con un viejo conocido. Abandonan asustados de la isla. Conspiran para huir con la presa. Una escaramuza. Habilidad del carpintero cortando piernas. Phillips mata a Fern, y por qué. Es peligroso intentar desertar entre los piratas. Valentía del capitán Mortimer, y final cruel. El hermano del capitán Mortimer se libra, y cómo. Medidas de Cheeseman para derribar el gobierno de los piratas. Digresión acerca de Terranova y su actividad comercial. Piratas reclutados entre los que allí trabajan. Phillips tiene escrúpulos. Los piratas obligan a bailar a Dependance Ellery, un santo. Cheeseman realiza una valerosa acción. Lleva el barco pirata a Boston. Declaraciones de John Rose Archer y William White en el momento de ser ajusticiados.

CAPÍTULO XVI

Del capitán Spriggs y su tripulación (PÁG. 409)

Los comienzos de Spriggs. Cómo se fue por su cuenta. Suda a sus prisioneros por diversión. Los piratas yerran en un brindis. Capturan a Hawkins por segunda vez. Le queman el barco, y por qué. Los piratas le gastan una broma insólita. Cómo se libran del capitán Hawkins. Trato bárbaro de Spriggs a los prisioneros. Captura un barco cargado de caballos. Extraña diversión de los piratas. Spriggs captura una balandra, y nombra capitán a Shipton. Captura 10 o 12 barcos ingleses en la Bahía de Honduras. Apresa más barcos. Embarrancan huyendo de un buque de guerra; varios caen prisioneros, otros son muertos y devorados por los indios. Spriggs escapa dos veces.

CAPÍTULO XVII

Del capitán Smith y su tripulación (PÁG. 417)

Smith se embarca en Rotterdam. Conspira para apoderarse del barco en

Santa Cruz. Matan a los oficiales, y nombran a Smith capitán. Cometen piraterías. Se hallan en dificultades, su estratagema para conseguir provisiones. Capturan más presas. Se pelean los piratas, el segundo intenta volar el barco. Lo entregan. Abandonan la costa de Portugal. Zarpan para el norte de Escocia. Se dirigen a las Orcadas, cómo son descubiertos. Planes para saquear la comarca. Una acción inhumana. El barco está en peligro. Negocian con un caballero de tierra el préstamo de un bote. Cinco de ellos son capturados mediante una estratagema. El barco embarranca; capitulan, pero en vano. El capitán baja a tierra y es apresado. Los piratas se beben todo el licor y se entregan. Son conducidos a Inglaterra. Son juzgados, condenados y ejecutados.

Noticia de cinco hombres que salieron a piratear. Información sobre las piraterías y asesinatos cometidos por Philip Roche, de a. Extracto de la legislación referente a la piratería.

VOLUMEN II

CAPÍTULO I

Del capitán Misson (PÁG. 443)

Su nacimiento y educación. Embarca en el *Victoire*. Visita Roma. Hace amistad con un sacerdote lujurioso. Dicho de un cardenal. Misson se lleva a Caraccioli a Leghorn. El *Victoire* traba combate con dos buques de reconocimiento, Caraccioli resulta herido. Misson regresa a su casa; breve descripción de Marsella; Misson y su compañero embarcan en el *Triumph*. Es apresado el *Mayflower,* mandado por el capitán Balladines; comportamiento del capitán francés con los prisioneros ingleses; su admirable discurso. Es perseguido el *Port Royal*, buque inglés de Jamaica; el *Triumph* regresa a Brest, choca contra un escollo; breve descripción de la ciudad y el puerto: De aquí se dirige a La Rochelle; Misson y su compañero parten para las Indias Occidentales. Motivo para la circuncisión. Nuevas ideas sobre un futuro estado. Fundación de la primera monarquía. El *Winchelsea*, buque de guerra inglés, hace explosión; Misson es saludado capitán. Caraccioli es elegido lugarteniente; el capitán arenga a su tripulación; resolución tomada por todos de hacerse piratas. Carácter de un buen y un mal magistrado. Defensa de la piratería; se rechaza la enseña negra y se confecciona una nueva;

regalan la vajilla a Misson. Discurso de Misson a sus hombres. Declara la guerra al mundo; apresan una balandra de Boston frente a San Cristóbal. Un corsario de Jamaica, apresado mediante una estratagema. Dejan libre al corsario; éste se encuentra con el *Diana*, que por su consejo da media vuelta; el *Victoire* se enfrenta a dos holandeses entre Cartagena y Portobelo. Hunde uno de los buques holandeses, y apresa el otro; Caraccioli desembarca en Cartagena. Venden la presa a los españoles. Dos buques de guerra ingleses a punto de trabar combate entre sí. Misson va en pos de un galeón, pero lo pierde. Se unen a los piratas hombres de la presa holandesa; capturan un mercante de Jamaica en el golfo de Florida, dejan libre el barco con poco daño. Franceses prisioneros de la presa se unen a Misson. Su generosidad con los prisioneros; tumba su barco. Someten a votación qué derrota tomar, y se deciden por la costa de Guinea. Es apresado y retenido el *Nieuwstadt*; alocución del capitán, liberación de los esclavos. Misson entra en la bahía de Lagoa; limpia el Victoire y su presa. Su discurso a los holandeses. Los piratas capturan otro barco holandés en la costa de Angola, lo saquean y lo hunden; dejan marchar a sus prisioneros en la primera presa; Once holandeses se unen a Misson. Apresa un barco inglés, el capitán muere en el combate, y es enterrado en la bahía de Saldanha; ceremonia de su funeral; se unen a los piratas 30 ingleses. Caraccioli es nombrado capitán de la presa; el resto de los ingleses se pasan, salvo los oficiales; navegan frente a Johanna; salvan a la tripulación de un barco inglés; son recibidos amablemente en Johanna. Política delos piratas; Misson, Caraccioli y varios de sus hombres toman esposa; algunos se quedan aquí, otros se unen a Misson; el rey de Mohilla invade a los johannianos. Los mohillianos son derrotados; Misson zarpa para Mohilla. Desembarca y causa gran estrago; petición de la reina de Johanna contraria a las ideas de Misson. Embajadores de Mohilla; notable discurso de uno de ellos. Traición de los mohillianos. Caraccioli es herido. Estratagema del rey de Mohilla para excusarse; la opinión de los johannianos; segundo desembarco. Los piratas regresan a Johanna; amor conyugal de una mujer de Johanna. Manera de suicidarse. Deciden dirigirse a la costa de Zanguebar. Captura un barco portugués; Caraccioli pierde la pierna derecha; regresan a johanna; Misson pone rumbo a Madagascar, entra en la bahía al norte de Diego Suares. Escoge un lugar para establecerse, y regresa a Johanna. Su petición a los johannianos, y aquiescencia de éstos. Van a Madagascar; comienzan las obras del asentamiento; encuentran a un nativo. Dan con un poblado.

CAPÍTULO II

Del capitán Tew y su tripulación (PÁG. 481)

Razón de interrumpir la vida del capitán Misson, continuación de sus aventuras. La tripulación de Misson establece relación con los nativos; Misson vuelve a hacerse a la mar, topa con un barco portugués de 50 cañones. Captura la presa tras un combate empeñado. Se encuentra con el capitán Tew. Tew es enviado por el gobernador de Bermudas, con el capitán Dew; los separa un temporal; propone a sus hombres ir a la cuenta. Tew pone rumbo al mar Rojo; topa con una rica presa y la captura. Los piratas se reparten de ella 3.000 libras a cada uno; el cabo de brigadas y 23 hombres se establecen en Madagacar; Tew se va con Misson. Relación de su proceder en tierra. Son liberados los prisioneros. Tew se dirige a la costa de Guinea, hace dos presas y regresa. Misson construye dos balandras. Algunos nativos se establecen entre los de la colonia, Caraccioli se dirige a Mascareñas, regresa con una presa holandesa; Misson pone rumbo al norte, topa con un barco del Gran Mogol. Pone rumbo a Madagascar con su presa; le sorprende un temporal. Llega a su asentamiento; reconstruyen el *Victoire*; el asentamiento es atacado. Disposición de sus fuerzas; rechazan y persiguen a los invasores. Los piratas toman un barco y ejecutan a dos prisioneros. Discurso de Caraccioli. Surgen diferencias entre los franceses y los ingleses, y se superan; se convoca una asamblea general. Se propone una forma de gobierno y se pone en práctica; eligen un Consejo y construyen un ayuntamiento; Caraccioli inaugura la sesión con un discurso. Eligen oficiales de alta graduación y el Consejo privado. Tew se hace a la mar; habla con su antiguo cabo de brigadas; discurso que le dirige el cabo de brigadas. Razones del cabo de brigadas para establecerse en Madagascar. Se hunde el *Victoire* con su tripulación: Tew se queda 3 meses con sus antiguos compañeros; lo encuentra el capitán Misson. Le cuenta a Tew el infortunio de la colonia; le ofrece una de las balandras. Misson comparte el tesoro; ponen rumbo a la costa de Guinea; Misson muere en un temporal; Tew llega a Rhode Island; satisface a sus armadores; cómo llegan estos papeles a manos del autor; convencen a Tew para que zarpe de nuevo. Topa con un barco en el estrecho del Mar Rojo; muere en el combate, y sus hombres se rinden.

CAPÍTULO III

Del capitán William Kidd (PÁG. 505)

Mandaba un corsario en las Indias Occidentales, recomendado al Gobierno por lord Bellamont, *etc.* No es tenida en cuenta la propuesta, y lo envían en un buque de guerra privado con la comisión del Rey. Zarpa para Nueva York; en el viaje captura a un bacaladero francés llegado allí, embarca más hombres. Zarpa

para Madeira, Bonavista, islas de Cabo Verde y Madagascar; topa con 3 buques de guerra ingleses; no topa con nadie en Madagascar; se dirige a la costa de Malabar, navega por Mohilla y Johanna, pide prestado dinero y repara su barco. En Mabbee toma cereal por la fuerza; de aquí pone rumbo a Perim; manda un bote a lo largo de la costa, y obtiene información. Se mete en medio de una flota, pero es obligado a largarse; se dirige a la costa de Malabar, captura un bajel moro; trata cruelmente a los hombres, y deja en libertad el barco; toca Carwar, donde se hace sospechoso de piratería. Se enfrenta a un buque de guerra portugués enviado tras él y huye; apresa un barco moro con el pretexto de que es francés. Va en compañía de un barco holandés; se pelea con su artillero y lo mata; saquea un barco portugués en la costa de Malabar y lo suelta; matan a su tonelero en las islas de Malabar; quema y saquea varias casas; manda matar de un tiro a un nativo. Apresa el *Queda*, y reparte 200 libras por hombre entre su tripulación. Engaña a los indios; va a Madagascar; allí conoce al pirata Culliford, pasa tripulación al *Queda*, y reparte el resto del cargamento. Sus hombres lo abandonan a 40; va a Amboyna, se entera de que ha sido declarado pirata en Inglaterra; lord Bellamont publica su justificación; se concede el perdón a los piratas, excepto a Avery y a Kidd. Kidd es detenido y encerrado en Nueva York; algunos de su tripulación, confiando en el perdón son encarcelados; enviados a Inglaterra y condenados, salvo 3. Distinción de los abogados; Kidd, hallado culpable de la muerte de su artillero; algunos tratan de acogerse en vano al perdón del Rey. Apelación de Mullins. Inútil apelación de Kidd: él y sus hombres son declarados culpables, y ejecutados.

CAPÍTULO IV

Del capitán John Bowen (PÁG. 519)

Apresa el *Coneway* cerca de Quilon. Pone rumbo a Madagascar, hunde el barco y es acogido por el gobernador en Mauricio; compra una nave, va a Madagascar, se establece en Maritan. Sorprende al *Speedy Return*, un barco escocés. El capitán Green, arribado a Escocia, es sospechoso de haber apresado piráticamente el barco escocés. Declaraciones contra Green. Son rechazadas estas declaraciones. Son condenados el capitán Green, *etc.* El trato que reciben después de la condena. Haines y Linsey son forzados a confesar. La galera *Roper* trae a Inglaterra a dos del *Speedy Return*; disturbios en el pueblo llano, y ejecución de Green, Madder, Sympson. Discurso del capitán Green. Bowen zarpa para Mascareñas, se frustran sus esperanzas. Pierde compañía de su bergantín; zarpa para Mauricio; regresa a Madagascar con el bergantín, que condenan y queman;

tiene noticia del capitán Howard. Zarpa en busca de Howard, lo encuentra en Mayotta; apresan el *Pembroke*, y lo sueltan después de saquearlo. El capitán Woolley es retenido; el *Speedy Return* va a Madagascar a limpiar; regresan y al no encontrar a su camarada ponen rumbo al Mar Rojo. Se unen al *Prosperous* frente a las montañas de Saint John; Bowen apresa un barco moro; el *Prosperous*, separado por la persecución, se une a ellos, queman los dos barcos y ambas tripulaciones embarcan en la presa. Villanía de un holandés. El capitán Woolley es puesto en libertad; saquean el *Pembroke* por segunda vez; los piratas se dirigen a Mauricio; dos huidos de la tripulación de Drummond, son inútiles testigos de descargo del capitán Green. [del apéndice del vol. II].

CAPÍTULO V

Del capitán Halsey y su tripulación (PÁG. 535)

Su nacimiento; sale con una comisión; apresa a un bacaladero francés, va a Fyal y a las Islas Canarias; apresa un barcolongo; va a Bravo, deja en tierra a su segundo, se dirige a Madagascar, recoge a unos náufragos; pone rumbo al Mar Rojo. Encuentra un barco holandés y va en su compañía; es degradado por su tripulación; es repuesto en su mando; pone rumbo a la isla de Nicobar; apresa el *Buffalo*; muere el capitán Buckley. Apresa al capitán Collins; su tripulación se divide tras una disputa; parte se va a Madagascar; Halsey pone rumbo al estrecho de Malaca; falta de valor para atacar dos barcos diferentes; persigue al *Albemalrey* es perseguido por él. Zarpa para Madagascar; toca Mascareñas; llega a Madagascar y se encuentra con el *Buffalo* y el capitán White; aumenta su compañía; zarpa de nuevo para el Mar Rojo; toca Johanna; está a punto de ser apresado; captura un *ghurab*. Apresa el *Rising Eagle*, mueren el capitán, el primer oficial y el contador; cobardía del capitán Jago. El segundo oficial de la presa mata a un pirata después de la rendición; persiguen y apresan el *Essex*; obtienen un gran botín en dinero; dejan libres las presas, se portan amablemente con los pasajeros y regresan a Madagascar. Llega un barco de Madrás, otro de Escocia para comerciar, y los piratas toman el segundo por sorpresa; sobreviene un huracán; traición de Burgress. Capturan el barco de Madrás, y lo sueltan después; muerte de Halsey. Ceremonia de su funeral.

CAPÍTULO VI

Del capitán Thomas White y su tripulación (PÁG. 543)

Su nacimiento y educación; su primer trabajo; es apresado y retenido por un pirata francés; hunden su propio barco y queman el bergantín de White. Crueldad de los piratas con los prisioneros ingleses; White escapa de milagro de que lo maten de un tiro; muere su protector; los piratas ponen rumbo a Madagascar, estrellan el barco en Elexa; White y algunos prisioneros más llegan a la bahía de Augustin. El rey de Bavaw los obliga a embarcar con el pirata Read; varios piratas franceses se separan, los demás son hechos esclavos por los nativos; Read se dirige al Golfo Pérsico, apresa un *ghurab*; arroja por la borda cierta cantidad de oro. Muere Read; le sucede James; convierten el *ghurab* en barco en Mayotta. Abandonan el buque de las Indias Orientales *Rubi*; los piratas zarpan para Madagascar; topan con la nave de Fourgette. Cómo apresan esta nave. Se dirigen a Sainte Marie; el capitán Misson y su tripulación son expulsados; se juntan los dos barcos; fondean en Mathelage, entra en el río un barco grande. Asusta a los piratas: se hunde uno de sus barcos; vanidad y comportamiento del capitán del *Speaker*. Hacen prisionero al sobrecargo del Speakery lo sueltan; traición de Hugh Man. Toman por sorpresa el *Speaker*. Dan el barco de Fougette al capitán del *Speaker*; puntualidad de los piratas; muerte del capitán del *Speaker*; los piratas se dirigen a las Indias Orientales; se quedan en la costa de Zanguebar. El capitán Booth y otros veinte piratas son asesinados, le sucede Bowen; topa con 13 velas en la desembocadura del Mar Rojo. Surge una disputa; apresan un barco moro; se dirigen a la costa de Malabar; Wliite sube a bordo del *Prosperous*; traición del segundo contramaestre; mueren el capitán y el primer oficial del *Prosperous*. Dejan a White en tierra; va a Mathelage. Algunos de sus camaradas lo abandonan; regresa a Mathelage, junto con otros tres piratas. Tienen noticia de sus camaradas del barco en Sainte Marie y se dirigen a Olumbah, donde se fortifican; honradez de los piratas entre ellos. White compra un bote; va a Mathelage; se encuentra con algunos hombres del *Degrave* en la presa francesa; es elegido capitán; va a Ambonavoula. Zarpa para Mayotta; de ahí a Bab el Mandeb; se aposta al acecho de barcos de La Meca; apresa dos *ghurabs*; no se atreve con un holandés; pone rumbo a la costa de Etiopía; apresa el *Malabar;* persigue un buque de guerra portugués; avista un mercante de la misma nación. Captura este barco; apresa al capitán Penruddock; le da el barco portugués; le hace algunos regalos; lo deja libre; reparte 200 libras a cada hombre; se le escapa un gran botín; deja libres a sus prisioneros; apresa al capitán Stacy. Generosidad de los piratas; sueltan a Stacy; apresan un queche en la bahía de Defarr; zarpan para Madagascar; tocan Mascareñas; algunos de la tripulación se quedan aquí, el resto en Madagascar; entra el capitán Halsey; White hace un viaje con Halsey; muerte de White. Su testamento.

CAPÍTULO VII

Del capitán Thomas Howard y su tripulación (PÁG. 559)

Sale a piratear en una canoa. Captura un bergantín irlandés, varias otras presas. Cobardía de un capitán portugués. Saquean el barco del Sr. Godly, de Bristol. Howard, a punto de ser capturado; los piratas pierden el barco; Howard roba a sus camaradas. Otro pirata se lleva a los piratas. Howard es robado también. El ladrón robado por sus compañeros. Howard sube a bordo del *Speaker*; es proclamado capitán del *Prosperous*. Su plan sobre un holandés; Howard es herido. Se le une Bowen. Apresan dos barcos moros. Muerte de Howard.

CAPÍTULO VIII

Del capitán David Williams y su tripulación (PÁG. 569)

Su nacimiento. Es abandonado en Madagascar. Lo cogen prisionero. Lo cogen por segunda vez. El rey Dempaino manda buscar a Williams. El rey de Maritan se niega a cederlo. Se ve obligado a entregar a Williams. Williams hace un viaje al Mar Rojo. Es llevado prisionero a bordo del *Severn*. Es elegido capitán del barco escocés. Es atraído a una muerte cruel. Matan a sus hombres a bordo. Es vengada la sangre de Williams y sus hombres.

CAPÍTULO IX

Del capitán Samuel Burgess y su tripulación (PÁG. 579)

Emprende viaje para comerciar con los piratas, pierde el barco, se queda en Madagascar, y es obligado a embarcar en un pirata. Hace un viaje a las Indias Orientales y regresa; hace dos viajes a Madagascar desde Nueva York. Al regreso de su segundo viaje es apresado por un buque de la Compañía de las Indias Orientales. Es condenado por piratería y perdonado; embarca en el *Neptune*. Traiciona al barco, y es elegido cabo de brigadas. Sus camaradas lo despojan de su dinero, lo recupera, y se lo quitan otra vez. Embarca en el *Henry*. Es envenenado.

CAPÍTULO X

Del capitán Nathaniel North y su tripulación (PÁG. 585)

Su nacimiento. Es tomado en una leva; huye, sale en un corsario. Lo prenden por segunda vez en una leva; vuelve a huir; muere el capitán Lycence. North vuelve a ser prendido en una leva y escapa. La temeridad de un francés. Él y otros se hacen piratas. Apresan al rey de Mayotta. Se dirigen al Mar Rojo, consorte con Culliford y Shivers, capturan un barco moro. Granujada entre los piratas. Se les escapa un barco moro; capturan otros tres de la misma nación. El capitán del *Dolphin* deja a la piratería y regresa a casa; el mal tiempo separa a North, saquean un danés, prenden fuego al *Dolphin*, por qué. Vuelca su lancha y llega a tierra a nado. Los piratas se deshacen de los cañones en un temporal. Les enseñan un pozo de agua de extraña naturaleza. Se encuentran con el *Prosperous*, y poco después con barcos moros. Queman el *Speedy Return*; hunden el *Prosperous*; sufren un envenenamiento. Sólo mueren cuatro; muerte de Bowen; North es nombrado capitán. Los moros escapan en su propio barco por consejo de North. Los piratas se establecen en Madagascar; su manera de vida. North viaja hacia el sur para comerciar. Se une a los mangorianos y guerrea junto a ellos. Asedia un pueblo, modo del asedio. Los aliados de North traman engañarlo. Su actitud al descubrirlo. North regresa a su casa, acompañado por los timouses; ceremonia de juramento entre los de Madagascar. Llega Halsey; North y compañía suben a su bordo. North echa a los timouses. Humanidad de North respecto a un francés. North venga la crueldad de los mayottanos con los ingleses. «Asesinato de North».

CAPÍTULO XI

Descripción de Mogadoxa (PÁG. 617)

Motivos de que llegara el capitán Davis a la costa de Zanguebar. Baja a tierra su tercer oficial. Describe a la gente al volver a bordo. El cuarto oficial y un mulato van a tierra y regresan; se dirige más al oeste. El tercer piloto y el artillero van a tierra otra vez, y regresan con 3 antílopes y dos gallinas de Guinea; el barco leva anclas, ven varios hombres, pero éstos rehúyen a la tripulación del bote. Descubren una ciudad y fondean delante de ella; tratan cortésmente a los enviados. Regresan al barco con un regalo del hijo del rey; el tercer oficial, el artillero y el mulato caen

en una trampa. Se llevan el bote del barco. El primer oficial se acerca a la playa, los nativos disparan Hechas contra el bote, y regresa al barco. Recurso del capitán para recibir información de sus hombres. Los nativos disparan al bote. El capitán pierde toda esperanza de recuperar a sus hombres, leva anclas y sigue a lo largo de la costa. Pone rumbo a Johanna. De qué manera el oficial, *etc.* son traicionados; conducen al mulato ante el rey. Es interrogado; descripción de la prisión. El mulato se entera de la muerte cruel de sus compañeros. Es conducido de nuevo ante el rey; qué pasó entre el rey y él. Es devuelto a la prisión; su conversación con el carcelero y con otro. Lo manda llamar el rey; con qué fin; descripción del *coway*. Mejora el trato que recibe en la cárcel. Le dan noticia de la partida del barco. Lo ponen al servicio del rey; su cometido; dieta de la gente. Su modo de vida. Descripción de la ciudad, *etc.* Manera de aparición pública del rey. Muerte de los malhechores. Descripción del *augaazet*; el *bozee*, monstruoso animal anfibio; descripción del *massau* y el *sachew*. Diversiones del rey; el genio del pueblo; una tradición entre ellos. Descripción del *pyone*; el mulato es interrogado por haber salido de la ciudad. Acompaña al rey a visitar los *moorzacks*; qué son; la conversación del día. El mulato se siente terriblemente asustado; es enviado a los *moorzacks*. Le enseñan sus obligaciones. Descripción de un *pohalick*. Lo mandan llamar a la ciudad y lo encierran en prisión; el porqué de esto. Su conversación con el carcelero, y después con el rey. Su manera de entretenerse al ser devuelto a los *moorzacks*. Por qué accidente se gana el favor. Enseña la manera de pescar con sedal. Ejecución de un *passau*. Descripción detallada de los *moorzacks*. Ceremonia funeraria de los mogadoxianos. La religión. Una rebelión: aparece un barco; el mulato es conducido al ejército. Traición del rey. Gran matanza; el mulato tiene noticia de un barco, planea su huida. Escapa de noche. Llega a un ancho río, descubre que le persiguen seis hombres; cruza a nado el río. Escapa de un enorme cocodrilo; divisa el barco. Sube a bordo de un bote holandés. Dos de sus perseguidores alcanzan a nado el bote; cuentan que uno de ellos ha sido devorado por un cocodrilo. El mulato llega a Batavia; se enrola en el holandés; de Holanda viene a Inglaterra.

CAPÍTULO XII

Del capitán Condent y su tripulación (PÁG. 659)

Su nacimiento; abandona Providence; enojo de un indio; valentía de Condent; es herido. Una horrenda muestra de inhumanidad; capturan el *Duke o York*; se divide la tripulación; Condent es elegido capitán de un bando; pone rumbo a las islas de Cabo Verde; apresa un barco de Madeira; llega a la isla de

Mayo y apresa 20 velas; se convierte en Juez de paz; zarpa para Santiago, captura un barco holandés sube a bordo; hace varias presas en la costa de Brasil. Captura la galera *Wright*, un buque portugués y otro de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales; pone rumbo a la isla de Fernando, deja en libertad al capitán *Spelt*; zarpa de nuevo para la costa de Brasil; se enfrenta a un barco de 70 cañones; captura otro portugués y uno francés. Algunos de sus hombres son apresados en el Río de la Plata; huyen cinco hombres forzados; crueldad con los portugueses, y el motivo; va a la costa de Guinea y apresa al capitán Hill; marcha a las Indias Orientales; captura un ostendés; llega a Madagascar; encuentra algunos hombres de la tripulación de Halsey que engrosan sus filas, pone rumbo a las Indias Orientales; se detiene en Johanna. Ayuda a capturar el *Cassandra*; toca Mascareñas, captura un barco de 70 cañones; se dirige a la costa de Zanguebar, arrasa una fortificación holandesa, negocia su rendición con el gobernador de Mascareñas, se casa con su hermana, vuelve a Europa, se establece en Saint Malo.

CAPÍTULO XIII

Del capitán Bellamy y su tripulación (PÁG. 663)

Se hace pirata con Williams, capturan al capitán Prince; Bellamy es nombrado capitán de la presa; infestan la costa de Virginia. Un gran temporal. Es apresado el capitán Beer. Discurso de Bellamy a Bee. Un extraño accidente. Williams captura una nave frente a cabo Cod. Descripción de Nueva Escocia; los piratas carenan en el río Mechisses. Consejo de un marinero. Un combate empeñado. Apresamiento del *Mary Ann*. Se hunde el *Whidaw*; crueldad de los piratas; ejecución de 7 de ellos.

CAPÍTULO XIV

Del capitán Lewis y su tripulación (PÁG. 673)

Sale en una canoa. Hace varias presas; estupidez de los hombres de Bermudas, valentía de un tal Tucker. Justicia de Lewis. Su crueldad con los ingleses, apresa el *Herman*, es apresado en tierra su cabo de brigadas. Lo dejan en libertad; el buque de guerra *Sheerness* no da con los piratas por poco. Apresa un gran buque francés por medio de una estratagema. Un accidente memorable; es apresado el capitán Smith; la compañía se separa; consecuencias para el francés.

Asesinan a Lewis.

CAPÍTULO XV

Del capitán Cornelius y su tripulación (PÁG. 679)

Hace muchas presas; quema la mayoría de las naves portuguesas. Hunde un buque de Guinea en un enfrentamiento. Dispara cañonazos de ceremonia; pérdida de un barco. Fatal consecuencia de la venganza; los piratas llegan a Madagascar. Historia del rey Chimenatto. Los piratas, en peligro de ser capturados. Muerte de Cornelius.

CAPÍTULO XVI

Del capitán William Fly y su tripulación (PÁG. 687)

Lo embarca el capitán Green. Conspiración y bárbaro asesinato del capitán Green, *etc.* Fly es elegido capitán; Fulker es apresado. Crueldad empleada con Fulker. Apresa al capitán Gale. Florido discurso de Fly. Apresa a Harris. Captura una goleta. Fly es reducido y apresado. Son ejecutados él y otros.

CAPÍTULO XVII

Apéndice al Volumen Primero (PÁG. 697)

Recibimiento del capitán Rogers en Providence, adonde llega como gobernador. Se separan Rackam y Vane. Es capturado el barco de Rackam, él y su tripulación huyen a tierra. Rackam llega a Providence, y se le concede el beneficio del perdón del Rey. Anne Bonny propone a su marido que la venda a Rackam. Rackam se apodera de una balandra. Se lleva algunos hombres de Turnley. Se apoderan de las balandras del gobernador Rogers. Son abandonados Turnley, *etc.* Sus penurias. Los piratas dan con la horma de su zapato. Caen prisioneros, los forzados son enviados a Providence. El gobernador Rogers manda por los abandonados. Capturan a los piratas huidos a tierra. Generosidad de Rounsivil, [Teach envía al Sr Mark por medicinas; Wragg, etc., se quedan como rehenes. La

vida de los rehenes corre peligro; llega a bordo un bote que los salva. Teach se sitúa delante de Charleston. Liberan a los rehenes. Vindicación del gobernador Eden]. [Carta del comandante Bonnet al gobernador]. [Manera de apresar al capitán Worley]. [Detalles sobre cómo fue apresado el capitán Evans, de su propia carta].

[CAPÍTULO XVIII]

Juicio de los piratas en Providence (PÁG. 725)

Juicio de los piratas. Su comportamiento y ejecución. [Proceso del capitán Vane en Providence. Su carta al gobernador Rogers]. [Origen y primer empleo del capitán Bowen]. [Es apresado por un pirata francés].

VOLUMEN I

INTRODUCCIÓN

Puesto que los piratas de las Indias Occidentales han sido tan formidables y numerosos que han llegado a interrumpir el flujo del comercio de Europa a esos lugares, y concretamente nuestros mercantes ingleses han sufrido más daño a causa de sus depredaciones que por la fuerza unida de Francia y España en la pasada guerra, no dudamos que el mundo tendrá curiosidad por conocer el origen y aumento de estos malhechores que fueron el terror del tráfico marítimo en el mundo.

Pero antes de entrar en sus historias particulares no estará de más que, a manera de introducción, muestre con algunos ejemplos sacados de la historia el gran daño y peligro que amenaza a los reinos y repúblicas con el aumento de esta suerte de ladrones cuando, por zozobras de la época o negligencia de los gobiernos, no son eliminados antes de que adquieran cierta fuerza.

Ha ocurrido en la antigüedad que cuando dejaban a un simple pirata vagar por los mares porque no merecía la pena que un gobierno entero se ocupase de él, se volvía poco a poco lo bastante poderoso como para infligir cuantiosas pérdidas de sangre y riqueza antes de que lo quitaran de en medio. No indagaremos cómo es que nuestros piratas de las Indias Occidentales aumentaron sin parar hasta recientemente; esa labor le corresponde a la ley o a los representantes del pueblo en el Parlamento, y a ellos se la vamos a dejar.

Nuestro propósito es mostrar brevemente lo que, arrancando de un origen tan insignificante como el que apuntamos, han padecido otras naciones.

En tiempos de Mario y Sila había llegado Roma al apogeo de su poder, aunque se hallaba tan desgarrada por las facciones de estos dos grandes hombres que todo lo concerniente al bien público estaba en completo abandono, cuando surgió un puñado de piratas de Cilicia, país de Asia Menor situado en la costa mediterránea entre Siria al este, de la que la separan los montes Tauro, y Armenia Menor al oeste. Este comienzo era insignificante y despreciable, ya que se trataba de dos o tres naves y unos pocos tripulantes que navegaban por las islas griegas apoderándose de las embarcaciones que encontraban poco armadas o mal defendidas; sin embargo, a fuerza de capturar presas, no tardaron en aumentar en riqueza y poder: la primera acción que dio que hablar fue el apresamiento del joven Julio César, quien obligado a huir de las atrocidades de Sila, que pretendía

acabar con su vida, se dirigió a Bitinia, donde permaneció un tiempo con Nicomedes, rey de ese país; a su regreso por mar lo apresaron algunos de estos piratas cerca de la isla de Farmacusa. Estos piratas tenían la bárbara costumbre de atar a los prisioneros espalda con espalda y arrojarlos al mar; pero al suponer a César persona de cierto rango por sus ropas púrpura y el número de criados, juzgaron más provechoso conservarlo con la esperanza de obtener un buen rescate; así que le dijeron que le darían la libertad si les pagaba veinte talentos, cantidad que les parecía elevada, y que en dinero actual equivaldría a unas tres mil seiscientas libras esterlinas. Sonrió él, y les prometió cincuenta talentos. Encantados y sorprendidos de esta respuesta, accedieron a dejar que varios criados fueran con instrucciones suyas a reunir el dinero, en tanto él permanecía entre estos rufianes con sólo tres sirvientes. Pasaron treinta y ocho días, y en ese tiempo se mostró tan poco preocupado o asustado que cuando se iba a acostar solía pedirles que no alborotasen demasiado, amenazándolos con ahorcarlos a todos si lo despertaban; también jugaba a los dados con ellos, y a veces componía versos y diálogos que solía recitar, y se los hacía recitar a ellos también; y si no los admiraban y elogiaban, los llamaba animales y bárbaros, diciendo que los mandaría crucificar. Ellos se tomaban todo esto como ocurrencias propias de un joven, y más que enojarlos los divertía.

Por fin regresaron los sirvientes con el rescate, pagó, y lo dejaron en libertad. Puso rumbo al puerto de Mileto, y en cuanto llegó, hizo uso de todo su arte e industria para armar una escuadra, que aparejó y armó a su costa; y navegando en busca de los piratas, los sorprendió cuando estaban fondeados entre las islas y capturó a los que le habían apresado ames, con algunos otros; les confiscó lo que les encontró a modo de recompensa, para resarcirse de los gastos, y los llevó a Pérgamo o a Troya, donde los mandó encarcelar; entre tanto, acudió a Junio, entonces gobernador de Asia, al que correspondía juzgar y determinar el castigo de estos hombres; pero Junio, al ver que no iba a sacar ningún dinero de esto, respondió a César que ya pensaría sin prisas qué debía hacerse con dichos prisioneros.

César se despidió de él, regresó a Pérgamo, y mandó sacar a los prisioneros y ejecutarlos conforme a las leyes previstas para el caso, de las que se da noticia en un capítulo al final de este libro referente a las legislación sobre casos de piratería. De este modo les aplicó en serio el castigo con que a menudo los había amenazado en broma. César se dirigió inmediatamente a Roma, donde sólo se ocupó de los planes de su propia ambición personal, como casi todos los hombres notables de Roma, por lo que los piratas que quedaban tuvieron tiempo de aumentar su fuerza de manera prodigiosa, porque mientras duró la guerra civil los mares estuvieron

desprotegidos, al extremo de que Plutarco nos cuenta que erigieron diversos arsenales repletos de toda suerte de pertrechos de guerra, construyeron puertos espaciosos, levantaron atalayas y faros a lo largo de la costa de Cilicia; que poseían una flota poderosa, bien equipada y provista, con galeotas de remos tripuladas no sólo con hombres de heroico valor, sino también con pilotos y marineros expertos; que tenían barcos armados, y pinazas para la navegación de crucero y descubierta, en un total de no menos de mil embarcaciones. Y salían con tanto esplendor que eran tan envidiados por su airosa apariencia como temidos por su fuerza: con la popa y las aletas doradas en oro y los remos forrados de plata, y las velas de color púrpura, como si su mayor satisfacción estuviera en gloriarse de su iniquidad. Y no se contentaban con llevar a cabo piraterías e insolencias en la mar, sino que cometían grandes depredaciones en tierra, o más bien conquistas; porque tomaron y saquearon no menos de cuatrocientas ciudades, impusieron tributos a otras tantas, expoliaron los templos de los dioses, y se enriquecieron con las ofrendas depositadas en ellos. A menudo desembarcaban grupos de hombres que no sólo saqueaban los pueblos a lo largo de la costa, sino que desvalijaban las casas elegantes de los nobles a lo largo del Tíber. Una vez, un grupo de éstos apresó a Sextilio y Bellino, pretores romanos, con sus túnicas púrpura, cuando viajaban de Roma a sus gobiernos, y se llevaron con ellos a todos sus sargentos, oficiales y maceros. También apresaron a la hija de Antonino, persona consular que había obtenido el honor de un triunfo, cuando se dirigía a la casa de campo de su padre.

Pero lo más bárbaro era la costumbre que tenían, cuando apresaban un barco, de preguntar a las personas de a bordo sus nombres y su país; si alguno decía que era romano, caían de rodillas como aterrados ante la grandeza de ese nombre, y suplicaban perdón por lo que habían hecho; e implorando su compasión, solían mostrarse obsequiosos y solícitos con él, y cuando veían que le habían hecho creer que eran sinceros, sacaban la plancha del barco, y llegándose a él con una cortesía, le decían que quedaba libre y que saliera del barco, y todo esto en medio de la mar; y cuando éste manifestaba su lógica sorpresa, lo arrojaban por la borda entre grandes carcajadas. Así de despiadada era su crueldad.

De manera que, aunque Roma era dueña del mundo, sufría casi en sus mismas puertas ultrajes y afrentas de estos poderosos ladrones; pero lo que puso fin por un tiempo a estas facciones, y soliviantó el genio de ese pueblo que no estaba acostumbrado a soportar agravios de un enemigo honesto, fue la tremenda escasez de víveres que acarrearon a Roma estos piratas, que detenían y apresaban los barcos cargados de grano y provisiones de Sicilia, Córcega y otros lugares, de manera que casi llegó a la inanición; ante tal situación, nombraron general a Pompeyo el Grande para que dirigiese esta guerra; se aparejaron inmediatamente

quinientas naves, le cedieron catorce senadores, hombres experimentados en la guerra, como vicealmirantes; y en tan terrible enemigo se habían convertido estos rufianes que hubo que formar nada menos que un ejército de cien mil hombres de a pie y cinco mil de a caballo, para invadirlos por tierra; pero afortunadamente para Roma sucedió que Pompeyo zarpó antes de que llegase noticia a los piratas de que se había emprendido una acción contra ellos, de manera que tenían sus barcos desperdigados por el Mediterráneo como abejas 'fuera de la colmena, unos en una dirección, otros en otra, en busca de botín que llevar a casa; Pompeyo distribuyó su flota en trece escuadras, a las que asignó diversos objetivos, y así cayeron en sus manos gran número de piratas, barco tras barco, sin pérdida ninguna por su parte; cuarenta días estuvieron limpiando el Mediterráneo: una parte de la flota recorría la costa de África, otra navegaba alrededor de las islas, y otra por las costas de Italia; y a menudo los piratas que huían de una escuadra iban a dar con otra. Sin embargo, algunos escaparon poniendo rumbo directamente a Cilicia, informaron a sus cómplices de la costa de lo que ocurría, y concertaron un encuentro de todos los barcos escapados en el puerto de Coracesium, en el mismo país. Pompeyo, una vez el Mediterráneo bastante limpio, reunió toda su flota en el fondeadero de Brundisium, y poniendo rumbo de allí al Adriático, fue a atacar a estos piratas en sus propias madrigueras; cuando estaba cerca de Coracesium, en Cilicia, donde ahora se hallaba el resto de los piratas, tuvieron éstos la osadía de salir a presentar batalla; pero venció el genio de la vieja Roma, y sus adversarios sufrieron una completa derrota, ya que fueron todos apresados o aniquilados. Pero como habían construido muchas fortalezas en la costa, y muchos castillos y baluartes en el interior, al pie de los montes Tauro, se vio obligado a asediarlos con su ejército. Unas plazas las tomó por asalto, otras las rindió perdonándoles la vida, y finalmente las conquistó todas.

Pero de haber recibido noticia estos piratas de que Roma se preparaba contra ellos, y haber tenido tiempo de reunir en un cuerpo su fuerza dispersa para enfrentarse a Pompeyo por mar, probablemente la ventaja habría estado de su parte, en número de naves y en hombres que no andaban faltos de valor, como puede inferirse de su salida del puerto de Coracesium para dar batalla a los romanos con una fuerza muy inferior a la de éstos. Repito: de haber derrotado a Pompeyo, probablemente habrían cometido atentados más grandes, y Roma, que había conquistado el mundo entero, habría sido sometida por un hatajo de piratas.

Esto prueba lo peligroso que es que los gobiernos se muestren negligentes y no se ocupen en seguida de eliminar a estos forajidos del mar antes de que adquieran fuerza.

La mejor ilustración de la verdad de esta máxima la tenemos en la historia de Barbarroja, natural de Mitilene, isla de Lesbos del mar Egeo: un individuo de origen vulgar que, habiéndose educado para la mar, se lanzó a la piratería al principio con una pequeña embarcación. Con las presas que capturaba llegó a amasar una inmensa fortuna, y a poseer gran número de barcos grandes, por lo que acudían a él todos los sujetos disolutos y osados de esas islas, y se ponían a su servicio con la esperanza de participar en el botín; de esta suerte su flota se hizo formidable, emprendió acciones audaces y arriesgadas, y se convirtió en el terror delos mares. Y sucedió que por entonces Selim Entemi, rey de Argel, se había negado a pagar el acostumbrado tributo a los españoles y temía que éstos emprendieran una invasión; así que trató con Barbarroja, en calidad de aliado, para que acudiese en su ayuda y lo librase de pagar dicho tributo. Barbarroja accedió de buen grado: zarpó para Argel con una gran flota, desembarcó en la playa parte de sus hombres y, trazando un plan para tomar por sorpresa la ciudad, lo llevó a cabo con total éxito, y asesinó a Selim en un baño. Poco más tarde se coronó él mismo rey de Argel. Después declaró la guerra a Abdilabde, rey de Túnez, lo derrotó en una batalla, y extendió sus conquistas en todas direcciones. Y así, de ladrón se convirtió en rey; y aunque al final murió en combate, sin embargo se había establecido tan bien en este trono que al morir sin descendencia dejó la herencia del reino a su hermano, otro pirata.

Paso ahora a hablar de los piratas que infestan las Indias Occidentales, donde son más numerosos que en ninguna otra región del mundo; y esto por varios motivos:

Primero, porque hay allí multitud de pequeñas islas deshabitadas y cayos, con puertos abrigados y seguros donde pueden limpiar sus naves, y abundancia de algo de lo que a menudo necesitan hacer provisión; me refiero a agua, aves marinas, tortugas, mariscos y pescado; y donde, si llevan aguardiente, se dan a la bebida unos días, y se animan para nuevas expediciones, antes de que los pueda ahuyentar ninguna información sobre ellos.

Quizá no sea superfluo explicar aquí a qué llaman cayo en las Indias Occidentales: se trata de isletas arenosas que apenas asoman por encima del agua, con sólo arbustos o maleza, en las que abundan (las más cercanas a tierra firme) las tortugas, animales anfibios que escogen siempre los parajes más tranquilos y solitarios para hacer sus puestas, y son innumerables cuando es su época, y apenas las vería nadie (salvo los piratas) si no fuera por esto: entonces las embarcaciones de Jamaica y otros gobiernos efectúan viajes llamados de pesca de la tortuga, para abastecer a la gente, ya que es alimento normal y apreciado entre ellos. Me inclino

a pensar que esos cayos, sobre todo los cercanos a islas, han estado unidos a ellas, y que los han separado los terremotos (frecuentes allí) o las inundaciones; porque algunos de los que están constantemente a la vista, como los cercanos a Jamaica, se ha observado en nuestro tiempo que han ido erosionándose hasta desaparecer, y otros menguan de día en día. No sólo son utilizados como he dicho por los piratas; sino que es creencia general que han sido siempre, en los tiempos del filibusterismo, lugar donde esta gente escondía sus tesoros, y a menudo se escondían ellos mismos, hasta que sus amigos de tierra firme encontraran el medio de obtener indemnidad para sus crímenes; porque habéis de saber que, cuando eran más frecuentes los edictos de gracia, y las leyes menos severas, estos hombres hallaban en Jamaica constante favor y aliento; y quizá no han muerto todos aún. Me han dicho que aún viven muchos que estaban en el negocio, y que lo dejaron sólo porque ahora pueden vivir bien de manera legal, y medrar arriesgando el cuello de otros.

En segundo lugar, otro motivo por el que los piratas eligen estos mares es el gran comercio que allí desarrollan los barcos franceses, españoles, holandeses y sobre todo ingleses: tienen la certeza de topar, en la latitud de esas islas, con presas cargadas de vituallas, paños, pertrechos navales y a veces dinero, dado que por esa vía se mandan sumas cuantiosas a Inglaterra (la recaudación del asiento y del mercado privado de esclavos de las Indias Occidentales españolas); en resumen, por unas cosas o por otras, con las riquezas del Potosí.

Un tercer motivo es lo incómodo y dificultoso que resulta para los buques de guerra perseguirlos por entre las pequeñas isletas, atolones y abras de estas islas solitarias y cayos, que constituyen una verdadera defensa natural.

Es aquí donde generalmente los piratas inician su carrera, empezando con muy pequeña fuerza; infestan esos mares, y los del continente de América del Norte, y si la suerte sopla de su lado, acumulan en espacio de un año tal fuerza que se permiten hacer grandes expediciones: al principio a Guinea, tocando de camino las Azores y las islas de Cabo Verde, y luego a Brasil y a las Indias Orientales, donde si tienen viajes prósperos se establecen en Madagascar o alguna isla vecina, y disfrutan de su mal obtenida riqueza entre sus cofrades más veteranos con total impunidad. Pero para no animar demasiado a esta profesión, debo informar a mis lectores marinos de que la inmensa mayoría de estos ladrones errantes no tardan en encontrar interrumpida su actividad, al mandárselos de repente al otro barrio.

Se puede achacar razonablemente la aparición de estos bandidos, desde la Paz de Utrecht (1713), o al menos su gran incremento, a las colonias españolas en

las Indias Occidentales, cuyos gobernadores (a menudo cortesanos ávidos mandados allí para resarcirse o hacer fortuna) favorecen generalmente todos los procedimientos que rinden beneficios: conceden comisiones a gran número de buques de guerra, con el pretexto de impedir el comercio fraudulento, con orden de apresar todos los barcos o naves que encuentren dentro de las cinco leguas de sus costas, lo que nuestros buques ingleses no pueden evitar en su viaje a Jamaica. Y si los capitanes españoles se exceden en este cometido, y roban y saquean a discreción, se permite a las víctimas presentar sus quejas y acudir a los tribunales; y tras grandes gastos en pleitos, demoras y otros inconvenientes, quizá consiguen una sentencia a su favor, aunque cuando van a reclamar el barco, la carga y las costas del pleito, descubren para su consternación que todo ha sido previamente confiscado y repartido entre la tripulación, y que el comandante que llevó a cabo la captura, y único responsable, es un pobre diablo que no vale medio penique, y al que evidentemente han puesto en ese sitio para ese tipo de cosas.

Las frecuentes pérdidas sufridas por nuestros mercantes en el extranjero eran suficiente provocación para intentar algo a modo de represalia; y al presentarse una buena ocasión en el año 1716, los mercaderes de las Indias Occidentales tuvieron buen cuidado de no dejarla escapar, sino que la aprovecharon lo mejor que las circunstancias les permitieron.

Como dos años antes, unos galeones españoles, o flota de la plata, se habían hundido en el golfo de Florida, y varias naves de La Habana trabajaban con ingenios sumergibles en rescatar la plata que había a bordo de ellos.

Los españoles habían recuperado algunos millones de piezas de a ocho, y lo habían transportado todo a La Habana; pero ahora tenían en el lugar mismo, sacadas, unas 350.000 piezas de plata, y seguían sacando diariamente. Entre tanto zarparon de Jamaica, Barbados, etc., rumbo al golfo, tres balandras y dos barcos bajo el mando del capitán Henry Jennings, y avistaron a los españoles en el lugar del naufragio: habían llevado el dinero que he dicho a tierra, y lo habían depositado en un almacén que custodiaban dos comisarios y una guardia de alrededor de 60 soldados.

Los piratas fueron directamente al lugar, fondearon su pequeña flota y, en resumen, desembarcaron 300 hombres, atacaron a la guardia, que huyó en seguida, y de esta manera se apoderaron del tesoro y se lo llevaron, poniendo rumbo a Jamaica.

En el trayecto toparon por desgracia con un barco español que iba de

Portobelo a La Habana cargado de rica mercancía, a saber: balas de cochinilla, barriles de índigo, y 60.000 piezas de a ocho más que, puesto que les venían a las manos, cogieron. Y tras desvalijar el barco, lo soltaron.

Se dirigieron a Jamaica con el botín; los españoles los siguieron hasta que tuvieron a la vista el puerto; y al ver que entraban en él, regresaron a informar al gobernador de La Habana, quien inmediatamente mandó una nave al gobernador de Jamaica quejándose de este robo, y reclamando la mercancía.

Como esta fechoría se había cometido en plena paz y en contra de toda justicia y derecho, no fue difícil hacerles ver que el gobierno de Jamaica no podía dejarlos sin castigo, y mucho menos protegerlos. Así que comprendieron que tenían que arreglárselas solos; pero, para empeorar las cosas, se hicieron a la mar otra vez, aunque sin entregar la mercancía para su descargo, y pertrechándose de munición, provisiones, *etc.* Y empujados así a la desesperación, se hicieron piratas, robando no sólo a los españoles, sino también a sus propios compatriotas, y a toda nación a la que podían echar mano.

Ocurrió por entonces que los españoles, con tres o cuatro pequeños buques de guerra, asaltaron nuestros cargueros de palo campeche en la bahía de Campeche y la bahía de Honduras; y tras apresar los barcos y naves que cito a continuación dieron a sus tripulantes tres balandras para que pudiesen regresar. Pero estos hombres, desesperados por sus desventuras, al encontrarse con los piratas, decidieron hacerles la competencia, aumentando así su número.

Lista de naves apresadas por buques de guerra españoles en el año 1716

El *Stafford,*	capitán Knocks, de Nueva Inglaterra, con destino a Londres.	
El *Anne*	Gernish,	a ídem.
El *Dove*	Grimstone,	a Nueva Inglaterra.
Una balandra	Alden	a Londres
Un bergantín	Mosson,	a ídem.
Un bergantín	Turfield,	a ídem.
Un bergantín	Tennis,	a ídem.
Un barco	Porter,	a ídem.
Indian Emperor	Wentworth	a Nueva Inglaterra.
Un barco	Rich, patrón	
Ídem	Bay	
Ídem	Smith	
Ídem	Stockum	
Idem	Sattlely	
Una balandra	Richards, perteneciente a Nueva Inglaterra.	
Dos balandras	pertenecientes a Jamaica.	
Una balandra	de Barbados.	
Dos barcos	de Escocia.	
Dos barcos	de Holanda.	

Dado que los ladrones eran ahora bastante fuertes, consultaron entre sí la conveniencia de tener algún refugio donde poder guardar sus riquezas, limpiar y reparar sus barcos, y hacerse una especie de residencia. No tardaron en decidirlo, pero escogieron la isla de Providence, la más importante de las Bahamas, situada a unos 24° latitud norte, y al este de la Florida española.

Esta isla tiene unas 28 millas de largo y 11 en la parte más ancha; tiene un

puerto capaz para quinientas velas, con una pequeña isla delante que forma dos canales de entrada al puerto; a uno y otro lado hay un banco, por encima del cual no puede pasar ningún barco de más de quinientas toneladas. Las islas Bahamas pertenecieron a los ingleses hasta el año 1700, en que las invadieron los franceses y los españoles desde Petit Guavus; tomaron el fuerte y apresaron al gobernador de la isla de Providence, saquearon y destruyeron el asentamiento, etc.; se llevaron a la mitad de los negros, y poco más tarde el resto de la gente, que se había refugiado en el bosque, se marchó a Carolina.

En marzo de 1706 la Cámara de los Lores, en un memorial presentado a Su Majestad la difunta reina, expusieron que los franceses y los españoles, durante el tiempo de la guerra, habían invadido y saqueado dos veces las islas Bahamas, y que no había ningún tipo de gobierno allí; que el puerto de la isla de Providence podía ponerse fácilmente en situación de defensa, y que sería de peligrosas consecuencias que esas islas cayesen en manos del enemigo, por lo que los lores suplicaban humildemente a Su Majestad que adoptase las medidas que fuesen necesarias para tomar dicha isla en sus manos, a fin de retenerlas para la corona de este reino, y para seguridad y beneficio de su comercio.

Pero, comoquiera que fuese, no se adoptó ninguna medida al respecto como pedía este memorial, hasta que los piratas ingleses hicieron de Providence su refugio y receptáculo general; entonces se consideró absolutamente inaplazable desalojar a tan molesta colonia; y tras informar los mercaderes al gobierno del daño que hacían, y probablemente harían, plugo a Su Majestad dictar la siguiente orden:

Whitehall, a 15 de septiembre de 1717

Habiendo elevado queja a Su Majestad gran número de mercaderes, capitanes de barco y otros, así como varios gobernadores de las islas y plantaciones de Su Majestad en las Indias Occidentales, de que los piratas se han vuelto tan numerosos que infestan no sólo los mares cercanos a Jamaica, sino incluso los del continente Norte de América, y que a menos que se provean medios eficaces, el comercio entero de Gran Bretaña con esas regiones no sólo quedará interrumpido, sino que correrá grave peligro de perderse: Su Majestad tiene a bien, tras detenida deliberación en consejo, en primer lugar; ordenar utilizar la fuerza adecuada para acabar con los dichos piratas, y que estará formada como sigue:

Lista de barcos y bajeles de Su Majestad que se utilizan, y deberán utilizarse, en las plantaciones y gobiernos británicos de las Indias Occidentales.

Destino	categoría	nombre	cañones	
Jamaica	5	*Adventure*	40	Actualmente allí.
		Diamond	40	Zarpó con ese destino el 5 del mes pasado.
		Ludlow Castle	40	Para llevar al Gobernad.
	6	*Swift* (balandra)	6	Actualmente allí.
		Winchelsea	20	Para vigilar la costa de las Indias Occidentales, y regresar; pero durante su estancia en Jamaica deberá unirse a otros para velar por la seguridad del tráfico e interceptar piratas.
Barbados	5	*Scarborough*	30	Actualmente allí.
Islas de Sotavento	6	*Seaford*		Actualmente allí.
		Tryal (balandra)	6	
Virginia	6	*Lime*	20	Actualmente allí.
	5	*Shoreham*	30	Ordenado regresar.
		Pearl	40	Zarpó con ese destino el 7 del mes pasado y navega frente a los cabos.
Nueva York	6	*Phænix*	20	Actualmente allí.
Nueva Inglaterra		*Squirrel*	20	
		Rose	20	Ordenado regresar.

Los destinados a Jamaica, Barbados e islas de Sotavento deberán agruparse cuando así se requiera para perseguir piratas y dar seguridad al tráfico; los de Nueva Inglaterra,

Virginia y Nueva York deberán hacer lo mismo.

Además de estas fragatas se enviaron dos buques de guerra para que escoltasen al capitán Rogers, ex comandante de los dos barcos de Bristol llamados *Duke* y *Dutchess,* que apresaron el rico *Acapulca*, y dieron la vuelta alrededor del globo. Este caballero recibió de Su Majestad el nombramiento de gobernador de la isla de Providence, y fue investido de autoridad para hacer uso de todos los métodos posibles para reducir a los piratas. Y para que nada pudiese faltarle, llevó consigo el Edicto de Perdón del rey para quienes volviesen a la legalidad dentro de un plazo; edicto que reza como sigue:

Por el rey,

EDICTO para la supresión de PIRATAS

NOS, EL REY JORGE

Por cuanto hemos sido informados de que varias personas, súbditos de Gran Bretaña, vienen cometiendo desde el día 24 de junio, del año de Nuestro Señor; de 1715, diversas piraterías y robos en alta mar; en las Indias Occidentales, o en la proximidad de nuestras plantaciones, lo que supone y puede causar gran daño a los mercantes de Gran Bretaña, y al comercio con esas regiones; y aunque hemos designado una fuerza que juzgamos necesaria para suprimir dichas piraterías, sin embargo, con objeto de poner más eficazmente fin a las mismas, juzgamos oportuno, por indicación y consejo de nuestro Consejo Privado, emitir este real edicto por el que prometemos y declaramos, que en caso de que cualquiera de los dichos piratas se entregare o entregaren el día 5 de septiembre, del año de Nuestro Señor de 1718, o antes, a uno de nuestros principales secretarios de Estado de Gran Bretaña o Irlanda, o a cualquier gobernador o subgobernador, de cualquiera de nuestras plantaciones del otro lado del mar; todo el así entregado, o entregados, obtendrá nuestro gracioso perdón de y por la piratería o piraterías, por él o ellos cometidas, antes del cinco del próximo mes de enero. Y por tanto estrictamente ordenamos a todos nuestros almirantes, capitanes y demás oficiales de la mar, y a todos los gobernadores y comandantes de cualesquiera fuertes, castillos o plazas de nuestras plantaciones, y al resto de nuestros oficiales civiles y militares, que detengan y apresen a aquellos piratas que se nieguen o renuncien a entregarse conforme a lo dicho. Y por tanto declaramos también, que en caso de que alguna persona o personas, el día 6, o antes, de septiembre de 1718, descubra o detenga,

o facilite o procure que sea descubierto o detenido alguno más de los dichos piratas que se haya negado o renunciado a entregarse como se ha dicho, de manera que pueda ser llevado ante la justicia, y culpado del dicho delito, la persona o personas que hayan hecho tal descubrimiento o detención, o facilitado o procurado tal descubrimiento o detención, tendrá y recibirá como recompensa de lo mismo: por cada comandante de barco o nave, la cantidad de 100 libras; por cada primer oficial, maestro, contramaestre, carpintero y artillero, la cantidad de 40 libras; por cada oficial inferior, la cantidad de 30 libras; y por cada marinero, la cantidad de 20 libras. Y si alguna persona, o personas, que pertenezca y forme parte de la tripulación de cualquier barco o nave pirata, apresa y entrega, del seis en adelante de septiembre de 1718, o facilita la detención o entrega, de algún comandante o comandantes, de tal barco o nave pirata, de manera que pueda ser llevado ante la justicia, y condenado por el dicho delito, tal persona o personas, en recompensa de lo mismo, recibirá por cada comandante, la cantidad de 200 libras; cantidades que requerimos y pedimos al lord Tesorero, o a los comisarios en funciones de nuestro tesoro, satisfagan puntualmente.

Dado en Nuestra Corte de Hampton-Court

el día cinco de septiembre de 1717,

en el cuarto año de nuestro reinado.

Dios salve al *REY*.

Se les envió el edicto antes de la llegada del gobernador Rogers a Providence, y los piratas lo tomaron como tomó Teague el pacto; o sea, se apoderaron del barco con edicto y todo. Sin embargo, mandaron buscar a los que se hallaban cruzando, y celebraron un consejo general; pero se armó tal alboroto y clamor que no hubo manera de ponerse de acuerdo: unos propusieron fortificar la isla, enviar sus propias condiciones, y tratar con el gobernador como si fuesen un Estado; otros se mostraron partidarios de reforzar la isla para su propia seguridad, aunque sin poner mucho empeño en esto, si el perdón general no los obligaba a restitución ninguna, y podían retirarse con todos sus bienes a las plantaciones británicas vecinas.

Pero el capitán Jennings, que era su Comodoro y tenía gran ascendiente sobre ellos, dado que era hombre de discernimiento y buena posición antes de que le acometiese la extravagancia de dedicarse a la piratería, decidió acogerse sin más

a las condiciones del edicto, lo que trastornó los planes de los demás, y la asamblea se disolvió de repente sin haber llegado a ninguna conclusión. Poco más tarde Jennings, y por su ejemplo 150 más, se presentaron al gobernador de Bermudas y obtuvieron sus respectivos certificados; aunque la mayor parte volvieron, y como perro al vómito. Creo que los cabecillas que había entonces en la isla, además del citado capitán Jennings, eran los siguientes: Benjamin Hornigold, Edward Teach, John Martel, James Fife, Christopher Winter, Nicholas Brown, Paul Williams, Charles Bellamy, Oliver la Bouche, el comandante Penner, Ed. England, T. Burgess. Tho. Cocklyn, R. Sample, Charles Vane y dos o tres más: Hornigold, Thomas Burgess y La Bouche naufragaron después; Teach y Penner fueron muertos y sus tripulaciones apresadas; a James Fife lo mataron sus propios hombres; la tripulación de Martel fue aniquilada y él abandonado en una isla desierta; Cocklyn, Sample y Vane fueron ahorcados; Winter y Brown se entregaron a los españoles de Cuba, y England vive hoy en Madagascar.

En el mes de mayo o junio de 1718 llegó el capitán Rogers a su gobierno con dos barcos de Su Majestad, y encontró allí a varios de los citados piratas, quienes nada más entrar los buques de guerra se acogieron al perdón; salvo Charles Vane y su tripulación, que hizo lo siguiente:

He dicho ya que el puerto tiene dos canales, formados por una pequeña isla situada en la bocana; los dos buques de guerra entraron por uno de ellos, dejando libre el otro; así que Vane soltó amarras, prendió fuego a una presa grande que allí tenía, y se hizo a la mar resueltamente, abriendo fuego contra los buques de guerra mientras salía.

Tan pronto como el capitán Rogers tomó posesión de su gobierno, construyó un fuerte para su defensa y lo guarneció con gente que encontró en la isla; a los antiguos piratas, unos 400 en total, los distribuyó en compañías, nombró oficiales a los que le inspiraban más confianza, y después se ocupó de establecer comercio con los españoles del golfo de México, en uno de cuyos viajes murió el citado capitán Burgess; y el capitán Hornigold, otro famoso pirata, se estrelló en los arrecifes, a gran distancia de tierra, y pereció, aunque cinco de sus hombres lograron subir a una canoa y salvarse.

El capitán Rogers despachó una balandra para traer provisiones, dando el mando a un tal John Augur, pirata acogido al edicto de perdón; en su viaje topó con dos balandras, y John y sus compinches, que no habían olvidado su anterior profesión, hicieron uso de su antigua libertad y les quitaron la mercancía y el dinero, unas 500 libras. Después de lo cual pusieron proa a La Española (Haití), ya

que no estaban seguros de que el gobernador les permitiera llevar adelante dos ocupaciones a la vez, y decidieron decir adiós a las islas Bahamas. Pero quiso la mala suerte que los sorprendiera un violento tornado en el que perdieron el palo, fueron devueltos a una de las Bahamas deshabitadas y perdieron la balandra; llegaron a la playa, y vivieron un tiempo en el bosque, hasta que el gobernador Rogers, enterado de su expedición, y adónde habían ido a parar, envió a dicha isla una balandra armada; el patrón de ésta, con buenas razones y promesas, los embarcó y los llevó a Providence a todos, once en total, de los que diez fueron juzgados por un tribunal de almirantazgo, declarados culpables por el testimonio de otros, y ahorcados a la vista de sus antiguos camaradas y socios de fechorías. Los criminales quisieron incitar a los piratas perdonados a que los rescataran de las manos de los oficiales de la justicia, diciéndoles desde el cadalso que nunca hubieran imaginado que verían un tiempo en que serían atados y ahorcados como perros diez hombres como ellos, mientras trescientos amigos y compañeros suyos permanecían mirando el espectáculo tranquilamente. Un tal Thomas Morris elevó más que el resto el tono de la acusación, tachándolos de pusilánimes y cobardes, como si fuera un baldón para ellos no levantarse y salvarlos de la muerte ignominiosa que iban a sufrir. Pero todo fue inútil; les dijeron que de lo que debían ocuparse ahora era de volver los ojos del espíritu hacia el otro mundo, y arrepentirse sinceramente de las iniquidades cometidas en éste. «Sí —contestó uno de ellos—, de todo corazón; mucho me arrepiento de no haber hecho más daño, y no haberles cortado el cuello a los que nos han apresado; y muchísimo siento que no seáis colgados aquí con nosotros.» «Y yo también», dijo otro. «Y yo», dijo un tercero; y seguidamente los colgaron a todos sin más discursos, salvo el de un tal Dennis Macarty, que dijo a la gente que unos amigos suyos le habían dicho a menudo que moriría con los zapatos puestos, pero que los iba a dejar en mentira, y dicho esto se los quitó. Y así acabaron las vidas y aventuras de estos desdichados, vidas que pueden servir de triste ejemplo del poco efecto que la merced tiene en quienes se entregan a una vida depravada.

Para que no se me atribuya animadversión en mi juicio sobre la actitud de los españoles de las Indias Occidentales en sus relaciones con nosotros, citaré un caso o dos, en los que quiero ser lo más conciso posible, y a continuación transcribiré unas cartas originales del gobernador de Jamaica y de un oficial de un buque de guerra a los alcaldes de Trinidad, isla de Cuba, con sus respuestas, traducidas al inglés; después pasaré a las historias particulares de los piratas y sus tripulaciones que más han dado que hablar en nuestro tiempo.

Hacia el mes de marzo de 1722, uno de nuestros buques de guerra, la galera *Greyhound*, capitán Walron, que se hallaba comerciando en la costa de Cuba, invitó

a comer a unos cuantos mercaderes; éstos subieron a bordo con asistentes y amigos, unos 16 o 18 en total, y tras ponerse de acuerdo, unos seis u ocho pasaron a comer a la cámara mientras el resto esperaba en cubierta. Cuando el capitán y sus invitados estaban comiendo, el contramaestre llamó a comer a la tripulación del barco; conque cogieron los hombres sus escudillas, recibieron su ración, bajaron al entrepuente a comer, y dejaron arriba sólo cuatro o cinco hombres. Los españoles los despacharon en un instante y cerraron las escotillas sobre el resto. Los de la cámara fueron tan rápidos como sus compañeros, ya que sacaron sus pistolas, mataron al capitán, al médico y a otro, e hirieron gravemente al teniente; pero éste logró salir por la ventana a una escala del costado, con lo que pudo salvar la vida; y de este modo se adueñaron en un instante de la *Greyhound*. Aunque por fortuna fue recuperada antes de que se la llevasen; porque el capitán Walron había tripulado una balandra con 30 hombres de su barco, y la habían mandado unos días antes a Barlovento, también a comerciar, cosa que los españoles sabían. Y justo cuando habían terminado la acción vieron venir la balandra, con viento de popa, hacia el barco; así que los españoles se apoderaron de unas 10.000 libras en género, según me han informado, abandonaron el barco, y se fueron en su lancha sin que nadie los molestase.

Por la misma época, un guardacostas de Puerto Rico mandado por un tal Matthew Luke, italiano, apresó cuatro naves inglesas y asesinó a sus tripulaciones. Fueron detenidos por el buque de guerra *Lanceston* en mayo de 1722 y conducidos a Jamaica, donde los ahorcaron a todos, salvo siete, con justo merecimiento. Probablemente el buque de guerra no se habría metido con ellos; pero abordaron a ciegas el *Lanceston*, creyendo que era un mercante, y dieron en hueso. Después, al registrar el guardacostas, encontraron un cartucho de pólvora hecho con un trozo de diario inglés, perteneciente, creo, al bergantín *Crean*; y al interrogarlos se descubrió finalmente que habían capturado esa nave y asesinado a la tripulación. Uno de los españoles, cuando iba a morir, confesó que había matado veinte ingleses con sus propias manos.

Santiago de la Vega, a 20 de febrero

Carta del Exmo. Sr Nicholas Laws, gobernador nuestro, a los

alcaldes de Trinidad de Cuba, datada el 26 de enero de 1721.

Señores:

Los frecuentes saqueos, robos y otros actos de hostilidad cometidos en los súbditos de mi señor el Rey por una partida de bandidos, que pretenden obtener comisiones de V. ms., y de hecho hallan amparo en sus gobiernos, es el motivo de enviarles al portador, capitán Chamberlain, comandante del bergantín de Su Majestad, el Happy, *para pedirles satisfacción por tantos robos como su gente ha cometido recientemente en los súbditos del Rey de esta isla, y en especial por los traidores, Nicholas Brown y Christopher Winter; a los que han dado protección. Tal proceder es no sólo una violación del derecho de las naciones, sino que ha de parecer al mundo de muy extraña naturaleza, cuando se considera que los súbditos de un príncipe, en buena amistad y armonía con otro, amparan y alientan prácticas tan malvadas. Confieso que hace tiempo que vengo ejercitando la paciencia, y declinando el uso de medidas violentas para obtener satisfacción, en espera de que la cesación de hostilidades, tan felizmente concluida entre nuestros respectivos soberanos, detenga efectivamente estos desórdenes; pero muy al contrario, encuentro ahora que el puerto de Trinidad es receptáculo de villanos de todas las naciones. Por tanto considero oportuno poner en conocimiento de V. ms., y asegurarles en nombre del Rey mi señor, que en lo sucesivo, de tropezar con alguno de esos granujas merodeando por las costas de esta isla, ordenará que se le ahorque sin demora ni piedad; y espero y pido de V. ms. amplia restitución al capitán Chamberlain de todos los negros que los dichos Brown y Winter se han llevado recientemente de la parte norte de esta isla, y también de las balandras y demás efectos que han tomado y quitado, desde la cesación de hostilidades, y que entreguen al portador a los ingleses ahora detenidos, o que permanecen en Trinidad. Y también espero que en lo sucesivo se abstengan de conceder comisiones, o consentir que esos famosos villanos se equipen y aparejen en sus puertos; en otro caso pueden tener la certeza de que aquellos con quienes me encuentre serán declarados piratas y tratados como tales; de todo lo cual juzgo oportuno dar cuenta a V. ms., y quedo, señores, etc.*

Carta del Sr. Joseph Laws, segundo del barco de Su Majestad, el bergantín de esnón *Happy*, a los alcaldes de Trinidad.

Señores.

Vengo enviado por el comodoro Vernon, comandante en jefe de todos los barcos de Su Majestad en las Indias Occidentales, para exigir en nombre del Rey nuestro señor; todas las naves, con sus efectos, etc., y también los negros tomados de Jamaica, desde la cesación de las hostilidades, así como todos los ingleses que siguen detenidos, o permanecen en ese puerto de Trinidad, en especial Nicholas Brown y Christopher Winter, ambos traidores, piratas y enemigos comunes de todas las naciones; así mismo, el dicho comodoro me ordena comunicarles su sorpresa de que súbditos de un príncipe en amistad y armonía con otro, den amparo a tan notorias villanos. Con la esperanza de su aquiescencia, queda de V. ms., señores,

humilde servidor;

Joseph Laws.

Frente al río Trinidad a 8 de febrero de 1721

Respuesta de los alcaldes de Trinidad a las cartas del Sr. Laws

Capitán Laws:

En respuesta a la suya, sirva ésta para informarle de que ni en esta ciudad ni en este puerto hay naves ni negros capturados en su isla de Jamaica, ni en esa costa, desde la cesación de hostilidades; y las naves capturadas desde entonces lo han sido por traficar ilegalmente en esta costa; y en cuanto a los fugitivos ingleses que V. m. menciona, están aquí como otros tantos súbditos de nuestro señor el Rey, habiendo entrado voluntariamente en nuestra sagrada fe católica, y recibido el agua del bautismo, aunque si se probase que son ladrones, y no cumplen los deberes a los que ahora están obligados, serán castigados conforme a las ordenanzas del Rey, a quien Dios guarde. Y así, le rogamos que leve anclas lo antes posible, y deje este puerto y costa, porque de ninguna manera se le consentirá traficar; ni ninguna otra actividad, ya que no estamos dispuestos a admitirlo. Rogamos a Dios que guarde su vida muchos años, y besamos su mano.

Firmado,

Gerónimo de Fuentes

Benito Alfonso del Manzano

Trinidad, a 8 de febrero de 1721

Respuesta del Sr. Laws a la carta de los alcaldes

Señores:

Nos sorprende su negativa a entregar a los súbditos del Rey mi señor siendo como es tiempo de paz, y por tanto retenerlos va contra el derecho de las naciones. Pese a su insignificante pretexto (para el que no tienen otro fundamento que una excusa fabricada) para impedir que haga yo ninguna averiguación de la verdad de los hechos expuestos en mi anterior; debo comunicarles que es mi decisión permanecer en la costa hasta haber tomado represalias; y en caso de topar con naves pertenecientes a su puerto, no las trataré como súbditos de la corona de España, sino como piratas, toda vez que una parte de su religión en esa plaza protege a tales villanos.

Su humilde servidor,

Joseph Laws

Frente al río Trinidad, a 8 de febrero de 1721

Respuesta de uno de los alcaldes a la réplica del Sr. Laws

Capitán Laws:

Puede tener la seguridad de que jamás faltaré a los deberes que me impone mi puesto. Los prisioneros que aquí hay no están en prisión, sino sólo guardados para ser enviados al gobernador de La Hahana: si V. m. manda (como dice) en la mar; yo mando en tierra; si V. m. trata a los españoles tomándolos como piratas, otro tanto haré yo con cada uno de los que caigan en mis manos, aunque no he de faltar a las buenas maneras, si V. m. hace lo mismo. Así mismo, puedo obrar como soldado si se presenta ocasión en tal sentido, pues tengo gente buena aquí para ello. Si se propone alguna otra cosa, hágala a su propio riesgo. Ruega a Dios que le guarde, y besa su mano,

firmado:

Benito Alfonso del Manzano.

Trinidad, a 20 de febrero de 1721

Las últimas noticias que hemos recibido de nuestras plantaciones de América, fechadas el 9 de junio de 1724, nos traen la siguiente información: que el 5 de dicho mes, el capitán Jones, en el barco *John and Mary*, topó, cerca de los cabos de Virginia, con un guardacostas español, mandado por un tal don Benito, supuestamente comisionado por el gobernador de Cuba. Iba tripulado con 60 españoles, 18 franceses y 18 ingleses, y tenía un capitán tan español como inglés, llamado Richard Holland, que en otro tiempo había pertenecido al buque de guerra *Suffolk*, y que había desertado en Nápoles y buscado amparo en un convento. Sirvió a bordo de la armada española, bajo el almirante Cammock, en la guerra del Mediterráneo; y tras la cesación de las hostilidades con España se estableció con varios compatriotas (irlandeses) en las Indias Occidentales españolas. Este guardacostas apresó el barco del capitán Jones, y lo retuvo del 5 al 8, tiempo durante el cual tomó también el *Prudent Hanna*, de Boston, patrón Thomas Mousell, y el *Dolphin* de Tophem, patrón Theodore Bate, ambos cargados y con destino a Virginia; al primero lo expidieron con tres hombres y el piloto, con un oficial y tripulación españoles, el mismo día en que fue apresado; el segundo se lo llevaron consigo, poniendo al patrón y toda la tripulación a bordo del barco del capitán Jones. Despojaron al capitán Jones de treinta y seis esclavos, algo de polvo de oro, todas sus ropas, cuatro cañones grandes y armas de mano, y alrededor de cuatrocientos galones de ron, además de provisiones y repuestos, todo estimado en 1.500 libras esterlinas.

CAPÍTULO I
Del capitán Avery y su tripulación

Ninguno de estos intrépidos aventureros dio tanto que hablar durante un tiempo como Avery, que causó tanto revuelo en el mundo como ahora Meriveis[2], y fue tenido por un personaje casi mítico. En Europa decían que se había arrogado la dignidad de rey, y que probablemente iba a fundar una nueva dinastía; decían que se había apoderado de inmensas riquezas, que se había casado con la hija del Gran Mogol, a la que apresó en un barco indio que cayó en sus manos, de la que tenía muchos hijos que vivían con gran pompa y realeza; que construía fuertes, erigía almacenes, y era dueño de una poderosa escuadra de barcos, tripulados por gentes hábiles y desesperadas de todas las naciones; que daba comisiones en su propio nombre a los capitanes de sus barcos y comandantes de sus fuertes, y que era reconocido por ellos como su príncipe. Se escribió una obra dramática sobre él titulada *El pirata afortunado*, y llegaron a tener tal crédito estas historias que fueron presentados al Consejo varios proyectos de armar una escuadra para prenderlo, mientras otros se inclinaban por ofrecerle a él y a sus compañeros un edicto de gracia, e invitarlos a regresar a Inglaterra con todas sus riquezas, no fuese que su creciente poderío estrangulase el comercio de Europa con las Indias Orientales.

Sin embargo, todo esto no eran sino falsedades fomentadas por la credulidad de unos y el humor de otros, que gustaban de contar fantasías. Porque mientras se decía que aspiraba a una corona andaba sin un chelín, y cuando aseguraban que poseía prodigiosas riquezas en Madagascar se estaba muriendo de hambre en Inglaterra.

Sin duda tendrá curiosidad el lector por saber qué pasó con este hombre, y cuál es la raíz de tantas leyendas sobre él; así que referiré su historia lo más escuetamente posible.

Nació en el oeste de Inglaterra, cerca de Plymouth, Devonshire. Educado para la mar, estuvo de oficial en un mercante, en el que hizo varios viajes. Y ocurrió que antes de la Paz de Ryswick (1697), en la que España, Inglaterra, Holanda, etc., firmaron una alianza contra Francia, los franceses de la Martinica hacían contrabando con los españoles del continente en la parte de Perú, cosa que por las leyes de España no está permitida a los amigos en tiempos de paz, porque nadie sino los españoles de nacimiento están autorizados a traficar en esas regiones, ni pisar tierra sin exponerse a ser detenidos y llevados presos en

cualquier momento, motivo por el que mantienen ciertos barcos, que ellos llaman guardacostas, vigilando constantemente el litoral, con orden de apresar toda embarcación que sorprendan dentro de las cinco leguas de tierra. Ahora bien, como los franceses se habían vuelto muy osados en el comercio, y los españoles andaban escasos de barcos y los que tenían no eran de ninguna fuerza, a menudo cuando descubrían a los contrabandistas franceses no eran lo bastante fuertes para atacarlos; así que España decidió alquilar dos o tres poderosos barcos extranjeros para su servicio. Al saberse esto en Bristol, algunos mercaderes de esta ciudad armaron dos barcos de treinta y pico cañones, con 120 hombres cada uno, bien provistos de vituallas, munición y demás pertrechos; y tras acordar el precio a través de ciertos agentes en España, zarparon rumbo a La Coruña, a fin de recibir órdenes y tomar a bordo a unos caballeros españoles que debían ir como pasajeros a Nueva España.

En uno de estos barcos, tengo entendido que el *Duke*, capitán Gibson, iba como primer oficial Avery, individuo de más astucia que valentía, quien se captó la voluntad de varios de los sujetos más osados que iban a bordo del otro barco, así como de los que tripulaban el suyo; y tras sondear la disposición de todos ellos antes de franquearse, y hallarlos favorables a su plan, les propuso finalmente huir con el barco, hablándoles de las grandes riquezas que podrían conseguir en la costa de la India. Sugerirlo él y aceptarlo ellos fue todo uno; y sin más resolvieron llevar a cabo su plan a las diez de la noche siguiente.

Hay que decir que el capitán era muy aficionado al ponche, por lo que se pasaba casi todo el tiempo en tierra, en alguna pequeña taberna. Pero ese día no bajó como de costumbre; sin embargo, no estropeó el plan, ya que tomó su dosis a bordo y se acostó antes de la hora acordada para el asunto. Los marineros que no estaban en el secreto se metieron también en sus coys, por lo que sólo quedaron en cubierta los conspiradores, que a decir verdad eran la mayor parte de la tripulación. En el momento convenido, apareció la lancha del *Duchess*, y al saludar Avery de la manera habitual, le contestaron los hombres que iban en ella: «¿Está el borrachín de vuestro contramaestre a bordo?», que era la contraseña acordada entre ellos; y al contestar Avery que sí, subieron los de la lancha, dieciséis hombres robustos, y se unieron a su compañía.

Cuando nuestros caballeros vieron que estaba todo despejado, cerraron firmemente los cuarteles de las escotillas y pusieron en práctica el plan. No cobraron el ancla, sino que la izaron quedamente y salieron mar afuera sin ruido ni alboroto, aunque había varios barcos fondeados en la bahía, entre ellos una fragata holandesa de cuarenta cañones, a cuyo capitán se le ofreció después una gran

recompensa para que fuese tras ellos. Pero *Mynheer*, que quizá no hubiera querido ser tratado de esta manera, no se dejó convencer para tratar así a otro; y permitió que el señor Avery prosiguiese su viaje a donde tuviera pensado.

El capitán, que entre tanto se había despertado, bien por el movimiento del barco, bien por el trabajo de los aparejos, tocó la campana. Acudieron Avery y otros dos a la cámara, y medio dormido, y presa de una especie de sobresalto, preguntó: «¿Qué ocurre?» Avery le contestó con frialdad: «Nada.» El capitán replicó: «Algo le pasa al barco; ¿navega? ¿Qué tiempo tenemos?», no pensando sino que se había levantado temporal y habían perdido las anclas. «No, no —contesta Avery—; estamos en alta mar, con viento suave y buen tiempo.» «¿En alta mar? —dice el capitán—, ¿cómo es eso?» «Vamos —dice Avery—, no se asuste; vístase y le explico el misterio: desde ahora, sepa que el capitán soy yo, y que ésta es mi cámara, así que debe desalojarla; y me dirijo a Madagascar dispuesto a hacer mi propia fortuna y la de todos los valerosos compañeros que se han unido a mí.»

Tras recobrar un poco sus sentidos, el capitán empezó a comprender el significado. Sin embargo, seguía tan asustado como antes. Al darse cuenta Avery, le dijo que no temiese nada, «porque —dijo— si decide unirse a nosotros, lo aceptaremos; y si deja de beber y no mete las narices donde no le llaman, tal vez con el tiempo lo nombre uno de mis oficiales. En caso contrario, hay un bote al costado con el que puede volver a tierra.»

El capitán se alegró de oír esto y aceptó el ofrecimiento; y al ser convocada la tripulación para saber quiénes querían regresar a tierra con el capitán y quiénes buscar fortuna con el resto, sólo fueron cinco o seis los que decidieron abandonar esta empresa; y los pusieron inmediatamente en el bote con el capitán y dejaron que se dirigiesen a tierra como pudieran.

Prosiguieron viaje a Madagascar, aunque no sé si apresaron algún barco por el camino. Cuando llegaron a la parte NE de esa isla descubrieron fondeadas dos balandras que, al verlos, soltaron cables, corrieron a tierra, y sus hombres desembarcaron y se escondieron en el bosque. Eran dos balandras huidas de las Indias Occidentales que, al ver a Avery, creyeron que se trataba de una fragata enviada para apresarlos; y como no tenían fuerza para presentar batalla, hicieron lo único que podían para ponerse a salvo.

Adivinó Avery dónde estaban, y mandó a algunos de sus hombres a tierra para informarles de que eran amigos, y proponerles que se unieran a ellos para mutua seguridad. Los de las balandras, bien armados, se habían apostado en el

bosque, y habían colocado centinelas en la linde para observar si desembarcaba gente para perseguirlos; y al ver que sólo eran dos o tres los que se acercaban, y sin armas, no se opusieron, sino que tras darles el alto, y contestar ellos que eran amigos, les permitieron llegar a donde estaban los demás y dar el mensaje. Al principio creyeron que se trataba de una estratagema para atraerlos a bordo; pero cuando los embajadores propusieron que el propio capitán y cuanta tripulación dijesen se encontrasen con ellos en tierra sin armas, se convencieron de que decían la verdad, y no tardaron en confiar los unos en los otros, bajando a tierra los de a bordo y subiendo algunos de los de tierra.

Los de las balandras se alegraron de esta nueva alianza, dado que sus naves eran tan pequeñas que no podían atacar un barco de alguna fuerza, por lo que hasta aquí no habían capturado ninguna presa de consideración; pero ahora esperaban lanzarse a la caza mayor, y Avery se alegró también de este reclutamiento que los reforzaba para cualquier empresa de envergadura; y aunque reduciría la parte de cada uno en el botín al tener que hacer bastantes más, encontró el medio de que no afectara a la suya, como veremos en su momento.

Tras deliberar qué hacer a continuación, decidieron salir a cruzar juntos el barco y las balandras; conque se pusieron a trabajar para sacar las balandras, cosa que consiguieron sin tardanza, y a continuación se dirigieron a la costa arábiga. Cerca del río Indo, el de la cofa avistó una vela; le dieron caza, y cuando estuvieron cerca descubrieron que se trataba de un barco alto de porte, por lo que pensaron que podía ser un buque de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales que iba de regreso. Pero resultó ser una presa aún mejor: cuando le dispararon para obligarlo a ponerse a la capa izó los colores del Mogol, y pareció que se aprestaba para la defensa. Avery sólo cañoneó a cierta distancia, por lo que algunos de sus hombres empezaron a recelar que no era el héroe por el que lo habían tomado. Sin embargo, las balandras aprovecharon ese tiempo, y viniéndole una por amura y otra por aleta, le trincaron la borda y subieron; hecho lo cual arrió al punto sus colores y se rindió. Era un barco del Gran Mogol, y viajaban en él varios altos personajes de su corte, entre los que se dice que estaba una de sus hijas, que iba en peregrinación a La Meca (lugar que los mahometanos están obligados a visitar una vez en la vida), y llevaban consigo ricas ofrendas que ofrecer en el sepulcro de Mahoma. Se sabe que las gentes orientales viajan con la más grande magnificencia, de manera que llevaban consigo a todos sus esclavos y criados, ricos atuendos y joyas, con vasijas de oro y plata, y grandes cantidades de dinero para sufragar los gastos de su viaje por tierra. Así que no es fácil calcular el valor del botín tomado a esta presa.

Una vez trasladado el tesoro de esta presa a bordo de sus propios barcos, y después de despojarla de cuanto necesitaban o les gustaba, la dejaron libre; y como ya no le era posible proseguir su viaje, regresó. Tan pronto como llegó la noticia al Mogol, y supo que eran ingleses los que le habían robado, tronó grandes amenazas, y dijo que mandaría un poderoso ejército a sangre y fuego, a extirpar a los ingleses de todos los asentamientos de la costa india. La Compañía de las Indias Orientales, en Inglaterra, se alarmó enormemente. Sin embargo, poco a poco hallaron el medio de apaciguarlo prometiéndole hacer todos los esfuerzos para apresar a los ladrones y ponerlos en sus manos. No obstante, el enorme revuelo que esto produjo en Europa, así como en la India, dio ocasión a todas las historias románticas que surgieron en torno al poderío de Avery.

Entre tanto, nuestros triunfales saqueadores acordaron dirigirse de nuevo a Madagascar con el propósito de hacer de ese lugar el almacén o depósito de todo el tesoro, construir allí una pequeña fortificación y dejar a unos cuantos hombres en tierra para que lo custodiaran y defendiesen de cualquier ataque de los nativos. Pero Avery desechó definitivamente este proyecto por considerarlo innecesario.

Mientras proseguían este viaje que digo, mandó un bote a cada balandra, rogando que fuesen a su bordo sus jefes respectivos para conferenciar. Así lo hicieron, y les dijo que tenía que proponer algo con miras al bien común, y que consistía en prevenirse de cualquier accidente. Les dijo que pensasen que el tesoro que poseían era suficiente para todos si podían guardarlo en algún lugar de la costa y por tanto lo único que había que temer era algún percance durante el viaje. Les pidió que considerasen las consecuencias si llegaban a separarse por mal tiempo; que cualquiera de las balandras podía topar con algún barco de fuerza y ser apresada o hundida, con lo que su tesoro se perdería para el resto; eso si no sufría alguno de los accidentes comunes en la mar. En cuanto a él, era tan fuerte que podía hacer frente con sus hombres a cualquier barco que encontrara en estos mares; que si topaba con uno de fuerza tal que no lo pudiera apresar, tampoco sería apresado él, puesto que contaba con muy buena tripulación; además, su barco era muy marinero y podía forzar la vela, mientras que las balandras no; por todo esto les proponía trasladar el tesoro a su bordo y sellar cada cofre con tres sellos, de los que cada cual tendría uno, y luego acordar un punto de reunión, en caso de separarse.

Tras debatir esta propuesta, la juzgaron todos tan razonable que dieron su conformidad de buen grado, porque se dijeron a sí mismos que podía acontecer algún accidente a una de las balandras, y escapar la otra, y por tanto era por el bien común. Así que hicieron tal como acordaron: trasladaron el tesoro a bordo de

Avery, y sellaron los cofres. Y continuaron juntos ese día, y el siguiente, con tiempo bueno. Entre tanto habló Avery a sus hombres, y les dijo que ahora tenían suficiente para olvidar las preocupaciones, y que nada les impedía ir a algún país donde no fueran reconocidos y vivir en la abundancia el resto de sus días. Todos entendieron lo que quería significar y, en resumen, acordaron traicionar a los de las balandras, sus nuevos aliados. No sé de ninguno que sintiera una punzada de escrúpulo en las tripas que le impidiera consentir esta traición. El caso es que pusieron otro rumbo, y a la mañana siguiente se habían perdido de vista.

Dejo al lector que imagine las maldiciones y el tumulto que hubo entre los de las balandras por la mañana, al descubrir que Avery se había largado; porque sabían por lo bonancible del tiempo, y el rumbo que habían acordado, que sólo se debía a una causa; pero vamos a dejarlos de momento para seguir al señor Avery.

Después de deliberar Avery y sus hombres qué hacer, resolvieron poner rumbo a América, y dado que ninguno de ellos era conocido en esas regiones, decidieron repartirse el tesoro, cambiar de nombre, desembarcar unos en un lugar y otros en otro, comprar un trozo de tierra y darse a la buena vida. La primera costa que avistaron fue la de la isla de Providence, entonces recientemente colonizada. Aquí permanecieron algún tiempo, y pensando que cuando tuvieran que ir a Nueva Inglaterra el tamaño del barco podía dar lugar a muchas preguntas, y quizá a que alguien de Inglaterra, enterado del robo de un barco en La Coruña, sospechase que eran ellos los autores, decidieron deshacerse de él en Providence: así que Avery fingió que había sido aparejado en corso, y que al no tener ningún éxito había recibido orden de sus armadores de venderlo lo más ventajosamente posible. En seguida encontró comprador, y a continuación compró una balandra.

En esta balandra embarcó con su compañía, tocaron varios lugares de América en los que nadie sospechó de ellos, y algunos desembarcaron y se dispersaron por el país después de recibir la parte que Avery quiso darles; porque lo cierto es que les había ocultado la porción más grande de los diamantes, a la que en la primera confusión del saqueo del barco no dieron mucha importancia, dado que ignoraban su valor.

Por fin llegó a Boston, Nueva Inglaterra, al parecer con idea de establecerse en esa provincia, donde algunos compañeros desembarcaron también. Pero cambió de parecer, propuso a los pocos que quedaban con él dirigirse a Irlanda, y todos se mostraron de acuerdo. Pensó que Nueva Inglaterra no era lugar apropiado para él, dado que gran parte de su riqueza consistía en diamantes, y de haberlos sacado allí a la luz lo habrían detenido con toda certeza como sospechoso de piratería.

En el viaje a Irlanda evitaron el Canal de San Jorge, navegaron hacia arriba por el oeste, y entraron en uno de los puertos del norte de ese reino. Allí desembarcaron, vendieron la balandra y se separaron, unos se dirigieron a Cork y otros a Dublín, de los que dieciocho obtuvieron después el perdón del rey Guillermo. Llevaba viviendo ya tiempo Avery en este país, pero no se atrevía a vender los diamantes, no fuese que indagasen cómo habían llegado a sus manos y lo descubriesen; conque deliberando consigo mismo, se le ocurrió que había ciertas personas en Bristol en las que podía arriesgarse a confiar, y resolvió pasar a Inglaterra. Así lo hizo: se dirigió a Devonshire, y mandó recado a uno de estos amigos para que se reuniese con él en un pueblo llamado Bideford. Tras hablar con este amigo, y estudiar con él la manera de vender la mercancía, acordaron que lo más seguro era ponerla en manos de ciertos mercaderes que, como eran hombres ricos y reputados en el mundo, no darían ocasión a ninguna investigación sobre cómo llegó a ellos, diciéndole este amigo que era muy íntimo de algunos que podían ser las personas idóneas para tal fin, y que si les daba una buena comisión llevarían a cabo muy fielmente el negocio. A Avery le pareció bien la proposición, porque no veía otro medio de venderla, dado que no lo podía hacer personalmente; conque regresó su amigo a Bristol, informó del asunto a los mercaderes, y éstos hicieron a Avery una visita en Bideford, donde, tras algunas protestas de honor e integridad por parte de ellos, les entregó la mercancía, consistente en diamantes y algunas vasijas de oro. Los mercaderes le dieron algún dinero para subsistir de momento, y se despidieron.

Cambió de nombre y vivió en Bideford sin dejarse ver mucho, por lo que no llamó la atención. Sin embargo, hizo saber dónde estaba a uno o dos familiares suyos, que fueron a visitarlo. Al poco tiempo se le acabó el dinero, aunque no había tenido noticia de los mercaderes; les escribió a menudo, y tras mucha insistencia, le mandaron una pequeña cantidad, apenas suficiente para pagar sus deudas. En conclusión, las cantidades que le enviaban de tiempo en tiempo eran tan exiguas que no alcanzaban para pan; incluso no se las mandaban, si no era con gran trabajo e insistencia por su parte. Así que, cansado de esta vida, fue en secreto a Bristol a hablar personalmente con ellos; pero en vez de dinero, se encontró con la más hiriente repulsa, porque cuando les pidió llegar a un acuerdo, le hicieron callar amenazándolo con denunciarlo; de este modo, nuestros mercaderes fueron tan piratas en tierra como él lo había sido en la mar.

No sabemos si se asustó ante estas amenazas, o vio a alguien que podía reconocerlo; pero se marchó inmediatamente a Irlanda, y desde aquí solicitó a sus mercaderes, con mucha insistencia, algún dinero, aunque sin resultado, por lo que se vio obligado incluso a mendigar. Ante tal situación, decidió volver y arrojarse

sobre ellos, pasara lo que pasase. Embarcó a bordo de un mercante, trabajando para ganarse el pasaje a Plymouth, pero aquí cayó enfermo a los pocos días y murió; no le encontraron dinero ni siquiera para el ataúd.

He consignado aquí sobre este hombre los datos que contienen alguna veracidad, rechazando las historias que corren sobre su fantástica grandeza, por lo que parece que sus acciones fueron más insignificantes que las de otros piratas anteriores a él, aunque diese más que hablar.

Ahora vamos a retroceder para ofrecer a nuestros lectores una pequeña información sobre qué pasó con las dos balandras.

Hemos hablado ya de la furia y confusión que debió de apoderarse de ellos al darse cuenta de la desaparición de Avery. Sin embargo, siguieron a rumbo, algunos haciéndose ilusiones de que se habría desviado durante la noche, y que lo encontrarían en el lugar de reunión. Pero cuando llegaron, y no tuvieron noticia de él, perdieron toda esperanza. Fue el momento de pensar en qué hacer, con las provisiones casi agotadas; tenían arroz y pescado, y aunque podían conseguir carne de ave en tierra, no podían conservarla a bordo si no la salaban convenientemente, lo que no tenían posibilidad de hacer; así que, como no podían salir a la mar, juzgaron que era hora de pensar en establecerse en tierra, para lo cual desembarcaron todas las cosas de las balandras, hicieron tiendas con las velas y acamparon, con gran cantidad de munición y abundantes armas de mano.

Aquí se encontraron con varios compatriotas: la tripulación de una balandra corsaria mandada por el capitán Tew; y ya que va a ser muy breve digresión, daremos cuenta de cómo habían llegado aquí.

El capitán George Dew y el capitán Thomas Tew habían recibido comisiones del entonces gobernador de las Bermudas para ir directamente al río Gambia, África; allí, con el consejo y asistencia de los agentes de la Compañía Real Africana, e intentar tomar la factoría francesa de Goree, establecida en esa costa. A los pocos días de zarpar, sorprendidos por un violento temporal, Dew tuvo la mala suerte no sólo de que se le rindiera el palo, sino además de perder de vista a su consorte. Regresó a reparar, y Tew, en vez de proseguir viaje, se dirigió al Cabo de Buena Esperanza; y tras doblar dicho cabo, puso rumbo al Estrecho de Bab el Mandeb, que forma la entrada del Mar Rojo. Aquí avistó un barco grande, ricamente cargado, que iba de la India a Arabia con trescientos soldados a bordo, además de los marineros. No obstante, Tew tuvo la osadía de abordarlo, y no tardó en apoderarse de él. Y dicen que de esta presa se repartieron sus hombres cerca de

tres mil libras cada uno. Por los prisioneros tuvieron conocimiento de otros cinco ricos barcos que pasarían por allí, a los que Tew hubiera querido atacar, aunque eran muy fuertes, de no haberse impuesto el cabo de brigadas[3] y los demás… Esta diferencia de opinión creó cierta tensión entre ellos, por lo que decidieron abandonar la piratería. Ningún lugar era más apropiado para acogerlos que Madagascar, así que se dirigieron allí, y resolvieron vivir en tierra y disfrutar de lo que tenían.

En cuanto al propio Tew, junto con algunos más, llegó en poco tiempo a Rhode Island, y a partir de entonces vivió en paz.

Ésta es la compañía con la que nuestros piratas se encontraron aquí.

Hay que decir que los nativos de Madagascar son de una raza que se diferencia de la de Guinea en el pelo, que es largo, y su color no es tan negro; tienen multitud de pequeños príncipes que guerrean continuamente entre sí: a los prisioneros los hacen esclavos y o bien los venden, o los matan, según se les antoja. Cuando nuestros piratas se establecieron entre ellos, su alianza fue muy solicitada por estos príncipes, de manera que unas veces se unían a uno y otras a otro; pero cualquiera que fuese el bando por el que se inclinasen, estaban seguros de salir victoriosos; porque los negros aquí no tenían armas de fuego ni entendían su uso, por lo que al final estos piratas se volvieron tan terribles para los negros que, cuando aparecían dos o tres en un bando, el opuesto huía sin entrar en combate.

Por este medio llegaron no sólo a ser temidos, sino poderosos: a todos los prisioneros de guerra que cogían los hacían sus esclavos; se casaban con las mujeres más hermosas de los negros, no con una o dos, sino con cuantas querían, de manera que cada uno tenía un serrallo tan numeroso como el Gran Señor de Constantinopla; a los esclavos los empleaban en plantar arroz, pescar, cazar, etc.; además, había otros muchos que vivían, por así decir, bajo su protección, para estar a cobijo de los ataques de sus poderosos vecinos; éstos parecían rendirles franco vasallaje. Después empezaron a separarse unos de otros, viviendo con sus propias esposas, esclavos y protegidos como príncipes independientes; y como el poder y la abundancia engendran naturalmente belicosidad, a veces disputaban entre sí, y se atacaban unos a otros a la cabeza de sus respectivos ejércitos; y en estas guerras civiles murieron varios de ellos. Pero ocurrió un percance que los obligó a unirse otra vez por su mutua seguridad.

Hay que decir que estos repentinos grandes señores habían hecho uso de su poder como tiranos, y se habían vuelto proclives a la crueldad, de manera que era

corriente que el más leve disgusto que les diera cualquier protegido bastaba para mandar atarlo a un árbol y pegarle un tiro en el corazón. Fuera grande o pequeño su delito, ése era invariablemente el castigo. Así que una noche se confabularon los negros para librarse de sus destructores; y como ahora vivían separados, habrían podido llevar a cabo fácilmente la acción, si no llega a ser porque una mujer que había sido esposa o concubina de uno de ellos recorrió casi veinte millas en tres horas para revelarles el plan: inmediatamente alertados, se reunieron todo lo deprisa de que fueron capaces, de manera que cuando llegaron los negros los encontraron a todos armados, y se retiraron sin intentar nada.

Este percance los volvió precavidos a partir de entonces, y quizá merezca la pena describir la astucia de estos brutales individuos y las medidas que adoptaron para protegerse.

Descubrieron que el miedo a su poder no podía defenderlos de los ataques por sorpresa, y que hasta el hombre más valiente podía morir mientras dormía a manos de otro muy inferior a él en fuerza y bravura; por tanto, como primera medida de seguridad, debían fomentar la guerra entre sus vecinos negros, manteniéndose ellos neutrales, por cuyo medio los vencidos acudirían constantemente a ellos en busca de protección, puesto que de lo contrario podían morir o verse reducidos a la esclavitud. Fortalecieron su grupo, y ligaron algunos a ellos por interés; cuando no había guerra se las ingeniaban para sembrar desavenencias y empujar a una u otra parte, en cada pequeña disputa o diferencia, a la venganza. Les enseñaron cómo atacar o sorprender al adversario, y les prestaron pistolas cargadas y fusiles con que eliminarlos. El resultado de esto fue que el homicida se veía obligado a acudir a ellos en busca de seguridad, con sus esposas, hijos y parentela.

Éstos eran amigos fieles, dado que sus vidas dependían de la seguridad de sus protectores; porque como decimos, nuestros piratas se habían vuelto tan terribles que ninguno de sus vecinos tenía la suficiente resolución como para atacarlos en guerra abierta.

Merced a argucias de este género aumentó enormemente el número de sus gentes en espacio de pocos años; entonces empezaron a separarse, y a establecerse más lejos unos de otros, por la conveniencia de disponer de más amplio espacio; y se distribuyeron en tribus como los judíos, llevándose cada cual a sus esposas e hijos (porque contaban ya con abundante familia), así como su contingente de protegidos y seguidores. Y si lo que distingue a un príncipe es el poder y el mando, estos rufianes tenían todos los distintivos de la realeza; y más aún: los asaltaban los

mismos recelos que inquietan constantemente a los tiranos, como puede observarse en la extrema precaución que adoptaron, al fortificar los lugares donde vivían.

En esta medida de fortificación se imitaron los unos a los otros, por lo que sus viviendas eran más ciudadelas que casas; eligieron un paraje cubierto de bosque y situado cerca de un río; construyeron un terraplén o zanja profunda alrededor, tan vertical y alta que era imposible escalarla, especialmente si no se contaba con escalas de mano; sobre esta zanja había una pasarela que comunicaba con el bosque. La vivienda, que era una cabaña, estaba construida en la parte del bosque que el príncipe que la habitaba consideraba idónea, pero tan frondosa que no se veía hasta que se llegaba a ella; pero la más grande astucia estaba en el pasillo que conducía a dicha cabaña. Era tan estrecho, que no podía avanzar por él más de una persona, y estaba trazado de manera tan intrincada que formaba un perfecto laberinto, dando vueltas y revueltas, con varios senderos cruzados, de manera que una persona que no estuviese familiarizada con el camino podía pasarse varias horas andando y recorriendo callejones sin dar con la cabaña; además, a uno y otro lado de estos estrechos senderos habían clavado, en el suelo, grandes espinos que crecen en un árbol de ese país, con las puntas hacia arriba; y dado que era tortuoso y serpeante, si alguien intentaba aproximarse a la cabaña de noche podía clavarse uno de estos espinos, aunque tuviese la clave que Ariadna dio a Teseo cuando éste entró en la caverna del Minotauro.

Así vivían los tiranos, temerosos de todos y temidos por todos; y así los encontró el capitán Woodes Rogers cuando llegó a Madagascar en el *Delicia*, barco de cuarenta cañones, con objeto de comprar esclavos para venderlos a los holandeses de Batavia o Nueva Holanda. Sucedió que tocó una parte de la isla donde hacía siete u ocho años que no se veía un barco, y encontró a algunos de estos piratas, de los que quedaban vivos once, quienes hacía más de veinticinco años que estaban en la isla, y tenían una numerosa y multivaria progenie de hijos y nietos.

Al ver por primera vez un barco de esta fuerza y tonelaje pensaron que se trataba de un buque de guerra enviado para prenderlos; así que se escondieron en sus fortalezas. Pero cuando bajaron a tierra algunos del barco sin dar muestras de hostilidad, y solicitaron comerciar con los negros, se atrevieron a salir de sus agujeros escoltados como príncipes, aunque dado que eran reyes *de facto*, que es una especie de derecho, debemos hablar de ellos como tales.

Como hacía tantos años que estaban en esta isla, es de imaginar que se les

habían estropeado las ropas hacía tiempo, por lo que sus majestades iban extremadamente desastradas; no puedo decir que andrajosas, puesto que no llevaban ropa alguna, y no tenían nada con que cubrirse aparte de pieles de animales sin curtir, aunque con todo su pelo, ni zapatos o medias, de manera que parecían otras tantas imágenes de *Hércules* con la piel de león; y dado que tenían la barba muy crecida, y vello en el cuerpo, parecían las figuras más feroces que la imaginación del hombre es capaz de representar.

Sin embargo, no tardaron en poder vestirse, porque cambiaron a gran número de esas pobres gentes que tenían bajo su dominio por ropa, cuchillos, sierras, pólvora y balas y muchas cosas más; y llegaron a tomarse tanta familiaridad que subieron a bordo del *Delicia*. Se observó que tenían gran curiosidad por examinar el interior del barco, y trabaron mucha confianza con los hombres, a los que invitaron a bajar a tierra. Su propósito en todo esto, como confesaron más tarde, era comprobar si era factible tomar por sorpresa el barco durante la noche, cosa que juzgaban muy fácil en caso de que hubiese poca guardia a bordo, ya que tenían suficientes botes y hombres a sus órdenes. Pero al parecer el capitán estaba informado de quiénes eran, y montó una vigilancia tan estrecha en cubierta que renunciaron a todo intento. Pero cuando algunos de la tripulación bajaron a tierra, decidieron persuadirlos, e inducirlos a una conjura para prender al capitán y encerrar al resto de los hombres bajo cubierta cuando entrasen de guardia durante la noche, prometiendo que a una señal subirían a bordo y se unirían a ellos. Les propusieron, si lo conseguían, piratear juntos, con la seguridad de que con un barco así podrían adueñarse de cuanto topasen en el mar. Pero el capitán, al notar la creciente intimidad entre ellos y algunos de sus hombres, pensó que no podía venir nada bueno de esto, y la cortó a tiempo, no consintiendo que se siguieran viendo; y cuando mandó un bote a tierra con un oficial para tratar con ellos sobre la venta de esclavos, la tripulación permaneció a bordo del bote, y no permitió que hablara con ellos nadie más que la persona designada para tal propósito.

Antes de zarpar, y al ver que no podían hacer nada, confesaron los planes que habían urdido contra él. Así que los dejó como los había encontrado, en medio de su sucia dignidad y realeza, aunque con menos súbditos que antes, al haberle vendido muchos, como ya hemos dicho; y si la ambición es la pasión favorita de los hombres, no hay duda de que fueron felices. Uno de estos grandes príncipes había sido antes barquero del Támesis, de donde escapó a las Indias Occidentales tras haber cometido un homicidio, y fue uno de los que huyeron con las balandras. Los demás habían sido todos hombres de cubierta, y no había entre ellos uno sólo que supiese leer y escribir; aunque por otro lado sus ministros no tenían más

instrucción. Y ésta es toda la información que puedo facilitar de estos reyes de Madagascar, algunos de los cuales puede que aún sigan reinando hoy.

CAPÍTULO II
Del capitán Martel y su tripulación

Llego ahora a los piratas que han surgido desde la Paz de Utrecht. En tiempo de guerra no hay lugar para ellos, porque todos los de inclinación errante y aventurera encuentran empleo en los corsarios, así que no hay ocasión para piratas. Es como las chusmas de Londres, que cuando alcanzan cierta entidad, nuestras autoridades ordenan formar tropa: una vez reclutados unos, el resto se disuelve naturalmente. Supongo que la razón está en que estos sujetos, en cuanto entran a formar parte del ejército domesticado, al ser sometidos a disciplina, de famosos turbadores de la paz se convierten en firmes defensores de ella. Y si nuestros gobernantes sometieran a disciplina a algunos piratas no sólo harían disminuir su número sino que, imagino, combatirían al resto, y serían los más capacitados para dar con ellos, porque como dice el proverbio, «a pillo, pillo y medio».

Para conseguirlo no se necesita otro estímulo que el de dar todos los bienes encontrados a bordo de la nave pirata capturada a los que la han apresado; porque en caso de saqueo y ganancia, lo mismo les da que venga de amigos que de enemigos; aunque dada la situación, *prefieren no arruinar a pobres diablos*, por ejemplo a criollos, *sin provecho alguno para ellos*.

La multitud de hombres y barcos utilizados en tiempo de guerra en las Indias Occidentales es otra razón de que existan tantos piratas en tiempo de paz; no se tome esto como censura a ninguno de nuestros gobiernos americanos, y mucho menos al rey mismo, por cuya autoridad se conceden tales despachos, dado lo razonable y absolutamente necesario que es hacerlo. Sin embargo, la observación es justa, porque tanta gente ociosa empleada en esa actividad corsaria, movida por el saqueo y una riqueza que dilapidan con la misma rapidez que la obtienen, cuando acaba la guerra y no encuentran trabajo en la forma de vida a la que estaban acostumbrados, se lanzan con demasiada presteza a la piratería, dado que al ser la misma práctica pero sin despacho, ven muy poca diferencia entre la legalidad de la una y la ilegalidad de la otra.

No he indagado tanto en el pasado de este pirata como para establecer su origen, pero creo que él y su banda fueron hombres de un corsario de la isla de Jamaica en la pasada guerra. Su historia es tan breve como su reinado; puso fin a sus aventuras a tiempo, cuando se estaba volviendo fuerte y temible. Lo

encontramos mandando una balandra pirata de ocho cañones y 80 hombres, en el mes de septiembre de 1716, cruzando frente a Jamaica, Cuba etc.; por esta época apresó la goleta *Berkley*, capitán Sánders, a la que despojó de 1.000 libras en moneda; después topó con una balandra llamada *King Solomon* a la que quitó algún dinero y provisiones, además de mercancías por bastante valor.

Después prosiguieron hacia el puerto de Carbanas, en la isla de Cuba; de camino apresaron dos balandras, que saquearon y soltaron. Y frente al puerto se encontraron con una hermosa galeota de 20 cañones llamada *John and Martha*, capitán Wilson, que atacaron bajo pabellón pirata y se la quedaron. Desembarcaron a algunos hombres, pero a otros los retuvieron, como habían hecho varias veces, para aumentar su propia tripulación; y el capitán, en un arranque de buen humor, sugirió a Wilson que dijese a los armadores que su barco iba a ser ideal para su propósito cuando le quitaran una cubierta; en cuanto a la carga, que consistía principalmente en palo campeche y azúcar, procuraría llevarla a buen mercado.

Tras reformar este barco como les convenía, le montaron 22 cañones, lo dotaron con 100 hombres, dejaron 25 en la balandra, y siguieron cruzando frente a las islas de Sotavento, donde tuvieron mucho éxito. Tras apresar una balandra y un bergantín, dieron caza a un barco fuerte y lo alcanzaron; y al ver éste la bandera pirata se rindió a los ladrones. Era un barco de 20 cañones llamado el *Dolphin*, con destino a Terranova. El capitán Martel retuvo prisionera a la tripulación y se llevó el barco. A mediados de diciembre los piratas apresaron otra nave a su regreso de Jamaica, llamada la *Kent*.La dejaron en libertad después de trasladar a bordo de su propio barco las provisiones que llevaba, lo que la obligó a volver a Jamaica para aprovisionarse de nuevo para el viaje. Después de esto toparon con un barco pequeño y una balandra de Barbados, embarcaciones a las que quitaron provisiones y soltaron después, reteniendo también a algunos hombres, que se dejaron llevar de buen grado. La siguiente nave que tuvo la mala suerte de cruzarse en su camino fue la galera *Greyhound* de Londres, capitán Evans, que iba de Guinea a Jamaica; pero no la retuvieron mucho tiempo, ya que tan pronto como tuvieron a bordo de ellos todo el polvo de oro y colmillos de elefante que llevaba, y 40 esclavos, la dejaron continuar viaje.

Seguidamente decidieron que era hora de entrar en puerto a reparar, así como para refrescarse y tratar de deshacerse del cargamento; de manera que resolvieron dirigirse a Saint Croix, una isla pequeña situada al sudeste de Puerto Rico, a 18° 30' latitud norte, de diez millas de largo por dos de ancho, y perteneciente a las colonias francesas. Aquí pensaron que podían permanecer

bastante resguardados algún tiempo, y prepararse para nuevos desmanes. En el camino toparon con una balandra que se llevaron con ellos, y a principios de 1717 llegaron a su puerto, con un barco de 20 cañones, una balandra de 8, y la última balandra apresada. Con esta flotilla entraron en el pequeño puerto, o rada, en la parte noroeste de la isla, y la halaron hasta dos pequeños entrantes que forman un islote dentro de la bahía (detallo esto ahora porque debo dejar a dichos caballeros en este lugar). Aquí había apenas 16 pies de agua en lo más hondo y sólo 13 o 14 en lo más bajo, con rocas y arena en la parte de fuera que los protegía del viento y el mar, así como de cualquier fuerza que fuese contra ellos.

Una vez dentro todos, lo primero era protegerse lo mejor posible: formaron una batería de cuatro cañones en lo alto del islote, otra de dos cañones en la punta norte de la rada, y halaron una de las balandras con ocho cañones hasta situarla en la boca del canal, para impedir el paso a cualquier embarcación que quisiese entrar. Hecho esto se pusieron a trabajar en su barco, lo desaparejaron y descargaron a fin de limpiar fondos, y así los dejamos de momento, hasta traer a este lugar a otra compañía.

En el mes de noviembre de 1716, el general Hamilton, comandante en jefe de todas las islas de Sotavento caribeñas, mandó urgentemente una balandra al capitán Hume, en Barbados, que mandaba el barco de Su Majestad el *Scarborough*, de 30 cañones y 140 hombres, para informarle de que dos balandras piratas, de 12 cañones cada una, infestaban las colonias y habían saqueado ya varias naves. El *Scarborough* llevaba enterrados veinte hombres y tenía enfermos cerca de cuarenta, de manera que no estaba en condiciones de hacerse a la mar. Sin embargo, el capitán Hume dejó en tierra a sus hombres enfermos y zarpó rumbo a las otras islas para proveerse de hombres, tomando 20 soldados de Antigua; en Nevis tomó 10, y 10 más en San Cristóbal, y a continuación zarpó para la isla de Anguila, donde se enteró de que poco antes, dichas 2 balandras habían estado en Spanish Town, así llamada también una de las islas Vírgenes, por lo que al día siguiente el *Scarborough* se dirigió a Spanish Town. Pero no obtuvo información ninguna de las balandras; sólo que habían estado allí en Navidades (era a la sazón el 15 de enero).

El capitán Hume, al no tener noticias sobre estos piratas, decidió volver a Barbados al día siguiente; pero ocurrió que esa noche fondeó allí una chalupa procedente de Saint Croix, y le informó de que había visto un barco pirata de 22 o 24 cañones, con otras naves, rumbo a la parte noroeste de la citada isla. El *Scarborough* zarpó inmediatamente; esa misma mañana avistó a los ladrones con sus presas, y puso proa a ellos; pero el piloto se negó a intentar entrar con el barco. A todo esto, los piratas les disparaban bombas incendiarias desde la costa. Por

último fondeó junto al arrecife, cerca del canal, desde donde estuvo cañoneando varias horas a las naves y las baterías. Hacia las cuatro de la tarde, el buque de guerra hundió la balandra que guardaba el canal. A continuación cañoneó el barco pirata de 22 cañones situado detrás del islote. A la noche siguiente, que era 18, sobrevino una calma, y el capitán Hume mandó levar anclas por temor a caer en los arrecifes, y permaneció un día o dos dando pasadas para impedirles la salida. El 20, al atardecer, viendo los piratas que el buque de guerra enfilaba mar afuera, aprovecharon la ocasión para sacar su nave halando, a fin de escabullirse; pero a las doce embarrancaron, y a continuación vieron aparecer de nuevo el *Scarborough*. Dado lo desesperado de su situación, se produjo a bordo de ellos una gran confusión; abandonaron el barco y le prendieron fuego, con 20 negros dentro, que murieron abrasados; 19 de los piratas escaparon en una pequeña balandra, pero el capitán y el resto, con 20 negros, se internaron en el bosque, donde probablemente murieron de hambre, porque no se ha sabido qué fue de ellos: el capitán Hume liberó a los prisioneros, con el barco y la balandra que quedaban, y siguió en pos de las balandras piratas antes mencionadas.

[del apéndice del vol. II]

Al capitán Johnson

Señor:

Aunque no me es posible aportar ninguna contribución al segundo volumen de piratas que por lo que sé está preparando, dada su reputación de veraz me decido a ayudarle a rectificar un error que se le ha deslizado en el primero. En la Vida del capitán Martel dice V. m. que la galeota Greyhound *de Londres, mandada por mí a la sazón, cayó en manos de este pirata, que robó cierta cantidad de polvo de oro, colmillos de elefante y 40 esclavos. Esto último es cierto, salvo lo de los colmillos, de los que creo que no perdí ninguno; pero se equivoca en lo primero, porque la compañía había depuesto a Martel, según me contaron ellos mismos, por su crueldad. Le habían dado, a él y a los que quisieron compartir su suerte, una balandra y lo habían expulsado, eligiendo a otro más ecuánime en su lugar; llamado Kennedy, de ascendencia irlandesa, nacido español de Cuba, y cazador. Al llegar yo a bordo del pirata, el primero que habló conmigo fue el capitán Saunders del* Weymouth, *que había sido apresado el día anterior; y me dijo que sentía mi mala suerte. Le tomé por el jefe de los piratas; pero en seguida me di cuenta de mi error, al llevarme a popa con el*

pirata, quien me dio la bienvenida, y bebió vino a mi salud en una lata; y algunos de la tripulación me dijeron que tenía suerte de no haber caído en manos de su anterior capitán: porque a un barco con vino de Madeira se le ocurrió hacerles perder tiempo huyendo y disparando una vez o dos con los cañones de mira antes de reducir vela, y el capitán Martel lo consideró una afrenta tan grande que mandó dar muerte a toda la compañía. Pero paso a darle detalles de mi apresamiento: como he dicho, mandaba la galera Greyhound, *a bordo de la cual tenía 250 esclavos, que llevaba de Guinea a Jamaica, consignados a los Sres. Feak y Aldcroft, por cuenta del Sr. Bignelly otros. El 16 octubre de 1716, a unas 10 leguas* SSW *de la isla de Monna, en la primera claridad de la mañana, mi primer oficial bajó a informarme de que teníamos un barco casi a nuestro costado. Entonces metimos a* SW, *y lo mismo hizo el pirata. Se nos arrimó tanto que tuvimos que apartarnos, y le voceamos que mantuviese su orza o nos iba a abordar. No dio ninguna respuesta, ni parecía haber nadie en su cubierta aparte del hombre del timón y uno o dos más; de todas maneras, la* Greyhound *ganó delantera y trató de dejarlo atrás. El pirata, en cuanto quedó a nuestra estela, viró y puso toda la vela que pudo, por cuyo medio nos dio alcance en poco espacio (dado que tenía los fondos limpios y nosotros no), y tras recoger la cebadera, hizo un disparo de cañón, al tiempo que izaba su pabellón, enseña y bandera, en la que había la figura de un hombre con una espada en la mano, y una ampolleta delante de él, con una calavera y huesos. Y en el pabellón y bandera sólo estaban la calavera y los huesos cruzados. Juzgué que no era conveniente reducir vela, lo que ocasionó un segundo disparo del pirata, que atravesó nuestra gavia. Ante esta acción consulte con mis oficiales, y me aconsejaron recoger vela, dado que no teníamos capacidad para presentar ninguna defensa. Seguí su consejo, y el pirata me ordenó subir a su bordo, donde con bastante cortesía me hizo las preguntas habituales: de dónde venía, adónde me dirigía, etc. Poco después fueron trasladados al pirata mi primer oficial y algunos hombres, con 40 de mis mejores esclavos. Se divirtieron con las esclavas, y quitaron los grillos a todos los negros que ya tenía a bordo. El capitán me preguntó si llevaba oro. Le aseguré que no, y a decir verdad no llevaba más que 100 onzas, las cuales, antes de subir a bordo del pirata, mi carpintero había metido en el techo de la cámara grande. Replicó que era muy extraño que no llevase oro a la costa. Le respondí que había llevado bastante, pero que según lo había tomado en una parte, lo había dejado en otra, y que si revisaba mis libros comprobaría que era exactamente como le decía. De momento no hablamos más del asunto; pero poco más tarde nos llamaron a mi primer oficial y a mí a la cámara grande, donde encontramos reunido un consejo. Inmediatamente nos pusieron en el pecho una pistola amartillada y nos amenazaron con matarnos si no confesábamos qué oro teníamos a bordo, y dónde estaba escondido. Yo negué tener ninguno, y pedí que comprobase por sí mismo la verdad examinando mis libros. Mi primer oficial respondió que no sabía nada de mis negocios en la costa, por lo que no podía dar ninguna información. La verdad era que sabía que yo había recibido oro en la costa, dado que había visto trasladarlo a bordo; pero había visto también desembarcar una considerable cantidad. Después de esto nos ordenaron retirarnos, y no se nos dijo nada más. Pero al enterarme de*

que se proponían torturarme con mechas encendidas entre los dedos, pensé que la pérdida del uso de las manos estaría muy mal compensada con el ahorro de 100 onzas de oro, así que pedí hablar con el capitán en persona. Le revelé lo que tenía y dónde estaba escondido. Inmediatamente mandó su bote a la Greyhound*, con mi carpintero y media docena de su propia tripulación, que estaban tan ansiosos por apoderarse del oro que convirtieron en acerico el trasero del pobre hombre, de tanto pinchárselo con los machetes para darle prisa. A mí me alojaran en la bodega, adonde bajó el artillero, un tal Tafier, me puso una pistola en el pecho y a continuación hizo fuego contra la cubierta. Este mismo hombre, un día en que estaba yo en el alcázar; me golpeó con el machete en presencia de su capitán, después de reprocharme mi confesión privada, y preguntarme si no tenían los demás tanto derecho al oro como el capitán. No sé si el golpe que me dio con el plano del machete fue accidental o a propósito; el caso es que me derribó, y me dejó sin sentido durante un rato.*

Al capitán Kennedy (que tenía más humanidad de la que habitualmente encontramos en hombres de su profesión) le pareció tan mal el trato que me había infligido que subió a su yola, jurando que no navegaría con hombres que maltrataban tan bárbaramente a sus prisioneros. Sin embargo, a insistentes ruegos de los demás, regresó a bordo, después de prometerle todos que no volvería a ocurrir en el futuro. La noche del día en que fuimos apresados el pirata fondeó junto a la isla de Saona, donde nos retuvo hasta el 20, y después nos dejó con el capitán Saunders, del barco Weymouth *que, procedente de Boston, se dirigía cargado de pescado y madera a Jamaica, isla a la que llegamos, fondeando en Port Royal el 25 por la mañana.*

El pirata, poco antes de apresarme, había topado con dos naves contrabandistas holandesas que al parecer se dirigían al continente, y le habían dispensado una acogida tan borrascosa que se alegró de perderlas de vista.

El Weymouth *llevaba dos pasajeras a bordo. No sé cómo pasaban el tiempo; aunque como habían hecho ya un viaje o dos a la bahía, supongo que no se trataba de ningún rapto.*

Y a pesar de la situación lamentable en que me hallaba no pude reprimir una carcajada al ver regresar a su barco a los individuos que habían ido a la Greyhound*; porque registrando mi cámara habían encontrado una bolsa de polvos y una borla, se habían empolvado de pies a cabeza, y andaban por la cubierta con el sombrero bajo el brazo, desgranando juramentos y adoptando todo el aire de pisaverdes con una torpeza que habría hecho reír al más cínico.*

Cuando me permitieron volver a la Greyhound *para proseguir mi viaje, encontré*

hechos trizas los papeles, y todo patas arriba. Aunque eso no era nada comparado con el hecho de haber quitado los grillos a todos mis negros, a los que temía yo más que a los piratas; porque de éstos nos había protegido la humanidad de su capitán, pero de los negros, si se rebelaban, no podíamos esperar cuartel; y si tal cosa ocurría no teníamos posibilidad de reducirlos, porque los piratas nos habían quitado todas las armas y habían abierto un barril de cuchillos que habían esparcido por el barco, con lo que habían armado a los negros, uno de los cuales tuvo la insolencia de poner collar y zarandear a uno de mis hombres. Así que reuní a mi tripulación en popa, y les hice ver que nuestra seguridad dependía enteramente de nuestra resolución. Conque nos armamos con cabillas, arrojamos a los negros a la bodega, y subiéndolos después uno a uno, les pusimos los grillos que los piratas no se habían llevado, les quitamos los cuchillos, y de este modo llegamos a puerto sin más percance. Si este episodio le es de alguna utilidad, habré cumplido mi propósito. Si tiene pensamiento de acometer un tercer volumen, espero que convenza a otros que hayan tenido la misma desgracia de caer en manos de piratas, de que le ayuden con sus respectivos casos.

Sin otro particular, queda de V. m. humilde servidor,

J. Evans

2 de febrero de 1728

P. D.: Cuatro de mis hombres se unieron a los piratas, aunque sólo recuerdo el nombre de dos: Bryant Ryley y John Hammond.

CAPÍTULO III
Del capitán Teach, alias Barbanegra

Edward Teach era natural de Bristol, pero había navegado algún tiempo por Jamaica en barcos corsarios durante la última guerra con los franceses; sin embargo, aunque se distinguió a menudo por su extraordinario arrojo y valentía personal, jamás alcanzó ninguna clase de mando hasta que se dedicó a la piratería, lo que creo ocurrió a finales del año 1716, cuando el capitán Benjamín Hornigold le dio una balandra que había apresado, y con quien continuó asociado hasta poco antes de que Hornigold se entregara.

En la primavera del año 1717, Teach y Hornigold zarparon de Providence hacia los mares de América, y apresaron durante el viaje un *billop* (¿una chalupa?) de La Habana, con 120 barriles de harina, también una balandra de Bermudas, patrón Thurbar, al que le quitaron unos galones de vino y soltaron; y un barco que iba de Madeira a Carolina del Sur, del que obtuvieron un botín de considerable valor.

Después de limpiar en la costa de Virginia, regresaron a las Indias Occidentales, y en la latitud de 24° apresaron un gran buque de la Guinea francesa que se dirigía a la Martinica, en el que, por consentimiento de Hornigold, embarcó Teach como capitán, y emprendió un crucero en él; Hornigold regresó con su balandra a Providence, donde, a la llegada del capitán Rogers como gobernador, se entregó a su merced, conforme exigía el edicto del rey.

A bordo de este buque de Guinea montó Teach 40 cañones, y lo llamó el *Queen Ann's Revenge*; y navegando cerca de la isla de San Vicente apresó un barco grande llamado el *Great Allen*, mandado por Christopher Taylor. Los piratas lo despojaron de cuanto consideraron de utilidad, desembarcaron a todos los hombres en la citada isla y prendieron fuego al barco.

Pocos días después, Teach topó con el *Scarborough*, buque de guerra de 30 cañones, al que presentó batalla durante unas horas; pero al encontrar al pirata bien tripulado, y comprobar su fuerza, puso fin al combate y regresó a Barbados, lugar de su base, y Teach prosiguió hacia la América española.

En el trayecto topó con una balandra pirata de diez cañones mandada por un tal comandante Bonnet, poco antes caballero de buena reputación y fortuna, de

la isla de Barbados, al que se unió; pero unos días después, al ver que Bonnet no sabía nada de la mar, y con el consentimiento de sus propios hombres, puso a otro capitán, un tal Richards, al mando de la balandra de Bonnet, y llevó al comandante a bordo de su propio barco, diciéndole que como no estaba acostumbrado a las fatigas y cuidados de semejante puesto era mejor que lo dejase y viviese cómodamente, a su gusto, en un barco como el suyo, donde no tendría que cumplir las obligaciones necesarias de un viaje.

En Turniff, a diez leguas de la bahía de Honduras, los piratas cargaron agua dulce; y mientras estaban fondeados vieron llegar una balandra. Richards, en la balandra llamada la *Revenge*, levó anclas y fue a su encuentro; aquélla, al ver izada la bandera negra, arrió su vela y se arrimó a la popa del comodoro Teach. Se llamaba la *Adventure*, de Jamaica, patrón David Harriot. Éste y sus hombres fueron trasladados al barco grande, y mandaron a otros tantos, con Israel Hands, maestro de navegación del barco de Teach, a tripular la balandra con fines piratas.

El 9 de abril, zarparon de Turniff, después de permanecer allí alrededor de una semana, y se dirigieron a la bahía, donde descubrieron un barco y cuatro balandras, tres de ellas pertenecientes a Jonathan Bernard, de Jamaica, y la otra al capitán James; el barco era de Boston, se llamaba el *Protestant Cæsar*, y lo mandaba el capitán Wyar. Teach izó su enseña negra y disparó un cañonazo; ante esto el capitán Wyar y sus hombres abandonaron el barco y huyeron a tierra en bote. El cabo de brigadas de Teach y ocho de su tripulación tomaron posesión del barco de Wyar, y Richards capturó las balandras, una de las cuales quemaron con gran pesar de su dueño; también quemaron el *Protestant Cæsar* después de saquearlo porque procedía de Boston, ciudad donde habían sido ahorcados algunos hombres por piratería; en cuanto a las tres balandras de Bernard, las dejaron en libertad.

De aquí se dirigieron a Turkill y después a Gran Caimán, pequeña isla situada unas treinta leguas al oeste de Jamaica, donde apresaron un pequeño tortuguero; y a continuación a La Habana; de aquí a los *Pecios de Bahamas,* y de aquí pusieron rumbo a Carolina; en el viaje apresaron un bergantín y dos balandras, y luego fondearon frente a la entrada de Charleston donde estuvieron cinco o seis días. Aquí apresaron un barco cuando salía con destino a Londres, mandado por Robert Clarck, con algunos pasajeros a bordo que iban a Inglaterra. Al día siguiente apresaron otra nave al salir de Charleston, y también dos pesqueros que entraban en dicho puerto; así mismo, cogieron un bergantín con 14 negros a bordo. Todo esto tuvo lugar frente a la ciudad, lo que provocó gran pánico en la provincia de Carolina, visitada poco antes por Vane, otro famoso pirata; y dado que no estaban en condiciones de oponer resistencia, se abandonaron a la desesperación.

Había ocho velas en el puerto prestas a salir, pero ninguna se atrevía, ya que era casi imposible escapar de sus garras. Las naves con destino a dicho puerto se hallaban en la misma dramática disyuntiva, de manera que el tráfico con esta plaza quedó totalmente interrumpido. Lo que hacía más penosas estas desdichas era la larga y costosa guerra que la colonia había sostenido con los nativos, y que acababa de concluir cuando vinieron a infestarla estos ladrones.

Teach retuvo a todos los barcos y prisioneros, y como necesitaba medicinas, resolvió pedir un cofre al gobierno de la provincia; así que envió a Richards, capitán de la balandra *Revenge*, y dos o tres piratas más, con uno de los prisioneros, el señor Marcks, al que habían cogido en el barco de Clarck, y éstos presentaron su demanda muy insolentemente, amenazando, si no mandaban en seguida el cofre de medicinas y dejaban volver a los embajadores piratas sin hacer ninguna violencia a sus personas, con matar a todos los prisioneros, enviar sus cabezas al gobernador y prender fuego a los barcos apresados.

Mientras el señor Marcks se dirigía al ayuntamiento, Richards y los que lo acompañaban anduvieron por las calles a la vista de la gente, que estaba inflamada de la más grande indignación, y los tenía por ladrones y asesinos, y en especial autores de sus daños y opresiones; pero nadie se atrevió ni a pensar siquiera en tomarse venganza, por temor a que esto les acarrease más calamidades. Así que no tuvieron más remedio que dejar que los villanos deambularan con total impunidad. No tardó el gobierno en meditar el mensaje, aunque era la mayor afrenta que podía habérsele impuesto. Sin embargo, a fin de salvar tantas vidas (entre ellas, la del señor Samuel Wragg, miembro del ayuntamiento), dieron satisfacción a esta necesidad, y entregaron un cofre, valorado entre 3 y 400 libras, y los piratas volvieron sin daño a sus barcos.

Barbanegra (que así llamaban a Teach por lo general, como se verá más adelante), tan pronto como llegaron las medicinas y sus compañeros piratas, dejó libres a los prisioneros y los barcos después de quitarles oro y plata por valor de 1.500 libras esterlinas, además de provisiones y otros artículos.

De la barra de Charleston se dirigieron a Carolina del Norte; el capitán Teach en el barco que ellos llamaban buque de guerra, el capitán Richards y el capitán Hands en las balandras, que ellos calificaban de corsarias, más otra balandra que hacía las veces de escampavía. Entonces se le ocurrió a Teach abandonar la compañía, quedarse con el dinero y lo mejor de las rapiñas para él y unos cuantos cofrades por los que sentía más amistad, y burlar al resto; así que, con el pretexto de entrar en la ensenada de Topsail a limpiar, hizo embarrancar su

nave como por accidente, y a continuación ordenó a la balandra de Hands que fuese a ayudarlo y lo sacase, lo que se apresuró a hacer Hands: llevó la balandra a la playa, junto a la otra, y embarrancaron las dos. Hecho esto, Teach subió a la escampavía, con cuarenta hombres, y dejó allí la *Revenge*; seguidamente cogió a otros diecisiete y los abandonó en un islote arenoso, como a una legua de tierra firme, donde no había pájaros, animales ni yerbas para subsistir, y donde habrían perecido si el comandante Bonnet no llega a recogerlos dos días después.

Teach se entregó al gobernador de Carolina del Norte, con unos veinte de sus hombres, y se acogió al edicto de Su Majestad, cuyo certificado recibió de su excelencia; pero no parece que su sometimiento a este perdón obedeciera a un deseo de corregirse, sino que se trataba sólo de una maniobra, en espera de una ocasión más favorable para dedicarse nuevamente a la misma actividad; ocasión que se presentó poco más tarde, con mayor seguridad para él, y muchas más perspectivas de éxito, ya que durante este tiempo cultivó muy buen entendimiento con el citado gobernador, el señor Charles Eden.

El primer favor que este amable gobernador hizo a Barbanegra fue darle derecho de propiedad sobre la nave que había apresado cuando pirateaba en un barco grande llamado el *Queen Ann's Revenge*, para cuyo fin se convocó un tribunal de vicealmirantazgo en Bath-Town; y aunque Teach no había recibido en su vida ninguna comisión, y la balandra pertenecía a unos mercaderes ingleses y había sido apresada en tiempo de paz, sin embargo, le fue adjudicada como presa tomada a los españoles. Estos amaños muestran que los gobernadores son sólo hombres.

Antes de salir en pos de aventuras se casó con una muchacha de unos dieciséis años en una ceremonia que ofició el propio gobernador. Igual que aquí es costumbre que los case un sacerdote, allá es que lo haga un magistrado. Y ésta, según me han informado, hizo la decimocuarta esposa de Teach, de las que quizá vivían aún una docena lo menos. Su comportamiento en este estado fue algo extraordinario; pues mientras su balandra permaneció en la ensenada de Ocraoke y él en tierra, en una plantación donde vivía su esposa, adoptó la costumbre, después de pasar la noche con ella, de invitar a cinco o seis de sus brutales compañeros a bajar a tierra y obligar a su esposa a prostituirse con todos, uno tras otro, en presencia suya.

En junio de 1718 salió a la mar para efectuar otra expedición, y puso rumbo a las Bermudas; topó con dos o tres naves inglesas en el trayecto, pero sólo les quitó provisiones, pertrechos y artículos necesarios para su gasto inmediato; pero

cerca de las citadas islas topó con dos barcos franceses, uno de ellos cargado con azúcar y cacao, y el otro vacío, ambos con destino a la Martinica; al que no llevaba carga lo dejó ir, embarcando en él a todos los hombres del cargado, y regresó con éste y su cargamento a Carolina del Norte, donde el gobernador y los piratas se repartieron el botín.

Nada más llegar con la presa fueron Teach y cuatro de su tripulación a Su Excelencia, y prestaron declaración jurada de que habían encontrado el barco francés en alta mar sin un alma a bordo. A continuación se celebró el juicio, y se le adjudicó el barco: al gobernador le correspondieron sesenta bocoyes de azúcar, y a un tal señor Knight, que era secretario suyo y recaudador de la provincia, veinte; el resto se repartió entre los piratas.

El asunto no había quedado zanjado aún, porque el barco permanecía amarrado y podía entrar alguien en el río, reconocerlo y descubrir la granujada. Pero a Teach se le ocurrió una idea para evitar esta eventualidad, y con el pretexto de que hacía agua, y podía hundirse y obstruir la bocana de la ensenada donde se hallaba fondeado, obtuvo autorización del gobernador para adentrarlo en el río y prenderle fuego, lo que efectivamente hizo: lo quemó cerca de la orilla, se hundió el casco, y con él los temores de Teach de que se esgrimiese como prueba contra ellos.

El capitán Teach, alias Barbanegra, pasó tres o cuatro meses en el río, unas veces fondeado en ensenadas, otras navegando de una cala a otra, vendiendo a las balandras que encontraba el botín apresado, y a menudo ofreciéndoles presentes a cambio de los pertrechos y provisiones que les quitaba; esto cuando estaba de humor generoso, porque otras veces se conducía con total desvergüenza y les quitaba cuanto quería sin decir siquiera *con permiso*, sabiendo de sobra que no se atreverían a mandarle la factura. Bajaba frecuentemente a tierra a divertirse con los plantadores, donde se emborrachaba y refocilaba día y noche; y era bien acogido por ellos, aunque no sé si por afecto o por temor. Él, a veces, los trataba cortésmente y les regalaba ron y azúcar en compensación por lo que les cogía; en cuanto a las libertades que (según se dice) se tomaban él y sus compañeros con las esposas e hijas de los plantadores, no me corresponde a mí decir si las pagaba *ad valorem* o no. Otras veces se portaba de manera altanera con ellos y les exigía una contribución; y más aún, solía tratar ofensivamente al gobernador, aunque no he podido averiguar que hubiese entre ellos el menor motivo de pelea, sino que más bien parecía hacerlo para demostrar que se atrevía.

En vista de que eran tan frecuentemente saqueadas por Barbanegra las

embarcaciones que iban y venían por el río, deliberaron con los traficantes y algunos de los mejores plantadores sobre qué determinación tomar, puesto que estaba claro que era inútil acudir al gobernador de Carolina del Norte, a quien propiamente correspondía poner remedio, de manera que si no acertaban a encontrar alguna solución, Barbanegra reinaría probablemente con toda impunidad. Conque, con el mayor secreto posible, mandaron una delegación a Virginia, para exponer el caso al gobernador de esa colonia, y solicitar una fuerza armada de buques de guerra que apresase o acabase con este pirata.

Este gobernador consultó con los capitanes de dos buques, el *Pearl* y el *Lime*, que se hallaban fondeados en el río James desde hacía unos diez meses. Se acordó que el gobernador debía alquilar un par de pequeñas balandras y tripularlas con gente de los buques de guerra; lo hicieron así, y dieron el mando al señor Robert Maynard, teniente del *Pearl*, oficial experimentado, y caballero de gran valentía y resolución, como se verá por su intrépido comportamiento en esta expedición. Las balandras fueron bien tripuladas, y pertrechadas de munición y armas de mano, aunque no montaron ningún cañón.

Por las mismas fechas en que zarparon, el gobernador convocó una asamblea en la que se decidió publicar un edicto ofreciendo recompensas a la persona o personas que, en el plazo de un año, apresasen o matasen algún pirata: este original edicto, que ha llegado a nuestras manos, reza como sigue:

el Vicegobernador de su Majestad, y Comandante en Jefe de la colonia y dominio de Virginia.

EDICTO

por el que se hacen públicas las recompensas por prender, o matar, piratas.

Por cuanto, en sesión celebrada en la capital de Williamsburg, el día once de noviembre, del quinto año del reinado de Su Majestad, ha sido aprobada una disposición para alentar el apresamiento y destrucción de piratas: se decreta, entre otras cosas, que toda persona o personas que, desde el día catorce de noviembre del año de Nuestro Señor de mil setecientos dieciocho, hasta la víspera del día catorce de noviembre, que será del año de nuestro Señor mil setecientos y diecinueve, apresare o apresaren cualquier pirata, o piratas,

en la mar o en tierra, o en caso de resistencia matare o mataren a tal pirata, o piratas, entre los grados treinta y cuatro y treinta y nueve de latitud norte, y dentro de las cien leguas del continente de Virginia, o de las provincias de Virginia, o de Carolina del Norte, presentando pruebas fehacientes, o debido testimonio, de haber matado a tal pirata, o piratas, ante el Gobernador y el Consejo, tendrá derecho a recibir y poseer del erario público, en manos del Tesorero de esta colonia, las diversas recompensas siguientes, a saber: por Edward Yeach, comúnmente llamado capitán Yeach, o Barbanegra, cien libras; por cada uno de los demás comandantes de barcos, balandras o embarcaciones piratas, cuarenta libras; por cada primer oficial, maestro, contramaestre o carpintero, veinte libras; por cada otro oficial inferior; quince libras, y por cada hombre de cubierta apresado a bordo de tal barco, balandra o embarcación, diez libras; y por cada pirata apresado en cualquier barco, balandra o embarcación perteneciente a esta colonia, o de Carolina del Norte, en el período antedicho, en cualquier lugar, las recompensas se pagarán conforme al grado y condición de tales piratas. Por tanto, para aliento de toda persona deseosa de servir a Su Majestad, y a su país, en tan justa y honrosa empresa, como es la de acabar con una clase de gente que en verdad puede calificarse de enemiga de la humanidad: juzgamos oportuno, con el asesoramiento y aprobación del Consejo de Su Majestad, hacer público este edicto, declarando que las dichas recompensas serán puntual y justamente pagadas en moneda corriente de Virginia, conforme a las instrucciones dadas en la dicha sesión. Por lo que ordeno y decreto que sea hecho público este edicto por las autoridades municipales, en sus respectivos edificios, y por los párrocos y predicadores, en las diversas iglesias y capillas de esta colonia.

Dado en nuestra Cámara de Consejo

de Williamsburg, el día 24 de noviembre

de 1718, quinto año del reinado de

Su Majestad.

DIOS SALVE AL REY

A. SPOTSWOOD

El 17 de noviembre de 1718, el teniente Maynard partió de Kicquetan (Hampton), en el río James de Virginia, y el 31 por la tarde llegó a la entrada de la

ensenada de Ocraoke, donde avistó al pirata. Esta expedición se realizó con el mayor secreto, y el oficial usó de toda la prudencia necesaria, impidiendo remontar el río a todo bote o embarcación con que se cruzaba, previniendo de esta manera que llegaran anticipadamente noticias a Barbanegra, al tiempo que las recogía él sobre el pirata y sus cómplices, en qué lugar estaban apostados. Pero pese a esta precaución, Barbanegra recibió de su excelencia de la provincia información sobre el plan; y su secretario, el señor Knight, le escribió una carta poniéndolo al corriente del asunto, y comunicándole que le enviaba cuatro hombres, que eran los que había podido encontrar, en la ciudad o cerca de ella, y le advertía que estuviese alerta. Estos hombres pertenecían a Barbanegra, y fueron enviados de Bath-Town a la ensenada de Ocraoke, donde se encontraba la balandra, que estaba a unas 20 leguas.

A Barbanegra le habían llegado ya ciertos rumores que después habían resultado ser falsos, de manera que no dio crédito a esta advertencia, ni se convenció hasta que vio las balandras: entonces fue el momento de poner su nave en posición de defensa. Sólo tenía veinticinco hombres a bordo, aunque hacía creer a todas las embarcaciones que eran cuarenta. Una vez preparado para la batalla, desembarcó y pasó la noche bebiendo con el patrón de una balandra mercante que, según se cree, tenía más negocios con Teach de los que debía.

El teniente Maynard tuvo que fondear, ya que el agua era poco profunda, y el canal intrincado, y no había posibilidad de entrar esa noche a donde Teach estaba; pero por la mañana levó anclas, y envió su bote delante de las balandras para que fuera sondando; y cuando llegó a tiro de cañón del pirata, recibió su fuego; a lo cual Maynard izó la enseña del rey, y enfiló directamente hacia él, con toda la arrancada de que eran capaces sus velas y remos. Barbanegra cortó su cable, y trató de presentar batalla en retirada, sosteniendo con sus cañones un fuego continuo sobre el enemigo. Como el señor Maynard no tenía ninguno, mantuvo fuego con sus armas portátiles, mientras algunos de sus hombres se esforzaban con los remos. Al poco rato embarrancó la balandra de Teach, pero como la del señor Maynard tenía más calado que la del pirata, no podía acercarse a él, así que decidió fondear a medio tiro del enemigo; y a fin de aligerar la nave, y poder abordarlo, el teniente mandó arrojar todo el lastre por la borda, desfondar todos los barriles de agua, levar anclas a continuación, y seguir adelante; al observar esto Barbanegra les gritó brutalmente: «¡Malditos bribones! ¿quiénes sois? ¿Y de dónde venís?» Y el teniente le contestó: «Puedes ver por nuestra enseña que no somos piratas.» Barbanegra le pidió que enviase el bote a su bordo, para así poder comprobar quién era. Pero el señor Maynard replicó: «No puedo desprenderme de mi bote, pero ya iré yo, en cuanto pueda, con toda mi balandra.»

A lo que Barbanegra, tomando un vaso de licor, le saludó con estas palabras: «Así se condene mi alma si os doy cuartel, o si os pido ninguno.» En respuesta de lo cual, el señor Maynard le dijo que no esperaba cuartel de su parte, pero que tampoco él se lo daría.

A todo esto la balandra de Barbanegra flotaba con holgura, mientras que las de Maynard bogaban hacia ella con apenas un pie de agua debajo de la quilla, con lo que exponía a todos los hombres. Y al acercarse (hasta aquí había habido poca o ninguna acción por parte de ambos bandos), el pirata les mandó una descarga cerrada con toda clase de armas pequeñas: ¡Fue un golpe fatal para ellos! La balandra del teniente quedó a su merced, sufriendo veinte bajas entre muertos y heridos, y nueve la otra. No pudo evitarse, porque, como no había viento, se vieron obligados a avanzar con los remos, dado que de otro modo habría logrado escapar el pirata, lo que al parecer no estaba dispuesto el teniente a que ocurriese.

Después de este desafortunado revés, la balandra de Barbanegra embarrancó de costado en la orilla; la del señor Maynard, llamada la *Ranger*, cayó de popa y quedó de momento impedida. Al ver el teniente que su propia balandra seguía libre, y que no tardaría en abordar a la de Teach, ordenó a todos sus hombres que se metiesen bajo cubierta, por temor a otra descarga, lo que habría significado su aniquilación. El señor Maynard fue la única persona que permaneció en cubierta, además del hombre del timón, al que ordenó que se tumbase y protegiese; y a los hombres de la bodega les ordenó que preparasen sus pistolas y sables para la lucha cuerpo a cuerpo, y subiesen cuando él ordenase. Con este fin colocaron dos escalas en la escotilla, para mayor celeridad. Cuando la balandra del teniente abordó a la otra, los del capitán Teach arrojaron varias granadas de una clase nueva, o sea botellas llenas de pólvora y munición pequeña, pedazos de plomo o hierro, con una mecha rápida en la boca que, encendida en su extremo exterior, entra velozmente en la botella hasta la pólvora, y como se arroja instantáneamente a bordo, suele producir gran mortandad, además de gran confusión entre los tripulantes. Pero providencialmente, no tuvieron efecto aquí; ya que los hombres estaban en la bodega. Viendo Barbanegra pocos o ningún hombre a bordo, dijo a los suyos que les habían dado en la cresta a todos, salvo a tres o cuatro; y exclamó; «¡Saltemos a bordo y hagámoslos pedazos!»

Así que, en medio del humo de una de las citadas botellas, saltó Barbanegra con catorce hombres a la balandra de Maynard por las amuras, sin que éste los viera hasta que se aclaró el aire; sin embargo, dio la señal en ese instante a sus hombres, que subieron al punto, y atacaron a los piratas con una valentía jamás demostrada en una ocasión así. Barbanegra y el teniente descargaron los primeros

tiros el uno sobre el otro, por lo que el pirata recibió una herida; a continuación se acometieron con las espadas, hasta que al teniente se le rompió la suya, y retrocedió para amartillar una pistola. Barbanegra le descargó un golpe con su machete, en el instante en que uno de los hombres de Maynard le dio un golpe terrible en el cuello y la garganta, por lo que el teniente salió con un pequeño corte en los dedos.

Ahora estaban furiosamente empeñados en la lucha, el teniente y doce hombres contra Barbanegra y catorce, y el agua se teñía de sangre alrededor de la nave. Barbanegra había recibido en el cuerpo un tiro del teniente Maynard; sin embargo seguía en pie, y luchaba con furia tremenda, hasta que recibió veinticinco heridas, cinco de ellas de pistola. Por último, cuando amartillaba otra pistola (había disparado varias antes), cayó muerto; a la sazón habían caído ocho más de los catorce; el resto, con bastantes heridas, saltaron por la borda y pidieron cuartel; lo que se les concedió, aunque sólo sirvió para prolongar sus vidas unos días. Entonces apareció la balandra *Ranger*, y atacó con igual valentía a los que quedaban en la de Barbanegra, hasta que gritaron pidiendo cuartel también.

Éste fue el fin del valeroso bruto, que podía haber pasado por el mundo como un héroe de haberse consagrado a una buena causa; su desaparición, de tanta importancia para las plantaciones, se debió enteramente al comportamiento e intrepidez del teniente Maynard y sus hombres, que habrían podido acabar con él con muchas menos bajas si hubiesen dispuesto de cañones; pero se vieron obligados a utilizar naves pequeñas debido a que los rincones y parajes donde se apostaba no admitían otras de más calado; y no fue pequeña la dificultad de estos caballeros para llegar hasta él, ya que embarrancaron lo menos un centenar de veces, cuando remontaban el río, además de otros contratiempos que bastarían para haber hecho renunciar sin deshonor a cualquier caballero, de haber sido menos firme y audaz que este teniente. La descarga que tanto daño les hizo antes del abordaje salvó con toda probabilidad al resto; porque antes de eso Teach tenía poca o ninguna esperanza de escapar, por lo que había apostado en la santabárbara a un individuo decidido, un negro al que había criado él, con una mecha encendida, para que la hiciera estallar cuando el teniente y sus hombres subiesen a bordo, con lo que podía haber dado muerte a sus vencedores, a la vez que a sí mismo; pero cuando se supo lo que le había pasado a Barbanegra, dos prisioneros que entonces estaban en la bodega de la balandra consiguieron disuadirlo con mucho trabajo de ejecutar tan arrebatada acción.

Lo que resulta un poco sorprendente es que algunos de estos hombres que se comportaron tan bravamente contra Barbanegra se hicieron piratas después, y

uno de ellos fue apresado con Roberts; aunque no encuentro que ninguno de ellos perseverara, salvo uno que fue ahorcado; pero esto es una digresión.

El teniente mandó cortarle la cabeza a Barbanegra, y colgarla en la punta del bauprés; a continuación se dirigieron a Bath-Town para que se atendiese a sus hombres heridos.

Debo señalar que al registrar la balandra del pirata se encontraron varias cartas y escritos que revelaban la correspondencia del gobernador Eden, el secretario y recaudador y algunos mercaderes de Nueva York con Barbanegra. Probablemente tenía suficiente respeto por sus amigos como para haber destruido estos papeles antes de la acción, a fin de que no cayeran en manos extrañas, y cuyo descubrimiento no sería de ninguna utilidad para los intereses y reputación de estos refinados caballeros, si no hubiese tomado la firme decisión de hacerlo estallar todo cuando no hubiera posibilidad de escapar.

Cuando el teniente llegó a Bath-Town, tuvo la audacia de confiscar del almacén del gobernador los sesenta bocoyes de azúcar y los veinte del honrado señor Knight, que al parecer eran parte del botín tomado al barco francés. El señor Knight no sobrevivió mucho tiempo a este vergonzoso descubrimiento, porque el miedo a que le pidiesen cuentas de estas bagatelas le ocasionó tal enfermedad que murió a los pocos días; dicen que fue del susto.

Cuando los heridos estuvieron bastante recuperados, el teniente regresó a los buques de guerra del río James, Virginia, con la cabeza de Barbanegra todavía colgada de la punta del bauprés, y quince prisioneros, trece de los cuales fueron ahorcados, y un tal Samuel Odell, que había sido apresado en una balandra mercante la misma víspera del combate, como quedó claro en el juicio. Este pobre hombre fue poco afortunado al ingresar en el negocio, porque se le apreciaron no menos de 70 heridas después de la acción, a pesar de las cuales vivió y se curó de todas. La otra persona que escapó de la horca fue un tal Israel Hands, maestro de la balandra de Barbanegra, y capitán de la misma antes de que se perdiese el *Queen Ann's Revenge* en la ensenada de Topsail.

El citado Hands no había tomado parte en la lucha, sino que fue apresado después en tierra, en Bath-Town. Hacía algún tiempo lo había lisiado Barbanegra, en uno de sus arrebatos salvajes, de la siguiente manera: una noche Barbanegra estaba bebiendo en su cámara con Hands, el piloto y otro hombre cuando, sin que mediase provocación ninguna, sacó secretamente un par de pistolas, y las amartilló debajo de la mesa; el hombre, al darse cuenta, subió y dejó solos a Hands, el piloto

y el capitán. Éste, una vez preparadas las pistolas, apagó la vela, y cruzando las manos, las descargó sobre sus compañeros. Hands, el maestro, recibió el tiro en la rodilla, del que quedó cojo para siempre; la otra pistola no hizo blanco. Al preguntarle el porqué de esto, Barbanegra se limitó a contestar, maldiciéndolos, que si no mataba de cuando en cuando a alguno acabarían olvidando quién era él.

Al ser apresado Hands, fue juzgado y condenado; pero cuando lo iban a ejecutar llegó un barco de Virginia con un edicto por el que se prolongaba el plazo del perdón de Su Majestad a los piratas que se entregasen durante el breve período que se especificaba en él. A pesar de la sentencia, Hands alegó el perdón, y se le permitió acogerse a él; y hace algún tiempo aún vivía en Londres de la mendicidad.

Ahora que hemos referido algunos episodios de la vida y acciones de Teach, no estará de más que hablemos de su barba, ya que contribuyó no poco a que su nombre se hiciera tan terrible en esas regiones.

Plutarco y otros historiadores serios nos dicen que varios grandes hombres de Roma tomaron su sobrenombre de ciertos rasgos peculiares de su semblante; como Cicerón, de una señal o haba en la nariz. Del mismo modo, nuestro héroe el capitán Teach adoptó el sobrenombre de Barbanegra por la abundancia de pelo que, como espantoso meteoro, le cubría toda la cara y amedrentaba a toda América más que cualquier cometa que hubiese aparecido allí en mucho tiempo.

Esta barba suya era negra, y se la dejaba crecer hasta una longitud extravagante; en cuanto a su anchura, le llegaba hasta los ojos; y acostumbraba retorcerla en pequeñas colas sujetas con cintas, a la manera de nuestras pelucas *ramillie*, curvándolas hacia las orejas. En tiempos de acción, llevaba una eslinga sobre los hombros con tres pares de pistolas, metidas en fundas como cartucheras; y llevaba colgando mechas encendidas, cogidas con el sombrero, que le pendían a uno y otro lado de la cara; y como sus ojos parecían naturalmente feroces y salvajes, el conjunto le daba una expresión tal que la imaginación no concibe que una furia del infierno pueda ser más espantosa.

De haber tenido el aspecto de una furia, su talante y sus pasiones habrían estado totalmente en consonancia con él. Vamos a contar dos o tres extravagancias de este personaje que hemos omitido en su historia, para que se vea a qué abismos de maldad puede llegar la naturaleza humana si no se reprimen sus pasiones.

En la república de los piratas, el que llega al grado más alto de maldad es

mirado con una especie de envidia por los demás, se le considera excepcional, y por tanto tiene derecho a ser distinguido con alguna dignidad; y si además es audaz, sin duda será tenido por un gran hombre. El héroe del que estamos hablando era un caballero acabado en este sentido: a veces su maldad llegaba a tal extremo que parecía como si quisiese hacer creer a sus hombres que era el demonio encarnado; por ejemplo, estando un día en alta mar y algo cargado de bebida, dijo: «Venga, vamos a montar un infierno, a ver quién aguanta más.» Conque bajaron a la bodega él y otros dos o tres, cerraron la escotilla, llenaron varias ollas con azufre y otra sustancia combustible, y las prendieron fuego; y allí se estuvieron hasta que, casi al borde de la asfixia, uno de los hombres gritó pidiendo aire; finalmente, Teach abrió la escotilla no poco complacido de ser el que más había resistido.

La víspera de su muerte estuvo bebiendo hasta la madrugada con algunos de sus hombres y el patrón de un mercante; y al llegarles la noticia de que subían dos balandras en su busca, como hemos dicho antes, uno de estos hombres le preguntó si en caso de que le ocurriera algo en el combate con esas balandras, su esposa sabía dónde había enterrado el dinero. Él contestó que eso no lo sabían más que él y el diablo, y que el que más viviese de los dos sería dueño de todo.

Los que fueron apresados vivos contaron una historia que quizá parezca un poco increíble, pero pensamos que no estaría bien omitirla, ya que la hemos oído de labios de ellos. Dicen que una vez, en un viaje, descubrieron que iba a bordo un hombre de más en la tripulación; lo vieron entre ellos varios días, unas veces abajo, y otras en cubierta, aunque nadie en el barco sabía quién era, ni de dónde había salido. Y poco antes de que el barco grande naufragara, desapareció. Por lo visto estaban convencidos de que era el diablo.

Cualquiera pensaría que estas cosas debían haberles inducido a reformar sus vidas, pero tantos réprobos juntos se alentaban y animaban en sus maldades, a las que contribuían no poco las continuas borracheras; porque en el diario que se encontró de Barbanegra había varias anotaciones, escritas de su puño y letra, del siguiente tenor: «Tal día se acabó el ron; la compañía andaba algo sobria. ¡Demasiado descontento entre nosotros! Parecía una conspiración; no hablaban más que de separarse. Así que me apresuré a buscar una presa; el mismo día cogimos una con gran cantidad de licor a bordo; resultado: la compañía la agarró bien, condenadamente bien, y las cosas volvieron a marchar perfectamente.»

Así consumían estos desdichados sus vidas, con muy poco placer o satisfacción, disfrutando de lo que quitaban a otros violentamente, y con la certeza de pagarlo al final con una muerte ignominiosa.

Los piratas que murieron en combate fueron:

Edward Teach, Comandante

Philip Morton, artillero

Garrat Gibbens, contramaestre

Owen Roberts, carpintero

Thomas Miller, cabo de brigadas

John Husk

Joseph Curtice

Joseph Brooks I

Nath. Jackson

Los restantes, que fueron heridos, y ahorcados después en Virginia, salvo los dos últimos:

John Carnes

Joseph Brooks II

James Blake.

John Gills

Thomas Gates

James White

Richards Stiles

Caesar

Joseph Philips

James Robbins

Edward Salter

John Martin

Stephen Daniel

Richard Greensail

Israel Hands, perdonado

Samuel Odell, absuelto

Había en las balandras piratas, y en tierra, en una tienda de lona cerca de donde estaban fondeadas, 25 bocoyes de azúcar, 11 tercerolas y 145 sacos de cacao, un barril de índigo y una bala de algodón. Con la venta de todo esto, y lo confiscado al gobernador y al secretario, más la balandra, se obtuvieron 2.500 libras (sin contar las recompensas que pagó el gobernador de Virginia conforme a lo anunciado en el edicto) que fueron repartidas entre la compañía de los dos barcos, el *Lime* y el *Pearl*, que se hallaban en el río James. En cambio los valientes que los apresaron sólo recibieron una parte como los demás, y aun así no la cobraron hasta cuatro años después.

[Del apéndice del volumen II]

Vamos a añadir aquí algunos detalles (no referidos anteriormente) relativos al famoso Barbanegra, sobre cuando apresó los barcos de Carolina del Sur e infestó esa colonia. Fue en la época en que los piratas habían alcanzado tal fuerza que no se cuidaban de protegerse de la justicia sino de aumentar su poder, mantener su soberanía en los mares y extender su dominio a las plantaciones y a sus mismos gobernadores; de manera que cuando los hombres de esos barcos subieron a bordo de sus captores, éstos conversaron con ellos con entera libertad, sin molestarse en ocultar sus nombres ni domicilios, como si fuesen habitantes de una nación legal y estuviesen decididos a tratar con todo el mundo a nivel de un estado libre; y todos los actos judiciales los realizaban en nombre de Teach, al que daban el título de comodoro.

Todos los prisioneros de Carolina fueron trasladados al barco del comodoro, después de ser interrogados sobre el cargamento de sus naves y el número y condición de otros mercantes que había en el puerto, cuándo creían que zarparían

y con que destino. Y tan solemnemente efectuaron el interrogatorio los piratas que juraron dar muerte al que mintiese, o desviase o eludiese sus respuestas. Al mismo tiempo, examinaron los documentos con la misma atención que si estuviesen en el despacho de un ministro de Inglaterra. Una vez claro el asunto en cuestión, se dio orden de devolver a todos los prisioneros a su propio barco, al que habían quitado todas las provisiones y pertrechos. Y lo hicieron con tanta diligencia y precipitación, que causaron gran terror a los infortunados, ya que creyeron que los llevaban a matar; y lo que les pareció que confirmaba esta creencia fue que no se tuvo en cuenta la condición de los distintos prisioneros, sino que mercaderes, caballeros distinguidos, y hasta uno de los hijos del señor Wragg fueron arrojados a la bodega de manera confusa y tumultuosa y encerrados bajo los cuarteles, donde ni siquiera un pirata entró con ellos.

En esta desoladora situación dejaron a los infelices, lamentándose de su estado durante horas, y esperando a cada instante que prendieran un reguero de pólvora y los hicieran saltar por los aires, o incendiasen el barco, o lo hundiesen. Nadie sabía cómo lo harían, pero estaban convencidos de que, de una manera o de otra, todos iban a ser sacrificados a sus talantes brutales.

Pero finalmente, un rayo de luz reanimó sus afligidas almas: abrieron los cuarteles, y les ordenaron que fuesen otra vez a bordo del comodoro. Entonces empezaron a pensar que los piratas habían cambiado su salvaje decisión, y que Dios les había inspirado sentimientos menos opuestos a la naturaleza y la humanidad; y subieron a bordo, por así decir, con nueva vida. Los más importantes fueron conducidos ante Barbanegra, general de los piratas, que los conoció con ocasión de ese extraordinario proceso judicial, del que sólo fueron sacados mientras se celebraba un consejo general, tiempo en el que no se consintió que estuviese presente ningún prisionero. Éste les dijo que la compañía necesitaba medicinas, y que debía proporcionárselas la provincia; que su primer cirujano había hecho una lista que iban a mandar al gobernador y al Consejo, con dos de sus propios oficiales, y que habían acordado retener a todos los prisioneros como rehenes hasta que regresasen sin daño ellos y el cofre de medicinas, pero que los matarían si no se cumplía puntualmente su petición.

El señor Wragg contestó que quizá no estaba en su poder cumplirla en todos los detalles, y que podía ser que alguna de las drogas de esa lista no se encontrase en la provincia; y si así era, esperaba que accedieran a que se supliese esa falta con alguna otra droga. Así mismo, propuso que fuese uno de ellos con los dos caballeros enviados en embajada, para que pudiese hacer ver el peligro en que estaban, e inducirlos más prontamente a acceder, a fin de salvar la vida de tantos

súbditos de Su Majestad, y además, para prevenir cualquier insulto del pueblo llano (de cuya conducta, en semejante ocasión, no podía responder) a las personas enviadas.

Su excelencia Barbanegra juzgó razonable esta sugerencia y convocó otro consejo que aprobó igualmente la enmienda. Así que propusieron que fuese el señor Wragg, que era el primero en autoridad, y conocido como persona de gran comprensión entre los carolinianos, y este caballero mismo ofreció dejar un hijo suyo en manos de los piratas hasta que regresase, lo que prometió hacer aunque el gobierno rechazase las condiciones para la liberación: pero Barbanegra rechazó tajantemente esta petición, diciendo que sabía demasiado bien lo importante que era para la provincia, y que igualmente lo era para ellos, por lo que sería el último hombre del que se desprenderían.

Tras alguna discusión, decidieron que fuera el señor Marks el que acompañase a los embajadores. Abandonaron, pues, la escuadra en una canoa, y se acordó dar un plazo de dos días para su regreso. Entre tanto, el comodoro permaneció a cinco o seis leguas de tierra. Pero al expirar dicho plazo, y no haber salido nadie del puerto, condujeron al señor Wragg a la presencia de Teach, quien con expresión terrible le dijo que no debían burlarse, que imaginaba que les habían hecho alguna traición, y que eso no les acarrearía otra cosa que la muerte inmediata. El señor Wragg suplicó que aplazase un día más la ejecución, porque estaba seguro de que la provincia estimaba mucho sus vidas, y se mostraría solícita hasta el último grado con tal de redimirlos; que podía ser que le hubiera ocurrido algún percance a la canoa al entrar, o que sus propios hombres fueran los causantes de tal demora, en cualquiera de cuyos casos no era justo que lo pagasen ellos.

Teach se aplacó de momento, y dijo que esperaría un día más; pero ¡cómo se enfureció al expirar este plazo sin que hubiesen regresado, llamándolos villanos mil veces y jurando que no vivirían dos horas! El señor Wragg hizo todo lo posible por aplacarlo, y pidió que pusiera un vigía. Las cosas parecían haber llegado ahora al extremo, y ninguno daba un ardite por su vida; los inocentes se sumieron en una inmensa agonía espiritual, pensando ya que nada sino un milagro podía impedir que fueran aplastados por el poder del enemigo, cuando vocearon desde el castillo de proa que había surgido a la vista un pequeño bote. Esto levantó sus espíritus abatidos, y renacieron sus esperanzas. Salió Barbanegra personalmente con su catalejo, y declaró que podía distinguir su propia capa escarlata, que le había prestado al señor Marks para ir a tierra; tomaron esto como un aplazamiento seguro, hasta que llegó el bote a bordo. Entonces les volvieron los temores, al

comprobar que no volvía ninguno de los piratas, ni el señor Marks, ni el cofre de las medicinas.

Al parecer, el bote lo enviaban muy atinadamente el señor Marks y los hombres del comodoro, no fuera que se interpretase mal la tardanza que había ocasionado un desafortunado accidente, a saber: que el bote enviado a tierra había naufragado, al volcarlo un súbito golpe de mar, y que los hombres habían llegado con gran trabajo a la playa de la deshabitada isla de (en blanco en el texto), a tres o cuatro leguas de tierra firme; y cuando llevaban allí algún tiempo, de manera que su situación se había vuelto extrema, puesto que no encontraban provisiones de ningún género, temiendo el desastre que podía acontecer a los prisioneros de a bordo, los tripulantes del bote hicieron subir al señor Marks sobre un cuartel, lo pusieron a flote en el agua, se desnudaron y zambulleron ellos, y nadando detrás, y empujando el cuartel, se esforzaron por todos los medios en llegar a la ciudad. Este transporte resultó muy penoso, y con toda probabilidad habrían perecido de no haber salido esa mañana un pesquero que, al ver algo en el agua, se acercó, y los recogió cuando estaban ya casi muertos de agotamiento.

Ya providencialmente a salvo, el señor Marks fue a (en blanco en el texto) y alquiló allí un bote que le llevó a Charleston; entre tanto había enviado al pesquero a informarles del accidente. El señor Teach se apaciguó con esta información, y consintió esperar dos días más, ya que no parecían tener ellos ninguna culpa de este retraso. Al finalizar los dos días los piratas perdieron toda paciencia, y el comodoro sólo consiguió que les dejasen la vida hasta la mañana siguiente, si el bote no regresaba antes. Otra vez esperanzados, y decepcionados otra vez, los caballeros no supieron qué decir, ni cómo excusar a sus amigos de tierra; algunos dijeron a los piratas que ellos tenían los mismos motivos para culparlos de su conducta; que no dudaban, por lo que había ocurrido, de que el señor Marks cumplía muy fielmente su palabra, y que dado que habían recibido noticia de que el bote se dirigía sin novedad a Charleston, no se les ocurría qué era lo que retrasaba el cumplimiento de la misión, a no ser que diesen más valor al cofre de las medicinas que a las vidas de ochenta hombres que ahora estaban al borde de la muerte. Teach, por su parte, creía que habían encarcelado a sus hombres, y que rechazaban las condiciones para la liberación de los prisioneros, y juró mil veces que no sólo morirían ellos, sino también todo hombre de Carolina que en adelante cayese en sus manos. Los prisioneros, finalmente, suplicaron que les concediese este único favor, a saber, que la escuadra levase anclas y se situase frente al puerto, y si entonces no veían salir el bote, los prisioneros los pilotarían hasta situarlos delante de la ciudad y que, si les placía destruirla a cañonazos, permanecerían junto a ellos hasta el último hombre.

Esta proposición de tomar venganza por la supuesta traición (como el comodoro dio en llamarla) agradó mucho al genio salvaje del general y sus brutos, y accedió al punto. El proyecto fue aprobado igualmente por los *mirmidones*, así que levaron anclas los ocho barcos en total, que eran las presas que tenían bajo custodia, y se desplegaron frente a la ciudad; los habitantes entonces tuvieron su parte de miedo, esperando nada menos que un ataque general; los hombres fueron todos puestos en armas, aunque no tan disciplinadamente como se podía haber hecho si la sorpresa hubiera sido menor; en cuanto a las mujeres y los niños, corrían por las calles como dementes. Sin embargo, antes de que las cosas llegaran al último extremo, vieron salir el bote que llevaba la redención a los pobres cautivos, y la paz a todos.

Subieron el cofre a bordo, le dieron la aprobación, y después se enteraron de que el señor Marks había cumplido su parte, y la culpa del retraso recayó merecidamente en los dos piratas enviados en embajada; porque mientras los caballeros ayudaban al gobernador y el consejo en el asunto, estos dos caballeritos andaban de visiteo, bebiendo con sus antiguos amigos y conocidos, y yendo de casa en casa, de manera que no los encontraban cuando las medicinas estuvieron preparadas para ser llevadas a bordo; y el señor Marks sabía que supondría la muerte de todos si iba sin ellos, ya que si no volvían el comodoro no creería fácilmente que no habían obrado engañosamente con ellos. Pero ahora no se veían a bordo más que rostros sonrientes; la tormenta que tan pesadamente había amenazado a los prisioneros había pasado, y le había sucedido un día radiante de sol. En resumen, Barbanegra los soltó como había prometido, los envió a sus barcos después de saquearlos, y se alejó de la costa como ya hemos contado.

Lo que sigue son reflexiones sobre un caballero ya fallecido que fue gobernador de Carolina del Norte, a saber, el señor Charles Eden. Lo que sabíamos de él, por informes recibidos después, carecía de los debidos fundamentos, por tanto es preciso decir algo aquí, para borrar la calumnia arrojada sobre él por personas que juzgaron mal su conducta, dado el cariz con que se presentaron las cosas entonces.

Tras un repaso a esta parte de la historia de Barbanegra, no parece por ninguno de los hechos cándidamente considerados que dicho gobernador mantuviese correspondencia secreta o criminal con este pirata; y he sabido después, de muy buena tinta, que el señor Eden siempre se comportó, hasta donde alcanzaba su poder, de manera acorde con su cargo, y fue reputado de buen gobernador y hombre honesto.

Pero su desgracia fue la debilidad de la colonia que tenía a su mando, al carecer de fuerza para castigar las depredaciones de Teach, que señoreaba a su antojo no sólo en la plantación sino en la propia morada del gobernador, amenazando con destruir el pueblo a sangre y fuego si se hacía alguna ofensa a él o a sus compañeros, de manera que a veces situaba su nave frente a la ciudad en posición de combate; y una de ellas, en que sospechaba que se había fraguado un plan para apresarlo, bajó a tierra, fue bien armado al gobernador, dejando órdenes a sus hombres a bordo de que si no regresaba en el plazo de una hora (como pensaba hacer si estaba en libertad), arrasasen la casa sin más, aunque estuviese él dentro. Tales eran las ultrajantes insolencias de este malvado, y tenía tanta capacidad de hacer daño que quería que lo vengasen de sus enemigos como fuese, aun a riesgo de su vida, con tal de conseguir su propósito.

Hay que decir sin embargo que Barbanegra, en cuanto a piratería, había obedecido el edicto, y satisfecho con ello a la ley; y que dado que poseía un certificado de puño y letra de su excelencia, no podía ser juzgado por ninguno de los crímenes cometidos hasta entonces, ya que habían sido borrados por dicho Edicto de Perdón: y en cuanto a la confiscación del barco de la Martinica francesa que Barbanegra llevó a Carolina del Norte después, el gobernador procedió judicialmente. Convocó un tribunal de vicealmirantazgo, en virtud de su cargo, en el que cuatro de la tripulación declararon bajo juramento que habían encontrado el barco en la mar sin gente a bordo, de manera que este tribunal lo confiscó como habría hecho cualquier otro tribunal, y la carga se repartió de acuerdo con la ley.

En cuanto a la secreta expedición desde Virginia emprendida por el gobernador de esa provincia, tenía también sus razones secretas: los buques de guerra habían estado amarrados estos diez meses mientras los piratas infestaban la costa y hacían gran estrago, por lo que es probable que se les pidiesen cuentas. Pero el éxito de la empresa contra Teach, alias Barbanegra, evitó quizá tal investigación, aunque no estoy seguro en cuanto a qué actos de piratería había cometido después de acogerse al edicto; el barco francés fue confiscado legalmente como se ha dicho antes, y si había cometido depredaciones entre los plantadores, como ellos parecían quejarse, no estaban en alta mar, sino en el río, o en la ribera, y no caían dentro de la jurisdicción del almirantazgo, ni de las leyes de la piratería. El gobernador de Virginia se tomó interés en el asunto, ya que envió al mismo tiempo una fuerza por tierra, y apresó gran cantidad de efectos de Barbanegra en la provincia de Eden; desde luego, era una novedad que un gobernador, cuyo mandato se limita a su jurisdicción, ejerciese autoridad en otro gobierno, y sobre el propio gobernador del lugar. De esta manera, el pobre señor Eden fue insultado y despreciado en todas partes, sin posibilidad de exigir justicia ni aducir sus

derechos legales.

En resumen, para hacer justicia a la persona del gobernador Eden, que murió después: no parece por ninguno de los escritos o cartas encontradas en la balandra de Barbanegra, ni por ninguna otra evidencia, que dicho gobernador tuviese que ver en absoluto con ninguna práctica malvada, sino al contrario, que durante su permanencia en ese puesto fue honrado y querido por la colonia, por su integridad, honradez y prudente conducta en su administración; lo que no sé es qué asuntos mantuvo privadamente el entonces secretario suyo; murió pocos días después que Barbanegra, y no se hizo ninguna investigación. Quizá no había motivo para ello.

CAPÍTULO IV

Del comandante Stede Bonnet y su tripulación

El comandante, caballero de buena reputación en la isla de Barbados, era dueño de una gran fortuna, y tenía el privilegio de haber recibido una educación humanista. Era la persona a la que menos podía haber tentado semejante género de vida, dadas las circunstancias de su posición. Toda la isla se sorprendió al enterarse de la empresa del comandante; y como se le estimaba y respetaba antes de empezar a cometer actos de franca piratería, los que lo conocían, más que condenarlo, lo compadecieron, convencidos de que esta extravagancia de hacerse pirata se debía a algún trastorno mental, aunque quizá tenía que habérsele notado claramente antes de lanzarse a ello; y se dice que la causa de tal decisión fue cierto malestar que había en su vida matrimonial; sea como fuere, el comandante estaba muy poco capacitado para la profesión, ya que no entendía de navegación.

Sin embargo, equipó una balandra con diez cañones y 70 hombres, enteramente a su costa, y una noche zarpó de Barbados. Puso a la balandra el nombre de *Revenge*, y su primer crucero fue frente a los cabos de Virginia, donde apresó varios barcos y los despojó de provisiones, ropa, dinero, munición, etc.; en particular el *Anne*, capitán Montgomery, de Glasgow; el *Turbet*, de Barbados, al que por ser de la misma región, después de quitarle la mayor parte de la carga, la tripulación pirata le prendió fuego; el *Endeavour*, capitán Scot, de Bristol, y el *Young*, de Leith. De aquí fue a Nueva York, y frente al extremo este de Long Island apresó una balandra con destino a las Indias Occidentales; seguidamente se dirigió a la costa, bajaron a tierra algunos hombres en Gardner's Island, aunque en son de paz, compraron provisiones para el consumo de la compañía, pagaron, y volvieron a hacerse a la mar sin novedad.

Un tiempo después, en agosto de 1717, Bonnet llegó frente a la barra de Carolina del Sur, donde apresó una balandra y un bergantín que se dirigían allí; la balandra era de Barbados, patrón Joseph Palmer, cargada con ron, azúcar y negros; en cuanto al bergantín, procedía de Nueva Inglaterra, patrón Thomas Porter: lo saquearon y lo soltaron después. Pero se llevaron la balandra, la utilizaron para carenar su propio casco en una ensenada de Carolina del Norte, y después la incendiaron.

Una vez limpia su balandra se hicieron a la mar, aunque sin decidir el rumbo. La tripulación se mostraba dividida: unos querían ir a un sitio, y otros a

otro, de suerte que cualquier sugerencia era seguida de alboroto y discusiones.

Bonnet no era navegante como ya se ha dicho, por lo que durante su empresa se vio obligado a dar su aprobación a muchas cosas que le imponían por falta de competencia en asuntos marítimos. Finalmente se unió a otro pirata, un tal Edward Teach (al que por su barba horrenda y notablemente negra se le conocía comúnmente por Barbanegra): este individuo era buen marinero, aunque también el más cruel y desalmado de los villanos; osado y arriesgado hasta el último grado, no tenía ningún escrúpulo en ejecutar las más abominables ruindades imaginables, por todo lo cual lo hicieron jefe de esa banda execrable; así que no podía decirse que el puesto estuviera indignamente ocupado, ya que, como digo, Barbanegra superaba a toda la compañía en maldad.

A él se unió la tripulación de Bonnet en consorcio, y el propio Bonnet fue apartado del mando de la balandra, a pesar de que era suya; embarcó con Barbanegra, sin intervenir en ningún asunto, (donde continuó hasta que perdieron dicho barco en la ensenada de Topsail) y en su lugar fue nombrado capitán un tal Richards. El comandante Bonnet se dio cuenta ahora de su extravagancia; pero ya no podía ponerle remedio, y esto lo sumió en honda melancolía; reflexionó sobre su anterior curso de vida, y cuando pensaba en lo que había hecho se sentía abrumado de vergüenza. Los demás piratas observaron su cambio, y lo quisieron más por eso; y confesaba a menudo a algunos de ellos que quería abandonar este género de vida, del que estaba bastante cansado, pero se avergonzaría de volver a ver la cara de cualquier inglés. Si podía, se iría a España o a Portugal, a vivir el resto de sus días en uno de esos países, donde pasaría inadvertido; si no, seguiría con ellos mientras viviese.

Cuando Barbanegra perdió su barco en la ensenada de Topsail, y se acogió al edicto del Rey, Bonnet asumió de nuevo el mando de su propia balandra, la *Revenge*, fue directamente a Bath-Town, Carolina del Norte, se acogió también al perdón del Rey, y recibió el certificado. Entre tanto, había estallado la guerra entre la Triple Alianza y España; así que el comandante Bonnet sacó en Carolina del Norte un despacho para su balandra, para dirigirse a la isla de Saint Thomas, con el propósito (al menos eso alegó) de obtener una patente para corsear contra los españoles. Cuando Bonnet llegó de nuevo a la ensenada de Topsail, se encontró con que Teach y su banda se habían ido, llevándose del barco grande todo el dinero, armas de mano y efectos de valor, y habían dejado en una isla pequeña y arenosa, a poco más de una legua de tierra firme, a diecisiete hombres, sin duda con intención de que perecieran, dado que no había en ella habitantes, ni víveres, ni botes o materiales con los que construir o hacer alguna clase de lancha o

embarcación para escapar de tan desolado lugar. Allí estuvieron dos noches y un día, sin alimentos ni perspectiva alguna de obtenerlos, y sin esperar otra cosa que una muerte lenta, cuando para su indecible alivio, vieron llegar su redención: porque el comandante Bonnet, al enterarse de que estaban allí por dos piratas que habían escapado de la crueldad de Teach y habían llegado a un pueblecito al extremo norte del puerto, mandó su bote para que averiguase la verdad del asunto. Y al verlo los desventurados le hicieron señas, y fueron llevados todos a bordo de Bonnet.

El comandante Bonnet dijo a su compañía que iba a pedir una comisión para atacar a los españoles, y que se dirigía a la isla de Saint Thomas con este propósito; por tanto, si querían ir con él, los aceptaría con gusto; todos dijeron que sí, pero cuando se disponía a zarpar, una lancha que traía manzanas y sidra para vendérselas les informó de que el capitán Teach se hallaba fondeado en la ensenada de Ocraoke, con sólo 18 o 20 hombres. Bonnet, que lo odiaba mortalmente por ciertas ofensas que le había hecho, salió inmediatamente en persecución de Barbanegra. Pero llegó demasiado tarde y no lo encontró, y después de cruzar cuatro días frente a la costa sin tener más noticias suyas, pusieron rumbo a Virginia.

Estos aventureros llegaron a la altura de los cabos el mes de julio, y toparon con un pingue cargado con provisiones, de las que andaban escasos, le quitaron diez o doce barriles de carne de cerdo y unos cuatro quintales de pan. Pero como no querían que esto se añadiese a la cuenta de su piratería, le dieron a cambio ocho o diez toneles de arroz y un cable viejo.

Dos días después dieron caza a una balandra de sesenta toneladas y la apresaron a dos leguas de cabo Henry. Se alegraron muchísimo de poder cambiar licor por vituallas, ya que le quitaron dos toneles de ron y otros tantos de melaza, de todo lo cual tenían necesidad al parecer, aunque no tenían dinero para pagarlo: no sé qué garantía pretendía dar Bonnet, pero mandó ocho hombres a custodiar la presa: éstos, que al parecer no tenían inconveniente en hacer uso de sus acostumbradas libertades, aprovecharon la primera ocasión para largarse con ella, y Bonnet (al que le gustaba que le llamasen capitán Thomas) no los volvió a ver.

Después de esto el comandante olvidó toda contención, y aunque había obtenido poco antes el perdón de Su Majestad con el nombre de Stede Bonnet, recayó en su antigua vocación con el nombre de capitán Thomas, y una vez más inició una vida de franca piratería, apresando y saqueando toda embarcación que se le ponía en el camino; frente a cabo Henry apresó dos barcos de Virginia que

iban a Glasgow, de los que sacó muy poco, aparte de un quintal de tabaco. Al día siguiente apresó una pequeña balandra que iba de Virginia a Bermudas, a la que quitó veinte barriles de cerdo y algo de tocino, y le dio a cambio dos barriles de arroz y sesenta galones de melaza; de esta balandra se le unieron voluntariamente dos hombres. A continuación apresaron otro barco de Virginia que se dirigía a Glasgow, del que no cogieron nada de valor, aparte de peines, alfileres y agujas, a cambio de lo cual le dieron un barril de cerdo y dos de pan.

De Virginia se dirigieron a Filadelfia, y en la latitud de 38° norte apresaron una goleta que iba de Carolina del Norte a Boston, a la que quitaron sólo dos docenas de pieles de becerrillo, para hacer fundas para los cañones, y dos hombres, y la retuvieron algunos días. Todo esto no era más que caza menor, y parecía como si pretendiese solamente pertrechar la balandra para cuando llegara a Saint Thomas. Hasta aquí habían traficado en buenos términos con todos los que tuvieron la desgracia de caer en sus manos. Pero los que llegaron después no salieron tan bien librados, porque en la latitud de 39° , frente al río Delaware, próximo a Filadelfia, cogieron dos bergantines de esnón que iban a Bristol, de los que obtuvieron algún dinero, además de mercancías por valor de unas 150 libras, y al mismo tiempo apresaron una balandra de sesenta toneladas que hacía el viaje de Filadelfia a Barbados, a la que después de quitarle algunas mercancías soltaron junto con los dos esnones.

El día 29 de julio, a seis o siete leguas de la bahía de Delaware, el capitán Thomas apresó una balandra de 50 toneladas cargada con provisiones que iba de Filadelfia a Barbados, patrón Thomas Read; la retuvieron, poniendo a cuatro o cinco de sus hombres a bordo de ella. El último día de junio apresaron otra de 60 toneladas, mandada por Peter Manwaring, que iba de Antigua a Filadelfia, a la que retuvieron igualmente con su cargamento, consistente casi todo en ron, melaza, azúcar, algodón, índigo y unas 25 libras en moneda, todo ello valorado en unas 500 libras.

El último día de julio nuestros piratas, con las embarcaciones que recientemente habían apresado, salieron de la bahía de Delaware y navegaron hacia el río Cape Fear, donde permanecieron demasiado tiempo para su seguridad: la balandra pirata, a la que ahora habían puesto el nuevo nombre de *Royal James*, hacía mucha agua, y se vieron obligados a permanecer aquí casi dos meses, para repararla y aparejarla de nuevo. En este río apresaron una pequeña balandra que desguazaron para recomponer la suya. Se retrasaron en la reanudación de sus viajes, como se ha dicho, lo que dio tiempo a que llegase a Carolina la noticia de que la balandra pirata estaba allí carenando con sus presas.

El Consejo de Carolina del Sur se alarmó ante dicha información, porque comprendió que no tardarían en recibir otra visita de esta gente. Para evitarlo el coronel William Rhet, de la misma provincia, fue a ver al gobernador y se ofreció generosamente a ir con dos balandras a atacar al citado pirata, lo que el gobernador aceptó de buen grado, y dio al coronel una comisión y plenos poderes para aparejar las embarcaciones que juzgase oportuno para tal fin. En pocos días estuvieron equipadas y tripuladas dos balandras: la *Henry*, con 8 cañones y 70 hombres, mandada por el capitán John Masters, y la *Sea Nymph*, con 8 cañones y 60 hombres, mandada por el capitán Fayrer Hall, ambas bajo la entera dirección y mando del citado coronel Rhet, que el 14 de septiembre embarcó en la *Henry*, y junto con la otra balandra salió de Charleston con destino a la isla de Sullivans, dispuesto a cruzar. Justo entonces llegó un pequeño barco de Antigua, patrón un tal Cock, con la información de que, a la vista de la barra había sido apresado y saqueado por un pirata llamado Charles Vane, en un bergantín de 12 cañones y 90 hombres, quien había apresado así mismo otras dos naves que pretendían entrar, una de ellas una pequeña balandra, patrón el capitán Dill, de Barbados, y la otra un bergantín, patrón el capitán Thompson, procedente de Guinea, con noventa y pico negros, a los que habían sacado de la nave y puesto a bordo de otra balandra, entonces mandada por un tal Yeats, consorte suyo, con 15 hombres. Esto fue una suerte para los dueños del barco de Guinea, porque Yeats, que había intentado muchas veces dejar este género de vida, aprovechó la noche para dejar a Vane y huir por el río North Edisto, al sur de Charleston, y acogerse allí al perdón de Su Majestad. Los dueños recuperaron a sus negros, y Yeats y sus hombres obtuvieron el certificado del Gobierno.

Vane cruzó durante un tiempo frente a la barra con la esperanza de atrapar a Yeats, y apresó dos barcos que salían con destino a Londres; para su propia desgracia, porque mientras los prisioneros estaban a bordo, algunos de sus hombres comentaron abiertamente que se proponían entrar en uno de los ríos del sur. Enterado de esto el coronel Rhet, se dirigió a la barra el 15 de septiembre con las dos balandras antedichas; y con viento del norte fue en pos de Vane, explorando los ríos y calas del sur; pero al no encontrarlo, dio la vuelta y puso rumbo al río Cape Fear, conforme a su primer plan. El 26 por la tarde, el coronel entró en el río con su pequeña escuadra, y vio en una punta de tierra tres balandras fondeadas: eran el comandante Bonnet y sus presas; pero ocurrió que al remontar el río el piloto del coronel embarrancó la balandra, y como oscureció antes de estar nuevamente a flote, no pudieron proseguir esa noche. No tardaron los piratas en descubrir las balandras, pero como no sabían quiénes eran, ni con qué propósito habían entrado en el río, tripularon tres canoas, y las enviaron a apresarlas. Pero en seguida descubrieron su error, y regresaron a las balandras con la mala noticia. El

comandante Bonnet hizo esa noche los preparativos para el combate, y sacó a todos los hombres de las presas. Mostró al capitán Manwaring, uno de sus prisioneros, una carta que acababa de escribir, diciendo que quería enviarla al gobernador de Carolina, y que la había escrito con el siguiente fin, a saber: que si las balandras que habían hecho aparición eran enviadas contra él por dicho gobernador, y lograba deshacerse de ellas, quemaría y destruiría todos los barcos y naves que entrasen o saliesen de Carolina del Sur. A la mañana siguiente pusieron vela y descendieron por el río, dispuestos a presentar batalla en retirada tan sólo. Las balandras del coronel Rhet pusieron vela también y enfilaron hacia Bonnet, cada una a una de las amuras del pirata, con intención de abordarlo; al darse cuenta de esto, se arrimó a la orilla; y cuando estaba empeñado en la pelea, embarrancó; y como las balandras de Carolina se hallaban también en aguas someras, tropezaron con la misma circunstancia; la *Henry*, en la que iba el coronel Rhet, encalló de proa, a un tiro de pistola del pirata; la otra embarrancó justo delante de él, quedando sin ángulo de tiro, por lo que pudo prestar poca ayuda al coronel, mientras permanecieron encallados.

En este momento los piratas contaban con una considerable ventaja, porque su embarcación, tras encallar, escoró hacia el costado opuesto al coronel Rhet, con lo que quedaron a cubierto; en cambio al escorar la del coronel en el mismo sentido, sus hombres quedaron muy expuestos. Pese a eso mantuvieron un fuego nutrido todo el tiempo que permanecieron así, que fue de casi cinco horas. Los piratas hicieron una señal con su bandera de guerra, y agitaron varias veces los sombreros en son de burla a los hombres del coronel, invitándolos a subir a su bordo, a lo que les contestaron ellos con voces alegres, diciendo que ya hablarían dentro de poco; lo que efectivamente ocurrió, porque la balandra del coronel fue la primera en volver a flotar, llegó a aguas más profundas, y tras recomponer el aparejo, que había quedado muy maltrecho durante el combate, enfilaron hacia el pirata, dispuestos a abordarlo directamente para asestarle el golpe definitivo. Pero lo impidieron los piratas, mandándoles una bandera de tregua; capitularon un momento después, y se entregaron. El coronel tomó posesión de la balandra, y se alegró enormemente de que el capitán Thomas que la mandaba fuera nada menos que el comandante Stede Bonnet, que les había hecho varias veces el honor de visitar su propia costa de Carolina.

En esta acción murieron, a bordo de la *Henry*, diez hombres, y catorce fueron heridos; en la *Sea Nymph* hubo dos muertos y cuatro heridos. Los oficiales y marineros de ambas naves se comportaron con la más grande bravura; y de no haber tenido estas balandras la mala suerte de embarrancar habrían apresado al pirata con muchas menos bajas; pero como él pretendía eludirlos y batirse en

retirada, las balandras de Carolina se vieron obligadas a seguirlo de cerca para evitar que se les escapara. Entre los piratas hubo siete muertos y cinco heridos, dos de los cuales murieron poco después a consecuencia de las heridas. El coronel Rhet levó anclas el 30 de septiembre del río Cape Fear y llegó a Charleston el 3 de octubre, con gran alegría de toda la provincia de Carolina.

Bonnet y su tripulación fueron desembarcados dos días después, y como no había prisión pública fueron encerrados en el cuerpo de guardia, bajo vigilancia de la milicia; pero el comandante Bonnet fue confiado a la custodia del jefe de policía, en su casa. Unos días después, el maestro David Hariot, y el contramaestre Ignatius Pell, nombrados testigos de cargo contra los otros piratas, fueron separados del resto de la tripulación y llevados a la citada casa del jefe de policía, en la que pusieron un par de centinelas por las noches. No sé si hubo soborno o falta de atención en la vigilancia de los prisioneros; pero el 24 de octubre escaparon el comandante y Hariot; el contramaestre se negó a huir con ellos. Esto produjo gran revuelo en la provincia, y la gente expresó abiertamente sus sospechas, que en su mayor parte recayeron sobre el gobernador y otros magistrados, en el sentido de que habían sido sobornados para consentir dichas fugas. Estas censuras eran fruto del temor a que Bonnet fuese capaz de formar otra compañía y se vengase de esta región por lo que recientemente, aunque con toda justicia, había sufrido; sin embargo, no tardaron en tranquilizarse los ánimos; porque tan pronto como el gobernador tuvo noticia de la fuga de Bonnet, hizo público un edicto prometiendo una recompensa de 700 libras a quien lo apresase, y envió botes con hombres armados al norte y al sur, en persecución suya.

Bonnet se había dirigido hacia el norte en una pequeña embarcación; pero falto de provisiones y con mal tiempo, se vio obligado a dar media vuelta, y regresó con su canoa a la isla de Sullivans, cercana a Charleston, para cargar provisiones; pero los de allí mandaron aviso al gobernador. Éste llamó al coronel Rhet, y le pidió que saliese en persecución de Bonnet, dándole una comisión para tal fin: así que, con una embarcación apropiada y algunos hombres, salió esa noche hacia la isla de Sullivans, y merced a una búsqueda diligente descubrieron a Bonnet y Hariot juntos. Los hombres del coronel dispararon sobre ellos, mataron a Hariot a la primera, e hirieron a un negro y un indio. Bonnet se rindió inmediatamente; y a la mañana siguiente, que era 6 de noviembre, fue conducido por el coronel Rhet a Charleston, y puesto a buen recaudo por orden del gobernador, a fin de juzgarlo.

El 28 de octubre de 1718 se convocó un tribunal de vicealmirantazgo en Charleston, Carolina del Sur, y después de varias suspensiones se reanudó el

miércoles 12 de noviembre, para juzgar a esta tripulación de piratas apresada en la balandra antes llamada *Revenge* y después *Royal James*, ante el señor Nicholas Trot, presidente del tribunal y juez supremo de dicha provincia de Carolina del Sur, con otros jueces auxiliares.

Se leyó la comisión del rey al juez Trot, y se tomó juramento al jurado de acusación, para el fallo sobre los diversos casos; dicho juez les hizo una cuidadosa exposición de los cargos, en la que puso de relieve:

1.º Que Dios había dado la mar para que la usaran los hombres, y que por tanto está sujeta a dominio y propiedad, lo mismo que la tierra.

2.º Que él en particular les había hecho notar la soberanía del rey de Inglaterra sobre los mares británicos.

3.º Hizo ver que el comercio y la navegación no podían subsistir sin leyes, por lo que siempre había habido leyes específicas para la mejor ordenación y regulación de los asuntos marítimos, con una relación histórica de esas leyes y su origen.

4.º Pasó a exponer que había habido tribunales y juicios establecidos, a los que competían las causas marítimas, tanto en materia civil como en materia criminal.

5.º Les explicó en particular la constitución y jurisdicción de este tribunal de almirantazgo.

Y en último lugar, los crímenes que entendía, extendiéndose especialmente en el de piratería, que era el presentado ahora ante ellos.

Y hallándose materia para la acusación, se tomó juramento a un jurado de calificación, y comparecieron y fueron juzgadas las siguientes personas:

Stede Bonnet, alias *Edwards*, alias *Thomas*; procedente de Barbados, marinero.

Robert Tucker, procedente de la isla de Jamaica, marinero.

Edward Robinson, procedente de New-Castle upon Tine, marinero.

Neal Paterson, procedente de Aberdeen, marinero.

William Scot, procedente de Aberdeen, marinero.

William Eddy, alias *Neddy*, procedente de Aberdeen, marinero.

Alexander Annand, procedente de Jamaica, marinero.

George Rose, procedente de Glasgow, marinero.

George Dunkin, procedente de Glasgow, marinero.

Thomas Nicholas, procedente de Londres, marinero.

John Ridge, procedente de Londres, marinero.

Matthew King, procedente de Jamaica, marinero.

Daniel Perry, procedente de Guernsey, marinero.

Henry Virgin, procedente de Bristol, marinero.

James Robbins, alias *Rattle*, procedente de Londres, marinero.

James Mullet, alias *Millet*, procedente de Londres, marinero.

Thomas Price, procedente de Bristol, marinero.

James Wilson, procedente de Dublín, marinero.

John Lopez, procedente de Oporto, marinero.

Zachariah Long, procedente de la provincia de Holanda, marinero.

Job Bayley, procedente de Londres, marinero.

John-William Smith, procedente de Charleston, Carolina, marinero.

Thomas Carman, procedente de Maidstone, Kent, marinero.

John Thomas, procedente de Jamaica, marinero.

William Morrison, procedente de Jamaica, marinero.

Samuel Booth, procedente de Charleston, marinero.

William Hewet, procedente de Jamaica, marinero.

John Levit, procedente de Carolina del Norte, marinero.

William Livers, alias *Evis*.

John Brierly, alias *Timberhead*, procedente de Bath-Town, Carolina del Norte, marinero.

Robert Boyd, procedente de la citada Bath-Town, marinero.

Rowland Sharp, de Bath-Town, marinero.

Jonathan Clarke, procedente de Charleston, Carolina del Sur, marinero.

Thomas Gerrard, procedente de Antigua, marinero.

Todos ellos, salvo los tres últimos, y Thomas Nicholas, fueron hallados culpables y condenados a muerte.

La mayoría fueron procesados por dos cargos, de la manera siguiente:

Los miembros del jurado de nuestro Soberano Señor el Rey, bajo su presente juramento, declaran que Stede Bonnet, procedente de Barbados, marinero, Robert Tucker, etc., etc., el día dos de agosto del quinto año del reinado de nuestro Soberano Señor, el Rey Jorge, etc., por fuerza de las armas, en alta mar, y en cierto lugar llamado cabo James, etc., pirática y alevosamente, atacaron, interceptaron, abordaron y allanaron cierta balandra llamada la France, *mandada por Peter Manwaring, en alta mar, en cierto lugar llamado cabo James, alias cabo Inlopen, a unas dos millas de la costa, en la latitud de 39° , o cerca; y dentro de la jurisdicción del tribunal de Vicealmirantazgo de Carolina del Sur; siendo la balandra de ciertas personas (desconocidas del jurado); después de lo cual, pirática y alevosamente, asaltaron al dicho Peter Manwaring, y otros marineros suyos (cuyos nombres ignoran los citados jurados) en la misma balandra, contra la paz de Dios y de nuestro Soberano Señor el Rey, y seguidamente, pirática y alevosamente, pusieron al dicho Peter Manwaring y los demás, marineros suyos, de la misma balandra, en la dicha balandra, con temor de sus vidas, estando en esos momentos, en la dicha balandra, en alta mar, en el dicho lugar; llamado cabo James, alias cabo Inlopen, a unas dos millas de la costa, en la latitud de 39° , o cerca, como se ya dicho, dentro de esta jurisdicción; y pirática y alevosamente robaron, quitaron y se llevaron la dicha balandra mercante, llamada la*

France, *y también veintiséis bocoyes, etc., etc., que eran el cargamento de la dicha balandra, cuya custodia y posesión competía al dicho Peter Manwaring y los otros, marineros suyos de la dicha balandra, en esos momentos en alta mar, en el dicho cabo James, alias cabo Inlopen, como arriba se indica, y dentro de la jurisdicción referida, contra la paz de nuestro actual Soberano Señor el Rey, su corona y su dignidad.*

Éste es el cargo del que fueron acusados, y aunque podían haberse demostrado varios hechos más cometidos por la tripulación, el tribunal consideró oportuno juzgar sólo dos; el otro fue el despojo pirático y alevoso de la balandra *Fortune*, mandada por Thomas Read, cuya acusación no hace falta transcribir aquí, dado que se redactó en los mismos términos que la arriba citada.

Todos los acusados se declararon inocentes y rechazaron los cargos salvo James Wilson y John Levit, que se confesaron culpables de ambos delitos, y Daniel Perry, de uno solo. El comandante Bonnet pidió que se juzgasen los cargos a la vez, pero al rechazarlo el tribunal se declaró inocente en los dos, aunque al hallársele culpable de uno modificó su primera declaración respecto al segundo y se declaró culpable de él.

Los acusados presentaron poca o ninguna defensa: sólo alegaron que habían sido recogidos de una costa desierta, y que embarcaron con el comandante Bonnet para ir a Saint Thomas, pero que estando en la mar, y faltos de provisiones, fueron obligados por otros a hacer lo que hicieron; así mismo, el propio comandante Bonnet alegó que fue la fuerza y no la inclinación la que dio lugar a lo ocurrido. Sin embargo, al quedar claramente demostrados los hechos, y que todos ellos se habían repartido diez u once libras cada uno, salvo los tres últimos y Thomas Nicholas, fueron declarados culpables todos menos éstos. El juez les dirigió una muy grave alocución, exponiendo la enormidad de los crímenes, la situación en que ahora se hallaban, y la naturaleza y necesidad de un sincero arrepentimiento. Y a continuación los encomendó a los sacerdotes de la provincia, para más amplia instrucción, a fin de que se preparasen para la eternidad. «Porque —concluyó— los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría, y de su boca ha de salir la doctrina, porque es un enviado del Señor, Malaq. 2, 7, y el embajador de Cristo; y a él está encomendada la palabra (o doctrina) de la reconciliación, 2 Cor. V. 19-20.» Y acto seguido pronunció la sentencia, que fue pena de muerte.

El sábado 8 de noviembre de 1718, en cumplimiento de la sentencia, fueron ejecutados en White-Point, cerca de Charleston, Robert Tucker, Edward Robinson, Neal Paterson, William Scot, Job Bayley, John-William Smith, John Thomas, William Morrison, Samuel Booth, William Hewet, William Eddy (alias *Neddy*),

Alexander Annand, George Ross, George Dunkin, Matthew King, Daniel Perry, Henry Virgin, James Robbins, James Mullet (alias *Millet*), Thomas Price, John Lopez y Zachariah Long.

En cuanto al capitán, su huida aplazó su destino, y alargó unos días su vida, ya que fue juzgado el 10; y tras hallársele culpable, le fue pronunciada la misma sentencia que a los demás. Antes el juez Trot le dirigió un excelente discurso, un poco demasiado extenso, quizá, para incluirlo en nuestra historia; pero no puedo omitir esta magnífica y provechosa pieza de oratoria, dado que no sé a qué manos puede ir a parar este libro.

DISCURSO que el Juez Supremo dirigió al comandante

STEDE BONNET al pronunciar sentencia

Comandante Stede Bonnet, se halla aquí, convicto de dos acusaciones de piratería: una por veredicto del jurado y otra por propia confesión.

Aunque sólo ha sido acusado de *dos* hechos, sabe que en su juicio ha quedado plenamente probado, aun por un testigo renuente, que ha apresado y saqueado con piratería no menos de *trece* naves desde que zarpó de Carolina del Norte.

De forma que podía haber sido acusado y declarado culpable de *once actos* de piratería más, después de haberse acogido al beneficio del edicto de gracia del Rey, y fingir que dejaba este malvado género de vida.

Pero no me referiré a los muchos actos de piratería que ha cometido antes; porque si bien el perdón del *hombre* nunca fue más auténtico, sin embargo tendrá que responder de ellos ante Dios.

Sabe vuestra merced que los crímenes que ha cometido son malos en sí mismos, y contrarios a la luz y ley de la naturaleza, así como a la ley de Dios, por la que se nos intima a *no robar*, Éxodo, 20, 15. Y el apóstol san Pablo dice expresamente que *los ladrones no heredarán el reino de Dios*, I Cor. 6, 10.

Pero al *robo* ha añadido un pecado mayor, que es el homicidio. No sé a cuántos puede haber *matado*, entre los que se le resistieron en la comisión de sus primeras piraterías, pero sí sabemos que además de heridos hubo no menos de

dieciocho personas muertas entre las que fueron enviadas por una autoridad legal a prenderle y poner fin a las rapiñas que cometía a diario.

Y aunque quizá piense que era matar lealmente en lucha abierta, sepa esto: que al no haber encomendado a sus manos el poder de la *espada* una autoridad legal, no estaba autorizado a hacer uso de *fuerza* ni *lucha* ningunas; y por tanto, las personas que cayeron en esa acción en el cumplimiento de su deber para con el rey y su país, fueron *asesinadas*, y su sangre clama ahora venganza y justicia contra vuestra merced; porque la *voz de la naturaleza*, confirmada por la ley de Dios, dice que *quienquiera que derrame sangre de hombre, por mano de hombre será derramada la suya*, Gen. 6, 9.

Y tenga en cuenta vuestra merced que no es la muerte el único castigo que alcanza al *homicida*; sobre él pesa además la amenaza de que recibirá su parte en el lago de fuego y azufre, que es la segunda muerte, Rev. 21, 8. Véase cap. 22, 15. Palabras que traen el terror y que, dada su situación y su culpa, sin duda el oírlas debe de hacerle temblar; porque, *¿quién es capaz de vivir en el fuego eterno?* (cap. 33, 14).

Como el *testimonio* de su propia *conciencia* le habrá convencido de los grandes y muchos males que ha cometido, por los que ha ofendido a Dios, y provocado justa ira e indignación, supongo que no necesito decirle que el único modo de obtener el perdón y remisión de sus pecados ante Dios es el auténtico y sincero *arrepentimiento*, y la fe en Cristo, por cuya meritoria pasión y muerte sólo puede abrigar esperanza de salvación.

Dado que es vuestra merced un caballero, que ha tenido el privilegio de una *educación humanista*, y es generalmente estimado como hombre de *letras*, creo que no necesito explicarle la naturaleza del arrepentimiento y de la *fe* en Cristo; ambas cosas se hallan tan profusa y frecuentemente mencionadas en las Escrituras que no puede por menos de conocerlas. Y quizá por esa razón alguien podría pensar que es impropio de mí decirle tanto como lo que ya llevo dicho en esta ocasión; ni lo habría hecho, sino que considerando el curso de su vida y acciones, tengo motivos para temer que se han corrompido cuando menos los principios de la religión que le inculcaron al *educarlo*, si es que no se los han borrado enteramente el *escepticismo* y la *infidelidad* de esta época perversa, y que su tiempo de estudio lo dedicó más a la *literatura cortesana* y a la vana *filosofía* de estos tiempos, que a una seria investigación de la ley y la voluntad de Dios, como nos ha sido revelada en las Sagradas Escrituras; porque de *haber tenido su complacencia en la Ley del Señor, y haber meditado en ella día y noche*, Sal. 1, 2, habría encontrado que la *palabra de Dios*

era una lámpara para sus pies, la luz para sus pasos, Sal. 119-105, y habría considerado cualquier otra instrucción mera *pérdida*, en comparación con *la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús*, Fil. 3, 8, *quien, para los llamados, es el poder y la sabiduría de Dios*, I Cor. 1, 24, *y aun la oculta sabiduría que Dios ordenó antes del mundo*, cap. 2, 7.

Habría mirado entonces las Escrituras como la *Gran Carta* del Cielo que nos facilita no sólo las *leyes y normas* de la vida perfecta, sino que también nos descubre los actos del *perdón* de Dios allí donde hemos ofendido esas justas leyes; porque sólo en ellas debe encontrarse el gran *misterio* de la *redención* del hombre caído, *que los ángeles contemplan*, I Pet. 1, 12.

Y le habrían enseñado que el *pecado* es la degradación de la *naturaleza humana*, al ser una *desviación* de la *pureza, rectitud* y *santidad* en las que Dios nos ha creado; y que la *virtud* y la *religión*, y el caminar con las leyes de Dios, eran absolutamente preferibles a los senderos del *pecado* y de *Satanás*, ya que los *caminos* de la virtud son *caminos de alegría, y todos sus senderos son de paz*, Prov. 3, 17.

Pero lo que no ha sido capaz de aprender de la palabra de Dios, a causa de su *indiferencia* o *superficialidad*, espero que el curso de su *Providencia*, y las presentes *aflicciones* que le impone, le convenzan ahora de ello; porque aunque en su aparente prosperidad ha podido *burlarse de su pecado*, Prov. 14, 9, ahora que la mano de Dios lo ha alcanzado, y lo trae a la justicia pública, espero que las desdichadas circunstancias presentes le hagan reflexionar seriamente sobre sus pasadas acciones y curso de vida, y sea sensible a la enormidad de sus pecados, y descubra que es insoportable el peso de todos ellos.

Y por tanto, estando así *agobiado, y cargado de pecado*, Mat. 11, 28, estime que es *saber* muy valioso el que le muestra cómo puede reconciliarse con ese Dios Supremo al que tan altamente ha ofendido; y que puede revelarse a vuestra merced, Él, que no sólo es *poderoso abogado suyo ante el Padre*, I Juan, 2, 1, sino que ha pagado la deuda que debe por sus pecados con su propia muerte en la cruz, y por tanto, dado cumplida satisfacción a la justicia de Dios. Y esto no puede encontrarse en parte alguna, sino en la palabra de Dios, la cual nos descubre que el *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo*, Juan, I, 21, es *Cristo*, hijo de Dios: por todo esto sepa, y tenga por seguro, que *no hay otro nombre bajo el cielo dado entre los hombres por el que podamos salvarnos*, Hechos, 4, 12, sino sólo el del Señor Jesús.

Recuerde, pues, que invita a los pecadores a acudir a Él, y *les dará descanso*, Mat. 11, 28; pues nos asegura *que vino a buscar y salvar al que se había perdido*, Lucas 19, 10; Mat. 18,11; y ha prometido *que el que acude a Él de ningún modo será rechazado*,

Juan 6, 37.

Piense que si ahora se vuelve a Él sinceramente, aunque tarde, aun a la *hora once*, Mat. 20, 6, 9, lo recibirá.

Pero sin duda no necesito decirle que las *condiciones* de su *misericordia* son la *fe* y el *arrepentimiento*.

Y no equivoque la *naturaleza* del arrepentimiento: que no sea tan sólo el dolor de sus pecados, suscitado por la consideración del *mal* y el *castigo* que le han acarreado, sino que su dolor debe elevarse a la consideración de haber ofendido a un Dios benevolente y misericordioso.

Pero no pretendo darle consejo ninguno sobre la naturaleza del arrepentimiento; sé que hablo a una persona cuyas ofensas derivan no tanto de su *ignorancia* como de su ligereza y abandono de su deber; ni me corresponde a mí dar consejos ajenos a mi profesión.

Mejor puede recibirlos de quienes han hecho del estudio de la teología su especialidad, y que por su sabiduría, así como por su oficio, puesto que son *embajadores de Cristo*, II Cor, 5, 20, están más capacitados para darle instrucciones al respecto.

Sólo deseo fervientemente que lo que he dicho ahora por compasión a su alma, en ocasión tan triste y solemne para vuestra merced, lo exhorte en general a la *fe* y al *arrepentimiento*, y tenga en vuestra merced oportuno efecto por el que se convierta en verdadero *penitente*.

Por tanto, una vez descargado mi deber para con vuestra merced como *cristiano*, dándole el mejor consejo de que soy capaz respecto a la salvación de su alma, debo ahora cumplir mi oficio como *juez*.

La sentencia que la ley ha acordado dictar sobre vuestra merced por sus delitos, y que este tribunal por tanto determina, es:

Que vuestra merced Stede Bonnet, irá de aquí al lugar de donde ha venido, y de allí al de ejecución, donde será ahorcado por el cuello hasta morir.

Y que el Dios de infinita misericordia tenga piedad de su alma.

[del apéndice del volumen II]

del COMANDANTE BONNET

Debo añadir unas breves palabras a la vida y acciones del comandante Bonnet: cuando vio que se acercaba su fin lo abandonó completamente el valor, y de tal modo lo dominaban la angustia y el miedo que apenas iba consciente cuando lo llevaban al lugar de ejecución. Su lastimoso comportamiento durante la sentencia conmovió enormemente al pueblo de Providence, sobre todo a las mujeres. El gobernador recibió numerosas solicitudes pidiendo que le perdonase la vida, aunque fueron inútiles. No es que su excelencia el coronel Johnson se complaciera en aplicar una justicia rigurosa, sino que sabía demasiado bien cuál era su deber para dejarse desviar por las lágrimas y súplicas de personas débiles e inconsecuentes, máxime cuando estaba en juego tanto el bien público como su propio honor. De no haberse escapado Bonnet de las manos de sus guardianes después de ser apresado, lo que ocasionó la muerte de Hariot, su compañero de prisión, resistiéndose a la autoridad del gobernador, y dando con ello una nueva muestra de sus intenciones desleales, podía haber hecho algo en su favor; pero se había vuelto un criminal demasiado conocido y peligroso para perdonarle la vida. Sin embargo el gobernador, que como autoridad pública y como persona se comportó con gran probidad, honradez y justicia, escuchó una propuesta de los amigos de Bonnet, de mandarlo prisionero a Inglaterra, a fin de que su caso pudiese ser presentado ante Su Majestad; el coronel Rhet se ofreció a llevarlo, con garantías suficientes de que sería entregado allí, donde sería tratado conforme al deseo de Su Majestad. Pero al final los amigos de Bonnet consideraron que iba a costar demasiado dinero y molestias para no obtener otro resultado que el de prolongar un poco más una vida desdichada; porque tenían tan poca esperanza de conseguir el perdón en Inglaterra como en Carolina del Sur; de manera que se resignaron a la sentencia del comandante, que tan justamente había merecido. Adjunto a continuación la copia de una carta que el acusado dirigió al gobernador poco antes de morir.

Excelentísimo Señor:

Fiando en vuestra ilimitada bondad, me atrevo a arrojarme a vuestros pies para imploraros la indulgencia de mirarme con piedad y compasión, y tenerme por el hombre más desdichado de cuantos viven. Que las lágrimas que manan de mi alma afligida ablanden vuestro corazón y os inclinen a considerar que, en mi lamentable estado, no me

hallo de modo alguno preparado para afrontar tan pronto la espantosa ejecución que ha juzgado oportuno asignarme, motivo por el que os suplico me consideréis digno de vuestra clemencia.

Permitidme en nombre de Dios, buen señor, que tenga algún peso para V. E. el testimonio jurado de tres cristianos que están dispuestos a declaran cuando V. E. se digne darles licencia para ello, bajo qué fuerza he estado al cometer los actos por los que he sido condenado a muerte.

No consintáis que sea sacrificado a la envidia y rabia de unos hombres que, no hallándose aún saciados de sangre, fingen creer que si me es concedida la dicha de alargar mi vida en este mundo la seguiría empleando en esos fines malvados; para eliminar ésa y todas las dudas que puedan asaltar a vuestro honor; suplico vivamente que me concedáis vivir; que yo de buen grado lo proclamaré perpetuamente con todas mis fuerzas, separando de mi cuerpo todos mis miembros, conservando sólo el uso de la lengua para clamar sin cesar, y rezar a Dios mi Señor; y llorar y arrepentirme durante lo que me quede de vida, y así llegar con alguna esperanza de salvación a ese día grande y espantoso en que los justos recibirán su recompensa; y para dar a V. E. más seguridad de que no podría traer ningún perjuicio a mis semejantes si tuviese tan malvada inclinación, humildemente suplico (en castigo a mis pecados y para beneficio de mi pobre alma) que me asignéis el último puesto en que servir a V. E., y a este gobierno, durante el resto de mi vida, mandándome a la guarnición o colonia más remota del interior del país, o a cualquier otro lugar que tengáis a bien enviarme, y que así mismo aceptéis la disposición de mis amigos a garantizar con sus personas mi buen comportamiento, y constante disposición a vuestros mandatos.

Una vez más os ruego por Dios, señor; como cristiano que sois, que os dignéis tener la caridad de conceder merced y compasión a mi alma angustiada, muy recientemente despertada del hábito del pecado, a fin que pueda tener fundada esperanza y seguridad de que será acogida por los brazos de mi señor Jesús, como es necesario para reconciliarme ante una muerte tan cercana. Y por tanto, dado que mi vida, sangre, reputación de mi familia, y futuro estado de felicidad se hallan en vuestras manos, os imploro que me miréis como persona de corazón cristiano y caritativa, y tengáis clemencia de mí, de manera que pueda reconoceros y estimaros eternamente después, en presencia de Dios mi Salvador, y obligarme a suplicar al Padre Celestial que perdone también vuestras deudas.

Así, pues, que el Dios de la paz que sacó de entre los muertos a Jesús Nuestro Señor; el gran Pastor del rebaño, en virtud de la sangre de la eterna alianza, os haga perfecto en cada buena obra conforme a su voluntad, y os incline a cultivar en V. E. lo que sin duda será agradable a sus ojos. Por Jesucristo, que reinará en la gloria por los siglos de los siglos, os lo suplica fervientemente,

vuestro muy humilde y afligido servidor

STEDE BONNET

CAPÍTULO V
Del capitán Edward England y su tripulación

Edward England iba de oficial en una balandra que zarpó de Jamaica y fue capturada por el capitán Winter, pirata, poco antes de que recalasen casi todos en Providence, de donde le llegó el mando de una balandra en este loable oficio: sorprende que hombres con discernimiento se lancen a un género de vida que tanto degrada a la naturaleza humana, y los pone a la altura de las fieras de la selva, que devoran a sus semejantes más débiles: crimen atroz que incluye casi todos los demás, como el asesinato, la rapiña, el robo, la ingratitud, *etc.* Y aunque se familiarizan con estos vicios por su práctica diaria, sin embargo estos hombres son tan inconsecuentes consigo mismos que cualquier alusión que se haga a su honor, justicia o valor la toman por una ofensa tal que quien la comete debe pagarla con la vida. England era un hombre con suficiente juicio como para haber emprendido un camino mejor. Tenía muy buen natural, no carecía de valor, no era avaricioso, y siempre se mostró contrario a maltratar a los prisioneros: de haber logrado imprimir en sus compañeros su misma disposición se habría contentado con robos modestos y tropelías menos dañinas; pero por lo general lo tenían sojuzgado, y como estaba ligado a esa sociedad abominable, no tenía más remedio que participar en sus fechorías.

El capitán England zarpó para la costa de África después que el gobierno inglés restableciera el orden en la isla de Providence y los piratas se acogieran al edicto de Su Majestad, y capturó varias naves y embarcaciones, entre ellas el bergantín de esnón llamado *Cadogan*, de Bristol, en Sierra Leona, patrón un tal Skinner, al que asesinaron de forma inhumana algunos de la tripulación que en otro tiempo habían sido marineros suyos, y habían ido embarcados en dicha nave. Parece ser que hubo disputas entre ellos, y Skinner juzgó conveniente quitarse de encima a estos individuos mandándolos a un buque de guerra, a la vez que se negó a pagarles su salario. No mucho tiempo después hallaron el medio de desertar, y embarcaron en una balandra de las Indias Occidentales que fue apresada por un pirata y llevada a Providence, donde se unieron al capitán England para lo mismo.

Tan pronto como Skinner se rindió al pirata le ordenaron que fuese a bordo en su bote, cosa que hizo, y con el primero que topó resultó ser su antiguo contramaestre, que se quedó mirándolo a la cara como un genio maligno, y le dijo: «¡Vaya, capitán Skinner, conque es vuestra merced! ¡La persona que más ganas tenía de ver! Tengo una gran deuda con vuestra merced, y se la voy a pagar con su

misma moneda».

El pobre hombre se echó a temblar al descubrir en manos de quiénes había caído; temió las consecuencias, y con razón; porque el contramaestre llamó en seguida a sus compinches, agarraron al capitán, lo ataron al molinete y allí le arrojaron botellas de vidrio que le produjeron dolorosos cortes, después de lo cual lo corrieron por la cubierta azotándolo hasta que no pudieron más, haciendo oídos sordos a sus súplicas y ruegos; finalmente, por haber sido tan buen patrón con sus hombres, dijeron, le iban a dar una muerte rápida, y le dispararon un tiro en la cabeza. Cogieron algunas cosas del esnón, pero dieron la nave con toda su carga a Howel Davis, segundo, y al resto de la tripulación, como explicaremos en el Capítulo del capitán Davis.

El capitán England apresó un barco llamado el *Pearl*, mandado por el capitán Tyzard, que cambió por su propia balandra, lo adaptó para la piratería, lo rebautizó con el nombre de *Royal James*, y con él apresó varios barcos y naves de diferentes naciones en las islas Azores y de Cabo Verde.

En la primavera de 1719, estos ladrones volvieron a África, y partiendo del río Gambia, navegaron costa abajo; y entre dicho río y Cape Coast apresaron los siguientes barcos y naves:

El pingue *Eagle*, capitán Riket, de Cork, apresado el 25 de marzo, con 6 cañones y 17 marineros a bordo, siete de los cuales se hicieron piratas.

El *Charlotte*, capitán *Oldson*, de Londres, apresado el 26 de mayo, con 8 cañones y 18 hombres a bordo, 13 de los cuales se hicieron piratas.

El *Sarah*, capitán Stunt, de Londres, apresado el 27 de mayo, con 4 cañones y 18 hombres a bordo, 3 de los cuales se hicieron piratas.

El *Bentworth*, capitán Garner, de Bristol, apresado el 27 de mayo, con 12 cañones y 30 hombres a bordo, 12 de los cuales se hicieron piratas.

La balandra *Buck*, capitán Sylvester, de Gambia, apresada el 27 de mayo, con 2 cañones y 2 hombres a bordo, los dos se hicieron piratas.

El *Carteret*, capitán Snow, de Londres, apresado el 28 de mayo, con 4 cañones y 18 hombres a bordo, 5 de los cuales se hicieron piratas.

El *Mercury*, capitán Mackett, de Londres, apresado el 29 de mayo, con 4

cañones y 18 hombres a bordo, 5 de los cuales se hicieron piratas.

La galera *Coward*, capitán Cree, de Londres, apresada el 17 de junio, con 2 cañones y 13 hombres bordo, 4 de los cuales se hicieron piratas.

El *Elizabeth and Katherine*, capitán Bidge, de Barbados, apresado el 27 de junio, con 6 cañones y 14 hombres a bordo, 4 de los cuales se hicieron piratas.

Dejaron que el pingue *Eagle* siguiera viaje a Jamaica, el *Sarah* a Virginia y el *Buck* a Maryland; pero prendieron fuego al *Charlotte*, el *Bentworth*, el *Carteret* y la galera *Coward*; en cuanto al *Mercury* y el *Elizabeth and Katherine*, los adaptaron para la piratería; al primero le dieron el nombre de *Queen Ann's Revenge* y lo mandó un tal Lane, y al otro le pusieron el *Flying King* y nombraron a Robert Sample su capitán. Ambos dejaron a England en esta costa y pusieron rumbo a las Indias Occidentales, donde capturaron algunas presas, limpiaron fondos y zarparon para Brasil en noviembre; allí apresaron varios barcos portugueses y causaron bastante estrago; pero en el apogeo de sus hazañas, un buque de guerra portugués, muy velero, resultó ser para ellos huésped inoportuno, y les dio caza: el *Queen Ann's Revenge* logró escapar, pero se hundió poco después en la costa; y el *Flying King*, al verse perdido, embarrancó: había 70 hombres a bordo, 12 de los cuales fueron muertos y el resto hechos prisioneros; de éstos, los portugueses ahorcaron a 38: 32 eran ingleses, tres holandeses, dos franceses y uno de su propia nación.

England, navegando costa abajo, apresó la galera *Peterborough*, de Bristol, capitán Owen, y la *Victory*, capitán Ridout. Retuvieron la primera, pero la segunda la saquearon y la soltaron después. En el trayecto a Cape Coast avistaron dos naves fondeadas, pero antes de que pudieran darles alcance largaron el cable y fueron a situarse al pie del castillo de Cape Coast: eran el *Whydah*, capitán Price, y el *John*, capitán Rider. Al ver esta maniobra, los piratas hicieron un brulote con una nave que habían apresado hacía poco, e intentaron prenderles fuego como si fuesen un enemigo convencional; lo que de haber dado resultado no les habría sido de ningún provecho; pero como el castillo no paraba de dispararles, se retiraron, y pusieron rumbo a la rada de *Whydah*, donde encontraron a otro pirata, un tal capitán La Bouche que, como había llegado antes que England, había esquilmado el mercado, lo que dejó no poco frustrados a sus cofrades.

Tras este chasco, el capitán England entró en una ensenada, limpió su propio barco, y adaptó la *Peterborough*, a la que puso el nombre de *Victory.* Allí pasaron varias semanas entregados al desenfreno, usando a su antojo a las negras y cometiendo tales desmanes que acabaron en abierta desavenencia con los nativos,

mataron a varios de ellos y quemaron uno de sus poblados.

Cuando estuvieron otra vez en alta mar sometieron a votación adónde ir; y al inclinarse la mayoría por las Indias Orientales, pusieron rumbo a esas latitudes, llegando a Madagascar a principios de 1720. No permanecieron mucho tiempo allí, sino que hicieron acopio de agua y provisiones, y zarparon para la costa de Malabar, región hermosa y feraz de las Indias Orientales en el imperio del Mogol, aunque sujeta directamente a sus propios príncipes: se extiende de la costa de Cannanore a cabo Comorin, o sea entre 7° 30' y 12° latitud norte, y alrededor de 75° longitud este, contando desde el meridiano de Londres. Los nativos antiguos son paganos, pero entre ellos habitan numerosos mahometanos, que son mercaderes, y generalmente ricos. En la misma costa, pero en una provincia que hay hacia el norte, se hallan Goa, Surat y Bombay, donde tienen asentamientos los ingleses, los holandeses y los portugueses.

Allí llegaron nuestros piratas tras recorrer medio mundo, como dice el salmista de los diablos, «rugiendo como leones y buscando a quién devorar». Apresaron varios barcos del país, o sea, naves indias, y una europea, un barco holandés que cambiaron por uno de los suyos, y a continuación regresaron a Madagascar.

Mandaron a tierra a varios hombres con tiendas, pólvora y munición para que cazasen puercos, venados, e hiciesen las provisiones frescas que la isla proporcionara; y se les ocurrió la idea de buscar al resto de la tripulación de Avery, ya que sabían que se había establecido en alguna parte de la isla: así que unos cuantos emprendieron un viaje de varios días; pero no obtuvieron ninguna noticia de ellos, y volvieron sin resultado. Porque, en realidad, esos hombres se habían establecido en el otro lado de la isla.

No permanecieron mucho tiempo aquí después de limpiar sus barcos sino que zarparon para Jamaica, y por el camino toparon con dos barcos ingleses y un ostendés que salían de ese puerto, uno de los cuales apresaron tras una resistencia desesperada, acción cuyos detalles refiere la siguiente carta, escrita por su capitán desde Bombay.

CARTA del capitán Macrae, fechada en Bombay,

el 16 de noviembre de 1720.

Arribamos el 25 de julio pasado, en compañía del Greenwich*, a Johanna (isla no muy alejada de Madagascar), donde entramos para que se refrescasen nuestros hombres; y estando allí vimos catorce piratas que venían en canoas de Mayotta, donde el barco al que pertenecían (el* Indian Queen*, de doscientas cincuenta toneladas, veintiocho cañones y noventa hombres, mandados por el capitán Oliver de la Bouche, que se dirigía de la costa de Guinea a las Indias Orientales) había sufrido una vía de agua y había zozobrado. Dijeron que dejaban al capitán y cuarenta de sus hombres construyendo una nueva nave para proseguir sus fechorías. El capitán Kirby y yo concluimos que podríamos prestar un gran servicio a la Compañía de las Indias Orientales si destruíamos ese nido de piratas, y nos disponíamos a llevar a cabo este propósito el 17 de agosto, hacia las ocho de la mañana, cuando descubrimos dos barcos piratas en la había de Johanna, uno de treinta y cuatro cañones y el otro de treinta. Inmediatamente fui a bordo del* Greenwich*, donde se preparaban a toda prisa para un enfrentamiento, y poco después nos separamos el capitán Kirby y yo con mutuas promesas de apoyarnos el uno al otro. A continuación solté amarras, zarpe y puse a proa dos botes para que me acercasen a remo al* Greenwich*; pero como él estaba expuesto a un valle y una brisa, se adelantó; al ver eso un ostendés que venía en nuestra compañía, de 22 cañones, hizo lo mismo, aunque el capitán había prometido solemnemente apoyarnos, y creo que habría cumplido su palabra si el capitán Kirby hubiese mantenido la suya. Como media hora después de las doce llamé al* Greenwich *para que acudiese en nuestra ayuda, y le mandamos un disparo de aviso, pero sin resultado. Porque aunque creíamos que se iba a unir a nosotros, ya que después de alejarse una legua de nosotros se había puesto a la capa, como esperando, tanto el ostendés como él nos abandonaron vergonzosamente, dejándonos enfrentados a estos bárbaros e inhumanos enemigos, con sus negras y sanguinarias banderas sobre nosotros, y sin la menor esperanza de evitar que nos despedazaran. Pero Dios providente dispuso otra cosa: porque a pesar de su superioridad, les estuvimos dando batalla unas tres horas, durante las cuales el más grande recibió algún disparo cerca de la línea de flotación, lo que le hizo apartarse un poco para contener la vía de agua. El otro hizo cuanto pudo por abordarnos, y después de una hora de trabajo con los remos llegó a la distancia de media eslora de nosotros; pero por suerte hicimos astillas todos sus remos disparando, lo que los detuvo, e hizo que salváramos la vida.*

Hacia las cuatro, con la mayoría de mis oficiales y marineros muertos o heridos en el alcázar, el barco más grande enfiló hacia nosotros con toda celeridad, mandándonos frecuentes andanadas cuando aún estaba a un cable de distancia, por lo que nosotros, perdida toda esperanza de que el capitán Kirby acudiese en nuestra ayuda, intentamos embarrancar; y aunque teníamos cuatro pies más de calado que el pirata, Dios quiso que encallara él en un fondo más bajo que el que afortunadamente encontramos nosotros, por lo que fracasó por segunda vez en su intento de abordarnos. Aquí tuvimos un enfrentamiento más violento que antes. Todos mis oficiales y la mayoría de mis marineros se portaron con

inesperada valentía; y como teníamos una ventaja considerable, dado que teníamos una andana hacia su proa, conseguimos hacerle gran daño, de manera que si el capitán Kirby hubiese venido entonces, creo que habríamos cogido a los dos, dado que a uno lo teníamos ya seguro; pero el otro pirata (que seguía disparándonos), al ver que el Greenwich *no nos prestaba ayuda, mandó a su consorte tres botes repletos de hombres de refresco. Hacia las cinco de la tarde el* Greenwich *se alejó mar afuera y nos dejó luchando desesperadamente en las mismas fauces de la muerte; el pirata que estaba a flote, al verlo, tendió una estacha y se puso a halar de nuestra popa; como a todo esto muchos de mis hombres estaban muertos o heridos, y era seguro que estos bárbaros y furiosos enemigos nos matarían a todos, ordené que todo el que pudiese embarcase en la lancha, al amparo del humo de nuestros cañones; de manera que unos en los botes y otros a nado, la mayoria de los que podíamos valernos llegamos a tierra hacia las siete. Cuando los piratas subieron a bordo tajaron a machetazos a tres de nuestros heridos. Entre tanto, con unos cuantos de mi tripulación, corrí todo lo deprisa que pude a la ciudad del rey, a veinte millas de donde estábamos, adonde llegué a la mañana siguiente, casi sin fuerzas a causa del cansancio y la pérdida de sangre, ya que tenía en la cabeza una herida grave de bala de mosquete.*

En esta ciudad me enteré de que los piratas habían ofrecido diez mil dólares al que me llevase a ellos; y muchos lo habrían hecho, sólo que sabían que el rey y toda la gente principal estaban interesados en mí. Entre tanto, hice correr la voz de que yo había muerto por mis heridas, lo que aplacó bastante su furia. Unos diez días después, cuando me sentí bastante recuperado, e imaginando que a mis enemigos se les habría disipado casi del todo el rencor, empecé a pensar en que situación lamentable nos encontrábamos, ya que era un lugar donde no podíamos esperar conseguir un pasaje para casa, ya que sólo teníamos lo puesto, y ni siquiera contábamos con una camisa o unos zapatos de repuesto.

Obtuve licencia para subir a bordo de los piratas, y promesa de seguridad, dado que varios de sus cabecillas me conocían, y algunos incluso habían navegado conmigo, lo que fue para mí una gran ventaja; porque a pesar de la promesa dada, algunos me habrían despedazado, y hecho lo que se les hubiera ocurrido, de no haber sido por el capitán que los mandaba, Edward England, y algunos otros que me conocían. Hablaron de quemar uno de sus barcos, dado que lo habíamos inutilizado a tal extremo que ya no les servía, y en su lugar armar el Casandra*; pero al final llevé mi negocio tan bien que me regalaron dicho barco destrozado, que era de construcción holandesa, llamado el* Fancy*, de unas trescientas toneladas, y también ciento veintinueve balas de paño de la Compañía. No quisieron darme ni una sola de mis prendas de ropa.*

Zarparon el 3 de septiembre; y yo, con aparejo de fortuna y las viejas velas que me

dejaron, me las arreglé para hacer lo mismo el 8, con cuarenta y tres de la tripulación de mi barco, incluidos dos pasajeros y doce soldados, con sólo cinco toneles de agua a bordo. Y después de una travesía de cuarenta y ocho días, llegué aquí el 26 de octubre, casi desnudo y famélico, con la ración de agua reducida a una pinta al día, y casi perdida toda esperanza de ver tierra, debido a las calmas que encontramos entre la costa arábiga y la de Malabar. El total de nuestras bajas fueron trece hombres muertos y veinticuatro heridos; en cuanto a los piratas, nos dijeron que habíamos matado unos noventa o cien. Cuando nos dejaron iban unos trescientos blancos y ochenta negros entre los dos barcos. Estoy seguro de que si nuestro consorte el Greenwich *hubiese cumplido su palabra habríamos acabado con los dos, y obtenido doscientas mil libras para nuestros armadores y nosotros; mientras que la pérdida del* Casandra *se puede imputar con justicia al hecho de habernos abandonado. He entregado en el depósito de la Compañía todas las balas que me dieron, por lo cual el gobernador y el Consejo me han concedido una recompensa. Nuestro gobernador, el señor Boon, que es extremadamente educado y amable, me quería mandar de regreso a casa en este correo. Pero el capitán Harvey, que tenía una promesa anterior; y ha llegado con la flota, va en mi lugar. El gobernador me ha prometido un viaje por el país, para ayudarme a recuperar mis pérdidas, y permitirme regresar a casa con él el año que viene.*

Desde luego, el capitán Macrae corrió un gran albur al subir a bordo del pirata, y empezó a arrepentirse de su credulidad; porque aunque le habían prometido que su persona no sufriría daño, se dio cuenta de que su palabra no era de fiar; pero supongo que nada sino la desesperada situación en que el capitán Macrae se encontraba pudo decidirlo a poner a la compañía y a sí mismo en sus manos, quizá sin saber hasta qué punto los nativos de esa isla se sentían vinculados a la nación inglesa; porque hace unos veinte años, el capitán Cornwall, comodoro de una escuadra inglesa, los ayudó contra otra isla llamada Mohilla, por lo cual desde entonces han expresado su agradecimiento con todos los medios a su alcance; tanto, que se ha vuelto proverbial decir que ser inglés y habitante de Johanna son una y la misma cosa.

England estaba dispuesto a ayudar al capitán Macrae; pero fue tan franco en manifestarlo que la relación entre él y su compañía empezó a deteriorarse; su negativa a dejarlos hacer los tenía tan irritados que temía no poder protegerlo; así que le aconsejó que se mostrase conciliador y procurase congraciarse con el capitán Taylor, individuo de carácter extremadamente bárbaro que se había convertido en el predilecto de todos por la única razón de que era más bruto que ninguno. Macrae hizo lo que pudo por amansar a este animal, y lo agasajó con ponche caliente; a pesar de lo cual estaban discutiendo acaloradamente sobre si debían acabar con él o no, cuando ocurrió un incidente que vino a favorecer al pobre capitán; un individuo de patillas terribles y pata de palo, bien fajado de pistolas,

subió al alcázar jurando y renegando, y preguntó entre exabruptos quién era el capitán Macrae: el capitán pensó que éste iba a ser su verdugo; pero se llegó a él, le cogió la mano, y juró que se alegraba condenadamente de verlo. «Y a ver quién es el guapo —dijo— que se atreve a tocarle un pelo, porque lo que es yo, estoy dispuesto a defenderlo.» Y entre un sinfín de juramentos dijo que era una persona decente, y que había navegado con él en otro tiempo.

Esto puso fin a la disputa; en cuanto al capitán Taylor, se ablandó tanto con el ponche que consintió que se le diese el barco pirata viejo y un montón de balas de paño, y a continuación se durmió. England aconsejó al capitán Macrae que avivara en irse, no fuera que se despertase el animal y se arrepintiese de ese gesto de generosidad; consejo que siguió el capitán.

Con el apoyo tan decidido que prestó al capitán Macrae el capitán England se creó muchos enemigos entre la tripulación, ya que consideraban este buen trato incompatible con el comportamiento de todos, porque daba la impresión de que quería granjearse su favor frente al agravamiento de los crímenes de los demás. Así que, imaginando o habiendo oído rumores de que el capitán Macrae se estaba armando contra ellos con fuerzas de la Compañía, lo *abdicaron* o depusieron al punto de su mando, y lo abandonaron con otros tres en Isla Mauricio: isla, por cierto, de la que no podían quejarse, porque de haber amasado alguna riqueza con sus infamias habrían podido permitirse una posición confortable, dado que tiene muchísimo pescado, puercos y demás carne. Sir Thomas Herbert dice que en su litoral abundan el coral y el ámbar gris; aunque yo creo que los holandeses no la habrían abandonado si hubiesen encontrado todos esos productos en ella. En 1722 la volvieron a colonizar los franceses, que poseen un fuerte en una isla vecina llamada Mascareñas, donde entran a aprovisionarse de agua, leña y víveres los barcos franceses que van o vienen de la India, como hacen los holandeses en Santa Helena y Cabo de Buena Esperanza. Desde este lugar, el capitán England y sus camaradas, tras confeccionar un pequeño bote con palos y trozos viejos de tablas dejados allí, pasaron a Madagascar, donde viven actualmente de la caridad de algunos de sus cofrades más provistos que ellos.

Los piratas retuvieron a algunos oficiales y marineros del capitán Macrae, y al terminar de reparar los daños sufridos en la arboladura zarparon rumbo a la India. El día antes de avistar tierra vieron a oriente dos barcos que al principio tomaron por ingleses, ordenaron a uno de los prisioneros que había sido oficial con el capitán Macrae que les dijese la contraseña entre los barcos de la Compañía, jurando el capitán que lo descuartizaría si no se la decía inmediatamente; pero incapaz de hacerlo, tuvo que soportar las vejaciones de todos, hasta que les dieron

alcance, y descubrieron que eran dos barcos moros procedentes de Muscat, con caballos; trasladaron al capitán y los mercaderes a bordo, los torturaron, y registraron los barcos en busca de riquezas, creyendo que venían de La Meca; pero al ver frustradas sus expectativas, y avistar tierra a la mañana siguiente, y al mismo tiempo una flota barloventeando cerca de la costa, no supieron qué hacer con ellos: soltarlos significaba descubrir y arruinar el viaje, y era una crueldad mandar a pique los barcos con hombres y caballos (como muchos proponían); así que se decidieron por un término medio: fondearon, les arrojaron todas las velas por la borda, y les cortaron los palos por la mitad.

Al día siguiente, mientras estaban fondeados y dedicados a hacer aguada, uno de la citada flota fue hacia ellos con los colores ingleses; los piratas respondieron con una enseña roja, pero no se hablaron. Por la noche dejaron los barcos de Muscat, zarparon con la brisa de mar, y enfilaron hacia el norte detrás de esta flota; hacia las seis de la madrugada, cuando navegaban con brisa terral, los piratas se metieron entre ellos, no se detuvieron, pero abrieron nutrido fuego con sus cañones y armas de mano, hasta que pasaron del todo; y cuando clareó el día, se pusieron furiosos consigo mismos, por haberla tomado todo el tiempo por una flota de Angria; la cuestión ahora era qué hacer, si huir o perseguir. Se daban cuenta de que eran inferiores en fuerza, ya que sólo tenían 300 hombres entre ambos barcos, y 40 de ellos eran negros; además, la *Victory* tenía en ese momento cuatro bombas trabajando, y se habría hundido ya de no haber sido por las bombas de mano, y varios pares de maderos sacados del *Cassandra* para aliviarlo y reforzarlo; pero al observar la indiferencia de la flota, optaron por perseguir, pensando que la mejor manera de salvarse era asustar al enemigo. Así que se acercaron por sotavento, con viento marero, como a un tiro de cañón, con los barcos grandes de la flota delante, y algunos otros a popa; a estos últimos los tomaron por brulotes; y como los de delante soltaron sus botes y ganaron distancia, no tuvieron otra opción que seguir a rumbo durante toda la noche, cosa que hicieron, y a la mañana siguiente los habían perdido de vista, salvo un queche y unas galvetas (embarcaciones semejantes a los faluchos mediterráneos que, como éstos, izan vela triangular). Perdían distancia, y al darse cuenta el del queche, trasladó a su gente a una galveta y le prendió fuego; esta otra embarcación demostró ser demasiado rápida, y se largó. El mismo día persiguieron otra galveta y la apresaron; era de Gogo y se dirigía a Calcuta con algodón. Preguntaron a estos hombres por la flota, porque creían que iban en ella. Y aunque declararon que no habían visto un solo barco ni bote desde que salieron de Gogo, y suplicaron que tuviesen compasión, les arrojaron toda la carga por la borda, y les aplastaron los nudillos con un torno de banco para que confesaran; y al encontrarlos ignorantes de qué flota era ésa ni quienes iban en ella, se consideraron obligados no sólo a

mantener este tormento, sino que al día siguiente en que un viento fresco de levante desgarró las velas de la galveta, pusieron a su tripulación en el bote, sin otra cosa que una pequeña vela triangular, sin provisiones, y sólo cuatro galones de agua (la mitad salada); y sin tierra a la vista, los abandonaron a su suerte.

Para ilustrar mejor esta historia, quizá convenga informar al lector de quién era Angria, y cuál era la flota que tan miserablemente se había portado.

Angria es un famoso pirata indio, de considerable fuerza y territorios, que infesta continuamente el comercio europeo (y en especial el inglés): su principal refugio es Callaba, a no muchas leguas de Bombay, y tiene una isla a la vista de ese puerto que le brinda frecuentes ocasiones de acosar a la Compañía. No sería una dificultad insuperable acabar con él si los bajíos no impidieran acercarse a los buques de guerra; y tiene un arte especial para comprarles protección a los ministros del Mogol cuando topa con un enemigo demasiado poderoso.

En el año 1720 la flota de Bombay, formada por cuatro *ghurabs* (barcos construidos en la India por la Compañía, de tres palos, proa como de galera en vez de bauprés, de unas 150 toneladas, y mandados y armados como un buque de guerra, para la defensa y protección del comercio marítimo), el *London*, el *Chandois*, y otros dos barcos acompañados de galvetas que además de sus cometidos específicos habían desembarcado 1.000 hombres para bombardear y destruir Gayra, fuerte perteneciente a Angria en la costa de Malabar, regresaba a Bombay después de este intento infructuoso, y para compensar enfiló hacia los piratas con el propósito que se ha dicho. El capitán Upton, comodoro de esa flota, replicó prudentemente al señor Brown (que iba de general) que no debían poner en peligro los barcos, dado que navegaban sin órdenes del gobernador Boon de dar batalla; y además, que él no había salido con ese fin. Esta ocasión perdida de destruir piratas enojó al gobernador, por lo que transfirió el mando de la flota al capitán Macrae, que recibió inmediatamente la orden de buscarlos y atacarlos donde los encontrase.

El virrey de Goa, ayudado por la flota de la Compañía inglesa de Bombay, intentó reducir Callaba, su principal plaza: desembarcó 8 o 10.000 hombres al año siguiente, cuando la escuadra inglesa estaba entonces en esos mares. Pero al ver la plaza bien fortificada, y consumida una parte de su ejército a causa de las enfermedades y fatigas del campamento, se retiró prudentemente.

Vuelvo a los piratas, que después de abandonar a su suerte a la gente de la galveta decidieron cruzar hacia el sur; y al día siguiente, entre Goa y Carwar,

oyeron varios cañonazos, así que fondearon, mandaron el bote a olfatear, y hacia las dos de la madrugada regresó con la noticia de que había dos *ghurabs* fondeados en la rada. Levaron anclas y corrieron a la bahía, hasta que el alba los delató a los *ghurabs* con tiempo suficiente para cobijarse al pie del castillo de Angediva, poniéndose fuera de su alcance. Esto enojó aún más a los piratas, que andaban necesitados de agua; algunos incluso se mostraron partidarios de bajar a tierra esa noche y tomar la isla, pero este plan no fue aprobado por la mayoría, y prosiguieron hacia el sur; y por el camino apresaron un barco pequeño en la rada de Honavar, con sólo un holandés y dos portugueses a bordo. Envió a uno de éstos a tierra para decirle al capitán que si los abastecía de agua y provisiones frescas le devolverían el barco; el capitán les mandó respuesta por su oficial Frank Harmless de que si le devolvían lo que era suyo en la barra haría lo que le pedían. El oficial dijo que la propuesta le parecía colusoria, y todos fueron de la opinión de Harmless (quien se unió muy sinceramente a ellos) y decidieron buscar agua en las islas Laccadeva; así que mandaron a las otras personas a tierra, con la amenaza de que eran los últimos a los que darían cuartel (en razón de esta poco amable costumbre) y pusieron inmediatamente rumbo a esas islas, a las que llegaron tres días más tarde; e informados por un *menchew* que apresaron (con salvoconducto del gobernador de Carwar) de que no había fondeadero entre ellas y Amindivi, que era la siguiente isla accesible, mandaron los botes a tierra para ver si encontraban agua, y si estaba habitada o no. Regresaron con información satisfactoria, a saber: que había abundante agua y muchas casas, aunque abandonadas por sus moradores, que habían huido a islas vecinas ante la llegada de los barcos, dejando al cuidado de ellas a las mujeres y los niños. Forzaron a las mujeres a su bárbaro placer, y para compensarlas destruyeron sus cocoteros y prendieron fuego a sus casas e iglesias (supongo que construidas por los portugueses, que en otro tiempo solían hacer escala allí en sus viajes a la India).

Mientras estaban en esta isla, perdieron tres o cuatro anclas debido al fondo rocoso y a los vientos, y finalmente se vieron obligados a irse a causa de un ventarrón más fuerte, dejando detrás 70 hombres, negros y blancos, y la mayor parte de los toneles de agua; a los diez días volvieron a la isla y recogieron a su gente.

Andaban ahora muy escasos de provisiones, por lo que decidieron visitar a sus buenos amigos holandeses de Cochin, los cuales, si hay que creer a estos ladrones, jamás se niegan a aprovisionar a caballeros de este gremio. Al cabo de tres días de navegación llegaron a Tellecherry, donde apresaron una pequeña embarcación que pertenecía al gobernador Adams, en la que iba de patrón John Tawke, al que se llevaron muy borracho; y la noticia que éste les dio de que el

capitán Macrae se había armado desató entre ellos una tempestad de furia: «¡Es un miserable —decían—; lo hemos tratado con toda la cortesía, regalándole un barco y muchas cosas más, y ahora se arma contra nosotros! ¡Debíamos haberlo colgado! Pero ya que no podemos desahogar nuestro enojo en él, colguemos a los perros de su pueblo que le quieren bien y harían lo mismo con nosotros si pudieran» «Por mí —dijo el cabo de brigadas—, en adelante llevaremos con nosotros a capitanes y oficiales de barco sólo para atormentarlos. Maldito England.»

De ahí prosiguieron a Calcuta, donde intentaron apresar un barco moro, pero lo impidieron unos cañones montados en la costa, que abrieron fuego contra ellos; el señor Lasinby, que era uno de los oficiales del capitán Macrae y lo llevaban retenido, estaba en ese momento bajo la cubierta; pero el capitán y el cabo de brigadas de los piratas le mandaron subir, y atender las brazas de los botalones… con la esperanza de que recibiera un tiro antes de que se largaran, preguntándole por qué razón no estaba allí ya. Y cuando se excusó, lo amenazaron con pegarle un tiro por semejante abandono; y cuando Lasinby se puso a protestar, y a reclamarles su promesa de dejarlo en tierra, recibió una paliza despiadada del cabo de brigadas, dado que el capitán Taylor, que ahora sustituía a England, y al que le correspondía el privilegio de hacerlo, tenía las manos lisiadas y no podía.

Al día siguiente, navegando hacia abajo, toparon con una galeota holandesa cargada de caliza con destino a Calcuta, a bordo de la cual pusieron y soltaron al capitán Tawke; algunos de la tripulación quisieron interceder en favor de Lasinby, pero fue en vano; «porque, —dijeron Taylor y los suyos— si soltamos a este perro que ha oído nuestros planes y decisiones, pondrá nuestros bien madurados proyectos, y en especial ese aprovisionamiento que ahora buscamos, en manos de los holandeses.»

Esto fue un día antes de llegar frente a Cochin, donde mandaron a tierra una carta por medio de una canoa de pesca; y por la tarde, con la brisa de mar, entraron en la rada y fondearon, saludando al fuerte con 11 cañonazos cada barco, y recibieron un saludo de igual número, anuncio de la buena cogida que les dieron; porque por la noche llegó a bordo un gran bote cargado hasta arriba de provisiones frescas y bebidas, y con todo ello un sirviente (de un habitante privilegiado llamado John Trumpet), que les dijo que debían levar anclas inmediatamente y dirigirse más al sur, donde se les abastecería de cuantas cosas necesitaran, fueran pertrechos o provisiones.

No hacía mucho que habían vuelto a fondear, cuando llegaron varias canoas con habitantes negros y blancos que les siguieron prestando todos los buenos

oficios durante su estancia; en especial, John Trumpet les mandó un gran bote de aguardiente (unas 90 *legers*), lo que no podía ser más grato para ellos, así como 60 balas de azúcar, regalo del gobernador y su hija al parecer, a los que en correspondencia les enviaron un reloj de mesa (botín de un barco del capitán Macrae), y a ella un gran reloj de oro, anticipo del pago que tenían el propósito de efectuar.

Cuando estuvieron todos a bordo, pagaron al señor Trumpet para su entera satisfacción, según se ha calculado, 6 o 7.000 libras, le dedicaron tres hurras, 11 cañonazos cada barco, y arrojaron puñados de ducados de plata al bote, para que se los disputasen los de los remos.

Esa noche, como tenían escaso viento, no levaron anclas; y por la mañana Trumpet los despertó mandándoles más aguardiente, cofres de tejidos y ropa confeccionada, acompañado del tesorero de la plaza. A mediodía, mientras aún estaban a bordo, vieron hacia el sur una vela; levaron anclas y salieron en sus persecución; pero dicha nave tenía sobrada franquía, se situó al norte de ellos, y ancló a poca distancia del fuerte de Cochin; los citados caballeros aseguraron a los piratas que no se les iba a impedir apresarlo, aunque estaba al pie del castillo, ofrecieron comprarlo de antemano, y les aconsejaron poner proa a tierra, lo que hicieron osadamente, para abordarla. Pero cuando estuvieron a un cable o dos de su presa, ahora cerca de la orilla, el fuerte abrió fuego con dos cañones pequeños, cuyos disparos estuvieron a punto de darles en el morro, de modo que abandonaron la rada inmediatamente, se dirigieron al sur, y anclaron por la noche en su anterior fondeadero, donde John Trumpet, para retenerlos algo más, les informó de que en espacio de unos días pasaría por allí un barco riquísimo mandado por el hermano del general de Bombay.

Este gobernador es todo un símbolo del poder extranjero. ¿Qué daños y perjuicios no soportarán los súbditos que están bajo la autoridad de alguien que es capaz de utilizar medios tan alevosos y ruines como tratar y traficar con piratas para enriquecerse? Desde luego, un hombre así no hará ascos a cualquier injusticia con tal de recuperar o amasar una fortuna. Tiene siempre el *argumentum bacillum* a mano y puede convencer cuando le plazca, en la mitad de tiempo que tardarían otros argumentos, de que el fraude y la opresión son la ley. El hecho de que utilice intermediarios en ese trabajo sucio revela su conciencia culpable, y su vergüenza, pero de ningún modo atenúa su crimen. John Trumpet era la herramienta; pero como dice el perro de la fábula a propósito de otra cosa, *lo que se hace por orden del amo, es acción del amo*.

No puedo por menos de recordar aquí el gobierno vil que Sancho Panza obtuvo de ello; no sólo vio suprimidas tales gratificaciones, sino que quedó reducido casi al hambre; le quitaban los alimentos casi a diario, con el pretexto de preservar la salud de su excelencia: aunque con los gobernadores la cosa es diferente.

De Cochin, unos eran partidarios de poner inmediatamente rumbo a Madagascar, mientras que otros opinaban que era mejor cruzar hasta apresar algún mercante; y como estos últimos eran mayoría, estuvieron recorriendo el sur hasta que, unos días más tarde, avistaron un barco cerca de la costa; como lo tenían a barlovento, no pudieron acercarse a él, hasta que la brisa de mar y la noche les fueron favorables; entonces se separaron, el uno hacia el norte y el otro hacia el sur, con idea de cercarlo entre los dos. Pero para sorpresa de ambos, y en contra de lo que esperaban, cuando clareó el día, en vez de la presa, descubrieron muy cerca de ellos cinco barcos de alta arboladura que hicieron señal a los piratas de que se acercasen, lo que causó gran consternación entre ellos, especialmente a los del barco de Taylor, dado que su consorte estaba lejos (lo menos tres leguas al sur). Corrieron a juntarse, y una vez cerca el uno del otro, emprendieron la huida de la flota, a cuyo mando pensaron que iba el capitán Macrae; y como ya conocían su valentía se alegraron de evitar ponerla a prueba otra vez.

Después de tres horas de persecución, como ninguno de la flota reducía distancia, salvo un *ghurab*, sus consternados semblantes volvieron a animarse, tanto más cuanto que sobrevino una calma que duró el resto del día. Y por la noche, con viento terral, corrieron directamente a la costa, descubriendo al día siguiente, para gran alivio de todos, que la flota se había perdido de vista.

Conjurado este peligro, decidieron celebrar las Navidades (las de 1720) entregados al exceso y el abandono; y así pasaron tres días de borracheras y bacanales, no sólo comiendo, sino derrochando las provisiones frescas de manera tan lamentable y desmedida que, cuando más tarde acordaron proseguir a Mauricio, tuvieron que limitar la ración a una botella de agua, no más de dos libras de tasajo y una pequeña cantidad de arroz para cada diez hombres al día, de manera que si no llega a ser porque el barco hacía agua (estuvieron a punto de abandonarlo, y lo habrían hecho de no haber sido por cierta cantidad de aguardiente y azúcar que llevaban a bordo), la mayoría habrían perecido.

En este estado llegaron a la isla de Mauricio a mediados de febrero, embonaron y repararon la *Victory*, y el 5 de abril zarparon de nuevo, dejando esta terrible inscripción en una de las paredes: *Zarpamos de aquí el 5 de abril, para ir a*

Madagascar por limas. Eso por si llegaban visitas (como abogados u hombres de negocios) en su ausencia. Sin embargo, no fueron directamente a Madagascar, sino a la isla de Mascareñas, donde afortunadamente para ellos encontraron, a su llegada el día 8, un barco portugués fondeado, de 70 cañones, aunque perdidos en su mayoría, con los palos rotos, y tan desmantelado a causa de un temporal sufrido a 13° latitud sur, que cayó en manos de los piratas sin ninguna resistencia. Esta presa resultó ser enormemente sustanciosa, ya que llevaba al conde de Ericeira, virrey de Goa (que había emprendido esta infructuosa expedición contra el indio Angria), y varios pasajeros más a bordo que no ignoraban el tesoro que transportaba su barco, y que han asegurado que sólo en diamantes llevaba entre tres y cuatro millones de dólares.

El virrey, que subió a bordo de ellos esa mañana creyendo que eran barcos ingleses, fue hecho prisionero y obligado a pagar rescate; pero en consideración a su gran pérdida (la presa era en parte suya) acordaron, tras alguna vacilación, aceptar 2.000 dólares y dejarlo en tierra, con algunos otros prisioneros, prometiendo proporcionarles un barco para que pudieran irse, dado que la isla no reunía condiciones para mantener a tan gran número; y aunque se habían enterado por ellos de que había un ostendés fondeado a sotavento de la isla, que apresaron gracias a esta información (anteriormente lo había sido la galera *Greyhound* de Londres) y podían haber cumplido tan razonable petición, sin embargo mandaron el ostendés con algunos de los suyos a Madagascar con las nuevas de su éxito, y para que se preparasen mástiles para la presa. Ellos fueron poco después, sin preocuparse de las víctimas, llevándose 200 mozambiqueños negros en el barco portugués.

Madagascar es una isla más grande que Gran Bretaña que se encuentra en su mayor parte dentro del trópico de Capricornio, y al este de la costa oriental de África: en ella abundan provisiones de todo género: bueyes, cabras, ovejas, gallinas, pescado, limones, naranjas, tamarindos, dátiles, cocos, plátanos, cera, miel y arroz; y también algodón, índigo y todo lo que se les ocurra plantar y sepan cultivar; tiene asimismo ébano, una madera dura como el palo brasil, del que hacen sus lanzas; y goma de varias clases, bencina, sangre de drago, áloe, *etc.* Y algo que es de lo más incómodo: numerosas plagas de langosta en tierra, y cocodrilos en los ríos. Aquí, en la bahía de Saint Augustin, los barcos a veces tocan para hacer aguada, cuando toman la ruta interior hacia la India y no piensan hacer escala en Johanna; y podemos decir que desde el sexto viaje general efectuado por la Compañía de las Indias Orientales, en confirmación de lo que se diga en adelante en relación con las corrientes, que las del norte y el sur de este paso interior, o canal, son más fuertes donde se estrecha, y menos, variando en los

diferentes puntos del compás, cuando la mar vuelve a ensancharse, al cruzar hacia el ecuador.

Desde el descubrimiento de esta isla por los portugueses, en el año de Nuestro Señor de 1506, los europeos, y en particular los piratas, han incrementado allí la raza mulata, aunque aún son pocos en comparación con los nativos, que son negros, de pelo ensortijado, activos, al principio descritos como vengativos y maliciosos y hoy comunicativos y tratables, quizá debido a los favores y generosidades con ellos, en ropa y licores, cosas que reciben de tiempo en tiempo de estos sujetos, con los que viven en plena armonía, y cualquiera de ellos puede formar una guardia de 2 o 300 en un momento dado. Además tienen interés los nativos en cultivar su amistad con ellos, porque al estar la isla dividida en pequeños gobiernos y mandos, los piratas establecidos aquí, que hoy son un número considerable, y poseen pequeños castillos, pueden predominar cada vez que juzgan conveniente unirse.

Cuando Taylor llegó aquí con la presa portuguesa, descubrieron que los ostendeses habían hecho una jugada a sus hombres, porque habían aprovechado que estaban bebidos para saltar sobre ellos, llevándose el barco a Mozambique (como supieron después), de donde el gobernador lo mandó a Goa.

Llegaron aquí los piratas, limpiaron el *Cassandra*, y se repartieron el botín, tocándole a cada hombre 42 diamantes pequeños, o menos, según el tamaño. Un ignorante, o gracioso, que sólo recibió uno en el reparto porque se consideró que equivalía a 42 pequeños, renegó bastante de su suerte, y cogió y lo partió en el mortero, jurando después que tenía más que ninguno de ellos, porque lo había convertido, dijo, en 43 piezas.

Los que no eran partidarios de arriesgar el cuello con 42 diamantes (además de otros tesoros) en el bolsillo, abandonaron y se quedaron con sus antiguos conocidos de Madagascar, con el acuerdo mutuo de que los que residían allí desde antes se lo quedasen todo. Como los restantes no eran suficientes para tripular dos barcos, y la *Victory* hacía agua, la prendieron fuego, y los que quisieron pasaron al *Cassandra*, bajo el mando de Taylor, al que debemos dejar de momento planeando dirigirse a Cochin a vender los diamantes entre sus viejos amigos los holandeses, al Mar Rojo o a los mares de China, a fin de evitar los buques de guerra, ya que continuamente les sonaba en el oído rumor de peligro, para dar breve cuenta de esa escuadra que llegó a la India a principios del año 1721.

En el Cabo de Buena Esperanza, en junio, el comodoro Matthews encontró

una carta dejada para él por el gobernador de Madrás, y que le había escrito el de Pondichery, factoría francesa de la costa de Coromondel, informándole de que los piratas, en el momento en que le escribía, eran fuertes en los mares de la India, dado que poseían 11 velas y 1.500 hombres, aunque muchos se habían ido en ese tiempo a las costas de Brasil y Guinea; otros se habían establecido y fortificado en Madagascar, Mauricio, Johanna y Mohilla; y que otros, mandados por Condent, en un barco llamado el Dragon, habían apresado una gran nave mora procedente de Yidda y La Meca, con trece *lackies* de rupias a bordo (equivalentes a 1.300.000 medias coronas), y que tras repartirse el botín, habían quemado su barco y presa, quedándose a vivir pacíficamente con sus amigos de Madagascar.

La carta contenía varias cosas más que hemos relatado antes. El comodoro Matthews, al recibir esta información, dado que había aceptado con entusiasmo el servicio para el que había salido, se dirigió inmediatamente a esas islas donde esperaba tener más probabilidades de éxito. En Sainte Marie quiso ganarse a England con promesas de favorecerlo si le informaba de lo que sabía sobre el *Cassandra* y el resto de los piratas, y le ayudaba en calidad de piloto; pero England se mostró cauto, pensando que eso equivalía a rendirse a discreción. Así que cogieron los cañones del barco de Yidda que fue quemado, y los buques de guerra se separaron para realizar diferentes viajes y cruceros, pensando que era la manera más eficaz, aunque sin ningún resultado: entonces la escuadra puso rumbo a Bombay, fue saludada por el fuerte y entró.

Los piratas, o sea los del *Cassandra*, mandados ahora por Taylor, armaron el buque de guerra portugués, y resolvieron efectuar otro viaje a la India, a pesar de la riqueza que habían acumulado; pero cuando se disponían a zarpar les llegó noticia de que cuatro buques de guerra andaban buscándolos por esos mares; así que cambiaron de plan, se dirigieron al continente de África, y tocaron una pequeña plaza llamada Delagoa, próxima al río de Spiritu Sancto, en la costa de Monomotapa, a 26° latitud sur. Pensaron que era un lugar seguro, por considerar que no había posibilidad de que llegase noticia de ellos a la escuadra, dado que no había comunicación por tierra, ni ningún tráfico por mar, entre esta plaza y El Cabo, donde suponían que estaban los buques de guerra. Los piratas llegaron al atardecer, y se llevaron una sorpresa al oír cañonazos en tierra, porque no sabían que hubiera ninguna fortificación europea en dicha plaza. Por si acaso, fondearon esa noche a cierta distancia; y al descubrir al amanecer un pequeño fuerte de seis cañones, corrieron hacia él y lo destruyeron.

Este fuerte había sido construido y ocupado por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales unos meses antes (aunque no sé con qué propósito), donde

había dejado 150 hombres, que las enfermedades y las calamidades habían reducido a una tercera parte, sin que recibiesen nunca auxilio ni lo más necesario; de manera que dieciséis de estos supervivientes, tras suplicar humildemente, lograron ser admitidos a bordo de los piratas; y todos los demás lo habrían sido también (dijeron), de no haber sido holandeses. Menciono esto como ejemplo de ingratitud por parte de quienes estaban obligados a proporcionar ayuda a sus compatriotas.

Aquí permanecieron cuatro meses, carenaron los dos barcos y se entregaron a sus diversiones sin peligro, hasta que acabaron con todas las provisiones; entonces se hicieron a la mar, dejando cantidades considerables de muselina, zaraza y otras mercancías a los famélicos holandeses, lo que les permitió ofrecer algo a los que llegaron a continuación, con los que las cambiaron por provisiones al precio de tres cuartos de penique la yarda inglesa.

Abandonaron Delagoa a últimos de diciembre de 1722; pero al no ponerse de acuerdo sobre adónde ir, ni cómo, decidieron separarse, de manera que los que no eran partidarios de seguir en esta actividad embarcaron en la presa portuguesa y pusieron rumbo a Madagascar, en busca de sus amigos, con los que he oído decir que viven ahora; los demás tomaron el *Cassandra* y se dirigieron a las Indias Occidentales españolas. El buque de guerra *Mermaid*, que casualmente navegaba con un convoy, pasó a unas 30 leguas de los piratas y quiso perseguirlos y atacarlos; pero consultó con los patrones del convoy, cuyo principal interés estaba en su seguridad, y éstos decidieron que cumpliría mejor servicio protegiéndolos a ellos que destruyendo al pirata, así que el comandante tuvo que renunciar de mala gana a esa acción. Pero despachó una balandra a Jamaica con la noticia, que llegó a Lanceston sólo un día o dos tarde, porque antes de arribar ésta se habían entregado ellos, con todas sus riquezas, al gobernador de Portobelo.

Aquí se establecieron para gastarse el fruto de su deshonesta industria, repartiéndose entre sí el botín y despojo de naciones, sin el menor remordimiento ni compunción, y tranquilizando su conciencia con esta salvedad: que otros habrían hecho lo mismo de haber tenido ocasión. No puedo por menos de pensar que si hubiesen sabido qué hacían en Inglaterra en esos mismos momentos los administradores de la Compañía de los Mares del Sur, desde luego habrían encontrado consuelo en esta reflexión, a saber: que fueran cuales fuesen los robos que hubieran cometido, podían estar seguros de no ser los más grandes villanos que entonces vivían en el mundo.

Es difícil establecer la cuantía del daño ocasionado por esta tripulación

durante unos cinco años, pero fue mucho mayor que el botín que obtuvieron, porque a menudo hundían o quemaban la nave apresada, según su humor o las circunstancias, unas veces para evitar que se supiese, otras porque no dejaban hombres que la tripulasen, o por puro deseo de hacer daño, o porque les caía mal la actitud del patrón; por cualquiera de estas causas, no tenían más que dar la orden, y barcos y cargamentos iban a parar al fondo del mar.

Después que se entregaron a los españoles, me han informado de que varios de ellos han abandonado esa plaza y se han dispersado por otras partes: ocho embarcaron el pasado mes de noviembre (1723) en una balandra de Asiento de la Compañía de los Mares del Sur, haciéndose pasar por náufragos llegados a Jamaica y enrolados en otras naves; y sé que uno de ellos ha llegado de dicha isla a Inglaterra esta primavera. Se dice que el capitán Taylor ha tomado una comisión en el servicio español, y que mandaba el buque de guerra que recientemente atacó a las balandras inglesas de palo campeche en la bahía de Honduras.

CAPÍTULO VI
Del capitán Charles Vane y su tripulación

Charles Vane fue uno de los que robaron a los españoles la plata que habían sacado de los galeones naufragados en el golfo de Florida, y estaba en Providence (como se ha dicho ya) cuando llegó el gobernador Rogers con dos buques de guerra.

Todos los piratas que se hallaban en esta colonia de bandidos se sometieron, y recibieron el certificado de perdón, salvo el capitán Vane y su tripulación; porque en cuanto vieron entrar los buques de guerra largaron su cable, prendieron fuego a una presa que tenían en el puerto y zarparon con la enseña pirata al viento, disparando mientras salían a uno de los buques de guerra. A los dos días de zarpar avistaron una balandra de Barbados; la apresaron y la conservaron para su propio uso, poniendo a bordo de ella veinticinco hombres, con un tal Yeats al mando de todos. Uno o dos días más tarde toparon con un contrabandista que se dirigía a Providence, llamado el *John and Elizabeth*, con cierta cantidad de piezas de a ocho españolas, que también se llevaron. Con estas dos balandras, Vane se dirigió a una pequeña isla a limpiar, donde se repartieron el botín, y pasaron algún tiempo entregados a una vida de crápula, como es costumbre entre ellos.

A finales de mayo de 1718 se hicieron a la mar, y como andaban ya faltos de víveres, pusieron rumbo a las islas de Barlovento, donde toparon con una balandra española que hacía viaje de Puerto Rico a La Habana: pusieron a los españoles en un bote, le prendieron fuego y dejaron que llegasen a la isla al resplandor de su nave. Pero al enfilar entre San Cristóbal y Anguila dieron con un bergantín y una balandra con el cargamento que necesitaban: de ambas embarcaciones hicieron acopio de provisiones.

Algún tiempo después se dirigieron al norte, hacia la ruta que hacían los barcos de Inglaterra en su viaje a las colonias americanas, y apresaron varias embarcaciones y naves, a las que despojaron de cuanto les pareció de utilidad para ellos, y las dejaron seguir viaje.

A finales de agosto, Vane, con su consorte Yeats, llegó frente a Carolina del Sur, donde apresó un barco de Ipswich, mandado por un tal Coggershall, cargado con palo campeche. Como encontraban el barco muy apropiado para su negocio, impusieron a los prisioneros el trabajo de aligerarlo arrojando por la borda su

carga; pero cuando ya lo tenían aligerado en más de la mitad cambiaron de idea y no lo quisieron; se lo devolvieron a Coggershall, y le dejaron proseguir su viaje de regreso. En este crucero, el pirata apresó varios barcos y naves más, entre ellos una balandra de Barbados, patrón Dill, un barco pequeño de Antigua, patrón un tal Cock, y un bergantín grande, capitán Thompson, de Guinea, con noventa y pico negros a bordo. Saquearon todas estas embarcaciones y las soltaron, pasando los negros del bergantín al barco de Yeats, por cuyo medio volvieron a sus legítimos dueños.

Y como el capitán Vane trataba siempre con muy poco respeto a su consorte, se arrogaba superioridad sobre él y su pequeña tripulación, y consideraba la nave de éstos como mera escampavía de la suya, estaban muy descontentos, porque se tenían por tan grandes piratas y granujas como los que más. De manera que conspiraron, y decidieron aprovechar la primera ocasión que se presentase para abandonar la compañía, y acogerse al perdón de Su Majestad, o continuar en el oficio por su cuenta, cosas ambas que juzgaban más honrosas que seguir como criados de Vane. Y el haber puesto a bordo tantos negros, siendo tan pocos los que los podían custodiar, agravó aún más la situación, aunque prefirieron ocultar o disimular su enojo por el momento.

Un día o dos después, estando fondeados, Yeats largó su cable al anochecer, izó velas, y puso proa a la costa. Al darse cuenta Vane, se enfureció enormemente, dio vela a su balandra y fue en pos de su consorte, porque comprendió claramente que pretendía librarse de él: y como el bergantín de Vane era más velero, le fue ganando terreno a Yeats, y lo habría alcanzado de haberse prolongado algo más la persecución; pero llegó a la barra justamente cuando Vane alcanzó la distancia de un tiro de cañón, por lo que mandó a su viejo amigo una andanada (que no le hizo ningún daño), y lo dejó.

Yeats entró en el río North Edisto, unas diez leguas al sur de Charleston, y mandó un expreso al gobernador para saber si él y sus camaradas podían tener el beneficio del perdón de Su Majestad, y que se entregarían a su merced con las balandras y los negros. Y al serles concedido, se entregaron y recibieron sus certificados; y le fueron devueltos al capitán Thompson los negros que le habían quitado, para uso de sus armadores.

Vane estuvo cruzando algún tiempo frente a la barra con la esperanza de atrapar a Yeats cuando saliera, pero en esto quedó frustrado. Sin embargo, y por desgracia para ellos, apresó dos barcos de Charleston que regresaban a Inglaterra. Y ocurrió que precisamente por esas mismas fechas fueron aparejadas, tripuladas y

armadas dos balandras para salir en busca de un pirata que, según habían informado al gobernador de Carolina del Sur, se hallaba limpiando en el río Cape Fear. Pero el coronel Rhet, que mandaba las balandras, se encontró con uno de los barcos saqueados por Vane que regresaba a reponer los víveres que le había quitado, y le dio noticia de que había sido apresado por el pirata Vane, y también que algunos de sus hombres, mientras estuvieron prisioneros a bordo, habían oído decir a los piratas que iban a limpiar en uno de los ríos que había hacia el sur; así que el coronel Rhet cambió de planes, y en vez de dirigirse al norte en busca del pirata de Cape Fear, puso rumbo hacia el sur, en pos de Vane, que había mandado a sus hombres que hiciesen correr esa información, a fin de que cualquier fuerza que fuese enviada tras él siguiese una pista falsa. Y así, mientras él se dirigía hacia el norte, sus perseguidores tomaron la dirección contraria.

El encuentro con estos informantes fue para el coronel Rhet lo más desafortunado que le pudo ocurrir, ya que lo apartaron del rumbo que con toda probabilidad lo habría llevado hasta Vane y el otro pirata (al que después apresó), y habría podido acabar con los dos; mientras que al tomar el rumbo opuesto no sólo perdió a uno sino que, de no haber estado el otro tan ciego como para permanecer fondeado seis semanas seguidas en Cape Fear, se le habría escapado también. Sin embargo, tras registrar infructuosamente durante varios días los ríos y calas que encontraba en el camino, decidió proseguir su primer plan, con lo que dio efectivamente con el pirata que buscaba, y lo apresó, como se ha dicho ya en la historia del comandante Bonnet.

El capitán Vane entró en una cala del norte, donde se encontró con el capitán Thach, o Teach, llamado también Barbanegra, al que saludó (cuando supo quién era) con sus cañones grandes, con munición (como era costumbre de los piratas cuando se encontraban), que fueron disparados hacia lo lejos. Barbanegra contestó al saludo de la misma manera, y durante varios días intercambiaron mutuas cortesías; y a primeros de octubre se marchó Vane, y siguió rumbo hacia el norte.

El 23 de octubre apresó frente a Long Island un pequeño bergantín que hacía viaje de Jamaica a Salem, Nueva Inglaterra, patrón John Shattock. Lo saquearon y lo soltaron. De aquí decidieron cruzar entre Cabo Maisi y Cabo Nicholas, donde estuvieron algún tiempo sin ver ni hablar con ninguna nave, hasta finales de noviembre, en que toparon con un barco que esperaban que se rindiese en cuanto izaran su enseña negra. Pero en vez de eso mandó una andanada al pirata e izó su bandera, por la que vieron que se trataba de un buque de guerra francés. Vane no quiso saber nada más, sino que braceó las velas y huyó del francés. Pero el *Monsieur* estaba dispuesto a informarse mejor de quién era el pirata, así que puso

toda la vela que pudo y fue tras él. Entre tanto, los piratas estaban divididos sobre qué resolución tomar: Vane, el capitán, se pronunció por huir lo más deprisa que pudieran. Pero un tal John Rackam, que iba de oficial con él y le tenía una cierta inquina, se levantó en defensa de la opinión contraria, diciendo que aunque tenía más cañones y eran de más peso y calibre, podían abordarlo, y que los mejores muchachos se alzarían con la victoria. Rackam tuvo suficiente respaldo, y la mayoría se pronunció por el abordaje. Pero Vane insistió en que era demasiado temeraria y desesperada la empresa, dado que el buque de guerra parecía tener doble fuerza que ellos, y que podía hundirles el bergantín antes de que consiguieran arrimarle el costado. El piloto, un tal Robert Deal, fue de la opinión de Vane, así como quince más; el resto se unió a Rackam, el cabo de brigadas. Finalmente el capitán, para zanjar la disputa, hizo valer su autoridad, que en estos casos es absoluta e irresistible por sus propias leyes, que son *luchar, cazar o ser cazado*; en cualquier otro asunto debía guiarse por la mayoría. Así que el bergantín burló al buque francés, como suele decirse, y lo perdió de vista.

Pero al día siguiente, el capitán tuvo que someter su comportamiento a una votación, y en ella se aprobó una resolución contra su honor y dignidad, puesto que se le tachaba de cobarde, se le deponía de su mando, y se le expulsaba de la compañía con el estigma de la infamia; y con él, a todos los que no habían votado a favor del abordaje del buque de guerra francés. Dieron a Vane y los expulsados una pequeña balandra que habían apresado poco antes y que llevaban consigo, y para que pudiesen valerse honradamente por sus propios esfuerzos les dejaron suficiente cantidad de provisiones y munición.

Celebraron otra votación en la cámara de Vane para nombrar capitán del bergantín, salió elegido John Rackam, y prosiguieron hacia las islas del Caribe, donde debemos dejarlos hasta que hayamos concluido la historia de Charles Vane.

La balandra puso rumbo a la bahía de Honduras, y entre tanto Vane y su tripulación le hicieron las reformas que pudieron para continuar su actividad. Cruzaron dos o tres días frente a la parte noroeste de Jamaica y apresaron una balandra y dos piraguas, cuyas tripulaciones se unieron a ellos. Se quedaron la balandra, y pusieron en ella a Robert Deal de capitán.

El 16 de diciembre entraron estas dos balandras en la bahía, donde sólo encontraron una fondeada, llamada la *Pearl*, de Jamaica, patrón capitán Charles Rowling, que zarpó nada más avistarlos; aunque las balandras piratas se acercaron a Rowling sin mostrar bandera alguna, él les envió un cañonazo o dos, a lo cual izaron la bandera negra y dispararon tres cañonazos cada una. Se rindió la *Pearl*, y

los piratas tomaron posesión de ella y se la llevaron a una pequeña isla llamada Bonacca, donde limpiaron, topando por el camino con una balandra de Jamaica, capitán Wallden al mando, que se dirigía a la bahía, y la apresaron también.

En febrero, Vane zarpó de Bonacca para efectuar un crucero; pero unos días después de salir lo sorprendió un violento huracán que lo separó de su consorte, y dos días más tarde la desgracia arrojó su balandra contra una pequeña isla deshabitada próxima a la bahía de Honduras, donde se estrelló, pereciendo la mayoría de sus hombres: Vane se salvó, pero quedó reducido a una gran estrechez debido a la falta de víveres, y a no haber podido recuperar nada de los restos del naufragio. Aquí vivió unas semanas, mantenido principalmente por los pescadores, que frecuentaban la isla con sus pequeñas embarcaciones, y acudían de tierra firme a pescar tortugas, etcétera.

Y un día entró en esta isla un barco de Jamaica a hacer aguada, cuyo capitán, un tal Holford, antiguo bucanero, resultó ser conocido de Vane. Creyó llegada la ocasión de salir de allí, y acudió a su viejo amigo; pero éste lo rechazó tajantemente, y le dijo: «Mira, Charles, no te voy a subir a bordo, a menos que te lleve prisionero; porque sé que conspirarás con mis hombres, me darás un golpe en la cabeza, y te largarás a piratear con mi barco.» Vane apeló a todas las protestas de honor de que fue capaz; pero al parecer el capitán Holford lo conocía demasiado bien para fiarse de sus palabras y juramentos. Le dijo que podía encontrar fácilmente el medio de irse de allí, si se lo proponía. «Ahora voy a la bahía —dijo—, y volveré dentro de un mes; si te encuentro aquí cuando regrese, te llevaré a Jamaica para que te cuelguen.» «¿De qué manera puedo irme?» «¿Acaso no hay botes de pescadores en la costa? ¿No puedes llevarte uno?», replicó Holford. «¡Cómo! —dijo Vane—, ¿quieres que robe un bote?» «Vaya, ¿ahora pretendes convertir en problema de conciencia el robo de un bote —dijo Holford—, cuando has sido un vulgar ladrón, y un pirata que ha robado barcos y cargamentos, y has expoliado a todo el que se ha cruzado en tu camino? Quédate y púdrete, si eres tan escrupuloso»; y lo dejó.

Después de marcharse Holford entró otro barco en la misma isla, en viaje de regreso, para cargar agua. Dado que nadie de la compañía conocía a Vane, no tuvo dificultad en hacerse pasar por otro, y lo embarcaron. Cualquiera podría creer que Vane estaba ya a salvo, y que escaparía del destino que sus crímenes merecían; pero una malhadada casualidad vino a echarlo todo a rodar: cuando Holford regresaba de la bahía topó con este barco, cuyo capitán era bastante amigo suyo; le invitó éste a cenar a bordo, y Holford acudió; y cuando se dirigía a la cámara, echó una mirada casual a la bodega, y vio a Charles Vane trabajando. Al punto fue al

capitán, y le dijo: «¿Sabes a quién llevas a bordo?» «¡Ah, sí! —dijo el capitán—, es un hombre que naufragó en esta isla con una balandra; parece un hombre despierto.» «Te aseguro —dijo el capitán Holford— que es Vane, el famoso pirata.» «Si es él —replicó el otro—, no quiero tenerlo a bordo.» «Bien —dijo Holford—, entonces mandaré que lo detengan, y lo entregaré en Jamaica.» Convenido esto, el capitán Holford, en cuanto regresó a su barco, mandó el bote con su segundo armado; éste, llegándose a Vane, le mostró la pistola y le dijo que era su prisionero: Vane no ofreció resistencia ninguna, de manera que fue conducido abordo de Holford y encadenado. Y al llegar a Jamaica el capitán Holford entregó a su viejo amigo a la justicia, en cuya plaza fue juzgado, sentenciado y ejecutado, como lo había sido poco antes su consorte, Robert Deal, al que llevó allí un buque de guerra.

[del apéndice del volumen II]

Del capitán Vane

En el primer volumen hemos dado toda la información que teníamos sobre Charles Vane, desde el momento de su huida de Providence hasta la llegada del gobernador; pero con posterioridad hemos recibido detalles sobre alguna piratería suya antes y después de esa fecha.

A finales de marzo de 1718, Vane, con 12 malvados más que habían dilapidado todo el dinero conseguido en sus fechorías, se apoderaron de una canoa y volvieron a su antigua profesión. A poco de salir a la mar apresaron una balandra de Jamaica, la metieron en cayo Potters, fondearon, y desembarcaron a todos sus hombres salvo al patrón, al que prometieron devolverle la nave en cuanto tuvieran otra más apropiada para su propósito, lo que ocurrió poco más tarde; porque cruzando frente a la isla de Harbour a primeros de abril, apresaron la *Lark* (que el capitán Pierce había quitado a los piratas con el buque de guerra *Phœnix*) que había zarpado con mercancía para comerciar en Saint Augustin. Vane entró con su presa en el puerto de Providence con la enseña negra izada, en desafío al citado buque de guerra, al que voceó que iba a quemar. En Providence aumentó Vane el número de sus hombres a 75, zarpó en busca de presa, y el 4 de julio regresó con un barco francés de 20 cañones; un bergantín francés cargado con azúcar, índigo, aguardiente, vino blanco y clarete y otras mercancías; la balandra

Drake, patrón John Draper, que apresó en el trayecto de Providence a la isla de Harbour y a la que quitó una suma considerable de dinero y le dejó algo de azúcar del bergantín francés; la balandra Ulster, patrón John Fredd, cargada de madera de la isla de Andros, nave en la que puso 70 bocoyes de azúcar; y la balandra *Eagle*, patrón Robert Brown, con destino a Carolina del Sur, que abordó con un bote de dos palos mandado por Edward England, su cabo de brigadas; a esta última le dejó 20 tercerolas de azúcar, 6 de pan y algunas cosas más. En el puerto se apoderó de la balandra *Lancaster*, patrón Neal Walker, y de la balandra *Dove*, patrón William Harris, con destino a Jamaica, a la que quitó lo que le pareció de utilidad, y dejó en ella 22 bocoyes de azúcar, pieles españolas y jarcia vieja.

Vane tuvo el descaro de bajar a tierra espada en mano, amenazar con quemar las principales casas de la ciudad, y dar escarmiento en la persona de mucha gente; y aunque no cometió ningún homicidio, se mostró extremadamente insolente con todos los que no eran grandes villanos como él. Aquí señoreó como gobernador 20 días, deteniendo toda nave que entraba, y no dejando que saliese ninguna. Al enterarse de que mandaban de Inglaterra un gobernador, juró que mientras estuviera él allí no habría más gobernador que él. Limpió y aparejó el barco francés con el propósito de visitar la costa de Brasil, y pensó zarpar en espacio de 3 o 4 días; pero al hacer su aparición el gobernador el día 24, cambió de planes y decidió acogerse al perdón, si se le concedía con las condiciones que él pusiera, como consta en la carta que mandó por un bote al gobernador, y de la que es copia lo que sigue:

24 de julio de 1718

Con la venia de vuestra excelencia, deseamos poner en vuestro conocimiento que estamos dispuestos a aceptar la gracia y perdón de Su Majestad con las siguientes condiciones, a saber:

Que nos permitáis disponer de todos los bienes que ahora están en nuestro poder. Así mismo, decidir como creamos oportuno en todo lo que nos concierne, como especifica el edicto de gracia de Su Majestad.

Si vuestra excelencia accede a concedernos esto, aceptaremos con toda diligencia el edicto de gracia de Su Majestad. En caso contrario, nos consideraremos obligados a defendernos. Sin más que añadir, quedan

humildes servidores vuestros,

Charles Vane y su compañía

No le fue posible al gobernador entrar esa noche, sino que se vio obligado a permanecer en la mar, de manera que el señor Vane no recibió respuesta con toda la presteza que su excelencia hubiera querido, y que le habría llevado personalmente. Hacia las cuatro de esa tarde entraron el buque de guerra *Rose* y la balandra *Shark*, y fueron saludados por Vane con cuatro cañonazos que, no obstante, no produjeron otro daño que el de romperle alguna jarcia al *Rose.* Al anochecer, el capitán Whitney mandó a su segundo a Vane, que estaba más arriba del puerto, en el barco francés. Retuvieron a este caballero dos horas, y la tripulación (la mayoría borracha) lo trató, unos de forma amenazadora, mostrándole la bandera negra, y otros con burla y menosprecio. Y le ordenaron que volviese a su capitán y le dijese que habían decidido luchar hasta el final.

Cuando el capitán Whitney disparó el cañonazo de las ocho, Vane hizo lo mismo, pero con munición, apuntando al *Rose*. A las diez apuntó todos los cañones del barco francés (doblemente cargados) al buque de guerra, le prendió fuego, y embarcó con 40 hombres en una balandra que pertenecía a un tal Yeats. Al arder el buque francés se dispararon los cañones, y destrozaron algún aparejo más del *Rose.* Comprendiendo el capitán Whitney el peligro que significaba el buque incendiado junto a la balandra *Shark*, cortó su cable y salió a la mar, lo que brindó a Vane ocasión, y la aprovechó, de tomar de tierra lo que le pareció conveniente y forzar al mejor carpintero y al mejor piloto a embarcar con él. Hecho esto se dirigió a cayo Potters, permaneció allí fondeado toda la noche, y por la mañana se hizo a la mar.

Su excelencia despachó en su persecución la balandra *Buck* y otra pequeña, ambas bien tripuladas y aparejadas, las cuales le ganaron terreno mientras navegaba; y antes de que pasara el extremo este de la isla lo tuvieron a tiro de cañón. Pero lascando la escota mayor, y poniendo el petifoque, Vane las dejó atrás en poco tiempo; por lo que, como se acercaba la noche, comprendiendo la *Buck* y la otra que era inútil prolongar la persecución, dieron la vuelta y regresaron.

Poco después Vane mandó aviso al gobernador de que le haría una visita y quemaría el buque de guardia, por enviarle dos balandras en su persecución, en

vez de responder a su carta.

El 30 de agosto apresó el *Neptune*, de 400 toneladas, y el *Emperor*, de 200 toneladas, cuyos detalles se recogen en la protesta que se adjunta.

El 9 de septiembre llegó a cayo Allens en un bergantín español. Antes había apresado un barco español de La Habana. Aquí forzó a embarcar con él a un piloto, apresó una balandra y después puso rumbo a cayo Green Turtle.

Sólo puedo añadir lo siguiente: que este pirata, de cuya muerte se da cuenta en el primer volumen, se mostró muy cobarde en el cadalso, y murió con tantas angustias como maldades había cometido, sin que hicieran pensar que provenían de ningún miedo a lo que le viniese después, sino del simple miedo a morir. No manifestó el menor remordimiento por los crímenes de su pasada vida, como pudieron notar los que presenciaron su merecido castigo, y me ha contado un respetable caballero que vio su ajusticiamiento en la Punta de la Horca de Port Royal.

Protesta del capitán King, comandante de la fragata mercante

Neptune

Por este instrumento público de protesta se hace público y manifiesto que el día 30 de agosto de 1718, John King, hasta hace poco comandante de la fragata mercante Neptune*, de Londres, actualmente en la isla de Providence, una de las islas Bahamas de Su Majestad, se presentó ante mí el Sr. Woodes Rogers, gobernador, etc., para poner en mi conocimiento que en la citada fecha llegó con la dicha fragata* Neptune *ante la barra de Carolina, en compañía de tres barcos más que se dirigían a Londres, a saber: el* Emperor*, capitán Arnold Powers, el pingue* Antamasia*, capitán Dumford, y el pingue* [en blanco en el texto]*, capitán Evers. Y unas dos horas después que estuviera ante la barra de Carolina del Sur vio cuatro velas de naves, unas en un punto y otras en otro; y una de ellas, que era un bergantín, le dio caza, y como a las dos horas alcanzó a la suya, con una bandera negra arbolada, y tras disparar varios cañonazos le exigió que se rindiese, y fuese a bordo del bergantín, mandado por un pirata llamado Charles Vane, quien lo detuvo, así como a los cuatro hombres que lo acompañaban, a bordo del bergantín, mandando varios de los suyos al Neptune. Y cuando estuvieron a bordo de él mandó hacerse a la vela, al tiempo que se ponían a robar y a coger cuanto les parecía bien, etc.; llevándose sólo al Neptune y el*

Emperor, *porque por información de los capitanes del Neptune y del* Emperor *supieron que los otros dos cargaban brea y alquitrán, mercancías que no eran de su interés, por lo que no les dieron caza. Pero poco después consultaron entre sí, y decidieron llevar el Neptune y el* Emperor, *utilizando su propia tripulación, a cayo Green Turtle, en Ábaco; así que pusieron rumbo al dicho lugar. Unos cuatro días más tarde, declara John King, capitán del* Neptune, *cayó enfermo de unas fiebres violentas a bordo del bergantín del dicho Wine, y Vane le preguntó si prefería pasar a su propio barco. Él respondió que muy gustosamente, si podía ser; así que arriaron el bote y lo mandaron al* Neptune. *Y unos cuatro días después los piratas celebraron una consulta en su propia nave. El capitán y la mayoría de los oficiales se pronunciaron a favor de coger todo lo que quisieran de los barcos* Neptune *y* Emperor, *y soltarlos; pero el resto de la compañía no quiso: porque, dijeron, ¿con qué se ayudarían para limpiar su propio barco? ¿Y qué defensa tendrían mientras limpiaban? Así que decidieron proseguir hasta cayo Green Turtle, cosa que hicieron, y llegaron el 12 de septiembre de 1718, y se dedicaron a carenar sus naves, lo que les ocupó alrededor de tres semanas; y hacia el final de ese tiempo, como habían tomado de ambos barcos las cosas que necesitaban, los dejaron libres con sus capitanes, deseándoles buen viaje de regreso, y zarparon. Pero al poco tiempo vieron entrar en el puerto de cayo Green Turtle una balandra, y como la vieran ir hacia ellos sin ningún temor; volvieron a fondear, y mandaron el bote de dos palos con unos doce hombres, esperando que fuera una balandra de Providence con cincuenta hombres, conforme a la promesa, cuando zarparon de Providence; pero unas tres horas después más o menos hablaron con ella, y les dijo que venía de Providence; y también dio cuenta del estado y situación de esta isla, ya que era la esperada balandra antedicha, de la que algunos hombres se habían pasado a Wine, aunque no sé cuántos. Y así mismo declara el dicho King que oyó decir a algunos piratas que esa balandra les llevó munición y provisiones, etc., y que el que la mandaba era un tal Nicholas Woodall. El dicho King preguntó si traían buenas noticias de Providence. Le respondieron que no tenían ninguna buena, y le pidieron que no hiciese tantas preguntas, sino que aparejase su barco, a fin de zarpar para Inglaterra o Providence; en caso de que fuera a esta última, procurarían vernos allí, porque pensaban ir a acogerse al perdón del Rey. A la mañana siguiente, muy preocupados por la información que el dicho Woodall había traído con la balandra de Providence, decidieron por votación abandonar en un lugar desierto al capitán Walker, aunque no lo llevaron a cabo, de modo que volvieron a votar destrozar y abandonar el* Neptune, *lo que hicieron cortándole los palos, la jarcia, los baos y disparando un cañonazo con doble munición contra la bodega, inutilizándolo para hacer el viaje de regreso a Inglaterra. Y el dicho King cree firmemente que el que llegase allí la balandra del dicho Woodall fue el motivo del referido daño, y cree que fue para pagarle el favor que les había hecho. Y además, el dicho capitán King dijo que algunos de los piratas, que eran amigos suyos, le dijeron que si no hubiera entrado esa balandra no habría recibido tal daño; y que lo sentían mucho; así que, por orden del dicho Wine, se pusieron a cargar esta balandra de Woodall con arroz, brea, alquitrán, pieles de venado, velas, jarcia, etc. Después que estuvo*

cargada, al día siguiente, zarparon todos juntos como piratas, llevándose a los hijos del capitán Walker, con la balandra de éste, para que les asistiese y sirviese como práctico; pero antes de que saliesen del canal llegó a los barcos Neptune *y* Emperor *una balandra de Providence mandada por el gobernador, para recabar noticias, porque sabía que Wine andaba por allí. Los capitanes de la dicha balandra, llamados Hornigold y Cockram, dijeron a los capitanes Powers y King que iban por orden del gobernador para asistirles en lo que pudiesen, lo que hicieron mandando un despacho a Providence para dar cuenta a su excelencia el gobernador de la triste situación en que se hallaban por el mal trato recibido de los piratas, que les habían dejado sin provisiones, etc. De manera que los dichos capitanes Hornigold y Cockram zarparon esa noche, y tres o cuatro días después apresaron la balandra* Woolfe, *patrón Nicholas Woodall, que había negociado con Charles Wine, el pirata, y lo llevaron a su excelencia el gobernador de Providence, que le confiscó la nave, y le hizo prisionero. Entre tanto fue Wine por segunda vez a cayo Green Turtle, y llevó a cabo un segundo expolio, robando arroz, jarcia, palos, velas, etc. a ambos barcos; y dijo al dicho King que si osaba tocar su presa la quemaría, con él dentro, si lo volvía a coger. Con eso zarpó de nuevo; y unas tres semanas después llegaron los dichos capitanes Hornigold y Cockram, con cinco balandras de Providence, enviadas por el gobernador, para salvar la mercancía que pudiesen del Neptune, que estaba en gran peligro. Al día siguiente procedieron a cargar las balandras, y una vez cargadas, a los dos días, se hicieron a la vela. El dicho King fue a Providence, para consultar y acordar con el gobernador qué hacer en esta situación. Al cabo de un tiempo se decidió dotar el* Willing Mind *de cañones y hombres suficientes para enfrentarse a Vane, y vender el* Neptune*; así que a los pocos días lo sacaron a subasta, y fue vendido a un tal señor George Hooper, por setenta y una libras en moneda corriente de Jamaica, dado que fue el que más pujó por él. Y aparejado el* Willing Mind*, zarpó de Providence el 15 de noviembre de 1718, y llegó a cayo Green Turtle el 19, y sacó la mercancía del* Neptune *que se hallaba en muy mal estado. Y después que sacaron todo el cargamento, hallaron que el* Neptune *estaba en mejor estado de lo que temían; y dado que contaban con viento favorable, llevaron ambos barcos a Providence. El* Neptune *llegó sin novedad, pero el* Willing Mind *chocó en la barra, lo que le produjo una vía de agua, de manera que se vieron obligados a quitarle la carga y carenar; y cuando lo tuvieron tumbado, descubrieron que el daño era grande, y que había perdido un gran trozo de quilla, por lo que tuvieron que sacarlo a la playa; y una vez que los carpinteros hubieron hecho lo que podían, no consiguieron ponerlo a flote otra vez, por mucha fuerza que hicieron, y después de intentarlo varios días rompiendo y destrozando cuanto utilizaron sin resultado; por lo que el gobernador dictó un mandamiento de inspección del casco, y los inspectores certificaron que no reunía condiciones para navegar, por haber sufrido gran daño en la madera, hierro, etc. Tras lo cual el dicho King solicitó una segunda inspección de su barco y mercancía, que se hallaba en muy mal estado. Ahora bien, en el puerto de Providence no hay naves que puedan llegar a Inglaterra, por lo que va a ir a Carolina, a consultar con el señor Richard Splat, que es quien embarcó la mercancía a bordo, para saber*

de él que debe hacerse con ella, y para que ponga al corriente de la situación del barco y mercancía a los interesados; ha recabado además la opinión de los capitanes Thomas Wlken Richard Tbompson y Edward Holmes, personas todas conocedoras de la situación en que se hallan actualmente el barco y la mercancía; tras lo cual el citado King, y un marinero del Neptune, protestan contra dicho Charles Wine, y el resto de los marineros, piratas y ladrones, pertenecientes al citado bergantín, por el criminal apresamiento, abordaje, allanamiento y saqueo, y por la inutilización y hundimiento dentro del puerto de cayo Green Turtle del dicho barco Neptune, *y por todos los daños y pérdidas que con ello han acarreado a los armadores, fletadores y cualesquiera otras personas afectadas. En testimonio de lo cual ponemos aquí nuestra firma y sellos, en el presente día 5 de febrero, Anno Dom. 1719.*

Jurat coram me hoc

die decem februaris,

Woodes Rogers

John King

Marca de

John Morrison

CAPÍTULO VII

Del capitán Jonn Rackam y su tripulación

Este John Rackam, como se ha dicho en el Capítulo anterior, era cabo de brigadas de la compañía de Vane, hasta que se dividieron, y Vane fue expulsado por negarse a dar batalla y abordar el buque de guerra francés; entonces eligieron a Rackam capitán de la facción que se quedó con el bergantín. El 24 de noviembre de 1718 fue el primer día en que ejerció el mando, y su primer crucero lo hizo entre las islas del Caribe, donde apresó y saqueó varias naves.

Hemos dicho ya que cuando el capitán Woodes Rogers llegó a la isla de Providence con el perdón del Rey para todo el que se entregase, este bergantín que ahora mandaba Rackam escapó por otro paso, contestando con desafío a la clemencia.

A barlovento de Jamaica, se puso en el camino de los piratas un barco de Madeira, que retuvieron dos o tres días, hasta que cogieron cuanto quisieron de él; después lo devolvieron a su patrón, y permitieron que un tal Hosea Tisdell, tabernero de Jamaica al que habían capturado en una de sus presas, se fuese en él, ya que se dirigía a dicha isla.

Después de este crucero entraron en una pequeña isla, limpiaron y pasaron las Navidades en tierra bebiendo y emborrachándose mientras tuvieron licor, y después salieron otra vez en busca de más, cosa que consiguieron; aunque no cogieron ninguna presa excepcional durante dos meses, aparte de un barco cargado de penados de Newgate que iba a las plantaciones, y que fue recuperado a los pocos días por un buque de guerra inglés.

Rackam se dirigió a las islas Bermudas, apresó un barco que iba de Carolina a Inglaterra y un pequeño pingue de Nueva Inglaterra, y los llevó a las islas Bahamas, donde, con pez, alquitrán y pertrechos, limpiaron de nuevo y repararon su propia nave; pero estuvieron demasiado tiempo en estos lugares, y el capitán Rogers, que era gobernador de Providence, al enterarse de que habían sido apresados dichos barcos, mandó una balandra bien tripulada y armada, y recobró ambas presas. El pirata tuvo entre tanto la suerte de escapar.

De aquí se dirigieron a la parte de atrás de Cuba, donde Rackam tenía algún pariente, en cuya plaza permanecieron bastante tiempo, viviendo en tierra con sus

Dalilas, hasta que se quedaron sin dinero y sin provisiones, y concluyeron que era tiempo de salir en busca de más: repararon la nave, y ya se disponían a zarpar, cuando llegó un guardacostas con una pequeña balandra inglesa que había sorprendido contrabandeando. El barco español de vigilancia atacó al pirata, pero como Rackam se metió detrás de un islote, era poco lo que podía hacer desde donde estaba, así que el español se cruzó en el canal esa tarde, a fin de apresarlo por la mañana. Viendo Rackam su situación desesperada, y que tenía muy poca posibilidad de escapar, decidió intentar la siguiente hazaña: dado que la presa española estaba, para mayor seguridad, entre el islote y tierra firme, Rackam embarcó a su tripulación en el bote, con pistolas y machetes, y rodeó el islote; cayeron sobre la presa silenciosamente en plena noche, sin ser descubiertos, diciendo a cada español que cogía a bordo que si abría la boca o hacía el menor ruido era hombre muerto; y así se adueñaron de ella. Hecho esto, largaron el cable y salieron a la mar. El buque español estaba tan atento a su esperada presa, que no se ocupó de otra cosa, y al clarear abrió un fuego furioso sobre la balandra vacía; pero no tardaron en averiguar lo ocurrido, y se maldijeron por estúpidos, y por haberse dejado arrebatar una buena presa, como resultó que era, no quedándose sino con un casco viejo y maltrecho en su lugar.

Rackam y su tripulación no tuvieron motivo de queja con el cambio, ya que les permitió seguir algún tiempo más el género de vida que más se acomodaba a su disposición depravada: en agosto de 1720 los encontramos en la mar otra vez, recorriendo los puertos y calas del norte de Jamaica, donde apresaron varias embarcaciones pequeñas, aunque no eran botines de consideración; pero como eran pocos, se veían obligados a dedicarse a la caza menor hasta tanto no aumentase su compañía.

A primeros de septiembre capturaron siete u ocho barcas de pesca en la isla de Harbour, les quitaron las redes y demás aparejos, y a continuación fueron a la parte francesa de La Española, bajaron a tierra, robaron ganado, y se llevaron a dos o tres franceses que encontraron cerca de la playa, por la tarde, cazando puercos salvajes; no sé si los franceses embarcaron de grado o por fuerza. Después saquearon dos balandras y regresaron a Jamaica, y en la costa norte de dicha isla, cerca de la bahía de Port Maria, apresaron una goleta, patrón Thomas Spenlow; fue el 19 de octubre. Al día siguiente, Rackam avistó una balandra en la bahía de Dry Harbour, puso proa a ella y disparó un cañonazo. Los hombres huyeron a tierra, y Rackam apresó la balandra y su cargamento; pero cuando los de tierra comprendieron que eran piratas, llamaron a la balandra voceando que deseaban embarcar con ellos.

Costear la isla de esa manera fue fatal para Rackam, porque le llegó noticia al gobernador por una canoa que había sorprendido en la playa, en la bahía de Ocho Ríos, e inmediatamente aprestó una balandra con gran número de hombres, puso a su mando al capitán Barnet, y la envió a bordear la isla en busca del pirata. Rackam dio la vuelta a la isla; y al acercarse al extremo más occidental, llamado Punta Negril, avistó una pequeña piragua; y ésta, al ver la balandra, huyó a tierra, donde desembarcaron sus hombres. Cuando uno de éstos les dio una voz, le contestaron que eran ingleses, y que los invitaban a subir a bordo a beber un tazón de ponche con ellos; se dejaron persuadir los de la piragua, y subió a bordo del pirata toda la compañía, consistente en nueve personas; y en mala hora lo hicieron: iban armados con mosquetes y machetes, aunque no sé cuál sería su verdadera intención; el caso es que no bien dejaron las armas y cogieron las pipas hizo aparición la balandra de Barnet, que andaba buscando a Rackam.

Al ver los piratas que iba directamente a ellos recelaron, levaron el ancla que hacía poco habían soltado y se alejaron. El capitán Barnet les dio caza; y como contaba con la ventaja de un poco de viento que soplaba de tierra, los alcanzó, y se los llevó a Port Royal, Jamaica.

A las dos semanas más o menos de haber sido desembarcados los prisioneros, o sea el 16 de noviembre de 1720, se convocó un tribunal de almirantazgo en Santiago de la Vega, presidido por sir Nicholas Laws, ante el cual fueron declarados culpables y condenados a muerte los siguientes: John Rackam, capitán; George Fetherston, maestro; Richard Corner, cabo de brigadas; John Davis, John Howell, Patrick Carry, Thomas Earl, James Dobbin y Noah Harwood. Los cinco primeros fueron ejecutados al día siguiente en Punta de la Horca, en la ciudad de Port Royal, y el resto al otro día, en Kingston; Rackam, Fetherston y Corner fueron bajados después y colgados de cadenas, uno en Punta Plumb, otro en cayo Bush y otro en cayo Gun.

Pero lo verdaderamente sorprendente fue la condena de los nueve hombres que embarcaron el mismo día en que fue apresada la balandra. Fueron juzgados el 24 de enero, tras un aplazamiento del juicio, se supone que a la espera, todo este tiempo, de pruebas que demostrasen sus intenciones piratas al embarcar en dicha balandra; porque por lo visto no cometieron ningún acto de piratería después de subir a bordo, como parecía por el testimonio de dos franceses que Rackam había cogido en La Española, que declararon contra ellos lo siguiente:

Que los acusados del banquillo, a saber: John Eaton, Edward Warner, Thomas Baker, Thomas Quick, John Cole, Benjamin Palmer, Walter Rouse, John

Hanson y John Howard, subieron a bordo de la balandra pirata en Punta Negril, para lo cual les mandó Rackam su canoa; que embarcaron con pistolas y machetes; que cuando el capitán Barnet los apresó, unos estaban bebiendo y otros deambulando por la cubierta; que la balandra pirata disparó un cañón grueso y un arma de mano a la del capitán Barnet cuando éste les dio caza; y que cuando la balandra del capitán Barnet disparó a la de Rackam, los acusados del banquillo se escondieron bajo la cubierta. Que durante el tiempo en que el capitán Barnet persiguió a los piratas, algunos acusados del banquillo (aunque no podían decir cuáles) ayudaron en los remos para escapar de Barnet; y que todos ellos parecían coligados.

Ésta es la sustancia de cuanto se pudo aducir contra ellos; los acusados respondieron en su defensa que no tenían testigos; que ellos habían comprado una piragua con el propósito de salir a pescar tortugas, y que cuando estaban en Punta Negril, acabados de desembarcar, vieron una balandra con gallardete blanco que se dirigía a ellos, por lo que cogieron sus armas y se escondieron en los arbustos; que uno de ellos dio una voz a la balandra, y ésta respondió que eran ingleses, y que querían invitarlos a subir a bordo y beber un tazón de ponche, cosa que al principio rechazaron, pero después de mucha persuasión fueron en la canoa de la balandra, dejando fondeada su propia piragua; que no habían hecho más que subir cuando hizo aparición la balandra del capitán Barnet; que Rackam les ordenó que ayudasen a levar inmediatamente el ancla de la balandra, cosa a la que se negaron; que Rackam utilizó medios violentos para obligarlos, y que cuando el capitán Barnet los abordó, inmediata y voluntariamente se rindieron todos.

Cuando los acusados fueron retirados del banquillo, y se hubieron marchado las personas presentes, el tribunal deliberó sobre el caso de estos prisioneros; y como la mayoría de sus miembros opinaba que eran todos culpables de la piratería y delito de que se les acusaba, a saber: pasarse con intenciones piráticas y malvadas a John Rackam, etc., famoso pirata, y sabedores de lo que era, fueron condenados a muerte; lo que todo el mundo debe reconocer que fue una verdadera mala suerte para estos infelices.

El 17 de febrero, John Eaton, Thomas Quick y Thomas Baker fueron ejecutados en Punta de la Horca, Port Royal, y al día siguiente John Cole, John Howard y Benjamin Palmer en Kingston. Ignoro si los tres restantes fueron ejecutados más tarde o no.

También fueron juzgadas dos mujeres piratas pertenecientes a la tripulación de Rackam; y tras ser declaradas culpables les mandaron acercarse, y les

preguntaron, como a los demás, si tenían alguna cosa que alegar por la que no debiera aplicárseles la pena de muerte; y ambas alegaron su preñez, que estaban a punto de dar a luz, y suplicaron que se aplazase la ejecución, por lo que el tribunal las condenó, como en los casos de piratería, pero ordenó un aplazamiento, hasta que se convocase un jurado adecuado que investigase el asunto.

Vida de Mary Read

Ahora debemos a abordar una historia llena de vicisitudes y aventuras sorprendentes; me refiero a las de Mary Read y Anne Bonny, alias Bonn, que así se llamaban en realidad estas dos piratas; las peripecias de sus azarosas vidas son tan singulares que alguien podría sentirse inclinado a creer que la historia entera no es otra cosa que novela y fábula; pero puesto que está sostenida por miles de testigos —me refiero al pueblo de Jamaica—, que estuvieron presentes en los juicios y oyeron el relato de sus vidas tras el descubrimiento de su sexo, no es posible poner en duda su veracidad, como tampoco que hubo hombres en el mundo como Roberts o Barbanegra, que fueron piratas.

Mary Read nació en Inglaterra; su madre se había casado joven con un hombre de la mar que emprendió viaje poco después de su matrimonio dejándola preñada; más tarde dio a luz un niño. Mary Read no llegó a saber nunca si su padre naufragó o murió durante ese último viaje; el hecho es que no regresó; en cuanto a la madre, que era joven y alegre, tuvo un desliz de esos que a menudo acontecen a las muchachas que no son precavidas, consistente en que quedó preñada otra vez, pero sin un marido al que atribuir la paternidad; aunque nadie más que ella sabía cómo ni con quién, porque tenía bastante buena reputación entre sus vecinos. Viendo que le aumentaba la preñez, y con objeto de ocultar su vergüenza, se despidió formalmente de los parientes de su marido, diciendo que se iba a vivir al campo con unos amigos. Se marchó, llevándose consigo al niño, que por entonces no tenía aún el año: poco después de su marcha murió el niño; pero la Providencia, en compensación, tuvo a bien concederle una niña en su lugar, a la que dio a luz felizmente en su retiro; y ésta niña fue nuestra Mary Read.

Aquí vivió la madre tres o cuatro años, hasta que se le acabó el dinero. Entonces pensó volver a Londres, y dado que la madre de su marido gozaba de cierta posición, no dudaba en convencerla de que proveyese para la criatura, si

conseguía hacerla pasar por la misma, aunque cambiar un niño por una niña parecía empresa difícil, y engañar a una vieja con experiencia en este extremo completamente imposible. Sin embargo, la vistió de niño, la llevó a la capital, y se la presentó a su suegra como el hijo de su esposo. La anciana quiso tomarlo y criarlo, pero la madre pretextó que esta separación le destrozaría a ella el corazón; así que acordaron que la criatura viviría con la madre, y la supuesta abuela le pasaría una corona a la semana para su manutención.

De esta manera, la madre se salió con la suya, crió a su hija como un niño, y cuando alcanzó algún conocimiento, juzgó conveniente confiarle el secreto de su nacimiento para inducirla a ocultar su sexo. Y ocurrió que después murió su abuela, con lo que cesó el medio de subsistencia que provenía de esa fuente, y se vieron cada vez más hundidas en la estrechez; y la madre no tuvo más remedio que desprenderse de su hija para que fuese a servir a una dama francesa, en calidad de lacayo, cuando contaba trece años de edad. No duró mucho aquí, porque al crecer se hizo atrevida y fuerte, y también de espíritu aventurero, así que se enroló en un buque de guerra, donde sirvió algún tiempo. Después desembarcó y se marchó a Flandes, se alistó como cadete en un regimiento de infantería, y aunque en todas las acciones demostró gran bravura, no obtuvo ningún ascenso, ya que éstos se compraban y vendían por lo general; así que abandonó el servicio, y se alistó en un regimiento de caballería. Aquí se portó tan bien en varios combates que se ganó la estima de sus oficiales. Pero ocurrió que tenía de camarada a un tal Fleming, un joven apuesto, y se enamoró de él; y a partir de entonces se volvió algo descuidada respecto de su deber: al parecer era incapaz de servir a la vez a Marte y a Venus; su arma y su equipo, que siempre había mantenido en perfecto estado, estaban completamente sucios y abandonados; pero es cierto que cuando a su camarada le ordenaban partir con un grupo solía ir ella también sin que se lo ordenasen, y a menudo se metía en el peligro sin que nadie la llamase, sólo para estar cerca de él; el resto de los soldados, que no sospechaban cuál era la secreta causa que la movía a conducirse de este modo creían que estaba loco, y su propio compañero no se explicaba tampoco su extraño cambio. Pero el amor es ingenioso, y como dormían en la misma tienda y estaban constantemente juntos, encontró el medio de dejarle descubrir su sexo sin que pareciese que lo hacía a propósito.

El joven se quedó muy sorprendido ante el descubrimiento, y no poco complacido, dando por supuesto que tendría una amante para él solo, lo que es algo insólito en un campamento, ya que apenas existe una de esas damas de campaña que sean fieles a una tropa o una compañía. De manera que no pensó en otra cosa que en satisfacer sus pasiones con muy poca ceremonia. Pero aquí

descubrió que estaba completamente equivocado; porque ella se mostró muy reservada y modesta, y resistió todas sus insistencias; pero a la vez era tan servicial, y persuasiva en su persona, que le hizo cambiar completamente de propósito; y de querer hacerla su concubina, luego la pretendió como esposa.

Eso era lo que Mary Read más deseaba en su corazón. Y resumiendo, intercambiaron promesas, y cuando acabó la campaña, y el regimiento se retiró a su cuartel de invierno, compraron un vestido de mujer para ella con el dinero de los dos, y se casaron públicamente.

La historia del casamiento de los dos soldados produjo gran revuelo; tanto que varios oficiales, movidos por la curiosidad, asistieron a la ceremonia, y acordaron hacer un pequeño regalo a la novia, para la casa, en consideración a que había sido compañera de armas. Así unidos, los dos mostraron deseos de dejar el servicio, y establecerse en el mundo; la aventura de su amor y matrimonio les había granjeado tanto favor que fácilmente obtuvieron la licencia, y abrieron un figón u hostería, con la enseña de Las Tres Herraduras, cerca del castillo de Breda, que no tardó en convertirse en un gran negocio, ya que muchos oficiales iban a comer allí a diario.

Pero no duró mucho esta felicidad, porque al poco tiempo murió el marido y, firmada la Paz de Ryswick, se acabó la concurrencia de oficiales en Breda, como había sido la costumbre, por lo que la viuda, al encontrarse con poco o ningún negocio, se vio obligada a vender el figón. Y tras consumir poco a poco su peculio, adoptó de nuevo la indumentaria de hombre, y se fue a Holanda, donde se alistó en un regimiento de infantería acuartelado en uno de los pueblos fronterizos. No permaneció aquí mucho tiempo, ya que no había probabilidades de promoción en tiempo de paz, así que tomó la resolución de buscar fortuna de otra manera; abandonó el regimiento, y embarcó en una nave con destino a las Indias Occidentales.

Y ocurrió que apresaron este barco unos piratas ingleses, y como Mary Read era la única persona inglesa a bordo, la retuvieron con ellos; y tras saquear el barco, lo soltaron otra vez. Después de seguir este negocio algún tiempo, se hizo público el edicto del Rey, y se difundió en todas partes de las Indias Occidentales, perdonando a los piratas que voluntariamente se entregasen, hasta determinado día que en él se mencionaba. La tripulación de Mary Read se acogió al beneficio de este decreto; y tras entregarse, vivieron pacíficamente en la costa. Pero cuando empezó a escasearles el dinero, y oyeron que el capitán Woddes Rogers, gobernador de la isla de Providence, estaba armando algunos corsarios para

combatir a los españoles, ella y varios otros embarcaron hacia dicha isla, a fin de emprender el negocio del corso, y dispuestos a hacer fortuna de una manera o de otra.

No bien se hicieron a la mar estos corsarios, las tripulaciones de algunos de ellos, que habían sido perdonadas, volvieron a su antigua profesión; y entre éstas se encontraba Mary Read. Es cierto que dijo muchas veces que siempre había detestado la vida de pirata, y que sólo se había metido en ella, esta vez y antes, por necesidad, con intención de dejarla en cuanto se le presentase una buena ocasión; sin embargo, durante su juicio hubo algunos testigos, hombres forzados que habían navegado con ella, que declararon bajo juramento que, en tiempo de acción, nadie se mostraba más decidido y dispuesto al abordaje, ni a lanzarse a la hazaña arriesgada, que ella y Anne Bonny; y sobre todo cuando fue abordada y apresada esta tripulación; porque al arrimarles el costado, nadie permaneció en cubierta, salvo Mary Read, Anne Bonny, y otro; y que ella, Mary Read, gritó a los que estaban abajo que subiesen y luchasen como hombres, y al ver que nadie se movía, disparó sus armas a la bodega, sobre ellos, matando a uno e hiriendo a varios.

Éste fue uno de los testimonios contra ella, que Mary negó. Verdad o no, lo cierto es que no carecía de bravura, ni era su modestia menos extraordinaria, según sus nociones de virtud; porque ninguna persona sospechó su sexo a bordo hasta que Anne Bonny, que no era tan reservada en punto a castidad, puso sus ojos en ella. Quiero decir, que Anne Bonny la tomó por un apuesto joven y por alguna razón descubrió primero su sexo a Mary Read. Al darse cuenta Mary Read de sus intenciones, y comprendiendo muy bien su propia incapacidad en este sentido, se vio obligada a sincerarse con ella. Y así, para gran desencanto de Anne Bonny, le hizo saber que era mujer también; pero esta intimidad trastornó de tal modo al capitán Rackam, que era amante y galán de Anne Bonny, que se puso enormemente celoso, de forma que le dijo a Anne Bonny que le iba a cortar el cuello a su nuevo amante; por lo que, para tranquilizarlo, le tuvo que revelar también el secreto.

El capitán Rackam (como le pidieron) guardó el secreto ante toda la compañía del barco; sin embargo, a pesar de la habilidad y reserva de ella, el amor la sorprendió en este disfraz, y le impidió olvidar su sexo. En el viaje apresaron gran número de barcos de Jamaica y otras partes de las Indias Occidentales que iban y venían de Inglaterra; y cada vez que topaban con un experto en navegación o cualquier otro que pudiese ser de utilidad para la compañía, si no se unía a ellos de grado, era costumbre retenerlo por la fuerza. Y entre éstos estaba un joven de muy atractivos modales, y muy agraciado, al menos a los ojos de Mary Read, y de

tal manera se prendó de su persona y discreción que ya no encontró descanso ni de día ni de noche; pero como nada hay más ingenioso que el amor, no fue difícil para ella, que había practicado antes tales argucias, encontrar el medio de hacerle descubrir su sexo: primero se insinuó para agradarle, hablando contra la vida de pirata, de la que era completamente enemiga, de forma que se hicieron compañeros de rancho y estrechos camaradas; cuando ella entendió que le había cobrado afecto como hombre, permitió que hiciese el descubrimiento mostrándole tranquilamente los pechos, que eran muy blancos.

El joven, que estaba hecho de carne y hueso, sintió crecer la curiosidad y el deseo a tal punto que no dejó de importunarla, hasta que ella le confesó lo que era. Aquí se inició la etapa de amor: y el cariño y simpatía que sentía por ella bajo su supuesta personalidad se convirtió ahora en afecto vehemente y deseo. La pasión de ella no era menos violenta, y la demostró con una de las acciones más generosas que jamás haya inspirado el amor. Ocurrió que este joven tuvo una disputa con uno de los piratas, y dado que el barco estaba fondeado cerca de una isla, acordaron bajar a tierra a luchar conforme a la costumbre pirata: Mary Read se sintió angustiada y ansiosa hasta el último grado por la suerte de su amante: no le habría permitido que rechazara el desafío, porque no habría soportado la idea de que lo tachasen de cobarde; pero por otro lado, le asustaba el desenlace, y comprendía que el otro podía ser demasiado fuerte para él. Una vez que entra el amor en el pecho de quien tiene una chispa de generosidad, mueve al corazón a las más nobles acciones; en este dilema, Mary Read demostró que temía más por la vida de él que por la suya propia; porque tomó la resolución de ser ella la que se enfrentase con este sujeto, y desafiándolo a bajar a tierra, concertó el combate dos horas antes del que tenía con su amante, luchó a espada y pistola, y lo mató.

Es cierto que había peleado antes, cuando la había insultado alguno de sus compañeros; pero ahora se trataba de la causa de su amante, así que se interpuso entre él y la muerte, por así decir, como si no pudiese vivir sin él. De no haber sentido por ella un gran cariño antes, esta acción le habría ganado para siempre; pero no había necesidad de compromisos y obligaciones, dado que su afecto por ella era suficiente. En conclusión, se dieron mutua promesa de esposos, lo que para la conciencia de Mary Read dio tanta validez al matrimonio como el efectuado por un ministro de la iglesia. Y a esto se debió la avanzada preñez que alegó en el juicio para salvar su vida.

Declaró que jamás había cometido adulterio ni fornicación con ningún hombre, alabó la justicia del tribunal que la juzgaba por distinguir la naturaleza de sus crímenes, y absolver a su esposo, como ella lo llamaba, junto a varios otros; y al

preguntársele quién era, no lo quiso decir, aunque afirmó que se trataba de un hombre honesto que no tenía inclinación a tales prácticas, y que ambos habían decidido abandonar a los piratas a la primera ocasión, y dedicarse a algún medio de vida honrado.

No hay duda de que muchos sintieron compasión por ella, aunque el tribunal no pudo por menos de hallarla culpable; porque entre otras cosas, una de las pruebas atestiguada contra ella fue que después de apresada por Rackam, cuando llevaba algún tiempo a bordo, trabó éste casualmente conversación con Mary Read, a la que tomaba por un joven, y le preguntó qué placer podía encontrar metiéndose en tales empresas, donde su vida corría constantemente peligro por el fuego o la espada; y no sólo eso, sino que podía estar segura de que tendría una muerte ignominiosa si la apresaban viva. Ella contestó que en cuanto a morir en la horca no lo consideraba demasiado duro, porque si no fuera por eso todos los cobardes se harían piratas e infestarían los mares a tal extremo que los hombres de valor se morirían de hambre; que si se dejase a los piratas elegir castigo, no tendrían otro que la muerte, porque su miedo a ella mantendría honrados a algunos ladrones cobardes; que muchos de los que ahora estafan a viudas y huérfanos y oprimen a sus vecinos pobres que no tienen dinero para obtener justicia saldrían a la mar a robar, con lo que el océano estaría lleno de ladrones como lo está la tierra, y ningún mercader se aventuraría a salir, y en poco tiempo no compensaría emprender comercio ninguno.

Comprendiendo que no tardaría en dar a luz, como se ha dicho, aplazaron su ejecución. Y es posible que hubiese encontrado favor, pero la acometió una fiebre violenta poco después del juicio, de la que murió en prisión.

Vida de Anne Bonny

Ya que entramos en más detalles al referir las vidas de estas dos mujeres que con los otros piratas, es deber nuestro, como haría cualquier historiador fiel, empezar por sus nacimientos. Anne Bonny nació en un pueblo próximo a Cork, en el reino de Irlanda, y su padre fue abogado. Pero Anne no fue hija legítima, lo que parece desmentir el viejo proverbio que dice que *los bastardos tienen mejor suerte*. Su padre era hombre casado, y su esposa contrajo una enfermedad en el parto; y a fin de que recobrase la salud, se le aconsejó que cambiase de aires; eligió lugar a unas

millas del domicilio, donde vivía la madre de su marido. Permaneció aquí algún tiempo, mientras que el marido se quedó en casa para ocuparse de sus asuntos. La criada, a la que dejó ella para que cuidase la casa y atendiese a la familia, era una joven atractiva, a la que pretendía un joven del mismo pueblo, que era curtidor. Este curtidor solía aprovechar las ocasiones en que se ausentaba la familia para ir a visitarla; y estando un día con la criada, mientras ella realizaba sus quehaceres, sin ningún temor ante los ojos de Dios, aprovechó que ella estaba de espaldas y se metió tres cucharas de plata en el bolsillo: la criada echó de menos en seguida las cucharas, y sabedora de que nadie había estado en la habitación, salvo ella misma y el joven desde la última vez que las había visto, lo acusó de haberlas cogido; él lo negó con obstinación, por lo que ella se enfadó mucho, y lo amenazó con denunciarlo a un oficial para que lo llevase ante el juez. Esta amenaza asustó al joven enormemente, porque sabía que no podría resistir un interrogatorio; así que procuró apaciguarla, pidiéndole que buscase en los cajones y demás sitios, y quizá las encontraría. Entre tanto pasa él a otra habitación, donde duerme ella, mete las cucharas entre las sábanas, y huye luego por la puerta de atrás, pensando que las encontraría al acostarse, y al día siguiente podría fingir que sólo había tratado de asustarla, y hacer pasar la cosa por una broma.

Al descubrir ella que se había ido dejó de buscar, creyendo que se las había llevado, y fue directamente al oficial, a fin de hacerlo detener. El joven recibió aviso de que un alguacil lo buscaba, pero no le dio importancia, no dudando que todo quedaría aclarado al día siguiente. Transcurrieron tres o cuatro días, y le dijeron que el alguacil aún seguía tras él; esto le hizo ocultarse: no comprendía qué podía significar, y no imaginó otra cosa, sino que la criada tenía intención de quedarse con las cucharas y atribuirle el robo a él.

Y ocurrió que por entonces la señora se había recuperado de su enfermedad, y regresó a casa en compañía de su suegra. La primera novedad que le dieron fue la de la desaparición de las cucharas y cómo ocurrió; la criada le contó, al mismo tiempo, que el joven había huido. El joven tuvo noticia de la llegada de la señora, y deliberando consigo mismo que no podría volver a aparecer en su trabajo a menos que el asunto quedase aclarado, y dado que era una mujer afable, tomó la resolución de ir directamente a ella y contarle toda la historia; con esta diferencia: que había querido gastar una broma.

La señora no le creyó. Sin embargo, fue directamente a la habitación de la criada, y al quitar la ropa de la cama, para gran sorpresa suya, encontró allí las tres cucharas; tras lo cual, pidió al joven que se fuera a casa, volviera al trabajo, y no se preocupase más del asunto.

La señora no podía imaginar el significado de esto, ya que jamás había encontrado a la criada culpable de ningún robo, por lo que no le cabía en la cabeza que pretendiese robar las cucharas. En resumen, concluyó que la criada no había dormido en su cama desde el momento en que se perdieron las cucharas; inmediatamente sintió celos, y sospechó que la criada había ocupado su lugar con el marido durante su ausencia, y ésta era la razón de que no encontrase las cucharas.

Recordó entonces varios detalles amables que su esposo había mostrado con la criada, cosas que habían pasado inadvertidas cuando sucedieron, pero que ahora los celos atormentadores presentaban a su espíritu como pruebas de su intimidad. Otra circunstancia que venía a reforzar esta idea era que, aunque su marido sabía que ella iba a regresar ese día, y no había tenido intimidad con ella desde hacía cuatro meses, que fue antes del parto, sin embargo, aprovechó la ocasión para salir del pueblo esa mañana con algún pretexto. Todas estas cosas juntas le confirmaron sus celos.

Como las mujeres raramente olvidan los agravios de esta naturaleza, pensó en descargar su venganza contra la criada; para lo cual dejó las cucharas donde las había encontrado, y ordenó a ésta que pusiera sábanas limpias en la cama, diciéndole que esa noche se proponía dormir ella allí, porque su suegra dormiría en la suya, y que ella (la criada) debía dormir en otra parte de la casa. Al hacer la cama la criada se quedó sorprendida ante la visión de las cucharas, pero había muy buenas razones por las que no le convenía decir dónde las había encontrado, así que las cogió y las metió en su cofre, con idea de dejarlas en algún lugar donde fuesen encontradas por casualidad.

La señora, para que todo pareciese casual, se acostó esa noche en la cama de la criada sin sospechar la clase de aventura que se iba a producir: cuando ya llevaba bastante rato en la cama pensando en lo sucedido, porque los celos la tenían despierta, oyó entrar a alguien en la habitación; al principio creyó que eran ladrones y se asustó, aunque no tuvo el suficiente valor para gritar; pero cuando oyó estas palabras: «Mary, ¿estás despierta?», reconoció la voz de su marido. Entonces se le pasó el miedo, aunque no contestó por temor a que la descubriese si hablaba; así que decidió fingirse dormida, y ver qué pasaba.

El marido se metió en la cama, y esa noche hizo el amor vigorosamente, pero una cosa estropeó la diversión, por parte de la esposa, y fue el pensar que no estaba dedicado a ella. Sin embargo estuvo muy pasiva, y lo soportó como una cristiana. De madrugada, antes de amanecer, abandonó ella la cama furtivamente,

dejándolo dormido, y fue a su suegra y le contó lo ocurrido, sin olvidar cómo había usado de ella tomándola por la criada. El marido salió furtivamente también, juzgando que no era prudente que lo sorprendiesen en esta habitación. Entre tanto, la venganza de la señora se dirigió duramente contra la criada, sin considerar que a ella le debía la diversión de la noche anterior, y que un buen *envite* debía merecer otro; mandó llamar a un oficial, y la culpó de haber robado las cucharas; forzaron el cofre, y descubrieron las cucharas, por lo que fue conducida ante el juez, y encarcelada por orden suya.

El marido estuvo deambulando hasta las doce de la mañana. Entonces regresó a casa, fingiendo que acababa de llegar al pueblo; tan pronto como oyó lo ocurrido en relación con la criada se encolerizó tremendamente con su esposa. Esto la enfureció a ella aún más, la madre tomó el partido de la esposa, en contra de su propio hijo, y al aumentar la disputa, cogieron un caballo la madre y la esposa, y regresaron al punto a casa de la primera, de manera que el marido y la esposa no volvieron a cohabitar nunca más.

La criada permaneció mucho tiempo en prisión, y anduvo en juicios casi medio año; pero antes de que esto sucediese se descubrió que estaba preñada; cuando compareció, fue absuelta por falta de pruebas. Se conmovió la conciencia de la esposa, y como no creía que la criada fuese culpable de ningún robo, salvo el del amor, no quiso declarar contra ella. Poco después de su absolución, dio a luz una niña.

Pero lo que más alarmó al marido fue descubrir que la esposa estaba preñada también, dando por supuesto que no había tenido intimidad con ella, desde su último parto, sintió celos a su vez. Esto le dio un pretexto para justificarse por el trato que le había dado, fingiendo que hacía tiempo que sospechaba de ella, pero que aquí estaba la prueba: dio a luz dos mellizos, un niño y una niña.

Al caer enferma la madre de él, envió recado al hijo de que se reconciliase con la esposa, pero no la escuchó, así que hizo testamento y lo dejó todo en manos de ciertos albaceas, para uso de la esposa y los dos niños nacidos recientemente, y murió unos días después.

Fue un gran revés para él, ya que dependía en gran medida de su madre; su esposa fue con él más amable de lo que se merecía, porque le pasó una asignación anual de lo que le había quedado, aunque siguieron viviendo separados. Esta situación duró casi dos años; como en este tiempo había cobrado gran afecto por la niña que tuvo con la criada, decidió llevarla a su casa para que viviese con él; pero

dado que todo el pueblo sabía que era una niña, quiso disimular el asunto ante los demás, así como ante su esposa: le puso calzones como un niño, y fingió que se trataba del hijo de un pariente al que debía educar para que fuese su escribiente.

La esposa se enteró de que tenía un niño en casa por el que mostraba mucho afecto, pero como ella no sabía de ningún pariente suyo que tuviese tal niño, encargó a un amigo que investigase a fondo el asunto. Esta persona, hablando con el niño, descubrió que era niña, averiguó que su madre era la criada, y que el marido aún mantenía relaciones con ella.

Ante esta información, la esposa, que no estaba dispuesta a que el dinero de sus hijos fuera a mantener bastardos, suspendió la asignación: el esposo, enfurecido, y en una especie de venganza, se llevó a la criada a casa, y vivió con ella públicamente con gran escándalo de los vecinos; no tardó en ver el mal efecto de esto, ya que fue perdiendo trabajo poco a poco, hasta que comprendió claramente que no podía seguir viviendo allí, así que decidió convertir en dinero cuanto poseía y marcharse. Se fue a Cork, y allí, con la criada y la hija, embarcó para Carolina.

Al principio siguió ejerciendo de abogado en esa provincia, pero después se metió en el comercio, que resultó ser más provechoso para él, ya que ganó lo suficiente para comprar una considerable plantación. La criada, que pasaba por su esposa, murió, por lo que su hija, nuestra Anne Bonny, ahora mayor, se encargó de la casa.

Era de carácter fiero y arrebatado, y durante su juicio se contaron varias historias sobre ella, en perjuicio suyo, como que una vez cuando llevaba la casa de su padre mató a una sirvienta inglesa con un cuchillo de mesa, en un arrebato de cólera. Pero tras algunas indagaciones, he descubierto que ese episodio carece de fundamento: es cierto que era tan robusta que, una vez en que un joven quiso acostarse con ella contra su voluntad, le pegó tal paliza que estuvo enfermo bastante tiempo.

Mientras vivió con su padre fue considerada un buen partido, por lo que parece que su padre esperaba que hiciera una buena boda; pero ella lo estropeó todo, porque sin su consentimiento se casó con un joven que trabajaba en la mar y no valía un penique; lo que irritó al padre a tal extremo que la echó de casa, por lo que el joven que se había casado con ella, al ver defraudadas sus expectativas, embarcó con la esposa rumbo a la isla de Providence, con la esperanza de encontrar empleo.

Aquí conoció ella al pirata Rackam, que le hizo la corte, y encontró pronto el medio de hacerle perder el afecto por su marido, de forma que consintió en huir de él, y se marchó a la mar con Rackam vestida de hombre. Cumplió ella su palabra, y cuando ya llevaba algún tiempo en la mar, se quedó preñada, y su preñez empezó a aumentar. Rackam la desembarcó en la isla de Cuba, encomendándola a unos amigos suyos que la cuidaron hasta que dio a luz: cuando se levantó y estuvo bien otra vez, Rackam envió a recogerla para que se volviese con él.

Al publicarse el edicto del Rey que perdonaba a los piratas, Rackam se acogió a él y se entregó. Después de ser enviado a corsear, volvió a su antiguo oficio, como ya se ha dicho en la historia de Mary Read. En todas estas expediciones, Anne Bonny siguió con él, y cuando tenían que solventar cualquier asunto a su manera, nadie más dispuesto ni valeroso que ella, sobre todo cuando fueron apresados; ella y Mary Read, con uno más, fueron los únicos que se atrevieron a permanecer en cubierta como ya he dicho.

Su padre era conocido de muchos caballeros plantadores de Jamaica con los que había comerciado, entre los que gozaba de buena reputación; y algunos de ellos, que habían estado en Carolina, recordaban haberla visto en su casa; así que se sentían inclinados a su favor. Pero el haber abandonado a su marido fue una desagradable circunstancia contra ella. El día en que Rackam fue ejecutado, por especial favor, se le consintió que la viese. Pero todo el consuelo que ella le dio fue «que sentía verlo allí, pero que si hubiese luchado como un hombre ahora no lo ahorcarían como a un perro».

Siguió en prisión hasta el momento de dar a luz, y después se aplazó una y otra vez la aplicación de su condena, y desde entonces ignoramos qué fue de ella. Sólo sabemos una cosa: que no fue ejecutada.

CAPÍTULO VIII
Del capitán Howel Davis y su tripulación

El capitán Howel Davis nació en Milford, Monmouthshire, y de niño fue educado para la mar. Su último viaje desde Inglaterra lo hizo en el bergantín de esnón llamado *Cadogan*, de Bristol, capitán Skinner al mando, con destino a la costa de Guinea, en el que iba de primer oficial. No bien llegaron a Sierra Leona, en la citada costa, cayeron en manos del pirata England, que los saqueó, y permitió que mataran bárbaramente a Skinner, como hemos contado en la historia del capitán England.

Después de muerto Skinner, Davis simuló que England le había pedido con insistencia que se uniera a él, pero que le había contestado claramente que antes prefería que le pegasen un tiro a firmar el código de los piratas; y England, divertido con esta bravata, lo devolvió con el resto de los hombres al esnón, nombrándolo capitán de dicha nave, en sustitución de Skinner, y ordenándole que prosiguiese viaje. También le dio un documento escrito y lacrado, con la orden de abrirlo al llegar a determinada latitud, y seguir las instrucciones consignadas en él bajo pena de muerte. Fue un gesto de grandeza como los que los príncipes suelen tener con sus almirantes y generales: Davis obedeció puntualmente, y lo leyó a la compañía del barco; contenía nada menos que la generosa donación del barco y cargamento a Davis y la tripulación, ordenándole que fuese a Brasil, vendiese el cargamento lo más ventajosamente posible, y efectuase luego un justo y equitativo reparto entre todos.

Davis preguntó a la tripulación si estaba dispuesta a seguir estas instrucciones, pero para gran sorpresa suya comprobó que la mayoría estaba totalmente en contra; así que en un arrebato de cólera los mandó al diablo, y dijo que irían a donde quisieran. Sabían que parte de la carga iba destinada a ciertos mercaderes de Barbados, y pusieron rumbo a dicha isla. Al llegar, contaron a estos mercaderes la infortunada muerte de Skinner y la proposición que les había hecho Davis, motivo por el que éste fue detenido y encarcelado, permaneciendo en prisión tres meses.

Sin embargo, como no había cometido ningún acto de piratería, fue puesto en libertad sin juicio, aunque ya no pudo encontrar aquí ningún empleo; así que al enterarse de que la isla de Providence era una especie de lugar de reunión de piratas, decidió unirse a ellos si podía, y con este propósito buscó el medio de

embarcar para esa isla. Pero nuevamente se quedó frustrado, porque cuando llegó los piratas acababan de entregarse al capitán Woodes Rogers, y de acogerse al perdón que éste había traído de Inglaterra. Sin embargo, no permaneció Davis ocioso mucho tiempo; porque al saber que el capitán Rogers había aparejado dos balandras para el comercio, una llamada *Buck*, y otra *Mumvil Trader,* encontró empleo en una de ellas. El cargamento de estas balandras, de considerable valor, consistía en mercancías europeas para cambiarlas con los franceses y los españoles; y muchos hombres de las tripulaciones eran piratas recién acogidos al perdón. El primer lugar que tocaron fue la isla francesa de Martinica, donde, tras conspirar con unos cuantos, se amotinaron por la noche, detuvieron al patrón y se apoderaron de la balandra. Hecho esto, llamaron a la otra balandra, que se hallaba a poca distancia, entre cuya tripulación sabían que había muchos dispuestos a la rebelión, y les ordenaron que subiesen a bordo de ellos; así lo hicieron, y la mayoría acordó a unirse a Davis; los que no quisieron fueron devueltos a la balandra *Mumvil* para que fuesen a donde quisieran, después que Davis les hubo quitado lo que le pareció que podía serles útil.

A continuación celebraron un consejo de guerra ante un buen tazón de ponche, a fin de elegir comandante; la elección acabó en seguida al recaer en Davis por mayoría de *votantes legales;* no hizo falta contar, ya que todos estuvieron conformes con la elección: y en cuanto tomó el mando redactó un código que firmaron y juraron él y los demás; y seguidamente pronunció un breve discurso, que en resumen venía a ser una declaración de guerra al mundo entero.

Después pasaron a deliberar dónde convenía limpiar la balandra, porque para ellos era importante tener los pies ligeros, tanto para cazar como para no ser cazados. Con este propósito escogieron la bahía de los Cochinos, en el extremo oriental de la isla de Cuba, lugar donde podían prevenir cualquier sorpresa, ya que la bocana era tan estrecha que un único barco podía impedir la entrada a cien.

Aquí limpiaron con mucha dificultad, porque no tenían carpintero en la compañía, persona muy útil para este trabajo. Salieron después y se dirigieron a la parte norte de La Española. La primera vela que se les cruzó en el camino fue un barco francés de doce cañones; debemos decir que la tripulación de Davis la formaban no más de treinta y cinco hombres; sin embargo, las provisiones empezaban a escasear; atacó este barco, que se rindió en seguida, y mandó doce de sus hombres a él para saquearlo: no bien habían terminado descubrieron una vela a barlovento. Preguntaron al barco francés quién podía ser, y éste contestó que el día antes había hablado con un barco de 24 cañones y 60 hombres, y que creía que era el mismo.

Davis propuso a sus hombres atacarlo, añadiendo que era justo el barco que necesitaban; pero ellos consideraron el intento descabellado y no mostraron ningún entusiasmo por su plan; sin embargo les aseguró que tenía pensada una estratagema infalible: conque salió tras él, y ordenó a la presa que hiciese lo mismo. Como la presa era más lenta, Davis fue el primero en alcanzar al enemigo; se situó a su través e izó la enseña pirata. Sorprendidos los franceses, hablaron a Davis y dijeron que les parecía un descaro atreverse a acercarse tanto, y le ordenaron que se rindiese; pero él les contestó que tenía intención de mantenerlos a raya hasta que llegase su consorte, que podía con ellos, y que si no se rendían no daría cuartel a nadie; y seguidamente les mandó una andanada, que ellos le devolvieron.

Entre tanto llegó la presa, en la que habían obligado a todos los prisioneros a subir a cubierta con camisas blancas, para hacer ostentación de fuerza, según había ordenado Davis. Izaron también un lienzo alquitranado, a manera de bandera negra, ya que no tenían otra cosa, y dispararon un cañón; los franceses se asustaron tanto con esta apariencia de fuerza que se rindieron. Davis mandó al capitán que subiese a bordo de él con veinte de sus hombres: así lo hizo; y para mayor seguridad, pusieron grillos a todos excepto al capitán: acto seguido envió cuatro de los suyos a bordo de la primera presa, y con objeto de seguir con el engaño dijo en voz alta que debían ponerse al servicio del capitán, y pedirle que mandase algunos hombres a bordo de la presa para ver qué habían cogido. Pero al mismo tiempo les dio un papel escrito con instrucciones sobre lo que debían hacer. En él les mandaba condenar los cañones de la presa pequeña, quitarle todas las armas de mano y la pólvora, y pasar a los hombres que tenían en ella a la segunda presa; hecho esto mandó sacar a los prisioneros de la presa grande y trasladarlos a la pequeña, con lo que evitó cualquier intento de sublevación de los prisioneros aprovechando su número; porque los que tenía a su bordo estaban encadenados, y los de la presa pequeña carecían de armas y munición.

Así siguieron juntos los tres barcos durante dos días, hasta que Davis se dio cuenta de que la presa grande era poco velera, y consiguientemente muy poco apta para su propósito, y decidió devolverla a su capitán, con todos sus hombres; pero antes tomó la precaución de quitarle la munición y cuanto pensaba que podía necesitar. El capitán francés estaba tan encorajinado consigo mismo por haber caído en el engaño que cuando estuvo a bordo de su propio barco quiso arrojarse por la borda; pero sus hombres se lo impidieron.

Dejó, pues, las presas en libertad y se dirigió hacia el norte, en cuya ruta apresaron una pequeña balandra española; seguidamente puso rumbo a las Islas Occidentales (las Azores), pero no toparon con ningún botín; después se dirigieron

a las de Cabo Verde y fondearon en San Nicolás, izando la enseña inglesa. Los portugueses que habitaban allí lo tomaron por un corsario inglés, y al bajar Davis a tierra lo recibieron muy cortésmente y comerciaron con él. Aquí estuvo cinco semanas; en ese tiempo él y la mitad de su tripulación emprendieron por gusto un viaje a la principal ciudad de la isla, que está a 19 millas de la costa; al presentarse Davis bien vestido, fue agasajado por el gobernador y los habitantes, y no les faltó ninguna diversión que los portugueses podían ofrecer, o el dinero comprar. Y como a la semana de estar aquí regresó al barco, y el resto de la tripulación fue a la ciudad a divertirse a su vez.

Cuando volvieron limpiaron el barco y zarparon; aunque no con toda la compañía, porque cinco de ellos, como los hombres de Aníbal, se sintieron tan cautivados por las delicias del lugar y la libre conversación de algunas mujeres que prefirieron quedarse; y uno de ellos, un tal Charles Franklin, de Monmouthshire, se casó, se estableció, y allí vive hoy todavía.

De aquí se dirigieron a Bonavista, entraron a echar una ojeada a dicho puerto, pero al no encontrar nada pusieron rumbo a la isla de Mayo: en su rada descubrieron numerosas naves y embarcaciones; las saquearon todas, quitándoles cuanto quisieron; y también reforzaron su tripulación con gran cantidad de hombres nuevos, la mayoría de los cuales se alistaron voluntariamente. Una de estas naves se la quedaron para su propio uso, la armaron con veintiséis cañones y la llamaron el *King James*. Al no encontrar agua dulce, se dirigieron a Santiago, que pertenece a los portugueses, a fin de aprovisionarse. Bajó Davis a tierra con unos cuantos a buscar el lugar más conveniente para hacer aguada, y el gobernador, con algunos asistentes, se acercó en persona a informarse de quiénes eran y de dónde venían. Al no agradarle la explicación que Davis dio de sí mismo, le dijo claramente que sospechaba que eran piratas. Davis simuló ofenderse mucho, haciendo grandes protestas de honor, y replicó al gobernador que despreciaba sus palabras; sin embargo, en cuanto volvió la espalda, por temor a algún accidente, regresó a bordo lo más deprisa que pudo. Davis refirió lo que había sucedido, y sus hombres se indignaron ante semejante afrenta; a lo cual, Davis les dijo que pensaba tomar el fuerte por sorpresa durante la noche; acordaron intentarlo con él, y cuando empezó a anochecer desembarcaron bien armados. Encontraron la guardia que vigilaba tan descuidada que tomaron el fuerte antes de que se diese ninguna alarma. Hubo una pequeña resistencia cuando ya era demasiado tarde, en la que murieron tres hombres de Davis. Los del fuerte, desconcertados, corrieron a refugiarse en la casa del gobernador, y la parapetaron de tal modo que el grupo de Davis no fue capaz de entrar en ella. Sin embargo, arrojaron granadas que no sólo destruyeron el mobiliario sino que mataron a varios del interior.

Cuando se hizo de día, la región entera se alarmó y acudió a atacar a los piratas; éstos, que no tenían ningún interés en mantener el sitio, regresaron a su barco después de desmontar los cañones del fuerte. En esta empresa hicieron gran daño a los portugueses con muy poco beneficio para sí mismos. Después de zarpar, pasaron lista a sus hombres, hallando que eran casi setenta; entonces deliberaron sobre qué rumbo debían tomar, y dado que había opiniones diferentes, se dividieron, y la mayoría se inclinó por Gambia, en la costa de Guinea; de esta opinión fue Davis, que había trabajado en ese tráfico y conocía la costa: dijo que siempre tenían guardada gran cantidad de dinero en el castillo de Gambia, y que valía la pena tomarlo. Le preguntaron cómo era posible si estaba guarnecido; pero él les pidió que le dejasen la dirección y los haría dueños de ese dinero. Ahora empezaban a tener tan alta opinión de su conducta, así como de su valor, que creyeron que nada había imposible para él, de manera que accedieron a obedecerle sin hacer más preguntas sobre su plan.

Cuando tuvieron a la vista la plaza, ordenó a sus hombres que se metiesen todos bajo cubierta, salvo los absolutamente imprescindibles para gobernar el barco, a fin de que los del fuerte, al ver tan pocos hombres, no creyesen sino que era un mercante; seguidamente fueron a situarse muy cerca del fuerte, y una vez allí largaron el ancla; y tras ordenar arriar el bote, mandó a seis hombres en él, vestidos con viejas chaquetas ordinarias, mientras que él, con el maestro y el doctor, se vistieron como caballeros. Su intención era que los hombres pareciesen marineros corrientes, y ellos mercaderes. Y mientras bogaban hacia la playa, dio instrucciones a sus hombres sobre lo que debían decir en caso de que alguien les preguntase.

Al llegar a tierra, fue recibido por una fila de mosqueteros, y conducido al fuerte, donde el gobernador los saludó cortésmente, les preguntó quiénes eran, y de dónde venían. Contestaron que eran de Liverpool, que iban a Senegal a cargar caucho y colmillos de elefante, pero que los habían perseguido en esa costa dos buques de guerra franceses, y que habían escapado por poco de ser apresados, ya que los llevaron un tiempo pegados a los talones; ahora habían decidido sacar el mejor provecho, y comprar aquí esclavos. Entonces el gobernador les preguntó cuál era su principal carga. Ellos contestaron que hierro y plata, cosas estimadas aquí. El gobernador les dijo que se llevarían esclavos por todo el valor de su cargamento, y les preguntó si traían licor europeo a bordo. Contestaron que un poco para su propio uso; sin embargo, pondrían un pequeño barril a su disposición. El gobernador entonces los invitó muy cortésmente a comer con él; Davis le dijo que en su calidad de comandante del barco, debía ir a bordo a comprobar si estaba bien fondeado y dar algunas órdenes, pero que los dos

caballeros podían quedarse, y él mismo estaría de regreso antes de la comida, con el barril de licor.

Mientras estuvo en el fuerte sus ojos observaron atentamente su distribución; se fijó en que había un centinela en la puerta, y un cuerpo de guardia junto a dicha entrada, donde los soldados de servicio aguardaban normalmente con las armas ordenadas de pie en un rincón; vio también gran cantidad de armas de mano en el vestíbulo del gobernador. A continuación, cuando llegó al barco, aseguró a sus hombres que la conseguirían, y les pidió que no bebiesen, y que tan pronto como viesen bajar la bandera del castillo, supiesen que se había adueñado de él, y mandasen al punto veinte hombres a tierra. Entre tanto, como había una balandra anclada cerca de ellos, envió a unos cuantos en un bote para prender al patrón y sus hombres, y traerlos a bordo, no fuese que al observar algún movimiento o refuerzo, mandasen a alguien a tierra y diesen la alarma.

Tomadas estas precauciones, ordenó a los hombres que debían ir en el bote con él que cada uno se metiese un par de pistolas debajo de la ropa, hizo él lo propio, y les ordenó que fuesen al cuerpo de guardia, trabasen conversación con los soldados, estuviesen atentos, y cuando él disparase un tiro por la ventana del gobernador pasasen a la acción y se apoderasen de las armas del cuerpo de guardia.

Cuando llegó Davis, como la comida aún no estaba preparada, el gobernador propuso esperar tomando un tazón de ponche: debo decir que los acompañaba el patrón del bote de Davis, que tuvo ocasión de andar por todas las partes de la casa, ver la fuerza que había, y susurrar a Davis que en esos momentos no había nadie más que él (Davis), el maestro, el doctor, el patrón del bote, y el gobernador; conque sacó Davis de repente una pistola y la apoyó en el pecho del gobernador, diciéndole que debía entregar el fuerte con todas las riquezas que había en él, o era hombre muerto. El gobernador, que no esperaba en absoluto semejante ataque, prometió no resistirse, y hacer todo lo que quisieran. Cerraron, pues, la puerta, cogieron todas las armas que colgaban en el vestíbulo y las cargaron. Entonces disparó Davis una pistola por la ventana, y sus hombres ejecutaron en un instante su parte del plan como héroes, colocándose entre los soldados y las armas, todos con las pistolas amartilladas en las manos, mientras que uno de ellos sacaba las armas. Hecho esto, encerraron a los soldados en el cuerpo de guardia, y montaron vigilancia fuera.

Entre tanto, uno de ellos arrió la bandera británica que ondeaba en lo alto del castillo; a esta señal los que estaban a bordo mandaron a tierra un refuerzo de

hombres y tomaron posesión del fuerte sin precipitaciones ni confusión de ninguna clase, ni pérdida de hombre alguno por ambas partes.

Davis arengó a los soldados, tras lo cual muchísimos se pasaron a él; a los que no quisieron los mandó a la balandra, y como no quería la molestia de una guardia para ellos, ordenó que le quitasen todas las velas y cables, a fin de impedirles cualquier intento de huida.

Este día lo pasaron entregados a una especie de jolgorio, disparando los cañones el castillo para saludar al barco, y el barco para saludar al castillo; pero al día siguiente se dedicaron al negocio, o sea, a saquear. Y se encontraron con que la realidad era muchísimo más modesta que sus expectativas; porque descubrieron que recientemente se habían llevado gran cantidad de dinero; no obstante, encontraron unas dos mil libras esterlinas en barras de oro y muchísimos otros efectos valiosos. Todo lo que era de su agrado, y se podía transportar, se lo llevaron a bordo. Algunas cosas que no les servían tuvieron la generosidad de regalárselas al patrón y la tripulación de la pequeña balandra, a los que también devolvieron su embarcación. Finalmente desmontaron los cañones y demolieron las fortificaciones.

Después de hacer el estrago que pudieron, estaban levando anclas para irse, cuando vieron ir hacia ellos un barco a toda vela; en un instante tuvieron las anclas arriba, y se aprestaron a recibirlo. Este barco resultó ser un pirata francés de catorce cañones y sesenta y cuatro hombres, la mitad franceses y la mitad negros; su capitán, un tal La Bouche, esperaba hacerse con una rica presa, lo que lo ponía ansioso en la caza; pero cuando se acercó lo bastante para ver sus cañones, y el número de hombres en cubierta, empezó a pensar que podía ser él el cazado, al tomarlo por un pequeño buque de guerra inglés. Sin embargo, como no había escapatoria, optó por una acción atrevida y desesperada, consistente en abordar a Davis. Enfiló hacia él con esa intención, al tiempo que disparaba un cañonazo e izaba los colores negros. Davis devolvió el saludo e izó su enseña negra también. El barco francés no se alegró poco ante esta feliz equivocación; arriaron ambos sus botes, y los capitanes se reunieron y congratularon con bandera de tregua en sus popas; intercambiaron un montón de cortesías, y La Bouche pidió a Davis que navegaran juntos a lo largo de la costa, a fin de conseguir él un barco mejor. Accedió Davis, y le prometió muy cortésmente darle el primer barco que apresasen adecuado para este uso, ya que deseaba alentar a un buen hermano.

El primer lugar de la costa que tocaron fue Sierra Leona, donde nada más entrar divisaron un barco fondeado; como era Davis el más velero, se acercó

primero, y extrañado de que no intentase huir, sospechó que se trataba de un barco con fuerza. Cuando llegó junto a él, borneó sobre su cable y mandó una andanada completa a Davis al tiempo que izaba bandera negra. Davis izó su bandera negra de igual manera, y disparó un cañonazo a sotavento.

En resumen, resultó ser un barco pirata de veinticuatro cañones, mandado por un tal Cocklyn, quien esperando que los dos fuesen presas los había dejado entrar, por temor a que al izar él sus velas se asustasen y huyesen.

Grande fue la alegría por parte de todos ante esta conjunción de aliados y hermanos en la iniquidad, y pasaron dos días cultivando su conocimiento y amistad. Al tercer día, Davis y Cocklyn acordaron embarcar en el bergantín de La Bouche y atacar el fuerte. Decidieron dirigirse allí con la marea alta; los del fuerte sospecharon qué eran realmente y se aprestaron a la defensa. Cuando el bergantín llegó a la distancia de un disparo de mosquete el fuerte descargó todos sus cañones sobre él. Lo mismo hizo el bergantín sobre el fuerte, y así estuvieron varias horas, hasta que llegaron los dos barcos aliados en apoyo del bergantín. Los que defendían el fuerte, al ver semejante número de hombres a bordo de estos barcos no tuvieron valor para seguir resistiendo, y abandonaron el fuerte dejándolo a merced de los piratas.

Tomaron éstos posesión de él y permanecieron siete semanas, tiempo en el que limpiaron sus barcos. Debíamos haber dicho que mientras estaban en la rada entró una galera que Davis insistió en que fuera para La Bouche, según la palabra que él le había dado antes; y como Cocklyn no se oponía, la tomó La Bouche, embarcó en ella con su tripulación, le quitó media cubierta y le montó veinticuatro cañones.

Convocaron un consejo de guerra, y acordaron navegar juntos a lo largo de la costa; y para mayor pompa, nombraron un comodoro, que fue Davis. Y no hacía mucho que se hallaban bebiendo a bordo de Davis cuando parece que se enzarzaron en una disputa, probablemente porque el aguardiente aventó el espíritu de la discordia. Pero Davis la zanjó al punto con este breve discurso: «Oídme los dos, Cocklyn y La Bouche: me doy cuenta de que al haceros fuertes os he puesto en las manos un bastón para pegarme. Aún soy capaz de emprenderla con los dos; pero ya que nos hemos conocido en amistad, separémonos en amistad, porque veo que tres del mismo negocio jamás pueden ponerse de acuerdo.» Dicho lo cual se volvieron los otros dos a sus respectivos barcos, y se separaron sin más, tomando cada cual un rumbo diferente.

Davis siguió costeando, y a la vista de cabo Appollonia topó con dos naves, una escocesa y la otra inglesa; las saqueó y las soltó a continuación. Unos cinco días más tarde topó con un contrabandista holandés de treinta cañones y noventa hombres (la mitad ingleses) frente a la bahía de cabo Tres Puntas. Davis se situó a su través; el barco holandés hizo el primer disparo, mandando una andanada a Davis que mató nueve hombres; Davis le replicó, y a continuación siguió un combate enconado que duró desde la una del mediodía a las nueve de la mañana siguiente, en que se rindió el holandés y se entregó.

Davis adaptó el barco holandés para su propio uso, y lo llamó el *Rover*, a cuyo bordo montó treinta y un cañones y veintisiete colisas; y con él y el *King James* continuó viaje hasta Anamaboe; entró en la bahía entre las doce y la una del mediodía, y encontraron allí tres barcos fondeados que estaban comprando negros, oro y colmillos; dichos barcos eran el pingue *Hind*, capitán Hall, el *Princess*, capitán Plumb, del que Roberts (que desempeñará un importante papel en la continuación de esta historia) era segundo oficial, y la balandra Morrice, capitán Fin. Apresó estos barcos sin ninguna resistencia, y después de saquearlos regaló uno de ellos, la balandra Morrice, a los holandeses, sólo a bordo de la cual encontraron ciento cuarenta negros, además de tejidos, y una considerable cantidad de polvo de oro.

Y ocurrió que cuando entró Davis había al costado de esta última varias canoas que huyeron a tierra; informaron al fuerte de que estos barcos eran piratas, y el fuerte abrió fuego sobre ellos, aunque sin ninguna eficacia, porque el metal que lanzaban no tenía peso suficiente para alcanzarlos. Así que Davis, a manera de desafío, izó su bandera negra y les devolvió el saludo.

El mismo día zarparon con los tres barcos, bajando por la costa rumbo a Príncipe, una colonia portuguesa. Pero antes de proseguir la historia de Davis vamos a facilitar al lector información sobre los asentamientos portugueses en esta costa, con otras curiosas observaciones, tal como me las ha contado a mí un caballero digno de todo crédito que acaba de llegar de esas latitudes.

Descripción de las islas de Santo Tomé, Príncipe y Annobón

Como los portugueses fueron siempre grandes expertos en navegación, y los primeros europeos en comerciar y establecerse en las costas africanas, incluso en

dar la vuelta hacia la India y efectuar descubrimientos que tanto beneficio reportan hoy a otras naciones, no estará de más que antes de adentrarme en la descripción de esas islas diga unas palabras sobre la prodigiosa propiedad de la calamita, descubierta poco antes, y que les permitió emprender nuevas y osadas navegaciones.

El poder de atracción de la calamita era universalmente conocido por los antiguos, como puede inferirse del hecho de ser un fósil nativo de los griegos (*magnes a magnesia*); pero su directriz, o virtud polar, se conoce desde hace sólo 350 años, y parece que fue descubierta por Juan Goia de Malphi, en el reino de Nápoles: *Prima dedit nautis usum magnetis Amalphi*, aunque otros creen y aseguran que fue Paulus Venetus, que la llevó de China a Italia, como las otras famosas artes de uso moderno entre nosotros: la IMPRENTA y la utilización de los CAÑONES.

Las otras propiedades o perfeccionamientos del imán, a saber: la declinación, o desvío de la línea exacta N o S, la variación de esa variación, y su inclinación, fueron descubrimientos de Sebastián Cabot, el Sr. Gellibrand y el Sr. Norman. La inclinación de la aguja, o esa propiedad por la que mantiene una elevación más allá del horizonte en todas partes menos en el ecuador (en su paralelo), es un fenómeno de lo más sorprendente, y fue descubierto por compatriotas nuestros; y de haberse podido encontrar regularidad, supongo que habría ayudado muchísimo al descubrimiento de la longitud, o al menos habría señalado mejores métodos que los conocidos hasta aquí, cuando los barcos se acercaban a tierra, lo que podría haber contribuido a un fin igualmente útil.

Antes de la verticidad y uso de la brújula, las navegaciones portuguesas habían llegado hasta el cabo Non (era el *non plus ultra*, y consiguientemente lo llamaban así); el mal tiempo había arrojado algunos barcos costeros a Porto Santo y Madeira, antes de que se inventase ningún método seguro de marear; pero después que se viera la virtud que poseía la aguja, la navegación fue mejorando de año en año con el gran apoyo que prestaron Enrique, Alfonso y Juan II, reyes de Portugal, durante parte del siglo XIV y todo el XV.

No le anduvo en zaga a su predecesor el rey Alfonso en cuanto a dar aliento a estos descubrimientos, sino que viendo las ventajas que reportaban a Portugal, y dado que el papa había confirmado la adjudicación a perpetuidad de cuanto descubriesen entre el cabo Bojador y el de la India, ambos incluidos, resolvió no descuidar la oportuna ayuda, y arrendó los beneficios resultantes, o que pudieran resultar, a un tal Bernardo Gómez, ciudadano de Lisboa, que en cada viaje estaba obligado a descubrir 100 leguas más, y hacia el año 1470 llegó a estas islas, únicos

lugares (de todas las grandísimas y dilatadas colonias que tuvieron en África) que aún pertenecen a esa corona.

La más importante de las tres es la de Santo Tomé, cuyo gobernador ostenta el título de capitán general de las islas, de quien recibe órdenes el de Príncipe, si bien es nombrado por la corte de Portugal. Santo Tomé es obispado y cuenta con un nutrido clero secular que no parece tener formación ni devoción, como puede inferirse del hecho de que varios de ellos son negros. Uno de los principales nos invitó a oír una misa a manera de diversión, para matar el rato, en el curso de la cual él y sus cofrades de rango inferior hacían gestos afectados y entonaban cánticos, mostrando para vergüenza de ellos mismos que no tenían otro objeto que el de agradarnos; y lo que aún me parece peor: lo hacían de manera interesada; porque estos clérigos son los principales comerciantes, y están dispuestos a utilizar los métodos más deplorables y escandalosos para congraciarse; en este terreno del comercio, mantienen una gran armonía con el gobierno, dado que están siempre celosos los unos del otro, y practican pequeñas artes engañosas para monopolizar lo que los extranjeros ofrecen vender, sean juguetes o tejidos, de los que siempre hay demanda de todas las clases por parte de los portugueses en todas las regiones del mundo: un traje negro corriente puede venderse por siete u ocho libras; una peluca *turnstile* de cuatro chelines por un moidor; un reloj de cuarenta chelines por seis libras, *etc.*

La ciudad está formada de edificios bajos, aunque grandes y muy poblados, y aquí reside la mayor parte de los nativos, cuyo número, contando los de toda la isla, asciende a unos 10.000; la milicia la componen unos 3.000, y son por lo general una cohorte de granujas y ladrones, como puede atestiguar un viejo amigo mío, que es persona seria: bajó a tierra con una bolsa de ropa de segunda mano para cambiar por provisiones, se sentó en la playa con tal propósito, y al poco rato se arremolinó a su alrededor una pequeña multitud para verla; uno de la concurrencia se interesó por un traje negro que quiso la mala suerte que quedase encima de las demás prendas y fuera el mejor; aceptó el precio sin mucho regateo, con tal que le estuviera bien; se lo puso lo más deprisa que pudo, sin murmurar siquiera un *com licença senhor*, y cuando mi amigo se disponía a alabar la bondad del traje y lo bien que le sentaba sin recelar descaro ninguno, el granuja salió corriendo de la multitud, y mi amigo gritando tras él; y aunque había presentes unas 500 personas, no hicieron otra cosa que apartarse para que el ladrón pudiese huir con más celeridad, de manera que mi amigo perdió el traje, y antes de que tuviese tiempo de volver a recoger la bolsa de ropa, otros habían golpeado a su sirviente y se habían repartido el resto.

La mayoría de los barcos que hacen la ruta de Guinea de su propia nación, y frecuentemente los de la nuestra, hacen escala en una u otra de estas islas para abastecerse de provisiones frescas y cargar agua, ya que la de la costa no es tan buena ni está en lugar tan cómodo para tomarla. Así mismo, sus barcos, cuando entran aquí, se ven obligados a pagar al rey un impuesto por los esclavos que lleven, cosa que hacen siempre en oro, a tanto la cabeza, sin deducción ninguna en Brasil por la mortalidad que pueda haber después; como se hace por medio de un banco permanente para pagar los impuestos civiles y militares del gobierno, se evita la inconveniencia de los giros, y esta isla y la de Príncipe se mantienen lo bastante provistas para pagar en dinero cualquier cosa que necesiten de los europeos.

Sus vacas son flacas (unas doscientas libras de peso o poco más); pero las cabras, cerdos y aves son muy buenos, el azúcar que tienen se nota poco refinado y sucio, y el ron es muy ordinario; como estos productos se hallan en manos de gente que tiene necesidad de otras cosas, vienen a nosotros a cambiar, lo que hacen a muy bajo precio: un buen cerdo lo cambian por un machete; un buen pollo por una cuarta de tabaco de Brasil (de otro tipo no se valora), *etc.* Pero en dinero se les puede comprar una cabeza de ganado por ocho dólares; una cabra por tres dólares; un cerdo adulto por seis dólares; una gallina por un testón y medio; un galón de ron por un dólar; una arroba de azúcar por dos dólares, y una docena de loros por medio dólar. Hay aquí también abundante cereal, y harina de lima, limón y ñame.

La isla tiene casi la forma de un cuadrado, de unas 18 leguas cada lado, es montañosa y se halla situada justo en la línea equinoccial; un puente de madera que hay fuera de la ciudad, dicen que no se desvía ni una pequeña fracción de minuto al sur ni al norte. Sin embargo, pese a esta latitud cálida, con soles constantemente verticales, los isleños son muy sanos, cosa que los inclinados al humor atribuyen mayormente al hecho de no haber un solo cirujano o físico entre ellos.

La isla de Príncipe, la siguiente en tamaño, es un lugar placentero y delicioso para el carácter grave y meditabundo de los portugueses, una mejora del retiro campestre, en el sentido de que éste puede ser un apartamiento ininterrumpido del mundo.

Dividiré lo que tengo que decir de esta isla en observaciones realizadas durante nuestra llegada acerca de los mares que la rodean, el puerto, la producción de la isla y las épocas del año, el modo de vida de sus habitantes, alguna costumbre de los negros, con las deducciones lógicas en cada apartado que puedan

ilustrar la descripción e informar al lector.

Llegamos aquí, desde Whydah, a finales del mes de julio, cuando las lluvias han terminado y los vientos soplan del SW (lo mismo que antes de las lluvias lo hacían del SE); aunque con ese viento (estábamos en la mar) nos dimos cuenta de que el barco ganaba tan inesperadamente para el sur (o sea barlovento) que con toda facilidad habríamos podido doblar cualquiera de las islas (y ésta parece casi imposible que pueda serlo), si las corrientes, que son muy fuertes a sotavento en la rada de Whydah, se hubieran extendido de manera parecida por la hendidura de Benin; pero debe de ser muy difícil doblar incluso Cabo Formosa; aprovecharé la ocasión para extenderme más sobre las corrientes de toda la costa de Guinea.

La costa sur de África (o sea la costa de Guinea) discurre en una línea de latitud, y la norte en la línea hacia el este; pero ambas son rectas, con menos ensenadas, golfos y bahías que ninguna de los cuatro continentes; el único golfo grande y notable es el de Benin y Calabar, hacia el que tienden las corrientes de cada costa, de las que la más fuerte es la de dirección sur, porque está más abierta a una mar más ancha, cuyo arranque (aunque pequeño e imperceptible a distancia desde tierra) da origen a las corrientes litorales que, más que corrientes, son mareas alteradas y turbadas por la forma y configuración de las tierras.

Como prueba de esto debo consignar las siguientes observaciones comprobadas: que en los ríos de Gambia y Sierra Leona, en los estrechos y canales de Benin, y en general a lo largo de toda la costa, las corrientes son regulares, con una diferencia: que en los citados ríos, y en los canales de Benin, donde las costas constriñen las aguas a una estrecha extensión, las mareas se hacen fuertes y grandes, a la vez que regulares; pero en la costa abierta, donde repercute de manera uniforme, son lentas y bajas (no por encima de los dos o tres pies), aumentando a medida que avanzamos hacia Benin; fenómenos que se hacen mucho más evidentes que en Cape Coast, Succonda y Commenda; y donde la tierra describe una curva y forma una detención, los niveles aumentan regularmente a cuatro pies o más; cuando la costa se hace más lisa (aunque sea contigua), no exceden de los dos o tres pies; y diez leguas más afuera (donde no hay tales interrupciones) se vuelven escasamente o nada perceptibles.

Lo que deduzco de esto, además de una confirmación de esa ingeniosa teoría de las corrientes del capitán Halley, es: primero, que los barcos que se dirigen a Angola, Cabenda y otros lugares de la costa sur de África, deben cruzar la línea equinoccial desde cabo Palmas y poner rumbo a una latitud meridional sin alejarse demasiado de la costa occidental. La razón es clara; porque si intentamos

cruzarla por las islas tropezaremos con calmas, vientos del sur y corrientes contrarias; y si nos alejamos demasiado hacia poniente, tendremos los alisios, que son fuertes y desfavorables, y que nos obligarán a mantenernos en los 28° o 30° latitud sur, hasta que se vuelvan variables.

En segundo lugar, en la parte norte de Guinea, si los barcos se dirigen de Costa de Oro a Sierra Leona, Gambia o algún otro lugar a barlovento, considerando la debilidad de estas corrientes, y las brisas terrales favorables, que soplan del sur con las lluvias, tornados e incluso los alisios, cuando uno se halla a la altura de cabo Palmas, es más práctico proseguir viaje por ahí que tomar un rumbo largo y tortuoso de 4 o 500 leguas al oeste, y otras tantas más al norte, como ocurriría antes de tener un viento que pueda hacernos recuperar la costa.

Por último, debido en gran medida a esta falta de ensenadas, dado que los ríos son pequeños y no navegables, los mares se estrellan con peligroso oleaje en el continente entero.

En torno a las playas de esta isla, y en esta estación (julio, agosto y septiembre), hay gran afluencia de ballenas, que se acercan mansas y juguetonas a los barcos que entran, siempre en parejas, las hembras mucho más pequeñas, y se las ve a menudo volverse boca arriba para el galanteo, prólogo del engendramiento. Tienen un enemigo: un tiburón de gran tamaño que frecuenta dichas latitudes en esa época del año y se enfrenta a la ballena saltando fuera del agua a considerable altura y cayendo sobre ella con su gran peso y fuerza; se dice que en esas batallas interviene también un pez espada que hostiga a la ballena forzándola a subir a la superficie; pero aun sin esta ayuda, creo que se ahogaría si es obligada a moverse violentamente, a menos que salga a menudo al aire a ventilar, y recobrar con ello una circulación más regular de la sangre. Tampoco creo que sea combatida como presa, sino para obligarla a alejarse de donde quizá hay alimento para las dos especies. El número de ballenas aquí me ha hecho pensar a veces que se podría crear una pesquería ventajosa, aunque supongo (como pasa con las de Brasil) que son una especie que sólo da una parte provechosa, la llamada hueso de ballena; así que lo único que hacen los isleños es, de cuando en cuando, salir con dos o tres canoas a acosar a alguna por diversión.

Los acantilados y bordes exteriores de la isla son lugares predilectos de gran variedad de aves marinas; allí anidan sobre todo los pájaros bobos y los *noodies*; los primeros son del tamaño de una gaviota, de color oscuro, así llamados por su simplicidad, porque a menudo se quedan quietos y dejan que los marineros los cojan con la mano; pero supongo que esto ocurre mayormente porque están

rendidos, y por la envergadura de sus alas, ya que una vez que se han posado no tienen espacio necesario para alzar el vuelo y flotar en el aire. Los *noodies* son más pequeños, y palmípedos como los otros.

Lo que quisiera resaltar es el instinto admirable que tienen estas aves para dirigirse en la estación adecuada a los lugares convenientes para mantenerse. En los meses que he dicho, cuando aparecen por aquí peces grandes, las numerosas bandadas de aves encuentran abundancia de freza y sobra de alimento; en cambio en enero escasea, y por esa razón apenas se ven aves marinas en la costa africana; los acantilados y los islotes son por lo general su mejor refugio y lugar de subsistencia.

El puerto de la isla de Príncipe está situado al ESTE; en la parte norte tiene sondas graduales, pero aquí el agua es profunda, de manera que con 140 brazas de línea no se alcanza fondo a una milla. El puerto (una vez dentro) es una bahía estrecha y tranquila, al resguardo de los vientos (a menos que soplen del sur), y recortada en otras más pequeñas y arenosas, idóneas para plantar tiendas, hacer aguada y echar la red, y todas protegidas por un fuerte, o más bien una batería de una docena de cañones en la banda de babor. En la punta de la bahía se alza el pueblo, a una milla de los fondeaderos, y consiste en dos o tres calles regulares, formadas por casas de madera, donde residen el gobernador y los hombres principales de la isla. Aquí las aguas son someras hasta considerable distancia, y los nativos, en el momento del reflujo, tras acotar previamente un ángulo conveniente colocando piedras (algo así como las presas de río que hacemos en Inglaterra), salen a coger peces, en lo que encuentran diversión diaria, así como un medio de subsistencia, ayudando 500 con palos y cestas de mimbre que, si no pueden sumergirlas con una mano, las hunden con la otra. El nivel de la pleamar sube regularmente unos 6 pies en el puerto; sin embargo no llega ni a la mitad de esa altura fuera de los cabos que cierran la bahía.

Aquí hay perpetuamente dos misioneros, enviados por un periodo de seis años, para inculcar los principios cristianos, y más especialmente para atender a la conversión de los negros; los actuales son venecianos, hombres ingeniosos que parecen despreciar la laxa moralidad y conducta de los seglares, y se quejan de ellos como de los esclavos, *ut color mores sunt nigri*. Poseen una cuidada casa conventual con un huerto en el que, con su propia laboriosidad y cuidado, no sólo cultivan varias especies nativas de ese suelo, sino también muchas plantas exóticas y curiosas. En especial, un fruto más grande que la castaña, amarillo, que contiene dos huesos, con pulpa, o más bien una sustancia viscosa alrededor, que cuando se chupa supera en dulzura al azúcar y la miel, y tiene más intensa que estas

sustancias la propiedad de dar sabor dulce a todo líquido que uno bebe después durante toda la tarde. La única plaga que infesta el huerto son unos bichos llamados cangrejos de tierra, de los que hay cantidades enormes, y son de un color rojo brillante (por lo demás son como los de mar), los cuales hacen madrigueras en estos suelos arenosos como los conejos, y son igual de esquivos.

La isla es una grata mezcla de colinas y valles; las colinas están cubiertas de cocoteros y algodoneros donde viven numerosos monos y loros; los valles tienen fructíferas plantaciones de ñames, kululas, papas, una variedad de lechuga, ananás o piñas, guavas, plátanos, bananas, mandiocas y maíz, además de aves de corral, gallinas de Guinea, patos almizclados, cabras, cerdos, pavos y vacas salvajes, con un pequeño poblado de negros en cada una que, bajo la dirección de sus diversos amos, se ocupan del cultivo y cambian o venden por dinero lo que cosechan más o menos a los mismos precios que los de Santo Tomé.

Voy a dar una descripción de los productos agrícolas, con sus propiedades, porque no sólo se dan en esta isla, sino en toda África en general.

Las palmeras son abundantes en todas las costas de África, de manera que pueden considerarse como la primera curiosidad natural, y proporcionan comida, bebida y vestido; crecen muy rectas y alcanzan de 40 a 50 pies de altura, y en la copa (sólo) tienen 3 o 4 círculos de ramas que se extienden formando una amplia sombrilla. El tronco es muy tosco y con nudos, que son cicatrices o excrecencias de las ramas que se cortan para permitir el crecimiento del árbol y favorecer la producción de frutos. Las ramas están fuertemente unidas con una corteza que puede desenmarañarse hasta una longitud y anchura considerables; sé que en Benin trabajan la laminilla interior de esta corteza como un tejido que después tiñen y usan como vestido; debajo de las ramas y cerca del tronco cuelgan los frutos, treinta manojos, quizá, por cada árbol, de unas treinta libras de peso cada manojo, con películas espinosas entre ellos, lo que les da un aspecto no muy distinto del erizo; de estas nueces se saca un aceite de fragancia agradable que se utiliza como alimento y salsa en toda la costa, sobre todo en la parte de barlovento de África, donde los machacan, hierven y despellejan en grandes cantidades; debajo de la unión de las ramas hacen agujeros, y de esta manera sacan un vino que llaman *cockra*; los negros, que son de lo más ágiles y activos, se rodean a sí mismos y al tronco con un aro de soga resistente, y con eso suben a increíble velocidad; en el arranque de un ramo de nueces hacen una excavación de una pulgada y media, atan junto a ella una calabaza, y dejan que destile unos dos o tres cuartos de hora, durante la noche; después taponan la cavidad, y escogen otra; porque si se deja supurar demasiado una sola, o se hace este sangrado durante el

día, se puede agotar imprudentemente la savia, y secarse el árbol. El licor así extraído es de un color lechoso, embriagante, y se pone agrio en 24 horas pero recién sacado es agradable para la sed y el hambre. De estos vinos sacan el raque en la India. En la copa misma de la palmera crece una col, así llamada, creo, por cierto parecido que tiene en el sabor con la nuestra, y se utiliza igual; la cubierta tiene un vello que hace la mejor mecha, y con el tejido de otras partes que se sacan se hacen hilos fuertes.

Los cocoteros tienen las ramas iguales, pero no son tan altos como las palmeras; el fruto, como en ellas, crece debajo de las hojas y cerca del tronco; el licor lechoso que contienen (como media pinta o más) se bebe a menudo para apagar la sed, aunque empacha, lo que puede observarse en la distribución de su alimento, que cuando es grande la cantidad de leche, la cáscara y la carne son muy delgadas, y se hacen recias y gruesas, proporcionalmente, conforme la pierde.

El árbol del algodón también se da en todas partes en África, igual que en las islas, y son de tamaño enorme, aunque no produce tanto como los arbustos o matorrales de cinco a seis pies; dan un fruto (si es que puede llamarse así) del tamaño de un huevo de paloma que, una vez que el sol lo desarrolla y madura, revienta y pone al descubierto tres celdas repletas de algodón, con semillas en el interior de esos copos: éste, en la mayoría de las regiones, saben hilarlo los negros, y aquí en Nicongo y en la isla de Santiago lo tejen para hacer ropa.

El ñame no es sino una raíz normal y corriente, más dulce que la patata, aunque no diferente de forma; el kalulu es una yerba como la espinaca; la papa es un fruto más pequeño que una calabaza pequeña; estos tres últimos productos se suelen cocer, y se acompañan de carne; el último lo mejoran los ingleses con el sabor de un nabo o de una manzana, con una mezcla de mantequilla y lima.

La guayaba, fruto del tamaño de una pera, con semillas y huesos, tiene un sabor áspero y astringente; aunque nunca se ha dicho nada que lo recomiende, en las Indias Occidentales es corriente entre los criollos preferirlo al melocotón o la nectarina (el que ha probado uno y otro); no sorprende, toda vez que son gente con el gusto lo bastante estropeado como para preferir sapo con concha (como Ward llama a la tortuga) al venado, y las negras a las bellas damas inglesas.

El plátano y la banana son frutos de forma oblonga, y creo que difieren entre sí sólo *secundum major et minus*; si acaso, es preferible el segundo, y cuanto más pequeño, más sabroso; normalmente, una vez quitada la piel, se come en las comidas en vez de pan. La hoja del plátano es un detergente admirable, y aplicado

externamente he visto que cura las úlceras escorbúticas más rebeldes.

La mandioca es una raíz que brota de las ramas a la altura de un grosellero; de esta raíz los isleños hacen una fécula o harina que venden a tres reales la arroba, y mantienen con ella un considerable comercio con los barcos que hacen escala. Se obtiene de la manera siguiente: primero se exprime todo el jugo (que es venenoso), lo que se hace con ingenios, y a continuación las negras la frotan contra una piedra rugosa, reduciéndola a una harina granulosa que guardan en sus casas, y utilizan para hervir, como nosotros la de trigo, y es buen alimento para esclavos, o hacen un pan blanco y fino, de buen sabor para ellos. Una cosa debo advertir sobre la mandioca de esta isla, y es que en el bosque abundan especies silvestres que son venenosas, de la clase más mortífera; porque a veces los que no saben prepararlas, al comerlas, se ocasionan la muerte. Los misioneros me han asegurado que les ha pasado esto a menudo con sus cerdos, y creen que tiene que ver con la mortalidad de nuestros marineros.

El maíz es también, como la harina de mandioca y la de arroz, una vitualla común de nuestros barcos de esclavos, y se vende aquí a 1.000 mazorcas los dos dólares. La planta de este cereal alcanza una altura de ocho a nueve pies, consiste en una caña o tallo rígido, y cada seis pulgadas brota una hoja larga; en lo alto tiene siempre una espiga, o más bien mazorca, de unos 400 granos quizá; y a menudo cada tallo da dos, tres o más, a media altura.

También hay tamarindos; y otro tipo de árbol llamado cola cuyo fruto, o nuez (como del tamaño de una castaña, y amargo) lo mastican los portugueses para dar sabor dulce al agua que beben. Pero sobre todo me enseñaron la corteza de uno (cuyo nombre desconozco) que me aseguraron con toda seriedad que tiene la propiedad de aumentar el miembro viril; no soy aficionado a esta clase de presunciones, ni creo en el poder de ningún vegetal, aunque debo reconocer que he visto cosas de este tipo entre los negros que son innegablemente extraordinarias. Sin embargo, aunque puede que las damas no tengan ningún deseo de que se importe esta clase de corteza, debo advertirles que se ha comprobado que al aumentar de tamaño se vuelve menos vigoroso. Casi se me olvida citar el árbol de la canela: sólo hay una plantación, y está a la entrada de la quinta del gobernador; crece extremadamente bien, y da una corteza no inferior a nuestra canela de la India. La explicación de por qué no cultivan más ésta y otras especias está, probablemente, en su recelo de que algún vecino poderoso pueda llegar a codiciar esta isla.

Tienen dos inviernos —o más bien primaveras— y dos veranos; sus

inviernos, que son estaciones lluviosas, llegan en septiembre y febrero, o marzo, y duran dos meses, confiriendo ese poder generador y fértil a la tierra que le hace dar doble cosecha al año con poco sudor y trabajo.

Hic ver assiduum atque alienix mensibus æstas

—bis gravide pecudes, bis pomis utilis arbos[4].

La llegada de estos inviernos es con *travados*, o sea con súbitas y violentas rachas de viento acompañadas de truenos, relámpagos y copiosos chaparrones, aunque breves; y la siguiente luna nueva o llena a esas partes del año, hace llegar infaliblemente la lluvia, que una vez que empieza cae sin interrupción; y la más fría es en febrero. Parecidas a éstas hay también estaciones lluviosas en toda la costa de África: si existe algún modo general de calcular su época ha de ser por el curso del sol, en lo que respecta sólo a la línea equinoccial; porque si estos equinoccios son estaciones lluviosas en todo el mundo (como me inclino a pensar que lo son), sea cual sea la causa secreta que opera en esa posición del sol para producirlas, lo hace más eficazmente en las latitudes vecinas; y por tanto, según avanza el sol, las lluvias llegan a *Whydah* y la Costa de Oro en abril, y a la parte más a barlovento de Guinea en mayo. La otra estación del retorno del sol al sur las hace más inseguras e irregulares en el norte de África; volviendo al sur otra vez, proceden de manera parecida, y llegan a cabo López en octubre, a Angola en noviembre, *etc.*

La vida de los portugueses aquí es de una frugalidad y sobriedad rayana en la penuria y la hambruna; una muestra doméstica de esto la tenemos en la voracidad de sus perros, que al hallar tan limpia la escudilla en casa, parece que enloquecen de hambre y escarban las sepulturas para comerse a los muertos, como he visto yo muchas veces. Y ellos mismos son flacos con avaricia, y poseen esa virtud cristiana que a menudo es su consecuencia: la resignación. Y si adiestrasen a su ganado en esto mismo podrían hacer mucho dinero, o no dependería su provisión tan directamente de la Providencia. La mayoría (salvo el gobernador de cuando en cuando) ni hace ni recibe visita ninguna de aventura o esparcimiento: por las noches se sientan a las puertas de sus casas, en la calle, y como es una isla pequeña, y pocos tienen la plantación tan lejos que no puedan visitarla a diario si quieren, su conversación gira principalmente sobre cómo les va con sus negros, o

cómo está la tierra, y después se separan inocentemente, aunque vacíos.

Los negros no tienen un trabajo penoso, y son relativamente felices en su esclavitud; porque como su alimento consiste principalmente en vegetales que no podrían emplearse de otro modo, no ha lugar a murmuraciones; y además, como su ocupación es doméstica, en el servicio de la casa o en el trabajo de la huerta, sembrando o plantando no hacen sino lo que a todo el mundo le gustaría hacer por salud o por placer. Lo más fatigoso para ellos, si acaso, es transportar a sus amos o sus esposas a las plantaciones, ida y vuelta; porque lo hacen en unas hamacas (que en Whydah llaman «serpentinas») colgadas de un palo, con una tela por encima para proteger a la persona así transportada del sol y la intemperie, y los esclavos marchan a uno y otro extremo; pero incluso eso, me parece, es mejor que la dudosa libertad que posee un hombre, para sí y sus herederos, de trabajar en una mina de carbón.

Los negros son en su mayoría, por interés de sus amos, cristianos. Al menos nominalmente; porque salvo unos pocos, conservan muchas costumbres paganas en sus Fiestas y sus duelos; y en cierta medida la mayoría se han introducido en el vulgo de raza mulata y portuguesa.

Cuando muere una persona de ese color, sus parientes y amigos se reúnen en la casa donde tienen el cadáver decentemente arreglado, tendido en el suelo y cubierto (todo salvo la cara) con una sábana: se sientan a su alrededor, y lloran y aúllan horrorosamente, de manera no muy diferente de como dicen que hacen nuestros compatriotas en Irlanda; este duelo dura ocho días con sus noches, aunque no mantienen la misma intensidad, porque según salen y entran, y se cansan, y se sienten desigualmente afectados los amigos que componen el coro, el tono disminuye de día en día, y se alargan los intervalos entre un llanto y otro.

En las fiestas y celebraciones son igual de ridículos; normalmente son por haberse salvado alguien amigo de un naufragio u otro peligro. Se reúnen en la habitación espaciosa de una casa, con una especie de rabel, acompañado del cual uno de la concurrencia, quizá, canta de manera lamentable; el resto, que anda de pie por la habitación, se acerca a hacer las peticiones, salen por turno (uno o dos cada vez) a dar vueltas, que ellos llaman bailar, mientras los demás baten palmas continuamente, y aplauden a cada pequeño *abeo*, lo que no significa otra cosa que, «qué tal está». Y esta sosería de jolgorio se prolonga tres o cuatro días, quizá a razón de doce a dieciséis horas cada uno.

Los portugueses, aunque eminentemente abstemios y sobrios en todo lo

demás, no tienen contención en cuanto a la lujuria; y quizá suplen con lo primero la falta de cirujano, a manera de antídoto para los excesos de su promiscua salacidad: la mayoría están aquejados de enfermedades venéreas, y con la edad se vuelven flacos y hécticos. Yo he visto aquí dos casos en los que las úlceras venéreas habían devorado al enfermo hasta las entrañas, espectáculo que habría convencido a cualquiera (creo) de lo saludable que es la restricción de las leyes.

Annobón es la última y menos importante de las tres islas; tiene abundante fruta y provisiones, que cambian en los barcos por ropa vieja y baratijas de toda clase; tienen un gobernador que es nombrado desde Santo Tomé, y dos o tres sacerdotes, ninguno con vocación, que viven a su antojo y están llenos de ignorancia y lujuria.

Volviendo a Davis, a la madrugada siguiente de salir de Anamaboe el hombre de la cofa avistó una vela. Hay que decir que mantenían muy buena vigilancia; porque según su código el primero que descubre una vela, si después es una presa, tiene derecho al mejor par de pistolas que encuentren en ella, además de su parte en el botín, cosa de la que se sienten especialmente orgullosos; a veces han llegado a venderse unos a otros un par de pistolas por treinta libras.

Le dieron caza inmediatamente, y no tardaron en llegar a su altura. Era un holandés; y como estaba entre Davis y la costa, desplegó toda la vela que pudo con intención de encallar. Adivinó Davis su propósito, puso todas sus velas pequeñas, le dio alcance antes de que lo lograra y le mandó una andanada, con lo que el holandés se rindió y pidió cuartel. Se lo dieron, porque el código de Davis estipulaba que darían cuartel siempre que se les pidiera, bajo pena de muerte.

Este barco resultó ser una presa riquísima, ya que llevaba a bordo al gobernador de Acra, con todos sus bienes, de regreso a Holanda. En dinero encontraron la suma de 15.000 libras esterlinas, además de valiosas mercancías, todas las cuales trasladaron a bordo de ellos.

Ante este nuevo éxito devolvieron al capitán Hall y al capitán Plumb sus respectivos barcos, no sin antes reforzar su propia compañía con treinta y cinco hombres más, todos blancos, tomados de ellos y de la balandra *Morrice*. También devolvieron a los holandeses su barco después de saquearlo como hemos dicho.

Antes de llegar a la isla de Príncipe, uno de sus barcos, el llamado *King James*, empezó a hacer agua. Davis ordenó a la tripulación que pasase a su propio barco, con todo lo que fuese de utilidad, y lo dejó fondeado en Alto Camerún. En

cuanto avistaron la isla izaron la enseña inglesa. Los portugueses, al ver un barco grande que se dirigía a ellos, mandaron una pequeña balandra para averiguar quiénes eran. Saludó Davis a esta balandra, y le dijo que era un buque de guerra inglés que andaba buscando piratas, y que tenía noticia de que había algunos en estas costas. Así consiguió que lo recibieran como huésped bienvenido, y lo guiaron al interior del puerto. Saludó él al fuerte, que le respondió, fondeó justo debajo de sus cañones, y arrió la pinaza a la manera de los buques de guerra, mandando tripularla con nueve hombres y un patrón, para que lo llevasen a tierra.

Los portugueses, para hacerle más honor, enviaron una columna de mosqueteros a recibirlo y conducirlo ante el gobernador. Éste, que no sospechaba en absoluto qué era, lo acogió muy cortésmente, y le prometió proveerlo de cuanto producía la isla; Davis le dio las gracias, y le dijo que el rey de Inglaterra le pagaría todo lo que él necesitase embarcar; y tras intercambiar cortesías con él, regresó a bordo.

Y ocurrió que entró a aprovisionarse un barco francés al que a Davis se le metió en la cabeza saquear. Pero para darle a la cosa una apariencia legal, convenció a los portugueses de que este francés comerciaba con piratas, y que había encontrado varias mercancías piratas a bordo, que le había confiscado para uso del rey: esta patraña engañó tan bien al gobernador que alabó la diligencia de Davis.

Unos días más tarde el señor Davis, con catorce más, desembarcó secretamente y se dirigió al pueblo del interior, donde el gobernador y las demás personalidades de la isla tenían a sus esposas, con el propósito, como podemos suponer, de sustituir a los maridos. Pero fueron descubiertos, huyeron las esposas al bosque vecino, y Davis y el resto regresaron al barco sin ver cumplido su propósito. El incidente produjo algún revuelo, pero como nadie los conocía no los relacionaron con él.

Después de limpiar el barco y poner en orden todas las cosas, el pensamiento de Davis se orientó hacia lo principal, a saber: el saqueo de la isla; y como no sabía dónde estaba el tesoro, se le ocurrió una estratagema para apoderarse de él (como creía) sin muchos problemas. Consultó con sus hombres, y éstos aprobaron el plan; consistía en ofrecer al gobernador un presente de doce negros, como en correspondencia a sus cortesías, y a continuación invitarlo, con los principales y algunos frailes, a un banquete a bordo de su barco; y tan pronto como pisaran la cubierta encadenarlos y retenerlos hasta que pagasen un rescate de 40.000 libras esterlinas.

Pero esta estratagema resultó fatal para él, porque un negro portugués fue a nado a tierra durante la noche, delató el plan al gobernador y le contó también que había sido Davis el que había atentado contra sus esposas. Sin embargo, el gobernador disimuló, acogió cortésmente la invitación de los piratas, y prometió que irían él y los demás.

Al día siguiente, Davis, como para mostrar una mayor deferencia con el gobernador, bajó a tierra para recogerlo y llevarlo a bordo; fueron recibidos con la habitual cortesía él y los piratas que lo acompañaban (que dicho sea de paso habían adoptado el título de lores, y como tales habían asumido la misión de aconsejar y asesorar a su capitán en todas las ocasiones importantes, y por lo mismo gozaban de ciertos privilegios que no tenían los demás, como andar por el alcázar, utilizar la cámara principal, bajar a tierra cuando quisiesen, y tratar con personalidades extranjeras, o sea con los capitanes de los barcos que apresaban). Y como digo, se les rogó que fuesen a casa del gobernador a tomar algún refrigerio antes de regresar. Aceptaron sin recelar nada, y ya no volvieron. Porque les tendieron una emboscada, y a una señal dispararon una descarga cerrada sobre ellos. Cayeron todos menos uno que huyó: escapó en un bote y llegó al barco. Davis recibió los disparos en las entrañas; sin embargo, se levantó e hizo un débil intento de huir; pero sus fuerzas lo abandonaron en seguida, y cayó muerto. Al caer se dio cuenta de que lo seguían, sacó sus pistolas y disparó sobre sus perseguidores. Así, igual que los gallos de pelea, murió matando, de manera que no cayó sin vengarse.

CAPÍTULO IX

Del capitán Bartho. Roberts y su tripulación

Bartholomew Roberts zarpó de Londres con un empleo honrado a bordo del *Princess*, al mando del capitán Plumb, barco en el que iba de segundo oficial; dejó Inglaterra en noviembre de 1719 y llegó a Guinea el siguiente mes de febrero; y cuando estaba en Anamaboe cargando esclavos para las Indias Occidentales, fue apresado en dicho barco por el capitán Howel Davis, como se ha referido en el capítulo anterior. Al principio fue muy contrario a esa clase de vida, y a buen seguro se habría escapado de ellos si hubiese tenido clara ocasión; sin embargo después cambió de principios, como han hecho muchos en otros ámbitos, y quizá por el mismo motivo también, o sea, subir; y pudo conciliar con su conciencia, como jefe, lo que no le gustaba como hombre particular.

Suprimido Davis de la forma que he dicho, la compañía se vio en la necesidad de cubrir su puesto, para el que parecía haber dos o tres candidatos entre los más selectos de los que se daban a sí mismos el título de lores, como eran Sympson, Ashplant, Anstis, *etc.* Y para dirimir este asunto, en qué situación inestable y débil se encontraba la comunidad sin un jefe, puesto que Davis había sido eliminado de la manera que he dicho, dicen que lord Dennis propuso ante un tazón de ponche:

Que carecía de importancia quién fuera dignificado con el título de capitán; porque en realidad de verdad, en todo buen gobierno (como el de ellos) el poder supremo residía en la comunidad, que podía delegarlo o retirarlo de acuerdo con su interés o su humor. «Nosotros somos el origen de este derecho» —dijo—; y si un capitán tiene la insolencia de excederse en sus atribuciones en cualquier momento, nos lo cargamos y en paz. Y que su muerte sirva de advertencia a sus sucesores de las fatales consecuencias que la arrogancia les puede acarrear. Mi opinión, sin embargo, es que mientras estamos sobrios pongamos a un hombre con valentía, y experiencia en la navegación, que por su consejo y bravura parezca el más capaz de defender a esta comunidad y guardarnos tanto de los peligros y tempestades de un elemento inestable como de las fatales consecuencias de la anarquía. Y ese hombre para mí es Roberts, camarada en todos los respectos, y digno de vuestra estima y favor.

Todos aplaudieron con calor este discurso excepto lord Sympson, que ansiaba secretamente dicho título; tras este desencanto se puso sombrío, y los dejó,

jurando que le daba lo mismo quién fuera el capitán con tal que no se tratara de un papista, ya que había concebido contra éstos un odio irreconciliable porque su padre había caído en la rebelión de Monmouth.

Así que eligieron a Roberts, aunque sólo hacía seis semanas que estaba con ellos; confirmaron los lores y los comunes su elección, y él aceptó el cargo diciendo que, puesto que tenía las manos metidas en el fango y le tocaba ser pirata, prefería estar entre los que mandaban que entre los que obedecían.

Tan pronto como quedó restablecido el gobierno, ascendiendo a otros oficiales a los puestos de los que habían matado los portugueses, la compañía decidió vengar la muerte del capitán Davis, dado el especial respeto que la tripulación le había tenido por su buen talante, así como por su comportamiento y valentía en todas las ocasiones; y de acuerdo con esta resolución desembarcaron unos 30 hombres a efectuar un ataque al fuerte, al que había que subir por una empinada pendiente ante la boca de los cañones. Iban mandados por un tal Kennedy, individuo temerario y osado, aunque malvado y libertino; subieron cubiertos por el fuego artillero de su barco, y en cuanto los portugueses los descubrieron abandonaron sus puestos y huyeron al pueblo; los piratas entraron sin oposición, prendieron fuego al fuerte, arrojaron los cañones por el precipicio al mar y regresaron tranquilamente al barco.

Pero les pareció que con esto no quedaba suficientemente castigado el daño que habían recibido, y la mayoría de la tripulación se pronunció a favor de quemar el pueblo; Roberts dijo que daba su conformidad si alguien proponía una manera de llevarlo a cabo sin que acarreara su propia destrucción, porque el pueblo tenía una situación más segura que el fuerte, dado que había muy cerca un espeso bosque que proporcionaba protección a los defensores, que con esa ventaja, dijo, era de temer que abrieran fuego y resistieran mejor; además, que las casas les iban a proporcionar muy poca compensación por el trabajo y las pérdidas. Prevaleció este prudente consejo. Aun así, montaron el barco francés que habían apresado en este lugar con 12 cañones, y lo aligeraron con objeto de acercarlo al pueblo, dado que el agua tenía muy poco fondo, y con él derribaron varias casas; regresaron después a bordo, devolvieron el barco francés a los que tenían más derecho a él, y salieron del puerto alumbrados por dos barcos portugueses que tuvieron la satisfacción de prender fuego.

Roberts se dirigió hacia el sur, topó con un barco holandés procedente de Guinea, lo apresó, y después de saquearlo lo devolvió a su patrón. Dos días más tarde capturó un barco inglés llamado el *Experiment*, capitán Cornet, en cabo

López. Todos los hombres se pasaron al pirata, y como no podían llevarse el barco, lo quemaron; y a continuación pusieron rumbo a Santo Tomé; pero al no encontrar nada en esa ruta, se dirigieron a Annobón, donde hicieron aguada, cargaron provisiones y celebraron una votación para ver si el siguiente viaje lo hacían a las Indias Orientales o a Brasil. Y al decantarse la mayoría por lo segundo, pusieron rumbo hacia allí; y a los 28 días llegaron a Fernando, una isla deshabitada de esa costa. Hicieron aguada, embonaron el barco y se dispusieron a cruzar en busca de presas.

Ahora que estamos frente a esta costa, creo que es momento de ofrecer a nuestros lectores una descripción de este país, con algún comentario atinado de un amigo, sobre qué beneficioso comercio podrían desarrollar aquí nuestros mercaderes de las Indias Occidentales con poco riesgo.

Descripción de Brasil, &c.

Brasil (nombre que significa la Santa Cruz) fue descubierto para el rey de Portugal por Alvares Cabral, en el año del Señor de 1501, y se extendía casi desde el equinoccio hasta 28° S. El aire es templado y fresco en comparación con el de las Indias Occidentales, debido a las brisas más fuertes y al terreno más abierto, que ofrece menos obstáculo a los vientos.

La parte más al norte, que se extiende unas 180 leguas (una región hermosa y fértil), fue tomada a los portugueses por la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales en el año 1637 más o menos; pero los conquistadores, como suele ocurrir donde subsiste poca o ninguna religión, impusieron tan pesadas exacciones a los portugueses y aplicaron tal crueldad a los nativos que los predispusieron a una sublevación que el mismo desgobierno holandés se encargó de facilitar: porque los Estados, que se hallaban en ese tiempo muy atentos a sus colonias indias, no sólo retiraron al conde Morrice, su gobernador, sino que desatendieron el aprovisionamiento de sus guarniciones. Sin embargo, aunque las otras eran apoyadas por una flota de Portugal, y tenían el afecto de los nativos, los holandeses encontraron el medio de resistir y combatir a esta fuerza superior, desde 1643 hasta 1660, año en que las abandonaron definitivamente, con unas condiciones deshonrosas para los portugueses, a saber:

Que los holandeses, al renunciar, conservarían todas las plazas que habían conquistado en la India de Portugal. Que los portugueses debían pagar a los Estados 800.000 libras y concederles libertad para comerciar en África y Brasil, con los mismos impuestos y aranceles que los súbditos del rey de Portugal. Más tarde, no obstante, se han establecido nuevos acuerdos y tratados en virtud de los cuales los holandeses, que han sido totalmente excluidos del comercio en Brasil, tienen en su lugar un 10 por ciento del comercio libre en África; lo que se ha mantenido siempre en cada barco portugués (antes de empezar a cargar esclavos) con el general holandés de la Costa de Oro, en Des Minas.

Sólo hay tres ciudades comerciales principales en la costa de Brasil: São Salvador [Bahía],

São Sebastião y Pernambuco [Recife]. São Salvador, en la bahía de Todos los Santos, es arzobispado, lugar de residencia del virrey y principal puerto del comercio de importación, donde se guarda la mayor parte del oro de las minas, y de donde parten las flotas para Europa. En los mares que rodean la región abunda la ballena, de la que cuando es época se caza gran número; su carne se sala por lo general para proveer a los barcos de esclavos, y el aceite se reserva para la exportación, de 30 a 35 milreis la pipa.

Río de Janeiro (la ciudad de São Sebastião) es la que está más al sur de las portuguesas, y la peor provista de lo necesario, aunque está en un lugar cómodo para una colonia (dado que tiene cerca la mina), y conveniente para la vigilancia de los esclavos que, según me han dicho, rinden al amo un dólar al día, y se quedan con el plus del salario (cuando lo hay).

El oro de aquí es considerado el mejor (por ser de color cobrizo), y tanto en Río de Janeiro como en Bahía hay ceca: los moidores que se acuñan en una y otra llevan las iniciales de la plaza correspondiente.

Pernambuco (aunque la cito en último lugar) es la segunda en categoría, y una ciudad grande y populosa; surge de las ruinas de Olinda (o la hermosa), una ciudad de situación mucho más grata, a seis millas río arriba, aunque no resulta tan cómoda para el tráfico y el comercio. Justo antes de llegar a la ciudad el río se bifurca y no corre directamente al mar, sino hacia el sur; y en el ángulo de la isla a que da lugar esa bifurcación se alza la casa del gobernador: un edificio cuadrado y simple, de estilo príncipe Mauricio, con dos torres con la fecha: *Anno 1641*; las avenidas hasta él son de lo más amenas, con la perspectiva de los altos cocoteros.

Sobre cada brazo del río hay un puente; el que conduce al campo es todo de madera, pero el otro, que lleva a la ciudad (y tiene veintiséis o veintiocho arcos) es la mitad de piedra y lo construyeron los holandeses, y en tiempos de éstos tenía pequeñas tiendas y casas de juego a uno y otro lado para recreo.

Los pavimentos de la ciudad son en algunos lugares de anchas losas, restos fragmentarios de su conquista. La ciudad tiene el brazo exterior del río a su espalda, y el puerto delante, en el que se adentran apretadamente unos muelles para el pesado de las mercancías, el cobro de aranceles, y para reunirse y conferenciar mercaderes y tratantes. Las casas son sólidas aunque sencillas, y tienen celosías, como las de Lisboa, para dejar pasar el aire, sin escusado, y lo que es peor, sin hogar, por lo que su cocina consiste en freír y cocer encima de las estufas, cosa que hacen hasta que la carne se pone lo bastante tierna para despedazarla, y entonces basta un cuchillo para una mesa de doce comensales.

El inconveniente más grande de Pernambuco es que carece de posadas, por lo que los de fuera se ven obligados a alquilar la casa que pueden por una guinea al mes; y los que llegan para algún negocio de importancia necesitan ir con recomendación, aunque sólo sea para disponer de intimidad.

El mercado está bastante bien abastecido: la carne de vacuno está a cinco cuartos de penique la libra, una oveja o cabra vale nueve chelines, un pavo real cuatro chelines, y los pollos dos chelines y son de los más grandes que he visto, y se pueden comprar mucho más baratos contratando a un mozo para que te los traiga del campo. Lo más caro en su género es el agua, que hay que traerla en naves de Olinda: no la quieren embarcar en la rada por menos de dos cruzados la pipa.

Los portugueses de aquí son más morenos que los de Europa, no sólo porque el clima es más cálido, sino porque además se han mezclado con los negros, que son numerosos, algunos de los cuales gozan de prestigio y posición. Las mujeres (como la generación mulata de todas partes) tienen debilidad por los extranjeros; no sólo las cortesanas, cuyo afecto se supone que está alentado por el interés, sino también las casadas, que se consideran agradecidas cuando uno las halaga con una cita secreta; pero la desdicha de estos amores está en que por lo general ambos sexos acaban infectados de enfermedades venéreas, cuando no hay allí siquiera un mal cirujano, ni nadie versado en física, que cure o palíe el progreso de la enfermedad: la única persona con alguna pretensión en esto es un padre irlandés cuyos conocimientos se limitan a las virtudes de dos o tres plantas; en éstas, y en la salubridad del aire y la abstinencia, es en lo que confían para contener

la virulencia del mal; y quizá no esté de más señalar que aunque pocos se libran de la desdicha de la supuración, las erupciones y cosas así, sin embargo no sé de nadie que se haya hundido en esa situación lamentable que tan corrientemente vemos en los procesos mercuriales torpes.

Hay tres monasterios y unas seis iglesias, ninguna de ellas rica o suntuosa, salvo la dedicada a san Antonio, el patrón de su reino, que destaca por sus exquisitas pinturas y ornamentos de oro.

Las exportaciones de Brasil (además de oro) consisten principalmente en azúcar y tabaco; éste se envía en rollos de un quintal de peso, mantenidos continuamente húmedos con una melaza que, junto con el país de donde proviene, le confiere un olor fuerte y peculiar, más penetrante en el rapé hecho de él, el cual, aunque está prohibido importarlo a Lisboa, se vende aquí a 2 chelines la libra, igual que el tabaco a unos 6 milreis el rollo. Su azúcar más fino se vende a 8 chelines la arroba, y un ron que tiene sabor un poco malo y sacan de posos y melazas, a dos testones el galón.

Además, expiden grandes cantidades de madera de Brasil, y aceite de ballena, caucho y papagayos, éstos muy diferentes de los africanos en el color y el tamaño, ya que son azules y más grandes, mientras que los africanos son verdes y más pequeños; las hembras conservan siempre una voz salvaje y no se las puede enseñar a hablar.

A cambio de estos artículos los portugueses importan una vez al año, mediante su flota de Lisboa, toda suerte de productos básicos europeos; y si alguien se descuida o no consigue aprovisionarse de ellos en esa ocasión, los tiene que comprar después a un precio muy superior, hasta que llegue otra.

Para el transporte de pasajeros, esclavos o mercancía de un asentamiento a otro, y para la pesca, utilizan canoas de troncos que los brasileños llaman *jangadas* están hechas con cuatro troncos (los dos exteriores más largos) unidos y trabados entre sí, y con las puntas afiladas: hacia cada extremo llevan fijado un asiento para bogar, o sujetarse cuando la agitación es más violenta de lo normal; con esta extraña especie de ingenio, continuamente mojados, y aparejando en mitad una velita triangular, esta gente se aventura a salir hasta perder de vista la costa, o recorrerla durante muchas leguas, haga el tiempo que haga; y si vuelcan a causa de alguna borrasca (lo que no es raro) nadan y la vuelven a enderezar.

Los nativos son de color cobrizo oscuro, pelo fino, y figura fuerte y

musculosa; pero no son tan bien parecidos como los de pelo crespo; se someten pacientemente al gobierno portugués, que los trata más humana y cristianamente que los holandeses, y por ese medio han extendido la tranquilidad y la paz, así como sus posesiones, tres o cuatrocientas millas hacia el interior. Es un país abundante en pastos y ganados, y multiplica enormemente todo lo que se planta: de allí nos traen papagayos, monos pequeños, armadillos y titíes; y me han asegurado que tienen (muy al interior) una serpiente de tamaño inmenso llamada siboya, capaz de tragarse una oveja entera, dicen; yo mismo he visto la piel de otra especie que tenía seis yardas de largo, así que me parece que el dato no es inverosímil.

El puerto de Pernambuco es quizá singular: está formado por un arrecife rocoso a medio cable de tierra firme que emerge muy poco del agua, y se extiende a igual distancia y altura varias leguas hacia cabo Agustín, quedando entre ambos un puerto con capacidad para acoger buques del más grande calado: el extremo norte de esta pared de roca es el punto más elevado de la línea contigua, y sobre él hay un pequeño fuerte que domina el paso de cualquier bote o barco cuando pasa la barra y entra en puerto: a estribor (o sea tierra firme), una vez que uno se ha adentrado un poco, se ve otro fuerte (un pentágono), que sería de escasa importancia, imagino, frente a unos cuantos hombres disciplinados; sin embargo, ésa es toda la fuerza y defensa tanto de la ciudad como del puerto: es verdad que han empezado a construir un muro, desde que se fueron de Olinda, destinado a circundar a ésta (Pernambuco); pero la lentitud con que lo están levantando hace sospechar que aún tardarán bastante en terminarlo.

La rada exterior la utilizan los portugueses cuando están próximos a zarpar para Europa y esperan el convoy, o deben ir a Bahía por él, y los extranjeros sólo cuando los obliga la necesidad; la mayor parte tiene diez brazas de agua, cerca de tres millas al WNW de la ciudad; más cerca, el fondo está sucio de multitud de anclas perdidas por los barcos portugueses; y más lejos el fondo (a 14 brazas) es coralino y rocoso. El peor mes del invierno, en esta costa, es julio, dado que los vientos alisios son entonces muy fuertes y terribles, y empujan hacia el interior de la rada un oleaje peligroso, acompañado a diario de lluvia, chubascos y bruma en el horizonte, aunque otras veces con cielo más sereno y sol.

En estas latitudes meridionales hay una constelación que debido a cierta semejanza con una cruz de Jerusalén se le ha puesto el nombre de Cruz del Sur; es la más brillante de este hemisferio, y es observada como la estrella polar en las latitudes nórdicas; pero la razón por la que la menciono es dar a conocer el admirable fenómeno en estos mares de las Nubes de Magallanes, cuyos ortos y

ocasos son tan regulares que me han asegurado que las mismas observaciones nocturnas se hacen por ellas como por las estrellas: se trata de dos nubes pequeñas y blanquecinas de aspecto no más grande que un sombrero, y que se ven aquí, en julio, en la latitud de 8° S hacia las cuatro de la madrugada; su apariencia se dice que es reflejo de la luz de algunos cuerpos celestes que hay en ellas, aunque no se explica fácilmente cómo son tan duraderas y de movimiento tan regular.

Sería una omisión inexcusable, en estas consideraciones superficiales sobre el país, ciudades, costas y mares de Brasil, pasar por alto la existencia de un comercio intérlope de esclavos al que ningún compatriota nuestro se quiere arriesgar; aunque muy probablemente, con un administrador avisado, se podrían obtener muy buenos beneficios; y me sorprende que no se practique, cuanto más que no les alargaría gran cosa el viaje, a los barcos que van de la costa sur de África a las Indias Occidentales, incluir parte de Brasil en su trayecto.

Las dificultades con que tropiezan los portugueses para comprar esclavos son: que poseen muy pocos productos básicos de interés para Guinea. En cuanto al oro, que es el principal, hay un edicto de julio de 1722 que prohíbe su transporte allí; así que los barcos que se dedican a esta clase de mercado son pocos, e insuficientes para la gran mortalidad y demanda de sus minas. Además, aunque se aventurasen a infringir una ley tan perjudicial como la citada (como sin duda hacen, de lo contrario podrían adquirir muy pocos o ninguno), el oro no subiría de precio por transportarlo como mercancía (especialmente a África); por otra parte, dado que pagan también el acuerdo con los holandeses, puede decirse que los negros les cuestan casi el doble que a los ingleses, a los holandeses o a los franceses, lo que necesariamente eleva su precio de manera exorbitante en Brasil (al que los compra, ya que paga un sobreprecio más fijo que por los procedentes de los Mares del Sur).

Esto en cuanto a la demanda de esclavos en Brasil. Ahora debo advertir de algunos obstáculos que encontrarán los extranjeros (es decir los ingleses) que pretendan introducirse en este mercado, unos por parte de ellos y otros por parte nuestra.

Por parte de ellos, está la prohibición bajo pena de muerte: ley menos eficaz que la sanción pecuniaria, porque un castigo tan desproporcionado sólo lo es *in terrorem*, y hace que sea un acto de compasión en el gobernador y en sus instrumentos aceptar una componenda de ocho o diez moidores cuando se coge a alguien infringiéndola; lo que es normal hacer cada vez que esto ocurre.

Por parte nuestra, está la confiscación de todo aquello a lo que puedan echar mano, lo que, puesto que no tienen buques de guerra que guarden la costa, es necesariamente muy poco, salvo supino descuido y negligencia.

Supongamos que soy un buque de guerra o un corsario y que, hallándome falto de provisiones, o yendo en busca de piratas, entro en Pernambuco para obtener información que me permita seguir mi empresa: el miedo a los piratas los mantiene alejados, hasta que mandas un oficial al gobernador con los oportunos saludos; entonces éste te da inmediatamente licencia para comprar lo que necesites, con tal que sea con dinero, y no con trueque de mercancías, que va contra las leyes del país.

De esta primera bajada a tierra depende el éxito de todo el negocio, y requiere cautela y discreción en la persona enviada: nada más poner el pie en tierra se verá rodeada de una pequeña chusma que no parará de preguntarle quién es, de dónde viene, adónde va, *etc.* Previamente, a los hombres se les habrá enseñado a contestar que de Guinea y a negar que lleven esclavos a bordo, aunque están bajo las escotillas, y a no dar a entender nada; ni hace falta, porque los que tienen dinero disponible lo deducirán por sí mismos.

Para entonces se habrán presentado los saludos al gobernador, habrá corrido la noticia por toda la ciudad, y seguro que algún mercader le invita como extranjero a visitar su casa; pero privadamente quiere saber cuántos negros puede venderle, y a qué precio. Puede que el gobernador utilice un instrumento para indagar esto, pero la apariencia del caballero, y la circunstancia de estar ocupado inmediatamente después de dejar al otro, contribuirá bastante a formarse un juicio del hombre, y no dejará lugar a que recele engaño; sin embargo, para guardar la debida cautela, bastarán las alusiones, y convencerle, y suficientes amigos para llevarse en espacio de dos noches la mayor parte del cargamento, al precio de 20 a 30 moidores el muchacho, y de 30 a 40 el adulto. El riesgo es menor en Río de Janeiro.

Se ha intentado otro método: establecer correspondencia con uno o dos mercaderes portugueses que, enterados de la llegada a su costa en un par de semanas de naves con esclavos, acuerden una señal para desembarcarlos en algún paraje apartado de la costa; aunque no sé si esto repercutiría de alguna manera en el precio, o si los portugueses tendrían miedo a ser descubiertos, y al severo castigo por tan flagrante delito; el caso es que hasta ahora no ha dado resultado.

De todas maneras merece la pena intentar estratagemas loables, con

expectativas de beneficio, y sin otro riesgo (a mi juicio) que la pérdida de tiempo. Es lo que hacen a diario los españoles de Jamaica.

En esta costa estuvieron nuestros piratas cruzando unas nueve semanas, manteniéndose generalmente fuera de la vista de tierra, pero sin descubrir una sola vela, lo que los desanimó a tal extremo que decidieron abandonar estas latitudes y poner rumbo a las Indias Occidentales; con tal propósito se dirigieron a tierra a fin de prepararse para el viaje, y allí, frente a la bahía de Todos los Santos, toparon inesperadamente con una flota de 42 barcos portugueses, con todo su cargamento para Lisboa, varios de ellos de bastante fuerza, al pairo, esperando la escolta de dos buques de guerra de 70 cañones cada uno. Sin embargo, Roberts, aunque le iba a costar, pensó resarcirse, así que se mezcló con la flota con sus hombres escondidos hasta tomar la decisión que más convenía: y hecho esto se acercó a uno de los más cargados, y ordenó discretamente al patrón que subiese a bordo de él, amenazando con no darles cuartel si se resistían o hacían alguna señal pidiendo auxilio. El portugués, sorprendido ante esta amenaza, y viendo súbitamente el blandir de machetes de los piratas, obedeció sin rechistar, y subió; Roberts lo saludó cortésmente, y le dijo que eran caballeros de fortuna, y que lo que quería de él era sólo que le informase de qué barco era el más valioso de esta flota, y que si se lo señalaba correctamente lo devolverían a su barco sin daño; pero si no, podía esperar una muerte inmediata.

A lo cual este patrón portugués señaló uno de 40 cañones y 150 hombres, barco de más fuerza que el pirata; sin embargo, esto no los desalentó; eran portugueses, dijeron; y al punto enfilaron hacia él. Cuando llegaron al alcance de la voz, ordenaron al patrón que tenían prisionero que saludase al señor capitán y lo invitase a subir a bordo, ya que tenía un asunto de importancia que comunicarle. Así lo hizo el patrón, y el capitán le contestó que esperase un momento; pero por el movimiento que inmediatamente se produjo los piratas comprendieron que habían sido descubiertos, y que se trataba de una respuesta engañosa para ganar tiempo y poner el barco en posición de defensa; de manera que sin esperar más descargaron una andanada, lo trincaron y lo abordaron. La contienda fue breve y violenta; en ella perecieron muchos portugueses, y sólo dos piratas. A todo esto había cundido la alarma en la flota, tremolaban las señales en las escotas de juanete, y disparaban los cañones para advertir a los buques de guerra, que continuaban anclados y mostraban una lentitud ignominiosa en acudir. Y si es cierto lo que contaron los mismos piratas, los comandantes de estos barcos fueron culpables en el más alto grado, e indignos de tal título, e incluso del calificativo de hombres: porque Roberts, al encontrar la presa demasiado cargada para navegar, y decidido a no perderla, esperó al que abría la marcha (que se había adelantado bastante al otro) y

se preparó para la batalla; pero los portugueses renunciaron de manera vergonzosa, aunque su fuerza era muy superior; porque no atreviéndose él solo con el pirata, esperó tanto tiempo a su consorte que Roberts pudo marcharse con toda tranquilidad.

Encontraron este barco enormemente rico, ya que iba cargado principalmente de azúcar, pieles y tabaco. Y en oro llevaba 90.000 moidores además de cadenas y dijes de considerable valor; en especial, una cruz engastada con diamantes destinada al rey de Portugal, que después regalaron ellos al gobernador de Guayana, al que estaban agradecidos.

Entusiasmados con este botín, no pensaron ahora en otra cosa que en buscar un refugio seguro donde poder abandonarse a todos los placeres que el lujo y el desenfreno les pudieran proporcionar; y de momento se decidieron por un lugar llamado islas del Diablo, en el río de Surinam, en la costa de Guayana, adonde llegaron y tuvieron la acogida más cortés imaginable, no sólo del gobernador y la factoría, sino también de sus esposas, e intercambiaron mercancías y cerraron multitud de tratos con ellos.

En este río apresaron una balandra, y por ella se enteraron de que en compañía de ella había zarpado también de Rhode Island un bergantín cargado con provisiones para la costa. Cargamento providencial para ellos, porque ya les iban escaseando las vituallas, y como dice Sancho, *tripas llevan corazón, que no corazón tripas*. Una tarde, andaban buscando el tesoro que para ellos era esta presa portuguesa, cuando avistaron desde la cofa la ansiada nave. Y Roberts, dando por sentado que nadie haría el trabajo tan bien como él, pasó a la balandra con 40 hombres y salió en su persecución. Pero cometieron un lamentable error en esta precipitada e insignificante aventura; porque Roberts, dispuesto a traerse el bergantín esa tarde, no se detuvo a pensar en las provisiones de la balandra, ni preguntó siquiera qué había a bordo para alimentar a semejante número de hombres, sino que salió en pos de la presa, que no sólo se perdió de vista, sino que al cabo de ocho días de luchar con corrientes y vientos contrarios, sufrieron un abatimiento de unas treinta leguas a sotavento. Como la corriente seguía dificultándoles la marcha, y veían que no podrían volver a su barco, fondearon, e irreflexivamente mandaron el bote a dar noticia al resto de la compañía de su situación, y ordenar al barco que fuese a donde ellos estaban. Pero bien pronto —al mismo día siguiente— la falta de lo más necesario les hizo comprender su insensatez: porque habían gastado toda el agua sin haber previsto la manera de reponerla hasta que llegase el barco o regresase el bote, lo que no ocurriría, quizá, antes de cinco o seis días. Aquí, como Tántalo, estuvieron cerca de morir de sed a

la vista de lagos y ríos de agua dulce, al extremo de que finalmente decidieron arrancar el suelo de la cámara y confeccionar una especie de artesa o cuba con filásticas para ir a tierra y llevar a bordo sin tardanza algo de agua con que poder mantenerse con vida.

Unos días más tarde regresó el deseado bote, pero con la noticia más desagradable del mundo: Kennedy, que era el segundo y al ausentarse Roberts había quedado al mando del corsario y la presa, se había largado con las dos naves. Esto era una humillación insufrible, y como es de imaginar, no se fueron sin agrias condenas por parte de los abandonados y víctimas de esta traición: y para no volver más sobre este Kennedy, dejaré durante una página o dos al capitán Roberts y el resto de su tripulación dando rienda suelta a su ira con juramentos y execraciones, y seguiré al otro, al que imagino a partir de ese momento navegando rumbo al Dique de las Ejecuciones[5].

Kennedy era ahora el capitán elegido de la tripulación sublevada, aunque no conseguía que su gente se pusiera de acuerdo en nada: unos eran partidarios de seguir como hasta ahora, pero la mayoría parecía inclinarse por dejar esta clase de vida y regresar a casa en secreto (dado que no había vigente ningún perdón); así que decidieron separarse y que cada cual se las arreglase por sí mismo. Lo primero que hicieron fue deshacerse de la gran presa portuguesa. A bordo tenían al patrón de la balandra (creo que se llamaba Cane), del que decían que era un tipo decente (porque les llevaba la corriente en todas las ocasiones), que les habló del bergantín tras el cual iba Roberts; y al principio, cuando lo apresaron los piratas, los halagó de manera inusitada, diciéndoles que eran bienvenidos a su balandra y su carga, y que por ellos habría querido que la nave hubiese sido más grande, y más rica. A este hombre tan bien nacido le dieron el barco portugués (que a la sazón se hallaba a media carga), tres o cuatro negros, y todos los hombres que le pertenecían, y él dio las gracias a sus amables benefactores y partió.

El capitán Kennedy se dirigió a Barbados, y cerca de esta isla apresaron un barco muy pacífico de Virginia; lo mandaba un cuáquero llamado Knot. No llevaba a bordo pistolas, espadas ni machetes, y encontraron al señor Knot tan pasivo a cuanto le decían que algunos de ellos pensaron que era buena ocasión para irse; así que embarcaron con él ocho piratas, y los llevó a Virginia sin novedad: le regalaron 10 cajas de azúcar, 10 rollos de tabaco, 30 moidores y algo de polvo de oro, todo por valor de unas 250 libras. También hicieron regalos a los marineros, a unos más y a otros menos, y vivieron muy jovialmente mientras duró el viaje, dejándoles el capitán Knot andar a su antojo; por otro lado, no podía hacer otra cosa, a menos que hubiese aprovechado la ocasión para sorprenderlos cuando estaban borrachos

o dormidos, porque despiertos iban siempre armados, y lo aterrorizaban constantemente. Dado que su principio (o el de su secta) era no usar armas, salvo las de la astucia y la confabulación, hizo buen uso de éstas hasta que llegaron a los cabos. Aquí cuatro piratas se largaron en un bote que habían llevado con ellos, para huir más fácilmente, y se dirigieron bahía arriba hacia Maryland; pero un temporal los obligó a retroceder a un lugar intrincado del país donde encontraron buena acogida entre los plantadores, y permanecieron varios días sin que nadie descubriese que eran piratas. Entre tanto el capitán Knot dejó en su barco a los otros cuatro (que pretendían llegar a Carolina del Norte), y corrió a informar al gobernador, señor Spotswood, de la clase de pasajeros que se había visto obligado a embarcar, y éste, por suerte, logró detenerlos; y tras emprender la búsqueda de los otros, que andaban divirtiéndose por el campo, los apresó también, y fueron todos juzgados, condenados y ahorcados, siendo testigos principales dos judíos portugueses que ellos habían apresado en la costa de Brasil y a los que llevaban consigo a Virginia. Estos judíos habían buscado el medio de guardar parte de su fortuna con los plantadores y no rindieron cuenta de ello: pero el capitán Knot entregó todo lo que los piratas habían llevado a bordo, incluso lo que le habían regalado a cambio de lo que le quitaron durante el viaje, y obligó a sus hombres a hacer lo mismo.

Unos días después de apresar el barco de Virginia arriba mencionado, navegando a la altura de Jamaica, Kennedy apresó una balandra que se dirigía allí, procedente de Boston, cargada con pan y harina. A bordo de esta balandra embarcaron todos los partidarios de abandonar la banda, dejando a los que pensaban emprender nuevas aventuras. Entre los primeros estaba Kennedy, su capitán, de cuyo honor tenían un concepto tan despreciable que estuvieron a punto de arrojarlo por la borda cuando lo vieron en la balandra, porque temían que los traicionara a todos a su regreso a Inglaterra; porque de pequeño había sido ya ratero, y antes de convertirse en pirata se había dedicado a desvalijar casas, profesiones que a estos caballeros les merecen muy mala opinión. Sin embargo, consintieron que fuese con ellos después de hacerle jurar solemnemente que sería leal con sus compañeros.

En este grupo sólo había uno que presumía de tener algún conocimiento de navegación (porque Kennedy no sabía leer ni escribir, y prefería mandar por su valor, cosa que a decir verdad había demostrado, especialmente cuando apresaron el barco portugués), pero resultó ser un farsante; porque después de trazar el viaje a Irlanda, adonde habían acordado desembarcar, arribaron a la costa noroeste de Escocia, en la que sufrieron bastante zarandeo varios días, a causa de los temporales, sin saber dónde estaban, y corrieron gran peligro de perecer:

finalmente metieron la nave en una pequeña ensenada y saltaron a tierra todos, dejando fondeada la balandra para el que viniese detrás.

Toda la compañía fue a refrescarse a un pueblecito que estaba a cinco millas de donde habían dejado la balandra y se hicieron pasar por supervivientes de un naufragio. Y sin duda podían haber seguido su camino sin levantar sospechas; pero la manera desenfrenada y demente con que se comportaron por el camino hizo que su viaje se viese súbitamente interrumpido como vamos a ver.

En este pueblecito los dejaron Kennedy y otro; y dirigiéndose a uno de los puertos, embarcaron para Irlanda, adonde llegaron sin novedad. Seis o siete se separaron del resto prudentemente, se fueron por su cuenta y llegaron a su ansiado puerto de Londres sin que nadie los molestase y sin despertar sospechas; pero el grupo más numeroso sembraba la alarma por donde pasaba, bebiendo y rugiendo y cometiendo tales desafueros que en algunos lugares la gente se encerraba en sus casas y no se atrevía a salir en presencia de tantos locos, y en otros invitaban a la población entera, despilfarrando dinero como si, al igual que Esopo, necesitasen aligerarse de peso: esta manera dispendiosa de vivir hizo que dos de ellos, rezagados y borrachos, apareciesen muertos en el camino, con un golpe en la cabeza, y desvalijados. Los demás, diecisiete en total, fueron detenidos en las cercanías de Edimburgo, encerrados en el calabozo, y acusados de no sabían qué. Sin embargo, poco después los magistrados dudaron de la solidez de las acusaciones, porque al ofrecerse como testigos dos de la banda los aceptaron; los otros fueron juzgados sumariamente y de ellos nueve fueron condenados y ejecutados.

En cuanto a Kennedy, después de gastarse todo el dinero, volvió de Irlanda y puso un burdel en Deptford Road; y parece ser que de cuando en cuando salía a practicar su antigua profesión, hasta que lo delató una de sus pupilas, motivo por el que lo encerraron en Bridewell. Y como esta mujer no quería dejar las cosas a medias, buscó al piloto de un barco que Kennedy había saqueado, hazaña de la que él mismo le había hablado insensatamente. Este piloto, llamado Grant, hizo una visita a Kennedy en Bridewell; y tras confirmar que era el hombre, prestó declaración, e hizo posible que lo encerrasen en la prisión de Marshalsea.

El juego que entonces se le ocurrió a Kennedy fue convertirse él en testigo; así que dio una lista de ocho o diez de sus cómplices. Pero como ignoraba su paradero, sólo pudieron apresar a uno que, aunque condenado, era hombre de muy buen carácter, había sido obligado a formar parte de la banda, y había aprovechado la primera ocasión para abandonarlos, por todo lo cual se le concedió

el indulto. Pero Walter Kennedy, dado que era un bandido famoso, fue ejecutado el 19 de julio de 1721, en el Dique de las Ejecuciones.

Los que se habían quedado con el barco pirata no duraron mucho más: porque desembarcaron en una isla de las Indias Occidentales. No sé qué fue de ellos después, pero el barco lo encontró en el mar una balandra de San Cristóbal, que lo llevó a dicha isla con sólo nueve negros a bordo.

De este modo vemos el desdichado fin que espera siempre a los malvados, y cuán raramente escapan al castigo que merecen sus crímenes los que, entregados a una vida disoluta, roban y saquean a la humanidad contraviniendo la luz y ley de la naturaleza, así como la de Dios. Podía haberse esperado que los ejemplos de estas muertes sirvieran al resto de esta gente de balizas con que evitar los escollos en los que se habían estrellado sus compañeros, y así, que se hubiesen acogido al perdón o apartado para siempre de tales actividades, ya que al final podían estar seguros de que tendrían la misma ley y castigo, que ahora debían comprender que merecían de igual manera; ley inminente que no les dejaba conciliar el sueño jamás, a menos que estuviesen borrachos. Pero el único uso que se hizo de ella fue encomendado al juez del tribunal que condenó a Kennedy «porque fue un desalmado —dicen—, y merecía el destino que tuvo».

Pero volvamos a Roberts, al que habíamos dejado en la costa de Guayana, furioso por lo que Kennedy y los demás le habían hecho, y que ahora planeaba nuevas aventuras con la reducida compañía de la balandra: al ver que hasta ahora no había reinado entre ellos sino la anarquía más completa, redactaron una especie de código, que debía ser firmado y jurado, para sostener mejor su sociedad y hacerse justicia unos a otros, excluyendo de su beneficio a todos los irlandeses, a los que tomaron implacable aversión a causa de Kennedy. A decir verdad, no sé cómo podía pensar Roberts que el juramento los obligaría, cuando se habían saltado las leyes humanas y divinas; el caso es que creyó que su mayor seguridad estaba en el interés de todos en observarlo, si pensaban mantener tan abominable asociación.

He aquí la sustancia de dicho código, según informaron los propios piratas:

I

Cada hombre tiene un voto en los asuntos de importancia. Igual derecho tiene a provisiones frescas y bebidas fuertes, en cualquier momento que se apresen, que podrá consumir a su antojo, a menos que su escasez (lo que no era inusual entre ellos) *aconseje decidir su racionamiento por el bien de todos.*

II

Se llamará puntualmente a todos, por lista, uno por uno para que suban a bordo de las presas; porque (además de la parte que les corresponda) en esas ocasiones tienen derecho a un juego de ropa personal: pero el que estafe a la compañía el valor de un dólar en plata, joyas o dinero, será ABANDONADO en una isla desierta en castigo (tenían la bárbara costumbre de desembarcar al infractor en algún paraje desolado o deshabitado, cabo o isla, con un arma, balas, una botella de agua y otra de pólvora, con que subsistir, o perecer de hambre). *Si el robo lo hace un hombre a otro hombre, contenderán entre sí, se le cortarán las orejas y la nariz al culpable, y se le desembarcará, no en un paraje deshabitado, sino en algún otro donde indefectiblemente sufra muchas penalidades*.

III

Nadie jugara a las cartas o a los dados por dinero.

IV

Las luces y velas se apagarán a las ocho en punto de la noche; si después de esa hora alguno de la tripulación tuviera ganas de seguir bebiendo, lo hará en la cubierta superior (con lo que Roberts creía que iba a contener sus borracheras, ya que él era abstemio; aunque al final se dio cuenta de que todos sus esfuerzos por poner fin a

estas orgías eran inútiles).

V

Todos deben mantener sus armas, pistolas o machetes, limpias y listas para su uso (en esto eran exageradamente escrupulosos, esforzándose en superarse unos a otros en la belleza y riqueza de sus armas, dando a veces en una subasta, al pie del mástil, 30 o 40 libras por un par de pistolas. Se las colgaban en los hombros, en tiempo de servicio, con bandoleras de diversos colores, de una manera característica en estos individuos, lo que les llenaba de gran orgullo).

VI

No se permiten niños ni mujeres a bordo. Si se descubre que alguno seduce a una y la embarca disfrazada, será condenado a muerte (de manera que cuando alguna caía en sus manos, como les ocurrió en la presa *Onslow*, le ponían inmediatamente un centinela para impedir las malas consecuencias de tan peligroso instrumento de división y discordia; pero esto era también una bellaquería; porque se disputaban el puesto de centinela, que acababa recayendo en el más bronco, el cual, para asegurar la virtud de la dama, no dejaba que nadie yaciera con ella más que él).

VII

El abandono del barco o del puesto durante una batalla se castigará con la muerte o el abandono en una isla desierta.

VIII

No se permitirán peleas a bordo, sino que todas deberán solventarse en tierra, a espada o pistola, de la manera siguiente: cuando las partes no se avengan a una reconciliación, el cabo de brigadas acompañará a los contrincantes a tierra con la asistencia que considere oportuna, los pondrá de espaldas el uno al otro, a muchos pasos de distancia; a la voz de mando, se volverán y dispararan inmediatamente (o se les quitará el arma de las manos): si fallan los dos, recurrirán a sus machetes, y será declarado vencedor el que haga la primera sangre.

IX

No se permitirá a nadie abandonar este género de vida hasta que cada uno haya reunido de su parte 1.000 libras. Si conforme a esto, alguno pierde un miembro, o queda lisiado a causa de su servicio, recibirá 800 dólares del fondo común. Por heridas menores las cantidades serán proporcionales.

X

El capitán y el cabo de brigadas recibirán dos partes de cada presa; el maestro, el contramaestre y el artillero, una parte y media, y los demás oficiales una parte y un cuarto.

XI

Los músicos tendrán descanso el domingo, pero los seis días y noches restantes no gozarán de ningún privilegio especial.

Éstos son, nos han asegurado, algunos de los artículos de Roberts; pero como tuvieron la precaución de arrojar por la borda el original que habían firmado y jurado, hay motivo para sospechar que el resto del contenido era demasiado horrible para revelarlo a nadie, salvo a los que solicitaban participar en la iniquidad contenida en ellos. Fuera como fuese, constituían una prueba para los que se iniciaban mediante un juramento hecho sobre una Biblia, reservada para este fin exclusivamente, y los suscribían en presencia de su excelencia el señor Roberts. Y por si surgía cualquier duda sobre del sentido de estas leyes, o se suscitaba alguna discusión sobre si se habían infringido o no, se nombraba un jurado que las interpretase, y pronunciase un veredicto sobre el caso en cuestión.

Ya que hablamos del código de esta compañía, referiré lo más brevemente posible las principales costumbres y gobierno de esta comunidad de malhechores, que son más o menos iguales en todos los piratas.

Para castigar las infracciones menores no previstas en el código y que carecen de gravedad para nombrar jurado, hay un oficial principal entre los piratas, llamado cabo de brigadas, elegido por los mismos hombres, que asume toda autoridad en tal sentido (salvo en tiempo de batalla): si desobedecen sus órdenes, se muestran pendencieros y turbulentos unos con otros, maltratan a los prisioneros, saquean sin miramiento y sobre todo si son descuidados con sus armas, a las que él pasa revista a discreción, los castiga según su propio arbitrio, con el palo o el látigo, cosa que nadie más se atreve a hacer sin atraerse la condena de toda la compañía: en resumen, este oficial es administrador de todo, sube el primero a bordo de toda presa, separa para uso de la compañía lo que le place, y devuelve lo que juzga oportuno a los propietarios, salvo el oro y la plata, que han votado que no es restituible.

Hecha la descripción del cabo de brigadas y de sus funciones, que ejerce como una especie de magistrado civil a bordo de un barco pirata, debo citar a su más alto oficial militar: el capitán, qué privilegios tiene en medio de la anarquía e

indocilidad de los miembros; por qué permiten verdaderamente a muy pocos ser capitán, y a condición de mandar en él: le dejan para su uso personal la cámara grande, y a veces le ceden por votación algo de vajilla y porcelana (porque hay que decir que Roberts estaba constantemente bebiendo té); pero cualquier hombre, cuando se le antojaba, podía hacer uso de esa vajilla y porcelana, entraba en su aposento, lo increpaba, le cogía parte de sus víveres o bebía de su bebida, sin que él rechistara ni exigiera disculpas. Sin embargo, con más habilidad de lo habitual, Roberts se convirtió en el máximo dirigente en todo asunto importante, y fue de la siguiente manera: el rango de capitán que se otorga por sufragio de la mayoría suele recaer en alguien que es superior en conocimientos y osadía, a prueba de pistolas (como dicen ellos), y puede hacer que le teman los que no le tienen afecto; se dice que Roberts superaba a sus congéneres en estos aspectos; y una vez nombrado, amplió ese respeto, creando una especie de consejo privado con media docena de los más borrascosos; éstos eran sus competidores, y tenían suficiente interés como para facilitar su gobierno; sin embargo, hacia el final, tenía que enfrentarse incluso con ellos en cada proyecto en el que trataba de imponer su propio criterio; por esto, y porque se había vuelto reservado, y se negaba a beber y bramar como ellos, se formó una intriga para deponerlo de su capitanía, cosa que su muerte hizo de manera más expeditiva.

El poder del capitán es irresistible en la caza y la batalla, y puede pegar, tajar o incluso matar de un tiro al que se atreva a desobedecer una orden suya. La misma autoridad tiene sobre los prisioneros, que reciben buen trato mayormente si él aprueba su actitud; porque aunque los más ruines de su tripulación tenderían a maltratar al patrón de una presa, él los mantiene a raya cuando lo ve, y jovialmente, con un trago, da a sus prisioneros esta doble razón: primero, que allí preserva su superioridad; y segundo, que quita el castigo de las manos de un puñado de individuos mucho más arrebatados y locos que él. Cuando veía que su gente no esperaba rigor de él (porque a menudo lo practicaba para apaciguarlos), entonces daba a entender a los extraños que era pura inclinación lo que le inducía a tratarlos bien, y de ninguna manera un amor o parcialidad hacia sus personas; porque decía: «No habrá ninguno entre vosotros que no quiera ahorcarme, lo sé, el día que me tengáis en vuestro poder.»

Y al hacer cuenta ahora de las desventajas en que se hallaban para practicar el oficio, a saber, una nave pequeña y mal aparejada, y sin provisiones ni pertrechos, resolvieron por unanimidad, con los pocos víveres que pudieron conseguir, continuar hacia las Indias Occidentales, convencidos de que encontrarían remedio a estos males y compensarían lo perdido.

En la latitud de La Deseada, una de las islas, apresaron dos balandras que les proporcionaron provisiones y otras cosas necesarias. Pocos días después apresaron un bergantín de Rhode Island, y prosiguieron hacia Barbados, frente a la cual toparon con un barco de Bristol de 10 cañones, en su viaje de ida, del que tomaron abundante ropa, algún dinero, veinte balas de mercancía, cinco barriles de pólvora, un cable, guindaleza, diez toneles de harina de avena, seis toneles de tasajo, y diversas otras mercancías, además de cinco hombres; y después de llevarlo retenido tres días lo soltaron; de manera que éste puso rumbo a la mencionada isla, y tan pronto como llegó dio parte al gobernador de lo que le había acontecido.

Inmediatamente, una galera de Bristol que se hallaba en el puerto recibió orden de aparejar con la mayor celeridad, con 20 cañones y 80 hombres, dado que no había en ese momento ningún bajel de guerra, y también una balandra con 10 cañones y 40 hombres: la galera la mandaba un tal capitán Rogers, de Bristol, y la balandra el capitán Graves, de esa isla; y, por comisión del gobernador, fue nombrado comodoro el capitán Rogers.

Al segundo día de abandonar Rogers el puerto fue avistado por Roberts, que ignorando su propósito, le dio caza: las naves de Barbados mantuvieron poca vela hasta que los piratas les dieron alcance. Entonces Roberts les mandó un cañonazo, esperando que se rindiesen inmediatamente a su pabellón pirata. Pero en vez de eso recibió una andanada, con tres hurras, de manera que siguió un combate; pero Roberts, al ver que no estaba en condiciones de resistir, puso toda la vela de que era capaz su balandra y emprendió la huida. La galera, muy velera, le anduvo cerca bastante tiempo, disparándole continuamente, lo que enfurecía a los piratas. Sin embargo, al final arrojaron sus cañones y demás peso, aligeraron así la nave, y con mucho esfuerzo lograron escapar. Después de esto Roberts no pudo soportar a nadie de Barbados, y cuando se cruzaba en su camino alguna nave de esa isla, trataba a sus tripulantes con más rigor que a los demás.

El capitán Roberts se dirigió en esta balandra a la isla de Santo Domingo, donde hizo aguada, y obtuvo provisiones de los habitantes a cambio de mercancías. Aquí topó con trece ingleses que un guardacostas francés de la Martinica había desembarcado, y que iban en dos barcos de Nueva Inglaterra que habían sido capturados como presas por dicha balandra francesa: estos hombres se unieron a los piratas voluntariamente, y demostraron ser un oportuno reclutamiento.

No se quedaron mucho tiempo aquí, aunque tenían necesidad inmediata de

limpiar la balandra, dado que no les parecía sitio apropiado. Y en esto estuvieron acertados, porque de haber entrado en esta isla seguramente habría sido su fin; porque después que decidieron dirigirse a la isla de Granada para dicha limpieza, por algún accidente, la colonia francesa se enteró de su presencia, envió noticia al gobernador de la Martinica, y éste armó y tripuló dos balandras, y las mandó en su busca. Los piratas fueron directamente a las Granadinas, y entraron en una albufera de Carriacou, donde limpiaron con inusitada diligencia, permaneciendo poco más de una semana; esta diligencia hizo que las balandras de la Martinica no dieran con ellos por unas horas: Roberts zarpó por la noche, y los franceses llegaron por la mañana. Fue una huida providencial, sobre todo teniendo en cuenta que no era el temor a que los descubriesen lo que les impulsó a abandonar la isla tan deprisa, sino, como más tarde tuvieron la desvergüenza de confesar, la falta de vino y mujeres.

Tras escapar de milagro pusieron rumbo a Terranova, llegando frente a sus costas a finales de junio de 1720. Entraron en el puerto de Trepassey con el pabellón negro izado, redoblando tambores y tocando trompetas. Había veintidós naves en puerto cuyos hombres, al ver a los piratas, las abandonaron inmediatamente y huyeron a tierra. Es imposible describir con detalle el estrago y depredación que causaron aquí, incendiando y hundiendo todo lo que encontraron, salvo una galera de Bristol, y destruyendo las pescaderías y puestos de los pobres agricultores sin ningún remordimiento ni compunción; porque nada es tan de lamentar como el poder en manos de gente ignorante y mezquina: vuelve a los hombres desenfrenados e insensibles al sufrimiento que infligen a sus semejantes, y los mueve a sonreír ante todo ese daño que, por otra parte, no les reporta ningún beneficio. *Son como locos, que arrojan tea: encendidas y flechas, y siembran la muerte, y dicen: ¿acaso no es un juego?*

Roberts tripuló la galera de Bristol que apresó en ese puerto, le montó 16 cañones, y saliendo a recorrer las costas topó con nueve o diez velas de barcos franceses, los destruyó todos, salvo uno de 26 cañones que se llevó para su propio uso. Este barco lo bautizaron con el nombre de *Fortune*; y dejando la galera de Bristol a los franceses, salieron en compañía de la balandra a corsear. Y capturaron varias presas, a saber: el *Richard* de Bideford, patrón Jonathan Whitfield; el *Willing Mind* de Pool; el *Expectation* de Topsham, y el *Samuel*, capitán Cary, de Londres. Con estos barcos aumentaron su compañía, al unírseles todos los hombres que podían incorporar a su propio servicio. El *Samuel* era un barco rico, y llevaba varios pasajeros que fueron muy rudamente tratados para que revelasen dónde tenían el dinero, amenazándolos a cada instante con matarlos si no les entregaban cuanto tenían. Arrancaron los cuarteles de las escotillas y entraron en la bodega como un

hato de furias, y con hachas y machetes destrozaron y abrieron todas las balas, cajas y cajones que encontraron; y una vez en cubierta toda la mercancía que no les interesaba, en vez de devolverla a la bodega la arrojaron al mar; todo lo cual hicieron entre denuestos y maldiciones, con lo que más semejaban demonios que seres humanos. Se llevaron velas, cañones, pólvora, jarcia de labor y mercancía de lo más selecta por valor de 8 a 9.000 libras; y dijeron al capitán Cary que no aceptaban ningún perdón; que por lo que a ellos se refería podían irse al infierno con su perdón el Rey y el Parlamento; ninguno de ellos iría a Hope Point para que lo secaran al sol como habían hecho con las compañías de Kidd y de Braddish, sino que, si alguna vez eran vencidos, prenderían la pólvora con un disparo y se irían todos muy contentos al infierno.

Después de trasladar todo el botín a bordo celebraron consulta sobre si debían hundir o quemar el barco; pero mientras debatían la cuestión avistaron una vela, de manera que dejaron el *Samuel* para darle caza; la alcanzaron a media noche, y resultó ser un bergantín de esnón, de Bristol, con destino a Boston, mandado por el capitán Bowels: lo trataron bárbaramente porque el capitán Rogers, que los había atacado frente a Barbados, era también de la ciudad de Bristol.

El 16 de julio, o sea dos días después, apresaron un barco de Virginia llamado el *Little York*, patrón James Philips, y el *Love*, de Liverpool, a los que saquearon y soltaron después. Al día siguiente corrió la misma suerte un bergantín de Bristol llamado el *Phœnix*, patrón John Richards, como también un bergantín, capitán Thomas, y una balandra llamada la *Sadbury*. Tomaron a todos los hombres del bergantín y hundieron la nave.

Al abandonar las costas de Terranova pusieron rumbo a las Indias Occidentales; y como empezaban a escasearles los víveres se dirigieron a la latitud de La Deseada para cruzar, pensando que era la zona donde más probabilidad tenían de topar con barcos de avituallamiento destinados a ellos (según decían con sorna). Y lo cierto es que ha habido mucha sospecha de que barcos cargados con provisiones de las colonias inglesas que pretextaban ir a comerciar a la costa de África en realidad iban consignados a ellos; y aunque se mostraban violentos cuando topaban con ellos, es casi seguro que con esos cargamentos hacían muy buen negocio.

Sin embargo, esta vez no les acompañó su habitual suerte; y dado que la escasez de víveres y provisiones necesarias se iba volviendo cada día más acuciante, se retiraron hacia San Cristóbal, donde al denegarles el gobierno todo

socorro o ayuda cañonearon la ciudad en represalia y quemaron dos barcos de la rada, uno de ellos mandado por el capitán Cox, de Bristol; después se dirigieron a la isla de San Bartolomé, donde recibieron un trato mucho más generoso, ya que el gobernador no sólo les proveyó de vituallas frescas, sino que los agasajaron él y sus jefes de la manera más amistosa; y las mujeres, a la vista de tan buen ejemplo, se esforzaron en superarse unas a otras en el vestido y actitud, para atraerse la amistad de estos generosos amantes, que tan bien pagaban sus favores.

Saciados finalmente de estos placeres, y embarcada una buena provisión de víveres, decidieron por votación unánime dirigirse a la costa de Guinea; y en la latitud de 22° N toparon con un barco francés de la Martinica ricamente cargado, y que para desgracia de su patrón reunía mejores condiciones para su propósito que el bacaladero: «cambiar no es robar», dijeron; así que tras burlescos cumplidos al *monsieur* por el favor que les hacía, trasladaron a sus hombres y se despidieron: éste fue su primer *Royal Fortune*.

En este barco continuó Roberts su proyectado viaje; pero antes de llegar a Guinea decidió tocar Brava, la más al sur de las islas de Cabo Verde, para limpiar. Pero aquí, otra vez, debido a una inexcusable estupidez y falta de cabeza, arribaron tan apartados a sotavento que, desesperando de entrar en puerto, o de tocar alguna parte de barlovento de África, se vieron obligados a regresar con el alisio a las Indias Occidentales, lo que estuvo a punto de costarles la vida. El punto de destino que ahora pensaron fue Surinam, a no menos de 700 leguas de donde se encontraban; pero sólo les quedaba una barrica de agua para abastecer a 24 almas durante este viaje: difícil situación que les exponía al peligro de que surgieran conatos de insensatez y locura entre ellos. Y desde luego debía de ser un insensato el que, aunque capaz de separar la maldad y su castigo de la situación, sin embargo exponía la vida a todos los peligros, a los que su falta de destreza y previsión los hacía propensos.

Es de imaginar que jamás fueron sus pecados tan gravosos a sus conciencias como ahora que parecía cernerse inexorablemente sobre ellos la destrucción sin el menor atisbo de consuelo o alivio a su desgracia. Porque ¿con qué cara unos desdichados que habían asolado y reducido a la miseria a tantos podían elevar los ojos para pedir misericordia? Hasta aquí habían vivido desafiando el poder que ahora era el único al que podían acudir para su salvación; y en verdad, sin la intervención milagrosa de la Providencia parecía que sólo podían escoger entre una muerte instantánea por propia mano, o una lenta agonía por el hambre.

Siguieron su viaje, reduciendo la ración de agua a un trago cada veinticuatro

horas. Muchos se atrevieron a beber de su propia orina, o agua de mar, lo que en vez de calmarlos les produjo una sed tan acuciante que los mató; otros tardaron algo más en consumirse entre flujos y apirexias, y así iban cayendo día tras día. Los que soportaban mejor el sufrimiento eran los que se sometían a sí mismos a un hambre atroz, absteniéndose de comer nada, salvo un bocado o dos de pan en toda la jornada; de manera que los que sobrevivieron llegaron al último grado de debilidad que puede alcanzar vivo un ser humano.

Pero si esta negra perspectiva con que habían emprendido el viaje les producía aflicción, mortificación y dolor, cuáles no debieron de ser sus miedos y terrores cuando se quedaron sin una gota de agua, ni de ningún otro licor con que humedecerse o animarse. Ésta era su situación cuando (por obra de la divina Providencia sin duda) entraron en profundidades de sonda, y por la noche anclaron en aguas de siete brazas. Fue una alegría indecible para ellos; y por así decir, se les avivó la lámpara agónica de la vida con nuevo ánimo. Aunque no les duró: al despuntar el nuevo día, vieron tierra desde la cofa, pero a tanta distancia que representaba una remotísima esperanza para unos hombres que no habían bebido nada durante los dos últimos días. Sin embargo enviaron el bote, y esa misma noche, tarde ya, regresó con el consuelo nada pequeño de un cargamento de agua, y la noticia de que se hallaban frente a la desembocadura del río Maroni, en la costa de Surinam.

Uno pensaría que una salvación tan providencial les inclinaría a reformarse; pero por desgracia, en cuanto calmaron su sed se olvidaron del milagro, hasta que la escasez de víveres les despertó el sentido y los movió a guardarse contra el hambre. Su asignación era muy pequeña, pero decían irreverentemente que la Providencia que les había dado de beber les traería sin duda comida también, si hacían un esfuerzo decente.

En cumplimiento de este esfuerzo decente se dirigieron a la latitud de Barbados con lo poco que les quedaba, en busca de más o perecer de hambre; y por el camino toparon con un barco que respondía a lo que buscaban, y después con un bergantín. El primero se llamaba el *Greyhound* era de San Cristóbal y se dirigía a Filadelfia; su primer oficial firmó el código pirata, y después fue capitán del *Ranger*, consorte del *Royal Fortune*.

De este barco y de este bergantín los piratas obtuvieron buena provisión de víveres y licor, de manera que renunciaron al proyectado crucero, e hicieron aguada en Tobago. Y al enterarse de que en Carriacou habían sido armadas y enviadas dos balandras en su busca, pusieron rumbo a la Martinica, para

devolverle al gobernador algo equivalente, por el interés y celeridad que había mostrado en esto.

Es costumbre en la Martinica, entre los contrabandistas holandeses que quieren comerciar con gente de la isla, izar su bandera de proa cuando llegan ante la ciudad. Roberts conocía la contraseña, y dado que era enemigo jurado de ellos, no pensó sino en hacer daño; de manera que entró con esta bandera izada y, como esperaba, le tomaron por buen mercado, y se consideraron afortunados los que primero pudieron mandar sus balandras y naves a comerciar con ellos. Cuando Roberts los tuvo a bordo (uno tras otro) les dijo que no pensaran que habían ido en balde, y que por tanto dejasen el dinero, porque eran un hato de granujas, y ojalá el comercio que tuvieran con los holandeses fuese siempre como éste. Reservó una nave para mandar a los visitantes a tierra otra vez y prendió fuego a las demás, veinte en total.

Tan furioso tenían a Roberts los intentos de los gobernadores de la Martinica y Barbados de prenderlo que mandó confeccionar otro pabellón (que llevaron izado a partir de entonces) con su propia efigie, con cada pie pisando una calavera, y debajo las letras A. B. H. y A. M. H., que significan *A Barhadian's Head* y *A Martinican's Head*, como puede verse en la ilustración del capitán Roberts.

En la Dominica, siguiente isla que tocaron, apresaron un contrabandista holandés de 22 cañones y 75 hombres, y un bergantín de Rhode Island, patrón un tal Norton. El primero opuso cierta resistencia, hasta que cayeron algunos hombres; entonces el resto se desanimó y arrió bandera. Con estas dos presas se dirigieron a Guadalupe, donde capturaron una balandra y un filibote francés cargado con azúcar; quemaron la balandra y se dirigieron a Mona, otra isla, con intención de limpiar. Pero al ver la mar demasiado crecida allí para realizar este trabajo con seguridad, pusieron rumbo a la parte norte de La Española, donde, en cayo Bennet, en el golfo de Samana, limpiaron tanto el barco como el bergantín. Porque aunque La Española está colonizada por españoles y franceses, y es residencia de un presidente de España, que recibe y decide apelaciones de todas las demás islas españolas de las Indias Occidentales, sin embargo su población no es en absoluto proporcional a su magnitud, de manera que hay allí muchos puertos naturales en los que los piratas pueden refugiarse sin temor ninguno de ser descubiertos por sus habitantes.

Estando aquí, entraron dos balandras con la pretensión de hacer una visita a Roberts; sus patrones, Porter y Tuckerman, se dirigieron al pirata, como la reina de Saba a Salomón, en estos términos: *que habiendo oído hablar de su fama y sus hazañas*,

venían a aprender su arte y habilidad en la práctica de la piratería, ya que eran naves dedicadas a la misma honrosa actividad que él; y con esta misma confianza esperaban recibir también el favor de su benevolencia, dado que andaban escasos de lo necesario para tales aventuras. Roberts se dejó ganar por la singularidad y franqueza de estos dos hombres, y les dio pólvora, armas y cuanto necesitaban, pasó dos o tres noches de celebración con ellos, y al despedirse expresó su deseo de que el Señor hiciese prósperas sus acciones.

Pasaron algún tiempo aquí, tras dejar preparada su nave, entregados a sus habituales excesos; habían aprehendido abundante ron y azúcar, de manera que el licor corría como el agua, y eran pocos los que no lo consumían de manera inmoderada; más aún, la sobriedad volvía sospechoso de conspirar contra la comunidad al que la observaba, y en opinión de ellos, todo el que no se emborrachaba era un villano. Esto se puso de manifiesto en el caso de Harry Glasby, elegido maestro del *Royal Fortune*, quien, con otros dos, aprovechó la ocasión en la última isla que tocaron para abandonar a sus amigos sin despedirse. Glasby era un hombre reservado y sobrio, y por tanto daba motivo para que recelasen de él; así que al poco de irse notaron su ausencia, y mandaron un destacamento en pos de los desertores. Los tres fueron traídos de vuelta al día siguiente. Se trataba de un delito capital, de manera que se les formó juicio inmediatamente.

Aquí se guardaron las formas de la justicia, que es cuanto puede decirse de algunos otros tribunales que tienen cometidos más legales de que ocuparse: no había pago de emolumentos al tribunal, ni había entre ellos la costumbre de sobornar testigos, introducir partidarios en el jurado, retorcer y violentar el sentido de una ley con fines y propósitos desviados, embrollar y confundir la causa con términos sesgados y distinciones inútiles, o recargar las audiencias con innumerables oficiales, ministros de la rapiña y la extorsión, con semblantes ominosos capaces de espantar del juicio a la misma Astrea.

El lugar designado para celebrar estos juicios era el entrepuente del barco. Con este motivo prepararon un gran cuenco de ponche de ron y lo colocaron sobre la mesa, prepararon las pipas y el tabaco, y dieron comienzo al proceso: trajeron a los acusados, y les fueron leídos los cargos. Se les procesó conforme a un estatuto que ellos mismos habían elaborado, y la letra de la ley fue estricta con ellos. Y probado el hecho con toda claridad, se les iba a comunicar la sentencia, cuando uno de los jueces sugirió que antes debían fumar otra pipa; cosa a la que procedieron sin más.

Todos los acusados suplicaron muy conmovedoramente el sobreseimiento de la causa; pero su crimen repugnaba de tal manera al tribunal que no consiguieron ablandarlo; hasta que uno de los jueces, un tal Valentine Ashplant, se levantó y, quitándose la pipa de la boca, dijo que tenía algo que decir en favor de uno de los acusados. Y añadió: «¡Voto a Dios que no morirá Glasby, maldita sea!» Y tras este docto discurso volvió a sentarse y a coger su pipa. Esta moción fue sonoramente rebatida por el resto del tribunal en términos equivalentes; pero Ashplant, que se mostró tajante en su opinión, largó otro solemne discurso del siguiente tenor: «Dios os confunda a todos, caballeros. Me considero tan bueno como el que más, y maldita sea mi alma si le he vuelto la espalda a nadie en toda mi vida, o se la vuelvo alguna vez. Glasby es un buen tipo pese a este percance, y le tengo estima; que me condene si no. Espero que viva para arrepentirse de lo que ha hecho; pero si tiene que morir, estoy dispuesto a hacerlo con él.» Y sacó un par de pistolas y encañonó a algunos de los ilustres miembros del tribunal que, viendo tan bien sustentado su alegato, juzgaron razonable que Glasby fuera absuelto. Y del mismo parecer fueron todos, y admitieron que era de ley.

Pero toda la atenuación que se pudo obtener para los otros acusados fue que se les dejaría escoger a los cuatro encargados de ejecutarlos. Ataron inmediatamente a los pobres desdichados al palo y los ejecutaron de un tiro conforme a su malvada sentencia.

En el momento de volver a hacerse a la mar, se deshicieron de las presas que aún retenían —sólo por temor a que extendiesen cualquier rumor sobre ellos, lo que probablemente habría sido fatal en Carriacou—: quemaron su propia balandra y se llevaron el bergantín de Norton, dándole al patrón el contrabandista holandés, con el que se fue, nada descontento por cierto.

Con el *Royal Fortune* y el bergantín, que bautizaron con el nombre de *Good Fortune*, prosiguieron hacia la latitud de La Deseada en busca de provisiones, que volvían a escasearles. Y coincidiendo con sus deseos, la mala suerte puso en su camino al capitán Hingstone, que se dirigía ricamente cargado a Jamaica. Se lo llevaron a Barbuda y lo expoliaron; y recorriendo otra vez las Indias Occidentales, topaban de cuando en cuando con algún que otro envío (principalmente franceses) que los abastecía de abundantes provisiones, con lo que se repusieron de su estado famélico. Y pertrechados de esta suerte de munición, empezaron a pensar en algún objetivo más digno; porque estos robos que sólo proporcionaban lo que constantemente se consume no satisfacían en absoluto sus ambiciones; de manera que emprendieron otra vez la ruta de Guinea, donde pensaban comprar polvo de oro muy barato. Por el camino apresaron numerosos barcos de todas las naciones,

algunos de los cuales quemaron o hundieron, si la actitud o carácter de quien los mandaba les caía mal.

A pesar del éxito en sus aventuras, esta tripulación tenía gran dificultad en mantenerse unida bajo ninguna clase de norma; porque como casi siempre estaban furiosos o borrachos, su comportamiento ocasionaba infinidad de altercados, dado que cada cual se tenía por capitán, príncipe o incluso rey. Cuando Roberts comprendió finalmente que no era posible dirigir por las buenas a semejante compañía de brutos ingobernables, ni impedir que bebieran hasta el exceso, lo que era causa de todas las reyertas, adoptó con ellos un tono más severo y una actitud más autoritaria, aplicándoles correctivos cuando juzgaba conveniente; y si alguno se agraviaba por este trato, le decía que si le parecía mejor podían bajar a tierra, que allí le daría satisfacción con la espada o la pistola, porque ni temía ni tenía en mucho a ninguno de ellos.

A unas 400 leguas de la costa de África, el bergantín que hasta ahora había ido con ellos en amistosa correspondencia juzgó oportuno aprovechar la ocasión que le brindaba una noche oscura para dejar al comodoro; lo que me hace retroceder para contar un percance que ocurrió en una isla de las Indias Occidentales —donde hicieron aguada antes de emprender este viaje— y que probablemente desbarató (como si dijéramos) su relación, y fue en parte causa de que se separasen: se trata del episodio siguiente:

Insultado por uno de la tripulación que andaba borracho (he olvidado su nombre), el capitán Roberts, fuera de sí, mató al individuo en el acto. Esta acción desagradó a muchos, pero especialmente a un tal Jones, un mozo despierto y activo que murió hace poco en Marshalsea y que era su compañero de rancho. Este Jones se hallaba en tierra acarreando agua al barco cuando tuvo lugar dicho lance, pero en cuanto subió a bordo le contaron cómo el capitán había matado a su compañero. Al oírlo maldijo a Roberts, y exclamó que tendría que hacer lo mismo con él. Roberts, al oír la invectiva de Jones, fue a él espada en mano y lo ensartó; y éste, a pesar de la herida, agarró al capitán, lo arrojó sobre un cañón y le dio una soberana paliza. Esta aventura produjo un tumulto en toda la compañía; y unos tomaron partido por el capitán, y otros contra él, lo que estuvo a punto de provocar una refriega. Sin embargo, se apaciguaron finalmente los ánimos por mediación del cabo de brigadas; y como la mayoría era de la opinión de que a bordo debía apoyarse la autoridad del capitán, que era un puesto de honor, y por tanto la persona a la que juzgaban apropiado concedérselo no debía ser denigrada por ningún miembro, por todo esto, sentenciaron que Jones debía recibir dos latigazos de cada miembro de la compañía, por su desacato, lo que fue ejecutado

en cuanto estuvo repuesto de su herida.

Este severo castigo no convenció ni mucho menos a Jones de que había sido injusto, sino que más bien lo animó a una especie de venganza; pero como no era capaz de llevarla a efecto en la persona de Roberts a bordo, él y varios compinches se pusieron en contacto con Anstis, capitán del bergantín, y con él y algunos de los principales piratas que iban a bordo de esa nave concertaron separarse. Lo que tenía descontento a Anstis era la situación de inferioridad en que Roberts lo colocaba, tratándolos a él y su tripulación de manera altanera y autoritaria, y considerando el bergantín como una especie de escampavía, y como tal, de cada botín no les tocaban más que sobras. En resumen, Jones y su consorte fueron a bordo del capitán Anstis con el pretexto de hacerles una visita; y tras consultar allí con sus cofrades, comprobaron que la mayoría estaba a favor de dejar a Roberts; así que determinaron despedirse a la francesa, como se suele decir, esa misma noche, y arrojar por la borda al que se opusiese. Pero todos estuvieron de acuerdo, y pusieron en práctica el plan mencionado.

No hablaré más del capitán Anstis hasta que haya concluido la historia de Roberts, de manera que vuelvo a éste, en el momento en que navega rumbo a Guinea. La pérdida del bergantín representó un golpe para la tripulación, dado que era muy velero, y tenía 70 hombres a bordo. Sin embargo Roberts, que era el causante, puso cara de despreocupación respecto a su mal comportamiento y gobierno, y decidió no alterar sus planes por esto.

Roberts arribó a barlovento del Senegal, río de mucho tráfico debido al caucho de esta parte de la costa, monopolizado por los franceses, quienes patrullan constantemente para impedir el comercio intérlope: en esos momentos tenían dos barcos pequeños en ese servicio, uno de 10 cañones y 65 hombres, y el otro de 16 cañones y 75 hombres. Y al avistar éstos al señor Roberts, y suponerle uno de esos traficantes ilegales, salieron tras él con toda la vela que podían desplegar; pero la expectativa que los había animado a darle caza sufrió el desengaño demasiado tarde: porque al ver que izaban el *Jolly Roger* (nombre que dan los piratas a su bandera negra), se les encogió el corazón, y se rindieron los dos con muy poca o ninguna resistencia. Con estas presas fueron a Sierra Leona, haciendo de una de ellas su consorte, con el nombre de la *Ranger*, y de la otra buque de pertrechos, para limpiar.

El río Sierra Leona tiene una gran desembocadura que a estribor se recorta en pequeñas calas, seguras e idóneas para limpiar y hacer aguada; pero lo que lo hacía preferible para los piratas es que los traficantes asentados aquí son amigos

naturales de esta gente. Hay unos 30 ingleses en total, y son hombres que en alguna etapa de sus vidas fueron corsarios, bucaneros o piratas, y aún les gustan y celebran las orgías y extravagancias que son corrientes en esta clase de vida. Viven en términos muy amistosos con los nativos, y muchos de ellos tienen bastantes, de uno u otro sexo, como grumetes o criados: los varones son fieles, y las mujeres tan obedientes que están prestas a prostituirse con quien les mande su amo. La Compañía Real Africana posee un fuerte en una pequeña isla llamada isla Bence; pero, salvo para guardar sus esclavos, lo utiliza poco. La distancia lo incapacita para causar ningún temor a los de la costa de estribor. Aquí vive un viejo que se hace llamar Crakers, bucanero afamado en otro tiempo, y que mientras estuvo dedicado a la profesión robó y saqueó multitud de barcos; posee la mejor casa del lugar, y tiene dos o tres cañones delante de la puerta con los que saluda a sus amigos piratas cuando entran en puerto, y vive una vida jovial con ellos mientras están allí.

A continuación doy una lista del resto de estos mercaderes ilegales, y sus sirvientes, que se dedican al comercio intérlope con gran perjuicio para la Compañía Real Africana, que con enorme trabajo y gasto ha creado y mantiene colonias por las que ninguna consideración tienen estos individuos, pese a que sin ellas, y sus fuertes, pronto se les acabaría toda posibilidad de practicar su comercio privado. Por tanto, es de esperar que se tomen medidas oportunas para eliminar a esta gente perniciosa que se ha dedicado toda su vida a vivir a costa del trabajo de otros.

Dos de estos sujetos se unieron a la tripulación de Roberts y siguieron en ella hasta la desaparición de la compañía:

Lista de blancos que actualmente viven en la parte alta de Sierra Leona, con la embarcación que utilizan

John Leadstone, tres botes y una piragua

Su criado Tom

Su criado John Brown

Alexander Middleton, una chalupa

Su criado Charles Hawkins

John Pierce, William Mead, socios, una chalupa

Su criado, John Vernon.

David Chatmers, una chalupa

John Chatmers, una chalupa

Richard Richardson, una chalupa

Norton, Richard Warren, Robert Glynn, socios, dos chalupas y dos botes

Su criado, John Franks William

Waits y un muchacho

John Bonnerman

John England, una chalupa.

Robert Samples, una chalupa.

William Presgrove, Harry, Davis, Mitchel, Richard Lamb, una balandra, dos chalupas, un bote y una piragua

Con Roque Rodrigues, portugués

George Bishop

Peter Brown

John Jones, una balandra

Su mozo irlandés

En río Pungo, Benjamin Gun

En Kidham, George Yeats

En Gallyneas, Richard Lemmons

El puerto se halla en un punto muy conveniente para cargar agua y leña, lo que hace que nuestros mercantes, especialmente los de Bristol, entren con grandes cargamentos de cerveza, sidra y licores fuertes, que cambian con estos mercaderes particulares por esclavos y colmillos, que compran en río Nune y otros lugares del norte, de manera que pueden darse, como ellos dicen, la buena vida.

Aquí llegó Roberts a finales de junio de 1721, y le informaron de que el *Swallow* y el *Weymouth*, dos buques de guerra de 50 cañones cada uno, habían zarpado de este río un mes antes y tenían previsto volver para Navidades; así que los piratas pudieron concederse todas las satisfacciones del mundo, no sólo sabiéndose seguros mientras estaban allí, sino que si bajaban por la costa detrás de los buques de guerra podían tener noticia de sus visitas, lo que les serviría para hacer segura su expedición. Por tanto, al cabo de seis semanas de estancia, con los barcos limpios y aparejados, y los hombres hastiados de bebida y mujeres, se acordaron de su profesión y zarparon a primeros de agosto, recorriendo la costa entera hasta Jaquin, despojando a todo barco que encontraban a su paso de cuanto llevaba de valor, y a veces, para hacerlo de forma aún más ruin, arrojaban al mar lo que no necesitaban, añadiendo la crueldad al robo.

En esta latitud cambiaron su viejo barco francés por una hermosa fragata llamada la *Onslow* que pertenecía a la Compañía Real Africana, mandada por el capitán Gee, que casualmente se hallaba en Cestos cargando agua y víveres para la tripulación. La mayoría de los hombres del capitán Gee estaban en tierra cuando llegó Roberts, por lo que el barco cayó en sus manos muy fácilmente; aunque es probable que de haber estado todos a bordo no hubiera sido de otro modo, porque la mayoría de estos marineros se unieron voluntariamente a los piratas, animando a los soldados (que iban como pasajeros al castillo de cabo Corso) a hacer lo mismo; y como sus oídos, constantemente cautivados por las hazañas y heroísmos de estos individuos, les hacían imaginar que ir era sólo lanzarse a un viaje de caballero andante (a enderezar entuertos y ganar renombre), se ofrecieron también. Pero aquí los piratas pusieron reparo; tenían tan mala opinión de la gente de tierra adentro que les estuvieron dando largas durante un tiempo, hasta que al final, cansados de tanta insistencia, y apiadándose de un puñado de tipos robustos que, dijeron, se iban a morir de hambre con una ración de un panecillo y un plátano, los aceptaron, asignándoles un cuarto de parte, según dijeron, por pura caridad.

A bordo de la *Onslow* iba un clérigo enviado de Inglaterra como capellán al castillo de Cape Coast. Algunos piratas se mostraron partidarios de conservarlo con ellos, alegando alegremente que su barco necesitaba un capellán; así que le ofrecieron una parte si se unía, prometiéndole que no necesitaba hacer nada para

ganársela, sino preparar ponche y rezar oraciones. Sin embargo, por brutales que fueran en otras cosas, mostraron tan gran respeto a sus hábitos que decidieron no obligarlo contra su inclinación; y el sacerdote, que no tenía ningún deseo de abrazar esta clase de vida, se excusó de aceptar el honor que le ofrecían. Los convenció, y fueron lo bastante generosos para devolverle cuanto dijo que era suyo; el sacerdote aprovechó la favorable disposición de los piratas para reclamar varias cosas que pertenecían a otros, que también le dieron para gran satisfacción suya. Finalmente no retuvieron nada de cuanto pertenecía a la iglesia, salvo tres libros de oraciones y un sacacorchos.

Los piratas se quedaron con la *Onslow* para su propio uso, dieron al capitán Gee el barco francés, y seguidamente se dedicaron a hacerle los cambios necesarios para la piratería, echando abajo mamparos y despejándolo, de manera que se convirtió, en todos los respectos, en el mejor barco para este fin que podían haber encontrado. Volvieron a usar en él el nombre de *Royal Fortune*, y lo artillaron con 40 cañones.

Con éste y el *Ranger* prosiguieron (como he dicho) hasta Jaquin, y de ahí a Viejo Calabar, adonde entraron en octubre para limpiar fondos: el lugar más conveniente de toda la costa, puesto que hay una barra con una sonda de no más de 15 pies y un canal intrincado, de manera que aunque los buques de guerra hubiesen tenido la certeza de que los piratas estaban allí, éstos podían haber desafiado su fuerza, porque la escasa profundidad de este banco, así como la falta de un práctico, eran suficiente seguridad para ellos, e impedimento invencible para los otros. Aquí, por tanto, se instalaron tranquilamente, se repartieron el producto de su deshonesta industria, y *bebieron y abandonaron todo cuidado*. El práctico que los metió en este puerto fue el capitán Loane, que por éste y otros servicios fue muy bien pagado, según consta en su propio libro de contabilidad, que no contiene los habituales conceptos de «debe» y «haber», sino que es mucho más conciso, dejando que sus amigos llevasen el debe en sus cabezas para que lo cargasen al siguiente mercante honrado que encontraran.

En Calabar apresaron al capitán Loane y dos o tres barcos de Bristol cuyos detalles sería demasiado prolijo consignar, de manera que paso a dar cuenta de la acogida que les dispensaron los nativos de este lugar. Los negros de Calabar no fueron tan corteses como ellos esperaban, ya que cuando comprendieron que eran piratas se negaron a tener ningún comercio ni trato con ellos: señal de que estos pobres seres, pese a la estrechez en que viven, y a no contar con la luz del Evangelio ni la ventaja de la educación, tienen sin embargo una honestidad moral innata que reprocharía y avergonzaría al cristiano más instruido. Pero su actitud

irritó a estos sujetos sin ley, de manera que enviaron un grupo de 40 hombres para forzar una correspondencia, o aplicarles medidas extremas; así que desembarcaron bajo el fuego de sus propios cañones. Los negros se agruparon en un cuerpo de 2.000 hombres como si fueran a deliberar entre ellos, y se mantuvieron de este modo hasta que los piratas llegaron a la distancia de un tiro de pistola. Pero viendo que la pérdida de dos o tres no impresionaba al resto, los negros consideraron oportuno retirarse, lo que hicieron, con algunas pérdidas. Los piratas entonces prendieron fuego al poblado y regresaron a sus barcos. Esto aterrorizó a los nativos, y puso definitivo fin a la relación con ellos; de manera que no pudieron obtener provisiones, lo que los obligó, tan pronto como hubieron terminado de limpiar y aparejar los barcos, a no perder tiempo; pusieron rumbo a cabo López, hicieron aguada, se abastecieron de provisiones frescas en Annobón, y a continuación zarparon otra vez rumbo a la costa.

Ésta fue su última y fatal expedición, en la que nos detendremos más particularmente, porque creo que no habrían tenido el valor de emprenderla si no hubieran supuesto que los buques de guerra (que sabían que andaban recorriendo la costa) o bien eran incapaces de atacarlos o, conforme al rumor que indiscretamente obtuvieron en Sierra Leona, se habían dirigido allí otra vez.

No es posible pensar que se hubieran enterado de la situación de debilidad y enfermedad en que se hallaban los buques de guerra, y que por tanto fundaran el éxito de este segundo recorrido de la costa en esta suposición, y así parece confirmarlo el que llegaran sólo hasta cabo Lahou, que está más arriba de lo que se habían propuesto, a principios de enero, y apresaran el barco llamado *King Solomon* con la lancha y 20 hombres, y un mercante, ambos de la Compañía. El barco pirata abatió como una legua a sotavento del *King Solomon*, a la altura de cabo Appollonia, y teniendo la corriente y el viento en contra para acercarse al barco, acordaron mandar la lancha con suficientes hombres para apresarlo. En estos lances los piratas se ofrecen todos voluntarios a la voz de «quién quiere ir». Y los que se ofrecen son hombres decididos y fuertes; porque gracias a esta oportunidad hacen valer sus méritos, y tienen derecho a un juego de ropa, de pies a cabeza, de la presa.

Bogaron hacia el *King Solomon* con gran celeridad, y al saludo de su comandante respondieron con desafío. Antes de esto, al observar el capitán Trahern el gran número de hombres que se acercaba en la lancha, receló de los visitantes, y los recibió disparando un mosquete cuando llegaron bajo su popa, a lo que ellos respondieron con una descarga, dándose más prisa aún en subir a bordo. Al ver esto el capitán se volvió a sus hombres y les preguntó si estaban dispuestos

a defender el barco con él, ya que era una vergüenza que los apresasen con la mitad de hombres sin ninguna resistencia. Pero su contramaestre Phillips asumió la función de portavoz de la gente, y puso fin a la disputa; dijo claramente que él no lo estaba, y depuso sus armas en nombre del rey, como le dio por decir, y voceó a la lancha pidiendo cuartel; de manera que el resto, seducido por su ejemplo, renunció también a defender el barco.

En cuanto estuvieron a bordo zarparon por el expeditivo método de cortar el cable, diciéndole Walden (uno de los piratas) al patrón que no había por qué molestarse en levar el ancla puesto que iban a quemar el barco. Lo situaron a popa del comodoro Roberts, y no sólo le quitaron las velas, jarcias, etc., que necesitaban sino que, de manera desenfrenada, arrojaron por la borda la mercancía de la Compañía, como despilfarradores que ni esperaban ni tenían intención de rendir cuenta ninguna.

El mismo día, también, apresaron el *Flushing*, un barco holandés, lo despojaron de masteleros, vergas y pertrechos, y seguidamente le cortaron el palo de trinquete. Pero lo que peor sentó a su patrón fue que le quitaran unas suculentas salchichas que llevaba, hechas por su mujer, y se las colgasen de manera burlesca alrededor del cuello, hasta que hubieron demostrado suficientemente su desprecio por ellas y las arrojaron al mar. Otros degollaron unas cuantas gallinas que llevaba para que les preparasen la cena, e invitaron cortésmente a su dueño, con el encargo de que trajese de beber: fue una amarga petición para este hombre, pero no tuvo más remedio que cumplirla; y cuando estaban ya borrachos lo obligaron a seguir sentado, y a oírlos cantar canciones francesas y españolas de sus libros de oraciones holandeses, con otras blasfemias que (aun siendo holandés) le produjeron escándalo.

Como andaban asaltando barcos demasiado cerca de la costa cundió la alarma, y se despacharon correos urgentes a las factorías inglesas y holandesas informando de lo que ocurría. En seguida se dieron cuenta los piratas de su error; y haciendo de la necesidad virtud, resolvieron alejarse de la vista de tierra, y renunciar a las presas que podían capturar entre ésta y Whydah, para dirigirse a la más segura de ese puerto, que normalmente es el mejor botín: todas las naciones comercian allí; en especial los portugueses, que compran principalmente con oro, ídolo ante el que se inclinan sus corazones. Y pese a que la ruta entre Axim y dicho lugar era poco frecuentada, toparon con varios barcos, cuyas historias no hay necesidad de relatar, ni los terrores que sufrieron los súbditos de Su Majestad; de manera que paso por alto todo esto y vuelvo a los piratas a su llegada a la rada.

Entraron en Whydah con una enseña de San Jorge, una bandera de seda negra tremolando en el pico de mesana, y un pabellón y gallardete iguales: la bandera tenía un esqueleto, con una ampolleta en una mano y dos huesos cruzados en la otra, un dardo atravesado, y debajo un corazón con tres gotas de sangre cayéndole. El pabellón tenía la efigie de un hombre con una espada flamígera en la mano, los pies sobre dos calaveras, y debajo escrito A. B. H. y A. M. H., que significaba «Cabeza de Barbadano» y «Cabeza de Martinicano», detalle del que he dado noticia más arriba. Aquí encontraron once velas en la rada, inglesas, francesas y portuguesas; las francesas eran tres barcos fuertes de 30 cañones y más de 100 hombres cada uno, aunque cuando Roberts abrió fuego, todos ellos, con los otros barcos, arriaron inmediatamente bandera y se rindieron a su merced. Hay que decir que el motivo de esta fácil victoria era que los comandantes y buena parte de los hombres estaban en tierra, según es costumbre del lugar, para recibir los cargamentos, y devolver los esclavos, ya que era obligado vigilar este trabajo, porque de otra manera, con un mar peligroso como el de aquí, sería irrealizable. Todos éstos, salvo el *Porcupine*, pagaron su propio rescate, ocho libras de polvo de oro por barco, no sin la molestia de cruzar varias cartas con tierra antes de llegar a un acuerdo. Y pese al acuerdo y el pago, se quedaron un barco francés, aunque con la promesa de devolverlo, si les parecía que no navegaba bien, llevándose consigo varios hombres para este fin.

Algunos de los extranjeros que nunca habían tenido una experiencia de ese género pidieron a los piratas, para su justificación ante los dueños, que les extendiesen recibos por su dinero, cosa a la que accedieron puntualmente. Aquí incluyo la copia de uno de ellos:

Este documento certifica a quien deba o pueda interesar; que normas, CABALLEROS DE FORTUNA, hemos recibido ocho libras de polvo de oro por el rescate del Hardey, mandado por el Capitán Dittwitt, por lo que dejamos en libertad el dicho barco,

En fe de lo cual, firmamos,

Batt. Roberts,

Harry Glasby

a 13 de junio de 1722

Entregaron otros del mismo tenor a los capitanes portugueses, aunque fueron firmados por dos tipos guasones: Sutton y Sympson, que lo hicieron con los nombres de

Aaron Whiffingpin,

Sim. Tugmutton.

Pero se portaron tan cruel y bárbaramente con el *Porcupine*, capitán Fletcher, que no puedo por menos de hacer mención especial.

Este barco estaba fondeado en la rada casi repleto de esclavos cuando entraron los piratas, y dado que su comandante se hallaba en tierra ocupado en sus asuntos, fue mandado llamar para el rescate; pero se excusó diciendo que no tenía órdenes de los armadores, aunque quizá la verdadera razón era que consideraba deshonroso tratar con ladrones, y que el barco, quitando los esclavos, con los que no esperaba que se mostrasen crueles, no valía la cantidad que le exigían. Enterado Roberts de esto, manda la lancha para trasladar a los negros y prender fuego al barco. Pero como tenía prisa, y veía que desencadenarlos iba a costar demasiado tiempo y trabajo, lo incendiaron con ochenta de estos pobres desventurados a bordo, encadenados de dos en dos, con la horrible alternativa de perecer abrasados o ahogados: los que saltaron al agua fueron pasto de los tiburones, peces voraces que abundan en esta rada, donde a la vista de ellos les arrancaban vivos los miembros; atrocidad sin precedentes por la que, de haberlos ahorcado a todos, supongo que pocos habrían juzgado rigurosa la justicia.

A decir verdad, los piratas se habían visto obligados a solventar el asunto a toda prisa porque habían interceptado una carta del general Phips al señor Baldwin, agente de la Compañía Real Africana en Whydah (en la que le informaba de que Roberts había sido visto a barlovento de cabo Tres Puntas), en el sentido de que podría proteger mejor los barcos de la Compañía si llegaba a esa rada antes que el buque de guerra *Swallow*, que según le aseguraba (en la fecha de la carta) iba tras ellos rumbo a dicha plaza. Roberts convocó a su compañía y les pidió que escuchasen el discurso de Phips (pues así le dio por calificar la carta). Y a pesar de sus comentarios fanfarrones, los convenció de la necesidad de irse; «porque —dijo— supongo que unos muchachos tan bravos no se van a asustar por esta

noticia; pero es preferible evitar alguna magulladura, que es lo más que podemos temer, si nos dan alcance».

Todos comprendieron la importancia de este consejo, y zarparon tras haber estado sólo del jueves al sábado por la noche; y ya en alta mar decidieron por votación dirigirse a la isla de Annobón. Pero los abatió el viento, frustrándoles este propósito, y los llevó a cabo López, donde debo dejarlos ahora ante su inminente destino, para relatar algunos detalles más del barco de Su Majestad el *Swallow*, a saber: dónde había estado durante el daño que hicieron, y por qué motivo no pudo impedirlo; también, cuál fue la noticia que le llegó, y las medidas que adoptó, que finalmente condujeron a dos personajes tan opuestos como el señor Roberts y el capitán Ogle a conocerse en ese remoto rincón del mundo.

El *Swallow* y el *Weymouth* abandonaron Sierra Leona el 28 de mayo, adonde, como ya he dado noticia, llegó Roberts aproximadamente un mes después, y donde sin duda se enteró del propósito del viaje de ambos barcos y de que iban a limpiar en la costa, lo que le permitió entregarse a su diversión más confiadamente, y le proporcionó datos que hicieron más próspero su primer recorrido de la costa en el mes de agosto siguiente. El *Swallow*y el *Weymouth* estaban entonces en el puerto de Príncipe limpiando.

Su estancia en Príncipe fue del 28 de julio al 20 de septiembre de 1721, donde por una de esas fatalidades nada excepcionales a las que están expuestos los hombres de mar (y a las que no se pueden sustraer), enterraron 100 hombres en espacio de tres semanas, y el resto de las dos tripulaciones quedó en un estado de postración tal que les costó grandísimo trabajo hacerse a la mar. Y esta desventura fue la que probablemente trajo la ruina de Roberts, porque impidió al buque de guerra regresar a Sierra Leona como era su propósito, viéndose en la necesidad de dejar el barco de Su Majestad, el *Weymouth* (cuya situación a bordo era bastante peor) bajo los cañones de Cape Coast, para reclutar hombres, ya que era incapaz a la sazón de bracear las velas o levar las anclas. Y Roberts, ignorante de esta circunstancia y del cambio de planes, fue a meterse en la boca del lobo cuando creía estar lejos de él; porque al renunciar los buques de guerra a llegar más a barlovento (cuando volvían de Príncipe) y dirigirse sólo a la rada de Cape Coast, a sotavento de ellos, tuvieron la suerte de ponerse en la ruta que Roberts había tomado.

El *Swallow* y el *Weymouth* tocaron el continente el 20 de octubre en cabo Appollonia, donde un tal capitán Bird les dio la desagradable noticia que los despertó y puso en guardia. Pero estaban lejos de esperar que cometieran la

temeridad de acercarse por segunda vez a la costa mientras ellos estaban allí. Así que el *Swallow*, una vez que vio entrar al *Weymouth* en la rada de Cape Coast el 10 de noviembre puso rumbo a barlovento, hasta Bassam, más bien para que el aire reanimase a la tripulación enferma del barco, y para dejarse ver por el tráfico, que descubrió tranquilo en todas partes. E iba a regresar para reunirse con su consorte, cuando topó casualmente con un barco portugués que le dijo que la víspera había visto dos barcos persiguiendo al *Junk*, una nave inglesa, y que creía que había caído en sus manos. Al oír esto el *Swallow* cogió viento y se dirigió con todo empeño a ese lugar; pero al recibir poco más tarde (el 14 de diciembre) información en sentido contrario del capitán Plummer, hombre inteligente que mandaba el *Jasón*, de Bristol, que había llegado más a barlovento y no había visto ni oído nada de esto, puso rumbo por segunda vez a tierra, fondeó en cabo Appollonia el 23, en cabo Tres Puntas el 27, y en la rada de Coast el 7 de enero de 1722.

Se enteró de que su consorte el *Weymouth* había zarpado hacia barlovento con la ayuda de algunos soldados del castillo, para exigir la devolución de algunas mercancías u hombres pertenecientes a la Compañía Real Africana legalmente retenidos por los holandeses de Des Minas. Y se estaban lamentando de tan larga separación, cuando llegó al general Phips un correo urgente de Axim, el día 9, seguido de otro de Dixcove (una factoría inglesa), con la información de que tres barcos habían perseguido y apresado una galera cerca del castillo de Axim, además de una nave menor perteneciente a la Compañía. No tuvieron duda de quiénes eran, sino que dieron por sentado que se trataba de piratas, y que eran los mismos que el mes de agosto anterior habían infestado la costa. De manera que el lógico resultado de estos dos avisos fue salir a toda prisa para Whydah. Porque concluyeron que si habían caído las dos presas les habrían informado de lo cerca que estaba el *Swallow*, y de cuánto más sanos se hallaban que en los meses anteriores; de manera que, a menos que estuviesen locos de remate (y puesto que habían sido descubiertos), se habrían dirigido a toda prisa a Whydah para hacerse allí con el botín, sin el que habrían perdido enteramente tiempo y esfuerzo; porque la mayor parte del oro se hallaba en ese rincón.

El *Swallow* levó anclas de Cape Coast el 10 de enero, pero se retrasó esperando en Accra unas horas al *Margaret*, un barco de la Compañía, después al *Portugal*, y un día entero en Apong a una persona a la que llamaban señorita Betty: tiempo cuya pérdida lamentó el señor Phips cuando supo que los piratas se acababan de ir de Whydah, ya que él, convencido de que no se le podían escapar, había dicho que retrasarse unas horas no supondría ningún perjuicio.

Sin embargo, este retraso impidió que el *Swallow* los sorprendiera en

Whydah; porque los piratas entraron en la rada con ventarrón el mismo día en que el *Swallow* estaba en Apong, y zarparon de allí el 13 de enero, mientras que el *Swallow* llegó el 17. Tuvo noticia de ellos por una chalupa francesa de Gran Papa, la noche del 14, y de Pequeño Papa a la mañana siguiente por un barco holandés; de manera que el buque de guerra estaba de todas todas, como así creía, seguro de su ventaja, sobre todo cuando avistó barcos, y descubrió que tres de ellos zarpaban inmediatamente al verlo, y se hacían señales entre sí, como disponiéndose a defenderse. Pero resultaron ser barcos franceses; y los fondeados, portugueses e ingleses, eran todos mercantes legales que habían sido saqueados y dejados en libertad mediante rescate.

Este fracaso disgustó a la Compañía del barco, que estaba muy preocupada por su mercancía, que según informaciones era un cofre lleno de oro guardado con tres llaves; aunque con toda probabilidad, de haber dado con ellos en esta rada abierta se le habría escapado uno, o los dos; o si hubiesen preferido presentar batalla, un espíritu de emulación la habría vuelto probablemente desesperada.

Mientras deliberaban sobre el particular llegó una carta del señor Baldwin (gobernador aquí de la Compañía) en la que informaba de que los piratas estaban en Jaquin, siete leguas más abajo. El *Swallow* zarpó el 18 de enero a las dos de la madrugada, y llegó a Jaquin de día, pero no consiguió otra cosa que asustar a las tripulaciones de dos barcos portugueses que estaban en tierra, y lo tomaron por el pirata que había sembrado el terror en Whydah: así que regresó esa noche, y tras reforzarse con treinta voluntarios, ingleses y franceses, despidió a las tripulaciones del *Porcupine* y el barco francés que se había llevado de Jaquin, y se hizo a la mar otra vez el 19 de enero, calculando que tocarían Calabar, Príncipe, río Gabón, cabo López o Annobón para cargar agua y descansar, aunque hubieran decidido abandonar la costa. Respecto al primero de esos lugares, como he dicho, era arriesgado entrar allí, o más bien impracticable; Príncipe era uva más verde aún para ellos; pero como era el primero que tenían en el camino, llegaron ante el puerto el 29, de donde, al no tener ninguna noticia, se dirigieron sin pérdida de tiempo a río Gabón, y fondearon en su desembocadura el 1 de febrero.

Este río es navegable por dos canales y tiene una isla como a cinco leguas curso arriba llamada Papagayo o Loro, donde los cruceros holandeses de esta costa limpian fondos, y donde a veces entran los piratas en busca de presas o a efectuar reparaciones, ya que es muy práctica por un barro suave que tiene alrededor, que permite tumbar el barco con todos los cañones y pertrechos sin daño. Aquí el capitán Ogle mandó su bote más arriba de la isla con un teniente, que habló con un barco holandés, del que obtuvo la siguiente información, a saber: que había llegado

de cabo López hacía cuatro días, donde no había quedado ningún barco. De todas maneras efectuaron una atenta inspección del cabo haciendo caso omiso de esta información, y el 5, al amanecer, les sorprendió oír estampidos de cañón que, al aclarar el día, comprobaron que procedían de la bahía de cabo López, donde descubrieron tres barcos fondeados, el más grande de ellos con pabellón y gallardete reales, y poco después concluyeron que se trataba del señor Roberts y sus consortes. Pero dado que el *Swallow* estaba a barlovento, e inopinadamente adentrado en la bahía, se vio obligado a dirigirse hacia afuera para evitar un banco de arena, llamado Banco del Francés, maniobra que los piratas estuvieron observando un rato; e interpretando irreflexivamente que era por miedo, adrizaron el francés *Ranger*, que estaba tumbado, y lo mandaron a toda prisa tras él, envergando varias velas en la persecución. Al darse cuenta el buque de guerra de que habían interpretado mal su maniobra, siguió con el engaño y salió a mar abierta como si realmente tuviese miedo, gobernando el rumbo (bajo las instrucciones del segundo Sun, oficial experimentado) de manera que el *Ranger* le diera alcance cuando considerase que estaban lo bastante lejos como para que su consorte del cabo no oyese los cañones. Los piratas tenían tal opinión de su propio valor que no se les pasó por la cabeza siquiera que nadie pudiese utilizar una estratagema para enfrentarse a ellos, lo que facilitó aún más que cayeran en la trampa.

Los piratas ahora se habían acercado lo suficiente para abrir fuego con los cañones de proa. Izaron la bandera negra que habían arbolado en la rada de Whydali, y pusieron su vela de abanico con intención de abordar. A todo esto nadie se había preguntado de qué país era el barco cuya persecución habían emprendido; daban por supuesto que sería portugués (el producto que más necesitaban en estos momentos era azúcar) y juraban a cada minuto por que el viento o las velas hiciesen más breve la caza. Pero ¡ay!, todo se les arruinó en un instante: para gran consternación suya, vieron cómo se ponía súbitamente en facha, levantaba las portas de abajo, ahora a un tiro de pistola, y les derribaba la bandera negra en un abrir y cerrar de ojos. Pasada la primera sorpresa, siguieron disparando a cierta distancia, la izaron otra vez, y se pusieron a hacer gestos bravucones blandiendo sus machetes a popa, aunque esforzándose al mismo tiempo por alejarse prudentemente. No sabiendo qué hacer en esta situación, los cabecillas propusieron abordar, de manera que hicieron una embestida desesperada; pero al no resultar bien concertado el movimiento y perder de un cañonazo el mastelero mayor, tras dos horas de fuego continuo, renunciaron: se amilanaron, arriaron bandera y pidieron cuartel. Habían perdido 10 hombres y tenían 20 heridos, por ninguna baja entre los hombres del rey. El *Ranger* tenía 32 cañones y lo tripulaban 16 franceses, 20 negros y 77 ingleses. La bandera la

arrojaron por la borda, a fin de que no se pudiese presentar como prueba en el juicio ni exhibirla como un triunfo sobre ellos.

Mientras el *Swallow* enviaba el bote para traer a los prisioneros, se produjo una explosión y humareda en la cámara grande, y pensaron que intentaban volarlo; pero al interrogarlos después, se averiguó que media docena de los más exaltados, al comprender que no tenían esperanza, habían juntado la pólvora que habían dejado en el entrepuente y le habían prendido fuego con un pistoletazo; pero era poca la cantidad que había para producir otro resultado que el de quedar ellos quemados de manera espantosa.

Este barco estaba mandado por un tal Skyrm, un galés que, aunque había perdido una pierna en la acción, no consintió que lo curasen ni quiso abandonar la cubierta, sino que, como Widrington, luchó apoyándose en el muñón. El resto se mostraban animados y alegres; la mayor parte llevaban camisa blanca, reloj y algunos chaqueta de seda; pero el polvo de oro que poseían lo habían dejado casi todo en el *Little Ranger*, en la bahía (el barco de esta compañía) con el *Royal Fortune*.

No puedo por menos de dar noticia de dos que se quemaron con la deflagración de la pólvora que acabo de referir, a saber: William Main y Roger Ball. Al ver un oficial del barco un pito de plata que el primero llevaba colgado de la cintura, le dijo: «Deduzco que eres el contramaestre de este barco.» «Deduce mal —dijo él—, porque soy el contramaestre del *Royal Fortune*, mandado por el capitán Roberts.» «Entonces, señor contramaestre, creo que serás ahorcado», replicó el oficial. «Como plazca a su señoría», le respondió el otro, y dio media vuelta para irse. Pero el oficial quiso saber por él cuánta pólvora habían prendido. «Voto a Dios —dijo—: están todos locos y aojados, porque me han estropeado un buen sombrero con eso (un buen sombrero, y salir 'despedido de la galería de la cámara al mar).» «Bueno, ¿qué importancia tiene un sombrero?», dice el oficial. «No mucha», respondió él; los hombres estaban ocupados en quitarle los zapatos y las medias. El oficial le preguntó entonces si eran los de la compañía de Roberts tan elegantes también. «Son 120 —respondió él—, y tan despiertos como ninguno de cuantos han calzado zapatos de cuero; ¡ojalá estuviera con ellos!» «No te quepa duda de que lo estarás», dijo el oficial. «Voto a Dios, ésa es la pura verdad», contestó él bajando los ojos y viéndose completamente desnudo.

El oficial se acercó a continuación a Roger Ball, que estaba sentado en un rincón aparte con una expresión tan sombría como el invierno, y le preguntó cómo se había quemado de aquella manera espantosa. «Bueno; John Morris ha disparado un pistoletazo a la pólvora. Y si no lo llega a hacer él, lo habría hecho yo», dijo,

soportando el dolor sin proferir una queja. El oficial le dio a entender que era cirujano, y que podía curarlo si quería. Pero él juró que no se dejaría, y que si le ponía algo se lo arrancaría. No obstante, el cirujano fue lo bastante humanitario como para curarlo, aunque con mucho trabajo: toda la noche la pasó en una especie de delirio, desvariando sobre la valentía de Roberts, diciendo que en breve sería liberado, cuando se enfrentasen con él, lo que hizo que se ganase unos latigazos en el castillo de proa, que resistió con todas sus fuerzas, y que se le tratase con más dureza, de manera que lo ataron tan severamente que, debido a que tenía la carne dañada y al vivo por las quemaduras, murió al día siguiente de gangrena.

Aseguraron a los prisioneros con grillos y cadenas; pero el barco había salido tan maltrecho del combate que todos pensaron en prenderle fuego. Pero esto habría planteado el problema de pasar a los piratas heridos a bordo de ellos; además, estaban seguros de que el *Royal Fortune* estaría esperando el regreso de su consorte; así que permanecieron fondeados junto a él dos días, repararon el aparejo y demás daños, y lo mandaron a Príncipe con los franceses y cuatro de su propia tripulación.

El 9 por la noche llegó el *Swallow* al cabo otra vez, y vio al *Royal Fortune* fondeado en la bahía junto al *Neptune*, capitán Hill, de Londres: un buen presagio del éxito del día siguiente, porque no dudaron que la tentación del licor y el botín que podían encontrar en esta nueva presa confundiría a los piratas; como así fue.

El 10 por la mañana se arrimó el buque de guerra para rodear el cabo; la tripulación de Roberts, al avistar su arboladura por encima de tierra, bajó a la cámara a darle la noticia cuando estaba desayunando con su nuevo invitado, el capitán Hill, un suculento plato de salpicón y algo de su propia cerveza. Hizo poco caso de la noticia y de sus hombres: unos decían que era un barco portugués, otros que un esclavero francés, y la mayoría juraba que era el *Ranger* que regresaba; y estuvieron discutiendo acaloradamente un rato sobre qué acogida dispensarle, si con saludo o no, hasta que al acercarse más el *Swallow* se aclararon las cosas; y aunque estigmatizaban con el nombre de cobarde a todo el que manifestase miedo al peligro, algunos, ahora desengañados, corrieron a decírselo a Roberts, especialmente un tal Armstrong, que había desertado de ese barco y lo conocía bien: Roberts tachó de cobarde al que tratase de fomentar el desaliento entre los hombres, y les preguntó, si era así, si tenían miedo a luchar. Y a duras penas se contuvo de golpearlos. No sabemos cuáles eran sus propios temores, hasta que el barco alzó las portas, e izó su pabellón. Pero totalmente convencido ahora, soltó su cable, izó velas, y ordenó zafarrancho a sus hombres, sin muestra alguna de amilanarse, profiriendo un grueso juramento que fue como una dentellada;

aunque, al mismo tiempo, como granuja valiente, resolvió abrirse paso o morir.

Había un tal Armstrong, como digo, desertor del *Swallow*, al que preguntaron sobre el aparejo y condiciones marineras de este barco. Les explicó que navegaba mejor ciñendo, así que si querían alejarse de él debían llevar el viento de popa.

El peligro era inminente, y tenían muy poco tiempo para deliberar por qué medio escapar. Su decisión en este trance fue la siguiente: pasar junto al *Swallow* a todo trapo, y recibir su andanada antes de devolvérsela; si los dejaba averiados, o no podían fiar en su velocidad, entonces embarrancar en la punta (que es empinada), y que cada cual se las arreglase como pudiese entre los negros. Y si no salía bien ninguna de estas dos cosas, abordar y saltar todos por los aires, porque la mayoría de sus hombres estaban borrachos, y los veía pasivos, e incapaces para el servicio.

El propio Roberts se exhibió muy gallardo durante el combate, vestido con almilla y calzones de damasco carmesí, una pluma roja en el sombrero, cadena de oro alrededor del cuello de la que pendía una cruz de diamantes, espada en mano y dos pares de pistolas colgando al extremo de una banda de seda pasada en bandolera (a la manera de los piratas). Dicen que daba órdenes con decisión y valentía; y acercándose al buque de guerra como había planeado, recibió el fuego; a continuación izó su bandera negra y lo devolvió, al tiempo que se alejaba de él con toda la vela que había podido poner. Y de haber seguido el consejo de Armstrong, de navegar con el viento de popa, probablemente habría escapado; pero al seguir navegando en bordadas, por abatimiento del viento, o por mal gobierno del rumbo, o por ambas cosas, le flamearon las velas, y el *Swallow* se le acercó por segunda vez: aquí habría terminado con una lucha desesperada, quizá, si la muerte, que pasó veloz en forma de metralla, no hubiera venido a interponerse, hiriéndole directamente en la garganta. Se sentó en el aparejo de un cañón; un tal Stephenson que iba al timón, corrió en su ayuda; y al no verle la herida, soltó un juramento, y le mandó que se levantase y luchase como un hombre. Pero cuando se dio cuenta de su error, y que el capitán estaba indefectiblemente muerto, prorrumpió en lágrimas, pidiendo que el siguiente disparo fuera para él. Poco después arrojaron a Roberts por la borda, con sus armas y atavíos, conforme a lo que repetidamente había pedido él en vida.

Roberts era alto de cuerpo, moreno, de unos cuarenta años, nacido en Newey-bagh, cerca de Haverford West, Pembrokeshire, y de buen carácter y valentía personal, aunque aplicó estas cualidades a fines tan condenables que las

hacen indignas de cualquier elogio, y brindaba a menudo por la condenación de quien viviera con un dogal puesto. Al principio se lo llevaron forzado del *Princess*, capitán Plumb, en el que iba de segundo oficial, unos tres años antes, en Anamaboe, por lo que derramó entonces, como solía decir él a los novatos, tantas lágrimas de cocodrilo como ellos ahora; pero el tiempo y las buena compañía se las habían borrado. No podía alegar que la falta de trabajo o incapacidad para ganarse el pan de manera honrada hubieran favorecido un cambio tan ruin, ni era tan cobarde como para pretextarlo, sino que fue, como reconocía con franqueza, por librarse de la desagradable altivez de algunos patrones que había conocido, y por amor a la novedad y al cambio a que le habían acostumbrado las peregrinaciones marítimas. «En un servicio honrado —decía— la ración es corta, la paga pequeña y el trabajo mucho; en éste en cambio hay abundancia y hartazgo, placer y comodidad, libertad y poder. ¿Y quién no se hace acreedor de esta parte cuando el único peligro que corres, en el peor de los casos, es sólo una mirada o dos de dolor en el instante de ahogarte? No, mi lema es "La vida corta pero alegre".» Así proclamaba su aprobación de lo que al principio había abominado; y agasajado a diario con música y bebida y alegría y diversiones por sus compañeros, no tardaron en acrecentarse y reforzarse en él estas inclinaciones depravadas, al extremo de borrársele el temor y la conciencia. Sin embargo, en medio de todas las acciones viles e ignominiosas que perpetraba, se dice que jamás obligó a nadie a entrar en esa vida, y que a algunos les facilitó su alejamiento, en contra del parecer de muchos.

Muerto Robert, que había sido alma y vida de la banda, el desaliento se apoderó de ellos: muchos abandonaron sus puestos, y nadie pensó en defenderse o escapar; y al derribarles poco después el palo mayor de un cañonazo, no les quedó otra salida que rendirse y pedir cuartel. El *Swallow* permaneció apartado mientras iba y venía el bote trasladando prisioneros; porque averiguaron que habían jurado volarlo, y algunos de estos malhechores hicieron intento de llevarlo a cabo, produciéndose altercados entre los que querían hacerlo y los que se oponían. Pero no puedo explicar fácilmente este empeño, que no puede calificarse sino de falso valor, puesto que en su mano estaba quitarse la vida con una pistola, o arrojándose al agua, sin arrastrar al mismo fin a los que no tenían esa disposición de ánimo, y donde a lo más habría sido morir por miedo a la muerte.

El barco tenía 40 cañones y 157 hombres, 45 de ellos negros. Sólo murieron tres en la acción, sin ninguna baja entre los del *Swallow*. Se encontraron más de 2.000 libras en polvo de oro. No fue fácil sacar la bandera de debajo del mástil caído, y por tanto fue recuperada por el *Swallow*; tenía la figura de un esqueleto, y un hombre con una espada llameante en la mano, sugiriendo que desafiaba a la

muerte.

El *Swallow* regresó a la bahía de cabo López, donde encontró el *Little Ranger*, que los piratas habían abandonado a toda prisa para defender mejor el barco: le habían quitado, según he podido saber, 2.000 libras en polvo de oro (las partes de los piratas que pertenecían a él). Y el capitán Hill, en el *Neptune*, del que se sospechó no sin motivo, dado que no esperó a que regresase a la bahía el buque de guerra sino que zarpó inmediatamente, y no tuvo ningún empacho después en reconocer que le había quitado otras mercancías, entregó, como confirmación de todo, 50 onzas en Barbados (véase, a este respecto, el artículo del final de este libro).

Todas las personas que desde el 29 de septiembre de 1700, etc.

Resumiendo, si tenemos en cuenta, primero, que el estado de postración general de la tripulación del buque de guerra cuando zarparon de Príncipe fue lo que les impidió estar en Sierra Leona, y consiguientemente los tuvo fuera de la ruta que los piratas tomaron entonces; que estos piratas, haciendo exactamente lo contrario de lo que habían planeado, llegaron en su segunda expedición más arriba de Cape Coast, y cerca de Axim se les presentó una caza que inevitablemente debía descubrirlos, informando sin tardanza a los buques de guerra; que al saciar todos su disposición malvada y vengativa en Whydah quemando el *Porcupine* y huyendo con el barco francés, habían reforzado el *Swallow* con 30 hombres; que el *Swallow* no consiguió sorprenderlos en esa rada, por donde no cumplió el fin que llevaba, o al menos no tan eficazmente; que estuvieron tan ciegos en cabo López que dividieron sus fuerzas, cuando juntos podían haber sido temibles; y finalmente, que la victoria se consiguiera sin derramamiento de sangre; teniendo en cuenta todas estas circunstancias, digo, habrá que reconocer que la mano de la Providencia intervino en su aniquilación.

En cuanto a su comportamiento después de ser apresados, se mostraron muy inclinados a rebelarse, de haber tenido ocasión. Porque estaban muy inquietos en su encierro, cuando hasta hacía poco habían sido dueños de sí mismos; y no soportaban la dieta ni el lugar, y no paraban de maldecir y jurar, y recriminarse los unos a los otros la locura que los había conducido a esto.

Así que el *Swallow*, para evitar cualquier acción desesperada de esta gente, reforzó la Santabárbara, e hizo otra prisión delante, con los prisioneros dentro, maniatados y aherrojados, y les puso día y noche la vigilancia de un oficial con pistolas y machete.

En este estado, empero, aún se mostraban insolentemente alegres, comentando, al verse desnudos, que no les quedaba siquiera medio penique con que pagar al viejo Caronte para que los cruzase la Estigia; y debido a la escasez de su ración, se observó que enflaquecían tan deprisa que parecía que no iban a pesar lo suficiente para ahorcarlos. Sutton era muy irreverente: estando encadenado con otro prisionero, que era más serio que los otros, y leía y rezaba con frecuencia, le preguntó qué pretendía con tanto rezo. «Ir al cielo, espero», dijo el otro. «¿Al cielo, idiota? —exclamó Sutton—. ¿Dónde has oído que haya ido allí nunca ningún pirata? A mí que me den el infierno; es más divertido. Saludaré con 13 cañonazos a Roberts al entrar.» Y viendo que estos comentarios jocosos no hacían ningún efecto en su compañero, se quejó formalmente, y pidió al oficial que lo separase de este hombre, o le quitase el libro de oraciones por perturbador.

Moody, Ashplant, Magnes, Mare y otros urdieron una trama y conspiración para sublevarse, matar a los oficiales y huir con el barco. Habían maquinado esto por intermedio de un mulato que se prestó a asistirlos y demostró ser muy fiable en sus mensajes entre los cabecillas; pero la noche en que debían hacer la intentona, dos prisioneros que estaban junto a Ashplant, y oyeron al mulato susurrarle a éste algo sobre el plan, y darle la hora en que debía estar preparado, avisaron al capitán, que puso el barco en alarma en poco tiempo. Y al inspeccionarlos se descubrió que varios de ellos se las habían arreglado para romper o soltar sus grillos (sin duda con el citado propósito); aunque sólo les valió para recibir peor trato y encierro.

En el mismo viaje a Cape Coast la presa *Royal Fortune* corrió un peligro igual. La dejaron en la isla de Santo Tomé, bajo el mando de un oficial y unos pocos hombres, cargando provisiones frescas (ya que escaseaban en Cape Coast), con orden de seguir al barco. De los piratas sólo llevaba algunos negros, tres o cuatro prisioneros heridos, y a su cirujano, Scudamore, de los que al parecer no tenían ningún temor, especialmente del último, que podía abrigar esperanzas de gracia para su causa debido a su profesión, estaba muy agradecido por la libertad de que gozaba, y comía y bebía a menudo con los oficiales. Sin embargo este individuo, pese al trato de favor que recibía, sin el menor deseo de reformarse, se esforzó en ganarse a los negros para que secundasen su plan de asesinar a los hombres y huir con el barco. No le costó convencer a los negros; pero cuando lo comunicó a los demás prisioneros y quiso contar con su apoyo diciéndoles que entendía de navegación, que los negros eran unos valientes y con las nociones que tenía de la lengua angoleña los había encontrado dispuestos a intentar dicha empresa, y que era preferible navegar hacia abajo y formar una nueva compañía a proseguir hasta Cape Coast para ser ahorcados como perros y secados al sol, uno

de ellos, que abominaba la crueldad o temía el éxito, lo delató al oficial, que inmediatamente lo encerró y salvó el barco.

Una vez encerrados en el castillo de Cape Coast perdieron toda esperanza y comprendieron que iban a ser condenados a muerte; a muchos de ellos les cambió el humor, dejaron de bromear de manera petulante e insolente y se volvieron serios y devotos, pidieron buenos libros, y participaron en las plegarias públicas, cantando los salmos al menos dos veces al día.

En cuanto a sus juicios, no voy a aburrir al lector consignándolos por extenso; de manera que, para evitar repeticiones y tautologías, juntaré a muchos como si fuesen juzgados por el mismo hecho, exceptuando los detalles más destacables, y las observaciones que han llegado a mi conocimiento sobre la actitud de todos ellos en sus últimos momentos.

Y en primer lugar se puede ver por la lista que gran parte de los hombres de estas tripulaciones habían llegado a la costa africana no muchos meses antes de ser apresados; por donde se puede inferir que la pretendida coacción de Roberts no fue en muchos casos sino una argucia tramada por individuos igualmente interesados; además, este Roberts había declarado públicamente varias veces, en especial a los de la *Onslow*, a los que llamó a popa y les preguntó quién quería ir, que él no forzaba a nadie; como así lo declararon algunos de sus mejores hombres después de ser absueltos. Tampoco es razonable pensar que rechazase voluntarios irlandeses sólo por su enojo con Kennedy, y en cambio forzase a quienes podían poner en peligro su gobierno, y arruinarlo más adelante. Pero el comportamiento de éstos le hizo desechar todo recelo y lo convenció de que la excusa de la fuerza sólo era el mejor artificio que tenían para protegerse, en caso de ser apresados, y que sólo eran menos forajidos que otros en cuanto al tiempo.

Así mismo cabe destacar que la región donde fueron juzgados tiene entre otras venturas la de carecer de abogados y textos jurídicos, de manera que el archivo lo lleva necesariamente una persona no versada en estas cuestiones, lo que puede justificar la falta de forma del tribunal, más esencialmente provisto de integridad e imparcialidad.

Pero si hubo menos legalismo, quizá hubo más justicia que en otros tribunales; porque si el derecho penal es una ley de razón universal para juzgar lo recto y lo torcido de las acciones humanas, todo hombre con sentido común se halla en posesión de una parte de ella, suficiente al menos para permitirle distinguir el bien del mal, o como dicen los juristas, del *malum in se*.

Por tanto aquí, si hubo dos personas igualmente culpables del mismo hecho, no hubo una condenada y otra absuelta por ninguna sutileza ni resquicio de la ley; porque sus juicios se fundaron en la coacción o libre decisión, en el propósito, la intención y en todas las circunstancias que señalan una distinción sustancial. Además, los hombres que se han formado para la mar deben ser más entendidos y competentes en estos crímenes que otros más versados en el Derecho; porque antes de que un hombre pueda tener idea recta de una cosa debe conocer los términos con que se designa dicha cosa: las voces náuticas son en sí mismas un lenguaje que no se espera que domine ningún jurista, y en consecuencia le falta ese discernimiento que debe presidir en él a la hora de juzgar con justeza hechos designados con esos términos.

El tribunal sabía que no era posible obtener la declaración de todas las víctimas de estos hombres, así que lo primero que se planteó fue la manera de subsanar esta deficiencia: si se podía indultar o no a un tal Jo. Dennis, que se había ofrecido al principio como testigo de la acusación, y conocía sus vidas y sus conversaciones. Aquí, efectivamente, no estaban seguros en cuanto a la legalidad, por lo que concluyeron en sentido negativo, porque podía parecer una componenda para que el hombre atestiguase falsamente, renunciando con ello a la gran ayuda que podía haber proporcionado.

Otra gran dificultad de estos procesos fue cómo interpretar las palabras del Decreto del Parlamento: *especificando de manera particular; en la acusación, las circunstancias de tiempo, lugar, etc*; o sea, cómo entenderlas de manera que se pudiese celebrar juicio; porque de haber sido acusados de robos concretos, las pruebas habrían provenido en su mayoría de los barcos de la Compañía Real Africana, con lo que estos señores del castillo de Cape Coast no habrían estado capacitados para juzgarlos, dado que su juramento decía expresamente que no tenían interés ninguno, directo ni indirecto, en el barco o mercancía de cuyo robo era acusada la parte; y ellos consideraban que sí lo tenían, puesto que se les habían pagado comisiones por tales mercancías; y por otro lado, si no estaban capacitados, no podían formar ningún tribunal, dado que la comisión exigía absolutamente la inclusión nominal de tres de ellos.

A fin de conciliar estas cosas, el tribunal resolvió basar los procesos en las deposiciones del *Swallow*, mediante las que podían establecerse de manera clara y sencilla las circunstancias de tiempo, lugar, modo y demás conforme a lo exigido en el estatuto para el caso. Pero como esto requería que en el sumario figurase sólo una acusación general de robo, lo que conduciría a la clemencia, ya que parecería una arbitrariedad con las vidas de los hombres mandarlos sin distinción al

patíbulo de manera tan sumaria como habrían tenido que hacer de haberse atenido únicamente a la acusación del *Swallow*, se decidió juzgar los casos por separado.

En segundo lugar, *que los prisioneros no puedan ignorar de que deben responder*; y así disponer de todas las ventajas legales para explicarse y defenderse. Además, con justicia y ecuanimidad, el tribunal accedió a escuchar a todos los testigos que pudieron comparecer para atenuar o confirmar las tres circunstancias que concurrían en el acusado; primera, unirse por libre decisión a los piratas, segunda, colaborar voluntariamente en el apresamiento y robo de barcos; y por último, aceptar voluntariamente de los que lo perpetraron una parte del botín; pues por pura lógica, dado que estas acciones obedecían a su propia inclinación, y además fueron cometidas por ellos, es de suponer que sus corazones fueron al unísono con sus manos cuando actuaron contra el barco de Su Majestad, el *Swallow*.

JUICIOS DE LOS PIRATAS

Apresados por el bajel de Su Majestad el Swallow, *celebrado en el castillo de Cape Coast, costa de África, el 28 de marzo de 1722.*

La comisión dio facultad a cualquiera de los tres aquí nombrados para llamar en su asistencia el necesario número de personas cualificadas para constituir tribunal, que es siempre el de siete: y consiguientemente se convocó al teniente Jo. Barnsley, al teniente Fanshaw, al capitán Samuel Hastsease, y al capitán William Menzies, en estos términos:

En virtud del poder y autoridad otorgado a nos por comisión del Rey, con el sello del Almirantazgo, os requerimos por ésta a asistir y formar parte del Tribunal que ha de juzgar y dictar sentencia sobre los piratas recientemente apresados en esta costa por el bajel de Su Majestad el Swallow.

Dada con nuestra firma el presente día 28

de marzo de 1722, en el castillo de Cape Coast.

Mungo Herdman, Francis Boye

James Phips, Edward Hyde

Henry Dodson,

Reunidos los convocados en la sala del castillo, se dio lectura al acta de constitución; después de lo cual, el Presidente, y a continuación los demás miembros, prestaron el juramento prescrito en el Decreto del Parlamento, y tras elaborar la fórmula para los testigos como sigue, se abrió la sesión:

Yo, A. B., prometo y juro solemnemente sobre los Santos Evangelios dar testimonio fiel y veraz entre la Corona y el acusado, o acusados, en relación con el acto o actos de piratería y robo, de los que es o son ahora acusados, con la ayuda de Dios.

Composición del Tribunal

Presidente: capitán Mungo Herdman,

Sr. James Phips, General de la Costa

Sr. Edward Hyde, Secretario de la Compañía

Sr. H. Dodson Ten. John Barnsley

Sr. P. Boye Ten. Ch. Fanshaw

Acusados hechos prisioneros en el barco pirata *Ranger*, contra los que se presentó cargo, o acusación:

Acusados apresados en el *Ranger*

Nombre barco de procedencia fecha *James Skrym balandra *Greyhound* oct. 1720 *Rich. Hardy Pirata con Davis 1718 *Wm. Main bergantín del Cap. Peet. junio 1720 *Henry Dennis piratas con Davis. 1718 *Val. Ashplant *id.* 1749 *Rob. Birdson

id. 1749 *Rich. Harris el *Phœnix,* de Bristol,
cap. Richards junio 1720 *D. Littlejohn *id. id.* *Thomas How en Newfoundland *id.* †Her. Harris balandra *Success* *Hugh Harris *WillingMind* julio 1720 *W. Mackintosh *id.* Thomas Willis *Richard,* de Bideford *id.* †John Walden *Mary and Martha id.* *Ja. Greenham *Little York*, patrón Phillips *id.* *John Jaynson *Love*, de Lancaster *id.* †Chri. Lang bergantín *Thomas* sept. 1720 *John Mitchel galera *Norman* oct. 1720 T. Withstandenot *id. id.* Peter la Fever *Jeremiah and Anne* abril 1720 *Wm. Shurin *id. id.* *Wm. Wars *Sierraleon* del Sr. Glyn julio 1721 *Wm. Davis *id.* de Seig. Josseé *id.* †James Barrow esnón *Martha*, cap. Lady *Joshua Lee *id.* Rob. Hartley Robinson, de Liverpool, cap. Kanning ag. 1721 †James Crane *id.* George Smithson galera *Stanwich*, cap. Tarlton ag. 1721 Roger Pye id. *id.* †Rob. Flechter *id. id.* *R. Hartley (2) *id. id.* †Andrew Rance un barco holandés *id.* *Cuthbert Goss galera *Mercy*, de Bristol, en Calabar oct. 1721 *Tho. Giles *id. id.* *Israel Hynde *id. id.* William Church *Gertruycht*, de Holanda enero 1722 Philip Haak *Flushingham*, de id. *id.* William Smith Elizabeth, cap. Sharp *id.* Adam Comry *id. id.* Wiliam Graves *King Solomon*, cap. Trahern,
frente a cabo Appollonia enero 1722 *Peter de Vine *id.*frente a cabo Appollonia *id.* John Johnson *id. id.* John Stodgill *id. id.* Henry Dawson balandra *Whydah*, en Jaquin *id.* William Glass *id. id.* Josiah Robinson *Tarlton*, cap. Tho. Tarlton *id.* John Arnaught *id. id.* John Davis *id. id.* †Henry Graves *id. id.* Tho. Howard *id. id.* †John Rimer *id. id.* Thomas Clephen *id. id.* Wm. Guineys *Porcupine*, cap. Flechter *id.* †James Cosins *id.* Tho. Streaton *Onslow*, cap. Gee, en Cestos *id.* *Wiliam Petty *Onslow*, cap. Gee, en Cestos enero 1722 Mic. Lemmon *id. id.* *Wm. Wood *id. id.* *Ed. Watts *id. id.* *John Horn *id. id.* Pierre Ravon
John Dugan
James Ardeon
Ettrion Gilliot
Ren. Marraud
John Gittin
Jo. Richardeau
John Lavogue
John Duplaissey Peter Grossey
Rence Frogier
Lewis Arnaut
Rence Thoby
Meth Roulac
John Gumar
John Paquete
Allan Pigan
Pierce Shillot del barco francés de

la rada de Whydah,
febrero de 1722. *Se os acusa, James Skyrm, Michel Lemmon, Robert Hartley, etc., a todos y cada uno de vosotros, en el nombre y autoridad de nuestro difunto soberano señor; el Rey Jorge de Gran Bretaña, de lo siguiente:*

Por cuanto en claro menosprecio de las leyes de vuestro país, malvadamente os habéis unido y concertado para estorbar y perturbar el trafico marítimo de los súbditos de Su Majestad y con las más malvadas y perversas intenciones, habéis descendido dos veces por la costa de África, con dos barcos; una a primeros de agosto, y otra en enero pasado, hundiendo, quemando y robando los bajeles y naves que encontrabais a vuestro paso.

En particular, comparecéis, a instancia y denuncia del capitán Chaloner Ogle, acusados de traición y piratería, por la ilícita resistencia que habéis opuesto al buque de Su Majestad, el Swallow, *bajo su mando.*

Por cuanto el pasado 5 de febrero, al avistar el dicho bajel del Rey, al punto zarpasteis de cabo López, costa sur de África, en un barco de construcción francesa, de 32 cañones, llamado el Ranger, *persiguiendo y dando caza al dicho barco del Rey, con presteza y celeridad, como vulgares y declarados ladrones y piratas.*

Que hacia las diez de la misma mañana, llegándoos a tiro de cañón del dicho bajel de Su Majestad, el Swallow, *izasteis bandera negra y disparasteis varias veces con cañones de mira, para hacer desistir a los servidores de Su Majestad, en la medida en que podíais, de cumplir con su deber.*

Que una hora después de esto, estando muy cerca del dicho barco del Rey, osadamente persististeis en una hostil defensa y ataque, durante dos horas más, en abierta violación de las leyes, y desafío de la bandera y comisión del Rey.

Finalmente, que en la maquinación y consecución de tal fin estuvisteis todos y cada uno malvadamente concertados para hacer, e hicisteis, voluntaria y efectivamente, en vuestros respectivos puestos, los más grandes esfuerzos por infligir el mayor daño al dicho barco del Rey, y dar muerte a leales súbditos de Su Majestad.

De todo lo cual varios se declararon inocentes.

A continuación el tribunal llamó a los oficiales del *Swallow*, Sr. Isaac Sun,

segundo, Ralph Baldrick, contramaestre, Daniel Maclaughlin, piloto, les pidió que mirasen a los acusados, y dijesen si los conocían; y que informasen de qué manera habían atacado y combatido al buque del rey. Y todo ellos coincidieron en lo siguiente:

Que habían visto a todos los acusados que ahora estaban de pie ante el tribunal, y que eran los mismos detenidos en uno u otro de los barcos piratas, *Royal Fortune* y *Ranger*; aunque verdaderamente creían que eran del *Ranger*.

Que el 5 de febrero de 1722, al amanecer, habían avistado desde el barco del rey tres barcos fondeados al pie de cabo López, en la costa sur de África, quedando dicho cabo al WSW, a unas tres leguas; vieron que uno de ellos tenía izado un gallardete, y tras oír antes su cañonazo de la mañana, inmediatamente sospecharon que se trataba del pirata Roberts, su consorte, y un barco francés que sabían que se había llevado recientemente de la rada de Whydah.

El barco del rey se vio obligado a virar a NW y WNW con objeto de evitar un banco llamado Banco del Francés, siendo el viento en esos momentos SSE; y que a la media hora descubrió que uno de los tres, que había estado en carena, había adrizado y puesto vela, saliendo en persecución suya; por lo que, para alentar dicha temeridad y precipitación, siguieron alejándose con viento de popa (como asustados), pero con las amuras de las velas a bordo, las vergas braceadas, y llevando al mismo tiempo mal gobierno.

Como media hora después de las diez de la mañana, el barco pirata llegó a tiro de cañón, disparó cuatro veces con las miras de proa, izó bandera negra en el pico de mesana, y dispuso la cebadera del bauprés para abordar. Pasada otra media hora, y más cerca ya, metieron caña a estribor y le mandaron una andanada, y el pirata, poniéndose en facha, les devolvió lo mismo.

Después de esto dicen los declarantes que redujeron su fuego un rato, porque el pirata había recibido una descarga en la amura de barlovento, de manera que pocos de sus cañones podían apuntar hacia ellos. No obstante, en ese intervalo su bandera negra había sido derribada de un disparo, o arriada, e izada otra vez.

Finalmente, por mal gobierno de su nave, y favor del viento, se les acercaron una segunda vez; y a las dos de la tarde le desarbolaron el mastelero.

Los colores bajo los que lucharon, además de la bandera negra, fueron una enseña inglesa roja, una bandera del rey, y un gallardete holandés que arriaron

hacia las tres de la tarde, y pidieron cuartel. Después se probó que era un barco de construcción francesa, de 52 cañones, llamado el *Ranger*.

Isaac Sun

Ralph Baldrick

Daniel Maclaughlin

Oído este testimonio, se intimó a los prisioneros a que respondiesen cómo habían llegado a bordo de este barco pirata, y el motivo de la audaz resistencia que habían opuesto al barco del rey.

En respuesta a esto, cada uno confesó ser de los apresados en el *Ranger*, haber firmado el código pirata y participado en sus rapiñas, salvo unos cuantos que llevaban muy poco tiempo; pero que ni en la firma, ni en el reparto, ni en la resistencia presentada al barco de Su Majestad actuaron voluntariamente, sino que habían participado en estas diversas acciones por terror a la muerte, que por una ley que presidía entre ellos era el destino de los que se negaban. El tribunal preguntó quién había hecho esas leyes, cómo era que esos cañones habían sido disparados y por qué no habían desertado de sus puestos y se habían amotinado, habiéndoseles ofrecido una posibilidad de redención. Pero volvieron a contestar con las mismas respuestas, y no pudieron atenuar sus crímenes sino alegando que eran hombres forzados. Por tanto el tribunal fue de la opinión que el cargo que les imputaba el ilícito ataque y resistencia al barco del rey quedaba suficientemente probado; pero dado que era innegable que muchos de estos prisioneros habían sido forzados, algunos de ellos muy recientemente, se llegó, tras madura deliberación, a esta clemente resolución:

Oír más testimonios en favor o en contra de cada persona por separado, en relación con las partes de la acusación que les hacía voluntarios, o les imputaba haber ayudado y asistido a la quema, hundimiento y robo de otros barcos; porque si habían intervenido, o ayudado en algún robo o estrago, sería confirmación de que habían sido voluntarios. Aquí esta prueba, aunque adolezca de falta de forma, tenía consigo sin embargo la razón de la ley.

Los mismos cargos se presentaron contra los siguientes piratas apresados en el

*Mich. Mare en el *Rover* hacía 5 años *Chris. Moody con Davis 1718 *Man Johnson un barco holandés 1718 *James Philips balandra pirata *Revenge* 1717 *David Sympson pirata con Davis *Tho. Sutton *id.* *Hag. Jacobson un barco holandés 1719 *W. Williams 1 *Sudbury*, con el cap. Thomas Terranova *Wm. Fernon *id.* junio 1720 *W. Williams 2 *id. id.* *Roger Scot *id.* *Tho. Owen *York*, de Bristol mayo 1720 *Wm. Taylor *id. id.* *Joseph Nositer Expedición de Topsharn mayo 1720 *John Parker *Willing Mind*, de Pool julio 1720 *Robert Crow balandra *Happy Return id.* *George Smith *Mary and Martha id.* *Ja. Clements balandra *Success id.* *John Walden *Blessing,* de Lymington *id.* *Jo. Mansfield de Martinica †James Harris jabeque *Richard* *John Philips un pesquero Harry Glasby *Samuel*, cap. Cary julio 1720 Hugh Menzies *id. id.* *Wm. Magnes *Joseph Moor balandra *May Flower* febr. 1720 †Joh du Frock galera *Lloyd*, cap. Hyngston mayo 1721 Wm. Champnies *id. id.* George Danson *id. id.* †Isaac Russel *id. id.* Robert Lilbourn *Jeremiah and Anne*, cap. Turner abril 1721 *Robert Johnson *id. id.* Wm. Darling *id. id.* †Wm. Mead *id.* Thomas Diggles esnón *Christopher* abril 1721 *Ben Jeffreys galera *Norman id.* John Francia una balandra de San Nicolás *id.* *D. Harding un barco holandés *id.* *John Coleman balandra *Adventure id.* *Charles Bunce una galera holandesa *id.* *R. Armstrong *id.* desertado del *Swallow id.* *Abra. Harper *Onslow*, cap. Gee en Cestos mayo 1721 *Peter Lesly *id. id.* *John Jessup 1 *id. id.* Tho. Watkins *id. id.* *Philip Bill *id. id.* *Jo. Stephenson *id. id.* *James Cromby *id. id.* Thomas Garrat *id. id.* †George Ogle *id. id.* Roger Gorsuch esnón *Martha* agosto 1721 John Watson *id. id.* William Child galera *Mercy* en Calabar oct. 1721 *John Griffin *id. id.* *Pet. Scudamore *id. id.* Christ. Granger galera *Cornwall*, en Calabar *id.* Nicho. Brattle *id. id.* James White *id. id.* Tho. Davis *id. id.* Tho. Sever *id. id.* *Rob. Bevins *id. id.* *T. Oughterlaney *id. id.* *David Rice *id. id.* *Rob. Haws *Joceline,* cap. Loane *id.* Hugh Riddle lancha *Diligence* enero 1722 Stephen Thomas *id. id.* *John Line *King Solomon id.* *Sam Flechter *id. id.* *Wm. Philips *id. id.* Jacob Johnson *id. id.* *John King *id. id.* Benjamin Par *Robinson*, cap. Kanning *id.* William May *Elizabeth*, cap. Sharp *id.* Ed. Thornden *id. id.* *George Wilson *Tarlton*, de Liverpool, en cabo La Hou *id.* Edward Tarlton *id. id.* *Robert Hays *id. id.* Thomas Roberts *Charlton*, cap. Allwright feb. 1722 John Richards *id. id.* John Cane *id. id.* Richard Wood *Porcupine*, cap. Flechter en la rada *id.* Richard Scott de Whydah *id.* Wm. Davison *id. id.* Sam. Morwell *id. id.* Edward Evans *id. id.* *John Jessup 2 rendido en Príncipe Sabed, Harry Glasby, William Davison. William Champnies,

Samuel Morwell &c.

Que todos y cada uno de vosotros, en nombre y autoridad de nuestro muy temido soberano señor; el Rey de Gran Bretaña, comparecéis ante este tribunal acusados de los cargos siguientes:

Por cuanto en abierto menosprecio y violación de las leyes de vuestro país (a las que debíais haber estado sujetos) malvadamente os habéis unido y concertado, con el propósito de infestar y destruir el tráfico marítimo de los súbditos de Su Majestad; y conforme a tan condenable concierto y asociación, habéis descendido dos veces por la costa de África, una en agosto, y una segunda el pasado mes de enero, saqueando y destruyendo muchas mercancías y bajeles de súbditos de Su Majestad y de otras naciones.

En particular, comparecéis a instancia y denuncia del capitán Chaloner Ogle, como traidores, ladrones y piratas, y enemigos comunes de la humanidad.

Por cuanto el pasado 10 de febrero, en una nave de la que tomasteis posesión, llamada el Royal Fortune*, de 40 cañones, sostuvisteis hostil defensa y resistencia durante horas, contra el* Swallow*, bajel de Su Majestad, cerca de la bahía de cabo López, en la costa sur de África.*

Que esta lucha e insolente resistencia contra el bajel del Rey fue hecha no sólo sin asistiros otra legitimidad que vuestra privada y depravada voluntad, sino además bajo bandera negra, y por tanto de manera flagrante, haciéndoos distinguir como comunes ladrones y traidores, y enemigos y violadores de las leyes.

Y finalmente, que en esta resistencia fuisteis todos voluntarios, y aportasteis los mayores esfuerzos para causar daño y perjuicio al dicho bajel del rey, y hacer desistir con ello a los súbditos de Su Majestad de cumplir su deber.

De todo lo cual varios se declararon *inocentes*.

A continuación fueron llamados otra vez los oficiales del buque de Su Majestad el *Swallow*, y testificaron lo siguiente: Que habían visto a todos los acusados ahora ante el tribunal, y los reconocían como los mismos que habían sido apresados en uno u otro de los barcos piratas *Royal Fortune* y *Ranger*, aunque honradamente creían que eran los apresados en el *Royal Fortune*.

Que los acusados estaban en posesión de un barco de 40 cañones llamado el *Royal Fortune*, y se hallaban fondeados en cabo López, de la costa de África, con otros dos, cuando el buque de Su Majestad el *Swallow* (al que pertenecían los

declarantes, del que eran oficiales) puso rumbo a dicho lugar el sábado 10 de febrero de 1722. El más grande arbolaba bandera, enseña y gallardete (siendo éste el *Royal Fortune*), y al avistarlos, mandó botes a los otros dos, haciendo varios viajes, al parecer con hombres. Y el buque del rey, como el viento no era favorable, se vio obligado a efectuar dos bordadas para ganar suficiente viento que lo acercase a los piratas; y estando al fin a poco más de un tiro de cañón de ellos, lo vio soltar cable y poner vela.

A las once tenían al pirata a tiro de pistola, a su través, con bandera negra y gallardete izado en el tope del palo mayor. Los declarantes dicen que entonces arriaron ellos la enseña francesa que habían llevado izada a popa toda la mañana, hasta ese momento, y desplegaron los colores del rey, mandándole al mismo tiempo una andanada, que le devolvieron inmediatamente.

Cayó el mastelero de mesana del pirata rompiéndole algo de jarcia firme, aunque consiguió apartarse del buque de guerra y alejarse de él medio tiro de cañón, mientras le seguían disparando sin interrupción, y él respondía con los cañonazos que podía, hasta que por favor del viento volvieron a darle alcance; y tras intercambiar algunos cañonazos más, hacia la una y media, se quedaron sin el palo mayor, al recibir un disparo debajo del racamento.

A las dos arriaron bandera y pidieron cuartel; entonces se comprobó que era un barco anteriormente llamado *Onslow*, aunque bautizado por ellos *Royal Fortune*; y los que fueron hechos prisioneros en él aseguraron que el barco más pequeño de los dos, entonces en la rada, era de ellos, y se llamaba *Little Ranger*, que habían abandonado en esta ocasión.

Isaac Sun

Ralph Baldrick

Daniel Maclaughlin

El tribunal preguntó a los acusados, como había hecho a los otros por la mañana, qué desmentido podían oponer a lo declarado bajo juramento, y qué tenían que añadir en su defensa. Y sus respuestas fueron muy semejantes a las de los otros acusados; a saber: que eran hombres forzados, que no habían disparado

un solo cañonazo de resistencia contra el *Swallow*, y que la poca ayuda que habían prestado en esa acción había sido en las velas y jarcia, para obedecer las órdenes arbitrarias de Roberts, que los había amenazado, y estaban convencidos de que así lo haría, con matarlos de un tiro si se negaban.

El tribunal, con objeto de impartir justicia con ecuanimidad, tomó con ellos la misma clemente resolución que con la otra tripulación pirata: oír más pruebas, en cada caso individual, respecto a dos cuestiones: si fueron voluntarios al principio, y respecto a los actos concretos de piratería y robo cometidos desde entonces; en cuanto a los hombres incorporados recientemente a ellos, y que hasta ahora no habían participado en ningún apresamiento ni robo de ninguna nave, se les brindaba la oportunidad y beneficio de esclarecer su inocencia, y no dejarse incluir promiscuamente en la misma culpabilidad.

Por orden del Tribunal,

John Atkins, Registrador

Wm. Magnes, Tho. Oughterlaney, Wm. Main, Wm. Mackintosh, Val. Ashplant, John Walden, Israel Hynde, Marcus Johnson, Wm. Petty, Wm. Fernan, Abraham Harvey, Wm. Wood, Tho. How, John Stephenson, Ch. Bunce y John Griffin.

Contra éstos declararon el capitán John Trahern y su primer oficial, George Fenn, que todos ellos estuvieron presentes bien en el ataque y apresamiento del *King Solomon*, bien después, en el robo y saqueo de éste; de la siguiente manera:

Que el 6 del pasado mes de enero, estando fondeado su barco cerca de cabo Appollonia, África, avistaron una lancha que bogaba hacia ellos, contra viento y marea, desde una nave que se hallaba tres millas a sotavento. Por el número de hombres que iba en ella, según se acercaba, juzgaron que era un pirata, así que hicieron algunos preparativos para recibirlos, creyendo, al acercarse más, que desistirían de emprender ningún ataque cuando comprendiesen su gran desventaja, al ir en una embarcación abierta, y frente a un número de hombres que los doblaba. Sin embargo, merced a su osadía, y a la pusilanimidad de sus propios hombres (que depusieron las armas y pidieron cuartel en seguida), tomaron el barco, y después lo saquearon.

Presidente.— *¿Puede aportar algún detalle acaecido en el apresamiento y robo?*

Testigo.— *Sabemos que Magnes, cabo de brigadas del barco pirata, iba al mando de los hombres de la lancha que nos apresó, y asumió la autoridad de ordenar que se sacasen*

las provisiones y vituallas, que siendo de diferentes clases, según averiguamos pronto, fueron arrebatadas y enviadas a su barco con instrucciones muy concretas; en cuanto a Main, contramaestre del pirata, se llevó dos cables y varios rollos de cabo, conforme a su cometido, golpeando a algunos de sus propios hombres por no ser lo bastante diligentes en el expolio. Petty, como velero, se ocupó de las velas y lonas; Harper, tonelero, de los toneles y herramientas; Griffin de las herramientas de carpintería, y Oughterlaney, como piloto, que se había puesto un traje mío y una peluca de lazo, y andaba pidiendo una botella de vino, mandó muy arrogantemente situar el barco a popa del comodoro Roberts (me parece que sé qué órdenes había respecto a él). Eso es todo en cuanto a detalles, Pero en general, señoría, se mostraron muy ofensivos y rivalizaban en hacer daño.

Presidente.— *Sr. Castel: informe al tribunal de lo que sabe en relación con este robo del* King Solomon*; de qué manera la lancha pirata fue enviada para la comisión de ese delito.*

Tho. Castel.— *Señoría, yo me hallaba prisionero de los piratas cuando su lancha recibió orden de efectuar ese servicio, y de acuerdo con la costumbre en esos casos, se preguntó a la compañía quién quería ir. Y oí que todo el que quiso, se ofreció voluntariamente; sin fuerza, sino más bien peleando por quién se ofrecía primero.*

Los acusados asintieron a lo declarado bajo juramento sobre el ataque y robo, pero negaron la verdad del último testimonio, diciendo que Roberts los intimidó y echó en cara su cobardía en esta concreta ocasión; y dijeron algunos que estaban muy dispuestos a subir a bordo de una presa una vez que tenían ellos el mando del barco, pero ahora que parecía ser una prueba de su valentía, estaban asustados y medrosos.

Presidente.— *Así, pues, ¿os forzó Roberts a este ataque?*

Acusados.— *Roberts nos mandó embarcar en la lancha, y el cabo de brigadas robar el barco; y no osamos desobedecer ninguna de estas órdenes.*

Presidente.— *Aun admitiendo esto, sigue siendo acción vuestra, ya que la cometisteis por orden de oficiales de vuestra propia elección. Porque ¿qué hombres de natural honrado dan su voto a semejante capitán y semejante cabo de brigadas, que les mandan diariamente servicios tan repugnantes?*

Aquí se produjo un silencio entre los acusados; pero finalmente Fernon confesó muy honradamente que él no había dado su voto a Magnes sino a David Sympson (el anterior cabo de brigadas), porque en verdad, dijo, tenía a Magnes por

un hombre demasiado honrado, e inadecuado para este oficio.

Los hechos eran claros y probados, y el tribunal, sin vacilación, los declaró culpables.

William Church, Phil. Haak, James White, Nich. Brattle, Hugh Riddle, William Thomas, Tho. Roberts, Jo. Richards, Jo. Cane, R. Wood, R. Scot, Wm. Davison, Sam. Morwell, Edward Evans, Wm. Guineys y 18 franceses.

Los cuatro primeros de estos acusados, quedó probado para el tribunal, fueron tomados a la fuerza hacía poco de varios barcos mercantes a los que pertenecían, y ejercieron de músicos a bordo del pirata; y durante este cautiverio tuvieron una vida desdichada, ya que a menudo les rompían el violín en la cabeza sólo por excusarse o decir que estaban cansados cuando a algún camarada se le antojaba que tocasen una tonada.

Los otros ingleses habían estado muy pocos días a bordo del pirata: sólo de Whydah a cabo López, y no habían participado en ninguna captura ni robo en ese tiempo. A los franceses se los habían llevado con el propósito de que condujesen su propio barco (o si no, el *Little Ranger*) otra vez a la rada de Whydah, y fueron tratados como prisioneros. Ninguno se movilizó ni consintió en tomar armas, por lo que el tribunal pronunció inmediata sentencia, declarándolos *Inocentes*.

Tha. Sutton, David Sympson, Christopher Moody, Phil. Bill, R. Hardy, Hen. Dennis, David Rice, Wm. Williams, R. Harris, George Smith, Ed Vñzm, Jo. Mitchell y James Barrow.

Los testigos que declararon contra estos acusados fueron Geret de Haen, patrón del Flushingham, apresado cerca de Axim a primeros de enero pasado.

Benj. Kreft, patrón, y James Groet, piloto del Gertruyeht, apresado cerca de Gabón el pasado diciembre, y el Sr. Castel, Wingfield y otros, prisioneros de los piratas.

El primero depuso que todos estos acusados (excepto Hardy) estaban a bordo durante el robo y expolio de sus barcos, y que se habían conducido de manera ruin y afrentosa, haciéndoles temer unas veces por el barco y otras por sus vidas; y en particular, Kreft acusó a Sutton de ordenar que sacasen todos los pertrechos del artillero; al oír lo cual dicho acusado lo interrumpió y dijo que era

falso, que él no había tomado ni la mitad. Réplica, creo, que no pretendía ser una manera insolente de chanza, sino que quería dar a su conducta más apariencia de humanidad de lo que el holandés daba a entender.

Por el Sr. Castel, Wingfield y otros quedó probado que eran hombres destacados: hombres a los que consultaban como cabecillas en todas las empresas; la mayoría pertenecían a la Cámara de los Lores (como ellos decían), y podían ejercer autoridad sobre los demás. El primero dijo en concreto de Hardy (cabo de brigadas del *Ranger*), que cuando apresaron la balandra *Diligence* (a la que pertenecía), nadie se mostró tan afanoso en el saqueo como él, y fue el que desfondó y hundió dicha nave.

A algunos de los acusados absueltos se les preguntó además si se tenía opción a aceptar o rechazar el puesto que fuera; y declararon que cada oficial era elegido por mayoría de votos, y que el elegido podía rechazarlo si quería, porque siempre había otros deseosos de ocupar un puesto que podía reportarles una parte adicional en el botín. Cuhmhles.

El 31 de marzo el tribunal ordenó trasladar, para la aplicación de su sentencia, a los seis siguientes: Dav. Sympson, Wm. Magnes, R. Hardy, Thomas Sutton, Christopher Moody y Valentine Ashplant.

A éstos el presidente los amonestó en los siguientes términos: «El crimen de piratería del que habéis sido justamente declarados culpables es, de todos los robos, el más grave e inhumano, porque hallándoos, sin temor a sorpresas, en regiones remotas y lejanas, con la impudicia de la fuerza, habéis añadido a menudo la crueldad al robo.

»Piratas insensibles a la desventura y la pobreza, no sólo saqueáis y robáis, sino que os cebáis también en hombres necesitados que se ganan la vida afrontando peligros y calamidades que antes bien deberían mover a compasión; y lo que es peor, a menudo, con la persuasión o la fuerza, arrastráis a los irreflexivos a la ruina de sí mismos y de sus familias, apartándolos de sus esposas e hijos, y por ende, de los medios que podrían sacarlos de la miseria y la privación.

»Para una nación comerciante, nada puede haber tan destructivo como la piratería, ni necesitar más un castigo ejemplar. Además, la reflexión nacional infiere, que estrangula los beneficios del trabajo, y ese flujo de las importaciones que es lo único que puede hacer floreciente una isla. Y es un agravante en vuestro caso haber sido jefes y rectores de estas prácticas licenciosas y criminales.

»Sin embargo, pese al comportamiento que habéis tenido, habéis sido escuchados con paciencia, y aunque es poco lo que se ha dicho o se ha podido decir en descargo o atenuación de vuestros crímenes, la caridad nos hace esperar que un sincero y verdadero arrepentimiento (que recomendamos de corazón) pueda haceros dignos de clemencia y perdón, después que os haya sido aplicada la sentencia de la ley, y que ahora me corresponde pronunciar.

»Sabed, pues, Dav. Simpson, William Magnes, R. Hardy, Tho. Sutton, Christopher Moody y Val. Ashplant, que se os condena a todos y cada uno de vosotros a ser conducidos al lugar de donde habéis sido traídos, y de allí al de ejecución, fuera de las puertas de este castillo, para allí, entre las marcas de la marea, ser ahorcados por el cuello hasta morir.

»Después de lo cual será bajado cada uno de vuestros cuerpos, y colgado de cadenas.

Mandamiento de ejecución

Conforme a la sentencia pronunciada el sábado por el Tribunal de Almirantazgo, en el Castillo de Cape Coast, sobre Dav. Simpson, Wm. Magnes, R. Hardy, Tho. Sutton, Christopher Moody y Valentine Ashplant,

Ordénase que los citados malhechores sean conducidos al lugar de ejecución, frente a las puertas de este castillo, mañana, a las nueve horas, para allí, entre las marcas de las dos mareas, ser ahorcados por el cuello hasta morir; de lo que es ésta mandamiento.

Dada y firmada por mí el día 2 de abril de 1722.

Mungo Herdman

A Joseph Gordyn

Capitán-preboste

Servíos trasladar los cuerpos encadenados a las horcas ya erigidas en la loma vecina.

M. H.

William Phillips

Parece, por los testimonios del capitán Jo. Trahern y George Penn, primer oficial del *King Solomon*, que este acusado era contramaestre de dicho barco cuando fue atacado y apresado frente a cabo Appollonia el 6 de enero pasado por la lancha pirata.

Cuando se acercaba la lancha, dicen, juzgaron por el número de los que la tripulaban que eran piratas, y al ser saludados respondieron con desafío; ante lo cual el capitán le agarró el mosquete a uno de sus hombres y disparó, preguntando al mismo tiempo a los suyos si estaban a su lado para defender el barco. Pero al devolverle los piratas una descarga, gritando que no darían cuartel si ofrecían resistencia, este acusado decidió por sí solo pedir cuartel, sin consentimiento de su superior, e indujo al resto a deponer las armas y entregar el barco a unos hombres que eran la mitad en número, y en una lancha sin cubierta. Quedó claro, además, que después de esto se pasó voluntariamente a ellos. Primero porque en seguida se mostró muy activo y diligente robando provisiones y pertrechos del *King Solomon*; en segundo lugar, porque procuró que su capitán recibiera mal trato; y finalmente, porque aunque había comentado a Penn, que había sido obligado a firmar el código esa noche (poniendo una pistola sobre la mesa, lo que quería decir que o firmaba o era hombre muerto), todo parecía ser una falsedad de otro testigo, ya que también afirmó que había estado armado en la acción contra el *Swallow*.

En respuesta a esto, aludió en primer lugar a la desgracia de no tener amigos en esta parte del mundo, que de haber sido así habrían confirmado la honradez de su vida anterior, invalidando el testimonio injusto que se había prestado de que se había unido voluntariamente a los piratas. Reconocía efectivamente no haber apelado a su capitán para que intercediera en su descargo, pero lo justificó diciendo que le tenía antipatía, y por tanto estaba seguro de que no le habría servido de nada recurrir a él.

El tribunal advirtió que la excusa de éste y otro pirata, de la pistola y el código servidos en un mismo plato, o de que habían sido maltratados y forzados a apartarse de un trabajo honrado, eran argucias frecuentes de las partes para

presentar menos sospechosos a aquellos de quienes provenía, y tenían como fin que apareciesen en alguna gaceta o declaración jurada; y los piratas eran lo bastante generosos como para no negarle a un cofrade una palabra favorable, que no les costaba nada, al tiempo que les aseguraba a los mejores hombres. Los llamo los mejores porque tal apoyo les permitía mostrarse más osados. *Culpable*.

Harry Glasby, maestro

Llamadas a declarar ante el tribunal varias personas apresadas por el barco de Roberts, del que el acusado era maestro, su testificación fue tomada como sigue:

Jo. Trahern, capitán del *King Solomon*, declaró que el acusado tenía efectivamente la función de maestro de navegación del barco pirata (mientras él estuvo detenido), aunque no era mirado como oficial, ya que cada cual obedecía según le parecía, cosa que el propio Glasby le había comentado, y se había lamentado de lo difícil que era ser jefe entre brutos, y de que estaba hastiado de vivir, con otras manifestaciones (que ahora no le venían a la memoria) que denotaban en él gran aversión a esa clase de vida.

Jo. Wingfield, apresado por ellos en Calabar, dijo lo mismo respecto al puesto que desempeñaba, pero que era más cortés que el resto, y cree verdaderamente que cuando decidieron por votación quemar el bergantín a bordo del que iba el declarante como comisionado de la Compañía Africana, este hombre fue el instrumento que lo impidió, manifestando gran pesar por ésta y parecidas bellaquerías de la gente con la que estaba; que según había podido ver, se comportaba con renuencia, como quien no puede evitar hacer lo que hace. Añade además que cuando apresaron a un tal Hamilton, cirujano, y quisieron imponerle el acatamiento del código, éste se opuso y lo impidió. Y que otro cirujano que había entre ellos, llamado Hunter, fue dejado en libertad a instancia y persuasión del acusado; a este declarante le habían asegurado que Glasby había estado una vez condenado a muerte a bordo de ellos, junto con dos más, por intentar huir en las Indias Occidentales, y que los otros dos fueron efectivamente ejecutados por esa causa.

Elizabeth Trengrove, que fue apresada cuando iba de pasajera en la *Onslow*, fragata de la Compañía Africana, confirmó la declaración del anterior testigo; ya que habiendo oído buena opinión de este Glasby, preguntó al patrón de lancha, que a la sazón se hallaba robando a bordo, si le permitía hablar con él. Y éste le dijo

que no; que no le dejaban abandonar el barco, porque una vez ya había intentado escapar, y que desde entonces recelaban continuamente de él.

Edward Crisp, el capitán Trengrove y el capitán Sharp, apresados sucesivamente, manifestaron por sí mismos, y por comentarios de otros que habían tenido la desgracia de caer en manos de estos piratas, que el buen trato que habían recibido había sido mayormente gracias al acusado, que a menudo intercedió para que se dejasen suficientes víveres e instrumentos a bordo de los barcos expoliados, alegando que eran superfluos e innecesarios para ellos.

James White, cuyo oficio era el de músico, y estuvo en popa, en el barco pirata, durante la acción con el *Swallow*, declaró que en el enfrentamiento y defensa que presentó no vio al acusado ocuparse ni una sola vez en los cañones, ni dar orden de cargarlos o disparar, sino que estuvo enteramente dedicada a cazar y disponer las velas según mandaba Roberts; y que en conclusión, creía que verdaderamente era el que había impedido que fuera volado el barco, poniendo abajo centinelas de su confianza, y oponiéndose a los individuos furiosos que se habían hecho con mechas encendidas y habían bajado con esa intención.

Isaac Sun, segundo del buque de guerra, declaró que, cuando fue a tomar posesión de la presa en un bote del rey, halló a los piratas muy excitados y divididos: siendo unos partidarios de volarlo y otros (que quizá se consideraban menos culpables) opuestos a ello; que en esta confusión preguntó por el acusado, de quien había oído que era buena persona; y cree que hizo cuanto estuvo a su alcance para impedirlo; en particular, supo por todos los hombres que había quitado a un tal James Philips una mecha encendida en el instante en que bajaba a la santabárbara jurando que iba a mandarlos a todos al infierno. También se había enterado de que, muerto Roberts, el acusado mandó arriar el pabellón; y que desde ese momento mostró cuán opuesto era a su práctica y principios, diciendo que fue el más grande granuja de todos.

El acusado dice en su descargo que cuando tuvo la desgracia de caer en manos de los piratas, iba de primer oficial en el *Samuel*, de Londres, capitán Cary; que aunque se había escondido para evitar que se lo llevasen, lo descubrieron, le golpearon y lo arrojaron por la borda. Siete días después, por oponerse y negarse a firmar el código, fue herido y vejado nuevamente; que aunque después de esto se congració mediante una actitud más humilde, sólo lo hizo con el fin de que su vida fuese más llevadera; que las partes que le habían dado las había devuelto de cuando en cuando a los prisioneros con los que topaba, hasta recientemente, en que había hecho una pequeña reserva, pidiéndole al capitán Loane que tomase de

ella dos o tres moidores y los llevase a su esposa. Una vez, dice, lo cogieron cuando huía, en las Indias Occidentales; y con dos más, un tribunal borracho lo sentenció a morir de un tiro; los otros dos sufrieron dicha sentencia, y él se salvó porque uno de los piratas principales le tomó de repente simpatía y se enfrentó a los demás. Una segunda vez huyó a La Española, llevándose un compás de bolsillo para guiarse por el bosque; pero tras ir a parar a la parte más desolada y desierta de la isla, y no sabiendo qué dirección tomar, después de vagar dos o tres días sin rumbo, se vio obligado a regresar al barco, negando con vehementes juramentos el propósito de que fue acusado por miedo a que lo matasen. Desde esta vez (espera ahora que haya cierta atenuación en su culpa), como la mayoría de los acusados absueltos pueden atestiguar, los piratas recelaron de él, y Roberts no quiso admitirlo en sus secretos; y además, el capitán Cary (y cuatro pasajeros con él) había declarado bajo juramento que había sido forzado por su oficio, y aunque no podía presentar pruebas, sin embargo humildemente esperaba que el tribunal lo considerase altamente probable, dados los detalles que se facilitaban.

En resumen, el tribunal fue de la opinión que los expertos en navegación tenían más posibilidad de aducir fuerza, por la necesidad que los piratas tienen a veces de conservarlos, y tuvo en cuenta que muchas partes de su defensa habían sido confirmadas por los testigos, que habían asegurado que actuó con renuencia, y había expresado gran preocupación e inquietud por las pocas esperanzas que tenía de liberarse; que había tratado a todos los prisioneros (como ellos los llamaban) bien, a riesgo de recibir él mal trato; que no había contribuido a sus robos con ninguna capacidad militar; que dos veces había intentado huir exponiéndose a los mayores peligros. *Inocente*.

Capitán James Skyrm

Parece, por el testimonio de varios acusados absueltos, que este Skyrm tuvo el mando de la *Ranger* durante la resistencia que presentó contra el buque del rey; que mandó a los hombres a sus puestos, y que fueran cargados y disparados los cañones, blandiendo una espada en la mano, con la que hacía obedecer esas órdenes; y golpeaba a los veía que de alguna manera descuidaban o no atendían su puesto. Que aunque había perdido una pierna en la acción, era tan arrebatado de temperamento que no quiso abandonar la cubierta hasta que vio que todo estaba perdido.

En su defensa dice que fue sacado a la fuerza de su puesto de primer oficial

a bordo de una balandra llamada la *Greyhound*, de San Cristóbal, en octubre de 1720, y que el pirata lo había azotado, y roto la cabeza, sólo por pedir que le dejasen en esa balandra cuando la soltaron. La costumbre y el éxito, desde entonces, lo habían embotado y hecho perder en cierta manera el sentido de la vergüenza; pero que había vivido varios meses verdaderamente enfermo, lo que no le había eximido de ningún deber; y aunque Roberts lo había forzado a esta expedición muy contra su voluntad, los testigos debían de saber que el título de capitán no le daba ninguna autoridad, ya que no consiguió ser obedecido, aunque ordenó muchas veces que cesase el fuego, cuando se percató de que era el barco del rey.

La enfermedad alegada, y más especialmente la circunstancia de la pérdida de la pierna, fueron agravantes de su culpa, ya que se había mostrado en estas ocasiones más activo de lo que ahora pretendía hacer ver: en cuanto al título de capitán, si no le otorgó preeminencia ninguna en la batalla, sin embargo quedó probado que era título de autoridad; autoridad que le permitió dirigir un enfrentamiento contra los colores del rey; por lo que fue declarado, en el más alto grado, *Culpable*.

John Walden

El capitán John Trahern y George Penn declararon que este acusado fue uno de los que, en una lancha abierta, y en un acto de pura piratería, asaltaron y apresaron su barco, en cuya fechoría participó activamente, con un hacha marinera en la mano, que le sirvió de llave en todas las puertas y cajas que encontró cerradas; también, en particular, cortó el cable de su barco, cuando los otros piratas se afanaban en levar el ancla, diciendo: «Capitán, ¿a qué tanto jaleo de *¡Ha… la!* y tanto esfuerzo, con el calor que hace? Hay más anclas en Londres; y además, vamos a prender fuego a su barco.»

William Smith (acusado absuelto) dice que Walden era conocido entre los piratas más por el apodo de *La Niñera* (se supone que irónicamente, por la dureza de su carácter); que era uno de los veinte que voluntariamente fue a bordo de la *Ranger* cuando salió en persecución del *Swallow*, y por un disparo de dicho barco perdió la pierna. Su comportamiento en la lucha, hasta ese momento, fue osado y temerario.

El presidente llamó a Harry Glasby, y le ordenó que contase un rasgo del

acusado, y qué costumbre había entre ellos en relación a esas expediciones voluntarias desde su propio barco; y en particular la de ir a bordo de la *Ranger*.

Y éste declaró que el acusado era tenido por hombre despierto (o sea, como explicó más adelante, un pirata consumado, un granuja integral); que en cuanto avistaron el *Swallow* todo el mundo estuvo dispuesto a creerlo un portugués porque andaban muy necesitados de azúcar, y se había producido alguna disputa y altercado entre las dos compañías (la gente del *Fortune* se dedicaba a beber ponche cuando la de la *Ranger* no podía); que Roberts, al ver el *Swallow*, voceó al nuevo *Ranger*; y le mandó adrizar y poner vela; «Hay azúcar mar afuera; tráetelo, que no andemos renegando»; ordenando al mismo tiempo pasar la voz entre la tripulación de quién quería ir a ayudar, y al punto se llenó la lancha de hombres, para trasladarse.

Presidente.— *Entonces, ¿cada uno que sube a bordo de una presa lo hace voluntariamente? ¿O puede haber alguna otra razón?*

H. Glasby.— *Normalmente se llama a cada uno por orden, y cuando le toca insiste en ir, porque entonces recibe un juego de ropa (de la mejor que encuentren) además de su parte en el botín, y lejos de ser obligados, a menudo se convierte esto en motivo de disputa y pelea entre ellos: pero en el presente y parecidos casos, en que parece que va a haber jaleo, los perezosos y los apocados se suelen abstener, y dejan paso a los mejores, que por ese motivo ganan reputación. El acusado y los que pasaron del* Fortune *a la* Ranger *para ayudar en esta expedición fueron todos voluntarios, y los de más confianza entre nosotros.*

Presidente.— *¿No recelabais que los de la* Ranger *os abandonasen en esta persecución, o alguna otra vez, con el fin de rendirse?*

H. Glasby.— *La mayor parte de la tripulación de la* Ranger *eran hombres recientes que llevaban en la banda sólo desde que llegaron a la costa de Guinea, y por tanto no recibían una parte tan generosa de provisiones frescas, o de vino, como los del* Fortune*; y aquí pensaban que habían soportado el agobio y el calor del día, lo que había dado ocasión de algunas quejas y rumores, como que aprovecharían cualquier ocasión para dejarnos; pero pensamos que si lo hacían sería con el propósito de ir por su cuenta, ya que se habían comportado (muchos de ellos) con más rigor que los veteranos.*

El acusado parecía impasible, y más deseoso de descansar su muñón que de responder al tribunal o preparar su defensa, hasta que fue llamado; entonces relató de manera despreocupada, o más bien deshilvanada, las circunstancias de su incorporación, cómo lo forzaron a unirse, dijo, cuando iba en el *Blessing*, de

Lymington, Terranova, hacía 12 meses. Esto, estaba seguro, lo sabían la mayoría de los piratas veteranos, y durante un tiempo el cambio le tuvo afectado como al que más. Pero que la costumbre y la mala compañía le habían cambiado, reconociendo con toda franqueza que estuvo en el ataque y apresamiento del *King Solomon*, en que cortó el cable; y dijo que ninguno iba forzado en esas ocasiones.

En cuanto a la última expedición de la *Ranger*, confiesa que embarcó en ella, pero que fue por orden de Roberts; y en la persecución cargó un cañón para que se pusiese al pairo, pero cuando vio el engaño dijo a sus camaradas que no valía la pena resistir, dejó de hacer fuego, y ayudó en las brazas a fin de escapar si podían, en cuya faena estaba ocupado cuando un disparo del buque de guerra le arrancó la pierna; y al serle preguntado qué habría hecho en el supuesto de que la caza hubiera resultado ser un portugués contestó: «No lo sé», dando a entender que en ese caso todos habrían estado dispuestos a saquearlo. *Culpable.*

Peter Scudamore

Harry Glasby, Jo. Wingfield y Nicholas Brattle declaran que se unió voluntariamente a los piratas, en Calabar, cuando iba con el cap. Rolls. Primero, que discutió con Moody (uno de los cabecillas de la banda) y se peleó con él, porque se oponía, preguntando a Rolls, con soma, si iba a tener la amabilidad de sacarlo a él (Scudamore) en la gaceta cuando regresase a casa. Y en otro momento, cuando Rolls abandonaba el barco pirata en su bote y se levantaba un huracán, dijo: «¡Ojalá se ahogue ese granuja, porque es un bribón redomado, y ha intentado dejarme todo lo mal que ha podido con estos caballeros!, (o sea con los piratas).»

Y en segundo lugar, que había firmado el código de los piratas con gran presteza, y presumía de haber sido el primer cirujano que lo había hecho (porque antes de esto era costumbre cambiar de cirujano, cuando deseaban, tras haber servido el que tenían un tiempo, y nunca los obligaban a firmar; costumbre que él decidió romper en beneficio de los que vinieran después), jurando a continuación sobre él que ahora esperaba ser tan gran ladrón como cualquiera de ellos.

El capitán Jo. Trahern y George Fenn, su primer oficial, declararon que el acusado había tomado del *King Solomon* los instrumentos de su cirujano, medicamentos, y un juego de tablas reales; esto último se convirtió en motivo de pelea entre un tal Wincon y él, que era quien más derecho tenía; y le fueron adjudicadas al acusado.

Jo. Sharp, maestro del *Elizabeth*, oyó al acusado pedir licencia a Roberts para llevarse a Comry, su cirujano, cosa que hizo, y con él algunos medicamentos del barco. Pero lo que supuso la prueba más completa de la falta de honestidad de sus principios fue el pérfido propósito que había concebido de huir con la presa, a la altura de Cape Coast, aunque había sido tratado con toda humanidad, y de manera muy distinta a como lo era un prisionero, en atención a su oficio y su educación superior, cosas que lo hacían menos sospechoso.

El Sr. Child (absuelto) declaró que al pasar frente a la isla de Santo Tomé, en la presa *Fortune*, este acusado intentó varias maneras de levantarse con los negros, y matar a la gente del *Swallow*, mostrándoles cuán fácilmente podían ser vencidos los blancos, y constituir una nueva compañía en Angola, y en esa parte de la costa: «Porque —dijo— yo sé gobernar un barco y puedo enseñaros a navegar; ¿y no es mejor hacer esto, que volver a Cape Coast, donde nos colgarán y nos secarán al sol?» Y al contestar el declarante que no tenía miedo de que lo colgaran, Scudamore le pidió que guardase el secreto y no le pasaría nada malo; pero antes del anochecer del día siguiente, que era el momento convenido para llevar a cabo el plan, este declarante lo delató a un oficial, asegurándole que Scudamore había estado hablando toda la noche anterior con los negros, en lenguaje angoleño.

Isaak Burnet oyó al acusado preguntar a un pirata llamado James Harris (dejado con los heridos de la presa) si estaba dispuesto a unirse al plan de huir con el barco, y a ayudarlo a formar una nueva compañía, aunque se puso a hablar de carreras de caballos cuando vio que se acercaba el declarante; éste reveló al oficial lo que había oído, y el oficial puso vigilancia armada toda la noche a la gente, ya que sus temores sobre los negros no eran infundados; porque, dado que gran parte habían llevado mucho tiempo una vida pirata, la escasa ración a la que estaban reducidos los animaba más que ninguna otra cosa a intentar esa fechoría.

El acusado dijo en su defensa que se lo habían llevado a la fuerza en octubre pasado cuando iba con el capitán Rolls; y si bien no había mostrado la debida oposición al cambio, quería hacer constar que en esos momentos había desacuerdo y discordia entre ellos. Pero que los dos, Roberts y Val. Ashplant, le hicieron firmar el código bajo amenaza, y que lo hizo por miedo.

Reconoce haberse apoderado de los cofres de medicinas del *King Solomon* y el *Elizabeth* por orden de Hunter, entonces cirujano jefe, quien, por las leyes piratas, tiene siempre autoridad en esta área; y el señor Child (aunque absuelto), cumpliendo esas mismas órdenes, había quitado al francés un cofre entero de medicinas; órdenes que, como él sabe, ni él ni yo nos habríamos atrevido a

desobedecer; era el ser ellos los jueces lo que hacía tan ingrato un nombramiento impuesto. Si después fue él elegido cirujano jefe, Comry y Wilson estaban allí también, y podía haberles tocado a ellos, y no habría estado en su poder rechazar ese nombramiento.

En cuanto al propósito de sublevarse y huir con la presa, lo tacha de completamente falso; añadió, aunque sólo a manera de suposición, que si a los negros se les hubiera metido esa idea en la cabeza (teniendo en cuenta la poca fuerza y la mala vigilancia que había), su opinión era que les habría sido fácil llevarla a cabo; pero era falso que él alentara semejante acción; en cuanto a hablarles en lengua angoleña, era una forma de matar el tiempo, y de practicar una docena de palabras, ya que era incapaz de hilvanar una frase. Y en cuanto a entender de navegación, lo había reconocido muchas veces al declarante Child, y le extraña que ahora se aduzca esa circunstancia contra él. *Culpable.*

Robert Johnson

Le parecía al tribunal que el acusado era uno de los veinte hombres de la lancha de piratas que después robó el *King Solomon*, fondeado cerca de cabo Appollonia; que todos los piratas que iban en éste, y en parecidos servicios, eran voluntarios con el mismo propósito; y que él en particular había peleado por ir por segunda vez, aunque no le correspondía.

El acusado pidió que declarase en su defensa Harry Glasby, quien testificó que estaba tan borracho cuando se unió a ellos que lo tuvieron que izar de un barco a otro con un aparejo, y por tanto sin su consentimiento; aunque desde entonces había sido hombre leal, y lo habían puesto al timón en ese combate en retirada que habían sostenido con el *Swallow*.

Insistió así mismo en ampararse en la declaración jurada del capitán Turner, de que fue forzado, por la que habían sido exculpados otros (compañeros de barco).

El tribunal, consciente de la parcialidad que podía alegarse absolviendo a uno y condenando a otro en igual situación, juzgó oportuno advertir, para que quedase meridianamente clara su integridad, que su interés y consideración para con cada hombre, al permitirle su defensa particular, era dispensar del rigor de la ley a quienes, de haberlo aplicado, habrían sido demasiado promiscuamente

condenados, si no se hubiese tenido en cuenta más caso que el del *Swallow*; y en esto qué mejor podía guiarlos que el carácter y conducta de sus camaradas; porque aunque puede haber duda en cuanto a que se uniera a los piratas voluntariamente, sin embargo en sus acciones posteriores no, y no es tan importante la manera en que un hombre se une a unos piratas, como sus acciones cuando está con ellos. *Culpable*.

George Wilson

John Sharp, patrón del *Elizabeth*, en el que el acusado iba de pasajero, y que cayó por segunda vez en manos de los piratas, declara que se llevó a dicho Wilson de Sestos, en esta costa, pagando a los negros por su rescate el equivalente a tres libras y cinco chelines en mercancía, de lo cual extendió recibo, pensando que con esto había hecho un acto de caridad, hasta que topó con un tal capitán Kanning, quien le preguntó por qué había liberado a un granuja como Wilson; porque había dejado a John Tarlton para irse voluntariamente con los piratas. Y cuando el declarante cayó prisionero encontró a Thomas, hermano de este John Tarlton, prisionero de los piratas también, que al punto —y por instigación de Wilson— fue cruelmente tratado y golpeado, y lo habría matado de un tiro alguno de estos individuos llevados de su furia y rabia, si sus paisanos (o sea de Liverpool) no llegan a esconderlo en una vela de estay, debajo del bauprés; porque Moody y Harper, con las pistolas amartilladas, registraron cada rincón del barco buscándolo, y llegaron al coy del declarante, al que estuvieron a punto de confundir fatalmente con Tarlton; pero al dar gritos el declarante descubrieron su error, y lo dejaron seguir en este confortable lugar de sosiego, ya que era el honrado sujeto que había llevado a bordo al doctor. Al irse le preguntó el acusado por su recibo, si lo tenían los piratas o no, y al no poder decirlo en ese momento, replicó él: «No importa, señor Sharp; creo que va a ser muy difícil que vaya yo alguna vez a Inglaterra a pagarlo.»

Adam Comry, cirujano del *Elizabeth*, dice que aunque el acusado, debido a sus sufrimientos y privaciones, había recibido muchos cuidados de él antes de topar con los piratas, pensaba que lo habían forzado a ir con ellos por él y por Scudamore: el acusado estuvo muy animado y alegre, dice, en el encuentro con Roberts: le saludó, le dijo que se alegraba de conocerlo, y que se unía a él allí mismo; le quitó al declarante una camisa limpia y unos calzones para mejor presencia y recepción, firmó de buen grado el código, y trató de convencerlo a él de que hiciera lo mismo, diciendo que harían el viaje a Brasil en ocho meses, con

un reparto de 6 a 700 libras para cada hombre, y luego se separarían. Además, cuando la tripulación acordó elegir un cirujano jefe, y este declarante fue colocado con los otros, Wilson le dijo que esperaba que le quitara el puesto a Scudamore, porque el cuarto de parte que recibía más que los otros valía la pena. Pero el declarante perdió esa preferencia, ya que la mayoría del *Ranger* votó a favor de Scudamore para librarse de él (dado que el cirujano jefe debía ir siempre con el comodoro).

Así mismo parece, por lo que declararon el capitán Jo. Trahern, Tho. Castel y otros que habían sido apresados por los piratas, y por esa razón tuvieron ocasión de observar la conducta del acusado, que estaba totalmente satisfecho con esta manera de vida, y era especialmente íntimo de Roberts; a menudo se burlaban a la sola mención de un buque de guerra, diciendo que si topaban con un barco del *Plantanabos* (el rey Jorge I) lo iban a volar y mandar al infierno con toda su tripulación dentro. Pero dejando a un lado estas extravagancias, su pereza le había granjeado muchos enemigos; incluso Roberts le dijo (por la queja de un herido al que se había negado a curar) que era doblemente granuja, por estar allí una segunda vez, y lo amenazó con cortarle las orejas.

El testimonio del capitán Thomas Tarlton, además, confirmó al tribunal que al acusado se lo habían llevado del barco de su hermano, unos meses antes, la primera vez, y estando muy deseoso de complacer a su nueva compañía, había pedido poco después la lancha pirata para llevarse el cofre de medicinas; luego la corriente y el viento resultaron ser demasiado fuertes para contender con ellos, y empujaron la lancha a tierra, en cabo Montzerado.

El acusado pidió la comparecencia de William Darling y Samuel Morwel (absueltos), y de Nicholas Butler.

William Darling declaró que la primera vez que el acusado cayó en manos de ellos, Roberts lo confundió con Jo. Tarlton, el maestro; y al ser informado de que era el cirujano que venía a representarlo (porque en ese momento estaba indispuesto), juró que iba a ser su compañero de rancho, a lo cual Wilson contestó que él esperaba que no, ya que tenía esposa e hijo; al oír lo cual el otro se echó a reír; y declaró también que llevaba dos días a bordo cuando fue en esa lancha que el viento arrastró a la playa en cabo Montzerado. Y en el segundo encuentro, en el *Elizabeth*, oyó a Roberts ordenar que lo trajesen a bordo en el primer bote.

Samuel Morwel dice que lo oyó quejarse de su situación, mientras estaba a bordo del pirata, y que pidió a un tal Thomas que usara de su influencia con

Roberts para que prescindiese de él, diciendo que tenía esperanza de que la pequeña fortuna que había dejado en casa, y el trabajo, lo librasen de ganarse el pan en la mar.

Nicholas Butler, que había estado con los piratas unas 48 horas cuando apresaron los barcos franceses en Whydah, declara que en este tiempo el acusado le habló en lengua francesa varias veces, lamentándose de la desdicha y mala suerte de hallarse prisionero de semejante compañía.

El acusado, tras solicitar permiso para dirigir dos o tres preguntas al declarante, preguntó si no había discutido con Roberts por obligar a los cirujanos a firmar el código, cuando hasta entonces no se había hecho nunca; si no había expresado su alegría por haber escapado una primera vez de ellos; si no había dicho en el apresamiento de los barcos en la rada de Whydah que le habría gustado la presa si hubiese sido legal; y si no le había dicho que si la compañía prescindía de algún cirujano, iba a insistir en que le tocaba a él. El declarante respondió afirmativamente a cada pregunta por separado. Y más aún: que cree que Scudamore no había visto a Wilson la primera vez, cuando llegó y encontró que lo traían del *Elizabeth*.

En su propia defensa añadió que, siendo cirujano con un tal John Tarlton de Liverpool, lo encontró Roberts el pirata por primera vez en esta costa de Guinea; éste, al cabo de un día o dos, dijo que, desgraciadamente, tendría que quedarse, y le ordenó que fuera a coger su cofre personal (no el de las medicinas, como se afirmaba), ocasión que aprovechó para escapar; porque estando compuesta la tripulación de la lancha por cinco franceses y un inglés, todos tan deseosos como él, acordaron llevar el bote a la playa, y encomendarse a los de cabo Montzerado; decisión arriesgada, no sólo por lo peligroso de la mar allí, sino por la crueldad de los nativos, que suelen ser aficionados a la carne humana. Aquí permaneció cinco meses, hasta que Thomas Tarlton, hermano de su capitán, entró casualmente en la rada a comerciar; le contó sus penalidades y su situación famélica; pero éste se negó de manera muy poco cristiana a librarlo de la cautividad, o darle siquiera una pequeña provisión de galleta y carne salada; porque, dijo, había estado entre piratas. Poco tiempo después, el patrón de un barco francés pagó su rescate y se lo llevó; pero a causa del repugnante mal de la lepra que había contraído con su vida descarriada y difícil, para gran desventura suya, fue desembarcado otra vez en Sestos, donde el capitán Sharp lo encontró, y generosamente facilitó su liberación de la manera que él mismo ha relatado, y por lo que está infinitamente agradecido. Dijo además que la mala suerte lo arrojó una segunda vez en las manos de los piratas, en este barco *Elizabeth*, donde reconoció a Thomas Tarlton, e

irreflexivamente le hizo algún reproche por la severidad de su trato en Montzerado; pero estas protestas hechas sin intención tuvieron muy mala consecuencia; porque Roberts tomó sobre sí corregir al señor Tarlton, y le pegó demasiadamente, y, espera que se crea, en contra de ninguna intención suya de que tal cosa ocurriera; porque siendo un extraño como era, no podía suponer que tuviera ninguna influencia, y piensa que ese castigo tenía otro motivo. No recuerda haber manifestado ninguna alegría al ver a Roberts esta segunda vez, ni haber dicho expresiones tales como camarada, como se ha declarado bajo juramento; pero si la inmadurez de juicio había hecho que se le escapase alguna expresión impensada o inadvertida, o había manifestado algún indebido agradecimiento a Roberts, fue para congraciarse con él, como hacía todo prisionero, a fin de recibir un trato más benévolo, y en particular para procurarse su descargo, como se le había prometido, y temía que se lo denegasen, si una persona como Comry no se quedaba en su puesto. Y esto, dijo, podían confirmarlo todos los caballeros (refiriéndose a los piratas).

También alegó su juventud como excusa de su atolondramiento: la primera vez había estado con ellos (sólo un mes en total) sin un empleo de tipo militar; pero en particular, había hecho un buen servicio al revelar el propósito que tenían los piratas de sublevarse a su paso a bordo del *Swallow. Culpable.*

Pero su ejecución se aplazó hasta que se conociese la decisión del Rey; porque el comandante del *Swallow* había declarado que la primera noticia que tuvo de este propósito de sublevarse de los piratas había sido de él.

Benjamín Jeffreys

Por las deposiciones efectuadas por Glasby y Libourn (absueltos) contra este acusado, parece que la embriaguez fue lo que primero le impidió irse en su propio barco, la galera *Norman*; y a la mañana siguiente, por haber abusado de la bebida, y decir a los piratas que no había un solo hombre entre ellos, recibió como bienvenida seis latigazos de cada uno del barco, lo que lo tuvo postrado varias semanas; pero al recuperarse fue nombrado segundo contramaestre; puesto que como cualquier otro a bordo de un pirata, es de propia opción, aunque le sea asignado, porque otros se alegran de aceptar lo que les reporta una parte adicional en la presa.

Los declarantes dicen además que en Sierra Leona todos tuvieron más clara

ocasión de escapar; y que este acusado en particular la desaprovechó y abandonó dicho lugar cuando el barco puso vela y salía del río.

El acusado proclama en su defensa que fue forzado al principio, y que lo obligaron a ocupar el puesto de segundo contramaestre, al que hubiera querido renunciar de buen grado; que los bárbaros latigazos sufridos al principio se los administraron los piratas por decirles que nadie capaz de ganarse el pan honradamente llevaría esa clase de vida; y que desde luego habría aprovechado la oportunidad, en Sierra Leona, de huir de esta vida repugnante, si no llega a ser por la presencia de tres o cuatro piratas veteranos en la playa al mismo tiempo, que, imaginaba, debían de conocerlo, y sin duda lo habrían tratado igual, si no peor, que a William Williams, el cual, al serles entregado por los traidores nativos, había recibido dos latigazos de cada miembro de la tripulación.

El tribunal comentó que la excusa de estos piratas, referente a la falta de medios para escapar, era muchas veces tan débil y floja como sus alegaciones de que habían sido forzados al principio; porque aquí, en Sierra Leona, cada hombre tuvo ocasión en la playa, y evidentemente podía haberla aprovechado si él, o ellos, hubieran querido. Y son tanto más culpables los que, habiendo sido introducidos en esa sociedad por métodos tan brutales como azotarlos o golpearlos, desaprovechan sin embargo una ocasión de volver a la libertad. Eso revela una fuerte inclinación a la delincuencia, por lo que se les halla, inexcusablemente, *Culpables*.

Jo. Mansfield

Quedó probado contra este acusado, por las declaraciones del capitán Trahern y George Fenn, que fue uno de los voluntarios que estuvo en el ataque y robo del barco de la Compañía llamado el *King Solomon*; que fanfarroneaba mucho entre los que no se atrevían a replicarle, aunque era muy manso con los amigos que lo conocían; porque Moody, en esta ocasión, le quitó un gran vaso, y amenazó con saltarle los sesos (expresión favorita entre estos piratas) si protestaba.

Por otros absueltos quedó claro que se unió voluntariamente a ellos, desde el principio, en una isla llamada Dominica, en las Indias Occidentales, del buque de guerra llamado el Rose, y antes de eso había sido salteador de caminos. Siempre andaba borracho, decían, y se hallaba en tan mal estado cuando se enfrentaron al *Swallow* que no se enteró de la acción, sino que subió blandiendo el machete

después que el *Fortune* arriara su bandera, preguntando quién iba a ir a bordo de la presa, y les costó convencerlo de la realidad de la situación.

Poco pudo decir en su propia defensa; reconoció esta última parte de su embriaguez; vicio, dice, que tuvo demasiado que ver con que quedara atrapado en esta clase de vida, y que para él había sido mayor motivo que el oro. *Culpable*.

William Davis

William Allen declara que conoció a este acusado en Sierra Leona cuando iba en la galera Ann; que había tenido una pelea y había pegado al primer oficial de ese barco, por lo que (como él dijo), temeroso de volver a su puesto, abrazó las maneras y costumbres ociosas de vivir entre los negros, de los que recibió una esposa, que él ingratamente vendió una noche por un poco de ponche con que apagar la sed. Después fue a buscar la protección del señor Plunket, gobernador de la Compañía Real Africana; pero los parientes y amigos de la mujer acudieron a él para que hiciese justicia, y al punto les entregó al acusado, diciéndoles que no le importaba si le cortaban la cabeza. Pero los negros, juzgando acertadamente que eso no les iba a reportar ningún beneficio, lo vendieron a su vez al *senhor* José, un negro cristiano, y nativo de dicho lugar, quien esperaba y acordó recibir dos años de servicio de él, en compensación por lo que había desembolsado por la redención de la mujer. Pero mucho antes de que expirase ese plazo, Roberts entró en el río Sierra Leona, donde el acusado (como el *senhor* José aseguró al declarante) se unió voluntariamente a ellos.

El testigo corrobora además esa parte de la declaración de que estando obligado a tocar cabo Mount, rumbo hacia abajo, se encontró con dos desertores del barco de Roberts que le aseguraron lo mismo, y que los piratas tenían propósito de echarlo a la primera ocasión, por holgazán e inútil.

Por los testimonios de Glasby y Lubourn quedó claro que todos los piratas, mientras estuvieron en Sierra Leona, podían bajar a tierra cuanto les apetecía; que Roberts había asegurado a menudo al señor Glyn y a otros mercaderes de ese lugar que él no forzaba a nadie y que, en definitiva, no había motivo para ello; que en particular, el compañero de remo del acusado escapó, y piensa que el acusado podía haber hecho lo mismo si hubiese querido.

El acusado alegó que había sido detenido contra su voluntad, y dice que

cuando volvía a Sierra Leona con colmillos de elefante el bote pirata lo persiguió y devolvió a bordo, donde lo retuvieron por sus conocimientos de pilotaje y navegación en ese río.

Quedó claro para el tribunal no sólo cuán débiles eran las excusas de coacción y fuerza entre esta gente respecto a sus inicios con los piratas, sino también las de estos dos desertores, encontrados en cabo Mount, y la manera discreta en que vivieron en Sierra Leona, con qué poca dificultad vivieron varios de ellos y que otros podían haber escapado después con sólo haber obtenido el consentimiento de su propia conciencia. *Culpable*.

Ésta es la sustancia de los juicios de la tripulación de Roberts, que puede bastar como ejemplo de la de otros recogidos en este libro. Las listas anteriores muestran, con un asterisco antepuesto a los nombres, quiénes fueron condenados; los precedidos de una cruz fueron enviados para ser juzgados al tribunal de Marshalsea, el resto fueron absueltos.

Los piratas que a continuación se citan fueron ejecutados, conforme a su sentencia, frente a las puertas del castillo de Cape Coast, entre las marcas de la marea:

Nombre edad procedencia William Magnes 35 Minehead Richard Hardy 25 Gales David Sympson 36 North-Berwick Christopher Moody 28 Thomas Sutton 23 Berwick Valentine Ashplant 32 Minorisea Peter de Vine 42 Stepney William Philips 29 Lower-Shadwell Philip Bill 27 St. Thomas's William Main 28 William Mackintosh 21 Canterbury William Williams 40 cerca de Plymouth Robert Haws 31 Yarmouth William Petty 30 Deptford John Jaynson 22 cerca de *Lancaster* Marcus Johnson 21 Smyrna Robert Crow 44 Isla de Man Michael Maer 41 Ghent Daniel Harding 26 Croomsbury, Somersetshire William Fernon 22 Somersetshire Jo. More 19 Meer, Wiltshire Abraham Harper 23 Bristol Jo. Parker 22 Winfred, Dorsershire Jo. Philips 28 Jersy James Clement 20 Bristol Peter Scudamore 35 Gales James Skyrm 44 Somersetshire John Walden 24 Whitby Jo. Stephenson 40 Orkneys Jo. Mansfield 30 Bristol Israel Hynde 30 Aberdeen Peter Lesly 21 Exeter Charles Bunce 26 Ottery St. Mary's, Devonshire Robert Birtson 30 Cornualles Richard Harris 45 Sadbury, Devonshire Joseph Nositer 26 sin habla en la ejecución William Williams 30 Holanda Agge Jacobson 30 Bristol Benjamin Jeffreys 21 Topsham Cuthbert Goss 21 Plymouth John Jessup 20 Plymouth Edward Watts 22 Dunmore Thomas Giles 26 Minehead William Wood 27 York Thomas Armstrong 34 Londres, ejecutado a bordo del *Weymouth* Robert Johnson 32 en Whydah George Smith 25 Gales William Watts 23 Irlanda James Philips 35 Antegoa John Coleman 24 Gales Robert Hays 20

Liverpool William Davis 23 Gales Al resto de los piratas, cuyos nombres se citan más abajo, por humilde petición al tribunal, se les conmutó la pena de muerte por siete años de servidumbre, conforme a nuestra sentencia de deportación; petición que se formuló como sigue:

Al Excmo. Presidente y Miembros del Tribunal de Almirantazgo para el juicio de piratas, en sesión celebrada en el Castillo de Cape Coast, el día 20 de abril de 1722.

Thomas How, Samuel Flechter, *etc.*

Humildemente exponen;

Que habiendo sido los solicitantes desventurada e irreflexivamente arrastrados al desdichado y detestable crimen de piratería, por el que ahora son justamente condenados, con la mayor humildad suplican clemencia del Tribunal, y se digne atenuar su sentencia, a fin de que se les permita servir en la Compañía Real Africana de Inglaterra, en este país, durante siete años, de la manera que el Tribunal estime oportuna; que por su justo castigo, habiendo tomado conciencia del error de su anterior género de vida, serán en el futuro, fieles súbditos y buenos servidores, y útiles en sus desempeños, si pluguiera al Todopoderoso alargar sus vidas,

Gracia que los solicitantes, con todo el debido respeto, etc.

La resolución del Tribunal fue:

Que este Tribunal de Almirantazgo concede licencia a los solicitantes para intercambiar cartas partidas con el Capitán General de la Costa de Oro para la Compañía Real Africana, para un servicio de siete años, en cualquiera de los establecimientos de la Compañía Real Africana en África, de la manera que dicho Capitán General estime oportuno.

Extendidas las cartas partidas el jueves 26 de abril, conforme a la gracia concedida por el Tribunal a los solicitantes en sesión celebrada el viernes 20 del corriente, cada reo fue mandado llevar, firmado, sellado e intercambiado en presencia de los Excmos. Sres.

Capitán Mungo Herdman,

Presidente,

James Phips,

Sr. Edward Hyde,

Sr. Charles Fanshaw,

y Sr. John Atkins, Registrador.

Copia de una carta partida

Carta partida de una persona condenada a servir en el extranjero por piratería, que a humilde petición de los piratas en ella mencionados, fue piadosamente concedida por los miembros y jueces de Su Majestad Imperial constituidos en Tribunal de Almirantazgo para juzgar a los piratas, en el Castillo de Cape Coast, África, a condición de servir siete años, con otras condiciones, de la manera siguiente:

EL PRESENTE documento, hecho el día vigésimo sexto de abril, *anno Regni Regis Georgii magnæ Britannicæ, etc. Septimo, domini Millessimo, Sepcentessimo viginti duo*, entre Roger Scot, anteriormente domiciliado en Bristol, marinero, de una parte, y la Compañía Real Africana de Inglaterra, su actual Capitán General y comandante en jefe, por otra, testifica, que el dicho Roger Scot se compromete, accede, y acuerda con la dicha Compañía Real Africana, y su actual Capitán General y comandante en jefe, servirle, a él o a quienes le sucedan legalmente en el cargo, en cualquiera de los establecimientos de la Compañía Real Africana de la costa de África, desde el día de la fecha de la presente, hasta completar el plazo de siete años, y servir en el puesto que le asigne el dicho Capitán General, o quien le suceda, conforme a la costumbre en la región en parecidos casos.

En consideración a lo cual, el dicho Capitán General, y comandante en jefe, conviene y acuerda con el dicho Roger Scot, allegarle y procurarle alimentación, vestuario y alojamiento, conforme a la costumbre del país.

En fe de lo cual, las partes arriba nombradas, ponen a esta presente, intercambiablemente, sus firmas y sellos, el día y año infraescritos.

Firmado, sellado y librado en nuestra presencia, en el castillo de Cape Coast,

África, donde no se ha podido disponer de papel timbrado.

Mungo Hedman, Presidente
John Atkins, Registrador testigosAsí mismo se redactaron e intercambiaron las cartas partidas de:

Thomas How de Barnstable, condado de Devon.

Samuel Flechter, de East-Smithfueld, Londres.

John Lane, de Lombard-Street, Londres.

David Littlejohn, de Bristol.

John King, de la parroquia de Shadwell, Londres.

Henry Dennis, de Bideford.

Hugh Harris, de Corf-Castle, Devonshire.

William Taylor, de Bristol.

Thomas Owen, de Bristol.

John Mitchel, de la parroquia de Shadwell, Londres.

Joshua Lee, de Liverpool.

William Shuren, de la parroquia de Wapping, Londres.

Robert Hartley, de Liverpool.

John Griffin, de Blackwall, Middlesex.

James Cromby, de Londres, Wapping.

James Greenham, de Marshfield, Gloucestershire.

John Horn, de la parroquia de St. James, Londres.

John Jessop, de Wisbich, Cambridgeshire.

David Rice, de Bristol.

Según tengo entendido, aún viven dos o tres; a otros dos, a saber: George Wilson y Tho. Oughterlaney, les fue aplazada la ejecución hasta conocer la voluntad de Su Majestad; el primero murió en el extranjero y el segundo regresó al país, donde recibió el perdón de Su Majestad; con lo que la cuenta queda como sigue:

Absueltos 74 Ejecutados 52 Aplazados 2 A servidumbre 20 Al *Marshalsea* 17 Muertos en acción… en el *Ranger* 10 en el *Fortune* 3 Fallecidos en el trayecto a Cape Coast 15 después en el castillo 4 Negros en ambos barcos 70 total 267Sé que tendrá buena acogida una relación del comportamiento y últimas palabras de estos malhechores entre nuestros compatriotas en general, de manera que consignará lo ocurrido que sea digno de noticia, en la conducta de estos criminales.

Los seis primeros llevados a ejecución fueron Magnes, Moody, Sympson, Sutton, Ashplant y Hardy: seis veteranos de la banda y notorios delincuentes; cuando fueron sacados de la prisión al patio de armas para quitarles los grillos y ponerles la soga, se observó que ninguno de ellos parecía abatido en absoluto, salvo Sutton, que hablaba con debilidad, aunque se atribuyó más a una diarrea que había contraído hacía dos o tres días que al miedo. Un caballero, cirujano del barco, fue lo bastante caritativo en esta ocasión, para ofrecerse a hacer las funciones de capellán, y les expuso lo mejor que pudo la enormidad de su pecado y la necesidad que tenían de arrepentimiento; una parte en especial de este arrepentimiento debía consistir en reconocer la justicia del destino al que ahora se enfrentaban. No parecieron hacer caso de momento, ya que algunos pidieron beber agua y otros solicitaron a los soldados capuchón; y cuando el caballero insistió en pedirles una respuesta, todos clamaron contra la severidad del tribunal y se mostraron endurecidos al extremo de maldecir, y desear que esa misma justicia alcanzase a todos sus miembros en la misma medida que a ellos. Que iban ser colgados unos pobres ladrones, dijeron, mientras que otros, en otra esfera, escapaban.

Cuando trató de confortar sus espíritus exhortándolos a morir reconciliados con el mundo, y quiso apartarlos de tan vano discurso preguntándoles su país, edad y cosas parecidas, algunos de ellos respondieron que qué le importaba a él, que la ley los había condenado y ninguna cuenta tenían que dar ahora a nadie sino a Dios. Fueron al cadalso sin una lágrima que revelase arrepentimiento por sus pasados crímenes, y sin mostrar el pesar que un hombre manifestaría de haber llevado un mal camino; más aún, Sympson, al ver a una mujer a la que conocía,

dijo que se había acostado con esa p… tres veces, y ahora acudía a ver cómo lo colgaban. Y Hardy, cuando le ataron las manos detrás, comentó (lo que indica que ignoraba cómo se lleva a los malhechores al lugar de ejecución) que había visto a muchos hombres colgados, pero esta manera de atarles las manos detrás no la había visto en la vida. Menciono estos dos detalles para que se vea cuán insensatos fueron hasta el final, y que el mismo espíritu disipado y malvado que los había empujado a sus bellaquerías predominó en ellos hasta el último momento.

Samuel Flechter, otro pirata condenado a muerte, pero al que conmutaron la pena, parecía tener más viva conciencia de su situación; porque cuando vio a los que iba a acompañar, envió un mensaje por el capitán preboste al tribunal, para que se le informase sobre la intención de éste, y humildemente deseó saber si iba a haber clemencia para él, o no. Si era así, estaría infinitamente agradecido a ellos, y pensaba que todo el servicio de su vida sería insuficiente retribución a tan gran favor; pero que si debía sufrir la sentencia, cuanto antes mejor, decía, a fin de poner término a sus sufrimientos.

Hubo otros piratas que reaccionaron contrariamente que éstos, y aunque carecían de capellán o persona adecuada que los ayudase a descargarse de sus pecados y los asistiese con el consejo espiritual, sin embargo emplearon su tiempo en buenos propósitos, y se comportaron con gran muestra de devoción y penitencia. Entre ellos estaban Scudamore, Williams, Philips, Stephenson, Jeffreys, Lesly, Harper, Armstrong, Bunce y otros.

Scudamore comprendió demasiado tarde la insensatez e iniquidad de la aventura que le había acarreado la condena a muerte en que ahora se hallaba, de la que, viendo que no había esperanza de escapar, pidió dos o tres días de aplazamiento, lo que le fue concedido; y durante ese tiempo se entregó incesantemente a la oración, y a leer las Escrituras. Parecía tener honda conciencia de sus pecados, de éste en particular, y ya en el cadalso pidió que tuviesen paciencia con él, y le permitiesen cantar la primera parte del salmo treinta y uno; lo que hizo de principio a fin.

Armstrong, que había sido desertor del servicio de Su Majestad, fue ejecutado a bordo del *Weymouth* (el único ejecutado allí). Nadie le instó a que reconociese el crimen por el que moría, o mostrase arrepentimiento, lo que habría sido ejemplar, y habría causado saludable impresión en los marineros; así que la última hora la pasó quejándose y lamentando sus pecados en general, y exhortando a los presentes a llevar una vida buena y honrada, porque únicamente en ella podían encontrar satisfacción. Al final pidió que se unieran a él en el cántico

de los dos o tres últimos versículos del salmo 140; y concluidos éstos, y al disparo de un cañón, fue izado en la verga de trinquete.

Bruce era un joven de no más de 26 años, pero pronunció desde el patíbulo un discurso más dramático que ninguno. Primero clamó contra los cebos combinados del poder, la libertad y la riqueza que lo habían seducido y arrastrado a vivir con los piratas, y cuya tentación no fue capaz de resistir su edad inexperta; pero la actividad que había mostrado, que tan fatalmente le había granjeado el favor entre ellos, en principio no fue tanto un delito como la liberalidad y vivacidad de su naturaleza. Ahora estaba extremadamente afligido por el daño hecho a todos los hombres, y suplicó el perdón de ellos y de Dios, exhortando vehementemente a cuantos había presentes a recordar al Creador mientras eran jóvenes, y velar mientras estaban a tiempo por que sus espíritus no tomasen un camino descarriado, concluyendo con esta acertada imagen: que él se alzaría allí como un faro sobre la roca (el cadalso se alzaba en lo alto de una) para advertir a los marinos errantes del peligro.

CAPÍTULO X

Del capitán Thomas Anstis y su tripulación

Thomas Anstis embarcó en Providence, en el año 1718, en la balandra *Buck*, y fue uno de los seis que tramaron dedicarse a la piratería con esa nave; los demás eran: Howel Davis, antecesor de Roberts, y muerto en la isla de Príncipe; Denis Topping, muerto en el apresamiento del rico barco portugués en la costa de Brasil; Walter Kennedy, ahorcado en el dique de las ejecuciones, y otros dos que me abstengo de nombrar porque he sabido que hoy viven dedicados a una profesión honrada en la capital.

Las piraterías que Anstis llevó a cabo después están recogidas en los dos Capítulos anteriores, por lo que sólo comentaré que la maquinación de los seis citados fue el principio de esa compañía que después se reveló tan formidable bajo el capitán Roberts, del que Anstis se separó el 18 de abril de 1721, en el bergantín *Good Fortune*, dejando que su comodoro prosiguiese sus aventuras por la costa de Guinea mientras él regresaba a las Indias Occidentales con el mismo propósito.

Hacia mediados de junio, estos piratas toparon con un tal capitán Marston, entre La Española y Jamaica, cuando se dirigía a Nueva York, del que tomaron toda la ropa de vestir que pudieron hallar, así como licor, víveres y cinco hombres, aunque no tocaron su carga; también en este crucero, saquearon dos o tres naves de las que se abastecieron de víveres y hombres. Entre ellas, creo, estaba la *Irwin*, capitán Ross, de Cork, Irlanda; aunque no tengo total seguridad, porque ellos lo han negado. Este barco llevaba a bordo 600 barriles de carne de vaca, además de otras provisiones, y fue apresado frente a la Martinica, y en él iban de pasajeros el coronel Doyly, de Montserrat, y su familia. El coronel fue muy mal tratado y herido por intentar salvar a una pobre mujer, que también iba de pasajera, de la brutalidad de la tripulación; ganaron los piratas, y veintiuno violaron sucesivamente a la infeliz; después le partieron la espalda y la arrojaron al mar. Repito que no estoy seguro de que fuera la tripulación de Anstis la que perpetró esta abominable violencia y crueldad, aunque las circunstancias de lugar, tiempo, fuerza de la nave y número de hombres coinciden, y no puedo atribuir esta ruindad a nadie más; pero hay demasiadas pruebas de que fue cometida para ponerla en duda.

Cuando creyeron conveniente poner fin a este crucero entraron en una de las islas a limpiar, trabajo que llevaron a cabo sin percance, y salieron; y alargándose

hacia las Bermudas, toparon con un barco fuerte, el *Morning Star*, que iba de Guinea a Carolina; lo apresaron y se lo quedaron para su propio uso. Un día o dos después cayó en sus manos un barco de Barbados que iba a Nueva York: le quitaron los cañones y el aparejo, montaron el *Morning Star* con 32 piezas, lo dotaron con 100 hombres, y pusieron de capitán a un tal John Penn; aunque al ser el bergantín de mucha menos fuerza, el *Morning Star* debía haber pasado a manos de Anstis, como jefe más veterano; pero estaba tan enamorado de su nave (por lo velera que era) que prefirió seguir con ella, y ceder a Fenn, antes su artillero, el mando del barco grande.

Ahora que tenían dos barcos buenos y bien tripulados se supone que estaban en condiciones de emprender algo osado; sin embargo, su gobierno andaba turbado constantemente a causa de los descontentos; y de la misma manera que es imposible que se sostenga un reino dividido, así ocurría aquí, ya que había numerosos hombres nuevos entre ellos que no necesitaban que se les obligase a seguir el juego, y cualquier cosa que el capitán proponía era indefectiblemente esgrimida contra él, de manera que jamás llegaban a ninguna resolución a la hora de acometer una empresa; y llegó un momento en que no hubo más remedio que deshacer la compañía, lo que al parecer prefería la mayoría. Pero la manera de hacerlo afectaba a la seguridad de todos, por lo que hubo varias propuestas; finalmente concluyeron en mandar a Inglaterra, a Su Majestad, una solicitud de perdón (dado que no había en vigor ningún edicto de perdón), y esperar el resultado. Al mismo tiempo, un tal Jones, contramaestre del *Good Fortune*, propuso retirarse a un lugar seguro, o sea a una isla deshabitada próxima a Cuba que había sido utilizada en la última guerra cuando él corseaba contra los españoles.

Una vez aprobado esto, con la intervención de toda la compañía, se decidió, redactó y firmó, a la manera que llaman «en rueda» (a saber, con los nombres escritos de forma que no haya ninguno que sea el primero, para que nadie pueda ser señalado por el gobernador como cabecilla) la siguiente petición:

A Su Muy Graciosa Majestad, el Rey Jorge, por la gracia de Dios, Rey de Gran Bretaña, Francia e Irlanda, defensor de la fe, &c.

Humilde PETICIÓN de la compañía, actualmente perteneciente al barco *Morning Star*y al bergantín *Good Fortune*, tachados con el ignominioso nombre y denominación de PIRATAS.

Humildemente exponemos:

Que nosotros, muy leales súbditos de Su Majestad, hemos sido apresados, en diversas ocasiones, por Bartholomew Roberts, entonces capitán de los citados bajeles y compañía, juntamente con otro barco, en el que lo dejamos; y que él y sus malvados cómplices nos forzaron a unirnos y servir en la dicha compañía como piratas, muy contra nuestra voluntad e inclinación; y que nosotros, leales súbditos, detestando y aborreciendo esa malvada manera de vida, por unánime acuerdo, y sin conocimiento del dicho Roberts ni de sus cómplices, el día 18 de abril de 1721, los abandonamos y huimos con el citado barco Morning Star *y el bergantín* Good Fortune*, sin otro propósito ni intención que la esperanza de obtener la gracia del perdón de Su Majestad y para que nosotros, muy leales súbditos de Su Majestad, podamos volver más seguramente a nuestro país natal, y servir a la nación a la que pertenecemos en nuestras respectivas capacidades, sin temor a ser demandados ante la ley por los perjudicados, cuyas propiedades han sufrido por el dicho Roberts y sus cómplices, durante nuestra forzada detención por la dicha compañía: por todo lo cual humildemente suplicamos la muy real aquiescencia de Vuestra Majestad a esta humilde petición.*

Gracia que esperamos alcanzan etcétera.

Esta solicitud fue enviada por un mercante que partía de Jamaica para Inglaterra, y que prometió visitar a su regreso a los solicitantes, que esperarían a unas 20 leguas a barlovento de esa isla, para informarles del resultado de la gestión. Hecho esto, los piratas se retiraron a la isla acordada con el barco y el bergantín.

Esta isla (cuyo nombre desconocemos) se halla al sudoeste de Cuba, no está habitada y es poco frecuentada. En el extremo este tiene una albufera tan estrecha que un barco entra muy justo, aunque dentro tiene una profundidad de 15 a 22 pies a lo largo de casi una legua hacia arriba: a ambos lados de esa albufera crecen rojos mangles, tan espesamente que casi no se ve la entrada, como tampoco las embarcaciones varadas allí. En el centro de la isla hay, de trecho en trecho, pequeños bosquecillos de pinos altos, y otros árboles diseminados por diversos lugares.

Aquí estuvieron unos nueve meses; y como no tenían provisiones para más

de dos, se vieron obligados a procurarse lo que la isla les podía proporcionar, que era pescado de varias clases, y en especial tortugas, que fue de lo que mayormente se alimentaron, ya que las hay en cantidades abundantísimas en las playas de esta isla. No sé si había puercos salvajes, bóvidos u otro ganado corriente en varias de las Antillas, o si estos piratas eran demasiado perezosos para cazarlos, o preferían otra clase de comida; pero ellos mismos me han informado de que durante todo ese tiempo no consumieron otro alimento que el marino, o pan, éste hecho con arroz, del que tenían gran cantidad a bordo: lo cocían, prensaban y secaban, y lo comían con la tortuga.

Hay tres clases de tortugas en las Indias Occidentales: las más grandes pesan de 150 a 200 libras o más, aunque las que encontraron en esta isla eran del tamaño más pequeño, que pesan de 10 a 12 libras, y tienen una concha muy finamente labrada, y de hermoso veteado; su carne es dulce y tierna; algunas saben como a pollo, otras a vaca, etc., de manera que no fue demasiado sufrimiento para ellos sustentarse de estas provisiones, dado que aportan a la mesa variedad de carnes. La manera de pescarlas es muy particular: debe tenerse en cuenta que los meses en que hacen sus puestas son mayo, junio y julio, para que puedan salir las crías, y esto tres veces en una estación, y siempre en la arena de la playa, poniendo unos 80 a 90 huevos cada vez. El macho acompaña a la hembra, y los dos salen a la playa sólo de noche, que es cuando hay que acechar sin hacer ruido ni encender luces; tan pronto como llegan a tierra, el que está al acecho las vuelve de espaldas al suelo y las arrastra más arriba de la marca de la pleamar, dejándolas allí hasta por la mañana, donde indefectiblemente las encontrará, porque no son capaces de darse la vuelta, ni de moverse de donde están: Hay que decir que además de la época de la puesta pueden acudir a tierra a comer, pero lo notable de estos animales es que van siempre a lugares diferentes para la reproducción, dejando sus parajes habituales durante dos o tres meses; y se cree que en toda esa época no comen nada.

Aquí pasaron el tiempo bailando y entregados a las diversiones propias de esta clase de gente; y entre otras cosas formaron un simulacro de tribunal para juzgarse los unos a los otros por piratería, de manera que el que era criminal un día, al siguiente le tocaba hacer de juez. Se me ha facilitado la relación de uno de estos remedos de juicio que, como me parece divertido, incluyo a continuación para que se haga una idea el lector:

Nombrados el tribunal y el criminal, así como el defensor, se subía el juez a un árbol, con un mugriento trozo de lona alquitranada sobre los hombros que hacía de toga, un gorro basto hecho con cordeles en la cabeza, y unos gruesos

lentes sobre la nariz: ataviado de este modo, se sentaba en su sitio, asistido de numerosos oficiales abajo, con cabillas, espeques, etc., en vez de varas, mazas y demás. El reo era conducido poniendo mil gestos adustos. Y el que hacía de fiscal iniciaba la sesión exponiendo los cargos; los discursos eran bastante escuetos, y el proceso conciso. El diálogo se desarrollaba más o menos así:

El fiscal.— *Con la venia de su señoría y de los miembros del jurado, comparece aquí un mal sujeto, un mal sujeto. Y humildemente espero que su señoría lo mande ahorcar sin la menor dilación. Ha cometido actos de piratería en alta mar y vamos a probar, con la venia de su señoría, que este mal sujeto, este facineroso, ha escapado de mil temporales; más aún, ha sabido llegar a tierra cuando el barco se ha ido a pique, lo que indica que no ha nacido para morir ahogado. Sin embargo, sin temor ninguno a la horca ante sus ojos, ha seguido robando y raptando hombres, mujeres y niños, saqueando cargamentos, y quemando y hundiendo todo barco, bote o chalupa que se le ponía delante, como si llevase dentro al demonio. Pero no es eso todo, señoría; ha cometido ruindades peores aún; porque como vamos a demostrar, es culpable de beber cerveza sin alcohol, cuando, como sabe su señoría, jamás ha habido un pirata sobrio. Señoría, se que debería hablar con más fineza, pero como su señoría sabe, se nos ha acabado el ron; y ¿cómo puede hablar en buena ley un hombre que no ha probado un mal sorbo? Pero espero que su señoría mande a este fulano a la horca.*

El juez.— *Vamos a ver, piojo despreciable, ¿qué tienes que alegar para que no te cuelguen ahora mismo y te pongan a secar como un bacalao? ¿Eres culpable, o inocente?*

El acusado.— *Inocente, señoría.*

Juez.— *¿Inocente? Volved a decir eso, seor acusado, y mandará colgar a vuesa merced sin más diligencia.*

Ac.— *Con la venia de su honorable señoría, señor, soy un pobre honrado como no ha habido otro en barco ninguno de proa a popa, y sé aferrar, arrizar y empalmar cabos mejor que ninguno de cuantos han cruzado la mar salada; pero fui apresado por un tal George Bradley (nombre del que hacía de juez), famoso pirata, y el bribón más desvergonzado de cuantos han de pasar por la horca, y me forzó a la piratería, señoría.*

Juez.— *Respondedme, seor: ¿cómo queréis ser juzgado?*

Ac.— *Por Dios y por mi país.*

Juez.— *Por el diablo, será. Entonces, señores miembros del jurado, creo que no tenemos otra cosa que hacer; sino dictar sentencia.*

El abogado defensor.— *Muy bien, señoría; porque si se deja hablar a este sujeto puede que acabe librándose, lo que sería una afrenta para este tribunal.*

Ac.— *Con permiso de su señoría, espero que su señoría considere…*

Juez.— *¿Que considere? ¿Cómo osáis hablar de considerar? Seor, seor, yo jamás he considerado en mi vida. Declaro una traición considerar.*

Ac.— *Pero espero que su Señoría escuche alguna razón.*

Juez.— *¿Oís cómo parlotea este granuja? ¿Qué tenemos que ver nosotros con la razón? Te advierto, bergante, que no estamos aquí para escuchar razones. Procedamos de acuerdo con la Ley… ¿Está preparada la comida?*

Abogado def.— *Sí, señoría.*

Juez.— *Entonces escucha, bergante del banquillo; escucha, seor; condenamos a vuesa merced por tres motivos: primero, porque no está bien que esté yo aquí presidiendo como juez sin mandar ahorcar a nadie. Segundo, debéis ser ahorcado porque sois carne de horca; y tercero, debéis ser ahorcado porque tengo hambre, seor, y sé que es costumbre que si la comida del juez está preparada y el juicio no ha terminado, se manda al acusado a la horca y en paz. Y ésa es la ley para ti, perro. Carcelero, llévatelo.*

Así es el juicio, tal como me lo han contado; mi propósito al transcribirlo es únicamente mostrar cómo estos individuos hacen burla de cosas cuya severidad debería hacerles temblar.

A principios de agosto de 1722 aparejaron el bergantín y se hizo a la mar; y dirigiéndose a barlovento, acertó a ponerse en la ruta de su corresponsal cuando regresaba a Jamaica, y habló con él. Pero al comprobar que no había hecho nada de lo que le habían pedido en Inglaterra volvieron con la mala noticia a la isla donde esperaban los demás, y se vieron en la necesidad, según juzgaron ellos, de continuar en esa odiosa clase de vida que habían estado practicando; para lo cual zarparon con el barco y el bergantín rumbo al sur; y por la noche, debido a un imperdonable descuido, estrellaron el *Morning Star* en la isla Gran Caimán y lo perdieron. El bergantín, que presenció la suerte de su consorte, viró a tiempo y sorteó la isla. Al día siguiente se acercó el capitán Anstis y descubrió que la mayoría de la tripulación se hallaba a salvo en tierra, así que echó el ancla para llevárselos; y cuando habían traído a Fenn el capitán, Philips el carpintero y algunos más a bordo, vieron ir hacia ellos dos buques de guerra, el *Hector* y el *Adventure*, por lo que el bergantín tuvo el tiempo justo de cortar el cable y hacerse a

la vela con uno de los buques de guerra tras él, que se mantuvo a tiro de cañón durante varias horas. Anstis y su tripulación se sintieron ahora presos de la mayor consternación imaginable, al comprobar que el viento arreciaba y que el buque de guerra acortaba distancia, de manera que con toda probabilidad iban a ser apresados en un par de horas; pero quiso Dios concederles algo más de tiempo haciendo que calmase el viento, con lo que los piratas sacaron los remos, empezaron a bogar con toda el alma, y de esta manera consiguieron escapar de su enemigo.

El *Hector* desembarcó a sus hombres en la isla y apresó a 40 de la tripulación del *Morning Star* sin ninguna resistencia por parte de ellos, sino más bien al contrario, alegando que eran hombres forzados y que se alegraban de esta oportunidad de escapar de los piratas. El resto se ocultó en el bosque y no fueron encontrados. George Bradley, el maestro, y tres más, se rindieron después a una balandra de Bermudas, y fueron llevados a esa isla.

El bergantín, después de escapar, se dirigió a una pequeña isla cercana a la bahía de Honduras para limpiar y reparar, y en el trayecto apresaron una balandra de Rhode Island, capitán Durfey, y dos o tres naves más que destruyeron; pero se llevaron a todos los hombres con ellos.

Mientras limpiaban, el capitán Durfey, otros prisioneros, y dos o tres piratas concertaron un plan para apresar a algunos cabecillas y escapar con el bergantín; pero los descubrieron antes de que la nave estuviese lista, e impidieron que se llevase a cabo este plan. Con todo, el capitán Durfey y cuatro o cinco más consiguieron llegar a tierra con algunas armas y munición; y cuando la canoa de los piratas fue a tierra por agua, se apoderaron de ella y de los hombres. Entonces Anstis mandó tripular otro bote con 30 hombres para que fuese a tierra, lo que se hizo al punto. Pero el capitán Durfey y la compañía que había reunido les dieron tan calurosa acogida que se contentaron con regresar solos a bordo.

A primeros de diciembre de 1722, Anstis abandonó este lugar y regresó a las islas con idea de reunir toda la fuerza de que fuera capaz, puesto que no había posibilidad de volverse atrás. Apresó por el camino un buen barco, mandado por el capitán Smith, que montaba 24 cañones; y Penn, un manco que iba al mando del *Morning Star* cuando se perdió, embarcó para mandarlo. Navegaron juntos, apresaron una nave o dos, y a continuación pusieron rumbo a las islas Bahamas: y allí toparon con lo que querían: una balandra de Dublín llamada *Antelope*, cargada con provisiones.

Era ya tiempo de pensar en buscar algún lugar para aparejar y limpiar la fragata recién apresada, y adaptarla para el negocio; así que enfilaron hacia la isla de Tobago, y llegaron a primeros de abril de 1723, con la balandra *Antelope* y su carga.

Se pusieron manos a la obra en seguida, desembarcaron los cañones, las provisiones y demás, y tumbaron el barco; y justo entonces quiso la mala suerte que llegara el buque de guerra *Winchelsea*, a manera de visita, y dio a los desembarcados tal sorpresa que prendieron fuego al barco y la balandra y huyeron al bosque. Anstis, en el bergantín, escapó por pies, pero el desconcierto se había apoderado a tal extremo de la compañía que no pudo restablecer el orden. Porque los recién incorporados, y los que estaban cansados del negocio, pusieron fin al reinado de Anstis matándolo de un tiro cuando estaba en su coy, y después al cabo de brigadas y dos o tres más. Redujeron al resto, los encadenaron, y se entregaron con la nave en Curaçao, una colonia holandesa, donde fueron juzgados y ahorcados, y los que intervinieron en la liberación de la nave fueron absueltos.

Pero volviendo al capitán Fenn, un día o dos después de su descalabro fue apresado por los hombres de un buque de guerra cuando vagaba con su artillero y tres más; los llevaron a Antigua, donde fueron ejecutados, y Fenn colgado de cadenas. Los restantes siguieron algún tiempo en la isla, yendo de un lado a otro del bosque, siempre con un hombre al acecho. Por último quiso la Providencia que una pequeña balandra entrase en puerto, y embarcaron todos en ella, salvo dos o tres negros, y los que se quedaron atrás. No juzgaron prudente buscar más aventuras, así que resolvieron por unanimidad poner rumbo a Inglaterra, cosa que hicieron, y en octubre pasado entraron en el canal de Bristol, hundieron la balandra, bajaron a tierra en el bote, y se dispersaron, dirigiéndose cada cual al lugar de donde era.

CAPÍTULO XI
Del capitán Worley y su tripulación

Su reinado fue muy breve, aunque sus inicios fueron algo especiales: salió en un pequeño bote abierto con otros ocho de Nueva York: fue la tripulación más decidida de cuantas se recogen aquí. Se llevaron algunas galletas, una lengua o dos secas, un pequeño cuñete de agua y media docena de mosquetes viejos con su munición. Así provistos, abandonaron Nueva York a finales de septiembre de 1718, aunque no es de suponer que semejante bajel de guerra pudiese emprender ningún viaje de importancia, ni intentar ninguna empresa de envergadura; así que bajaron pegados a la costa, hasta que llegaron al río Delaware, a unas 150 millas de donde partieron, y al no encontrar nada en el trayecto, subieron por dicho río hasta Newcastle, cerca de cuya plaza toparon con una chalupa perteneciente a George Grant que transportaba mercaderías, vajilla, *etc.* de Oppoquenimi a Filadelfia; le quitaron lo de más valor, y soltaron la chalupa. Esta acción no cae dentro de lo que la ley entiende como piratería, ya que no fue cometida *super altum mare*, o sea en alta mar; por lo que se trata de un robo puro y simple; pero no pretendían mantenerse en una determinada situación legal, sino que tras aligerar de carga esta chalupa los intrépidos aventureros bajaron el río otra vez.

La chalupa fue directamente a Filadelfia, adonde llevó la mala noticia, y alarmó al gobierno como si le hubiesen declarado la guerra: se expidieron correos a Nueva York y otras ciudades, y se aparejaron varias naves contra este poderoso bandido, aunque sin resultado; porque después de cruzar varios días regresaron todas sin noticia de qué había sido de los ladrones.

Yendo río abajo, Worley y su tripulación dieron con una balandra de Filadelfia que pertenecía a un mulato llamado Black Robin; le dejaron el bote a cambio de su balandra. Se llevaron a uno de los marineros de Black Robin, lo mismo que se habían llevado a otro de George Grant, además de dos negros, con lo que aumentaron en una tercera parte su tripulación. Un día o dos después apresaron otra balandra de Hull que iba de regreso, y era algo más apta para su propósito; a bordo de ella encontraron provisiones y artículos necesarios de los que andaban ya faltos, lo que les permitió proseguir su actividad más conforme a sus deseos.

Tras el éxito de estos ladrones, el gobernador hizo público un edicto exhortando a aprehender y detener a todos los piratas que se habían negado a

entregarse voluntariamente durante el plazo designado en el Edicto de Perdón de Su Majestad; tras lo cual ordenó cruzar al barco de Su Majestad el *Phœnix*, de 20 cañones, que se hallaba fondeado en Sandy Hook, en busca del pirata, y garantizar el tráfico y las colonias vecinas.

Con toda probabilidad, el hecho de haberse apoderado de esta balandra les salvó el pellejo esta vez, aunque cayeron en la trampa algo más tarde. Y como se hallaban relativamente en buenas condiciones, puesto que tenían una nave recién limpiada de fondos, y con víveres, etc., salieron a la mar, por lo que el *Phœnix*, que esperaba encontrarlos aún cerca de la costa, no dio con ellos.

Transcurridas unas seis semanas regresaron, después de apresar una balandra y un bergantín entre las islas Bahamas: el bergantín lo soltaron, pero hundieron la balandra: porque era de Nueva York, y juzgaron conveniente hundirla para evitar que volviese con información sobre ellos.

Worley había aumentado su compañía a unos veinticinco hombres, había montado seis cañones, con armas de mano suficientes para todos, y parecía que prosperaban. Confeccionaron una bandera negra con una calavera blanca en medio y otras enseñas acordes. Todos ellos firmaron un código, y se obligaron bajo solemne juramento a no rendirse, sino luchar juntos hasta el último hombre, lo que cumplieron arrojadamente poco más tarde.

Porque al entrar en una ensenada de Carolina del Norte a limpiar, fue informado el gobernador, que mandó aparejar dos balandras, una de ocho cañones y la otra de seis, con unos setenta hombres entre las dos. Worley limpió su balandra y zarpó antes de que las balandras de Carolina llegaran al lugar, y puso rumbo al norte. Pero las citadas balandras siguieron la misma ruta, y avistaron a Worley cuando cruzaba frente a los cabos de Virginia. Éste, que estaba en lontananza, enfiló hacia ellas en cuanto las descubrió, con intención de cortarles la entrada al río James; porque estaba convencido de que se dirigían allí, sin sospechar que iban por él.

Los habitantes de Jamestown, al ver que las dos balandras iban derechas a los cabos, y que Worley izaba su bandera negra, sintieron la más grande consternación, creyendo que las tres eran piratas, y que llegaban con intención de asaltarlos, por lo que todas las naves y bajeles que había en la rada, o en los ríos bahía arriba, recibieron orden de recogerse cerca de tierra para mayor protección, o aprestarse para la defensa si se consideraban en condiciones de luchar. Poco después, dos botes enviados para informarse regresaron precipitadamente con la

noticia de que uno de los piratas estaba en la bahía, y que era una pequeña balandra de seis cañones. El gobernador, pensando que esperaría a que llegaran las otras, y que las tres juntas intentarían desembarcar para llevar a cabo algún saqueo, ordenó tocar a las armas, y reunir toda la fuerza posible para hacerles frente; mandó quitar los cañones a los barcos, formar una batería, y en resumen, puso a toda la colonia en pie de guerra. Pero se llevó una grandísima sorpresa cuando finalmente vio a los supuestos piratas luchar entre sí.

En realidad lo que ocurrió fue que Worley entró en la bahía creyendo que tenía aseguradas dos presas, al impedirles entrar: pero al verles izar los colores del rey, y disparar un cañón, comprendió en seguida su error, y que las tornas se volvían demasiado pronto contra él; en vez de retenerlos fuera, descubrió que una fuerza superior lo había acorralado dentro. Cuando los piratas vieron la situación, se dispusieron a presentar una defensa desesperada; y aunque eran dos contra uno, Worley y su tripulación decidieron luchar hasta el último aliento, sin pedir cuartel, conforme a lo que habían jurado, de manera que vencerían o morirían allí mismo.

Los hombres de Carolina mandaron una andanada al pirata, y a continuación lo abordaron, arrimando una balandra a su aleta y la otra a su amura; Worley y la tripulación se juntaron en cubierta y lucharon con gran tenacidad, de manera que a los pocos minutos había multitud de hombres en el suelo bañados en su propia sangre. Los piratas fueron fieles a su palabra: ninguno de ellos pidió cuartel, ni lo aceptó al ofrecérseles, y cayeron todos excepto el capitán y otro hombre, aunque quedaron malheridos, a los que reservaron para el patíbulo. Fueron desembarcados con cadenas, y al día siguiente, 17 de febrero de 1719, fueron ahorcados los dos por miedo a que muriesen antes, escapando así al castigo que merecían sus crímenes.

[del apéndice del volumen II]

Dado que esta historia de los piratas ha supuesto un trabajo muy laborioso y variado, el autor reconoce que puede no ser tan exacto en algunas partes como quienes estuvieron casualmente en el lugar cuando ocurrieron estos hechos concretos, por lo que, si hay omitida o tergiversada alguna circunstancia, solicita de dichas personas una mejor información, con la seguridad de que su corrección o adición se insertará al final a manera de suplemento (como se ha hecho con otras).

Motivo por el que agradece al caballero que le envió la siguiente carta su amable contribución para llevar a cabo este propósito, que es ofrecer lo más completa posible una obra de tan difícil naturaleza.

Al Sr. Johnson, autor de *Vidas de los piratas*

SEÑOR,

Al leer su libro titulado Historia general de los robos y asesinatos de los más famosos piratas, &c *encuentro que en muchos detalles del apresamiento del capitán Worley y su tripulación han informado mal a V. m., y consiguientemente al público: este pirata fue apresado frente a la barra de Charleston, Carolina del Sur, por el coronel Robert Johnson, entonces gobernador, en persona; por lo que, para hacer justicia a este caballero, le incluyo la siguiente relación del apresamiento. Sobre sus inicios y progreso, sólo me cabe decir que puede ser tal como V. m. lo expone en su libro.*

En octubre de 1718, el gobernador Johnson fue informado de que había un barco pirata frente a la barra de Charleston, mandado por un tal Moody, con 50 cañones y cerca de 200 hombres, que había apresado dos barcos que iban de Nueva Inglaterra a ese puerto, y estaba fondeado con ellos al sur de la barra; enterado de esto reunió a su consejo y a los principales caballeros de la ciudad, y les propuso armar una fuerza adecuada para salir a atacarlo, por temor a que pudiera seguir por allí algún tiempo, como habían hecho Teach y Vane, y perturbar el trafico comercial; y como todos estuvieron de acuerdo, y había a la sazón 14 o 15 barcos en el puerto, requisó la galera Mediterranean*, mandada por Arthur Loan, el* King William*, mandado por John Watkinson, y dos balandras, una de ellas la Revenge, confiscada al pirata Stede Bonnet y otra de Filadelfia, la primera mandada por el capitán John Masters y la segunda por el capitán Fayrer Hall, capitanes que hacía poco habían mandado las mismas balandras que apresaron a Bonnet en Cape Fear, como un mes antes. A bordo de la* Mediterranean *montaron 24 cañones, y 30 a bordo del* King William*; la balandra* Revenge *llevaba 8 cañones, y la otra 6; y así armadas todas las naves, el gobernador hizo público un edicto pidiendo voluntarios, prometiendo que todo el botín se repartiría entre ellos, y que él mismo iría en persona; pero como los citados barcos y balandras eran requisados, los comandantes, como es natural, pidieron seguridades de que en caso de contratiempo habría alguna satisfacción para los armadores; de manera que el gobernador se vio en la necesidad de reunir la asamblea general de la provincia, sin la cual le era imposible ofrecer la satisfacción que le pedían; y ésta, sin ninguna vacilación, aprobó por votación que se pagarían dichas naves, en caso de pérdida, conforme a una estimación hecha de ellas, más los gastos que se derivasen de la dicha expedición. Este procedimiento se alargó una semana, durante la cual el gobernador mandó botes exploradores a recorrer el río arriba y abajo, así como proteger el puerto de cualquier escaramuza que pudiesen intentar*

los piratas entierra, y evitar que se enterasen de los preparativos que se estaban haciendo y de la requisa de las naves.

Unos tres días antes de que zarpara el gobernador aparecieron frente a la barra un barco y una balandra, que fondearon e izaron una señal pidiendo un práctico; pero pensando que era Moody y una balandra que se le había unido (como se dijo que esperaba él), no se permitió que se les acercase ningún práctico, y así estuvieron fondeados cuatro días, intentando una o dos veces enviar su bote a tierra, a una isla llamada Sullivans (como contaron después) para cargar agua, de la que tenían mucha necesidad. Pero lo impidieron los mencionados botes exploradores. Y por falta de ella se vieron obligados a continuar en el mismo sitio, con la esperanza de que algún barco, al entrar o salir, los ayudara en tal necesidad, ya que andaban también muy escasos de víveres.

Y ahora que todo estaba preparado, y con unos trescientos hombres a bordo de los cuatro barcos, el gobernador se consideró en condiciones de enfrentarse a Moody y su barco de 50 cañones, aunque tuviese a su lado, como creían, una balandra: y levó anclas con esta flota al pie del fuerte Johnson, por la noche; y por la mañana, al clarear el día, hacia las ocho, estaban en la barra.

La balandra pirata inmediatamente largó su cable, izó una bandera negra y se dispuso a situarse entre la barra y los barcos del gobernador, para impedirles entrar otra vez, como creía que pretendían; y poco después el barco pirata izó también bandera negra e hizo vela detrás de la balandra; entre tanto, los hombres de las naves del gobernador no asomaron, ni hicieron muestra ninguna de cañones, hasta que llegaron a medio tiro de cañón; cuando el gobernador izó bandera en el mastelero mayor de la Mediterranean, *despejaron los cañones, abrieron fuego todos, y los piratas salieron huyendo; al verlo el gobernador mandó a las dos balandras en pos de la pirata, que se dirigía a tierra, mientras él mismo y el* King William *perseguían el barco que había tomado rumbo contrario, hacia mar abierta. Parecía tener muchas portas, y estar repleto de hombres, aunque sólo había hecho fuego con dos cañones, lo que causó no poca sorpresa a bordo del gobernador; por qué no abría las portas y hacía uso de sus cañones, imaginando todo el tiempo que se trataba de Moody.*

La balandra, que resultó ser Worley, fue atacada por las dos balandras con tanta furia que los hombres corrieron a esconderse en la bodega; todos salvo Worley y unos pocos, que murieron en cubierta; y tras abordarla, la llevaron a la vista de Charleston; la gente presenció la acción desde lo alto de sus casas y de los mástiles de los barcos que había en puerto, adonde se habían subido para verlo; pero eran las tres de la tarde cuando el

gobernador y el King William *llegaron con el barco, que durante la persecución había arriado su bandera, habían envuelto en ella las armas de mano, y la habían arrojado por la borda; y también se habían desembarazado de su bote y de todo lo que consideraron que podía aligerarla, aunque no les valió de nada: el* King William *fue el primero en darle alcance, le disparó con sus cañones de mira, mató a varios, y se rindieron inmediatamente; y para no poca sorpresa del gobernador y su compañía, encontraron casi tantas mujeres como hombres, que no eran pocos. Resultó ser el* Eagle, *que bacía la ruta de Londres a Virginia con convictos, pero había sido apresado por Worley frente al cabo de Virginia, y llevaba más de 100 hombres y 30 mujeres a bordo. Muchos de los hombres se habían pasado a los piratas, y como tales hallaron en Carolina el destino que habían merecido en su país, ya que fueron ahorcados en Charleston; las virtuosas damas iban a ser desembarcadas en una isla deshabitada de las Bahamas, donde había un puerto apropiado donde podían entrar estos ladrones, en cualquier momento, a descansar después de las fatigas de la mar. Y así habría comenzado una muy esperanzadora colonia, si hubieran tenido provisiones y agua suficiente para proseguir el viaje; pero su destino los retuvo demasiado tiempo delante del puerto de Charleston, lo que destruyó y puso fin a sus malvadas vidas de la manera que he explicado.*

A pesar de los cuidados del gobernador, de que no llegase ninguna advertencia a Moody sobre los preparativos que se llevaban a cabo para combatirle, alguno de la playa fue lo bastante dañino para ir de noche a darle cuenta de los barcos, balandras y hombres que se disponían a salir contra él; así que, tras apresar el Minerva *(unos tres días antes que saliera el gobernador), mandado por el capitán Smyter, de Madeira, cargado con vino, zarpó inmediatamente, llevándose consigo a la presa, y salió más de cien leguas hacia alta mar, donde la expolió, y dijo a su capitán no sólo el nombre de las naves que pretendían atacarlo, sino los de algunas personas que iban en ellas, por cuyo consejo escapaba; y por llegar Worley justo cuando se fue Moody, encontró la suerte destinada a éste, el cual, después de quitar al* Minerva *la mayor parte de su vino, y saquearlo, lo dejó en libertad, puso rumbo a Providence, y poco después se acogió al beneficio del edicto de Su Majestad.*

El gobernador mantuvo los barcos y bajeles en orden de navegación algún tiempo, con la esperanza de que Moody apareciese otra vez frente a la barra; pero tras ser informado por el Minerva *de que había puesto rumbo a Providence, los libró del servicio, repartiendo el pequeño botín apresado entre los hombres que habían intervenido en la captura, como había prometido.*

Su relato de la captura de Bonnet es bastante exacta, y se llevó a cabo por instrucción, y también comisión, del gobernador Johnson.

CAPÍTULO XII

Del capitán George Lowther y su tripulación

George Lowther zarpó del río Támesis en un barco de la Compañía Real Africana llamado el *Gambia-Castle*, de 16 cañones y 30 hombres, capitán Russel; barco en el que este Lowther iba de segundo oficial. A bordo de este mismo barco iba cierto número de soldados, mandados por un tal John Massey, que debían ser llevados a uno de los asentamientos de la Compañía, en el río Gambia, para guarnecer un fuerte que hacía algún tiempo había sido tomado y destruido por el pirata capitán Davis.

En mayo de 1721, el *Gambia-Castle* llegó sin novedad a su puerto de África, y desembarcó al capitán Massey y sus hombres en la isla de James, donde debía ponerse a las órdenes del gobernador, el coronel Whitney, que llegó al mismo tiempo en otro barco. Y aquí, por falta de entendimiento entre los militares y los mercaderes, la Compañía no sólo perdió nuevamente el fuerte y la guarnición, sino que una fina galera bien provista, valorada en 1.000 libras, se volvió contra sus dueños.

Los títulos de gobernador y de capitán eran importantes, pero cuando los caballeros se dieron cuenta de que el poder que suele ir aparejado a ellos tenía que plegarse y supeditarse a los mercaderes y factores (individuos vulgares, como ellos los consideraban), se sintieron enormemente contrariados e impacientes, sobre todo Massey, que renegaba públicamente de ellos, en especial por las escasas provisiones asignadas a él y sus hombres; porque tanto la guarnición como el gobernador eran abastecidos por los mercaderes, lo que representaba no poca carga y mortificación para ellos. Y así como la falta de comida hizo que el gran Sancho abandonara su gobierno, de igual manera destruyó y redujo a cenizas el de ellos: porque Massey les dijo que no había ido como un esclavo guineano, y que había prometido a sus hombres buen trato, y provisiones adecuadas para soldados; que como tenía a su mando tantos súbditos de Su Majestad, si no le abastecían de manera generosa, tomaría las medidas que fueran necesarias para preservar a tantos compatriotas y compañeros.

El gobernador se hallaba en ese tiempo enfermo con mucha fiebre, y para mejor comodidad durante su enfermedad, había sido trasladado a bordo del *Gambia-Castle*, donde permaneció unas tres semanas, por lo que tuvo poca intervención en esta disputa, aunque decidió no seguir en un lugar donde había

tan poca necesidad de él, y su poder era tan limitado. Los mercaderes tenían orden de abastecer a la guarnición, como en todos los asentamientos a lo largo de la costa. No sé si le habían recortado la asignación; si lo hicieron, entonces la pérdida del barco y de la guarnición hay que achacarla principalmente a esa mala conducta.

Sin embargo, ocurrió un percance en el barco que contribuyó en gran medida a esta desgracia, y fue un resentimiento que su capitán concibió contra su segundo oficial, George Lowther, protagonista de esta breve historia, y que al perder el favor de su superior buscó ganarse la simpatía de los marineros; y a tal extremo lo consiguió que cuando el capitán mandó que se le aplicase un castigo, los hombres se armaron de cabillas, y amenazaron con dar una paliza a quien osara tocar al segundo. Esto no hizo sino abrir aún más la brecha entre él y el capitán, y sentirse Lowther más firmemente unido a la compañía del barco, cuya mayoría notaba dispuesta a secundar cualquier bellaquería.

El capitán Massey no tuvo paciencia para adaptarse al lugar, ni a los usos con que se había encontrado allí, con una estancia más larga, y como eran muchas las ocasiones que se le presentaban de conversar con Lowther, con el que había trabado gran amistad durante el viaje, se fomentaron el uno al otro los agravios a tal grado de encrespamiento que resolvieron hacer algo para tomar ese poder que los tenía sometidos, y usarlo de otra manera.

Cuando el gobernador se recobró de su fiebre volvió a tierra, pero no hizo caso de la conducta de Massey, aunque era tal que podía haberle hecho barruntar dónde pararía; y Lowther y los marineros que estaban en el secreto de la intriga se volvieron insolentes y osados, negándose incluso a obedecer cuando el capitán Russel o el primer oficial les mandaban cumplir sus obligaciones. El capitán, al ver cómo estaban las cosas, bajó a tierra una mañana temprano a hablar con el gobernador y los principales de la factoría y tomar alguna determinación. Lo receló Lowther, y dispuesto a impedir su propósito, mandó una carta en el mismo bote a Massey en la que se lo comunicaba, y le pedía que regresase a bordo, porque era hora de poner en práctica el plan.

En cuanto Massey recibió esta carta, fue a los soldados del cuartel y les dijo, a ellos y a otros: «Los que estéis deseosos de volver a Inglaterra, ahora es la ocasión»; y tras manifestar su conformidad la mayoría, fue Massey al almacén de víveres, forzó la puerta y puso dos centinelas en ella, con orden de no dejar entrar a nadie; a continuación fue a la vivienda del gobernador y se llevó su cama, equipaje, muebles, vajilla y demás (esperando que fuera a bordo el propio gobernador como había prometido a Massey, aunque después se echó atrás,

porque dijo que creía que se iban a dedicar a la piratería, si bien al principio, fuera cual fuese el propósito de Lowther, Massey sólo pretendía regresar a Inglaterra); hecho esto, mandó un bote al primer oficial con el siguiente mensaje: que tuviese los cañones dispuestos, porque el rey de Barro (reino negro vecino al asentamiento de la Compañía Real Africana) iría a bordo a cenar. Y Lowther, que entendió el significado de esa orden, encerró al primer oficial, cargó los cañones con munición para fuego real, y puso el barco en franquía. Por la tarde subió Massey a bordo con el hijo del gobernador, después de mandar todas las provisiones de la isla y once pipas de vino, dejando sólo dos pipas en el almacén, y de desmontar todos los cañones del fuerte.

Por la tarde levaron anclas, pero temiendo que fuera demasiado tarde para salir del río, largaron una, con lo cual los arrastró la corriente y embarrancaron. Massey en este accidente se mostró como un soldado, porque tan pronto como ocurrió este contratiempo, abandonó el barco con unos dieciséis hombres, se dirigió al fuerte en bote, volvió a montar los cañones, y mantuvo a la guarnición allí toda la noche, mientras el barco estuvo embarrancado, y obligó a algunos de la factoría a ayudar a ponerlo a flote. Entre tanto salió Russel; pero al no consentírsele que fuera a bordo, llamó a Lowther, y les ofreció los términos que quisieran, a condición de que entregasen el barco, que de nada les aprovechaba. Por la mañana lo desembarrancaron, y subieron a bordo Massey y sus hombres después de condenar y desmontar todos los cañones del fuerte; desembarcaron al hijo del gobernador, y dos o tres más que no quisieron ir sin el gobernador, y salieron del río, tras intercambiar varios disparos con el *Martha*, el *Otter, etc.* que había anclados allí, sin ningún efecto por ambos bandos.

Cuando el barco salió a la mar, reunió Lowther a la compañía, y les dijo que era una descomunal insensatez pensar en volver a Inglaterra, dado que lo que habían hecho no lo iba a justificar ninguna clase de pretexto, sino que a los ojos de la Ley sería considerado un delito capital, y que ninguno de ellos estaba en condiciones de resistir los ataques de adversarios tan poderosos como los que encontrarían en su país; en cuanto a él, estaba decidido a no correr ese riesgo; por lo que, si su proposición no era aceptada, pedía que lo dejasen en algún lugar seguro; que tenían un buen barco, que eran un puñado de valientes y que no tenían por qué pasar hambre ni dejarse esclavizar; y por tanto, si pensaban todos como él, buscarían fortuna en la mar como otros aventureros habían hecho antes que ellos. Todos mostraron su adhesión a la idea, derribaron los mamparos, despejaron la cubierta de proa a popa, confeccionaron una bandera negra, rebautizaron el barco con el nombre de *Delivery*, dotado con 50 hombres y 16 cañones, y redactaron y firmaron el siguiente código, jurándolo sobre la Biblia:

Código del capitán George Lowther y su compañía

1. El capitán recibirá dos partes; el maestro de navegación una parte y media; el médico, el piloto, el artillero y el contramaestre una parte y un cuarto.

2. Al que se le halle culpable de tomar un arma ilícitamente a bordo del corsario, o de cualquier presa tomada por nosotros, con intención de herir o causar daño a otro, en el sentido que sea, sufrirá el castigo que el capitán y la mayoría juzguen oportuno.

3. Al que se halle culpable de cobardía durante una acción, sufrirá el castigo que el capitán y la mayoría juzguen oportuno.

4. Si se encontrase oro, joyas, plata, etc. a bordo de una presa, o presas, aunque sea por valor de una pieza de a ocho, y su descubridor no la entregase al cabo de brigadas en el espacio de 24 horas, sufrirá el castigo que el capitán y la mayoría juzguen oportuno.

5. El que sea hallado culpable de engañar o estafar a otro el valor de un chelín, sufrirá el castigo que el capitán y la mayoría juzguen oportuno.

6. El que tenga la desgracia de perder un miembro durante una acción recibirá la cantidad de ciento cincuenta libras esterlinas, y permanecerá en la compañía el tiempo que él mismo juzgue oportuno.

7. Se dará cuartel cuando se pida.

8. El primero en avistar una vela tendrá la mejor pistola o arma de mano que se halle a bordo de la dicha vela.

Lowther abandonó el asentamiento el 13 de junio, y el 20, a veinte leguas de Barbados, dio alcance a un bergantín de Boston llamado el *Charles*, mandado por James Douglas, que saqueó como pirata, dejándolo libre después; pero por si topaba con algún buque militar e informaba del robo, *in terrorem*, para evitar que los persiguieran, Lowther compuso una especie de certificado que dio al capitán para que lo mostrase a su consorte si se encontraba con él, y a su presentación lo dejaría ir sin molestarlo. Este consorte, fingido, era un barco de 40 cañones que andaba cruzando cerca de allí.

Después de esto el *Delivery* prosiguió hacia La Española; y cerca del extremo oeste de esta isla topó con una balandra francesa cargada con vino y aguardiente.

El capitán Massey subió a bordo de esta nave haciéndose pasar por mercader: preguntó el precio de una cosa, y luego el de otra, y ofreció una cantidad por la mayor parte del cargamento; pero después de regatear un rato, susurró unas palabras en francés al francés, a saber, *que se lo iban a quedar todo sin ningún dinero.* El *monsieur* comprendió en seguida, y tuvo que acceder de mala gana a la transacción. Se llevaron treinta barricas de aguardiente, cinco toneles de vino, varias piezas de zaraza y otros artículos de valor, y unas 70 libras inglesas en dinero, del que Lowther devolvió generosamente cinco al patrón francés por sus modales corteses.

Pero del mismo modo que todas las constituciones envejecen, y se desvencijan y tambalean, así ocurrió a nuestra república al mes de haber nacido: experimentó trastornos y discordias, por diferencias de sus miembros, que a punto estuvieron de acabar con ella. Estas discordias afloraron en la siguiente ocasión: el capitán Massey había sido soldado casi desde niño, pero estaba muy poco familiarizado con los asuntos navales, y como tenía espíritu emprendedor nada le satisfacía, sino que tenía que hacer las cosas a su manera; así que exigió a Lowther que le dejase treinta hombres para desembarcar y atacar los asentamientos franceses, y llevar a bordo todo lo que encontrasen.

Lowther hizo y dijo cuanto pudo para disuadir a Massey de tan descabellada y peligrosa empresa, haciéndole ver el riesgo que correría la compañía, las consecuencias que tendría para todos si fracasaba, y la poca probabilidad que había de que tuviese éxito. Pero no sirvió de nada: Massey estaba dispuesto a atacar los asentamientos franceses fueran cuales fuesen los argumentos de Lowther en contra; de manera que éste se vio obligado a plantear el asunto a la compañía, entre los que Massey contaba con algunos compañeros tan dispuestos como él; sin embargo, al manifestarse una gran mayoría en contra, la propuesta del capitán Massey salió derrotada. A causa de esto, Massey se volvió borrascoso, se encrespaba con el señor Lowther, y los hombres acabaron dividiéndose en dos bandos, unos a favor del pirata de tierra y otros del pirata de mar; y estaban a punto de enzarzarse, cuando el de la cofa gritó: «¡Una vela! ¡Una vela!» Dejaron la disputa, pusieron toda la vela que pudieron y enfilaron hacia la presa. Pocas horas después le daban alcance, resultando ser un barco pequeño de Jamaica que iba a Inglaterra. Le quitaron lo que pensaban que les venía bien, y un hombre o dos, y después Lowther se mostró partidario de hundirlo, con varios pasajeros que iban en él, no sé por qué razón. Pero Massey se opuso, impidió ese cruel destino, y el barco pudo llegar más tarde a salvo a Inglaterra.

A la mañana siguiente apresaron una pequeña balandra contrabandista que

se quedaron con su cargamento. A todo esto Massey no paraba de mostrarse inquieto, y de manifestar su deseo de abandonarlos. Y Lowther, viendo lo enojoso que era tratar con él, dejó que se llevase la balandra, que era la última presa, con los hombres que quisieran ir con él, y se las arreglase como pudiese. Conque Massey, con otros diez descontentos más, embarcó en la balandra, y puso rumbo directamente a Jamaica.

A pesar de lo que habían hecho, va el capitán Massey y, con toda la desfachatez del mundo, se presenta a sir Nicholas Laws, el gobernador, y le informa de que ha dejado al pirata Lowther; confiesa que le ha ayudado a irse con el barco, del río Gambia; aunque explicando que era para salvar la vida a muchos súbditos de Su Majestad, y que su propósito era regresar a Inglaterra, pero que Lowther, en connivencia con la mayor parte de la compañía, se había apoderado del barco para dedicarse a la piratería; y que él había aprovechado esta ocasión para dejarlo, y entregarse a su excelencia, con la nave.

Massey fue muy bien acogido por el gobernador, que le concedió la libertad, y le prometió su favor y demás. Y a petición propia, fue enviado a la balandra *Happy*, capitán Laws, que tenía misión de cruzar frente a La Española en busca de Lowther. Pero al no conseguir dar con él, el capitán Massey regresó a Jamaica en la balandra, obtuvo un certificado, y provisión de dinero del gobernador, y regresó a Inglaterra como pasajero.

A su llegada a la capital, escribe una carta al subgobernador y los consejeros de la *Compañía Africana* en la que imprudentemente les cuenta todas las peripecias de su viaje, la huida con el barco, y los actos de piratería que ha cometido con Lowther; pero los justifica como fruto de la irreflexión y el atolondramiento, debido al mal trato recibido, en contra de las promesas que se le habían hecho, si bien reconocía que merecía la muerte por las fechorías cometidas; no obstante, si ellos eran lo bastante generosos para perdonarle, como aún se hallaba en condiciones de prestar servicio como soldado, estaba dispuesto a ponerse a su disposición; y que si decidían juzgarlo, sólo pedía un favor: no ser ahorcado como un perro, sino morir como un soldado, como había sido educado desde su niñez, o sea de un tiro.

Ésta era la sustancia de la carta, que sin embargo no obtuvo una respuesta tan favorable como él esperaba, dado que recibió notificación de que sería puntualmente ahorcado. Enterado de lo cual Massey resolvió no escurrir el bulto cuando vio lo importante que iba a ser el acontecimiento, sino que tomó alojamiento en Aldersgate Street, y al día siguiente fue al palacio de justicia y

preguntó si su señoría había cursado orden de detención contra el capitán John Massey por piratería. Y al contestarle los funcionarios que no sabían nada de tal asunto, les dijo que él era ese hombre, que no tardaría en serle solicitado tal oficio a su señoría, y que debían mandar la guardia al domicilio tal, donde se alojaba. Tomaron nota de la dirección y a los pocos días, tras ser hecho público el edicto correspondiente, el alguacil fue directamente, conforme a las instrucciones que él mismo había dado, y lo prendió sin otra molestia que la de llegarse a su alojamiento.

No había nadie en la capital que lo acusase de ningún hecho por el que pudiera ser encarcelado, ni podía probarse que la carta fuese de su puño y letra, de manera que se habrían visto obligados a soltarlo otra vez, si no llega a ayudar él a la acusación a salir del atolladero: este magistrado se vio en la necesidad de preguntarle: «¿Ha escrito vuestra merced esta carta?» Y Massey contestó que sí. Y no sólo eso, sino que contó allí mismo todo lo que contenía; por lo que fue encerrado en Newgate, aunque después se aceptó una fianza de cien libras, más o menos.

El 5 de julio de 1723 fue llevado ante un tribunal de almirantazgo, juicio en el que comparecieron como testigos el capitán Russel, hijo del gobernador Whitney, y otros, por lo que quedaron claramente probados los cargos contra él; aunque de no haber sido así, el capitán tenía un espíritu tan heroico que no habría negado nada. Porque en vez de presentar una defensa, se limitó a contar pormenorizadamente al tribunal su expedición desde su primera salida hasta su regreso a Inglaterra, citando dos actos de piratería cometidos por él, de los que no estaba acusado, y desafiando a menudo a los testigos a desmentirle si no era cierta alguna sílaba de cuanto decía; y en vez de negar los crímenes expuestos por la acusación, se atribuyó varias circunstancias que hacían más clara su imputación. En resumen, el capitán fue declarado culpable, se le impuso la pena de muerte, y fue ejecutado tres semanas después en el dique de las ejecuciones.

Volvemos ahora a Lowther, al que habíamos dejado navegando frente a la Española, de donde puso rumbo a barlovento, y cerca de Puerto Rico dio caza a una vela, y habló con ellos; resultó ser un pequeño barco de Bristol, mandado por el capitán Smith, y un pirata español que se había apoderado de dicho barco. Lowther examinó la autorización del español para apresar una nave inglesa, y amenazó con matar a todos por semejante acción, de manera que los españoles imaginaron que estaban en muy difícil trance, hasta que se aclararon las cosas, y descubrieron que los que los habían apresado eran tan granujas como ellos, y que podían esperar merced, considerando en qué estrecha relación estaban en cuanto a

la profesión. En resumen, Lowther despojó primero y quemó después ambos barcos, dejando que los españoles se fueran en su lancha, y convirtiendo a todos los marineros ingleses en piratas.

Después de varios días de navegación, Lowther apresó una pequeña balandra de San Cristóbal, que tripularon y se llevaron a una isla pequeña donde limpiaron y permanecieron algún tiempo para concederse algún solaz, que consistió en una serie de orgías inauditas en las que bebían, blasfemaban y se entregaban a excesos en los que parecían quererse sobrepasar los unos a los otros, por lo que más semejaban demonios que hombres, compitiendo en ver quién ganaba a los demás en inventar blasfemias y maldiciones.

Zarparon por Navidad, sin tener en cuenta las fechas ni la época del año para llevar a cabo sus fechorías, y pusieron rumbo a la bahía de Honduras. Pero al detenerse en Gran Caimán para hacer aguada, toparon con una pequeña nave con 13 hombres, que se dedicaba al mismo honorable oficio. El capitán de esta banda era un tal Edward Low, del que trataremos más detalladamente en un Capítulo dedicado a él. Lowther los recibió como amigos, y los trató con todo el respeto imaginable, invitándolos a unir su fuerza, dado que eran escaso número, y no estaban en condiciones de ir por su cuenta (como ellos dijeron), proposición que aceptaron dadas las circunstancias: Lowther seguiría al mando, y Low fue nombrado lugarteniente. Sacaron la nave de los nuevos piratas, la hundieron, y todos juntos prosiguieron el viaje que Lowther había planeado.

El 10 de enero entraron los piratas en la bahía, y asaltaron una balandra de 200 toneladas llamada la *Greyhound*, de Boston, mandada por Benjamín Edwards. Lowther izó la bandera pirata y disparó un cañonazo para que la *Greyhound* se pusiese al pairo; pero al negarse, el *Happy Delivery* (nombre del pirata) viró y le mandó una andanada, que el capitán Edwards le devolvió muy valientemente, y trabaron combate durante una hora. Pero el capitán Edwards encontró al pirata excesivamente fuerte para él, y temiendo las consecuencias de una resistencia demasiado obstinada a estos desalmados, ordenó arriar su enseña. Fue el bote pirata a bordo de ellos, y no sólo saquearon la balandra, sino que golpearon, azotaron y tajaron a los hombres de manera cruel; a continuación los llevaron a su propio barco, y prendieron fuego al de ellos.

Navegando por esa bahía, encontraron y apresaron varias otras naves sin resistencia, a saber: dos bergantines de Boston, Nueva Inglaterra, uno de los cuales quemaron y el otro lo hundieron; una balandra de Connecticut, capitán Airs, que también quemaron; una balandra de Jamaica, capitán Hamilton, que tomaron para

su propio uso; una balandra de Virginia que aligeraron de su cargamento y después fueron lo bastante generosos para devolverla a su patrón. Apresaron otra balandra de 100 toneladas, de Rhode Island, que decidieron quedarse y montarla con ocho cañones de cureña y diez de colisa.

Con esta pequeña flota, formada por Lowther de almirante en el *Happy Delivery*, el capitán Low en la balandra de Rhode Island, el capitán Harris (que iba de segundo oficial de la *Greyhound* cuando fue apresada) en la balandra de Hamilton, y la balandra pequeña arriba mencionada haciendo de escampavía, con esta flota, digo, los piratas abandonaron la bahía y llegaron a Puerto Mayo, en el golfo de Amatique; allí hicieron los preparativos para carenar: desembarcaron todas las velas, armaron tiendas junto a la orilla, donde instalaron el botín, vituallas, etc., y se pusieron manos a la obra. Y cuando las naves estuvieron apuntaladas y la gente dedicada a rascar, ensebar y demás, bajó de repente un nutrido grupo de nativos y los atacó inesperadamente. Como no estaban en condiciones de defenderse, huyeron a sus balandras, dejándolos dueños del campo y el botín, que era de gran valor; y los nativos prendieron fuego al *Happy Delivery*, su principal barco.

Lowther aprovisionó todo lo que pudo la balandra más grande, llamada la *Ranger*, con diez cañones y ocho colisas, y como era la más marinera, embarcó en ella a toda la compañía y abandonó la otra en alta mar. Ahora andaban escasos de provisiones, lo que, con la última pérdida, los tenía de un humor de perros, de manera que a cada momento surgían rencillas entre ellos, y culpaban del mal gobierno ora a unos, ora a otros.

A primeros de mayo de 1722 llegaron a las Indias Occidentales, y cerca de La Deseada apresaron un bergantín, mandado por un tal Payne, que les proporcionó cuanto necesitaban, lo que los puso de mejor talante, y pareció que el negocio volvía a irles bien otra vez. Después de quitarle al bergantín todo lo que pudieron lo mandaron al fondo. Entraron en la isla, cargaron agua, y luego metieron rumbo norte con intención de visitar la costa continental de América.

En la latitud de 58° apresaron un bergantín llamado el Rebecca, de Boston, capitán Smith, que volvía de San Cristóbal. Tras el apresamiento de esta nave se dividieron las tripulaciones; porque viendo Lowther que Low, al que había reclutado en Gran Caimán, era un miembro ingobernable de la república, siempre ambicioso y descontento de la actuación del comandante, pensó que lo mejor era librarse de él en las condiciones que fuesen. Y de acuerdo con lo que votó la compañía, se repartieron el negocio: Low, con 44 hombres, se fue con el bergantín,

y Lowther con el mismo número se quedó la balandra; y esa misma noche, del día 28 de mayo de 1722, se separaron.

Lowther prosiguió viaje hacia tierra firme, apresando tres o cuatro barcas de pesca frente a Nueva York, lo que no reportó gran botín a los captores. El 3 de junio toparon con un barco de Nueva Jersey que iba de Barbados a dicha ciudad, y que resistió algún tiempo el ataque; pero al darse cuenta de que era inútil se rindió a los saqueadores: y éstos le quitaron catorce cuñetes de ron, seis barriles de azúcar, un cajón de paño inglés, varios toneles de azúcar pilón, gran cantidad de pimienta, seis negros, además de cierta cantidad de dinero, y lo dejaron continuar viaje.

El siguiente lance no fue tan afortunado para ellos; porque bastante cerca de la costa de Carolina del Sur toparon con un barco que acababa de zarpar rumbo a Inglaterra. Lowther le mandó un cañonazo de señal e izó los colores piratas. Pero dio la casualidad de que este barco, que se llamaba el *Amy*, lo mandaba un hombre valiente y decidido que no se arrugó ante tan terrible enseña como era la bandera negra, y en vez de rendirse al punto como los piratas esperaban, le envió una andanada. Lowther (a quien no agradó nada el cumplido, aunque aguantó de momento), pensó desistir; pero el *Amy* lo tenía entre él y tierra, y enfiló para abordar. Para evitarlo, Lowther encalló la balandra, y saltaron todos a tierra con sus armas. El capitán Gwatkins, que era quien mandaba el *Amy*, se vio obligado a guardar distancia por temor a embarrancar su propio barco; pero al mismo tiempo, juzgó conveniente, por el bien público, destruir al enemigo, de manera que arrió el bote y bogó hacia la balandra a fin de prenderle fuego; pero antes de llegar a ella, un disparo fatal de la compañía de Lowther, desde tierra, puso fin al propósito y la vida del capitán Gwatkins. Tras este desdichado golpe, el primer oficial regresó a bordo con el bote; y como no tenía ningún deseo de llevar las cosas más lejos, se hizo cargo del barco.

En cuanto se fue el *Amy*, Lowther puso a flote la balandra y volvió a embarcar a todos sus hombres, aunque se hallaba en mal estado, dado que había sufrido destrozos en el enfrentamiento, además de muchos muertos y heridos; pero consiguió llegar a una ensenada, en algún lugar de Carolina del Norte, donde permaneció bastante tiempo, hasta que estuvo en condiciones de navegar otra vez.

Él y su tripulación descansaron todo el invierno, y se las arreglaron lo mejor que pudieron en el bosque, dividiéndose en pequeños grupos, cazando durante las horas del día, matando bóvidos, puercos salvajes, etc., para subsistir, y por la noche se retiraban a sus tiendas y chozas, que habían construido para guarecerse.

Y a veces, cuando aumentaba el frío, se refugiaban en la balandra.

En la primavera del año 1723 consiguieron salir a la mar, y pusieron rumbo a Terranova. En los bancos apresaron una goleta llamada la *Swift*, patrón John Hood; a bordo de ella encontraron gran cantidad de provisiones, de las que tenían mucha necesidad en esos momentos; y después de tomar tres de sus hombres, y de quitarle cuanto creyeron conveniente, la soltaron. Apresaron varias otras naves en los bancos, y en puerto, aunque ninguna de especial importancia. A continuación pusieron rumbo a latitudes más cálidas, y en agosto llegaron a las Indias Occidentales. De camino apresaron un bergantín llamado el *John and Elizabeth*, patrón Richard Stanny, que se dirigía a Boston; lo saquearon, tomaron dos hombres de su tripulación y lo soltaron.

Lowther anduvo bastante tiempo entre estas islas sin ningún éxito especial, al extremo de verse obligado a racionar las provisiones, hasta que quiso el azar que se cruzase con un buque de la Martinica, lo que supuso un gran alivio para ellos; y después, un buque de Guinea tuvo la mala suerte de caer en manos de estos piratas; se llamaba el *Princess*, capitán Wicksted.

Ahora creyeron conveniente buscar un paraje para limpiar la balandra y prepararla para nuevas aventuras; así que escogieron para tal propósito la isla de Blanquilla, que se halla en la latitud de 11° 50 Norte, a unas 30 leguas de tierra firme de la América española, entre las islas Margarita y Rocas, y no lejos de Tortuga. Es una isla baja y llana, aunque saludable y seca, deshabitada, de unas dos leguas de perímetro, con abundancia de guacayos, que crecen en rodales, y arbustos de otra madera. Hay, además de tortugas, grandes colonias de iguanas, que es un animal anfibio parecido al lagarto, pero mucho más grande, con un cuerpo del tamaño de la pierna de un hombre; tiene una carne muy sabrosa, y es muy consumido por los piratas que llegan a ella: son de diversos colores, pero las que viven en tierra seca, como aquí en Blanquilla, son normalmente amarillas. En el extremo noroeste de la isla hay una caleta o bahía arenosa; el resto de su costa tiene aguas profundas pegadas a la isla. Aquí se refugió Lowther a primeros del pasado mes de octubre, desaparejó la balandra, desembarcó cañones, velas, jarcias, etc., y puso el casco en carena. Y al entrar en la isla la balandra *Eagle*, de Barbados, perteneciente a la Compañía de los Mares del Sur, con 35 hombres y mandada por Walter Moore, en su viaje a Cumaná, en el continente español, descubrió la balandra recién carenada, con los cañones desembarcados y las velas desenvergadas, y supuso que era un pirata; porque era un paraje que no suelen utilizar los mercaderes; de manera que aprovechó que estaba en ventaja para atacarla, dado que se hallaba desprevenida. Disparó la *Eagle* un cañonazo para

obligarla a mostrar sus colores, y el pirata izó la bandera de San Jorge en su mastelero, como declarando desafío; pero cuando los piratas vieron que Moore y su tripulación estaban decididos a abordarlos cortaron el cable y vararon la popa, lo que obligó a la *Eagle* a fondear frente a su amura, donde se puso a disparar hasta que los piratas pidieron cuartel y se rindieron; entre tanto, Lowther y doce de su tripulación escaparon por la ventana de la cámara. El patrón de la *Eagle* tomó la balandra pirata, saltó a tierra con 25 hombres y fue en pos de Lowther y su banda; pero tras cinco días de búsqueda sólo consiguió encontrar a cinco, que llevó a bordo, y continuó viaje con la balandra y los piratas hasta Cumaná, adonde llegó en poco tiempo.

Informado el gobernador español de esta valerosa acción, confiscó la balandra a los captores, y mandó una balandra pequeña con 23 hombres a batir los arbustos y otros lugares de la isla de Blanquilla, y apresaron a cuatro piratas más con siete armas de mano, dejando al capitán Lowther, tres hombres y un muchacho, a los que no pudieron encontrar. Los españoles juzgaron a los cuatro citados y los condenaron a la esclavitud de por vida: tres a galeras, y el otro al castillo de Arraria.

La balandra *Eagle* llevó después a todos sus prisioneros a San Cristóbal, donde seguidamente fueron juzgados por un tribunal de vicealmirantazgo, juicio que se celebró el 11 de marzo de 1724. Se llamaban: John Churchill, Edward Mackdonald, Nicholas Lewis, Richard West, Sam. Levercott, Robert White, John Shaw, Andrew Hunter, Jonathan Delve, Matthew Freebarn, Henry Watson, Roger Grange, Ralph Candor y Robert Willis. Los tres últimos fueron absueltos, y los otros trece hallados culpables; para dos de ellos el tribunal recomendó clemencia, y consiguientemente fueron indultados. Al resto los ejecutaron en esa isla el 20 del mismo mes.

En cuanto al capitán Lowther, se dice que se pegó un tiro en esa isla fatal, donde acabaron sus piraterías, y que algunos hombres de la balandra lo encontraron muerto, con la pistola disparada junto a él.

CAPÍTULO XIII
Del capitán Edward Low y su tripulación

Edward Low nació en Westminster, y allí recibió educación; la que fuera, porque no sabía leer ni escribir. La naturaleza parece que le tenía reservado ser pirata desde la infancia, dado que se inició a muy temprana edad en el oficio de robar y cobrarles una contribución a los chicos de Westminster, y si alguno se atrevía a negarse le tocaba pelear con él; y Low era tan fuerte, a la vez que osado, que no había manera de vencerlo; o sea que les quitaba el dinero con total impunidad. Al hacerse mayor se aficionó a un juego bajo, porque lo practicaban por lo general los lacayos del pasillo de la Cámara de los Comunes, donde solía jugar al juego total (como ellos lo llaman), que consistía en timar a cuantos podía, y a los que intentaban hacerle la competencia los obligaba a pelear.

Algunos miembros de su familia compartían estas mismas cualidades; uno de sus hermanos era un joven ingenioso: cuando sólo contaba siete años solía hacerse llevar por un mozo en una cesta, que cargaba a la espalda; el mozo se metía entre la multitud, y allí robaba él sombreros y pelucas; según la exacta cronología de Newgate, fue el primero en practicar este ingenioso truco: más tarde se dedicó al oficio de ratero; cuando se hizo lo bastante fuerte emprendió cosas de más envergadura, como desvalijar casas, *etc.* Aunque tras una corta carrera tuvo la desdicha de acabar sus días en Tyburn, en compañía de Stephen Bunce y el célebre Jack Hall *el Deshollinador*.

Pero volviendo a Ned, cuando llegó a edad adulta se fue a la mar con su hermano mayor por deseo de éste, donde siguieron juntos tres años y después se separaron. Ned trabajó durante un tiempo en un almacén de aparejos de Boston, Nueva Inglaterra. Hace unos seis años, realizó un viaje a Inglaterra para ver a su madre, que aún vivía. No fue larga su estancia aquí, sino que se despidió de sus amigos y conocidos por si no los veía más, como él solía decir: volvió a Boston, y trabajó un año o dos más en el negocio de los aparejos. Pero como era muy aficionado a discutir con sus jefes, los dejó y embarcó en una balandra que se dirigía a la bahía de Honduras.

Cuando la balandra entró en la bahía nombraron a Ned Low patrón del bote que debía ir a tierra a cortar palo campeche y llevarlo a bordo para cargar el barco; porque ésta era la misión del viaje. En el bote iban doce hombres además de Low, todos armados por miedo a los españoles, a los que esto les parece poco menos que

robarles. Y ocurrió que un día regresó el bote a bordo poco antes de que estuviera preparada la cena, y Low quiso quedarse; pero el capitán, que tenía prisa en cargar, mandó que les diesen una botella de ron e hicieran otro viaje, porque no había tiempo que perder. Esto irritó a la tripulación del bote, y en especial a Low, que cogió un mosquete cargado y lo disparó contra el capitán, aunque erró el tiro y le dio a un infortunado en la cabeza. Acto seguido cogió el bote y salió a la mar con sus doce compañeros: al día siguiente apresaron una pequeña nave; embarcaron en ella, confeccionaron una bandera negra, y declararon la guerra al mundo entero.

A continuación prosiguieron viaje a la isla Gran Caimán con idea de adaptar su embarcación, y prepararse lo mejor que las circunstancias permitiesen para tan honorable actividad; pero al encontrarse allí con otro pirata, George Lowther, que le rindió cortesías como hacen los personajes importantes cuando se encuentran, se ofreció como aliado. Lowther puso condiciones, las aceptó Low, y sin más trámite ni formalidad firmaron el acuerdo.

Ya hemos dado cuenta de las piraterías que perpetraron juntos, durante las que Lowther fue comandante, hasta el 28 de mayo de 1722, en que apresaron un bergantín de Boston que se dirigía a San Cristóbal; entonces se separaron, yéndose Edward Low en el bergantín, con cuarenta y cuatro hombres que le eligieron como capitán: se llevaron dos cañones, cuatro colisas, seis cuarterolas de pólvora, víveres y algunos pertrechos, y dejaron que Lowther prosiguiese sus aventuras con los hombres restantes.

Su primera acción con el bergantín tuvo lugar el domingo 3 de junio, en que apresaron una nave de Arnboy, patrón John Hance. Le quitaron las provisiones y la soltaron. Ese mismo día toparon frente a Rhode Island con una balandra, patrón James Calquhoon, que se dirigía a dicho puerto, a la que primero saquearon y después cortaron el bauprés, toda la jarcia, así como las velas de las vergas, e hirieron al patrón para impedirle que entrase a dar noticia sobre ellos, y a continuación tomaron rumbo sudeste con toda la vela que podían poner, ya que tenían poco viento.

Low creyó conveniente alejarse de la costa, y de haberse quedado más tiempo habría sido fatal para él; porque a pesar de inutilizar la balandra, ésta se las arregló para llegar a Block Island a las 12 de esa noche, de donde despachó al punto un ballenero para Rhode Island, que llegó a las siete de la mañana, con la noticia del pirata, su fuerza y todo lo acontecido. El gobernador, tan pronto como tuvo conocimiento de esto, mandó que un tambor tocase llamada pidiendo voluntarios, así como que se aparejasen dos de las mejores balandras que había en

ese momento en puerto: dio comisiones a un tal capitán John Headland y al capitán John Brown hijo, por una validez de diez días; la primera tenía ocho cañones y dos colisas, y la segunda seis cañones y estaba bien provista de armas de mano; y entre las dos balandras embarcaron 140 hombres fornidos. Todo esto se llevó a cabo con tanta celeridad que zarparon antes de la puesta de sol, saliendo del puerto al mismo tiempo que era visto el pirata desde Block Island, lo que les daba muchas esperanzas de que cayera en manos de las balandras al día siguiente; cosa que sin embargo no ocurrió, porque unos días más tarde regresaron sin haber avistado al enemigo.

El capitán Low, después de esta huida, entró en un puerto de la costa porque no tenía agua suficiente para regresar a las islas, en que permaneció varios días, cargó provisiones y todo lo que la tripulación necesitaba, y a continuación salieron de compra (como suelen decir ellos), poniendo rumbo a Marblehead.

Hacia el 12 de julio, el bergantín entró en Port Rosemary, y allí descubrió que había trece naves, ninguna de fuerza, ancladas; izaron su bandera negra y se metieron entre ellas, diciéndoles. Low desde el bergantín que si se resistían no les daría cuartel. Entre tanto tripularon y armaron su bote, tomaron posesión de todas, las despojaron de cuanto juzgaron de utilidad, y transformaron una de ellas, una goleta de 80 toneladas, para su propio uso, a cuyo bordo embarcaron diez cañones de cureña y 50 hombres, y el propio Low fue de capitán y le puso el nombre de *Fancy*, nombrando a un tal Charles Harris (al que al principio Lowther había tomado forzado de la *Greyhound*, de Boston, barco en el que Harris iba de segundo oficial) capitán del bergantín. De estas naves tomaron varios hombres, con lo que aumentaron su compañía a 80 hombres: todos firmaron el código, unos voluntariamente y unos pocos, quizá, a la fuerza, y zarparon de Marblehead.

No mucho después avistaron dos balandras que se dirigían a Boston con provisiones para la guarnición; las alcanzó primero la goleta, y las atacó. Pero como casualmente iba en ellas un oficial con algunos soldados que les mandó un caluroso saludo, Low prefirió esperar a que se le uniese el bergantín; entre tanto las balandras emprendieron la huida; los piratas las estuvieron siguiendo dos días, pero al final las perdieron de vista en un banco de niebla.

Ahora pusieron rumbo a las islas de Sotavento, pero en este viaje los sorprendió un huracán de violencia desconocida; la mar era montañosa y amenazaba con aniquilarlos a cada instante; nadie pensaba ahora en robar, sino en salvarse de naufragar si era posible. Todo el mundo estuvo atareado día y noche a bordo del bergantín, y todo era poco, porque las olas daban sobre la cubierta, de

manera que las bombas trabajaban sin parar, mientras los hombres achicaban con los baldes; pero al no sentirse con fuerzas para mantenerlo a flote, y viendo ante sí el grandísimo peligro, echaron mano del aparejo, izaron las provisiones y otras mercancías de peso, y las arrojaron al agua, junto con seis cañones, a fin de aligerar la nave para que subiese a lo alto de las olas: Iban también a cortar el palo; pero pensando lo peligrosa que podía ser la situación en que iban a quedar, decidieron dejarlo como solución extrema. Ésta fue una decisión prudente; porque un barco sin mástiles ni velas es como un tronco flotando en el agua, y si es atacado, tiene que luchar con desventaja, dado que las maniobras son la parte más eficaz en una batalla, porque puede a veces situar todos sus cañones grandes a un costado para hostigar al enemigo, mientras que un barco desarbolado puede hacer muy poco, o nada.

Pero prosigamos: una vez arrojadas por la borda las cosas de más peso, la nave embarcó mucha menos agua y pudieron mantenerla clara con la bomba solamente, lo que les dio nuevas esperanzas de vida. Y en vez de cortar el palo, lo afirmaron con quinales, etc.; luego lascaron y pusieron a la capa el otro aparejo hasta que cediese el temporal. La goleta aguantó algo mejor, aunque fue gobernada con bastante torpeza, por lo que se le desgarró la vela mayor, rindió el bauprés y perdió las anclas. Cuando el bergantín, abatido a sotavento, tomó viento con el aparejo a babor, había perdido de vista la goleta; y como no sabía si se habría salvado o no, tan pronto como el viento perdió fuerza largó la vela mayor y la de juanete y se puso a navegar en cortas bandadas, de bolina, y al día siguiente tuvo la fortuna de avistar a su consorte que, a una señal que el otro conocía puso proa hacia él, y la tripulación se alegró inmensamente de volverse a encontrar, después de lo que los habían maltratado el viento y la mar.

Después del temporal Low llegó a salvo a una pequeña isla, una de las más a barlovento de las caribeñas, donde repararon las naves lo mejor que el lugar les permitió; consiguieron provisiones de los nativos a cambio de mercancía, y tan pronto como estuvo aparejado el bergantín juzgaron necesario efectuar un breve crucero, dejando la goleta en puerto hasta su regreso. Zarpó, pues, el bergantín, y no llevaba en la mar muchos días cuando topó con un barco que había perdido todos los palos; subieron a su bordo y le quitaron en dinero y género el valor de 1.000 libras, y lo dejaron en la misma situación que lo habían encontrado. Este barco regresaba de Barbados, pero al perder los palos en el reciente temporal se dirigía a reparar a Antigua, adonde llegó más tarde.

Se ha comprobado que el mencionado temporal causó indecible estrago en esa región del mundo; aunque donde más violencia desató al parecer fue en

Jamaica, tanto en el interior de la isla como en la costa. Produjo una crecida tan prodigiosa de la mar que arrojó sobre los muros de Port Royal toneladas de piedra y roca; inundó la misma ciudad, destruyendo más de la mitad, y a la mañana siguiente aún había cinco pies de agua de un extremo al otro; los cañones del fuerte Charles quedaron desmontados, el agua arrastró algunos hasta el mar, y cuatrocientas personas perdieron la vida. Una vez que las aguas se retiraron el panorama que dejaron fue desolador como se han visto pocos, con las calles sembradas de ruinas de casas, despojos de barcos, y gran número de cadáveres; cuarenta de los barcos que había en el puerto habían quedado destrozados.

Regresó el bergantín a la isla donde había dejado a la goleta, y como estaba presta para zarpar, se consultó a la compañía qué viaje emprender a continuación. Y en esto siguieron el consejo del capitán, que no creyó aconsejable ir más a sotavento, por los buques de guerra que andaban patrullando en sus diversos departamentos y a los que no tenían ningún deseo de encontrar; así que acordaron dirigirse a las Azores.

A finales de julio, Low capturó un barco francés de 34 cañones y se lo llevó a las Azores. Entró en la rada de San Miguel el 3 de agosto, y apresó varias naves que había fondeadas, a saber: la *Notre Dame, Mere de Dieu*, capitán Roach; el *Dove*, capitán Cox; el Rose, antes buque de guerra, capitán Thompson; otro barco inglés, cap. Chandler, y tres naves más. A todas las amenazó con matar al que ofreciese resistencia, lo que los asustó de tal manera que se rindieron a los villanos sin disparar un solo cañonazo.

Como andaban muy necesitados de agua y provisiones frescas, Low mandó gente al gobernador de San Miguel para que los aprovisionase, prometiendo si cumplía dejar en libertad los barcos apresados, de lo contrario prendería fuego a todos; petición que el gobernador juzgó prudente no denegar, sino que mandó las provisiones que le pedían; tras lo cual los piratas dejaron libres seis barcos (después de quitarles lo que quisieron) y el otro, o sea el *Rose*, lo convirtieron en barco pirata, del que tomó el mando el propio Low.

Los piratas quitaron varios cañones al barco francés y los montaron en el *Rose*, que era muy apto para su propósito, y condenaron el primero a las llamas. De éste se llevaron a toda la tripulación menos al cocinero, que dijeron que era un individuo grasiento y se asaría bien en el fuego; y ataron al pobre hombre al palo mayor y lo quemaron con el barco, con no poco regocijo de Low y sus secuaces.

Low ordenó que la goleta esperase fondeada entre San Miguel y Santa

María, por donde tuvo la mala suerte de pasar, hacia el 20 de agosto, el capitán Carter en la galera *Wright.* Y porque al principio quiso defenderse, y defender lo que llevaba, los piratas tajaron y mutilaron bárbaramente, en particular a algunos pasajeros portugueses, dos de los cuales eran frailes: los colgaron por los brazos de la verga de trinquete, aunque los soltaron antes de que muriesen del todo; cosa que repitieron varias veces por diversión.

Al mostrar su aflicción otro portugués, también pasajero del capitán Carter, ante lo que veía, uno de esta tripulación desalmada la tomó con él, le preguntó si no le gustaba su cara, y sin más le atravesó el vientre con el machete, y el pasajero cayó muerto sin proferir un gemido. Al mismo tiempo, otro de estos malvados largó una cuchillada a otro prisionero; pero erró el golpe, y fue a recibirla oportunamente el capitán Low, que estaba al lado, en la mandíbula, lo que le dejó los dientes al aire; al punto llamaron al cirujano, que le cosió la herida sin pérdida de tiempo; pero al manifestar Low que encontraba la operación defectuosa, debido a que el cirujano estaba medianamente borracho (como era la costumbre de todos a bordo), éste le pegó un puñetazo que le rompió todos los puntos, y le dijo que se remendase los morros él solo y se fuera al infierno; de manera que Low anduvo con muy mal aspecto durante algún tiempo.

Una vez saqueado el barco del capitán Carter, varios de la tripulación se mostraron partidarios de prenderle fuego como habían hecho con el francés. Al final no lo hicieron, pero le cortaron los cables y las jarcias, le rompieron las velas, y lo dejaron a merced de la mar.

Después de estos desmanes pusieron rumbo a la isla de Madeira, donde, a falta de otro botín, apresaron una barca de pesca con dos hombres y un muchacho a bordo; retuvieron a uno de ellos, y mandaron al otro a tierra con bandera de tregua, pidiendo al gobernador un bote de agua, so pena de quitarle la vida al hombre, al que amenazaban con ahorcar de un penol si se negaba. Pero tras enviarles lo que pedían dejaron al hombre honradamente (como dicen los piratas) en libertad, y a los tres mucho más elegantemente vestidos que cuando los apresaron. De esta isla pusieron rumbo a las Canarias; pero al no dar allí con ninguna presa prosiguieron viaje a las islas de Cabo Verde, y en Bonavista apresaron un barco llamado *Liverpool Merchant*, capitán Goulding, al que le robaron gran cantidad de provisiones y mercancía seca, 300 galones de aguardiente, dos cañones con sus cureñas, un palo, vergas y estachas, además de seis hombres; y no le permitieron comerciar allí, ni en San Nicolás, sino que obligaron al capitán Goulding a ir con ellos a la isla de Mayo.

El pirata apresó también entre estas islas un barco de Liverpool mandado por Scott, dos balandras portuguesas que se dirigían a Brasil, una pequeña balandra inglesa que comerciaba allí, patrón James Pease, y se dirigía a Santa Cruz; y a tres balandras de Santo Tomé que se dirigían a Curaçao cuyos patrones eran Lilly, Staples y Simpkins, las saquearon y las dejaron seguir, salvo una que adaptaron para el siguiente fin:

Low se había enterado por uno de los mencionados barcos que se esperaban de un día para otro dos pequeñas galeras de las Azores, a saber la *Greyhound*, capitán Glass, y la *Jolliff* capitán Aram; la primera pensaron destinarla a la actividad pirata en Brasil, si las cosas salían según sus planes. Mandó tripular la balandra y que saliese en busca de uno de los dos barcos a las citadas Azores, mientras él carenaba el *Rose* en una de las de Cabo Verde. Pero ahora la fortuna, que hasta aquí había sido tan propicia a sus esbirros, les volvió la espalda y frustró sus esperanzas de momento; porque no pudieron dar con la presa, y se encontraron reducidos a grandes privaciones por falta de agua y víveres; por lo que se arriesgaron a bajar a tierra en San Miguel para abastecerse, haciéndose pasar por mercaderes. Pero representaron este papel con tanta torpeza que en seguida hicieron sospechar al gobernador lo que realmente eran, y no tardó en salir de dudas mediante una visita que le hicieron unos portugueses que casualmente habían ido de pasajeros en el barco del capitán Carter cuando Low lo apresó, y reconocieron muy bien las caras de estos caballeros; tras lo cual toda la tripulación fue encerrada en el castillo, donde se les proveyó de víveres durante el tiempo que vivieron.

A Low, entre tanto, no le fue tan mal, si bien se le desbarató el proyectado viaje a Brasil al volcársele el barco cuando estaba en carena, por lo que tuvo que abandonarlo; de manera que volvió a su vieja goleta, que había bautizado la *Fancy*, y embarcaron todos en ella, cien en total, como viles ladrones que siempre acaban sus días en el patíbulo de Tyburn. Prosiguieron ahora hacia las Indias Occidentales; pero antes de llegar muy lejos, atacaron un rico barco portugués llamado *Nostra Signiora de Victoria* que regresaba de Bahía, y lo apresaron tras alguna resistencia. Low torturó a varios hombres para hacerles declarar dónde estaba guardado el dinero (que suponía que llevaban a bordo); y por ese medio les sacó la confesión de que durante la caza el capitán había colgado fuera de la ventana de la cámara una bolsa con 11.000 moidores, cuyo cordel, en cuanto fueron apresados, cortó para que se fueran al fondo.

Al saber Low qué botín se le había escapado rugió de rabia, soltó mil blasfemias y mandó que cortasen los labios al capitán, que él asó ante su cara, y a

continuación lo mató, y a toda la tripulación, formada por treinta hombres.

Tras esta bárbara acción continuaron viaje hasta que llegaron al norte de todas las islas, y allí estuvieron cruzando un mes, tiempo en el que apresaron las siguientes naves: un esnón que iba de Nueva York a Curaçao, patrón Robert Leonard; una balandra de Bahía que se dirigía a Nueva York, patrón Craig; un esnón de Londres y Jamaica que se dirigía a Nueva York; y el pingue *Stamhope*, patrón Andrew Delbridge, que iba de Jamaica a Boston; este último lo quemaron por el odio irreconciliable de Low a los de Nueva Inglaterra.

Después de este crucero entraron en una de las islas, donde limpiaron, y a continuación pusieron rumbo a la bahía de Honduras, adonde llegaron a mediados de marzo de 1723, y toparon con una balandra que salía de dicha bahía. Los piratas habían izado los colores españoles, y siguieron con ellos hasta que estuvieron cerca de la balandra; entonces los arriaron e izaron su bandera negra, dispararon una andanada y la abordaron. Esta balandra era una nave española de seis cañones y 70 hombres que había entrado en la bahía esa mañana y al descubrir allí cinco balandras inglesas y un pingue los apresaron todos, los saquearon, y se llevaron prisioneros a los patrones para canjearlos por palo campeche; se llamaban Tuthill, Norton, Newbury, Sprafort, Clark y Parrot. Los españoles no opusieron resistencia, de manera que los piratas ingleses se adueñaron en seguida, y se pusieron a robar; pero al encontrar en la bodega a las citadas personas, y diversas mercancías inglesas, informaron a Low; y allí mismo aprobaron la resolución de matar a toda la compañía; y sin más ceremonia, los piratas empezaron a matar a diestro y siniestro con sus espadas, machetes, hachas y pistolas, tajando y disparando sobre los pobres españoles de manera despiadada. Algunos de estos desdichados saltaron a la bodega, pero no pudieron salvarse de la matanza: encontraban la muerte en todas partes, porque si escapaban de unas manos, irremediablemente caían en otras; la única posibilidad era huir de la furia de estos desalmados y fiar en la más misericorde de la mar; así que muchos de ellos saltaron al agua y nadaron hacia la playa. Pero al darse cuenta Low, mandó tripular la canoa y perseguirlos, y lograron abrirles la cabeza a varios cuando trataban de llegar a tierra. Sin embargo, 12 alcanzaron la playa, aunque en muy malas condiciones, ya que iban heridos. No se sabe qué fue de ellos, salvo uno, que mientras los piratas estaban dedicados a sus diversiones y pasatiempos en tierra, al sentirse muy débil a causa de las heridas, y no sabiendo dónde buscar ayuda y alivio, volvió en esta extremidad a ellos, y les suplicó por Dios, de la manera más conmovedora, que le diesen cuartel; a lo que uno de los villanos lo cogió y le dijo que maldita sea, se lo iba a dar en seguida; puso de rodillas al pobre español, y cogiendo su fusil, le metió el cañón por la boca y le disparó en la garganta. Se cree que el resto no

sobrevivió mucho tiempo a su lamentable situación, y que sólo prolongaron un poco sus vidas para añadir más sufrimiento al que ya tenían.

Una vez terminada toda esta matanza saquearon el pirata español, y pasaron su botín a sus propias naves. Los seis patrones citados hallados en la bodega fueron devueltos a sus respectivas embarcaciones; se quedaron con el carpintero del pingue, y a continuación prendieron fuego a la balandra española, y la quemaron. Con esta última escena concluyó la destrucción de su enemigo: barco y tripulación.

Low dejó en libertad a los patrones de estas embarcaciones, pero no consintió que fueran a Jamaica, adonde se dirigían antes de esto, por temor a que llegase noticia de ellos a los buques de guerra, sino que obligaron a todos a ir a Nueva York, amenazándolos con matarlos cuando los volviesen a encontrar si no obedecían esta orden.

En el siguiente crucero, que fue entre las islas de Sotavento y el continente, apresaron dos esnones que iban de Jamaica a Liverpool, y un esnón que iba de Jamaica a Londres, patrón Bridds, así como un barco de Bideford a Jamaica, mandado por John Pinkham, y dos balandras de Jamaica a Virginia.

El 27 de mayo, Low y su consorte Harris llegaron frente a Carolina del Sur, donde toparon con tres buenos barcos: el *Crown*, capitán Lovereigne, el *King William*, el *Carteret*, y un bergantín; todos ellos habían salido juntos de Carolina dos días antes. Los piratas tuvieron dificultades en esta persecución, y el capitán Lovereigne iba zaguero y fue el primero en caer; tardaron todo el día en dar caza al resto.

Pocos días después apresaron un barco llamado el *Amsterdam Merchant*, capitán Willard, de Jamaica, pero perteneciente a Nueva Inglaterra; como Low no soltaba a nadie de ese lugar sin dejarle algún testimonio de su rabia, le cortó las orejas al caballero, le rajó la nariz, le dio varios tajos en distintas partes del cuerpo, y después de saquear su barco, lo dejó proseguir viaje.

Después de esto apresó una balandra que se dirigía a Amboy, patrón William Frazier; y porque le cayó mal, mandó Low que pusieran a todos mechas encendidas entre los dedos que les quemaron la carne hasta el hueso; a continuación los tajaron en varias partes con cuchillos y machetes; después de esto les quitaron todas las provisiones, y desembarcaron a varios en un paraje deshabitado.

El *Kingston*, capitán Eastwick, otro barco, patrón un tal Murrington, dos bergantines que iban de Carolina a Londres, una balandra de Virginia a Bermudas, un barco de Glasgow a Virginia, una goleta de Nueva York a Carolina del Sur, un pingue de Virginia a Dartmouth, y una balandra de Filadelfia a Surinam, cayeron presas de los malvados en este crucero, además de los arriba citados.

Y ocurrió que en este tiempo uno de los buques de Su Majestad andaba cruzando en esta demarcación, y tuvo noticia de los desmanes de este miserable, por uno de los bajeles saqueados, y poniendo rumbo conforme a esta información, avistó a los piratas al amanecer del día 10 de junio. Los piratas, que andaban en busca de presa, lo vieron en seguida y emprendieron la caza del buque de guerra, llamado el *Greyhound*, barco de 20 cañones y 120 hombres, y algo inferior en fuerza a las dos naves piratas. Al verlos el *Greyhound* tan ansiosos no tuvo duda de quiénes eran, viró de bordo, y dio ocasión a que los piratas lo persiguiesen durante un par de horas, hasta que las cosas estuvieron en buena disposición para trabar batalla, y los piratas a tiro de cañón. Entonces el *Greyhound* viró de nuevo, y enfiló hacia las dos balandras, una llamada la *Fancy*, mandada por el propio Low, y la otra la *Ranger*, mandada por Harris. Las dos izaron su bandera pirata, y dispararon cada una un cañonazo. Cuando el *Greyhound* llegó a tiro de mosquete, cargó la mayor y ciñó para impedir que los piratas cayeran a sotavento, y entonces abrió fuego. Pero cuando los piratas descubrieron con quién se las habían emprendieron la huida por la popa del buque de guerra, y al ponerse éste a su estela siguieron disparando en retirada durante unas dos horas. Pero como había poco viento las balandras ganaron distancia con ayuda de los remos, por lo que el *Greyhound* dejó de disparar, puso a todos los hombres a los remos, y a las tres de la tarde les dio alcance. Los piratas se dieron la vuelta para recibir al buque de guerra, e inmediatamente se reanudó la batalla, con fuego vivo por ambos bandos, hasta que el *Greyhound* derribó la verga mayor de la *Ranger*; y al ver que el *Greyhound* se echaba sobre la balandra desarbolada, Low creyó conveniente largarse y dejar en manos del enemigo a su consorte, quien (al darse cuenta de la cobardía y traición de su comodoro y jefe, cuando tenía diez hombres muertos y heridos, y veía que no había posibilidad de escapar) pidió cuartel y se entregó a la justicia, que se mostró bastante severa con ellos pasado un tiempo.

No deja de causar asombro el comportamiento de Low en esta acción, porque hasta aquí su reputado valor y osadía habían dominado el espíritu de la gente, y tenían aterrados incluso a sus propios hombres. Pero en toda esta aventura dejó claro que era un cobarde ruin y malvado; porque de haber puesto en la acción la mitad del coraje que Harris (como había jurado hacer), en mi opinión, el buque de guerra no habría podido hacerles nada.

El *Greyhound* remolcó la presa a Rhode Island, para indecible alegría de la provincia entera, aunque más completa habría sido si hubiese redondeado el triunfo con el gran Low. Los prisioneros fueron encerrados bajo siete llaves en una cárcel, hasta que se pudo constituir un tribunal de vicealmirantazgo para juzgarlos, cuyo juicio se inició el 10 de julio, en Newport, y duró tres días. El tribunal estuvo formado por los siguientes caballeros:

Excmo. Sr. William Dummer; vicegobernador

de Massachusetts,

Presidente

Sr. Nathaniel Pain Sr. John Lechmere inspector general Sr. Addington Davenport Sr. John Valentine, abogado Sr. Thomas Fitch Sr. Samuel Cranston, gobernador de Rhode Island Sr. Spencer Phipps Sr. John Menzies, juez del Almirantazgo Sr. Richard Ward, registrador

Sr. Jahleel Brinton, oficial de justicia

El tribunal nombró al Sr. Robert Auchmuta defensor de los acusados que se citan a continuación:

Nombre edad lugar de nacimiento Charles Harris, capitán 25 Londres William Blads 28 Rhode Island Daniel Hide 23 Virginia Thomas Powel joven 21 Connecticut, Nueva Inglat. Stephen Mundon 20 Londres Thomas Huggit 30 Londres William Read 35 Londonderry, Irlanda Peter Kneeves 32 Exeter, Devon James Brinkly 28 Suffolk, Inglaterra Joseph Sound 28 ciudad de Westminster William Shutfield 40 Lancaster, Inglaterra Edward Eaton 38 Wrexham, Gales John Brown 29 condado de Durham Edward Lawson 20 isla de Man Owen Rice 27 sur de Gales John Tompkins 23 Gloucestershire John Fitzgerald 21 Limerick, Irlanda Abraham Lacy 21 Devonshire Thomas Linister 21 Lancashire Francis Leyton 39 Nueva York John Waters, cabo de mar 35 condado de Devon William Jones 28 Londres Charles Church 21 St. Margaret's, Westm. Thomas Hazel 50 — — — John Bright 25 — — —Estos 25 fueron declarados culpables, y ejecutados el 19 de julio

de 1723, cerca de Newport, Rhode Island.

John Brown 17 Liverpool Patrick Cunningham 25 — — —Estos dos fueron declarados culpables, pero se les aplazó la condena un año, recomendados al favor del Rey.

John Wilson 23 condado de New-London Henry Barnes 22 Barbados Thomas Jones 17 Flur, Gales Joseph Switzer 24 Boston, Nueva Inglaterra Thomas Mumper, indio viñedo de Mather, N. Ingl. John Hincher, médico 22 cerca de Edimburgo, Esc. John Flechter 17 — — — Thomas Child 15 — — —Estos ocho fueron declarados inocentes.

La provincia consideró la supresión de este pirata un servicio público tan memorable y un beneficio tan especial para la colonia de Nueva York que se juzgó obligado hacer algún reconocimiento especial al capitán Peter Solgard; por lo que se decidió, en sesión del Concejo del Ayuntamiento, premiarle con la «Libertad» de dicha corporación. Dado lo singular de la resolución, junto con el preámbulo de la exención del capitán, la añado para curiosidad del lector:

Resolución adoptada por el Pleno del Concejo de la Ciudad de Nueva York en sesión celebrada en el Ayuntamiento de dicha ciudad, el jueves 25 de julio del año de Nuestro Señor, 1723.

Estando presente el Sr. Robert Walter,

Excmo. alcalde de la ciudad de Nueva York

Se hace saber:

Que habiendo tomado en consideración este Concejo el gran servicio recientemente prestado a nuestra provincia en particular; y a todos los leales súbditos de Su Majestad en general, por el capitán Peter Solgard, comandante del barco de Su Majestad el Greyhound, *barco de este departamento marítimo que efectuaba la vigilancia de esta costa en el cumplimiento y desempeño de su misión, quien de acuerdo con cierta información a él facilitada buscó, persiguió y combatió a dos balandras piratas mandadas por un tal Low (pirata conocido y cruel), una de las cuales apresó tras porfiada resistencia, dejando maltrecha la otra, aunque consiguió escapar amparada en la noche, con lo que han sido recientemente ejecutados, en Rhode Island, veintiséis de los piratas así apresados, librando a esta ciudad y provincia no sólo de una gran molestia, sino también de pérdidas cuantiosas,*

etc., esta corporación acuerda (nemine contradicente) *conceder al dicho capitán Solgard la «Libertad» de esta corporación, en testimonio de la gran estima que siente hacia su persona, así como por los citados grandes y buenos servicios, con el sello de la dicha «Libertad» guardado en estuche de oro; y encomendar al Sr. registrador y al Sr. Bickley la redacción de la dicha «Libertad», expresando el agradecimiento de esta Corporación por tan señalado servicio al público, y beneficio y ayuda a la humanidad; que el regidor Kzp, y el regidor Cruger se ocupen del dicho estuche; que le sea grabado en uno de los lados el escudo de la Corporación, y en el otro una representación del combate, con la siguiente divisa:* Questos humani generis hostes debellare superbum, 10 junii, 1723; *que el Sr. Secretario de este Ayuntamiento consigne caligráficamente dicha «Libertad» en pergamino; y que la Corporación entera asista a la concesión y entrega de la misma.*

Por orden del Pleno del Concejo,

William Sharpas, Secretario.

Copia del preámbulo a la «Libertad» concedida

al capitán Peter Solgard

El Excmo. Sr. alcalde, Robert Walter y demás ediles

de la ciudad de Nueva York

Saludan a cuantos llegue la presente, y hacen saber:

POR CUANTO el capitán Peter Solgard, comandante del barco de su Majestad el Greyhound *(buque actualmente destinado a este departamento marítimo), habiendo tenido noticia de la presencia de dos balandras piratas de considerable fuerza y coordinación, mandadas por un tal Low, conocido pirata que durante más de dos años ha cometido multitud de saqueos, asesinatos y atrocidades, en multitud de súbditos y aliados de Su Majestad, llegado hace poco a esta costa, con gran empeño y la mayor aplicación ha perseguido, y tras porfiada resistencia, vencido y derrotado a ambas, apresando una y expulsando la otra de nuestras costas, acción tan gloriosa en sí misma como cara a las ventajas y beneficios públicos que dimanan de ella, (a saber) la seguridad y libertad de*

nuestro tráfico y comercio, así como los de todas las provincias adyacentes de este continente; tan señalado servicio llevado a cabo contra los enemigos de la humanidad merece el aplauso de todos los hombres de bien, y más inmediatamente de los de esta provincia, dado su particular cuidado y cargo. Por todo lo cual, nosotros, el Excmo. Sr. Alcalde y el Concejo de la ciudad de Nueva York, reunidos en asamblea plenaria, a dicho capitán Peter Solgard, por tan noble y leal cumplimiento de su deber; y como muestra particular de la gran estima y justo aprecio que sentimos hacia su persona, acordamos por unanimidad concederle, y rogarle que acepte, la «Libertad» de la corporación de esta ciudad de Nueva York, y que acceda con ello a convertirse en conciudadano nuestro. Por tanto, por la presente certificamos y declaramos que dicho capitán Peter Solgard queda admitido, acogido y reconocido ciudadano libre y vecino de la ciudad de Nueva York, para que tenga, posea, disfrute y comparta todas las ventajas, beneficios, libertades, privilegios, exenciones, derechos e inmunidades cuales fuesen, otorgadas o pertenecientes a la misma ciudad. En testimonio de lo cual, el Alcalde rubrica, y ordena añadir el sello de dicha ciudad, el 25 de julio, del noveno año del reinado de nuestro soberano señor, el rey Jorge, rey de Gran Bretaña, Francia e Irlanda por la gracia de Dios, defensor de la fe, etc., Anno Dom. 1723.

William Sharpas, Secretario

R. Walter, Alcalde

Cabría pensar que esta huida casi milagrosa induciría a Low y sus compañeros a reflexionar un poco sobre sus horrendos crímenes, y a considerar este nuevo plazo una oportunidad que la fortuna les brindaba para reconciliarse con Dios mediante un sincero arrepentimiento. Pero por desgracia eran insensibles al bien, y no tenían ni un atisbo de virtud que los moviera a dar gracias por esta providencial salvación; en vez de eso, descargaron sobre el capitán del *Greyhound* mil denuestos y blasfemias, y juraron vengarse en todos cuantos cayesen en sus manos, por la indignidad que les habían obligado a cometer.

La primera presa que hicieron después de esta huida fue una pequeña balandra de Nantucket, ballenera, a unas 80 millas de tierra. Azotaron cruelmente a su patrón, un joven despierto llamado Nathan Skiff, haciéndolo correr desnudo por cubierta, y divirtiéndose con su tortura, después de lo cual le cortaron las orejas, finalmente le pegaron un tiro en la cabeza, y hundieron su nave, dejando al resto de la tripulación en el bote, con una brújula, poca agua y alguna galleta; aunque como tuvieron buen tiempo, llegaron providencialmente a Nantucket, cosa que ninguno de ellos esperaba.

Otro bote ballenero de esta balandra se hallaba casualmente a cierta distancia de ella; y al darse cuenta de lo que ocurría bogaron a toda prisa hacia otra balandra que había no lejos para informar de la desgracia y prevenir a sus hombres; y afortunadamente pudieron huir a tiempo. Unos días después Low apresó un pesquero frente a Block Island, aunque no le infligió tanta crueldad, contentándose sólo con cortarle la cabeza al patrón. Pero después apresó dos balleneros cerca de Rhode Island, y mandó tajar a uno de los patrones y sacarle las tripas, y al otro cortarle las orejas y hacérselas comer con sal y pimienta; requerimiento que tuvo que cumplir sin chistar. Habrían podido morir varias otras personas, pero prevaleció la humanidad en el tierno corazón de sus compañeros, y se negaron a ejecutar sus órdenes execrables.

De la costa de Nueva Inglaterra puso rumbo directamente a Terranova, y cerca de cabo Briton apresó veintidós o veintitrés naves francesas; una de ellas, de 22 cañones, la tripuló de piratas, la convirtió en una especie de buque de guerra, y con ella efectuó incursiones en los puertos y costas de Terranova, apresando dieciséis o dieciocho embarcaciones más, todas las cuales saqueó, y algunas destruyó.

Así continuaron estos desalmados, sin contentarse con satisfacer su avaricia, y recorriendo el camino de la iniquidad; y como su patrono el diablo hacían del daño su diversión, de la crueldad su placer y de la condenación de sus almas su constante interés. De todas las tripulaciones piratas de las que se ha tenido noticia, ninguna de nombre inglés llegó a tanta brutalidad; su alegría y su ira producían invariablemente el mismo efecto, porque satisfacían tanto la una como la otra en los llantos y gemidos de sus prisioneros, de manera que lo mismo martirizaban a un hombre por exceso de buen humor como de enojo y resentimiento; y el infortunado jamás estaba seguro de poder salir con vida de sus manos porque el peligro acechaba en sus mismas sonrisas. Un caso así estuvo a punto de ocurrirle a un tal capitán Graves, de Virginia, patrón del último barco apresado: porque al poner los pies a bordo del pirata, cogió Low un tazón de ponche en sus manos y bebió a su salud diciendo: «Capitán Graves, esta otra mitad es para vuestra merced.» Pero el pobre caballero, que estaba demasiado afectado por la desgracia de haber caído en sus manos, rogó modestamente que le excusase, ya que era incapaz de beber; al oír esto Low sacó la pistola, la amartilló, y con el tazón en la otra mano, le dijo que escogiese lo uno o lo otro; de manera que Graves, sin vacilar, escogió el recipiente que contenía el ponche, y bebió como una cuarta parte en el momento de su vida en que menos ganas tenía de alegrarse.

A finales de julio (1723), Low apresó un barco grande llamado el *Merry*

Christmas, y lo adaptó para la piratería: abrió varias portas y le montó 34 cañones. Embarcó Low en este bajel, adoptó el título de almirante, izó una bandera negra con la efigie de la muerte en rojo en lo alto del mastelero mayor, y efectuó otro viaje a las Azores, adonde llegó a primeros de septiembre. La primera nave con que topó fue un bergantín, anteriormente balandra inglesa, mandado por Elias Wild, pero comprada hacía poco por un noble portugués y transformada en bergantín; la tripulación estaba formada por ingleses y portugueses; a estos últimos los mandó ahorcar, a manera de represalia, por algunos de sus hombres enviados allí en una balandra de las islas de Cabo Verde, como ya he contado; a los ingleses los metió en un bote, los abandonó en alta mar, y prendió fuego a la nave.

En San Miguel mandó sus botes a cortarle el paso a un barco de Londres recién construido, de 14 cañones, mandado por el capitán Thompson, a quien Low había apresado el año anterior en el pingue *Rose.* Los botes llevaban menos hombres que el barco, y el capitán Thompson habría podido defenderse; pero por cobardía de sus hombres, o porque querían hacerse piratas, se negaron a secundarle, y no tuvo más remedio que rendirse; y en cuanto subió a bordo del pirata le cortaron las orejas a ras del cráneo, sólo por haber propuesto resistirse a la bandera negra del almirante Low. Después le dieron uno de sus propios botes, y quemaron el barco.

La siguiente nave que cayó en sus manos fue un bricbarca portugués, cuyos hombres salieron mejor parados de lo habitual, porque sólo los tajaron con los machetes por pura maldad, los metieron a todos en su bote y prendieron fuego al bricbarca. Cuando el bote se apartaba del costado del barco, un hombre de Low (que sin duda iba forzado en la banda, supongo) que estaba con un pichel en la mano, bebiendo en una de las portas, aprovechó la ocasión, se arrojó entre los portugueses, y se tumbó en el fondo del bote a fin de escapar con ellos; tras esconderse para que no lo vieran, se le ocurrió que el pichel podía serle de alguna utilidad a donde iba; así que se levantó y agarró el recipiente, y se fue sin que lo descubriesen; acción que podía, haberle costado la vida a él, y a todos los que iban en el bote. Este hombre se llamaba Richard Hains.

Low hizo su antiguo viaje a las islas Canarias, Cabo Verde, y costa de Guinea; pero no le aconteció nada digno de mención, hasta que llegó cerca de Sierra Leona, África, donde topó con un barco llamado el *Delight*, mandado por el capitán Hunt. Consideraron que este barco era ideal para sus fines, dado que había sido un pequeño buque de guerra y llevaba 12 cañones; sin embargo, le montaron 16. Lo tripularon con 60 hombres, y nombraron capitán a un tal Spriggs, que entonces iba de cabo de brigadas; éste, días después, se separó del almirante y

regresó a las Indias Occidentales a piratear por su cuenta, con su propia compañía, donde lo dejamos de momento.

En enero pasado (1724), Low apresó un barco llamado el *Squirrel*, capitán Stephenson. Pero no sé qué ha sido de él después; no tenemos noticias de que haya regresado a Inglaterra después de lo que acabo de contar; aunque he oído decir que hablaba de ir a Brasil; si es así, es probable que no tarden en llegamos nuevas de alguna hazaña suya. Aunque la mejor que podríamos recibir es que se halla en el fondo del mar con toda su tripulación.

CAPÍTULO XIV

Del capitán John Evans y su tripulación

John Evans era galés; al principio había sido patrón de una balandra de Nevis, pero al perder su empleo estuvo navegando en Jamaica como piloto, hasta que se juntó con tres o cuatro camaradas; y como el sueldo no era tan bueno como antes, y las literas escasas debido al gran número de marineros, acordaron salir en busca de aventuras: levaron anclas, o más bien salieron bogando de Port Royal, Jamaica, a finales de septiembre de 1722, en una canoa; y al llegar a la costa norte de la isla desembarcaron de noche, asaltaron una casa o dos, robaron algún dinero y todo aquello con lo que pudieron arramblar, y embarcaron el botín en la canoa.

Esta primera vez les salió bien. Pero no les satisfacía esta clase de robos: querían salir mar afuera, aunque la embarcación que tenían, una simple canoa, no les servía para tan loable propósito. Sin embargo, recorrieron la isla atentos, con la esperanza de que la Providencia les mandase alguna infortunada nave a manera de sacrificio; y a los pocos días vieron cumplido su deseo, porque en Duns Hole descubrieron fondeada una pequeña balandra de Bermudas. Se decidieron, subieron a bordo, y Evans dijo a los que hallaron en ella que él era el capitán de la nave, lo que les resultó una novedad que ignoraban. Después de disponer las cosas como les convenía, desembarcaron en un pueblecito por provisiones frescas, pasaron jovialmente el resto del día en una taberna, se gastaron tres doblones de oro y se fueron. Los de la taberna se admiraron de tan rumbosos clientes, y encantados, les expresaron su deseo de que volvieran, lo que ocurrió demasiado pronto para su beneficio; porque en mitad de la noche saltaron todos a tierra, saquearon la casa, y se llevaron cuanto pudieron acarrear.

Al día siguiente zarparon en la balandra, le montaron cuatro cañones, le pusieron el nombre de *Scowerer*, y se dirigieron a La Española, al norte de cuya isla apresaron una balandra española que resultó ser una rica presa, dado lo pocos que eran en esta compañía, porque tocaron a más de 150 libras cada uno.

Siguiendo este juego, y dirigiéndose a las islas de Barlovento, la *Scowerer* topó con un barco de Nueva Inglaterra que iba a Jamaica, de 120 toneladas, llamado el *Dove*, patrón capitán Diamond, de Puerto Rico; lo saquearon y reforzaron su compañía llevándose al piloto y dos o tres marineros más; soltaron la presa, entraron en una isla a cargar agua y víveres, y permanecieron allí un tiempo.

La siguiente presa que hicieron fue el *Lucretia and Catherine*, capitán Mills, de 200 toneladas de arqueo; le dieron alcance cerca de la isla Deseada, el 11 de enero. Con el apresamiento de este barco, los piratas adoptaron una manera de justicia distributiva, interrogando a los hombres sobre el trato que les daba su superior, conforme a la costumbre de los piratas; pero al oírlos el capitán, puso fin a este procedimiento judicial, mandándoles registrar el barco al tiempo que les decía: «¿Nos vamos a convertir en reformadores? ¿O es dinero lo que queremos? —y dirigiéndose a los prisioneros, les preguntó—: ¿No os da vuestro capitán suficiente comida? —y al contestar ellos afirmativamente—: Entonces ¿por qué no os iba a dar trabajo suficiente?»

Después de este apresamiento se dirigieron a una pequeña isla llamada Avis con objeto de limpiar, y se llevaron el *Lucretia* para tumbar la *Scowerer*; pero al descubrir allí una balandra, el pirata le dio caza hasta el anochecer, en que la tuvo a tiro de cañón; pero temiendo perder el *Lucretia*, que navegaba más pesadamente, renunciaron, y la dejaron escapar. Esta persecución los llevó a sotavento de su puerto, de manera que se vieron obligados a buscar otro abrigo, y como no estaban lejos de la isla de Aruba, se dirigieron allí, y fondearon; pero a la mañana siguiente les vino una balandra, como quien dice, a la misma boca y no pudieron resistirse: la apresaron, la despojaron de cuanto tenía, y tocaron a cincuenta libras cada hombre.

Encontraron esta balandra más apta que la *Lucretia* para ayudar a la limpieza de su propia balandra, dado que era mucho más baja de combés, y por tanto capaz de sacar más su costado del agua, así que soltaron la Lurretia, y se quedaron con esta otra, holandesa, en su lugar; pero les pareció que no era prudente desaparejar aquí por temor a ser descubiertos, por lo que lo pensaron mejor, y pusieron rumbo a la costa de Jamaica, donde apresaron un lanchón cargado con azúcar, y a continuación se dirigieron a Gran Caimán, a unas 30 leguas a sotavento de Jamaica, con el propósito de limpiar allí. Pero un desafortunado accidente puso fin a sus piraterías, hasta ahora tan provechosas para ellos.

El contramaestre de los piratas era un individuo bronco y turbulento, y el capitán tuvo varios altercados con él por su comportamiento; y en uno de éstos, al sentirse maltratado, no se limitó a proferir palabras gruesas sino que desafió también al capitán a una pelea en la siguiente playa que visitaran, a pistola y espada, como es costumbre entre estos proscritos. Así que cuando llegaron, como he dicho, el capitán propuso el duelo; pero el cobarde contramaestre no quiso bajar a tierra a luchar, aunque era él quien había lanzado el desafío. Cuando el capitán Evans vio que no había nada que hacer con él, cogió su bastón y empezó a

golpearle con furia; pero el contramaestre, que no podía soportar semejante afrenta, sacó la pistola y le pegó un tiro en la cabeza, y Evans cayó muerto. El contramaestre inmediatamente saltó por la borda y nadó hacia la playa; pero arriaron el bote rápidamente, salieron tras él y lo devolvieron a bordo.

Esta manera de muerte del capitán enfureció a toda la tripulación, por lo que resolvió que el criminal debía morir con las más intensas torturas; pero mientras deliberaban el castigo, el artillero, en un arrebato de cólera, le descargó un pistoletazo en el cuerpo; aunque no lo mató, y el criminal pidió con palabras conmovedoras que le concediesen una semana tan sólo para arrepentirse; pero otro, llegándose a él, le dijo que tomara arrepentimiento, y sin más ceremonia lo mató de un disparo.

Debía haber dicho que cuando soltaron el *Lucretia and Catherine*, los piratas retuvieron a su piloto, que ahora era el único hombre a bordo que entendía de navegación, y le pidieron que tomase el mando de la balandra y ocupase el puesto del capitán Evans muerto. Pero él les rogó que le dispensasen de tal honor, y finalmente lo rechazó; entonces acordaron disolver la compañía y dejar al piloto dueño de la nave; así que desembarcaron en las Caimanes, y se repartieron unas nueve mil libras entre los treinta. Y como el tiempo era bueno, el piloto y un muchacho llevaron la nave a Port Royal, Jamaica.

CAPÍTULO XV
Del capitán John Phillips y su tripulación

John Phillips había aprendido el oficio de carpintero; y cuando viajaba a Terranova en el *Good Fortune*, barco de la ruta occidental, fue apresado por Anstis al día siguiente de separarse éste de su consorte y comodoro el capitán Roberts. Phillips se adaptó pronto a la vida pirata, y como era de carácter despierto, lo nombraron carpintero del barco, porque al principio su ambición no llegaba a más; y como tal siguió hasta que se disolvieron en Tobago, y fue uno de los que regresaron a casa en una balandra que, como he contado ya, hundieron en el canal de Bristol.

Su estancia en Inglaterra no fue larga, porque en la primera visita que hizo a sus amigos de Devonshire se enteró de la mala suerte de algunos compañeros, a saber: que habían sido apresados y encarcelados en Bristol. Y como tenía buenos motivos para olfatear peligro en unos vientos que soplaban del mismo cuadrante, se dirigió sin más demora a Topsham, el puerto más cercano, y allí embarcó con un tal capitán Wadham, en un viaje de ida y vuelta a Terranova; vuelta que, dicho sea de paso, el señor Phillips no pensaba hacer, ni pisar Inglaterra nunca más. Así que cuando el barco tocó el puerto de Petty, Terranova, huyó, entró de limpiador de temporada en la pesquería; aunque sólo hasta que se le presentase la ocasión de reemprender sus antiguas bellaquerías, para lo cual tramó con varios otros compañeros de trabajo apoderarse de una de las naves que había en el puerto y lanzarse a piratear. Conque acordaron el momento: sería el 29 de agosto de 1723, por la noche. Pero no sé si los asaltaron los escrúpulos, o los temores, el caso es que de dieciséis hombres que estaban en esta maquinación al final sólo respondieron cinco. No obstante, Phillips se mostró partidario de seguir adelante aún con este reducido número, asegurando a sus compañeros que no tardarían en ser más; y tras mostrarse de acuerdo todos, se apoderaron de una nave y salieron del puerto.

La primera tarea ahora era nombrar oficiales, redactar un código y establecer una pequeña república para impedir peleas y discusiones después; y así fueron elegidos: John Phillips capitán, John Nutt maestro (o navegante); James Sparks, artillero; Thomas Fern, carpintero; y William White se quedó como el único marinero raso de la tripulación. Hecho esto, uno de ellos redactó el código (que a continuación reproducimos textualmente), y sobre un hacha, a falta de Biblia, juraron todos respetarlo.

Código a bordo de la *Revenge*

1

Todos y cada uno están obligados a acatar el siguiente mandamiento: el capitán recibirá una parte y media en todas las presas; el maestro, el carpintero, el contramaestre y el artillero recibirán una y cuarto.

2

El que proponga huir, o guarde algún secreto a la compañía, será abandonado en un paraje desierto, con una botella de pólvora, otra de agua, un arma y munición.

3

Al que robe algo a la compañía, o escamotee el valor de una pieza de a ocho, se le pegará un tiro o abandonará en un paraje desierto.

4

En caso de encontrarnos con otro bucanero (o sea otro pirata), el que firme su código sin consentimiento de nuestra compañía sufrirá el castigo que el capitán y la compañía estimen adecuado.

5

Todo el que golpee a otro mientras esté en vigor este código recibirá la Ley de Moisés (a saber: 40 latigazos menos uno) en la espalda desnuda.

6

El que dispare su arma en la bodega, o fume sin tapa en la pipa, o lleve una vela encendida fuera de la linterna, sufrirá el mismo castigo que establece el artículo anterior.

7

El que no mantenga sus armas limpias y prestas para el combate, o desatienda su cometido, se quedará sin su parte y sufrirá el castigo que acuerden el capitán y la compañía.

8

El que pierda una parte de brazo o pierna en un combate recibirá 400 piezas de a ocho; si pierde el miembro entero, 800.

9

En caso de encontrarnos con una mujer prudente, el que intente hacer algo con ella sin su consentimiento morirá de manera inmediata.

Así preparada salió esta intrépida tripulación, y antes de abandonar los bancos apresaron varios pesqueros, de los que consiguieron algunos hombres, unos franceses y otros ingleses, y seguidamente pusieron rumbo a las Indias Occidentales. De uno de estos pesqueros se llevaron a John *Rose* Archer, al que por haber sido pirata con el famoso Barbanegra eligieron al punto cabo de brigadas de la compañía saltándose a todos los demás; ascenso repentino que desagradó a algunos veteranos, y sobre todo a Fern, el carpintero, que a partir de ese momento creó cierto malestar a bordo, como veremos más adelante.

Llegaron frente a Barbados a primeros de octubre, y estuvieron cruzando por allí y entre otras islas más de tres meses sin topar con ninguna nave, de manera que casi estuvieron a punto de perecer de hambre por falta de provisiones, al extremo de asignar una libra de carne al día para los diez; por último dieron con un barco de la Martinica, de 12 cañones y 35 hombres, muy superior en fuerza, y con el que no se habrían atrevido en otras circunstancias; pero «el hambre es capaz

de derribar murallas», de manera que resolvieron mostrar bandera negra a los franceses, y si esto no daba resultado, irían a buscar a otra parte. Conque se pusieron con toda osadía al costado de la balandra, con los colores piratas tremolando, y dijeron que si no se rendían inmediatamente no les darían cuartel; esto intimidó de tal manera a los franceses que no dispararon un solo cañón. Esta balandra los abasteció suficientemente: tomaron sus provisiones, y cuatro hombres, y la dejaron en libertad. Poco después apresaron una balandra de Nueva York y un barco de Virginia, patrón Huffam.

Como necesitaban limpiar la nave, Phillips propuso hacerlo en Tobago, donde la compañía a la que había pertenecido al principio, mandada por Anstis y Fenn, se había disuelto; para convencerlos les dijo que al irse él de la isla habían quedado seis u ocho de la compañía que no querían ir a Inglaterra, con tres negros. Así que se dirigieron a dicha isla; y después de minuciosa exploración sólo encontraron a uno de los negros, llamado Pedro, que informó al capitán Phillips de que el resto habían sido apresados por la tripulación de un buque de guerra, y ahorcados en Antigua, entre ellos Penn, su capitán.

Tomaron a Pedro con ellos, se pusieron seguidamente a trabajar, y carenaron la nave; y justo cuando habían terminado vieron entrar el bote de un buque de guerra que andaba patrullando a sotavento de la isla. No es difícil adivinar con qué encargo era enviado; así que no perdieron tiempo, y en cuanto se fue el bote pusieron a flote la nave y se escabulleron por barlovento, dejando detrás a los cuatro franceses que habían apresado en la balandra de la Martinica.

A los pocos días apresaron un esnón con pocos hombres a bordo, y subieron a tomar posesión de él Fern el carpintero, un tal William Phillips, Wood y Taylor. Fern, que no olvidaba la afrenta de que hubieran preferido a Archer antes que a él, decidió marcharse con la presa, y convenció al resto para que le secundara. Pero Phillips, el capitán, que estaba alerta, se dio cuenta de la intención, y les dio caza; y cuando llegó a su altura entabló una refriega en la que murió Wood y William Phillips fue herido en una pierna. Después de esto se rindieron los otros dos. No había cirujano a bordo, así que tras docta deliberación decidieron que había que cortarle la pierna a Phillips; la dificultad estaba en quién debía realizar la operación. Finalmente concluyeron que el más indicado era el carpintero; así que fue éste por el serrucho más grande, cogió la pierna por debajo del brazo, y se la cercenó en menos tiempo del que hubiera tardado en cortar un listón. A continuación calentó el hacha al rojo y cauterizó la herida; aunque no con tanto arte como la operación anterior, porque le quemó la carne más allá del lugar de la amputación, y podía haberle provocado gangrena. Sin embargo, la naturaleza

realizó la última cura sin otra ayuda.

De Tobago subieron hacia el norte y apresaron un portugués que se dirigía a Brasil, con dos o tres balandras de Jamaica, en una de las cuales pretendió irse Fern, el carpintero; y Phillips, el capitán, lo mató conforme a lo estipulado en el código. Otro tuvo el mismo fin unos días después por intentar lo mismo. Este rigor hizo que fuera sumamente peligroso tratar de escapar; el terror hizo que varios firmaran el código y se incorporaran en silencio, en espera de una liberación que no veían demasiado probable; y de haber sido apresados antes de que estas circunstancias se aparejasen a sus acciones y comportamientos, y no después como ocurrió, poniendo de manifiesto su inocencia, el tribunal de Almirantazgo podía haberlos condenado a muerte; porque muy sólidas han de ser las pruebas a su favor para contrarrestar el haber sido detenidos a bordo de una nave dedicada a la piratería en la que han estado ayudando de manera efectiva.

Así, la consumada ruindad de unos pocos malvados que no temían a Dios ni al diablo, como solía proclamar de manera blasfema este Phillips, volvió desesperada la situación de muchos hombres honrados.

El 25 de marzo apresaron dos barcos de Virginia que se dirigían a Londres; el patrón de una de ellas se llamaba John Phillips, igual que el capitán pirata, y el de la otra Robert Mortimer, un joven despierto que merecía mejor destino que el que encontró. Phillips, el pirata, se hallaba en el barco del capitán Mortimer mientras trasladaban su tripulación a la balandra; y al atracar al costado el bote para regresar, uno de los piratas llamó a Phillips y le dijo que había un motín a bordo de la nave de ellos; Mortimer tenía dos hombres en su barco, y también el capitán pirata; así que le pareció que era una ocasión para recuperar el barco, y directamente cogió una cabilla y descargó un golpe a Phillips en la cabeza, produciéndole una herida considerable; pero el pirata se recobró e hirió a Mortimer con su sable; a su vez, los dos piratas que había a bordo acudieron en auxilio del capitán Phillips, y despedazaron al capitán Mortimer mientras sus dos hombres permanecían a un lado sin hacer nada.

Era el primer viaje en que Mortimer tenía el mando de una nave, y su muerte dejó una viuda hundida en la aflicción, más por el mutuo amor y fidelidad en que vivían que por la pérdida de lo que habría sido un medio de vida holgado y generoso para ellos y sus hijos, a los que a mi juicio deberían proveer ahora las arcas públicas, dado que cayó en acto de servicio al bien común; porque de haber tenido éxito su intento, no sólo habría recuperado su barco, sino que con toda probabilidad habría vencido y eliminado al enemigo, porque había varios, como se

supo después, que habrían secundado tal acción una vez que la hubieran visto iniciada.

Este intento acabó sin más consecuencias después de encerrar bajo estricta vigilancia a un hermano del capitán Mortimer que iba a bordo, a fin de darle muerte también; pero tuvo la suerte de contar con paisanos entre la tripulación que lo escondieron durante veinticuatro horas en una vela de estay hasta que se aplacaron los ánimos, y por ese medio pudo sustraerse al destino que le tenían reservado.

Del otro buque de Virginia al que hemos hecho alusión se llevaron a un tal Edward Cheeseman, carpintero, para que ocupara el puesto de Fern, el anterior carpintero. Era un joven modesto, sobrio, muy contrario a sus prácticas ilícitas, y bastante valiente. Un tal John Philmore de Ipswich, anteriormente tomado por ellos, ordenó a Cheeseman que se pusiese a los remos y lo llevase a bordo del barco de Mortimer, del que los piratas se habían apropiado; y al ver la mala gana y desagrado con que iba Cheeseman, le confió que estaba dispuesto a unirse a él, llegado el caso, para derribar el gobierno pirata, contándole además su actual situación, qué dificultades había encontrado Phillips para formar su compañía, cuán pocos piratas voluntarios había a bordo, etcétera. Pero aunque todo esto parecía plausible, Cheeseman, por prudencia, rechazó su ofrecimiento de ayuda, hasta que vio pruebas de su sinceridad, de la que pocos días después se convenció, y entonces deliberaron muchas veces; pero como los piratas veteranos estaban siempre celosos de los recién llegados, y consiguientemente atentos a cómo se comportaban, estas deliberaciones las hacían con la más grande precaución, mayormente cuando estaban acostados fingiendo dormir, y otras veces cuando jugaban a las cartas, como simulaban los dos para poder hablar.

Los piratas pusieron rumbo a Terranova (robando y saqueando sin parar toda clase de barcos y naves por el camino), donde se proponían incorporar más hombres y hacer todo el daño que pudieran en los bancos y puertos.

Terranova es una isla del continente norte de América, situada entre 46° y 53° latitud Norte, descubierta por Sebastián Cabot en el año 1497, aunque no se colonizó hasta 1610; cuando el señor Guy de Bristol reavivó el caso, obtuvo una patente y consiguió que lo nombrasen gobernador. Los nativos han abandonado esta isla, y nosotros la tenemos descuidada, de manera que hoy es una región deshabitada y boscosa; en cuanto a la costa y puertos, sólo los conservamos por el interés de la pesca del bacalao, que es por lo único que se han creado.

Hay numerosos y cómodos abrigos y bahías que se adentran profundamente en la isla, por lo que resulta fácil hacer llegar rápidamente por tierra cualquier noticia de un puerto a otro; especialmente entre los principales, el de San Juan y el de Placentia, cuando la aparición de un enemigo les hace percibir peligro.

Pueden curar y exportar unos 100.000 quintales (100 libras cada uno) de pescado anualmente, lo que produce beneficios a Inglaterra en dinero y productos básicos de Portugal, España e Italia. Como también consume abundante ron, melazas y azúcar, productos de nuestras colonias de las Indias Occidentales, y cada temporada da empleo a numerosos pescadores de nuestro país, por cuya industria y trabajo únicamente tiene salida este pescado, muy bien se puede considerar un sector provechoso de nuestro comercio.

Pero como el propósito de esta digresión no es dar una idea de la región y su pesca, sino señalar cómo contribuye accidentalmente a la aparición de piratas, o más bien al fomento de los ya aparecidos, diré:

Primero: que los pesqueros de nuestra costa occidental, o sea de Tosham, Barnstable y Bristol, que son los que principalmente van allí a hacer la temporada, llevan un número considerable de infelices que trabajan por un salario de miseria, y que sólo les sirve para pagarse el viaje de regreso a Inglaterra. Cuando los barcos de Terranova abandonaron esas aguas, a la llegada del invierno, en 1720, el número de tales pasajeros fue de 1.100. Éstos, durante la época de actividad (la dureza del trabajo y el frío de las noches los castigan enormemente), son muy dados a beber *black strap* (un aguardiente, corriente allí, que hacen con ron, melaza y una especie de cerveza de pino), razón por la que la mayoría se entrampa y después se ve en la necesidad de aceptar un duro contrato de servidumbre para su mantenimiento durante el invierno, empresa nada pequeña, desde luego, si se tiene en cuenta la pobreza de la región y las provisiones que se almacenan, y que siempre resultan escasas en proporción al número de personas que permanecen allí en invierno, unas 17 o 18.000 por lo general. Los patronos que residen allí consideran que los beneficios que sacan de las necesidades de estos infelices no son ni más ni menos que una ganancia legal, y o bien les hacen firmar contratos para el verano siguiente, o les venden provisiones a unos precios exorbitantes: por un pan se paga de 15 a 50 chelines una vez que los barcos han partido, y de ese tenor todos los demás alimentos; de manera que como no pueden subsistir por sí mismos, ni liquidar sus deudas con los patronos, a veces huyen en chalupas o botes y se inician en la piratería, como habían hecho Phillips y sus compañeros, de los que tratamos ahora.

Y segundo (y más oportuno para ellos), son visitados casi cada verano por algún grupo de piratas ya formado que acude con el mismo propósito (si acaban de empezar), y a abastecerse de agua y provisiones, muchas o pocas, que importan todos los barcos que se dedican a este ramo.

A esta región se dirigía Phillips, y se llevó en el viaje, además de los mencionados, a un tal Salter, en una balandra, frente a la isla de Sables, nave que se quedaron para su propio uso, y dieron al patrón y su tripulación el barco de Mortimer. El mismo día, 4 de abril, apresaron una goleta, patrón un tal Chadwell, que se pusieron a desfondar para hundirla; pero al enterarse el capitán Phillips de que pertenecía al señor Minors de Terranova, con cuya nave se había iniciado él en la piratería, sintió en las tripas un retortijón de conciencia, y dijo a sus compañeros: «Ya hemos hecho bastante daño»; mandó reparar inmediatamente el destrozo, y la devolvió a su patrón.

Esa tarde persiguieron otra nave, y le dieron alcance ya de noche; su patrón era un santo de Terranova llamado Dependance Ellery, quien tomando a Phillips por un hombre de cubierta, le dijo que la razón de darle trabajo en alcanzarlo era haberle tomado por un pirata; cosa que enojó a estos hombres de honor, por lo que hicieron bailar en cubierta al pobre Dependance hasta que no pudo más.

En espacio de pocos días corrieron la misma suerte varias otras naves, cuyos patrones fueron: Joshua Elwell, Samuel Elwell, el señor Combs, el señor Lansly, James Babston, Edward Freeman, el señor Start, Obadiah Beal, Erick Erickson y Benjamín Wheeler.

El 14 de abril apresaron una balandra de cabo Ann, patrón Andrew Harradine; les pareció esta nave más apta para sus fines, embarcaron en ella, y retuvieron sólo al patrón como prisionero, mandando a la tripulación de Harradine a la nave de Salter, que habían retenido hasta ahora. Cheeseman, el carpintero, logró captar a este Harradine para su causa, consistente en eliminar a la tripulación, y que llevaron a cabo pocos días después.

Harradine y el resto eran partidarios de actuar por la noche, pensando que así podrían sorprenderlos mejor; porque creían que era peligroso atacar a Nutt, el maestro de navegación, individuo de gran fuerza e igual valor, sin armas de fuego; sin embargo Cheeseman, que era muy decidido, se mostró partidario de actuar de día, porque así habría menos peligro de confusión; en cuanto al maestro, ofreció ocuparse personalmente de él: así que acordaron que fuera a las 12 del mediodía; y llegado el momento, Cheeseman dejó sus herramientas en la cubierta como si fuese

a utilizarlas, y se dirigió a popa; y al notar ciertos signos de apocamiento en Harradine regresó, cogió su botella de aguardiente, le dio a beber un trago, después a los demás, y a continuación brindó él a la salud del maestro y del contramaestre: «Por el próximo encuentro»; y empinó la botella. Seguidamente dio un paseo con Nutt, preguntándole qué pensaba del tiempo y cosas así. Entre tanto Philmore cogió el hacha y volviéndola de filo, como jugando, guiñó un ojo a Cheeseman en señal de que estaba preparado; entonces cogió Cheeseman a Nutt por el cuello, le metió la otra mano entre las piernas y lo lanzó por un costado de la nave; pero éste, agarrándole de la manga, exclamó: «¡Por el amor de Dios, carpintero, qué vas a hacer!» Pero el carpintero le contestó que era tonta la pregunta: «Porque —dijo—, eres hombre muerto.» Y le descargó un golpe en el brazo; perdió Nutt sujeción, cayó al agua, y no volvió a saberse más de él.

A todo esto el contramaestre yacía ya muerto; porque en cuanto Philmore vio agarrado al maestro levantó el hacha y le abrió la cabeza en dos. El ruido atrajo al capitán a cubierta, y Cheeseman lo saludó descargándole un golpe con el mallo que le rompió la mandíbula, aunque no lo derribó; llegó entonces Harradine con el hacha del carpintero, pero al querer interponerse Sparks, el artillero, entre él y el capitán Phillips, trastabilló Cheeseman y lo arrojó a los brazos de Charles Ivymay, uno de sus compinches, que al punto lo arrojó al mar. Al mismo tiempo Harradine se enfrentó con el citado capitán; Cheeseman no perdió tiempo, sino que saltó de la cubierta a la bodega, y estaba a punto de abrirle la cabeza a Archer, el cabo de brigadas, descargándole dos o tres golpes con el mallo, cuando Harry Giles, un muchacho, se llegó a él por detrás y le pidió que le perdonase la vida como testigo de su propia inocencia, porque teniendo todo el botín y despojo a su custodia, podía parecer que este trágico medio se había emprendido con el fin deshonroso de apoderarse o apropiarse de los efectos por sí mismos. Prevaleció este prudente consejo, y él y tres más fueron reducidos y hechos prisioneros.

Finalizada esta acción, se hicieron cargo del barco, cambiaron el rumbo de Terranova a Boston, y llegaron sin novedad el 3 de mayo siguiente, con gran alegría de toda la provincia.

El 12 de mayo de 1724, un tribunal especial de almirantazgo juzgó a todos estos piratas, juicio en el que John Philmore, Edward Cheeseman, John Combs, Henry Giles, Charles Ivymay, John Bootman y Henry Payne, los siete que se unieron para acabar con los piratas, fueron honrosamente absueltos, junto con tres negros, Pedro, Francisco y Piero. Y John Rose Archer, el cabo de brigadas, William White, William Taylor y William Phillips fueron condenados. A los dos últimos se les aplazó la condena por un año y un día a fin de recomendarlos (aunque no sé

por qué) a la clemencia de Su Majestad. Los dos primeros fueron ejecutados el 2 de junio, y murieron muy contritos, haciendo las siguientes declaraciones en el lugar de ejecución, acompañados de dos graves religiosos que los asistieron.

Últimas palabras de John Rose Archer y Wiliam White, en el momento de su ejecución, en Boston, acaecida el día 2 de junio de 1724, por crímenes de piratería.

En primer lugar, por separado, de Archer:

—Mucho siento mis profanaciones del día del Señor, y las veces que he desobedecido a mis padres.

Así como mis juramentos y mis malas palabras, y haber maldecido el sagrado nombre de Dios.

A lo cual he añadido los pecados contra la castidad, y he hecho méritos para que el Santísimo me abandonara en esta vida criminal de robo y piratería, en la que también me he hecho culpable de asesinato.

Pero el mal que me ha conducido más que ningún otro a todos los demás han sido mis borracheras embrutecedoras. Porque la bebida fuerte me ha endurecido e inducido a crímenes que ahora son para mí más amargos que la muerte.

Desde aquí pido a los que gobiernan las naves que no traten a sus hombres con demasiada crudeza, como hacen muchos, porque eso los expone a grandes tentaciones.

Y las de White:

—Ahora, con gran dolor, recojo el fruto de la desobediencia a mis padres, que se esforzaron en instruirme en la Biblia y el catecismo.

Y los de mi abandono del culto público a Dios y mi profanación de los domingos.

Y de haber maldecido el nombre de Dios, mi creador.

Pero mi embriaguez ha sido la gran mano que ha traído la ruina sobre mí: porque estaba borracho cuando fui tentado a bordo del pirata. Y ahora, por todas las fechorías que he cometido a bordo, reconozco la justicia de Dios y del hombre en lo que respecta a mí.

De los dos juntos:

Abjuramos y abominamos sinceramente de los pecados cuyo peso agobia nuestra conciencia.

Advertimos al mundo, y en particular a los jóvenes, contra estos pecados, y pedimos a todos que escarmienten en nosotros.

Suplicamos perdón, por Jesucristo Nuestro Salvador; en quien depositamos nuestra esperanza. ¡Ojalá su sangre lave nuestra culpa roja y escarlata!

Ahora vemos la dureza de nuestro corazón, que ha estado lleno de maldad, y alzamos los ojos a Dios para pedirle que renueve su gracia en nosotros.

Damos gracias a Dios por habernos concedido tiempo para arrepentirnos, y no habernos sacado de este mundo empapados en nuestras maldades.

No hemos perdido la esperanza de que Dios haya velado por la salvación de nuestra alma.

Nos damos cuenta de nuestra absoluta necesidad de la justicia de Cristo, y por ella somos justificados ante Dios; y por eso renunciamos a toda dependencia de nosotros mismos.

Humildemente agradecemos a los ministros de Cristo los grandes trabajos que han tomado sobre si por nuestro bien. Dios premie sus bondades.

No desesperamos de alcanzar su clemencia; pero esperamos que al morir; por intercesión de Cristo, hallemos clemencia en Dios, y seamos recibidos en su reino.

Y deseamos que otros, en especial la gente de mar; alcancen el bien por lo que en este día ven que nos acontece a nosotros.

Declarado en presencia de: J. W. D. M.

CAPÍTULO XVI

Del capitán Francis Spriggs y su tripulación

Spriggs navegó bastante tiempo con Low, y creo que se separó con él de Lowther. Era el cabo de brigadas de la compañía, y por tanto tuvo mucha participación en las atrocidades cometidas por esta banda execrable, hasta que se dividió, que fue en las pasadas Navidades (1723), cuando Low apresó en la costa de Guinea un barco de 12 cañones llamado el *Delight* (antes buque de guerra *Squirrel)*, mandado por el capitán Hunt. Spriggs tomó posesión del barco con 18 hombres, dejó a Low por la noche y puso rumbo a las Indias Occidentales. La causa de esta separación fue una pelea con Low a propósito de un castigo aplicado a uno de la tripulación por matar a un hombre a sangre fría, como ellos dicen; el uno insistía en que se le debía ahorcar y el otro en que no.

Un día o dos después de separarse, Spriggs fue elegido capitán por el resto, confeccionaron la enseña negra a la que llamaron *Jolly Roger*, con el mismo motivo que la del capitán Low, o sea un esqueleto blanco en el centro, con un dardo en una mano atravesando un corazón sangrante, y en la otra una ampolleta; una vez terminada la izaron, dispararon todos los cañones para saludar a su capitán y a sí mismos, y seguidamente emprendieron la búsqueda de una presa.

En el viaje a las Indias Occidentales, estos piratas apresaron un bricbarca portugués del que obtuvieron un sustancioso botín; pero no conformes con esto, decidieron que querían jugar un poco con los hombres, así que les mandaron una *sudada*, más para diversión de los brutos que para salud de los infelices; el juego consiste en lo siguiente: se pegan velas encendidas en círculo alrededor del palo de mesana, entre cubiertas, en el que entran los pacientes por turno; fuera de las velas se apostan todos los piratas que puedan, formando otro círculo, armados con navajas, dagas, horquillas, compases, etc., y mientras el hombre de dentro da vueltas y vueltas corriendo y tocando música al mismo tiempo, le pinchan con esos instrumentos. Esto dura normalmente de 10 a 12 minutos, que es lo más que el infeliz puede resistir. Al terminar la sudada dieron a los portugueses su propio bote, con una pequeña cantidad de provisiones, y prendieron fuego a su nave.

Cerca de la isla de Santa Lucía apresaron una balandra de Barbados que saquearon y quemaron después, forzando a algunos de sus hombres a firmar su código, golpearon y tajaron bárbaramente a los demás por negarse, y después los dejaron en el bote; más tarde consiguieron llegar a Barbados.

La siguiente presa fue un barco de la Martinica, a cuyos hombres dieron tan mal trato como a los anteriores, aunque no les quemaron el barco. Unos días más tarde, navegando hacia sotavento, apresaron a un tal capitán Hawkins que volvía de Jamaica cargado principalmente de campeche; a éste le quitaron repuestos, armas, munición y otras cosas que les convenían, y lo que no les interesaba lo arrojaron por la borda o lo destruyeron; hicieron trizas los cables, rompieron las ventanas, y se tomaron todas las molestias del mundo para causar el mayor daño posible. Se llevaron a la fuerza al señor Burridge y al señor Stephens, los dos pilotos, además de otros hombres; y después de retener el barco del 22 al 29 de marzo, lo soltaron. El 27 apresaron una balandra de Rhode Island, capitán Pike, y obligaron a todos sus hombres a embarcar con ellos; pero al piloto, que era hombre serio y formal, y tenía muy pocas ganas de ir en su compañía, le dijeron que le iban a dar el despido y que ahora mismo se lo iban a firmar en la espalda, y lo condenaron a recibir de cada hombre del barco diez latigazos, lo que ejecutaron con todo rigor.

Al día siguiente el señor Burridge, piloto del capitán Hawkins, firmó el código, lo que les resultó tan halagador (dado que era experto y buen navegante) que le dedicaron tres hurras, dispararon todos los cañones del barco, y lo nombraron maestro. Pasaron el día en bulliciosa alegría, rugiendo y bebiendo a la salud de un montón de gente, entre ellas, equivocadamente, a la del rey Jorge II; porque debo decir que de cuando en cuando a esta chusma le acomete un súbito acceso de lealtad, con la esperanza de que llegue un edicto de gracia; parece ser que el capitán Pike había oído en Jamaica que había muerto el Rey, así que los piratas izaron su enseña a media asta (señal de duelo), y aclamaron a Su Alteza Real, diciendo que no dudaban que en espacio de doce meses habría un perdón general, al que se acogerían y abrazarían; pero que si quedaban excluidos, maldita sea, matarían a todo inglés que cayese en sus manos.

El 2 de abril avistaron una vela y le estuvieron dando caza hasta las 12 de la noche. Cuando la alcanzaron, creyendo que era un español, le mandaron una andanada con metralla gruesa y pequeña, a la que siguió otra; pero al pedir cuartel el barco de manera lastimera, suplicando que dejasen de disparar, cesaron el fuego y ordenaron que el capitán fuera a bordo de ellos, cosa que hizo. Y qué desencanto se llevaron los granujas cuando descubrieron que se trataba de su viejo conocido el capitán Hawkins, al que habían soltado tres días antes sin un penique. Fue tal su frustración que decidieron hacerle pagar el haberse cruzado en su camino, aunque era lo que menos hubiera querido; rodearon unos 15 al pobre hombre con afilados machetes, y se arrojaron sobre él, que cayó cuan largo era en la cubierta. En ese instante se interpuso Burridge, y suplicó vehementemente que le perdonasen la

vida, súplica a la que finalmente accedieron los villanos. Y como la mayoría estaban borrachos, lo que es habitual en ellos cuando llega la noche, acordaron por unanimidad hacer una hoguera con el barco de Hawkins: pusieron inmediatamente en práctica esta idea, y a la media hora ardía en llamas todo entero.

Después de esto quisieron un poco más de diversión, así que mandaron traer al capitán Hawkins a la cámara para invitarlo a cenar; y la comida que le pusieron delante fue un plato de velas, que le obligaron a comer con una espada y una pistola pegadas al pecho todo el rato; cuando terminó lo abofetearon y lo mandaron con los demás prisioneros, a los que habían tratado con igual delicadeza.

Dos días más tarde fondearon en una isla deshabitada llamada Roatan, cerca de la bahía de Honduras, aquí desembarcaron al capitán Hawkins y varios hombres más (uno de ellos su pasajero, que murió a causa de los sufrimientos soportados). Les dieron pólvora y balas, y un mosquete para que se las arreglasen como pudieran, y zarparon al día siguiente en busca de otras aventuras.

El capitán Hawkins y sus infortunados compañeros permanecieron 10 días en esta isla, alimentándose de pescado y aves que allí había, y al término de este tiempo llegaron en una canoa dos hombres que habían sido abandonados en otra isla cerca de Bonacca, adonde llevaron al grupo abandonado en varios viajes, ya que tenía una buena fuente de agua dulce, abundante pescado, *etc.* Dos días después avistaron una balandra en la mar que, al ver un gran humo que habían hecho, se acercó y se los llevó. Era el *Merriam*, capitán Jones, que acababa de huir de la bahía de Honduras, donde había estado a punto de ser apresado por los españoles.

En una isla más a occidente los piratas limpiaron el barco y zarparon rumbo a la isla de San Cristóbal, al acecho de un tal capitán Moore que mandaba la balandra *Eagle*, que había capturado la de Lowther cuando estaba carenando en Blanquilla. Spriggs había decidido darle muerte en cuanto lo apresara, por atacar a su amigo y hermano; pero en vez de topar con Moore lo hizo con un buque de guerra francés, de la Martinica, en la costa. Y Spriggs, al no parecerle prudente enfrentarse con él, huyó con toda la vela que pudo poner; el francés se lanzó tras él, y estaba a punto de hablar con el señor Spriggs, cuando tuvo la mala suerte de que se le cayera sobre la cubierta el mastelero mayor, lo que lo obligó a abandonar la persecución.

Spriggs puso rumbo norte, hacia las Bermudas, donde apresó una goleta de Boston; hizo prisioneros a todos los hombres, hundió la nave, y tuvo la desfachatez de decir a los oficiales que se proponía aumentar su compañía en los bancos de Terranova, y que después pondría rumbo a la costa de Nueva Inglaterra en busca del capitán Solgard, que había atacado y apresado a su consorte Charles Harris; en aquella ocasión iba Spriggs en la balandra de Low, que había tenido que huir ligero para salvarse. Los piratas preguntaron al patrón si conocía al capitán Solgard, pero les respondió que no; hicieron a otro la misma pregunta, y finalmente a un tercero, que dijo que lo conocía muy bien, al oír lo cual mandó Spriggs que le hicieran sudar, cosa que llevaron a efecto de la forma que he explicado antes.

En vez de dirigirse a Terranova como habían anunciado, los piratas regresaron a las Antillas, y el 4 de junio de 1724, a sotavento de la isla de San Cristóbal, apresaron una balandra de Santa Eustaquia, patrón Nicholas Trot; y como querían un poco de diversión, izaron a los hombres hasta las cofas del palo mayor y trinquete, y los soltaron a continuación, lo que fue suficiente para romperles los huesos; y después de lisiados mediante este procedimiento, y de azotarlos en la cubierta, devolvieron a Trot su balandra y lo dejaron en libertad, reteniendo sólo a 2 de sus hombres, además de saquear la nave.

Dos o tres días después apresaron un barco que hacía viaje de Rhode Island a San Cristóbal cargado con provisiones y unos cuantos caballos. Los piratas montaron los caballos y cabalgaron por la cubierta, adelante y atrás, a todo galope, como si estuviesen en una carrera de New-Market, maldiciendo y blasfemando y dando tales voces que hacían enloquecer a los animales. Finalmente dos o tres arrojaron a sus jinetes, y éstos, en represalia, se abalanzaron sobre los tripulantes del barco y los azotaron, golpearon y tajaron bárbaramente, diciéndoles que era por llevar caballos sin botas ni espuelas, a causa de lo cual no podían cabalgar debidamente.

Después de esto Spriggs fue lo bastante osado para cruzar frente a Port Royal, en la isla de Jamaica, y apresar y saquear una balandra a la vista de ese puerto; tras lo cual, el *Diamond* y el *Spence*, dos buques de guerra allí fondeados, salieron en pos del pirata; pero lo perdieron de vista en la costa de esa isla, y uno de ellos regresó a puerto y el otro continuó la persecución hasta la bahía de Honduras, donde pensó el buque de guerra que probablemente se había metido, como efectivamente así era; porque Spriggs, que había apresado una balandra poco antes, puso en ella a un tal Shipton con 40 hombres, y se dirigió a dicha bahía, donde apresó diez o doce barcos ingleses y naves que iban allí por campeche, *etc.* Y

mientras saqueaba estas presas, le dio alcance el buque de guerra que le mandó una andanada. Esto produjo gran consternación entre los piratas. Sin embargo, devolvieron varios disparos al buque de guerra, aunque no creyeron oportuno hacerle frente, sino que sacaron los remos con la mayor celeridad y, dado que había poco viento, consiguieron adentrarse en bajíos y escapar.

Gracias a esta oportuna ayuda los armadores recobraron la mayoría de sus barcos, aunque no sin pérdidas, ya que les habían quitado mercancías, provisiones y dinero, además de varios hombres. Salieron los piratas de la bahía, y cruzaron el golfo y el canal de las Bahamas, rumbo al continente de América del Norte, viaje en el que estuvieron a punto de perecer de hambre por falta de víveres; durante este recorrido toparon con una balandra del servicio de la Compañía de los Mares del Sur que se dirigía a La Habana con negros; se quedaron con estos negros, y los pasaron a su barco y su balandra, lo que contribuyó a consumir las escasas provisiones que les quedaban. Dos días después, a principios de 1725, apresaron un barco que hacía viaje de Jamaica a Nueva Inglaterra, y después de saquearlo se dispusieron a pasarle todos los negros que llevaban. Pero al hacerles comprender el capitán de la presa su gran falta de provisiones, y el peligro de morir de hambre si se los llevaba, lo dejaron en libertad, obligándolo a llevarse sólo diez, a los que dejó en Carolina del Sur, donde tuvo que entrar por agua y provisiones.

Después de esto Spriggs topó frente a Rhode Island con el capitán Durfy, al que saqueó de la manera habitual; pero decidió que los negros fueran con él, así que puso 25 a bordo de su nave, y le quitó a sus hombres, dejando que el capitán Durfy se las arreglase como pudiese con este puñado de negros.

Abastecido Spriggs de provisiones y pertrechos de las naves recién apresadas, cambió de rumbo, por el tiempo frío y los temporales, y se dirigió a latitudes más cálidas; y después de limpiar fondos y descansar en una pequeña isla, acordó con su compañía hacer otra visita a la bahía de Honduras, adonde se dirigió y donde apresó dieciséis naves, una de las cuales quemó, dándole a su capitán, Kelsey, la lancha de su barco, para él y toda la compañía; y como tenían buen tiempo, llegaron a salvo a la isla deshabitada de Bonacca, donde estuvieron hasta que pasó una balandra y se los llevó de dicha isla.

Spriggs y Shipton abandonaron la bahía de noche con intención de dirigirse a las islas Bahamas; pero frente al extremo oeste de Cuba toparon otra vez con el buque de guerra antes mencionado, que los persiguió hasta la costa de Florida, donde Shipton embarrancó y perdió la balandra. Los hombres escaparon a tierra, pero cayeron en manos de los indios, que mataron y se comieron 16 de ellos, y

trasladaron unos 49 a La Habana. Shipton, el capitán, y 12 más huyeron en una canoa; pero perseguidos por el bote del buque de guerra, se vieron obligados a abandonarla también; y la canoa, con cuatro negros y un pirata, y unas 2.000 libras en oro, cayó prisionera del *Diamond*.

En cuanto a Spriggs, logró salvarse, se dirigió hacia el continente, y apresó varias embarcaciones más; pero fue perseguido hasta tierra por el *Spence*, que le quemó el barco, pero la tripulación escapó al bosque.

CAPÍTULO XVII
Del capitán John Smith y su tripulación

John Smith, alias *Gow*, de unos treinta y cinco años de edad, nació en Cariston, islas Orcadas, y había trabajado en la mar varios años, unas veces en buques de guerra y otras en mercantes. En el mes de julio embarcó en Rotterdam con un tal capitán Ferneau, en un barco llamado el *George*, de cerca de 200 toneladas y 20 cañones, en el puesto de segundo oficial y artillero. Lo hizo con intención de dedicar dicho barco a la piratería, y erigirse en su comandante; para ello se asoció con un tal Swan, antiguo amigo y compañero en el buque de Su Majestad el *Suffolk.* En connivencia con Smith, embarca Swan con el mismo capitán, que lo nombra contramaestre. Pero al intentar atraerse a su causa a otros hombres que se habían enrolado para el mismo viaje fue descubierto, y un tal James Belvin delató al capitán la conspiración. El capitán Nerneau no dio crédito a la historia; sin embargo, para no correr riesgos, desembarcó a Swan y uno o dos más; pero como no recelaba de Smith, lo mantuvo en su puesto, y nombró a James Belvin contramaestre en lugar de Swan.

El 1 de agosto de 1724 zarpó el barco de Texel con gran cantidad de dinero para comprar un cargamento en Santa Cruz, frente a Berbería, desde donde debía poner rumbo al Mediterráneo, a Marsella; itinerario que Smith había pensado cambiar, apoderándose del barco en el curso de su primera singladura. Pero al quedarse sin su amigo Swan, no quiso arriesgarse, así que decidió aplazarlo hasta que se presentase una buena ocasión.

El capitán Ferneau era un viejo avinagrado y avaro que escatimaba comida a sus hombres, asignándoles una ración tan enormemente exigua que era causa de descontento general. Smith, segundo oficial, se dedicó a exacerbar cuanto podía esta diferencia entre el capitán y la tripulación, y la agrandó a tal extremo que por mera venganza se mostraron dispuestos a emprender lo que fuese más perjudicial para él. Por otro lado, el viejo Ferneau se mostró decidido a no rebajar un ápice su rigor, sino que amenazó con castigar severamente a los que persistiesen en amotinarse.

Acalladas las advertencias y las amenazas por ambas partes, la cosa se apaciguó, y la gente pareció bastante tranquila; pero Smith no descansó un solo minuto, sino que siguió en su propósito hasta que pudo contar con seis, a saber: un galés llamado James Williams; un irlandés, Daniel McCawley; un escocés, William

Melvin; Peter Rawlinson y James Winter, suecos; y un danés llamado John Peterson, con los que acordó matar a los oficiales y apoderarse del barco, convencidos de que se les unirían más hombres en cuanto vieran el camino desbrozado.

El 3 de noviembre, el *George*, una vez embarcado el cargamento de cera, etc., zarpó de Santa Cruz con rumbo al estrecho. Pero habían concertado llevar a cabo la sangrienta acción esa noche, a las diez, hora en que estaban dormidos todos los que iban a morir, salvo el capitán Ferneau, que se hallaba de guardia en cubierta. Conque bajaron Winter a buscar al cirujano Thomas Guy, Peterson al primer oficial Bonadventure Jelphs, y Daniel McCawley al pobre escribano, y los degollaron sin más. Entre tanto, Melvin y Rawlinson agarraron al capitán para arrojarlo por la borda; en el forcejeo, se zafó de ellos, pero se encontró con Winter con el cuchillo ensangrentado en la mano, y recibió de él una cuchillada en el cuello, aunque no le acertó la garganta; lo atraparon los dos de antes, y forcejearon para arrojarlo al agua. Como no paraba de luchar con sus asesinos, Smith sacó una pistola y le pegó un tiro. Los degollados del entrepuente, o la bodega, no murieron en seguida, sino que andaban arrastrándose; por lo que Williams los remató con las pistolas y los arrojó por la borda. El escribano, o amanuense, suplicó vehementemente que le dejasen rezar sus oraciones, pero lejos de apiadarse, los malvados le replicaron: «Vete al infierno, éste no es momento de rezar», y lo mataron.

Mientras tenía lugar esta escena, redujeron a Belvin, el contramaestre, a Murphy el carpintero, y a Phinnis y Booth que estaban de guardia en la cámara grande, y amenazaron al resto con matarlos si se movían de sus coys, de manera que nadie ofreció la menor resistencia. Cuando terminó todo, hicieron subir a cubierta a la tripulación; y tras nombrarse Smith a sí mismo capitán, les dijo: «Si en adelante sorprendo a alguno de vosotros murmurando, recibirá el mismo trato que los que hemos despachado.»

Así emprendieron sus aventuras piratas; dieron nuevo nombre al barco, llamándolo el *Revenge*, y pusieron rumbo nordeste en busca de negocio.

Su primera presa la hicieron el 18 de noviembre, frente al cabo San Vicente: era de Pool, patrón Thomas Wise, y hacía viaje de Terranova a Cádiz, con pescado, lo que no era de mucho valor para ellos; así que le quitaron hombres, anclas, cables, velas y cuanto les podía hacer algún servicio, y hundieron la nave.

Pusieron rumbo norte unos días después de esto, y dieron alcance a un esnón escocés, de Glasgow, cargado con arenque y salmón, que se dirigía a

Génova, patrón un tal John Somerville. Esta nave también era de poco valor para ellos, de manera que le quitaron lo que les pareció conveniente, y todos los hombres, y la hundieron, como hicieron con la balandra anterior, para impedir que dieran noticia de ellos al llegar a puerto.

Después de esto estuvieron cruzando arriba y abajo ocho o diez días, sin avistar ninguna nave, hasta que resolvieron dirigirse más al norte, a la costa de Galicia, a fin de dar con alguna nave con vino, del que andaban muy necesitados. Al poco tiempo divisaron una vela que parecía tan grande como su propio barco, e inmediatamente fueron en su persecución; pero al darse cuenta los del barco huyeron con toda la vela que tenían, izando los colores franceses, hacia el sur.

Como el francés era muy marinero, tuvo a los piratas detrás tres días, y al final se perdió en una espesa niebla; razón por la que, de haberle dado alcance, sin duda habrían dado muerte a toda la tripulación, por los trabajos que les habían causado. Esto los llevó tan lejos de la costa, y los dejó tan decepcionados, y tan faltos de agua, y de vino, que juzgaron conveniente poner rumbo a Madeira, isla a la que llegaron dos días más tarde. Frente a ella estuvieron cruzando tres o cuatro días, pero como no avistaban nada y estaban hartos de otear, entraron en la rada, fondearon, y mandaron el bote a la playa, armado, a ver si podían abordar uno de los barcos y llevarlo hasta ellos. Pero al darse cuenta de que levantaban recelo por su modo de actuar, no tuvieron ocasión de poner en práctica este plan.

Después de pasar unos días ociosos, y dado que necesitaban intentar algo porque se mantenían con una pequeñísima ración, zarparon de esa rada y pusieron rumbo a Porto Santo, unas diez leguas a barlovento de Madeira, perteneciente a los portugueses. Aquí izaron los colores ingleses y mandaron el bote con la patente de sanidad del capitán Somerville, y un regalo para el gobernador consistente en tres barriles de salmón y seis de arenque, con un mensaje de cortesía, solicitando licencia para cargar agua y provisiones frescas, simulando que se dirigían a las Indias Occidentales.

El gobernador, que aceptó encantado el obsequio, no sólo concedió lo que se le pedía sino que él mismo fue a bordo a presentar sus respetos al capitán inglés, con varias personas. Smith los recibió con bastante corrección, y los agasajó con lo mejor que tenía en el barco, sin dar pie a ninguna sospecha; hasta que al levantarse el gobernador para irse, viendo que no llegaban las provisiones, juzgó conveniente quitarse la careta, y al punto un puñado de individuos, a una orden suya, los rodeó con armas de fuego; y el capitán Smith les hizo saber que permanecerían prisioneros hasta que llegasen a bordo las prometidas provisiones y agua.

A la mañana siguiente, para satisfacción de todas las partes, llegó un gran bote con una vaca y una ternera, gran número de pollos, y siete cubas de agua, que pagaron en cera de abeja; hecho esto liberaron a los prisioneros, y el gobernador fue saludado al irse con cinco cañonazos.

Dado que no habían conseguido nada más en este viaje resolvieron dirigirse a la costa de España y Portugal, porque para ellos era ya demasiado sufrimiento el tiempo que llevaban sin buena bebida; por tanto navegaron todo el día siguiente, y al llegar a veintiocho leguas de la costa apresaron, el 18 de diciembre, el *Batchelor*, un barco de Nueva Inglaterra, mandado por el capitán Benjamín Cross, que iba a Lisboa; pero como no era la presa que necesitaban, empezaron a sentirse muy desanimados; sin embargo, trasladaron al capitán Cross y sus hombres, dieron el barco al capitán Wise, el polaco, y mandaron con él a todos sus hombres, regalándoles treinta y dos balas de cera de los mercaderes holandeses, para compensarles su pérdida.

Ocho o nueve días después de esto toparon con un barco francés de Cádiz cargado con vino, aceite y fruta frente al cabo de Finisterre, a unas veinte leguas, llamado el *Lewis and Joseph*, patrón Henri Mens; era precisamente lo que buscaban, de manera que lo tripularon con algunos hombres propios y salieron a alta mar para poder saquearlo con más tranquilidad, dado que estaban demasiado cerca de tierra. Se llevaron al capitán francés y todos sus hombres, doce en total, trasladaron la mayor parte del cargamento, con cinco cañones, toda la munición, armas de mano, casi todas las provisiones, etc., y dieron el barco al capitán Somerville y al capitán Cross con sus hombres, y dieciséis balas de cera, para que se las repartiesen de la manera que ellos determinasen.

Al día siguiente de haber arreglado estos asuntos avistaron un gran barco a barlovento que llevaba rumbo como hacia ellos; al principio les causó sorpresa, creyendo que se trataba de un buque de guerra portugués; pero al comprobar que era su propio rumbo se pusieron al pairo, hasta que vieron que se trataba de un mercante francés que, supusieron, regresaba de las Indias Occidentales. Pero era de fuerza superior al de Smith, así que éste desistió de atacarlo, dando como razones a la banda que tenían muy pocos hombres, y que algunos no eran de fiar; que llevaban a bordo gran número de prisioneros, y que en estos momentos no tenían ninguna necesidad de emprender una acción arriesgada como debía reconocerse que era ésta.

Casi todos fueron de la opinión de Smith, y acordaron dejarlo; pero Williams, su segundo, se opuso enérgicamente, se enfureció, tachó al capitán de

cobarde, y propuso degollar primero a todos los prisioneros y después enfrentarse al barco, exigiendo osadamente a Smith que diese las órdenes oportunas; y como seguía negándose le disparó un pistoletazo en la cabeza, que sin embargo falló. Winter y Peterson estaban cerca; y al ver tan fuera de sí a Williams se abalanzaron sobre él, y cada uno hizo fuego con su pistola, uno le atravesó el brazo y el otro le dio en el vientre, por lo que cayó; y al creerlo muerto, lo cogieron para arrojarlo por la borda; pero al levantarlo se zafó violentamente de sus manos, saltó a la bodega, y de ahí, desesperadamente, a la santabárbara, con la pistola amartillada en la mano, para hacer saltar el barco por los aires; pero por fortuna lo cogieron cuando había abierto la escotilla para llevar a cabo su resolución.

Una vez inmovilizado este individuo enloquecido, lo maniataron, lo encadenaron y lo pusieron entre los prisioneros, en la bodega. Dos días después, o sea el 6 de enero, toparon con un barco de Bristol que procedía de Terranova y se dirigía a Oporto con pescado; se llamaba el *Triumvirate*, mandado por Joel Davis. No tenían necesidad de pescado, así que dejaron en paz el cargamento; pero le quitaron la mayor parte de las provisiones, munición, velas y pertrechos, forzaron a dos hombres a unirse a su odiosa banda, embarcaron en él a diez de los franceses, y decidieron soltarlo; pero tras deliberar qué hacer con el salvaje de Williams, el segundo, resolvieron ponerlo a bordo también; así que lo embarcaron encadenado, con instrucciones al capitán de que lo entregase al primer buque de guerra que encontrara, a fin de que lo ahorcasen por pirata, pese a su aparente sumisión y todas sus protestas en sentido contrario.

Era ya hora de abandonar la costa de Portugal, porque era razonable pensar que en cuanto el *Triumvirate* entrara en Lisboa informaría de ellos, y consiguientemente mandarían algún barco en su busca; así que celebraron una asamblea y debatieron el asunto; unos se pronunciaron a favor de ir a la costa de Guinea, y otros a las Indias Occidentales; pero Smith tenía su propia opinión, muy distinta de la situación presente. El caso era el siguiente: Smith había cortejado durante mucho tiempo a una joven, hija de un tal señor G***, de las Orcadas, donde se había criado, en cuya casa no era mal recibido; pero como la posición de Smith en el mundo no era entonces precisamente holgada, el caballero le prometió consentir la boda cuando mandase un barco, dado que él le había asegurado a menudo que tenía motivos para esperar que sería pronto; y a decir verdad, me he enterado de que antes de embarcar en el *George*, el señor Smith se esforzó durante algún tiempo en ascender (como ahora para llegar a capitán), a bordo de un mercante inglés que regresaba de Lisboa a Londres, donde fue de contramaestre; pero al no conseguir en esta conspiración captar suficientes hombres para llevar a cabo el plan, lo abandonó; plan que descubrió más tarde en Londres el capitán, e

intentó que prendieran a Smith; y éste fue el motivo de que se marchara a Holanda.

Pero volviendo al punto por donde íbamos, Smith estaba decidido por encima de todo a regresar a su propio país, y reclamar la promesa a su futuro suegro, aunque sin revelarle sus aventuras, y haciendo uso de la mayor discreción para evitar que se enterase de ninguna; y si al final le descubría, imaginaba que no estaría en condiciones de denunciarlo. Así que habló a sus hombres en estos términos:

—Caballeros, es cierto que después de alarmar a la costa no podemos seguir aquí, y la escasez de agua y provisiones hace arriesgados los viajes; además, dado que el barco está sucio, pueden hacerlo zozobrar tanto los enemigos como el mal tiempo; por tanto —dijo—, dirijámonos al norte de Escocia, país que conozco bien porque he nacido y me he criado en él, y donde podemos hacernos menos sospechosos; pasaremos por un barco mercante (con destino al Báltico), arribado allí a causa del mal tiempo, con lo que podremos limpiar y reparar sin peligro, y cargar agua y víveres; para entonces pasará la flota de Groenlandia, entre la que podremos hacer nuestras compras; y si no encontramos mercado en la mar, os diré cómo podemos hacernos ricos en la costa sin riesgos ni peligros; porque aunque cundiese la alarma en la región, antes de que manden ningún buque de guerra podremos concluir nuestro negocio y largarnos a donde nos plazca.

Este discurso hizo el suficiente efecto en la compañía como para arrancarles el consentimiento, y sin más pusieron rumbo norte para rodear Irlanda. Llegaron a las Orcadas hacia finales de enero, y fondearon a sotavento de una pequeña isla que está a cierta distancia de Cariston.

Aquí Smith bajó a tierra con algunos hombres, hablaron cortésmente con los habitantes, pagaron lo que habían pedido, y se hicieron pasar por personas honradas ante la gente; Smith reanudó su noviazgo, y dado que era visiblemente capitán de un barco, desaparecieron todos los obstáculos y se acordó la boda; pero ocurrió que la víspera de la celebración un joven compinche los dejó calladamente y se fue a una casa de labranza que había al pie de una colina, lejos de la vecindad; allí alquiló un caballo y escapó a Kirkwall, el principal pueblo de las Orcadas, a unas doce millas de donde se hallaba fondeado el barco. Reveló toda la trama a las autoridades, así como que se proponían saquear la región antes de irse.

Pero aún les aguardaba un contratiempo de más bulto, porque ocho o diez de la tripulación, casi todos forzados, arriaron el bote y se dirigieron a tierra firme

de Escocia; pero arrastrados hacia el estuario por la corriente, fueron a dar con el bote de la aduana, perteneciente al puesto de trasbordo, a la que se entregaron, delatando igualmente todo el plan; tras lo cual fueron conducidos a tierra, interrogados y encarcelados.

Smith, al saberse descubierto, y saber que había cundido la alarma por la comarca, resolvió poner en práctica su proyectado plan antes de huir, a saber: saquear las casas distinguidas, fueran cuales fuesen las consecuencias. Así que mandó al contramaestre con diez más a tierra esa misma noche, bien armados, dirigiéndolos a casa del señor Honeyman de Brahamsey, juez del condado, que casualmente se hallaba ausente. Fueron, llamaron a la puerta y les dejaron entrar; los de la casa, que no se habían enterado de la noticia, no sabían quiénes ni qué eran, hasta que preguntaron a uno que se apostó en la puerta a vigilar, el cual les informó gustosamente de la naturaleza de su negocio, a saber: que eran piratas y que habían ido a saquear la casa; y a continuación arramblaron con los cubiertos de plata y otros objetos de valor, además de un gaitero para que tocase para ellos; pero el dinero y los documentos estuvieron pronto a salvo gracias a la diligencia de la señora Honeyman y al buen sentido de su hija.

Al día siguiente zarparon los piratas, aunque sólo habían limpiado un costado del barco, y pusieron rumbo este, pero como había poco viento, la corriente los empujó hacia tierra, por lo que fondearon en una pequeña isla llamada Calf. Aquí el contramaestre bajó a tierra también, pero al no encontrar nada que saquear, se llevó a dos muchachas; y como la madre se pusiera a gritar, y suplicarles que soltasen a sus hijas, la hicieron callar con un golpe de pistola, del que dicen que murió al día siguiente, y se llevaron las pobres muchachas a bordo, donde abusaron de ellas de manera inhumana.

Al día siguiente volvió a levar anclas Smith, puso el mismo rumbo este, hasta que llegó frente a la isla de Eda, donde vivía un tal señor Fea, caballero de buena posición, y muy conocido de Smith, cuya casa decidió asaltar, suponiendo (lo que era bastante probable) que la alarma dada en Cariston habría atraído a ese lugar a toda la fuerza puesta en pie, lo que le haría más fácil el expolio que pensaba llevar a cabo allí; pero la corriente era fuerte en el canal que forman las islas, y arrastró el barco demasiado cerca de la punta de la isla de Calf, de manera que para evitar embarrancar se vieron obligados alargar un ancla.

Aunque detuvieron el barco, y el ancla resistió, su situación era ahora enormemente comprometida; porque estaban muy cerca de tierra, y si bien el viento soplaba en la buena dirección, la corriente trabajaba en contra, y sin un bote

para llevar un ancla y soltarla en el canal, no tuvieron otro remedio que pedir auxilio al caballero al que pretendían robar, haciéndole saber que el capitán Smith recompensaría a sus hombres muy generosamente por prestarle un bote, *etc.* Pero el señor Fea sabía demasiado bien cuál era su obligación para prestar ayuda a ladrones; al contrario, mandó desfondar un gran bote que tenía en la playa, y guardar los remos, a fin de que el enemigo no pudiese hacer uso de él.

En esto estaban, cuando el señor Fea vio que llegaba a tierra la lancha de los piratas con cinco hombres: al principio se sorprendió; sin embargo, decidió salirles al encuentro de manera pacífica. Lo hizo así, y les rogó que no fueran a su casa para no alarmar a su esposa que se hallaba postrada; accedieron y le dijeron que sólo querían un bote, y que lo tendrían. El señor Fea les dio muy buenas palabras y ofreció invitarlos a un tazón de cerveza en una taberna de la isla, cosa que no rechazaron al verlo solo; pero el señor Fea halló el medio de dar orden secretamente de que quitasen los remos de su lancha, y que cuando llevase media hora en la taberna lo llamasen pretextando que alguien quería hablar con él, como así hicieron.

Cuando estuvo lejos de ellos ordenó a seis hombres, que fueron los que había logrado reunir, bien armados, que preparasen una emboscada en un cercado entre la taberna y su propia casa, y que aunque él fuese con los cinco piratas, disparasen sobre ellos, que ya procuraría ir adelantado o rezagado, a fin de ponerse fuera de peligro; pero que si el contramaestre, que los encabezaba, iba solo, saltasen sobre él y lo redujesen.

Una vez dadas estas órdenes regresó con la compañía, y les dijo que los ayudaría en lo que pudiera; y que si no les importaba ir hasta su casa, en actitud pacífica para que su familia no se asustase, tendrían toda la ayuda que estuviera de su mano. Al principio se mostraron conformes, pero al final los piratas decidieron no ir todos, sino que mandaron al contramaestre, que era lo que más deseaba el señor Fea, de manera que cayó en la trampa sin dificultad.

Una vez detenido el contramaestre, el señor Fea y sus hombres volvieron a la taberna, y antes de que los piratas se diesen cuenta fueron reducidos con sus armas, y enviados los cinco bajo custodia a un pueblo del centro de la isla, donde los tuvieron atados, y separados unos de otros.

Al día siguiente, que era 14 de febrero, se levantó un ventarrón que roló a WNW; y Smith, al ver que no llegaba ayuda, ni veía señal ninguna de sus hombres, sospechó lo ocurrido; así que sin esperar más, decidió con el resto de la tripulación

aprovechar el viento y salir a la mar; pero al cortar el cable (porque no era conveniente levar el ancla), el barco tomó mala dirección, y en vez de enfilar entre las islas embarrancó directamente en Calf, lo que para ellos supuso el fin, como el mismo Smith comentó al resto, gritando de manera terrible: «Es la muerte de todos nosotros,»

A la mañana siguiente, al comprobar lo imposibilitados que estaban, izaron bandera blanca en señal de que querían parlamentar, y mandaron una carta al señor Fea, pidiéndole que los ayudase con hombres y botes para desembarcar parte del cargamento, a fin de poner a flote el barco, y que él mismo se prestaba como rehén por su regreso a salvo, ofreciendo al señor Fea mil libras en mercancía por tal servicio; al mismo tiempo declaraba que si le negaba esta pequeña ayuda, se ocuparía de que nadie se beneficiase de su mala suerte, porque antes de que lo apresaran prendería fuego al barco con todo dentro.

Cuando no pudo conseguir esto, Smith solicitó por carta una embarcación grande, con palos, velas y remos, y algunas provisiones, a fin de abandonar sin peligro la región, y con esa condición le dejaban el barco y el cargamento al señor Fea. Pero al no recibir respuesta, decidieron que fuera Smith en persona a la isla de Calf, a negociar las mejores condiciones que pudiera; cosa que hizo desarmado, salvo la espada, y solo, precedido de un hombre a cierta distancia enarbolando una bandera blanca, y haciendo señales de parlamentar; pero el señor Fea se negó en redondo a tratar con él, alegando que no estaba capacitado para hacerlo, y por tanto le ordenó que se tuviese prisionero.

Una vez que lo tuvo detenido, lo convenció para que llamase a tierra a algunos de sus oficiales; y lo mismo al carpintero y sus ayudantes, con el pretexto de reparar el bote que había desfondado en la playa; y cuando llegaron cayeron sobre ellos y los redujeron.

Ahora estuvo el artillero cuidando del barco, con el resto de la tripulación, unos dos o tres días, aunque sin pensar en escapar porque ya habían perdido toda esperanza, sino que, como había gran cantidad de vino y aguardiente a bordo, decidieron no dejar detrás esa bebida, recordando el proverbio, de manera que se dedicaron día y noche a vaciar toneles, y luego se entregaron borrachos como cubas.

Así acabó el breve reinado de esta tripulación pirata que podía haber hecho mucho más daño de no habérsele metido en la cabeza cortejar a su propia ruina, por así decir. Nadie hasta ahora había tenido la osadía de entrar en un puerto de

este reino en busca de amparo (después de tanta violencia cometida en nuestros mares), donde un error de conducta o un percance desafortunado podía acarrearle la perdición, como les ocurrió a éstos aquí; porque la Providencia había determinado sabiamente que cayera de golpe la estricta justicia sobre malvados que habían sido malhechores nada corrientes, dado que deliberadamente decidieron manchar de sangre el primer escenario de sus fechorías, y que perpetraron de la manera que he relatado.

De Escocia fueron trasladados a Inglaterra en el buque de guerra *Greyhound*, y encerrados en la prisión de Marshalsea, adonde Williams, su segundo, había llegado un día o dos antes de Lisboa. Como si la Providencia hubiese decidido mirar sus crímenes como cometidos juntamente, así se vieron abocados a compartir un castigo común; porque el miércoles, 26 de mayo de 1725, fueron condenados y ejecutados los siguientes criminales: John Smith (que en esta expedición adoptó el sobrenombre de Gow), capitán; James Williams, segundo; Daniel McCawley, Peter Rawlinson, John Peterson, William Melvin, Robert Winter, James Belvin y Alexander Rob. William Harvey, Robert Teague y Robert Read fueron absueltos; en cuanto a los que se entregaron al bote de la aduana, no fueron conducidos ante ningún tribunal.

John Gow se negó a declarar, por lo que el tribunal mandó que le atasen juntos los pulgares con tralla, lo que hicieron varias veces el verdugo y otro oficial, tensando dicho cordel hasta casi romperlo; pero como seguía negándose obstinadamente, el tribunal dictó la sentencia que la ley prescribe para tales casos, a saber: que fuese prensado hasta morir. Se dio orden al carcelero de que lo devolviese a Newgate y se ocupase de que fuera ejecutada la sentencia a la mañana siguiente. Decidido esto, el tribunal pasó a juzgar a los demás acusados.

Pero cuando Gow se enteró de la naturaleza de la prensa, y la manera en que se le iba a aplicar la sentencia, le flaqueó la resolución, y envió una súplica al tribunal para que se le readmitiese en el banquillo, lo que le fue concedido. Así que compareció nuevamente ante el estrado, donde fue acusado del homicidio de Oliver Ferneau, antiguo capitán del *George*, y de varios otros delitos, y de piratería en alta mar; a todo lo cual se declaró *inocente*. Pero tras quedar claramente probados los hechos, y dado que tenía poco o nada que decir en su defensa, salvo que se le disparó accidentalmente la pistola cuando mató al capitán Ferneau, fue declarado culpable.

El día 11 de junio, el capitán Gow, su segundo Williams, el artillero Rawlinson, el contramaestre Belvin, Daniel McCawley, John Peterson, John Winter

y William Melvin fueron ejecutados en el dique de las ejecuciones de Wapping, así como, unos días después, Alexander Rob, que se había unido a ellos de una de sus presas; y los dos primeros fueron después colgados de cadenas.

NOTICIA sobre cinco hombres que se propusieron formar una compañía de piratas

Un bergantín de Bristol, del que era patrón el señor Rowry, había ido a comerciar a Gambia, África; y al bajar hasta cabo Mount para terminar de cargar esclavos, tuvo la desdicha —nada excepcional en esa parte de la costa— de que los negros le robasen al piloto, el cirujano y dos hombres más; ocasión que aprovechó el resto de la compañía, cinco en total, para apoderarse del barco que estaba en la rada, haciendo prisionero al patrón.

Puede que parezca una descomunal osadía que tan reducido número decidiese lanzarse a la piratería, cuanto más que ninguno de ellos tenía conocimientos suficientes de navegación; sin embargo así fue: dejaron a sus infortunados compañeros a merced de los bárbaros nativos, emprendieron viaje costa abajo, y confeccionaron una bandera negra, diciendo alegremente que valdría por cincuenta hombres (refiriéndose a que sembraría el terror), y que no dudaban que pronto aumentaría su tripulación lo bastante para emprender cualquier aventura; pero por suerte no tardó en frustrarse su desmedido proyecto, lo que ocurrió de la manera siguiente:

El patrón, al que le habían perdonado la vida (quizá sólo para que supliese la falta de pericia de todos ellos en el gobierno de la nave), les aconsejó, puesto que en contra de lo que esperaban no habían topado con ningún barco entre cabo Mount y el entrante de Calabar, dirigirse a la isla de Santo Tomé, donde podrían cargar provisiones y agua, y vender los esclavos (unos 70), que según veía eran una carga inútil e incómoda para su propósito. Llegaron a dicha isla en agosto de 1721; y una noche en que parte de ellos estaba en tierra tratando este negocio con el gobernador, y la otra había abandonado despreocupadamente la cubierta, el señor Rowry saltó al bote del barco y lo apartó de golpe; oyeron el ruido, y en un segundo estuvieron en cubierta otra vez; pero como no tenían otro bote con que perseguirlo, ni un mosquete preparado, llegó a la playa sin daño, corrió al gobernador con su queja, y éste apresó al punto a los que estaban allí y mandó una lancha para prender a los del barco.

El *Swallow* llegó a Santo Tomé a primeros del mes de octubre siguiente, donde, a protestas del señor Rowry, solicitó al gobernador portugués la entrega de los cinco prisioneros ingleses retenidos en el castillo. Pero el gobernador no sólo se excusó de entregarlos, diciendo que no podía hacerlo sin una orden expresa del

tribunal de Portugal, sino que insinuó además que se habían refugiado allí huyendo de la dureza y severidad con que los había tratado su patrón. La manera de negarse, y el talante avaricioso del caballero, que he tenido ocasión de conocer, me hacen sospechar que esperaba obtener de esto buenos beneficios; porque si el señor Rowry no hubiera escapado e ido a él, los esclavos habrían sido suyos por muy poco o nada, a cambio de callar las sospechas que la pinta torpe y dudosa que tales mercaderes habrían despertado en cualquiera menos agudo que él. Pero dejémosle; quizá no sea el único gobernador en tierras lejanas que saca provecho ayudando a tales sujetos.

INFORMACIÓN sobre las piraterías y asesinatos cometidos por Philip Roche, &c.

Philip Roche nació en Irlanda, y desde muy joven lo educaron para la mar. Era un hombre despierto y bien parecido, y contaba treinta años cuando murió. No concordaba la donosura de su persona con su carácter negro e inhumano, ya que su vida fue casi una serie ininterrumpida de ruindades, hasta que se descubrió que había cometido los horribles asesinatos que vamos a exponer.

Este monstruo se había confabulado con otros para asegurar con pólizas elevadísimas barcos que hundía después, por cuyo método y otras villanías había hecho algún dinero; además, como era piloto de barco, aprovechaba para comerciar por su cuenta entre Irlanda y Francia, lo que en cierta manera le permitía llevar una vida holgada. Pero decidió enriquecerse, y al encontrar demasiado largo y lento el camino de los negocios honrados que conducían a su sueño, le vino la idea de emprender otros más cortos; y en verdad asesinó a varios inocentes en la persecución de este abominable proyecto. Pero se me han olvidado ya los detalles de estos sucesos, así que me limitaré a exponer los hechos por los que fue condenado.

Roche trabó amistad con un pescador de Cork llamado Neal, y al encontrarlo dispuesto a cualquier fechoría, le confió sus intenciones; éste, entusiasmado con el plan, captó para la confabulación a un tal Pierre Cullen y su hermano, y a un tal Wise, que al principio se mostró poco convencido, y a decir verdad fue el que menos intervino en la ejecución de lo que sigue.

Escogieron una embarcación del puerto que pertenecía a un francés llamado Peter Tartoue, para llevar a cabo sus fines, porque era pequeña y no tenía demasiados hombres a bordo, y después les sería fácil cambiar por otra más apta para la piratería, y fueron a su patrón a pedirle pasaje para Nantz, adonde se dirigía el barco. Y así, embarcaron a primeros de noviembre de 1721. Y cuando estaban en alta mar, como Philip Roche era experto marinero, el patrón le dejaba gobernar a veces, mientras él y su piloto descansaban.

El 15 de noviembre era la fecha concertada para la tragedia; pero Francis Wise se ablandó, e intentó disuadirlos de sus propósitos sanguinarios. Roche (al que a veces llamaban capitán) le dijo que Cullen y él habían sufrido grandes pérdidas en la mar, y que todo irlandés a bordo que no los ayudase a compensar

esas pérdidas matando granujas franceses iba a correr la misma suerte que ellos; pero que si ayudaban, tendrían parte en el botín. Tras este discurso se mostraron todos de acuerdo. Mandó entonces el capitán Roche a tres franceses y un muchacho que aferrasen las gavias cuando el patrón y el piloto dormían en sus cámaras, y a los dos primeros que bajaron les abrieron la cabeza y los arrojaron por la borda; los otros dos, que presenciaron lo ocurrido, se subieron corriendo a la cruceta, pero Cullen los siguió, cogió al chico por el brazo y lo lanzó al agua; a continuación arrojó a la cubierta al hombre, y los de abajo le dieron un golpe en la cabeza y lo arrojaron al agua también.

Los que dormían, despertados por los gritos y gemidos de los moribundos, subieron atropelladamente a ver cuál era la causa de voces tan insólitas; pero al punto recibieron la misma crueldad, antes de que se diesen cuenta del peligro que los amenazaba.

Ahora estaban todos tan empapados de sangre derramada como si acabaran de salir del agua o les hubiese caído un chaparrón (como el propio Roche confesó después), aunque no les importó. Roche contó que el capitán Tartoue profería muchas expresiones de piedad, y les preguntaba si no los había tratado con amabilidad y cortesía, si no eran cristianos como él y reconocían a Jesús, y cosas parecidas. Pero los desalmados, sin escuchar lo que decía, cogieron un cabo, ataron espalda con espalda al pobre patrón y a su piloto, mientras éstos no paraban de suplicarles con la mayor angustia, utilizando las expresiones más vehementes, que les concediesen al menos unos minutos para rezar, y pedir a Dios perdón por diversos pecados y ofensas cometidos en sus vidas. Pero no se conmovieron, sino que en cuanto terminaron de atarlos (aunque no podían temer de ellos peligro ninguno, dado que los demás estaban todos muertos) los cogieron y los arrojaron al mar.

Terminada la matanza, se lavaron un poco la sangre, registraron todos los cofres, armarios y rincones del barco, se sentaron después en la cámara del capitán, se refrescaron con un poco de ron que allí encontraron, y —como confesó Roche más tarde— jamás en sus vidas se sintieron más a gusto. Dieron a Roche el mando del barco y llamándolo capitán, se pusieron a deliberar al calor de la bebida qué acciones excepcionales podían emprender en cabo Bretón, en la isla de Sable o en los bancos de Terranova, adonde planeaban ir en cuanto hubiesen reunido una compañía y tuvieran un barco mejor, cosas que pensaban conseguir sin tardanza.

Roche se adjudicó el mando de la nave, y Andrew Cullen debía hacerse pasar por mercader o sobrecargo. Pero entonces cayeron en la cuenta de que

corrían peligro de ser descubiertos por documentos tales como el conocimiento de carga, etc.; así que borraron el nombre del maestre francés y en su lugar pusieron el de Roche, de manera que en los documentos de la nave figuró Peter Roche, patrón; pero por si el escaso número de hombres despertaba sospecha de lo ocurrido a algún barco de carga que pudiera juntarse con ellos, acordaron explicar que un temporal había barrido de la cubierta a la compañía, lo que podía inducir al patrón de ese barco a prestarles ayuda en esta fingida extremidad.

Se dirigían a Cádiz, cuando estuvieron a pique de zozobrar por el mal tiempo; y como se hallaban cerca de Lisboa, mandaron una señal de auxilio a un barco, aunque éste no la recibió. Entonces se vieron obligados a regresar a Inglaterra, y entrar en el puerto de Dartmouth. Pero tenían miedo de ser descubiertos; así que para evitarlo decidieron reformar el barco; y tras conseguir obreros, quitaron el palo de mesana, construyeron una sobrecubierta, y le pusieron batayolas (con el pretexto de que el agua había barrido de la cubierta a los marineros) para dar seguridad a los hombres. Después quitaron la imagen de San Pedro que llevaba el barco debajo del bauprés, pusieron en su lugar un león, y pintaron la popa de rojo, poniéndole el nuevo nombre de *Mary.* Transformado así el barco, de manera que les pareció irreconocible, se sintieron bastante a salvo. Pero como no tenían dinero para pagar estos trabajos, Roche como patrón de la nave y Andrew Cullen como mercader, acudieron a la aduana a solicitar licencia para vender parte de la carga, a fin de pagar a los obreros. Obtenida ésta, vendieron cincuenta barriles de carne, y como tenían tres hombres más, pusieron rumbo a Ostende; y después de vender allí más barriles de carne de vaca, se dirigieron a Rotterdam, vendieron allí el resto del cargamento, y embarcaron a un tal señor Annesly, que les fletó el barco para Inglaterra. Pero en el trayecto, una noche muy oscura en que había temporal, cogieron al señor Annesly, su pasajero, y lo arrojaron al mar; éste estuvo nadando bastante tiempo junto a la nave suplicando que le salvasen la vida, y diciéndoles que les daría todos sus bienes si lo subían otra vez. ¡Pero sus gritos fueron inútiles!

Después de esto se vieron obligados a tocar varios puertos, y a causa de vientos contrarios, llegaron a la costa de Francia. Al enterarse allí Roche de que se había emprendido la búsqueda del barco lo dejó en Havre de Grace y delegó la gestión en Cullen y el resto; éstos, tras embarcar más hombres, pusieron rumbo a Escocia, donde abandonaron la nave, que después fue recogida y llevada al río Támesis.

Algún tiempo después, Philip Roche llegó a Londres, donde reclamó cierto dinero que había asegurado a nombre de John Eustace; la oficina se dio cuenta del

engaño, y el fingido John Eustace fue detenido y encerrado en la cárcel, de donde mandó una carta a su esposa. Ésta la enseñó a un amigo, quien por ese medio descubrió que era el principal causante de la tragedia de Peter Tartoue y su tripulación. Se pasó información a lord *Carteret* de que la persona que se hacía pasar por John Eustace era en realidad, como hemos dicho, Philip Roche; pero al hacérsele comparecer por mandamiento de Su Señoría, lo negó firmemente durante un tiempo, a pesar de que tenía en el bolsillo una carta dirigida a él con el nombre Roche; hasta que, al ponerle delante al capitán de un barco que él conocía bien, confesó, aunque perjuró en varios detalles; después de lo cual fue enviado a Newgate bajo sospecha grave, y al día siguiente compareció otra vez a petición propia, lo confesó todo, pidió declarar también como testigo, y prometió probar la culpabilidad de tres hombres peores que él mismo. Delató a dos, que murieron de manera lamentable en Marshalsea, y el propio Roche fue juzgado después (ya no se lo volvieron a llevar), hallado culpable de piratería, y ejecutado.

EXTRACTO de la legislación y estatuto actualmente en vigor en relación con la piratería

Todo PIRATA es hostis humanis generis, *enemigo común con el que no se puede guardar fe ni juramento, según Tully. Y por ley de naturaleza, los príncipes y los estados son responsables de negligencia si no ponen los medios adecuados para impedir esta clase de robos. Aunque los piratas son tachados de enemigos comunes, sin embargo quizá no deban calificarse así. Sólo se debe honrar con ese nombre, dice Cicerón, a quien posee una república, un tribunal, un ministerio del tesoro, consentimiento y concordia de ciudadanos y, si hay ocasión para ello, cierta clase de paz y alianza. Pero cuando se limitan a un gobierno o estado como los de Argel, Trípoli, Túnez y demás, entonces se les deberá tributar las solemnidades de la guerra, y los derechos de la legación.*

Si se concede una patente de corso a un mercader, y éste pone un barco con capitán y marineros, y éstos, en vez de apresar mercancías o barcos de la nación contra la que es concedida dicha comisión, apresan un barco o bienes de un aliado, será piratería; y si el dicho corsario entra en un puerto de los dominios de Su Majestad, será detenido, y confiscado para siempre a sus armadores, sin que haya posibilidad de recibir compensación ninguna.

Si un barco es asaltado y apresado por piratas, y éstos toman al patrón como rehén, por ley de la marina: el barco y el cargamento están obligados tácitamente a rescatarlo, mediante una contribución general; pero si hubiera ocurrido por insensatez suya, no tendrán obligación ninguna de aportar dicha contribución.

Si se hallase algún súbdito enemigo de la corona de Inglaterra a bordo de un pirata inglés, en compañía de ingleses, y el dicho pirata cometiese robo y fuese apresado, se considerará delito grave en los ingleses, pero no en el súbdito extranjero; porque no habría habido piratería por su parte, sino depredación de un enemigo, y será juzgado por lo militar.

Si un súbdito enemigo de Inglaterra comete un acto de piratería en los mares británicos, sólo será punible propiamente por la corona de Inglaterra que tiene istud Regimen & Dominum, con exclusión de toda otra potencia.

Si se cometiera un acto de piratería en el océano, y en el intento fueran vencidos los piratas, sus captores podrán ahorcarlos de una verga sin formalismo ninguno de condena; en caso de que fueran llevados al próximo puerto, y el juez se negara a procesarlos, o los captores no pudiesen esperar al juez sin peligro o pérdida de algún género, podrán

ajusticiarlos ellos mismos.

Si se entrega mercancía a un patrón para su transporte a un puerto, y éste la transporta a otro, y la vende y enajena, no se tendrá como delito; pero si, después de descargarla en el primer puerto la vuelve a embarcar y se la lleva, será piratería.

Si un pirata ataca un barco, y el patrón jura pagar para su rescate una cantidad de dinero, aunque no se haya tomado nada, será piratería de acuerdo con la legislación marina.

Si un barco se halla fondeado, y todos sus marineros se encuentran en tierra, y lo ataca y roba un pirata, será piratería.

Si alguien comete piratería sobre los súbditos de un príncipe, o de una república (aunque esté en términos de amistad con nosotros) y trae los bienes a Inglaterra, y los vende en mercado abierto, la venta quedara confirmada, y sus dueños perderán su derecho a reclamar.

Si un pirata entra en un puerto de este reino y roba un barco allí fondeado, no será piratería, al no haberlo cometido super altum mare; pero será robo según la ley común, por infra corpus Comitatus. Ningún perdón de delitos comunes será extensible a la piratería, sino que será necesario que se especifique que se destina a ella.

Por la 28 H. 8: Los casos de robos y homicidios cometidos en la mar, o en otros lugares en los que el almirante tiene jurisdicción, deberán ser instruidos, juzgados, oídos y sentenciados en plazas y condados del reino, y serán competencia de la comisión del Rey, como si estos delitos hubiesen sido perpetrados en tierra. Y tales comisiones (que llevaran el gran sello) irán dirigidas al lord almirante, su lugarteniente o delegado, y tres o cuatro más que el ministro de justicia designe.

Dichos miembros de la comisión, o tres de ellos, estarán facultados para informarse de tales delitos por doce hombres justos del condado, limitados en sus comisiones como si los dichos delitos se hubiesen cometido en tierra, dentro del mismo condado; y cada cargo así hallado y presentado será válido ante la ley; y tal orden, instrucción, juicio y sentencia se incoará, instruirá, practicará y ejecutará como contra acusados de asesinato y crimen cometidos en tierra. También, el juicio por tales delitos (en caso de ser negados) correrá a cargo de doce hombres del condado, limitados a dicha comisión (como se ha dicho), y no podrá ser presentada ninguna recusación por los cien; y a los que fuesen hallados culpables de tales delitos se les aplicará la pena de muerte sin beneficio religioso, y perderán tierras y bienes como en los casos de asesinato y crimen cometidos en tierra.

Esta ley no procede contra ninguna persona, o personas (movidas por la necesidad),

por haber tomado víveres, estachas, velas o cabos de otro barco que podía prescindir de ellos, con tal que haya o hayan pagado dichos artículos con dinero efectivo, mercancía equivalente, o documento legal canjeable, si tuviera lugar en este lado del estrecho de Gibraltar, en espacio de cuatro meses; si más allá, en un plazo de doce meses.

Cuando tal comisión sea enviada a una plaza dentro de la jurisdicción de los Cinco Puertos, se dirigirá a la máxima autoridad de los dichos puertos, o su adjunto, con tres o cuatro personas más que el lord canciller designe; y el interrogatorio y juicio de tales acusados lo realizarán y llevarán a efecto personas habitantes de los dichos puertos, y miembros de los mismos.

Por la 11 y 12 W 3. c. 7.: Si un súbdito natural o residente en Inglaterra cometiera piratería o algún otro acto de hostilidad contra un súbdito de Su Majestad en la man bajo colores de una comisión o autoridad de cualquier príncipe o estado extranjero, o persona cualquiera, será declarado pirata.

Si el comandante o patrón de un barco, o navegante o marino, entrega su barco, etc. a piratas, o maquina para entregarlo, o huye con un barco, o usa violencia contra su comandante, o trata de mover motín en el barco, será declarado pirata.

Toda persona que a partir del 29 de septiembre del año 1700 colabore con cualquier pirata (o ayude y asista a tal pirata) para cometer actos de piratería en tierra o mar, u oculte a tales piratas, o acepte cualquier nave o mercancía obtenida piráticamente, será declarada cómplice de tal piratería, y condenada como coautora.

Por la 4 G. c. 11 Sec. 7.: Todo el que haya cometido o cometa delitos por los que deba ser declarado pirata por la ley 11 y 12 W 3. c. 7. será juzgado por cada uno de estos delitos, lo mismo que la 28 H. 8. c. 15 prescribe para el procesamiento de piratas; y no se le concederá el beneficio religioso.

Sec. 8.: Esta ley no se aplicará a personas convictas o acusadas en Escocia.

Sec. 9.: Esta ley tendrá vigor en todos los dominios de Su Majestad en América, donde deberá dársele pública difusión.

VOLUMEN II

CAPÍTULO I
Del capitán Misson

Podemos extendernos algo más en la vida de este caballero porque, por grandísima casualidad, ha llegado a nuestras manos un manuscrito francés en el que él mismo da detalles de sus acciones. Nació en Providence, de una antigua familia; su padre, cuyo verdadero nombre oculta, era dueño de una fortuna cuantiosa; pero dado que tenía bastantes hijos, nuestro pirata abrigaba muy pocas esperanzas de gozar de más riqueza que la que pudiera conseguir con la espada. Sus padres cuidaron de darle una educación acorde con su cuna. Tras aprobar las humanidades y la lógica, y ser un matemático pasable, lo mandaron, a la edad de quince años, a Angers, donde estuvo un año realizando prácticas. Al regresar, su padre lo metió en los mosqueteros; pero como era de genio errabundo, y estaba fascinado por los hechos que había leído en libros de viajes, eligió la mar como la forma de vida donde había más variedad, y que podía proporcionarle más ocasiones de satisfacer su curiosidad con el cambio de países. Y una vez hecha esta elección, su padre, con cartas de recomendación, y tras disponerlo todo para él, lo enroló como voluntario en el *Victoire*, mandado por monsieur Fourbin, pariente suyo. Fue acogido a bordo con toda consideración por el capitán (cuyo barco estaba en ese tiempo en Marsella), quien poco después de la llegada de Misson recibió orden de cruzar. Nada pudo ser más grato a la inclinación de nuestro voluntario que este viaje, ya que le permitió conocer los puertos más famosos del Mediterráneo, y le avezó en la parte práctica de la navegación. Se aficionó aún más a esta vida, y decidió convertirse en marino acabado, lo que le hacía ser de los primeros en llegar al penol de una verga, ya fuera para tomar o para largar rizos, y andar preguntando siempre sobre las diferentes maneras de gobernar un barco. Jamás apartaba su discurso hacia ningún otro asunto, y a menudo pedía al contramaestre y al carpintero que le enseñasen en sus cámaras las partes de la nave y la manera de aparejarla, por lo que les pagaba generosamente; y aunque pasaba gran parte de su tiempo con estos dos oficiales, se comportaba siempre con tal discreción que jamás se permitieron ninguna familiaridad con él, y siempre le tributaron el respeto debido a su familia. Y estando el barco en Nápoles, obtuvo licencia del capitán para visitar Roma, que tenía muchas ganas de conocer. A partir de aquí podemos fechar el comienzo de su descarrío; porque al observar las costumbres licenciosas del clero (tan distintas de la regularidad observada en los eclesiásticos franceses), el lujo de la corte papal, y no hallar en la metrópoli de la Iglesia cristiana más que cáscaras eclesiásticas, empezó a imaginar que toda

religión no era otra cosa que un freno para contener a los espíritus débiles, al que los inteligentes se sometían sólo en apariencia. Estos sentimientos, tan perjudiciales para la fe y para él, se vieron reforzados enormemente al conocer a un sacerdote lujurioso que (por pura casualidad) fue su confesor nada más llegar, y después su alcahuete y compañero, ya que siguió junto a él hasta que murió. Un día en que se prestó la ocasión contó a Misson que la vida religiosa era muy buena para el que tuviese el genio emprendedor, y además buenos amigos; porque en poco tiempo podía alcanzar dignidades eclesiásticas cuya esperanza era el motivo por el que los más inteligentes tomaban voluntariamente el hábito sacerdotal. El estado eclesiástico se gobernaba por la misma política que las soberanías y reinos seculares, en los que sólo se tenía en cuenta lo beneficioso, y no lo meritorio y virtuoso; un hombre piadoso e instruido en el patrimonio de San Pedro no tenía más posibilidades que en cualquier monarquía, sino al contrario, menos; porque al saberlo así, se tacha a tal hombre de visionario, por apto que sea para el cargo; porque cualquier escrúpulo suyo puede resultar nefasto; ya que existe una máxima según la cual la religión y la política jamás pueden subsistir juntas en una casa. En cuanto a nuestros estadistas, no se debe pensar que la púrpura los hace menos cortesanos que a los de las demás naciones; conocen y persiguen la *ragione di Stato* (término artificioso que significa el propio interés) con tanta astucia y tan poca conciencia como cualquier profano; y son disimulados donde hace falta el disimulo, y se muestran osados y desvergonzados cuando su poder es lo bastante grande para sostenerlos, oprimiendo a la gente y engrandeciendo a sus familias. Podemos leer cuál es su moral en la práctica de sus vidas, y cuál su concepto de la religión, en lo que exclama cierto cardenal: *Quantum lucrum exista fabula Christi!*, cosa que podrían suscribir muchos de ellos, aunque no sean tan estúpidos. «Por mi parte, estoy cansado ya de esta farsa, y aprovecharé la primera ocasión que se me presente para arrojar este hábito de mascarada; porque, dada mi edad, aún me toca fingir muchos años; y para mando pueda compartir los despojos de la gente me temo que seré demasiado viejo para gozar de las dulzuras del lujo; y como soy enemigo de la moderación, tengo miedo de no llegar a vivir de acuerdo con mi carácter, ni ejercer la hipocresía con habilidad suficiente para alcanzar un puesto importante en la Iglesia. Mis padres no repararon en mi temperamento; de haberlo hecho me habrían dado una espada en vez de un rosario.»

Misson le aconsejó que se fuese con él como voluntario y le ofreció dinero para ropa. El sacerdote dio un brinco ante esta proposición, y cuando le llegó a Misson carta de su capitán, de que iba a ir a Leghorn y que le daba permiso, ya para volver a Nápoles, ya para dirigirse allá por tierra, escogió esta última opción; y el dominico al que facilitó dinero se vistió de caballero, arrojó los hábitos, y se fueron juntos a Leghorn, donde encontraron el *Victoire*; y el signore Caraccioli,

recomendado por su amigo, fue aceptado a bordo. Dos días después zarparon de aquí, y tras una semana de cruzar avistaron dos buques de reconocimiento, uno de veinte cañones y el otro de veinticuatro; el *Victoire* sólo montaba treinta, aunque tenía portas para cuarenta. El combate fue largo y sangriento, pues los buques de reconocimiento confiaban en llevarse al *Victoire*; pero lejos de pensar en dejarse capturar, el capitán Fourbin estaba decidido a apresar a sus enemigos, o hundir su propio barco. Uno de los buques de reconocimiento lo mandaba un renegado español (aunque sólo tenía el título de teniente), dado que el capitán era un joven que sabía poco de estrategia naval.

Este barco se llamaba el *Lyon*, e intentó más de una vez abordar al *Victoire*, pero al recibir un cañonazo cerca de la línea de flotación, se vio obligado a virar y alejarse, pasar todos sus cañones, *etc.* al otro costado, y escorarlo para que dejase de embarcar agua. Pero al hacerlo con demasiada precipitación se fue al fondo con todos sus hombres. Su consorte, al ver el desastre, izó todas sus velas pequeñas y trató de huir, pero el *Victoire* le cortó el paso y lo obligó a continuar la lucha; la sostuvo con gran obstinación, haciendo que *monsieur* Fourbin desesperase de apresarlo a menos que lo abordara; de manera que mandó hacer todos los preparativos. El signore Caraccioli y Misson fueron los primeros en saltar a bordo cuando se dio la orden; sin embargo, tanto ellos como los que les siguieron fueron rechazados por la desesperación de los del barco de reconocimiento; el primero recibió un tiro en el muslo y lo bajaron al cirujano. El *Victoire* intentó el abordaje por segunda vez, y los del barco de reconocimiento defendieron sus cubiertas con tal resolución que quedaron sembradas de cadáveres propios y enemigos. Al ver Misson a uno de ellos bajar por la escotilla principal con una mecha encendida, adivinó sus intenciones, saltó decididamente tras él y, alcanzándolo con su sable, lo mató en el momento en que iba a prender fuego a la pólvora. Al lanzar el *Victoire* más hombres, los mahometanos abandonaron las cubiertas, comprendiendo que era inútil toda resistencia, y buscaron refugio en la cocina, el rancho de proa y las cámaras, mientras algunos huían por las cubiertas. Los franceses les dieron cuartel y trasladaron los prisioneros al *Victoire*; al comprobar que la presa no contenía nada que valiera la pena, salvo la libertad de unos quince cristianos esclavos, la remolcaron y la vendieron junto con los prisioneros en Leghorn. Los turcos perdieron muchos hombres en el abordaje y los franceses no menos de 35, aunque cayeron muy pocos en el cañoneo, ya que los barcos de reconocimiento apuntaron mayormente a los mástiles y aparejo, esperando apresarlo inutilizándolo. Terminado el tiempo de su crucero, el *Victoire* regresó a Marsella, desde donde Misson, llevando consigo a su compañero, fue a visitar a sus padres, a los que el capitán lo envió convertido en todo un hombre, por su valor y comportamiento. Y hacía como un mes que estaba en casa, cuando le escribió su capitán

comunicándole que el barco había salido para La Rochelle, de donde zarparía hacia las Indias Occidentales con algunos mercaderes. La noticia encantó a Misson y al signore Caraccioli, que partieron inmediatamente hacia Marsella. Esta ciudad está bien fortificada, tiene cuatro iglesias parroquiales y el número de habitantes asciende a unos 120.000; su puerto está considerado el más seguro del Mediterráneo y es habitual punto de concentración de las galeras francesas.

Al abandonar esta plaza pusieron rumbo a La Rochelle, donde el *Victoire* entró en dique, dado que los mercaderes aún no estaban preparados. Misson, que no deseaba permanecer ocioso tanto tiempo, propuso a su compañero hacer un crucero a bordo del *Triumph*, el cual iba a entrar en el canal inglés. El italiano aceptó entusiasmado.

Entre la isla de Guernsey y Punta Start toparon con el *Mayflower*, mandado por el capitán Balladine, mercante de 18 cañones que regresaba ricamente cargado de Jamaica. El capitán del inglés opuso una valerosa resistencia y defendió su barco con tanto denuedo que los franceses no se lo pudieron llevar, por lo que se apoderaron del dinero y cuanto había de valor; y al comprobar que hacía más agua de la que las bombas podían achicar, lo abandonaron y lo vieron hundirse menos de cuatro horas después monsieur Le Blanc, el capitán francés, recibió muy cortésmente al capitán Balladine y no consintió que se expoliase ni a él ni a sus hombres, diciendo: «Nadie sino los cobardes deben ser tratados de esa manera; aunque enemigos, estos hombres deben ser considerados como hermanos; el que trata mal a un hombre intrépido (que cumple con su deber) manifiesta un resentimiento que no puede provenir sino de un espíritu cobarde.» Ordenó que se dejase a los prisioneros conservar sus cofres; y cuando algunos de sus hombres parecieron murmurar, les pidió que recordasen la grandeza del monarca al que servían, que ellos no eran piratas ni corsarios, y que como hombres de valor debían dar a sus enemigos un ejemplo que pudiesen seguir de buen grado, y tratar a los prisioneros como ellos querrían ser tratados.

Subieron por el canal inglés hasta cabo Beachy, y de regreso toparon con tres barcos de cincuenta cañones que dieron caza al *Triumph*; pero como éste era muy velero los perdió de vista en espacio de siete ampolletas[6], poniendo rumbo a *Land's End*. Aquí estuvieron cruzando ocho días, y después doblaron cabo Cornwall, remontaron el canal de Bristol hasta cerca de punta Nash, e interceptaron un pequeño barco procedente de Barbados; siguieron a toda vela hacia el norte, dieron caza a un barco que vieron por la tarde, pero lo perdieron cuando se hizo de noche. Entonces el *Triumph* puso rumbo a Milford, avistó una vela, intentó cortarle el camino a tierra, pero le fue imposible porque entró

rápidamente en puerto, aunque no habría tardado en darle alcance, y sin duda lo habría capturado, si la caza hubiera durado más.

El capitán Balladine, que tenía el catalejo, dijo que era el *Port Royal*, un barco de Bristol que había salido de Jamaica en compañía suya y del Charles. Seguidamente regresaron a su propia costa y vendieron la presa en Brest, donde dejaron al capitán Balladine a petición propia, y monsieur Le Blanc le regaló una bolsa con cuarenta luises para su manutención. Su tripulación también desembarcó aquí.

En la entrada de este puerto el *Triumph* dio contra un escollo, aunque no sufrió ningún daño. Esta entrada, llamada Gonlet, es muy peligrosa debido al número de escollos que hay a cada lado bajo el agua, aunque el puerto es desde luego el mejor de Francia. La bocana está defendida por un castillo fuerte. La ciudad se encuentra bien fortificada y tiene una ciudadela, que es una defensa de considerable fuerza. En 1694, los ingleses intentaron su asalto, pero no supuso ningún negocio para ellos, porque fueron rechazados, con la pérdida de su general y gran cantidad de hombres. De aquí, el *Triumph* regresó a La Rochelle, y un mes más tarde nuestros voluntarios partieron a bordo del *Victoire* hacia la Martinica y Guadalupe; durante este viaje no toparon con nada importante.

Sólo consignaré que entre tanto el signore Caraccioli, que era tan ambicioso como descreído, había hecho de Misson un completo deísta, y por tanto lo había convencido de que toda religión no era otra cosa que argucia humana, y le demostró que la ley de Moisés era un conjunto de preceptos necesarios tanto para la preservación del pueblo como para su gobierno. «Por ejemplo —decía—, los negros africanos jamás han oído hablar del precepto de la circuncisión, que se dice que es signo del pacto hecho entre Dios y este pueblo, y sin embargo circuncidan a sus hijos, sin duda por la misma razón que lo hacen los judíos y demás naciones que habitan en climas meridionales, ya que el prepucio consolida la materia exudada, lo que acarrea fatales consecuencias.» En resumidas cuentas, le habló de todas las ceremonias de las religiones judía, cristiana y mahometana y lo convenció, por los muchos absurdos que contienen, de que están muy lejos de ser instituciones de hombres inspirados, y de que Moisés, en su relato de la creación, es culpable de manifiestos desatinos; en cuanto a los milagros, tanto los del Nuevo como del Antiguo Testamento eran incompatibles con la razón; que este don de la razón nos lo había concedido Dios para que lo utilizásemos en alcanzar nuestra felicidad presente y futura, y cualquier cosa que sea contraria a ella, pese a la distinción escolástica entre «contrario» y «por encima» de la razón, es falsa. Dicha razón nos enseña que hay una causa primera de todas las cosas, *un ens entium* al

que llamamos Dios, y nuestra razón nos sugiere así mismo que debe ser eterno y, como autor de toda cosa perfecta, infinitamente perfecto también.

Si es así, no puede estar sujeto a pasión alguna, y ni ama ni odia; tiene que ser siempre el mismo y no puede hacer hoy aquello de lo que se arrepienta mañana. Tiene que ser plenamente feliz, y por consiguiente nada se puede añadir a un estado eterno de tranquilidad, y aunque conviene que lo adoremos, sin embargo nuestras adoraciones no pueden aumentar esta felicidad, ni nuestros pecados suprimirla.

Pero sus razonamientos sobre esta materia son demasiado largos, y demasiado peligrosos para transcribirlos; y como están construidos con gran sutileza, pueden resultar perniciosos para los débiles que no aciertan a descubrir su falacia, o para quienes, encontrándolos gratos a sus inclinaciones, y contentos de sacudirse el yugo de la religión cristiana que irrita y pone freno a sus pasiones, no se tomarían la molestia de examinarlos a fondo, sino que cederían a lo que les agrada, encantados de hallar excusa ante sus conciencias. En cuanto a su idea sobre un futuro estado, como no tiene nada que impugne la religión cristiana, la consignaré en unas cuantas palabras.

«A la facultad de razonar que percibimos en nosotros —dice— la llamamos alma; pero no sabemos cuál es la naturaleza de esta alma. Puede que muera con el cuerpo, o puede que sobreviva. Yo soy de la opinión de que es inmortal; pero confieso que me causaría perplejidad decidir si esta opinión obedece al dictado de la razón o se trata sólo de un prejuicio de educación. Si es inmortal, tendrá que ser una emanación del ser divino, y consiguientemente al separarse del cuerpo retorna a su primer principio, si no está contaminada. En ese caso, mi razón me dice que si es extrañada de su principio primero, que es la deidad, todos los infiernos engendrados por la invención humana no son capaces de producir torturas comparables a semejante destierro.»

Como sostenía privadamente estos discursos con la tripulación, se había ganado cierto número de prosélitos que lo tenían por un nuevo profeta que venía a reformar los abusos de la religión; y como muchos de ellos eran rochelleses y, además estaban contagiados de calvinismo, abrazaron su doctrina de buen grado. Una vez que comprobó el efecto de sus argumentos religiosos, la emprendió con el gobierno, demostrando que todos los hombres nacían libres y tenían tanto derecho al sustento como al aire que respiraban. Defender lo contrario sería acusar a la deidad de injusticia y crueldad, porque no ponía a nadie en el mundo para que llevase una vida de penuria con una miserable falta de lo imprescindible; que la

abismal diferencia entre un hombre y otro —el uno nadando en el lujo y el otro ahogándose en la acuciante necesidad— se debía tan sólo a la avaricia y la ambición de un lado, y al pusilánime sometimiento del otro; que al principio no se conocía otro gobierno que el natural, el gobierno paternal, en que cada padre era jefe, príncipe y monarca de su familia, y la obediencia a él era justa y tolerable, porque un padre tiene un tierno afecto por sus hijos; pero la ambición se fue infiltrando gradualmente entre los hombres, y la familia más fuerte atacó y esclavizó a la más débil, y con esta fuerza adicional se impuso a una tercera, acumulando poder con cada conquista para llevar a cabo otras nuevas, y así se fundó la primera monarquía. Y al aumentar el orgullo con el poder, el hombre usurpó la prerrogativa de Dios sobre sus criaturas, que es la de disponer de sus vidas, privilegio que nadie tiene por sí mismo; porque al no venir nadie al mundo por su propia elección, debería permanecer en él el tiempo que decretase su Creador; que, efectivamente, la muerte en la guerra era admisible por ley de la naturaleza, porque en ella nos va la conservación de nuestra propia vida; pero ningún crimen debería castigarse de esta manera, ni tampoco emprenderse guerra ninguna sino en defensa de nuestro derecho natural, que es el de compartir la tierra, lo que es necesario para nuestro mantenimiento.

A menudo disertaba sobre estos asuntos y aconsejaba a Misson que se estableciesen por sí mismos. Y era tan ambicioso como el otro, e igual de decidido. Caraccioli y Misson se habían convertido a la sazón en expertos marinos, y eran muy capaces de gobernar un barco. Caraccioli había sondeado a gran número de hombres sobre el particular y los había encontrado muy dispuestos a escucharle. Y ocurrió un percance que brindó a Caraccioli la ocasión de poner en práctica sus propósitos, y la aprovechó: al salir de la Martinica toparon con el *Winchelsea*, un buque de guerra inglés de 40 cañones, mandado por el capitán Jones; fueron el uno al encuentro del otro y siguió un enconado combate. La primera andanada mató al capitán, al segundo y a tres oficiales del *Victoire*, quedando sólo el maestro de navegación, que propuso rendirse; pero Misson alzó la espada, ordenó a Caraccioli que hiciese de oficial y, animando a los hombres, defendió el barco durante seis ampolletas, hasta que por algún accidente el *Winchelsea* hizo explosión y no se salvó ningún hombre aparte del teniente Franklin, al que recogieron los botes franceses, aunque murió dos días después. Nadie sabía, hasta que este manuscrito ha llegado a mis manos, cómo se había perdido el *Winchelsea*, porque su proa fue a la deriva hasta la costa de Antigua; y como unos días antes de ser encontrada había habido un gran temporal, se pensó que había naufragado por esta causa.

Tras esta batalla, Caraccioli fue a Misson y le rindió saludo de capitán, y le preguntó si asumiría un mando momentáneo o duradero, que debía decidirlo

ahora, porque una vez que regresasen a la Martinica sería demasiado tarde; que podía contar con el barco que había defendido y salvado de ser entregado a otro, y que en la Martinica juzgarían que sería suficiente recompensa para él nombrarle teniente, justicia de la que incluso dudaba; que tenía la fortuna en sus manos, y que podía conservarla o dejarla; si decidía lo segundo, nunca más debía esperar que volviese ella a ofrecerle sus favores; que él (Caraccioli) debía ponerle todas las circunstancia delante de los ojos: que era segundón de una buena familia, pero nada tenía en que apoyar su valía; que debía servir durante muchos años, a costa de su sangre, antes de poder llegar a ser alguien en el mundo; que debía tener en cuenta la enorme diferencia que había entre mandar y ser mandado; que con el barco que tenía bajo sus pies y los bravos compañeros bajo su mando podía desafiar al poder de Europa, gozar de cuanto deseara, reinar como un soberano de los Mares del Sur y hacerle guerra legal al mundo, dado que éste le quería privar de esa libertad a la que tenía derecho por la ley de la naturaleza; que con el tiempo podía llegar a ser tan grande como fue Alejandro para los persas, y por el aumento de su poder con las capturas, fortalecer cada día la justicia de su causa, porque quien tiene el poder tiene siempre la razón. Que Enrique IV y Enrique VII combatieron y triunfaron sobre la corona de Inglaterra, aunque sus fuerzas no fueron iguales a la de ésta. Mahoma, con unos cuantos camelleros, había fundado el imperio otomano, y Darío, con no más de seis o siete compañeros, había tomado posesión del de Persia.

En resumen, dijo tanto que Misson decidió seguir su consejo; y llamando a todos los marineros les comunicó que gran número de ellos habían decidido optar con él por una vida de libertad, y que le habían hecho el honor de nombrarlo jefe. Que no tenía intención de obligar a nadie y hacerse culpable de una injusticia que él reprochaba a los demás; por tanto, si alguno era contrario a perseguir la fortuna, que prometía que iba a ser igual para todos, lo dijese claramente y sería desembarcado en un lugar desde donde pudiera regresar sin dificultad. Y al terminar, gritaron todos al unísono: *«Vive le capitain Misson et son lieutenant le savant Caraccioli»* («Viva el capitán Misson y su docto lugarteniente Caraccioli»). Misson les dio las gracias por el honor que le concedían y prometió hacer buen uso del poder que delegaban en él, que sólo tendría como meta el bien común, y esperaba, puesto que habían tenido el valor de afirmar su libertad, que fueran igual de unánimes en conservarla, y que permanecieran a su lado en lo que viesen que era conveniente para el bien común; que él era amigo y compañero de todos y no ejercería su poder, ni se consideraría otra cosa que camarada de cada uno, salvo cuando la necesidad de los intereses de la comunidad lo obligase.

Gritaron por segunda vez *Vive le capitain*. A continuación les pidió que

eligiesen oficiales intermedios, les diesen poder para consultar y decidir sobre cuanto pudiera ser de interés general, y se comprometiesen bajo juramento a obedecer lo que tales oficiales determinasen. Accedieron de buen grado, nombraron al maestro de navegación primer oficial, a Jean Besace lo nombraron segundo oficial, y pidieron que el contramaestre y el cabo de brigadas, llamado Matthieu le Tondu, y el artillero, fuesen sus representantes en el Consejo.

Se aprobaron estas elecciones, y una vez concluido todo puntualmente y con el consenso de todos, fueron llamados los elegidos a la cámara grande, donde se les consultó qué rumbo se debía tomar. El capitán sugirió que la costa española ofrecía más posibilidad de proporcionarles ricas presas. Todos convinieron en esto. Entonces preguntó al contramaestre bajo qué bandera debían luchar, y que él sugería que la negra, que era la más terrible; pero Caraccioli objetó que ellos no eran piratas, sino hombres dispuestos a afirmar que la libertad que Dios y la naturaleza les habían dado, y el no sometimiento a nadie, eran el bien más excelso de todos; que la obediencia a los gobernantes era efectivamente necesaria cuando éstos sabían obrar, y lo hacían, movidos por el deber de su función, eran guardianes celosos de los derechos y libertades del pueblo, velaban por que la justicia fuese equitativamente distribuida, se erigían en barrera contra los ricos y poderosos si éstos trataban de oprimir a los débiles, y cuando no consentían que unos fuesen inmensamente ricos por abusos propios o de sus mayores mientras que otros vivían hundidos en la miseria y caían en manos de acreedores malvados y despiadados, o eran víctimas de otras desventuras; cuando sus ojos eran imparciales y no se fijaban sino en el mérito para distinguir a un hombre de otro, y en vez de ser una carga para el pueblo con una vida de lujo eran padres verdaderos para él, y procedían en todo con la justicia equitativa e imparcial propia de un padre. Pero cuando un gobernante, que es el ministro del pueblo, se siente exaltado por esta dignidad y pasa sus días en medio de la pompa y el lujo, considerando a sus súbditos como otros tantos esclavos, nacidos para su uso y placer, y los abandona a la insaciable avaricia y tiranía de aquellos a los que él ha escogido por favoritos; cuando nada sino la opresión, la pobreza y demás miserias de la vida dimanan de tal administración, dilapida las vidas y fortunas de su pueblo, bien para satisfacer su ambición, bien para sostener la causa de algún príncipe vecino a cambio de fortalecer sus propias manos, en caso de que el pueblo se alce en defensa de sus derechos innatos, o se mete en guerras innecesarias por consejo insensato de sus favoritos y no puede hacer frente al enemigo al que temeraria y atolondradamente ha puesto en armas, y compra la paz (como en el caso de Francia, como todo el mundo sabe, al sostener primero al Rey Jacobo y después proclamarlo su hijo), y exprime al súbdito; cuando la actividad comercial del pueblo permanece perpetuamente descuidada por culpa de intereses

personales, mientras sus buques de guerra, ociosos en los puertos, consienten que sus naves sean apresadas, y que el enemigo no sólo intercepte el tráfico marítimo, sino que asole sus costas, entonces será signo de alma grande y generosa sacudir ese yugo: y aunque no podemos reparar nuestros errores, sí nos negamos a compartir las miserias a las que se someten los pobres de espíritu, y a doblegarnos a la tiranía. «Porque así somos nosotros, y si el mundo nos hace la guerra, como la experiencia va a demostrar que nos la hará, la ley de la naturaleza nos faculta no sólo para ponernos a la defensiva, sino también para pasar a la ofensiva. Dado que no procedemos como los piratas, que son gente de vida disoluta y sin principios, despreciamos utilizar sus colores. Nuestra causa es valerosa, justa, inocente y noble: porque es la causa de la libertad. Por tanto, abogo por una enseña blanca, con la libertad pintada en ella; y si queréis una divisa, *a Deo a libertate* ("por Dios y por la libertad"), como consigna de nuestra rectitud y resolución.»

Abrieron la puerta de la cámara, retiraron el mamparo que era de lona, y los hombres que estaban apiñados en el entrepuente, muy atentos, gritaron: «¡Libertad, libertad; somos hombres libres! ¡*Vive* el bravo capitán Misson y el noble lugarteniente Caraccioli!» Concluida esta corta sesión del Consejo, sacaron a cubierta y examinaron todas las pertenencias del capitán muerto, de los demás oficiales, y de los hombres caídos en el combate. Se dispuso que el dinero fuese guardado en un cofre, que lo cerrase el carpintero con un candado y diese una llave a cada miembro del consejo. Misson dijo que todo debía ser común, y que había que impedir que nadie defraudase lo público con su avaricia particular.

Cuando iban a guardar en el cofre la vajilla que había sido de monsieur Fourbin, los hombres gritaron unánimemente: «Basta, dejad eso para uso del capitán, como regalo de sus oficiales y marineros.» Misson les dio las gracias, devolvieron la vajilla a la cámara grande, y el cofre fue asegurado conforme las órdenes acordadas. Misson mandó entonces a sus oficiales que averiguasen qué hombres andaban más necesitados de ropa y se les distribuyese la de los muertos con imparcialidad, lo que se hizo con el consenso general y el aplauso de toda la tripulación. Y cuando estaban todos en cubierta menos los heridos, Misson habló desde la *baracade* en estos términos: que habían resuelto por unanimidad asumir y defender la libertad que los ambiciosos habían usurpado, y que esto era algo que un juez imparcial no podía apreciar sino como una justa y valerosa resolución; que él tenía la obligación de recomendarles un amor fraterno de los unos a los otros, la eliminación de toda rencilla y resentimiento, y velar por que hubiese una completa concordia y armonía entre ellos. Que al sacudirse el yugo de la tiranía, acción que expresaba lo mucho que la detestaban, esperaba que nadie siguiera el ejemplo de los tiranos y volviese la espalda a la justicia; porque cuando se pisotea la equidad,

luego vienen naturalmente la miseria, la confusión y la mutua desconfianza. También les advirtió que había un Supremo a cuya adoración nos inclina la razón y la gratitud, y con el que nuestro propio interés nos obliga a reconciliarnos (porque es mejor estar en el lado más seguro, que hace posible la vida en el más allá); que había hombres nacidos y criados en la esclavitud, con la que estaban satisfechos, por lo que tenían el espíritu arruinado, eran incapaces de pensar de manera generosa y que, ignorantes de sus derechos innatos y de las dulzuras de la libertad, danzaban al son de sus cadenas, como era efectivamente el caso de la mayoría de los habitantes del globo, que tacharían a esta generosa tripulación con el odioso nombre de piratas, y considerarían loable contribuir a su destrucción. La propia conservación, por tanto, y no una disposición cruel, le obligaba a declarar la guerra a todos los que le negasen la entrada en sus puertos y a todos los que no se rindiesen inmediatamente y entregasen lo que requería su necesidad, pero de manera más particular la declaraba a todos los barcos y buques europeos, enemigos decididos e implacables. «Y ahora —dijo—, declaro tal guerra, pero al mismo tiempo os recomiendo, camaradas, un comportamiento humano y generoso para con vuestros prisioneros, lo que mostrará tanto más los efectos de un alma noble cuanto que estamos seguros de no encontrar el mismo trato si nuestra mala suerte, o más propiamente nuestra desunión o falta de valor, nos pusiese a su merced.»

Después de esto les comunicó que había que pasar revista, y se contaron doscientos hombres disponibles y treinta y cinco enfermos o heridos; a medida que desfilaron se les pidió juramento. Una vez terminados todos estos requisitos pusieron rumbo a las Indias Occidentales españolas, pero dispuestos a cruzar en el trayecto una semana o diez días en el paso de barlovento de Jamaica, porque la mayoría de los mercantes que eran muy marineros no esperaban a formar convoy, y salían por él, por ser el atajo más corto hacia Inglaterra.

Frente a San Cristóbal apresaron una balandra inglesa encalmada, con sus botes; le quitaron dos pipas de ron y media docena de bocoyes de azúcar (era una balandra de Nueva Inglaterra con destino a Boston); y sin infligir la menor violencia a los hombres ni expoliarlos, los dejaron seguir. El capitán de la balandra era Thomas Butler, quien confesó no haber topado jamás con un enemigo tan cándido como el buque de guerra francés que le apresó el día que salió de San Cristóbal. No dieron con ningún otro botín en el viaje hasta que llegaron al punto de destino, donde a los tres días vieron una balandra que tuvo la insolencia de darles caza; el capitán Misson preguntó qué podía significar que la balandra les fuese detrás. Uno de los hombres, conocedor de estas latitudes, dijo que era un corsario de Jamaica y que no se sorprendiese si trataba de abordarlos, «No me es

desconocida esa manera de operar, y apuesto diez contra uno a que este insignificante colega, como podría considerarle quien no conozca a los corsarios de Jamaica, causará problemas. Ahora está atardeciendo, pero verá, en cuanto él averigüe nuestra fuerza, cómo se mantiene fuera del alcance de nuestros cañones hasta el cambio de guardia de las doce; entonces intentará abordarnos, con la esperanza de cogernos rápidamente. Por tanto, capitán, si me permite aconsejarle, ordene que cada hombre lleve sus armas de mano, y a las doce se toque la campana como de costumbre, y se haga más ruido que de ordinario, como si entrase una guardia y saliese otra con gran confusión y prisa, y le doy mi palabra de que se atreverá a lanzar a sus hombres.» Se aprobó y acordó el consejo del camarada, y la balandra maniobró como éste había dicho que haría, acercándose lo bastante para averiguar claramente la fuerza del *Victoire*; izó éste los colores franceses, y ella, la balandra, cogió viento; el *Victoire* le fue detrás, aunque sin esperanza de alcanzarla. La balandra ganaba tan bien barlovento que pudo prescindir de unos puntos de escota y no obstante dejarlo atrás. Al crepúsculo el francés la había perdido de vista; pero a las once de la noche la vieron al acecho por barlovento, lo que confirmó la opinión del marinero de que intentaría abordarlos, como efectivamente hizo a la hora del simulado cambio de guardia: dado que había poco o ningún viento, trincó el costado del *Victoire* y lanzó a sus hombres, que fueron apresados tranquilamente al saltar por la escotilla de proa, donde fueron recibidos por los franceses, que los redujeron sin mucha refriega y sin matar a uno sólo de los corsarios, aunque quedaron lastimados unos cuantos y un francés herido. Al comprobar el *Victoire* que tenía presos a la mayoría de los de la balandra, la abordó a su vez, en tanto los corsarios, al verla estratagema, intentaban cortar las trincas y huir. De esta manera fue el inglés por lana, y salió trasquilado. Una vez encerrados todos los prisioneros, el capitán previno a sus hombres, no fuera que por un deseo de aumentar su número revelasen su propósito.

A la mañana siguiente monsieur Misson mandó llamar al capitán del corsario, le dijo que no podía por menos de tenerlo por un valeroso camarada al haberse atrevido con un barco como el suyo, y por esa razón le daría el trato que los hombres de su profesión raramente concedían a sus prisioneros. Le preguntó cuánto tiempo hacía que estaba en alta mar, cómo se llamaba y qué llevaba a bordo. Contestó que acababa de zarpar y que era la primera vela con la que topaba, y habría considerado una suerte no haber hablado con él; que se llamaba Harry Ramsey y que a bordo tenía trapos, pólvora, balas de cañón y algunos galones de ron. Encerraron a Ramsey en la santabárbara y celebraron un consejo a la manera pública antedicha, con el mamparo de la cámara grande enrollado. A su conclusión, el capitán del corsario fue llamado otra vez, y el capitán Misson le

comunicó que le devolvía la balandra y quedaban en libertad él y sus hombres, sin quitarles nada, salvo lo que la prudencia obligaba, o sea la munición y las armas de mano, si les daba palabra de honor, y juraban sus hombres, de no salir a corso en seis meses a partir del momento en que los soltasen; que él no tenía intención de permanecer en esa zona más de una semana, y que pasado ese plazo los dejaría libres.

Ramsey, cuya balandra era nueva, no se esperaba tal favor, por lo que le dio las gracias y prometió cumplir puntualmente lo que se le pedía; en cuanto a sus hombres, lo juraron de buen grado, aunque no tenían intención de guardar tal juramento. Y al expirar la semana, él y sus hombres fueron devueltos a bordo de su propia balandra. Entonces se situó Ramsey al través del barco, y pidió a monsieur Misson que le permitiese disponer de pólvora para una salva, para expresarle las gracias; pero éste le contestó que no hacía falta esa ceremonia y que no esperaba otra correspondencia que la de cumplir su palabra, lo que indudablemente hizo Ramsey. Algunos de sus hombres consideraron una ventaja para ellos que fuese tan religioso.

Al separarse, Ramsey dedicó tres vivas al barco, ya Misson tuvo la cortesía de corresponder con uno, al que Ramsey contestó con tres más. A continuación puso rumbo a Jamaica, y en el extremo este de la isla se encontró con el *Diana*, que por consejo suyo dio media vuelta.

El *Victoire* se dirigió a Cartagena, frente a cuyo puerto estuvo cruzando unos días; pero como no avistaba nada en los mares, puso rumbo a Portobelo. En el trayecto toparon con dos mercantes holandeses que llevaban patente de corso y acababan de atacar la costa, el uno de 20 cañones y el otro de 24. Misson trabó combate, pero se defendieron con gran resolución y valentía; y como iban muy tripulados, no se atrevió a abordarlos por temor a ser abordado al mismo tiempo por el otro. Su enorme coraje le dio una gran ventaja sobre los holandeses, pese a que eran dos contra uno; además, el interés de éstos, porque llevaban cargamento, era huir si podían, por lo que presentaron un combate en retirada, aunque con gran cuidado de mantenerse cerca el uno del otro.

Sostuvieron la lucha más de seis horas, hasta que Misson, furioso ante esta obstinación, y temiendo que le derribasen un palo o un mastelero, librándose así de él, decidió hundir el más grande de los dos, para lo cual mandó que estuviesen todos los cañones atentos a una orden del hombre que iba en el centro del barco, y corrió a ponerse a su lado para darle ánimo. Obedeció puntualmente sus instrucciones, mandó una andanada y abrió tal boquete en el holandés que se fue

instantáneamente al fondo pereciendo todos sus hombres.

Entonces preparó los garfios, dispuso a su gente sobre las vergas de proa a popa y se dispuso a abordar el otro. Al darse cuenta el holandés, y aterrado ante la desventurada suerte de su consorte, juzgó inútil seguir resistiendo y se rindió. Misson los trató con cortesía, aunque estaba furioso por la pérdida de trece hombres, además de nueve heridos, de los que fallecieron otros seis. A bordo encontraron gran cantidad de pasamano de oro y plata, brocados de seda, medias de seda, balas de paño de velarte, sayas de todos los colores y paño osnabruck.

Tras celebrar consulta, decidieron que el capitán Misson tomara el nombre de Fourbin, regresara a Cartagena, vendiese la presa y dejase en tierra a los prisioneros. Así que barloventearon hacia el este y fondearon entre el fuerte Boca Chica y la ciudad, ya que no parecía prudente entrar en el puerto. Escoltaron el alijo, y Caraccioli, con el nombre de D'Aubigny, el teniente primero muerto en el combate con el *Winchelsea*, y su autorización en el bolsillo, bajó a tierra con una carta dirigida al gobernador, firmada con el nombre de Fourbin, cuya rúbrica, por temor a lo peor, fue cuidadosamente falsificada. El propósito de esta carta era que, teniendo órdenes discrecionales de navegar por tres meses, y habiendo oído que los ingleses infestaban su costa, habían venido a buscarlos y habían topado con dos buques holandeses, uno de los cuales habían hundido y el otro apresado. Que estando el plazo de su licencia próximo a expirar, agradecería a su excelencia le enviase a bordo los mercaderes que desearan tomar de sus manos el barco y su cargamento, del que había enviado factura a los holandeses.

Don José de la Cerda, el entonces gobernador, recibió muy cortésmente al segundo (que había mandado de regreso la lancha al desembarcar), y accedió a llevar a tierra a los prisioneros, e hizo cuanto se le pidió; y tras ordenar que se preparasen provisiones frescas y saladas como presente para el capitán, mandó llamar a varios mercaderes, que estaban muy deseosos de subir a bordo, y ajustar el precio del barco y la mercancía, cosa que hicieron por cincuenta mil piezas de a ocho. Al día siguiente fueron desembarcados los prisioneros; una rica pieza de brocado que habían reservado se la envió Misson al gobernador como regalo. Pagaron el dinero los mercaderes, se les entregó el barco y la mercancía al amanecer del día siguiente, y el *Victoire* se hizo a la vela. El lector puede preguntarse cómo pudo hacerse con tanta diligencia, pero debe tener en cuenta que estas mercancías fueron vendidas por factura holandesa, que el comprador de la presa afirmó que era auténtica.

Debo añadir a todo esto que el *Victoire* era un buque de guerra francés, que

el almirante Wager había enviado al *Kingston* en su busca, y al ser falsamente informado después, se le unió otro de setenta cañones, navegaron ambos entre cabos con órdenes de que el *Severn* fuese al encuentro del *Kingston* y le asistiese, lo que estuvo a punto de resultar fatal, porque estos buques de guerra ingleses, mandados por el capitán Trevor y el capitán Pudnor, se encontraron de noche, y se prepararon para atacarse, tomándose el uno al otro por el enemigo: faltos los hombres del Kingston de una buena vigilancia, cosa que debe achacarse a la negligencia del oficial de guardia, no vieron al *Severn* hasta que lo tuvieron encima; pero, afortunadamente, éste venía por sotavento, navegando a vela llena y bien visible. Esto puso al *Kingston* en tal confusión que cuando el *Severn* saludó no obtuvo respuesta porque no lo oyó nadie. Se situó bajo la popa del *Kingston*, y el capitán Pudnor ordenó ponerse al habla por tercera y última vez, y si no contestaban, mandarle una andanada. El ruido a bordo del *Kingston* había cesado ahora un poco, y el capitán Trevor, que estaba a popa con un megáfono para llamar al *Severn*, oyó por suerte el saludo; y al contestar el *Kingston* y preguntar el nombre del otro barco, evitó el desastre.

Cruzaron juntos algún tiempo; pero no encontraron nada que respondiese a su información, y regresaron a Jamaica, como yo al asunto que me ocupa, rogando que se me perdone esta digresión que consideraba necesaria.

Don José de la Cerda contó al capitán en una carta que el *San José*, galeón de sesenta cañones, se hallaba a la sazón en Portobelo y que le gustaría que lo escoltase hasta que abandonara la costa; que en ocho o diez días llegaría a La Habana y que, si el tiempo lo permitía, podía enviarle un correo; que dicho galeón llevaba a bordo 800.000 piezas de a ocho de plata y barras de oro. Misson mandó respuesta diciendo que confiaba en que le excusase el que prolongase sus órdenes unos días; que navegaría frente a la isla de las Perlas y cabo Gracias a Dios, y su señal para el galeón sería desplegar una enseña blanca en los obenques del mastelero de proa, izar la vela de trinquete y disparar un cañonazo por barlovento y dos por sotavento, a lo que debería contestar él largando e izando la vela de trinquete tres veces y disparando los cañones de sotavento. Don José, complacido en extremo por esta cortesía, expidió un bote para avisar al *San José*; pero éste había zarpado hacía dos días, en contra de las esperanzas del gobernador de Cartagena; y el capitán Misson recibió esta información del bote, que cuando regresaba con la respuesta vio al *Victoire* en alta mar y le habló. Se decidió entonces seguir al *San José*, así que pusieron proa a La Habana; aunque no se sabe por qué accidente, no lo alcanzaron.

Olvidaba decir a mi lector que a bordo del holandés iban catorce hugonotes

franceses a los que Misson había creído oportuno detener cuando estaban en alta mar. Misson los llamó y les propuso que se quedasen con él, diciéndoles al mismo tiempo que los dejaría escoger, porque no quería hombres forzados; y que si todos ellos, o algunos, rechazaban la propuesta, los dejaría en la primera embarcación que encontrase y fuese adecuada, o los desembarcaría en alguna costa habitada; por tanto, les pedía que se tomasen dos días para pensarlo antes de darle la respuesta; y para animarlos convocó a todos los hombres y declaró que si alguno se arrepentía del curso de vida que había escogido, se le daría su justo dividendo y se le dejaría en la costa, cerca de La Habana, o bien en algún otro lugar conveniente. Pero nadie aceptó el ofrecimiento, y los catorce prisioneros decidieron por unanimidad unirse a ellos, a cuya resolución contribuyó en gran medida, sin ninguna duda, la esperanza del buen botín del *San José* y el ofrecimiento de libertad.

A la entrada del golfo descubrieron y vieron venir un gran barco mercante que se dirigía de Jamaica a Londres: tenía 20 cañones, pero no más de 32 hombres, de manera que no había por qué temer ninguna resistencia; además iba muy cargado con azúcar. Monsieur Misson le quitó lo que llevaba de munición, unas cuatro mil piezas de a ocho, algunas pipas de ron y diez toneladas de azúcar; y sin infligir ningún daño más los dejó proseguir viaje. Lo más valioso de esta presa fueron los hombres que obtuvo, porque llevaba a Europa doce prisioneros franceses, dos de los cuales eran hombres necesarios, ya que uno era carpintero y el otro su ayudante. Eran de Burdeos, de donde habían ido en el *Pomechatraine*, que fue apresado por el *Maremaid* frente a Petit Guavus después de una obstinada resistencia en la que perdieron cuarenta hombres. Pero opinaban que el *Maremaid* no habría podido apresarlos, dado que tenían tan sólo cuatro cañones menos, lo que contrarrestaban ellos con unos treinta hombres. Al contrario, si no hubiese hecho su aparición el *Guernsey* habrían decidido ellos abordar y apresar al *Maremaid*. Estos hombres se mostraron muy contentos de entrar al servicio del capitán Misson.

Como los habían dejado en cueros, suplicaron que se les permitiese tomar represalias, pero el capitán no lo consintió; aunque dijo al jefe de la presa que ya que los protegía a él y a sus hombres, era razonable que se diese ropa a estos franceses, a lo que el patrón contribuyó con la suya, y cada hombre sacó su cofre, considerando muy justo darles la mitad.

Aunque el barco de Misson pasaba por buque de guerra francés, su generosidad al dejar libre a su presa dio pie a que los ingleses sospechasen la verdad: que ni el barco ni el cargamento eran de utilidad para los que estaban en la

gran causa.

Una vez que perdieron toda esperanza de atrapar el *San José*, costearon por el norte de Cuba, y como el *Victoire* estaba cada vez más sucio, se metieron en una bahía cerrada que encontraron en la punta ENE, donde lo tumbaron con ayuda de los botes y los cañones, aunque no podían pretender sacar fuera la quilla: Sin embargo, rascaron y ensebaron hasta donde pudieron; razón por la que muchos de ellos se arrepintieron de haber soltado su última presa, ya que con su ayuda habrían podido tumbarlo.

Ya adrizado el barco y puesto todo a bordo, deliberaron sobre que rumbo tomar. En esto el consejo se mostró dividido: el capitán y Caraccioli eran partidarios de dirigirse a la costa africana, y los demás a Nueva Inglaterra, alegando que el barco tenía los fondos sucios y no estaba en condiciones para el viaje, y que si topaban con vientos contrarios o mal tiempo podían quedarse sin provisiones, y que como no estaban lejos de la colonia inglesa de Carolina, podían en esa costa o en la de Virginia, Maryland, Pennsylvania, Nueva York o Nueva Inglaterra interceptar barcos que transportasen vituallas a las islas, y por ese medio abastecerse de pan, harina y otros productos necesarios. Hicieron recuento de provisiones, y al comprobar que tenían para cuatro meses, el capitán Misson llamó a todos los hombres a cubierta y les dijo que, como había en el consejo diferencias sobre qué rumbo seguir, le parecía razonable someterlo a votación de toda la compañía; que él era partidario de dirigirse a la costa de Guinea, donde podían esperar razonablemente topar con presas valiosas, y que si fallaban sus expectativas en un sentido, estarían seguros de quedar satisfechos en otro, dado que podrían lanzarse sobre los barcos de las Indias Orientales, y no necesitaba decirles la cantidad de extranjeros que transportaban a Europa el dinero que sacaban de América. A continuación expuso el sentir de los que estaban en contra y sus razones, y rogó que cada uno diera su opinión y su voto conforme a lo que creyese más conveniente para el bien de todos; que estaba muy lejos de tomar a mal que rechazasen lo que él proponía, dado que no tenía intereses personales a los que servir. La mayoría de los votos cayeron del lado del capitán, así que pusieron rumbo a la costa de Guinea, en cuyo viaje no aconteció nada digno de mención. A su llegada a la Costa de Oro toparon con el *Nieuwstadt*, de Amsterdam, barco de dieciocho cañones mandado por el capitán Blaes, que ofreció combate en retirada durante cinco ampolletas. Se quedaron con este barco, poniendo a bordo 40 hombres, y pasando los prisioneros al *Victoire*, cuarenta y tres en total. Habían salido de Amsterdam cincuenta y seis; siete habían muerto en este enfrentamiento, y antes habían perdido otros seis por enfermedad y accidentes, uno de ellos al caerse por la borda y otro alcanzado por un tiburón al saltar al agua en una calma.

El *Nieuwstadt* llevaba a bordo polvo de oro por valor de 2.000 libras esterlinas y unos cuantos esclavos, diecisiete exactamente, ya que acababa de empezar la compra. Estos esclavos fueron un refuerzo para sus hombres, ya que el capitán mandó que los vistiesen de los cofres de los marineros holandeses, y dijo a sus hombres que el tráfico con seres de su propia especie jamás podía ser grato a los ojos de la justicia divina; que ningún hombre tenía poder sobre la libertad de otro, y que si los que manifestaban un conocimiento más ilustrado de la deidad vendían a otros hombres como bestias demostraban que su religión no era sino una pantomima y que tan sólo se diferenciaban de los bárbaros en el nombre, dado que su práctica no era humana en absoluto. Por su parte, y esperaba expresar el sentir de todos sus valerosos compañeros, no había librado su cuello del irritante yugo de la esclavitud y defendido su propia libertad para ir a esclavizar a otros. Que aunque estos hombres se distinguían de los europeos por su color, sus costumbres o sus ritos religiosos, eran obra del mismo ser omnipotente y estaban dotados de la misma razón. Por tanto, pedía que se los tratase como franceses (porque proscribiría incluso el nombre de esclavitud entre ellos) y se los repartiesen entre los ranchos, a fin de que pudieran aprender antes su lengua, y fueran sensibles a la obligación que tenían para con ellos, y más capaces y celosos en defender esa libertad, que debían a su justicia y humanidad.

Este discurso de Misson fue acogido con el aplauso general, y el barco vibró con un *Vive le Capitain Misson!,* viva el capitán Misson. Los negros fueron distribuidos entre los franceses, uno a cada rancho, y por medio de gestos manifestaron que estaban muy agradecidos por haber sido liberados de sus cadenas. Como el barco estaba cada vez más sucio y se movía pesadamente en el agua, se dirigieron al río de Lagoa, donde lo tumbaron, le quitaron las tablas que más había dañado la carcoma y las sustituyeron por otras nuevas.

Después carenaron la presa y salieron a la mar, poniendo rumbo sur, y costeando, pero no toparon con nada. Todo este tiempo se observó la más grande corrección y regularidad a bordo del *Victoire*; aunque el ejemplo de los prisioneros holandeses empezaba a inclinarlos a emborracharse y a blasfemar, por lo que al observarlo el capitán decidió que era mejor cortar de raíz estos vicios; y llamando a franceses y holandeses a cubierta, se dirigió a estos últimos, pidiendo a su capitán, que hablaba bastante bien el francés, que tradujese sus palabras a los que no lo entendían. Les dijo que antes de verse en la desdicha de tenerlos a bordo jamás le habían chirriado los oídos oyendo profanar el nombre del Creador, pero que desde ese momento, y para su pesar, había oído frecuentemente a sus propios hombres cometer ese mismo pecado, que ningún placer ni provecho reportaba, y en cambio podía acarrearles un severo castigo; que si tenían una justa idea del ser supremo,

no debían mencionarlo nunca, sino que reflexionasen sobre su pureza y la bajeza de ellos. Que muy fácilmente nos dejamos influir por las compañías; por eso decía un proverbio español: *Deja que convivan un ermitaño y un ladrón, y el ladrón se hará ermitaño o el ermitaño ladrón*. Que había visto cumplido esto en su barco, porque no podía atribuir los juramentos y blasfemias que oía entre sus valerosos compañeros a otra causa que al odioso ejemplo de los holandeses. Que no era éste el único vicio que habían introducido, porque antes de que ellos estuviesen a bordo, sus hombres eran hombres, y ahora veía por su bestial comportamiento que habían degenerado en brutos, ahogando esa única facultad por la que se distingue el hombre de la bestia, como es la *razón*. Que él tenía el honor de mandarlos, y por tanto no podía verlos hundirse en estos odiosos vicios sin una sincera inquietud, dado que sentía paternal afecto por ellos, y se reprocharía a sí mismo descuidar el bien común si no los amonestaba, y por el cargo con que ellos le habían honrado estaba obligado a mantener una mirada vigilante sobre el interés general. Era deber suyo decirles que, en su opinión, los holandeses los tentaban a llevar una forma de vida disoluta porque así podían aprovecharse de alguna manera de ellos. Por tanto, como estaba seguro de que sus bravos compañeros se dejarían guiar por la razón, advertía a los holandeses que al primero que se le sorprendiese con juramentos en la boca o licor en la cabeza sería amarrado a los obenques, azotado y salado para ejemplo del resto de su nación. En cuanto a sus amigos, a sus compañeros, a sus hijos, a las valientes, generosas, nobles y heroicas almas que tenía el honor de mandar, les rogaba que se permitiesen un momento de reflexión y considerasen cuán poco placer y cuanto peligro podía derivarse de la imitación de los vicios de sus enemigos, y que entre ellos se aplicaría una ley de supresión de lo que de otra manera los extrañaría de la fuente de la vida, y consiguientemente los dejaría sin su protección.

No es fácil imaginar el efecto que este discurso tuvo en ambas naciones: los holandeses se volvieron más continentes por temor al castigo, y los franceses por temor a ser reprendidos por el buen capitán, porque nunca lo nombraban sin este epíteto. En la costa de Angola toparon con un segundo barco holandés cuyo cargamento consistía en tejidos de seda y lana, ropa, encajes, vino, aguardiente, aceite, especias y quincalla. Le dio caza la presa y trabó batalla con él, pero al llegar el *Victoire* se rindió. Este barco se cruzó oportunamente en su camino y dio mucho trabajo a los sastres que iban a bordo, porque toda la tripulación empezaba ya a sacar los codos. Lo despojaron de cuanto era útil para su propio barco y a continuación lo hundieron.

Dado que tenía unos noventa prisioneros a bordo, el capitán propuso darles la presa con lo necesario para el viaje y soltarlos. Acordado esto, pasaron su

munición al *Victoire*, y después de darles provisiones suficientes para llegar a los asentamientos que los holandeses tienen en la costa, los reunió Misson, les dijo cuál era su propósito y preguntó si alguno quería compartir fortuna con ellos. Se quedaron once holandeses, dos de ellos veleros, uno armero y uno carpintero, hombres necesarios todos ellos. Al resto los dejó marcharse, no poco sorprendidos ante la formalidad, tranquilidad y humanidad que encontraron entre este nuevo tipo de pirata.

Habían recorrido, a todo esto, la bahía de Saldanha, unas diez leguas al norte de la bahía de Table. Como aquí hay buena agua, fondeadero seguro, gran cantidad de pesca y provisiones frescas que trocar con los nativos por mercancías que llevaban a bordo, decidieron quedarse algún tiempo a descansar. Cuando finalmente salieron de la bahía avistaron un barco de porte alto que al instante puso proa a ellos e izó los colores ingleses. El *Victoire* se identificó izando la enseña francesa y comenzó un vivo combate. El inglés era un buque nuevo, construido para cuarenta cañones, aunque sólo tenía montados treinta y dos, y noventa hombres. Misson dio orden de abordarlo, y sus hombres saltaron en tandas cada vez más numerosas, de manera que tras una enconada refriega obligaron a los ingleses a abandonar las cubiertas y dejar dueños del barco a los franceses, que les prometieron y dieron buen cuartel y no expoliaron a nadie.

A bordo de esta presa encontraron algunas balas de paño de velarte inglés y unas 60.000 libras en coronas inglesas y piezas españolas de a ocho. El capitán inglés había muerto en el combate, así como 14 de sus hombres; los franceses perdieron 12, lo que no fue poca humillación; sin embargo, esto no los movió a tratar a sus prisioneros con dureza. El capitán Misson lamentó la muerte del comandante, al que enterró en la playa; y dado que uno de sus hombres era cantero, colocó una piedra sobre su sepultura con estas palabras: *Icy gist un brave Anglois*. («aquí yace un valeroso inglés»). Una vez inhumado ordenó una triple salva con 50 armas de mano, y disparar cañonazos espaciados.

Al ver los ingleses en qué manos habían caído, y encantados con la humanidad de Misson, 30 de ellos pidieron unirse a él en espacio de 3 días. Los aceptó, pero al mismo tiempo les dio a entender que al tomarlos consigo no debían esperar entregarse a una vida disoluta e inmoral. A continuación distribuyó esta compañía entre los dos barcos y nombró a Caraccioli capitán de la presa, dándole oficiales elegidos por pública votación. Los diecisiete negros empezaban a comprender un poco el francés y a ser hombres útiles, y en menos de un mes todos los ingleses prisioneros se pasaron a él, salvo los oficiales.

Tenía dos barcos bien tripulados con sujetos decididos. Doblaron ahora el Cabo de Buena Esperanza y llegaron al extremo sur de Madagascar; y al decir uno de los ingleses al capitán Misson que los barcos europeos que iban a Surat hacían escala por lo general en la isla de Johanna, mandó llamar al capitán Caraccioli, y acordaron cruzar frente a esa isla. Así que navegaron a lo largo de la costa occidental de Madagascar y pasaron frente a la bahía de Diego. Como a mitad de distancia entre esa bahía y la isla de Johanna toparon con un buque inglés de las Indias Orientales, que en cuanto avistó a Misson y su presa les hizo señales de socorro; lo encontraron hundiéndose a causa de una inesperada vía de agua y subieron a bordo de ellos a todos los hombres, aunque lograron sacar de él pocas cosas antes de que se fuera al fondo. Los ingleses, milagrosamente salvados de perecer, pidieron desembarcar en la costa de Johanna, donde esperaban hallar algún barco holandés o inglés en poco tiempo, y donde entre tanto estaban seguros de tener algún alivio.

Llegaron a Johanna y fueron amablemente recibidos por la reina regente y su hermano, debido a los ingleses en primer lugar, y a su fortaleza en segundo, a la que el hermano de la reina, que dirigía la administración de los negocios, no era capaz de hacer frente y esperaba que pudiesen ayudarle contra el rey de Mohilla, que lo amenazaba con una incursión.

Ésta es una isla vecina, en cierto modo, a la de Johanna, y está situada al noroeste y cerca del norte de ésta. Caraccioli dijo a Misson que podía sacar provecho ahondando la brecha entre estas dos pequeñas monarquías y, ofreciendo su apoyo a la de Johanna, dominar a las dos, porque éstas lo buscarían como protector y aceptarían comprar su amistad a cualquier precio, por cuyo medio mantendría él la balanza del poder entre ambas. Siguió Misson este consejo, y ofreció su amistad y apoyó a la reina, que la aceptó con presteza.

Debo advertir al lector que muchos habitantes de esta isla hablan inglés y que los ingleses de la tripulación de Misson, que hacían de intérpretes, les dijeron que su capitán, aunque no era inglés, era aliado, y amigo y hermano de los hombres de Johanna, porque ellos estimaban a los ingleses más que a ninguna otra nación.

La reina los aprovisionó de todo lo necesario para la vida, y Misson se casó con su hermana, y Caraccioli con la hija de su hermano, a cuyo arsenal, consistente en no más de dos pedreñales herrumbrosos y tres pistolas, aportó treinta fusiles y muchos pares de pistolas, y les dio dos barriles de pólvora y cuatro balas de cañón.

Varios de sus hombres tomaron esposa y algunos pidieron su parte en las presas —que les fue puntualmente entregada—, ya que querían establecerse en esta isla. Pero el número de éstos no pasó de diez, cuya pérdida fue suplida con treinta de la tripulación (que habían salvado del naufragio) que se unieron a él.

Mientras pasaban el tiempo en toda suerte de diversiones que el lugar les podía proporcionar, como cacerías, banquetes y visitas a la isla, el rey de Mohilla realizó una incursión que alarmó a toda la región. Misson aconsejó al hermano de la reina que no opusiese resistencia, sino que lo dejase penetrar en el interior de la isla, que él se ocuparía de cortarle la retirada; pero el príncipe contestó que, de seguir su consejo, el enemigo le infligiría a él y a sus súbditos un daño irreparable destruyendo las avenidas de cocoteros, razón por la que debía procurar impedir su avance. A esta respuesta, Misson preguntó a los ingleses que no estaban bajo su mando si querían unirse a él para rechazar a los enemigos de su común anfitrión y, tras acceder todos, les dio armas y los mezcló con sus propios hombres; y con el mismo número más o menos de johannianos, bajo el mando de Caraccioli y del hermano de la reina, tripuló todos sus botes y salió con ellos hacia el oeste de la isla, donde los mohillianos habían desembarcado. El grupo que iba por tierra cayó sobre los mohillianos y los derrotó con gran facilidad; y sufrieron la más grande consternación al encontrar cortada la retirada por los botes de Misson. Los johannianos, a los que habían molestado a menudo, estaban tan furiosos que no dieron cuartel a ninguno, y de 500 que habían efectuado la incursión, de no intervenir Misson y Caraccioli, no habría escapado uno sólo con vida: 115 fueron hechos prisioneros por sus hombres y llevados a los barcos. Éstos los trasladaron a salvo a Mohilla con un mensaje para el rey, rogándole que hiciese la paz con su amigo y aliado el rey de Johanna; pero este príncipe, poco impresionado por el servicio que se le había hecho salvando a sus súbditos, le mandó el mensaje de que no admitía imposiciones de nadie, y que él sabía cuándo hacer la guerra y la paz sin su consejo; consejo que no había pedido ni necesitaba. Misson, irritado por esta descortés respuesta, decidió llevar la guerra a su país, así que puso rumbo a Mohilla con más de 100 johannianos. Al hacer los barcos su aparición, la playa se llenó de hombres para impedir el desembarco si lo intentaban: pero los cañones grandes dispersaron a esta turba, y los johannianos y un número igual de franceses e ingleses desembarcaron bajo la dicha cobertura. Les salieron al encuentro unos 700 mohillianos con la pretensión de cortarles el paso; pero sus dardos y flechas fueron de poca eficacia contra los fusiles de Misson: la primera descarga produjo gran mortandad; después arrojaron unas doscientas granadas en medio de ellos, y esto ya los puso en confusa fuga. El grupo de europeos y johannianos marcharon entonces hacia su metrópoli sin resistencia y la redujeron a cenizas; en ese tiempo los johannianos derribaron todos los cocoteros que pudieron, y hacia el atardecer

regresaron a sus barcos y salieron mar afuera.

A su regreso a Johanna, la reina organizó una fiesta y alabó la valentía y el servicio de sus invitados, amigos y aliados. Esta fiesta duró cuatro días, a la expiración de dicho tiempo el hermano de la reina propuso al capitán Misson efectuar otra incursión en la que iría él en persona, y no dudaba en someter a los mohillianos; pero esto no entraba en los cálculos de Misson, que tenía pensamiento de establecer un refugio en la costa noroeste de Madagascar, y consideraba las disensiones entre estas dos islas ventajosas para sus planes, y por tanto no tenía ningún interés en que la una se impusiera a la otra; porque mientras se mantuviese la discordia y sus fuerzas estuviesen más o menos niveladas, era evidente que el interés impulsaría a ambas partes a halagarle; así que contestó que debían meditar las consecuencias, porque podían ver frustradas sus esperanzas, y hallar la conquista menos fácil de lo que suponían; que el rey de Mohilla estaría más prevenido, y no sólo se atrincheraría, sino que los hostigaría con frecuentes emboscadas, con lo que inevitablemente perderían bastantes hombres y se verían obligados a retirarse con pérdidas, lo que levantaría el ánimo de los mohillianos y los convertiría en enemigos irreconciliables de los johannianos, privándolos enteramente de las ventajas con que podían ahora hacer la paz, después de haberlos derrotado dos veces; que él no podía estar siempre con ellos, y a su partida de Johanna podía esperar que el rey de Mohilla intentase tomar sangrienta venganza por los crecidos daños. La reina estuvo enteramente de acuerdo con el sentir de Misson.

Mientras discutían esto llegaron en embajada cuatro mohillianos para proponer una paz. Y al hallar a los johannianos muy exigentes, habló uno de ellos en estos términos: «No concluyáis por vuestro reciente éxito, johannianos, que la fortuna os será siempre favorable. No os dará siempre la protección de los europeos; y sin su ayuda, es posible que vengáis a suplicar la paz que ahora parece que no queréis. Recordad que el sol sale, alcanza su altura meridiana pero no se queda allí, sino que al punto comienza a declinar. Que esta advertencia os haga reflexionar sobre la constante mudanza de los asuntos sublunares, y que cuanto más grande es vuestra gloria, más cerca estáis de vuestra declinación. Por cada cosa que vemos aprendemos que no hay estabilidad en el mundo, sino que la naturaleza está en continuo movimiento. El mar que inunda las arenas tiene cotas que no rebasa, y en el instante mismo en que las alcanza, sin detenerse, retorna al seno de lo profundo. Cada yerba, cada arbusto y cada árbol, y aun nuestros propios cuerpos, nos enseñan esta lección: que nada es duradero ni digno de confianza. El tiempo pasa insensiblemente, un sol sigue a otro y trae sus cambios con él. Con el globo de luz de este día os veis fortalecidos por estos europeos

exaltados con la victoria, y nosotros, que hemos sido utilizados para que conquistéis, venimos a pediros paz. Con el sol de mañana quizá os veáis privados de vuestros actuales apoyos, y seáis los johannianos los que vengáis a suplicarnos a nosotros. Como no sabemos qué nos traerá el mañana, sería imprudente, o insegura esperanza, renunciar a una ventaja, como sin duda debe considerar todo hombre prudente la paz.»

Dicho esto, se retiraron los embajadores y fueron obsequiados por orden de la reina. Cuando terminó la deliberación fueron llamados otra vez y les dijo la reina que, aconsejada por sus buenos amigos europeos y su propio Consejo, accedía a hacer la paz, y que esperaba que borrase todo recuerdo de anteriores agravios; que debían reconocer que la guerra la habían comenzado ellos y que ella estaba lejos de ser la agresora, dado que sólo se había defendido en su propio reino, que tan frecuentemente habían invadido ellos, aunque hasta pocos días antes no los había molestado en sus costas. Y si verdaderamente deseaban vivir en términos amistosos con ella, debían enviar dos hijos del rey y diez de la primera nobleza como rehenes; que podían regresar cuando quisieran, pues ésas eran las únicas condiciones que imponía para renunciar a proseguir, con las ventajas que ahora tenía, con el más grande rigor.

Los embajadores regresaron con la respuesta de la reina. Unos diez días después aparecieron los dos barcos ante sus costas, y recibieron noticia de que el rey accedía a las condiciones propuestas, enviaría a los rehenes y deseaba la cesación de toda hostilidad; al mismo tiempo, invitaba a los jefes a bajar a la playa. Los hombres de Johanna que iban a bordo desaconsejaron esta invitación; pero Misson y Caraccioli, que no temían nada, bajaron, aunque armaron a la tripulación del bote. El rey los recibió con muestras de amistad, y comieron con él bajo un tamarindo; pero cuando se despidieron y regresaban a los botes los cercaron no menos de 100 mohillianos que los atacaron con la mayor furia, y en la primera lluvia de flechas hirieron a ambos capitanes y mataron a cuatro de los ocho que componían la tripulación del bote que iba con ellos. A su vez, ellos descargaron sus pistolas con cierta presteza y se lanzaron con sus machetes, pero de poco les habría valido su valentía si el estampido de sus pistolas no hubiese alarmado y atraído a sus amigos, que acudieron con sus fusiles, y aparecieron cuando estaban enzarzados; soltaron una descarga por la espalda a los asaltantes, de los que doce cayeron muertos en el acto. Al oír los del barco este fuego enviaron inmediatamente las yolas y lanchas bien tripuladas. Aunque este ataque de la tripulación de los botes les había enfriado algo el valor a los isleños, no cejaban en la lucha, y uno de ellos se arrojó desesperadamente sobre Caraccioli y le produjo una herida profunda en el costado con un largo cuchillo, aunque pagó el temerario

atentado con su vida, al partirle el cráneo uno de la tripulación. En este momento llegaron las yolas y las lanchas; y guiados por el ruido, reforzaron a sus compañeros, pusieron en fuga a los traidores y recogieron a sus muertos y heridos. Los europeos tuvieron por esta traición siete pérdidas y ocho heridos, de los que seis se recuperaron.

Al día siguiente la tripulación estaba dispuesta a vengar la sangre de sus oficiales y camaradas, así que se presentaron en el lugar del desembarco, cuando llegaron dos canoas con dos hombres atados: eran los supuestos instigadores de esta traición, cometida sin conocimiento del rey, quien los enviaba para que recibiesen el castigo que merecía su villanía. Se pidió a los hombres de Johanna que iban a bordo que hiciesen de intérpretes, y tras informar de lo dicho añadieron que el rey sólo sacrificaba a estos hombres, pero que ellos no le creían, y que era seguro que había dado orden de asesinar a los europeos; y que lo mejor era matar a todos los mohillianos que venían en las canoas, así como a los dos prisioneros, regresar a Johanna, armar a más compatriotas y no dar tregua a los traidores. Pero a Misson no le parecieron bien estas medidas violentas, ya que era contrario a toda crueldad, y pensaba que una venganza sangrienta, si la necesidad no forzaba a ella, denotaba un alma apocada y mezquina; por tanto, envió de regreso a los de las canoas con el ruego de que comunicasen a su rey que si antes de la noche le enviaba a los rehenes acordados daría crédito a su excusa, pero que si no lo hacía le tendría por autor del reciente atentado contra su vida.

Se fueron las canoas, pero no regresaron con ninguna respuesta, por lo que pidió a los hombres de Johanna que dijesen a los dos prisioneros que serían desembarcados en la playa a la mañana siguiente, ordenándoles que comunicasen a su rey que él no era ningún verdugo para dar muerte a quienes él había condenado, pero que encontraría, ya vería cómo, la manera de vengarse de esta traición. Tan pronto como fueron desatados los prisioneros se arrojaron a sus pies y le suplicaron que no los mandase a tierra, porque sin duda los matarían, ya que el crimen que habían cometido era desaconsejar la bárbara acción de la que eran acusados como autores.

Al día siguiente los dos barcos desembarcaron 200 hombres bajo la cobertura del cañón, aunque esta precaución de acercar los barcos a la playa resultó innecesaria; al no ver una sola alma remontaron la costa unas dos leguas, hasta que vieron asomar un grueso de hombres detrás de algunos arbustos. El primer oficial de Caraccioli, que mandaba el ala derecha con cincuenta hombres, se dirigió hacia ellos, pero se dio cuenta de que se había metido entre unas trampas cubiertas artificialmente, cayendo varios hombres en ellas, así que ordenó el alto y que no se

persiguiese a aquellos mohillianos que fingían una retirada para engañarlos, dado que era peligroso seguir adelante; y al no ver enemigo ninguno que les hiciese frente, retrocedieron por el mismo camino que habían avanzado, saltaron a los botes y regresaron a los barcos, con la determinación de regresar con gran refuerzo y hacer varios desembarcos a la vez en diferentes partes de la isla. Preguntaron a los dos prisioneros cómo era la región y qué terreno había en el norte de la isla; y ellos respondieron que era la parte más peligrosa para intentarlo, porque eran marismas, lugar donde los mohillianos tendrían protección contra cualquier peligro.

Regresaron los barcos a Johanna, donde recibieron muestras de la más grande ternura y preocupación por que se recuperasen los dos capitanes y sus hombres. Transcurrieron seis semanas antes de que pudiesen andar por la cubierta, porque ninguno de ellos quiso abandonar su barco. Sus esposas de Johanna manifestaron un interés del que ellos no las consideraban capaces; más aún, la esposa de uno de los hombres heridos que murió estuvo contemplando el cadáver un rato, inmóvil como una estatua, luego se abrazó a él y, sin derramar una lágrima, deseó bajarlo a tierra para lavarlo y enterrarlo; y al mismo tiempo, por un intérprete con una ligera mezcla de lengua europea que conocía, pidió a los amigos de su difunto esposo que lo despidiesen al día siguiente.

Así, pues, desembarcó un grupo con la parte que le correspondía al muerto, y que el capitán mandó que se entregase a su viuda; cuando ella vio el dinero sonrió y preguntó si todo eso era para ella. Y al contestarle que sí, dijo: «¿Y qué bien puede traerme esa porquería reluciente? Si con eso pudiera comprar la vida de mi esposo y hacerlo volver de su sepultura, lo aceptaría ilusionada; pero como no puede traerlo de nuevo a este mundo, no me sirve de nada; haced con él lo que queráis.» A continuación pidió que la acompañasen a rendir las últimas ceremonias al cuerpo muerto del esposo a la manera del país, no fuese a caer en desgracia, porque ella no podría permanecer junto a ellos y ser testigo, ya que tenía que ir cuanto antes a casarse otra vez. Los europeos se asustaron al oír la última parte de su discurso, tan disonante de la primera; sin embargo, la siguieron, y los condujo a un paseo de plátanos, donde se encontraron con gran número de hombres y mujeres de Johanna sentados a la sombra de los árboles, alrededor del cadáver que yacía en el suelo (donde se sentaron ellos también) cubierto de flores. Ella los abrazó a todos, y a continuación a los europeos, uno tras otro; y después de esta ceremonia soltó una retahíla de amargas imprecaciones contra los hombres de Mohilla, cuya felonía había cerrado los ojos de su esposo, su primer amor, a quien ella había entregado su corazón junto con su virginidad, y lo había vuelto insensible a sus caricias. Después prorrumpió en alabanzas a él, llamándolo alegría

de los niños, amor de las vírgenes, delicia de los ancianos y encanto de los jóvenes, añadiendo que era fuerte y hermoso como el cedro, bravo como el toro, tierno como el cabritillo y pacífico como la tortuga de tierra. Al terminar esta oración, no muy distinta de la de los romanos, que el pariente más próximo del difunto solía pronunciar desde la tribuna, se tendió junto a su marido, y se abrazó a él; y sentándose otra vez, se infligió a sí misma una herida profunda bajo el pecho izquierdo con una bayoneta, y cayó muerta junto al cadáver de su marido.

Los europeos se quedaron atónitos ante la ternura y resolución de la muchacha, porque a juzgar por su semblante no tenía más de diecisiete años; y ahora la admiraron, en la misma medida que antes la habían detestado por haberles dicho que iba a casarse otra vez, con un significado que no entendieron.

Después de enterrados el marido y la esposa, la tripulación regresó a bordo, y contó lo sucedido. Las esposas de los capitanes (Misson y la suya estaban a bordo del *Bijoux*, nombre que habían dado a la presa por su hechura y dorados) no parecieron sorprenderse, y la señora de Caraccioli sólo dijo que debía de ser de noble linaje, porque sólo a las familias de la nobleza se les concedía el privilegio de seguir a sus esposos, so pena de ser arrojadas al mar, si no lo hacían, para que fuesen pasto de los peces; y ellas sabían que sus almas no podrían descansar mientras el pez que se alimentase de ellas estuviese con vida. Misson les preguntó si habrían hecho lo mismo de haber sido ser ellos los muertos. «Tampoco nosotras habríamos deshonrado a nuestras familias —contestó su esposa—; ni es nuestra ternura inferior a la de la mujer que parecéis admirar.»

Una vez restablecido, Misson propuso efectuar un crucero por la costa de Zanguebar. Aprobado el plan, él y Caraccioli se despidieron de la reina y su hermano; y habrían querido dejar a sus esposas en la isla, pero no pudieron inducirlas por ningún medio a la separación; en vano adujeron la brevedad del tiempo que iba a durar el viaje: ellas contestaron que a donde iban estaba mucho más lejos que Mohilla, y que si les ocurría algo en esa breve ausencia no podrían soportarlo; y que si no les permitían seguir en su compañía durante el viaje, no esperasen verlas a su regreso.

En una palabra, se vieron obligados a ceder, pero les dijeron que si las esposas de sus hombres insistían igual en seguir el ejemplo, sus ternuras serían la ruina de ellos, y los harían presa de sus enemigos; ellas respondieron que la reina lo impediría, ordenando que ninguna mujer fuese a bordo, y que si había alguna en los barcos, regresase a tierra. Esta orden fue dada cabalmente, y zarparon rumbo al río de Mozambique. A los diez días más o menos de salir de Johanna, y a

unas 15 leguas al este de este río, toparon con un sólido barco portugués de 60 cañones que les presentó batalla desde el alba hasta las dos de la tarde, en que al morir el capitán, y tras perder gran número de hombres, se rindió, resultando ser una presa muy rica, ya que llevaba a bordo polvo de oro por valor de 250.000 libras esterlinas. Las dos mujeres no abandonaron la cubierta en ningún momento del combate, ni dieron la menor muestra de temor, salvo por sus esposos. Este combate les costó treinta hombres, y Caraccioli perdió la pierna derecha; la mortandad cayó mayormente del lado de los ingleses, ya que de las treinta bajas, veinte eran de esa nación; los portugueses perdieron el doble. Los heridos de Caraccioli fueron el factor que les decidió a regresar a Johanna, donde los atendieron con el más grande cuidado; ninguno de ellos murió, aunque su número ascendía a veintisiete.

Caraccioli estuvo en cama dos meses, pero al verlo Misson en vías de franca recuperación, tomó los hombres que podía del *Bijoux*, dejándole los suficientes para defenderse, y zarpó después de montar diez cañones portugueses, aunque hasta aquí sólo había llevado treinta, pese a tener portas para cuarenta. Se alargó hasta Madagascar y costeó por esta isla hacia el norte, hasta su extremo; después, de regreso, entró en la bahía que hay al norte de Diego Suares. Recorrió diez leguas de esta bahía, y en la parte de babor vio que ofrecía un abrigo ancho, seguro, con gran cantidad de agua dulce. Fondeó aquí, bajó a tierra, examinó la naturaleza del suelo, y encontró que era rico, y el aire saludable, y el campo llano. Dijo a sus hombres que era un sitio excelente para establecer un refugio, y que había decidido fortificar aquí, levantar un pueblecito, y hacer muelles para atracar; así tendrían un sitio al que podrían llamar suyo, y un receptáculo, cuando la edad o las heridas los incapacitasen para el trabajo, donde podrían disfrutar del fruto de sus fatigas, y bajar a la tumba en paz; sin embargo, no iniciaría nada hasta tener la aprobación de la compañía entera. Estaba seguro de que todos serían partidarios de este proyecto, puesto que evidentemente era por el bien general, aunque no le parecía aconsejable empezar nada ahora, no fuese que los nativos lo destruyeran en su ausencia; no obstante, como no tenía nada entre manos, si eran de su parecer, podían empezar a talar y cuadrar troncos, y prepararlos para levantar un fuerte de madera cuando regresasen con sus compañeros.

La propuesta del capitán fue universalmente aplaudida, y en diez días derribaron y desbastaron ciento cincuenta árboles grandes sin interrupción ninguna por parte de los habitantes, ni haber visto a uno solo. Talaron los árboles al borde del agua, de manera que no tuvieron dificultad en halarlos, lo que les habría ocupado muchísimo más tiempo. Regresaron después, y contaron a sus compañeros lo que habían visto y hecho, y la resolución del capitán, y todo el

mundo dio su conformidad.

El capitán Misson dijo entonces a la reina que la había servido en su guerra con la isla de Mohilla, y que podía seguir sirviéndola, si se dignaba prestarle asistencia para establecerse en la costa de Madagascar, proporcionándole 300 hombres para que lo ayudasen en los edificios. La reina le contestó que no haría nada sin el consentimiento del Consejo, y que reuniría a su nobleza, pero que sin ninguna duda aprobaría cualquier cosa razonable que pidiese, porque se daban cuenta de la deuda que los johannianos tenían con él. Y convocado el Consejo, e informado de la petición de Misson, uno de los más viejos dijo que no le parecía conveniente concedérsela, ni leal denegársela; que si le prestaban esa asistencia, contribuirían a incrementar un poder que podía resultar temible para ellos, al estar tan próximo; y estos hombres a los que prestaban ayuda, cuando conviniera a sus intereses, podían esclavizarlos. Por otra parte, si no accedían, tenían poder para infligirles gran daño. Así que debían escoger el menor de los males posibles, aunque no pronosticaban ningún bien para Johanna con este asentamiento cercano. Otro contestó que muchos de estos hombres tenían esposas de Johanna, que no era probable que se enemistasen con los hombres de Johanna al principio del asentamiento, porque su amistad podía serles útil; y de sus hijos no podía sospecharse nada en la siguiente generación, ya que la mitad de su sangre era de ellos mismos; que, entre tanto, si satisfacían la petición, estarían seguros de tener un aliado protector contra el rey de Mohilla; por todo lo cual se pronunciaba en favor de concederles lo que pedían.

Tras un largo debate en el que toda ventaja y todo inconveniente fueron detenidamente considerados, se accedió a enviar el número de hombres que pedía, a condición de que los devolviese pasadas cuatro lunas, firmase una alianza con ellos, y declarase la guerra a Mohilla. Acordado esto, permanecieron allí hasta que Caraccioli estuvo totalmente recuperado; entonces subieron a los johannianos al barco portugués, lo tripularon con cuarenta franceses e ingleses y quince portugueses, y pusieron rumbo al lugar donde Misson había determinado construir el pueblo, que bautizó con el nombre de Libertalia, y dio el nombre de *liberi* a su gente, en un deseo de suprimir los nombres diferenciadores de franceses, ingleses, holandeses, africanos, etcétera.

La primera tarea que acometieron fue levantar un fuerte a cada lado del puerto, dieron a ambos forma octogonal, y una vez terminados y montados con cuarenta cañones quitados al portugués, pusieron una batería de diez cañones en un ángulo, y empezaron a construir casas y almacenes bajo la protección de sus fuertes y barcos. Desaparejaron el portugués y guardaron todas sus velas y jarcias.

Mientras estaban afanosamente dedicados a estos trabajos, un grupo que solía salir a cazar e inspeccionar hasta unas cuatro o cinco leguas del poblado, decidió internarse más en la comarca. Hizo chozas a unas cuatro leguas de sus compañeros y siguió en dirección ESE cinco leguas más, hasta que topó con un negro que iba armado de un arco, flechas y jabalina. Con gesto amistoso, persuadieron a este individuo para que depusiese todo temor y fuese con ellos. Lo llevaron a sus compañeros, y allí lo agasajaron tres días con gran humanidad, y después volvieron con él al lugar donde lo habían encontrado, haciéndole el presente de un trozo de bayeta escarlata y un hacha. Él pareció extasiado con el regalo, y los dejó con aparente satisfacción.

Los cazadores pensaron que podía haber algún poblado no lejos, y al verlo mirar el sol, y después alejarse directamente hacia el sur, emprendieron la marcha hacia el mismo punto del compás; desde lo alto de una colina divisaron un poblado bastante grande y descendieron hacia él. Salieron hombres con armas del tipo de las descritas, o sea arcos, flechas y jabalinas. Pero como de los blancos avanzaban sólo dos, con presentes de hachas y bayeta en las manos, enviaron solamente cuatro a su encuentro. La desgracia fue que no podían entenderse unos con otros; pero al verlos señalar al sol, y hacer que uno de ellos avanzase y regresase luego, y mostrar que todos eran circuncisos, e indicar el cielo con un dedo, comprendieron que les daban a entender que había un solo Dios, que había enviado a un profeta, y dedujeron de esto, y de su circuncisión, que eran mahometanos. Los regalos fueron llevados al jefe, que pareció recibirlos cortésmente, y por señas invitó a los blancos a entrar en el poblado. Pero ellos, recordando la última traición de los mohillianos, hicieron señas de que trajesen las vituallas a donde ellos estaban.

[Más sobre la historia de estos aventureros en el Capítulo II]

CAPÍTULO II
Del capitán Tew y su tripulación

Antes de abordar las aventuras de este pirata, debo informar al lector de las razones que me indujeron a no continuar la vida de Misson.

Al leer las notas que tengo junto a mí acerca del capitán Tew, encontré que estaba unido a Misson, y que debía o bien pecar de repetición, o bien hacer relación de Tew en la vida de Misson, cosa que es contraria al método que me había propuesto de ofrecer clara relación de cada pirata con alguna importancia: y es evidente que Tew, en punto a valentía, no fue inferior a ninguno, y puede reclamar justamente un Capítulo aparte para sus acciones.

Sin embargo, antes de entrar en la vida de este pirata, proseguiré la de Misson hasta el momento en que se encuentren ambos capitanes.

Los negros, al verlos tan precavidos, trajeron arroz cocido y pollos, y después de satisfecha el hambre, el jefe hizo saber por señas que eran los mismos que habían llevado a un negro a sus barcos, y mandó traer el hacha y la pieza de bayeta que le habían dado. Mientras ocurría esto, el mismo negro volvió de su cacería, y pareció muy contento al verlos. El jefe les indicó que podían regresar; se acercaron a ellos diez negros cargados con pollos y cabritos, y el jefe les dio a entender que los acompañarían con estos presentes hasta sus barcos.

Se despidieron muy amistosamente, y con la esperanza de establecer buena correspondencia con estos nativos. Todas las casas de éstos estaban hábilmente enmarcadas y ensambladas, no construidas sobre cimientos, sino hechas de tal manera que media docena de hombres podían levantarlas y transportarlas de un lugar a otro; y a veces se podía desplazar un poblado entero, lo que habría sido un espectáculo singular en Europa, y sorprendente, ver moverse las casas. Al regresar los cazadores a sus barcos con los presentes y los negros fueron jubilosamente recibidos; y los negros no sólo fueron agasajados, sino cargados de bayeta, ollas de hierro y ron, además de un machete para el jefe.

Durante el tiempo que estuvieron los negros, que fue el espacio de tres días, examinaron y admiraron los fuertes y el asentamiento, en el que estaban ocupados todos los hombres, incluidos los prisioneros.

Como monsieur Misson no percibía ningún peligro de tierra, su fuerte (aunque de madera) era, según creía, defensa suficiente para su recién nacida colonia. Tomó ciento sesenta hombres y fue por segunda vez a la costa de Zanguebar, y frente a Quiloa dio caza a un barco grande, que se puso al pairo para esperarlo. Resultó ser superior al *Victoire*, y presentó batalla, con gran pérdida de hombres, durante ocho ampolletas; pero al ver que era más que probable que fuesen apresados, antes que capturar ellos a la presa, por consejo de sus oficiales y hombres, procuraron abandonar al portugués, que era barco de 50 cañones, y tenía trescientos hombres a bordo. Pero fue inútil este intento, porque el portugués era igual de veloz que el *Victoire*, y el comandante hombre valeroso y decidido que, al ver que ponía todo el empeño en huir, le pegó el costado, aunque perdió a la mayoría de los hombres que intentaron el abordaje. La tripulación de Misson no estaba acostumbrada a ser atacada; y como no esperaba cuartel, luchó tan desesperadamente que no sólo despejó totalmente la cubierta, sino que algunos hombres persiguieron a los portugueses, que volvieron a saltar a su propio barco. Al verlo Misson, esperó aprovechar su desesperación, y gritando: *Il est à nous, à l'abordage!* («¡Es nuestro, al abordaje!») siguieron tantos hombres a los pocos del principio que apenas quedaron para gobernar el barco. Al observar Misson la decisión de sus hombres, trincó el barco portugués y saltó él mismo a bordo, gritando: *La mort, ou la victoire!* («¡Muerte o victoria!») Los portugueses, que en cierta manera se consideraban conquistadores, al ver que el enemigo no sólo había rechazado a los que lo habían abordado, sino que los abordaba a ellos con resolución, comenzaron a abandonar la cubierta, a pesar de los esfuerzos de sus oficiales. Misson se enfrentó al capitán cuando éste luchaba por impedir que sus hombres huyesen; entablaron una pelea con sus sables con igual valentía; pero Misson le acertó en el cuello; cayó por la escotilla principal, y aquí acabó la lucha: porque los portugueses, al ver caer a su capitán, arrojaron las armas y pidieron cuartel, lo que se les concedió. Encerraron a todos los prisioneros sin distinción entre cubiertas, aseguraron la santabárbara, pasaron 35 hombres a la presa, y pusieron rumbo a Libertalia. Ésta fue la presa que más cara le costó en su vida, dado que perdió cincuenta y seis hombres; pero la encontró enormemente rica: llevaba 200.000 libras esterlinas en oro, siendo éste su único cargamento y el de su consorte, que había naufragado frente a la costa, de cuya tripulación había salvado 100 hombres, de los 120 de que constaba; los demás desaparecieron al tratar de nadar hacia la orilla; aunque de haber vencido el miedo a quedarse no se habría perdido uno solo, ya que la marea al retirarse dejó el barco en seco. Ésta fue la razón de que la presa estuviera tan tripulada, y hubiera resultado tan respetable.

Cuando ya tenían a la vista Madagascar, avistaron una balandra que se dirigía hacia ellos, y cuando estuvo a tiro de cañón izó los colores negros y disparó

un cañonazo por barlovento. Misson se puso en facha, disparó otro por sotavento, y arrió su bote, que al verlo la balandra pairó. Subió a bordo de ella el primer oficial de Misson, y fue recibido muy cortésmente por el capitán Tew, que era el comandante, al que el primer oficial puso al corriente sus aventuras y del reciente asentamiento, invitándolo muy amablemente a ir a bordo del capitán Misson. Tew dijo que no podía ir hasta que no tuviese la opinión de sus hombres; entre tanto Misson se situó al través de la balandra, la saludó, e invitó al capitán a subir, pidiendo a su primer oficial que permaneciese allí en calidad de rehén, si es que tenían algún recelo; pero no había ninguna razón para que tuviesen ninguno, dado que eran muy superiores en fuerza para necesitar de ninguna estratagema. Esto determinó que la compañía de la balandra aconsejase a su capitán que fuese con el primer oficial, al que no consintieron quedarse, para demostrar la gran confianza que tenían en sus nuevos amigos.

Tal vez le sorprenda a mi lector que una simple balandra pudiera atreverse a dar caza a dos barcos del calado del *Victoire* y su presa; pero dejará de maravillarse cuando sepa lo que siguió.

El capitán Tew, después de ser generosamente agasajado a bordo del *Victoire*, y quedar completamente satisfecho, regresó a la balandra, dio cuenta de lo que le habían informado, y con el consentimiento de sus hombres, ordenó tomar el mismo rumbo que Misson, cuyo asentamiento accedió a visitar.

Voy a dejarlos aquí para informar sobre el capitán Tew.

El señor Richier, gobernador de Bermudas, armó en corso dos balandras, mandadas por el capitán George Dew y el capitán Thomas Tew, con instrucciones de dirigirse al río Gambia, en África, y allí, con el consejo y asistencia del comisionado de la Compañía Real Africana, intentar apoderarse de la factoría francesa de Goorie, en esa costa.

Recibidas, pues, las comisiones e instrucciones del gobernador, los citados capitanes zarparon de Bermudas y navegaron juntos durante un tiempo; pero al sorprenderlos un temporal, y rendírsele el palo a Dew, se perdieron el uno al otro.

Al verse separado de su consorte, Tew decidió en adelante proveer para sí por medio de un buen golpe; de manera que llamó a cubierta a todos los hombres y les expuso lo siguiente:

Que ninguno de los presentes ignoraba el objeto con que el gobernador los

había armado: saquear y destruir la factoría francesa; que él, efectivamente, había aceptado encantado la comisión con ese fin, aunque en contra de su parecer, porque así tenía empleo, pero consideraba muy arriesgada esta expedición, y aun cuando saliesen airosos, no sería de ninguna utilidad pública, sino que sólo beneficiaría a una compañía privada de hombres, de los que no podían esperar ninguna recompensa por su valentía; que él no veía en la empresa otra cosa que peligros, sin la menor esperanza de botín; que no imaginaba que hubiese nadie que amase luchar por luchar, y pocos arriesgaban la vida sin alguna expectativa, ya de interés particular, ya de bien público, pero aquí no había el menor asomo de lo uno ni lo otro; por tanto, su opinión era que debían pensar que circunstancias podían ser las mejores para ellos, y si estaban dispuestos en tal sentido, tratar de poner un rumbo que los llevase a la abundancia y el regalo, en los que pudiesen pasar el resto de sus días. Que un golpe decidido podía resolverles el futuro, y permitirles regresar a casa no sólo sin peligro, sino incluso con reputación. Y la tripulación, al ver que esperaba qué decidían todos, gritó al unísono: *¡Con cadena de oro o para de palo, estaremos contigo!*

Al oír esto, pidió que eligiesen un cabo de brigadas que pudiese consultar con él las cuestiones relacionadas con el bien general; cosa que hicieron puntualmente.

Debo informar al lector de que entre los corsarios y filibusteros de las Indias Occidentales la opinión del cabo de brigadas es como la del muftí entre los turcos; el capitán no puede emprender nada que el cabo de brigadas no apruebe. Puede decirse que el cabo de brigadas es una humilde imitación del tribuno del pueblo de Roma; habla en nombre y por interés de la tripulación.

Tew ahora, en vez de proseguir su viaje a Gambia, cambió el rumbo hacia el Cabo de Buena Esperanza, y una vez que lo dobló se dirigió al estrecho de Bab el Mandeb, entrando en el Mar Rojo, donde avistaron un barco de alta arboladura que se dirigía de la India a Arabia. Iba ricamente cargado, y como debía limpiar las costas de piratas, dado que lo seguían cinco más, extremadamente ricos (uno especialmente en oro), llevaba trescientos soldados a bordo, además de sus marineros.

Tew, al avistar este barco, dijo a sus hombres que les traía la fortuna, y que no tendrían dificultad en apoderarse de él; porque, aunque estaba convencido de que iba repleto de hombres, y armado con gran número de cañones, le faltaban los dos requisitos más necesarios: destreza y valor. Y efectivamente, así quedó demostrado, porque lo abordaron y apresaron sin una sola baja, ya que cada uno

se preocupó más de huir del peligro que de luchar en defensa de lo suyo.

Registrando esta presa en busca de oro, plata y joyas, los piratas dieron con gran cantidad de ricas balas; y después de quitarle cuanto les pareció de provecho para ellos, junto con la pólvora, parte de la cual (y debido a que había más de la que podían almacenar generosamente) arrojaron al agua, lo soltaron, repartiéndose 3.000 libras esterlinas cada hombre.

Animado por este éxito, el capitán Tew propuso ir en pos de los otros cinco barcos, de los que tuvo conocimiento por la presa; pero el cabo de brigadas se opuso, y tuvo que renunciar a esta idea y dirigirse a Madagascar.

Al descubrir aquí el cabo de brigadas que la isla producía en abundancia todo lo necesario para la vida, lo saludable del aire y lo fértil del suelo, y lo generosa que era la mar en pesca, propuso establecerse. Pero sólo le secundaron veintitrés; el resto permanecieron con el capitán Tew, que tras entregar a los nuevos colonos la parte de botín que les correspondía, propuso regresar a América, lo que hizo más tarde; aunque cuando avistó el *Victoire* y su presa pensó que podía, por este medio, regresar algo más rico, y decidió hablar con ellos como ya he contado.

Tomada la resolución de aceptar visitar la colonia de monsieur Misson, como he dicho antes, llegaron Tew y su compañía con él, y se quedaron no poco sorprendidos al ver sus fortificaciones.

Al llegar al pie del primer fuerte, lo saludaron con nueve cañonazos, y éste les correspondió con otros tantos. Una vez soltada el ancla, se permitió subir a cubierta a todos los prisioneros; privilegio que jamás se les había concedido, aunque los fueron sacando a pequeñas tandas, dos o tres cada vez.

La alegría que manifestaron los de tierra al ver tan considerable presa, como creyeron al principio, se enfrió enormemente, cuando se enteraron de lo cara que les había costado. No obstante, el refuerzo de la balandra lo compensó un poco. El capitán Tew fue recibido por Caraccioli y el resto con gran cortesía y respeto, y no admiraron poco su valor al atacar la presa que había hecho, y después dar caza a Misson. Fue admitido en el consejo de oficiales que se celebró inmediatamente, para estudiar qué hacer con los prisioneros, que con los 190 traídos en esta nueva presa eran casi tan numerosos como la propia facción, aunque se les uniese Tew con sus 70 hombres. Así que se decidió mantenerlos separados de los portugueses y los ingleses apresados antes, hacerles creer que estaban en amistad con un

poderoso príncipe nativo, y proponerles que eligiesen entre ayudar a la colonia con su trabajo, o ser enviados prisioneros al interior. Setenta y tres aceptaron, y el resto pidió que se les emplease en lo que fuera antes que ser mandados al interior; así que fueron 117 los destinados a trabajar en un muelle situado como media milla más arriba de la bocana del puerto, con la prohibición de traspasar los límites que se les prescribieron, bajo pena de muerte, para evitar que, conocedores de su propia fuerza, se sublevasen. Porque debo informar al lector de que a la llegada del *Victoire*, con las pérdidas propias y los portugueses que habían traído, cosas ambas que nadie conocía más que ellos mismos, y los que estaban ya allí prisioneros, la proporción había aumentado considerablemente; pero los hombres de Johanna estaban todos disciplinados y armados, y el *Bijoux* montaba guardia en el lugar donde habían puesto a trabajar a los últimos prisioneros; pero a la vez que velaban por su seguridad dentro y fuera no olvidaban atender también a su sustento, porque labraron un gran trozo de tierra y lo sembraron de maíz, cereal europeo, y otras semillas que habían encontrado a bordo de sus presas. Entre tanto Caraccioli, que dominaba el arte de la persuasión, convenció a muchos portugueses, que no tenían esperanza de regresar a casa, de que se uniesen a ellos. Misson, que no soportaba la inactividad, estaba deseoso de efectuar un crucero; pero por temor a una rebelión de los cautivos no se atrevía a debilitar la colonia restándole los hombres que necesariamente debía llevar consigo. Así que propuso renunciar a la última presa, y dejar que se fuesen en ella los prisioneros. Caraccioli y el capitán Tew se opusieron, diciendo que eso descubriría su refugio y daría lugar a que les atacasen los europeos, que tenían colonias en el continente, antes de que estuviesen en condiciones de defenderse. Misson replicó que no soportaba estar siempre recelando de los que tenía a su alrededor; que era preferible morir de una vez a vivir continuamente en el temor a morir; que había llegado el momento de despedir a los hombres de Johanna, y que no podían irse sin un barco, ni se atrevía a enviar un barco si no iba bien tripulado, ni a darle una tripulación mientras hubiese tantos prisioneros allí. Así que no había más remedio que soltarlos, o pasarlos a cuchillo. Celebraron consejo, y se acordó lo que el capitán Misson había propuesto. A continuación mandó reunir a los prisioneros y les dijo, en pocas palabras, que él se daba cuenta de las consecuencias de dejarlos en libertad; que suponía que sería atacado en cuanto se conociese su refugio; y que estaba en sus manos matarlos para evitar el dudoso destino de la guerra; pero que su humanidad no soportaría guardar en la conciencia una acción tan cruel, y que mediante sus alianzas con los nativos, esperaba estar en disposición de repeler a los asaltantes; pero exigía el juramento de cada uno de que no obraría contra él. Entonces indagó la situación de cada hombre en particular, y lo que habían perdido, todo lo cual les devolvió, diciendo a los suyos que lo descontaría de su parte, y a los prisioneros que él no hacía la guerra a los oprimidos, sino a los

opresores. Los prisioneros se sintieron encantados con esta muestra de generosidad y humanidad, y dijeron que no corresponderían nunca con un trato indigno al que él les daba. Y después de aprovisionar el barco para un viaje a la costa de Zanguebar, y quitarle los cañones y la munición, así como las velas y aparejos de respeto, se les ordenó zarpar. Y partieron 137, aplaudiendo calurosamente la conducta de sus enemigos.

Durante todo este tiempo no habían sabido nada de los nativos, ni las partidas de caza habían topado con ninguno, lo que hizo sospechar a Misson que temían tenerlo por vecino, y que habían trasladado su poblado. Pero cuando los hombres de Johanna iban a marcharse, llegaron unos 50 negros conduciendo unas 100 cabezas de ganado, 20 negros atados y 25 mujeres, ganado y prisioneros que querían cambiar por ron, hachas, bayeta y abalorios; algunos bocoyes de esta última mercancía los habían apresado en la costa de Angola. Así proveyeron de esposas a los negros de Misson. Éste agasajó a los nativos y a los esclavos les dio a entender que eran libres; e inmediatamente fueron vestidos y puestos bajo el cuidado de otros tantos blancos, quienes, mediante toda clase de muestras y gestos posibles, les hicieron comprender que eran enemigos de la esclavitud. Los nativos permanecieron con ellos diez días, lo que retrasó la marcha de los hombres de Johanna; pero cuando se fueron zarpó el *Bijoux* con cien johannianos a bordo, bajo el mando del primer oficial de Caraccioli, quien se excusó de haberlos tenido un mes más de lo prometido, y no haberlos devuelto inmediatamente, dado que sólo tenían dos barcos, y el portugués, desaparejado, no era sino un armatoste. Los diez hombres de la compañía de Misson que se habían establecido en Johanna, deseosos de volver, fueron traídos a Libertalia con sus esposas (de las que cada uno tenía dos o tres) y sus hijos en el *Bijoux*, que en dos viajes más transportó al resto de los johannianos. Misson carenó el *Bijoux*, y a continuación resolvió que se efectuase un crucero frente a la costa de Guinea para reforzar la colonia con la captura de algún barco de esclavos, para lo cual dio el mando del *Bijoux* al capitán Tew, mientras él y Caraccioli se ocupaban de acelerar la obra del muelle. También le dio 200 hombres: 40 portugueses, 37 negros (17 de ellos expertos marineros), 30 ingleses, y el resto franceses. Tew no topó con nada durante el viaje, hasta que llegó a la parte norte del Cabo de Buena Esperanza, en que se encontró con una galera holandesa de las Indias Orientales, de 18 cañones, que apresó tras breve resistencia, con la pérdida de un hombre tan sólo; en la costa de Angola apresó un buque inglés con 240 esclavos, hombres, mujeres y niños. Los negros que habían sido apresados antes en esta costa encontraron entre ellos gran número de conocidos suyos, y varios parientes, a los que contaron su feliz e inesperado cambio de fortuna cuando el gran capitán (pues así llamaban a Misson) les cortó las cadenas, y de esclavos los hizo hombres libres, y partícipes de su fortuna; que la misma fortuna les había

llegado a ellos al caer en sus manos, porque odiaba incluso la misma palabra esclavitud. Tew, siguiendo las órdenes, y conocedor de la política de Misson, mandó que les quitasen los grillos, después que los marineros negros le aseguraran que no se sublevarían, y entonces comprendieron la dicha de haber caído en sus manos. Contento con estas presas, emprendió el regreso a Libertalia, adonde llegó sin percance. Pero he olvidado contar al lector que a sus prisioneros holandeses (menos nueve, que quisieron pasar a sus órdenes), los dejó en tierra, a unas treinta millas del Cabo, en la bahía de Saldanha, donde el capitán Misson había dado sepultura al comandante inglés. A bordo de su presa holandesa encontró Tew gran cantidad de coronas inglesas que fueron transferidas al tesoro común, ya que ninguna utilidad tenía el dinero donde todo era de todos, y ninguna barrera limitaba la propiedad particular de nadie. Los esclavos que liberó en este último crucero fueron utilizados para terminar el muelle, y tratados como gente libre. No ignoraban su cambio de situación, así que se mostraban sumamente diligentes y puntuales. Cada cuatro de ellos trabajaban con un blanco o un negro veterano que les hacía comprender las palabras francesas (mediante frecuentes repeticiones, y con ayuda de interpretaciones de sus compatriotas) utilizadas en sus trabajos. Misson mandó construir, en una ensenada, dos balandras de 80 toneladas, que armó con 8 cañones cada una, tomados de la presa holandesa. En poco tiempo quedaron terminadas, y demostraron no sólo ser naves bien proporcionadas, sino excelentemente marineras. Los oficiales de estas balandras fueron elegidos por votación; y como su primer propósito era sólo descubrir y levantar una carta de la costa con los bancos, bajíos y sondas alrededor de la isla de Madagascar, se envió por esta razón al maestro de navegación al mando de una de ellas; y Tew pidió y obtuvo el de la otra. Cada balandra fue tripulada con 50 blancos y 50 negros. Este viaje alrededor de la isla fue de enorme provecho, ya que dio a los negros de Angola recién liberados idea de cómo trabajaba una nave; y se mostraron muy aplicados tanto en aprender la lengua francesa como en ser útiles. Las balandras, una llamada *Childhood* y la otra *Liberty*, tardaron casi cuatro meses en esta expedición. Entre tanto, unos cuantos nativos habían visitado a menudo la colonia y empezaban a hablar un francés algo chapucero, mezclado con las otras lenguas europeas que oían a la gente de Misson, y a seis familias nativas establecidas entre ellos, que eran inmensamente útiles a los plantadores de esta nueva colonia, ya que facilitaban muy provechosa información a sus compatriotas sobre la buena convivencia y armonía que observaba en ella. De vuelta las balandras y levantada una carta exacta de la costa, Caraccioli quiso hacer un crucero. Pensaba visitar todas las islas vecinas, así que salió hacia Mascareñas y otras islas cercanas, llevando la mitad de la tripulación negra, y regresó con una presa holandesa capturada frente a las citadas islas, donde habían estado a punto de establecer una colonia. Esta presa, que llevaba toda clase de mercancías europeas, y cosas

necesarias para la colonia, resultó más valiosa que si hubiese estado cargada de riqueza. Al comprobar Misson que los negros eran cada vez más eficientes, y animado por el éxito de Tew, decidió efectuar un crucero hacia el norte con todos los negros, a los que distribuyó en dos barcos; uno de ellos, mandado por el capitán Tew, salió con un total de 500 hombres: frente a la costa de *Arabia Fælix* toparon con un barco perteneciente al Gran Mogol, con destino a Sidón, cargado de peregrinos que iban a La Meca, y que sumados a los marineros moros hacían un total de 1.600 almas. Este barco montaba ciento diez cañones, aunque presentó muy mala defensa por el estorbo de la mercancía y la cantidad de pasajeros que llevaba. Los dos aventureros pensaron que no les convenía cañonearlo, así que lo abordaron tan pronto como le arrimaron el costado; y los moros, no bien los vieron entrar, les soltaron una descarga con armas de mano, seguramente al azar, puesto que no hubo ninguna baja, y huyeron de las cubiertas. Y una vez dueños de este barco, cosa que no les costó un solo hombre, deliberaron sobre qué podían hacer con él y con los prisioneros, y decidieron desembarcarlos entre Ain y Aden. Pero como necesitaban mujeres, pensaron retener a las que no estaban casadas, y llevar el barco a Libertalia, dado que los cañones podían ser de utilidad para ellos, y en cambio si lo soltaban o lo hundían quizá perdieran un considerable botín que los moros podían llevar escondido en los baos o el lastre.

Adoptaron esta resolución y se llevaron 100 muchachas de 12 a 18 años que iban en peregrinación con sus padres. Los lamentos que esta separación ocasionó entre los prisioneros produjo tal efecto en Misson que se mostró partidario de dejarlas; pero todos sus hombres se manifestaron contra él. A continuación emprendieron viaje hacia Madagascar, poniendo doscientos hombres a bordo de la presa, que resultó ser muy lenta y les retrasó mucho. Frente al cabo de Guardafui les cogió un severo temporal que muy cerca estuvo de hacerles zozobrar en la isla llamada Irmãos; pero como el viento soplaba del norte claro tuvieron la buena estrella de escapar de este peligro. Aunque aminoró su furia, siguió soplando con tanta insistencia durante doce días que pudieron mantener el rumbo con las velas arrizadas. En este viaje avistaron una vela, pero el estado del tiempo no les permitió enfrentarse a ella. En resumen, volvieron a Libertalia con su presa sin ningún otro accidente; pero los captores no habían calculado ni remotamente su valor, porque llevaban a bordo una inmensa cantidad de diamantes, además de ricos tejidos, seda cruda, especias, alfombras y oro en barras y labrado. Desguazaron la presa, ya que no era de ninguna utilidad, y reservaron su jarcia y maderamen, así como cerrojos, portillas, cadenas y demás trabajos de hierro, y situaron sus cañones en dos puntos del puerto, donde los montaron en batería, de suerte que ahora estaban tan poderosamente fortificados que no veían peligro ninguno, por numerosos que fuesen los barcos que pusiesen en esos mares para

atacarlos. A todo esto habían limpiado, sembrado y cercado un buen trozo de tierra, y acotado una cantidad de pasto donde tenían más de trescientas cabezas de ganado negro, comprado a los nativos. El muelle estaba ahora terminado y el *Victoire* se había vuelto viejo e inservible para un viaje largo; por otra parte, el último temporal lo había sacudido y aflojado mucho, así que lo desguazaron y reconstruyeron, conservando el mismo nombre. Lo aparejaron, pertrecharon y prepararon para hacerse a la mar; e iba ya a poner rumbo a la costa de Guinea para traer más negros, cuando llegó una de las balandras, que había salido más bien para avezar a los negros que con idea de capturar ninguna presa, y le pasó la noticia de que cinco barcos de alta arboladura le habían estado dando caza hasta la bahía, y que venían hacia el puerto; que le habían parecido portugueses por su construcción, y de 50 cañones, y que iban llenos de hombres.

Resultó ser totalmente cierto. Se dio la alarma, se guarnecieron los fuertes y baterías, y cada hombre tomó posición. Misson asumió el mando de cien negros bien disciplinados (cada mañana eran llamados para realizar ejercicios que les enseñaba un sargento francés, de su compañía, perteneciente al *Victoire)*, y dispuesto a acudir a donde se requiriese su ayuda. Tew mandaba a todos los ingleses. Apenas habían dispuesto las cosas, cuando asomaron estos barcos y enfilaron directamente hacia el puerto con los colores portugueses. Les mandaron un caluroso recibimiento desde los dos fuertes, pero no los detuvieron, aunque uno de ellos escoró; entraron en el puerto y creyeron que tenían ganada la partida, pero siguieron los saludos tan animadamente desde fuertes y baterías, balandras y barcos, que dos de ellos se fueron al fondo al instante, ahogándose gran cantidad de hombres, aunque otros lograron subir a los otros barcos. Los portugueses, que no imaginaban que estuviesen tan bien fortificados, y creían que al pasar los dos fuertes podrían desembarcar a sus hombres y arrasar sin dificultad este nido de piratas, descubrieron ahora su error, y no se atrevieron a arriar un solo bote. Prudentemente, no obstante, se les había ocurrido entrar antes del cambio de la marea; y viendo que era vano el intento y que habían perdido muchos hombres, cogieron viento y con la ayuda de la bajamar se dieron más prisa en salir de la que se habían dado en entrar, dejando dos de sus barcos hundidos en el puerto; pero no se fueron tan fácilmente, porque no habían hecho más que dejar atrás los fuertes, cuando Misson, al mando de la más grande expedición de barcos y balandras, les dio caza y trabó batalla en la entrada de la bahía. Los portugueses se defendieron con valentía y uno de ellos rechazó por dos veces a los libertalianos, que lo abordaron desde dos balandras; dos de ellos, enormemente apurados, se batieron en retirada y consiguieron alejarse, dejando al tercero que se las arreglase como pudiese. Al ver el *Bijoux* y el *Victoire* que los portugueses intentaban huir, y sabedores del poco provecho que iban a sacar con sus capturas, abandonaron la

caza y atacaron al tercero, que se defendió hasta que sus cubiertas estuvieron inundadas de sangre, y muertos la mayoría de sus hombres; pero al ver que era vana toda resistencia, y que sus compañeros lo habían dejado en una lucha desigual, pidió cuartel, y se le dio a él y a sus hombres. Esta presa les proporcionó gran cantidad de pólvora y munición, y como esperaban, no encontraron en ella nada de valor. Ninguno de los prisioneros fue expoliado. Misson, Caraccioli y Tew invitaron a sus oficiales a sus mesas, los trataron muy cortésmente y exaltaron el valor que habían demostrado en su defensa. Desgraciadamente, sorprendieron a bordo dos prisioneros a los que habían dejado en libertad después de jurar que no irían jamás contra ellos: les pusieron grillos y los juzgaron públicamente por su perjurio. Con los oficiales portugueses presentes, se probó con testigos que se trataba de los mismos hombres liberados, por lo que fueron condenados a ser colgados de la punta de cada fuerte, ejecución que se llevó a cabo a la mañana siguiente de su condena, con la asistencia del capellán portugués, que los atendió, confesó y absolvió. Éste fue el enfrentamiento con los piratas del que tanto se habló en la *Gaceta de Lisboa*, y éstos los hombres que los ingleses tomaron equivocadamente por Avery, quien, según las noticias que nos llegaron aquí a Londres, poseía 32 buques de guerra y había asumido el estado y título de rey, error del que ya hemos dado cuenta en el primer volumen. Como esta ejecución parecía contradecir las máximas de los jefes, Caraccioli les dirigió una alocución en la que les explicó que no había ley que pudiera establecerse sin que estuviese sujeta a excepciones. Que todos conocían de la aversión del Comodoro, monsieur Misson, al derramamiento de sangre, y que era dogma de su fe que nadie tenía poder sobre la vida de otro sino Dios que la había dado. Sin embargo, el instinto de conservación hacía a veces absolutamente necesario quitarle la vida a otro, sobre todo a un confesado y obligado enemigo, aun a sangre fría. En cuanto a la sangre derramada en una guerra legal en defensa de esa libertad que ellos habían defendido generosamente, no había nada que decir, pero que consideraba conveniente exponer las razones por las que se ejecutaba a los criminales, y la enormidad de sus crímenes. No sólo habían recibido sus vidas de la generosidad de los libertalianos sino también su libertad, y se les había restituido todo cuanto habían reclamado; y no obstante, su ingratitud se había elevado a la misma proporción que el generoso tratamiento que habían recibido. Que, en efecto, él y el capitán Misson habrían perdonado el perjurio y la ingratitud de que eran culpables, con un castigo corporal que no se habría extendido a la privación de la vida, pero que su valeroso amigo y compañero el comandante inglés, capitán Tew, había esgrimido razones tan convincentes para aplicar un castigo ejemplar que disuadiese a otros de cometer crímenes parecidos que, de no haber seguido su consejo, habrían sido enemigos de su propia preservación. Que las vidas de la comunidad entera debían anteponerse a las de los que eran declarados y perjuros

enemigos, que no descansarían en buscar su ruina; y, como todos sabían en la colonia, podían ser fatales instrumentos de ella, si se los restituía de nuevo la libertad de la que ya habían abusado. Que estaba obligado a hacer justicia al capitán Tew, y reconocer que se había inclinado del lado de la compasión hasta que el capitán Tew le hizo ver la negrura de la ingratitud de estos hombres; entonces pensó que sería una crueldad para ellos mismos permitir que estos bribones gozasen por segunda vez de su clemencia; así que una absoluta necesidad les había obligado a obrar contrariamente a sus principios declarados; si bien, para informar rectamente del caso, estos hombres, y no los libertalianos, eran los causantes de sus propias muertes. Aquí la asamblea gritó: *Caiga su sangre sobre sus propias cabezas, ellos se han buscado la muerte, y colgarlos ha sido demasiado bueno para ellos*; Caraccioli dio por concluido el acto y todos regresaron satisfechos a sus asuntos privados o públicos.

Algunas diferencias que se suscitaron entre los hombres de Misson y los de Tew se convirtieron en la querella nacional que tuvo lugar más tarde. El capitán Tew propuso dirimir dicha querella con la espada, pero Caraccioli se opuso decididamente alegando que tal decisión traería necesariamente un gran daño público, ya que los valerosos hombres que cayesen debilitarían la colonia; por tanto, pidió al capitán Tew que impusiera su autoridad a su tripulación, y Misson se esforzaría en llevar a sus hombres a un acuerdo amistoso. Y en el futuro, dado que este percance demostraba su necesidad, habría que hacer leyes saludables, e iniciar una forma de gobierno. Y llamadas ambas partes, Caraccioli les hizo ver la necesidad de vivir unidos, toda vez que tenían al mundo entero como enemigo; y gracias a su manera persuasiva e insinuante de argumentar, y a la ayuda del capitán Tew, este asunto quedó finalizado a satisfacción de ambos bandos.

Al día siguiente se reunió a la colonia entera, los tres comandantes propusieron una forma de gobierno, y fue aprobada por unanimidad, ya que era necesaria para su conservación; porque donde no había leyes obligatorias los más débiles eran siempre oprimidos y todo tendía a la confusión; que las pasiones cegaban a los hombres para la justicia y los hacían parciales para sí, por todo lo cual había que someter las diferencias que se suscitasen a personas serenas y desinteresadas, capaces de examinar con ecuanimidad y determinar según la razón y la equidad; que ellos aspiraban a una forma de gobierno democrática donde las mismas gentes fuesen artífices y jueces de sus propias leyes, que eso era lo más grato; y por tanto proponían distribuirse en compañías de diez hombres, cada una de las cuales elegiría un representante para que asistiese a la elaboración de una forma de gobierno y de leyes saludables para el bien de todos. Que el tesoro y el ganado de que eran dueños debía ser igualmente dividido, y la tierra que cualquier

hombre particular cercase debía ser considerada en adelante de su propiedad, y que ningún otro podía reclamarla, si no la enajenaba aquél vendiéndola.

La propuesta fue acogida con aplauso, y se dividieron en decenas ese mismo día, aunque aplazaron la asamblea de los estados hasta tener una casa donde celebrarla; y la comenzaron con entusiasmo y la acabaron en un par de semanas; hicieron en seguida el armazón con maderos, ya que había muchos entre ellos que conocían el manejo del hacha.

Cuando se reunió este grupo de políticos, Caraccioli abrió la sesión con un elegante discurso, poniendo de relieve las ventajas que emanaban del orden; después habló de la necesidad de depositar el poder supremo en manos de uno, a fin de que éste premiase las acciones valientes y virtuosas y castigase las viciosas conforme a las leyes que el Estado elaborase, por las que debería guiarse. Que tal poder, sin embargo, no debía ser de por vida, ni heredarse, sino terminar al concluir los tres años, momento en que el Estado efectuaría una nueva elección a menos que los ancianos confirmasen al anterior jefe por tres años más, por cuyo medio, los más capaces estarían siempre a la cabeza de los asuntos; y su poder sería de corta duración para que ninguno se atreviese a abusar de él. Que tal jefe debía recibir el título de *Lord Conservador*, y asistirle las enseñas de la realeza.

Se aprobó esto *nemine contradicente*, y Misson salió elegido Conservador, con poder para nombrar ministros, etc., y con el título de Excelencia Suprema.

Entonces hicieron una ley por la que el Estado se reuniría una vez al año al menos, pero más frecuentemente si el Conservador y su consejo lo juzgaban necesario para el bien común; y nada podría emprenderse sin la aprobación del Estado.

Resumiendo, la primera sesión duró diez días, se elaboraron gran cantidad de leyes saludables, se consignaron en el libro del Estado, se imprimieron e hicieron circular (porque había algunos impresores y fundidores de letras entre ellos) y seguidamente el Conservador la disolvió.

El Conservador honró al capitán Tew con el título de almirante, y nombró a Caraccioli secretario de Estado; eligió un consejo formado por los más capaces, sin distinción de nación ni color, y empezaron a fundirse las diferentes lenguas y a hacerse una todas ellas: igual reparto se hizo del tesoro y el ganado, y cada cual empezó a cercar tierra para sí o para su vecino, al que podía contratar su ayuda.

El almirante Tew propuso la construcción de un arsenal y el incremento de la fuerza naval; lo primero se acordó proponerlo al Estado en la siguiente asamblea, pero lo segundo se consideró innecesario hasta que el número de habitantes aumentase; porque si se empleaba a todo el mundo en el servicio de la mar quedaría abandonada la agricultura, lo que podía ser de fatales consecuencias para la naciente colonia.

El almirante propuso entonces atraer a los ingleses que habían seguido al cabo de brigadas; pero el Consejo rechazó esta idea alegando que el hecho de haber desertado de su capitán era muestra de su carácter sedicioso, y que podían contagiar a los demás de un espíritu de desorden; que de todas maneras podía llegarles la noticia de la colonia, y si ellos hacían formal petición para que se les admitiese, y dejaban al cabo de brigadas, empeñando su palabra de honor de observar una conducta pacífica, se les concedería como un favor especial que se les hacía a instancias del almirante.

Entonces el almirante expresó su deseo de efectuar un crucero. Confiaba en topar con algún barco de las Indias Orientales y poder traer voluntarios, porque como el número de súbditos era la riqueza de la nación, consideraba que la colonia tenía ahora necesidad de hombres más que de otra cosa. Se apostaría en la ruta del Cabo y no dudaba que prestaría un buen servicio. Y como iría hacia el norte, llevaría a sus hombres.

Así que, de acuerdo con los deseos del almirante, se aparejó el *Victoire* y a los pocos días zarpó con 300 hombres; dio fondo ante el asentamiento que sus hombres habían levantado, izó la enseña inglesa en los obenques de trinquete y disparó un cañonazo, pero tras esperar un rato, al no percibir ninguna señal en la playa, arrió y envió un bote; poco después regresó éste al barco, con dos de sus antiguos hombres, a los que Tew dio noticia de la colonia de Misson. Ellos lo invitaron a entrar en el bosque para que viese la suya y hablase con sus compañeros sobre la propuesta de migración. El gobernador, alias cabo de brigadas, le recibió sumamente cortés, pero le dijo que no veía ventaja ninguna para ellos con el cambio de la presente situación, aunque fueran ellos de mucha para la nueva colonia, al añadir la fuerza de tantos y tan valerosos camaradas que disfrutaban de todo lo necesario para la vida. Eran libres e independientes de todo el mundo, y sería una locura sujetarse otra vez a un gobierno que, aunque benévolo, podía ejercer algún poder. Que él era gobernador por tres meses por elección de sus compañeros, aunque su poder no se extendía más allá de juzgar sobre las pequeñas diferencias que podían surgir, cosa que él esperaba hacer imparcialmente mientras tuviese la autoridad; que habían acordado, y confirmado

mediante juramento, defender los decretos del gobernador vigente, a fin de que su tranquilidad no pudiese ser turbada por el humor caprichoso de nadie, y que a la expiración de los tres meses debía entregar el poder de decidir a aquel en quien hubiera recaído la suerte por votación, siempre que no hubiese disfrutado anteriormente de tal honor, porque en ese caso no entraba en la elección, acuerdo por el que con el tiempo llegarían todos a ejercer el mando supremo, lo que evitaba toda campaña de propaganda y hacer negocio con los votos, como cuando se decide por sufragio; no daba posibilidad a que se formasen divisiones y partidos y era un medio de dar continuidad a ese descanso imprescindible para la unidad entre ellos. «Sin embargo —prosiguió—: si quieres ir a América o a Europa, a mostrar las ventajas que puede reportar a los ingleses el establecimiento de una colonia aquí, por el amor que tenemos a nuestro país, con tal que nos borren el odioso apelativo de piratas, con placer nos someteremos a quien venga con una comisión de un gobierno legal; pero es ridículo pensar hacernos súbditos de unos granujas peores que nosotros; y para que sepas qué decir a este respecto, si te parece oportuno seguir mi consejo, toma estas reflexiones que he puesto por escrito y que voy a darte.» Entró en su cabaña, porque aunque era del gobernador, no merecía el nombre de casa, sacó unos papeles escritos y se los dio.

Comprendiendo el capitán Tew que el cabo de brigadas expresaba el sentir de sus compañeros, se despidió y regresó a su barco.

Cuando el capitán estuvo en su cámara leyó los papeles del cabo de brigadas; y como su contenido puede complacer al curioso, los voy a transcribir:

«Esta isla de Madagascar proporciona todo lo necesario para vivir, y a nadie decepciona ni en lo saludable del aire ni en la fertilidad del suelo. Los mares que la rodean están bien provistos de pesca, los bosques de caza, y las entrañas de la tierra son ricas en minas de excelente hierro, como he podido saber por algunos nativos, dado que tienen armas de ese metal; y es indudable que hay minas de oro y plata en las montañas.

»La tierra puede producir azúcar, algodón, índigo y otros productos de nuestras colonias americanas a un coste muy inferior, como puedo explicar comparando lo que cuesta erigir un molino en Barbados con lo que supondría construirlo aquí.

»Un molino de viento puede costar en Barbados 100 libras, porque los materiales y la mano de obra allí son caros; en cambio aquí la madera y la piedra pueden obtenerse mediante el trabajo solamente; de manera que con artífices, y los

necesarios talleres de hierro y cobre traídos de Europa, se puede crear una fábrica de azúcar por muy poco dinero.

»Los negros de Barbados salen a 30, 40 o 50 libras la cabeza; en cambio, aquí, me atrevo a garantizar que 10 chelines de mercancía europea bastarían para comprar un esclavo negro en Madagascar, ya que nosotros, por una casaca vieja, hemos comprado un tipo fornido.

»La comida es muy cara en Barbados; en cambio aquí puedes alimentar a un esclavo (y a ti mismo) sin gasto ninguno; por lo que éste puede hacer más trabajo que un esclavo de Barbados, que, debido a la carestía de las provisiones, está medio muerto de hambre.

»Aunque un molino movido por animales es menos caro en Barbados, sin embargo alimentar caballos y bueyes en Barbados es muy caro.

»Pero, prosiguiendo con otras ventajas, se puede transportar toda clase de maderas medicinales y de construcción de aquí a Europa; en cuanto a maderas para trabajos delicados, como ébano, cedro, caoba, etc., las hay aquí en abundancia.

»Si se crease una colonia con poder legal, no cabe duda de que muchos de los productos básicos que traemos de las Indias podrían salir de aquí, como la seda, el algodón, etc., ya que este suelo es apropiado para su producción.

»Los nativos son, o parecen ser, muy humanos, y tienen tal abundancia de ganado negro que nosotros hemos comprado un buey que pesaba 800 libras por un par de calzones.

»Además, un asentamiento aquí sería un freno para los piratas y una protección contra ellos, así como una gran comodidad para nuestros barcos de las Indias Orientales, que podrían abastecerse de provisiones frescas o saladas, sin estar obligados a transportar grandes cantidades como ahora hacen, y ahorrar bastante dinero a la Compañía en aprovisionamiento.»

El capitán Tew volvió a tierra otra vez al atardecer, ya que el viento no era propicio para zarpar, al soplar de poniente. Preguntó al gobernador cómo se había hecho amigo de los nativos, y respondió que invitándolos a una cacería y tratándolos bien; que habían llevado a uno lisonjeramente a sus cabañas, y como el individuo estaba solo y ellos eran tres, debió de pensar que era mejor ir de aparente buen grado. Después fueron varios y convivieron muy amistosamente con ellos. El capitán había llevado algo de ron y aguardiente, y estaban bebiendo

un tazón de ponche cuando de repente se levantó temporal. El capitán Tew echó a correr hacia la playa e hizo una señal al bote para que fuese a recogerlo, pero la mar estaba demasiado agitada para que el bote se aventurase a apartarse del barco; el temporal, a todo esto, fue en aumento, y menos de dos horas después el *Victoire* rompió los cables y fue arrastrado hacia la costa, donde se estrelló y naufragó con todos sus hombres a la vista del capitán Tew.

El capitán tuvo que quedarse con sus antiguos compañeros, porque ignoraba qué camino tomar para volver con los amigos que había dejado con Misson, ya que (por suerte) ninguno de ellos estaba a bordo del barco. Al cabo de tres meses, a la distancia que podría distinguirse una cabaña, avistaron un barco grande, que a Tew le pareció el *Bijoux*; pero éste no reparó en las hogueras que encendieron. Como esperaba que volviese tras un corto crucero, él y sus compañeros encendieron grandes hogueras todas las noches en la playa y visitaron la costa muy a menudo. Como un mes después de esto, cuando iban muy temprano hacia la playa, descubrieron con sorpresa dos balandras fondeadas a un tiro de cañón de la playa; no llevaban mucho rato observando, cuando de una de ellas arriaron una canoa que se dirigió hacia ellos con seis hombres a los remos, y otro de patrón.

Tew reconoció en seguida al capitán Misson. Desembarcó y, abrazando a Tew, le contó que todas sus proyectadas dichas se habían desvanecido, porque sin que mediase provocación ninguna, en el silencio de la noche, los nativos los habían atacado en dos nutridos cuerpos y les habían infligido una gran mortandad, sin distinción de edad ni sexo, antes de que ellos pudiesen adoptar ninguna defensa; que Caraccioli (que murió en la acción) y él reunieron a los hombres que pudieron para organizar una resistencia; pero al comprender que era inútil ante tal número, se las arreglaron para coger una gran cantidad de diamantes en bruto y oro en barras y subir a bordo de las dos balandras con 45 hombres. Que el *Bijoux* había salido a efectuar un crucero, éste, y el número de hombres que él (Tew) se había llevado en el *Victoire*, habían debilitado la colonia, facilitando que los nativos decidieran atacarlos, como hicieron, aunque no se le ocurría por qué motivo.

Tew le contó el desastre que había sufrido; y tras condolerse mutuamente de sus desventuras, Tew le propuso ir a América, donde, con las riquezas que tenía, Misson podría pasar la vida ignorado y de manera confortable.

Misson le contestó que aún no podía tomar una decisión, aunque tenía pensamiento de regresar a Europa, visitar secretamente a su familia, si vivía, y después retirarse del mundo.

Comieron con el cabo de brigadas, que les instó a regresar a América para que gestionasen una comisión con el fin de establecer una colonia.

Misson dijo a Tew que tendría una de las balandras y los voluntarios que quisieran unírsele, porque estas desventuras le habían quitado del pensamiento toda idea de crear más asentamientos; que las riquezas que había salvado las repartiría equitativamente; o mejor dicho, se contentaba con que le dejasen lo imprescindible para subsistir.

A esta respuesta, cuatro de la compañía del cabo de brigadas se ofrecieron al capitán Tew.

Por la tarde visitaron las dos balandras, y Misson preguntó a los hombres. Treinta embarcaron en una de ellas, aunque se separaron de su viejo comandante con gran pesar, y quince se quedaron con Misson. Con los cuatro hombres que se unieron a Tew, el número de su tripulación se elevó a 34; permanecieron alrededor de una semana, con la esperanza de que el *Bijoux* regresase a la costa. Pero como no aparecía, el capitán Misson repartió su tesoro con Tew y los demás amigos y compañeros, y zarparon con la esperanza de topar con el *Bijoux* en la costa de Guinea, por lo que tomaron este rumbo.

Frente al cabo Infantes los sorprendió un temporal, en el que la desventurada balandra de Misson naufragó a un tiro de mosquete del capitán Tew, que no pudo prestarle ningún auxilio.

Tew prosiguió rumbo a América y llegó a Rhode Island sin percances. Sus hombres se dispersaron como bien les pareció y Tew envió a Bermudas, a cuenta de sus antiguos armadores, catorce veces el valor de su balandra, y como nadie lo investigó, vivió con gran tranquilidad; los franceses de Misson tomaron diferentes caminos; a la muerte de uno de ellos en La Rochelle, encontraron entre sus papeles el manuscrito en francés de la vida de Misson, que un amigo y corresponsal me ha remitido a mí.

El capitán Tew vivía sin que lo investigasen, *etc.* Había logrado una fortuna fácil y tenía el propósito de vivir una vida pacífica y hogareña; pero algunos de sus hombres que vivían cerca de él, después de dilapidar lo que les había tocado, no paraban de insistirle en que hiciese un viaje. Se estuvo negando mucho tiempo; pero ellos reunieron (mediante los relatos que hacían de las inmensas riquezas que habían conseguido) un grupo numeroso de sujetos decididos, y todos juntos fueron a suplicarle que capitanease tan sólo un viaje. Fueron tan vehementes en su

petición, que no pudo negarse a complacerles. Prepararon una pequeña balandra, pusieron rumbo al estrecho del Mar Rojo y entraron en él, donde toparon con un barco del Gran Mogol, y lo atacaron. En el combate, un tiro le desgarró a Tew el peritoneo, y se sujetó las entrañas con las manos durante unos instantes. Cuando cayó, causó tal terror entre sus hombres que se dejaron prender sin ninguna resistencia.

CAPÍTULO III
Del capitán William Kidd

Vamos a hacer mención ahora de alguien que es más conocido en Inglaterra que la mayoría de los que hemos tratado hasta aquí. La persona a la que nos referimos es el capitán Kidd, cuyo juicio y ejecución pública lo convirtió en asunto de todas las conversaciones, de suerte que sus acciones se han cantado incluso en baladas. Ha transcurrido ya bastante tiempo desde que tuvieron lugar estos hechos, y aunque la gente sabe en general que el capitán Kidd fue ahorcado y que su crimen fue la piratería, sin embargo apenas ha habido nadie, ni siquiera en aquel entonces, que conociese su vida y hazañas, ni por qué se hizo pirata.

Al principio de la guerra del rey Guillermo, el capitán Kidd mandaba un corsario en las Indias Occidentales, y por varias acciones audaces adquirió fama de hombre valeroso y marino experimentado. En aquel entonces los piratas eran muy molestos en esas latitudes, y por tal motivo el capitán Kidd fue recomendado por lord Bellamont, gobernador de Barbados, así como por diversas otras personas, al gobierno de aquí como hombre digno de toda confianza para el mando de un buque oficial y para que se le emplease en perseguir piratas, dado que conocía muy bien esos mares y estaba familiarizado con sus escondrijos. Sin embargo, no sé qué razones pesaban en la política de aquellos tiempos; lo cierto en todo caso es que esta petición no encontró ningún apoyo, aunque habría sido de gran importancia, ya que nuestros mercaderes sufrían daños increíbles a causa de estos ladrones.

Ante esta dejadez, lord Bellamont y algunos otros que sabían de las enormes capturas que habían hecho los piratas y las prodigiosas riquezas que debían de poseer, sintieron la tentación de aparejar un barco por su propia cuenta y conceder el mando al capitán Kidd; y para dar a la misión una más grande reputación, así como para mantener a sus marineros bajo un mando mejor, obtuvieron la comisión del rey para dicho capitán Kidd, de la que es copia exacta la siguiente:

«William Rex,

William III, rey de Inglaterra, Escocia, Francia e Irlanda, por la gracia de Dios, defensor de la fe, etc. A nuestro leal y querido capitán William Kidd, comandante del barco galera Adventure, *y a cualquier otro comandante eventual del mismo, SALUDA; por cuanto estamos informados, de que el capitán Thomas Wake, y el capitán William Maze, o*

Mace, y otros súbditos, nativos o habitantes de Nueva York y de otros lugares de nuestras plantaciones en América, se han asociado con diversas otras perversas y mal dispuestas personas y, contraviniendo las leyes de las naciones, cometen muchas y grandes piraterías, robos y depredaciones en los mares de América y de otras regiones, con gran estorbo y desaliento del comercio y la navegación, y gran peligro y daño para nuestros amados súbditos, aliados y todos cuantos navegan en los mares con fines legítimos. Por todo ello os HACEMOS SABER

Que, deseando poner fin a los mencionados desacatos en lo que de nos depende, y conducir a los dichos piratas, filibusteros y ladrones de mar ante la justicia, consideramos oportuno y, por ende, damos y otorgamos al dicho Wlliam Kidd, a quien nuestros comisionados para ejercer la función de lord almirante mayor de Inglaterra han concedido una comisión como buque de guerra privado, con fecha del día 11 de diciembre de 1695, así como al eventual comandante del dicho barco, oficiales, marineros y cuantos estén bajo vuestro mando, pleno poder y autoridad para detener, apresar y conducir bajo vuestra custodia al citado capitán Thomas Tew, así como a John Ireland, al capitán Thomas Wake, al capitán William Maze, o Mace, y a todos los piratas, filibusteros y ladrones de mar, ya sean súbditos nuestros o de otras naciones asociadas a ellos, que encontréis en los mares o costas de América, o en cualesquiera otros mares o costas, con todos sus buques, embarcaciones y mercancías, sea dinero, género o quincalla, que se encuentren a bordo de ellos, en caso de que se rindan de grado; pero si no se rinden sin lucha, entonces tendréis por fuerza que obligarlos a la rendición. Y también os requerimos para que traigáis o mandéis traer a los tales piratas, filibusteros y ladrones de mar, pues los detendréis para someterlos a un juicio legal, a fin de que puedan recurrir según prevé la ley para tales casos. Y por tanto mandamos a todos nuestros oficiales, ministros y cualesquiera otros de nuestros amados súbditos, que colaboren y os asistan en lo que sea menester. Y os ordenamos por esto que llevéis puntual diario de vuestros actos relacionados con la ejecución de estos asuntos y consignéis el nombre de los tales piratas y de sus oficiales y compañía, así como el nombre de los buques y embarcaciones que detengáis y apreséis en virtud de esta presente, y las cantidades de armas, municiones y provisiones, y el país de tales barcos, y el verdadero valor de los mismos, lo más aproximado que podáis. Por tanto, os encomiendo y ordeno estrictamente, dado que responderéis de lo contrario a vuestro riesgo, que de ninguna manera ofendáis o molestéis a nuestros amigos o aliados, sus barcos o súbditos, por el color o matiz de estas presentes, o la autoridad otorgada por ellas. En testimonio de lo cual ordenamos se ponga nuestro gran sello de Inglaterra a estas presentes. Dadas en nuestra corte de Kensington, el día 26 de enero de 1696, séptimo año de nuestro reinado.»

El capitán Kidd obtuvo también otra comisión llamada «de represalia»;

porque dado que era entonces tiempo de guerra, se debía justificar el apresamiento de mercantes franceses en caso de topar con alguno. Pero como tal comisión no tiene nada que ver con nuestro propósito, no aburriremos a nuestros lectores con ella.

Con estas dos comisiones zarpó de Plymouth en mayo de 1696 en la galera *Adventure*, de treinta cañones y ochenta hombres. La primera plaza a la que debía dirigirse era Nueva York, y en su viaje allá apresó un bacaladero francés; aunque no se trató de un acto de piratería, puesto que tenía una comisión para este fin, como acabamos de explicar.

A su llegada a Nueva York puso un anuncio para enrolar más hombres que necesitaba en su tripulación, dado que se proponía enfrentarse a un enemigo encarnizado. Las condiciones que ofrecía era que cada hombre recibiría una parte de lo que se apresase, reservándose para él y los armadores cuarenta partes. Con este incentivo aumentó pronto su compañía a ciento cincuenta y cinco hombres.

Con esta tripulación zarpó primero hacia Madeira, donde cargó vino y productos de primera necesidad; de aquí prosiguió a Bonavista, una de las islas de Cabo Verde, para proveer el barco de sal, y de ahí directamente a Santiago, otra de las islas de Cabo Verde, con objeto de aprovisionarse de víveres. Una vez hecho todo esto puso rumbo a Madagascar, conocido refugio de piratas; en este viaje topó con el capitán Warren, comodoro de tres buques de guerra; le informó de su propósito, siguió en su compañía dos o tres días y después se separó, dirigiéndose a Madagascar, adonde llegó en febrero de 1697, exactamente a los nueve meses de su salida de Plymouth.

Y dio la casualidad de que por ese tiempo los barcos piratas habían salido casi todos en busca de presa, de suerte que, según las mejores informaciones que el capitán Kidd pudo recoger, no quedaba ninguno en la isla, por lo que, después de pasar algún tiempo haciendo aguada y cargando víveres, pensó probar fortuna en la costa de Malabar, adonde llegó al siguiente mes de junio, el cuarto después de su llegada a Madagascar. Efectuó aquí un crucero infructuoso, tocando unas veces la isla de Mohilla y otras la de Johanna, entre Malabar y Madagascar. Sus provisiones eran cada día más escasas y su barco empezaba a necesitar reparación; pero estando en Johanna encontró el medio de pedir prestada una suma de dinero a unos franceses que habían perdido su barco, aunque lograron salvar sus efectos, y con ella compró materiales para reparar el suyo de manera satisfactoria.

No parece que en todo este tiempo tuviese el menor propósito de hacerse

pirata, porque cerca de Mohilla y Johanna topó con varios barcos de la India ricamente cargados a los que no infligió ninguna violencia, aunque era lo bastante fuerte para haberlos tratado como hubiese querido. Y la primera tropelía o depredación, que yo sepa, que cometió contra la humanidad fue después de reparar el barco y abandonar Johanna: tocó una plaza llamada «Mabbee» en el Mar Rojo, donde tomó maíz de Guinea de los nativos por la fuerza.

Después de esto zarpó hacia Perim, plaza de una pequeña isla situada en la entrada del Mar Rojo; aquí fue donde por primera vez empezó a franquearse con la compañía del barco y a darles a entender que se proponía cambiar de táctica; porque refiriéndose a la flota de La Meca, que debía navegar por esta ruta, dijo: «Hasta ahora no hemos tenido suerte, muchachos; pero ánimo, esta flota nos va a hacer ricos.» Y al ver que ninguno parecía oponerse, ordenó arriar un bote bien tripulado, para ir a la costa de descubierta, ordenándoles que hiciesen un prisionero y lo trajesen, o averiguasen la ruta que pudieran. Este bote regresó a los pocos días con la noticia de que habían visto catorce o quince barcos prestos a zarpar, unos con los colores ingleses, otros con los holandeses y otros con los moros.

No podemos explicar este cambio repentino de conducta más que suponiendo que se mantuvo dentro de la ley mientras tuvo esperanzas de hacer fortuna apresando piratas, pero que cansado del escaso éxito, temeroso de que sus armadores, disgustados por los enormes gastos ocasionados, lo despidiesen y dejasen sin empleo y lo señalasen como hombre sin suerte, y antes que arriesgarse a la pobreza, resolvió lanzarse a esa clase de negocio, puesto que no sacaba nada en la otra.

Así que ordenó que un hombre vigilase continuamente desde el palo de trinquete, por si esta flota se cruzaba con ellos, y unos días más tarde, hacia el atardecer, la avistaron formando convoy con un buque de guerra inglés y otro holandés. Kidd se lanzó en seguida sobre ellos, y metiéndose entre dos, abrió fuego contra un barco moro que tenía a su través; pero tras dar la alarma, los dos buques de guerra enfilaron hacia Kidd disparando sobre él y obligándolo a alejarse, ya que no era lo bastante fuerte para enfrentarse a ellos. Ahora que había comenzado las hostilidades, decidió seguir; así que se puso a cruzar por la costa de Malabar.

La primera presa con que topó fue una pequeña embarcación de Aden; era mora y sus dueños mercaderes moros, aunque el patrón era un inglés llamado Parker. Kidd obligó a este Parker y a un portugués llamado don Antonio, que eran

los únicos europeos que iban en ella, a embarcar con él; al primero lo nombró piloto, y al segundo, intérprete. También trató a los hombres muy cruelmente, mandando que los izasen de los brazos y los golpeasen con el plano del machete para forzarlos a revelar si llevaban dinero a bordo, y dónde lo guardaban; pero como no llevaban oro ni plata, no sacaron nada con esta crueldad. Con todo, les quitó una bala de pimienta y otra de café, y los soltó.

Poco tiempo después tocó Carwar, plaza situada en la misma costa, donde antes de llegar había corrido la noticia de lo que había hecho con la embarcación mora, ya que algunos mercaderes ingleses habían recibido información de sus armadores, con los que mantenían correspondencia; así que tan pronto como entró Kidd sospecharon que se trataba de la persona que había cometido la piratería, y unos señores llamados Harvey y Mason, los dos de la factoría inglesa, subieron a bordo de Kidd y preguntaron por Parker y Antonio el portugués; pero éste negó conocer a tales personas, aunque los había encerrado en un lugar secreto de la bodega, donde los tuvo seis o siete días, o sea hasta que zarpó de nuevo.

Sin embargo, la costa estaba alarmada y se envió un buque de guerra portugués a cruzar: Kidd se encontró con él y luchó durante unas seis horas con bastante valentía; pero viendo que era demasiado fuerte para apresarlo, lo dejó, dado que tenía capacidad para poner distancia cuando quisiera. Después entró en una plaza llamada Porca, donde hizo aguada, y compró cierto número de cerdos a los nativos para aprovisionar a su compañía.

Poco más tarde dio alcance a un barco moro en el que iba de patrón un holandés llamado Schipper Mitchel, y le dio caza bajo los colores franceses. Al verlos éste izó los colores franceses también. Cuando se acercó saludó en francés, y como Kidd llevaba un francés a bordo, le contestó en la misma lengua, tras lo cual les ordenó mandasen su bote a bordo. No tuvieron más remedio que hacerlo; y después de averiguar Kidd quiénes eran y de dónde venían, preguntó a su francés —al que había tomado preso del barco moro en el que iba de pasajero— si llevaba consigo permiso francés. El francés le dio a entender que sí. Entonces le dijo que debía pasar por capitán «¡Y por Dios que eres el capitán!». Y el francés no se negó a esta simulación; lo que Kidd pretendía con esto era detener el barco como presa legal, por pertenecer a súbditos franceses, conforme a una comisión que llevaba con este propósito; aunque uno piensa que después de lo que había hecho no necesitaba recurrir a la estratagema de dar a sus acciones una apariencia legal.

En resumen, le quitó la carga y lo vendió poco después. Sin embargo, aún parecía temer que esta conducta le acarreara un mal fin; porque al topar más tarde

con un barco holandés, cuando sus hombres no pensaban en otra cosa que en atacarlo, Kidd se opuso, lo que provocó un motín; y cuando vio a la mayoría partidaria de apoderarse de dicho barco, y que se armaba para tripular el bote e ir a tomarlo, les dijo que si lo hacían no volviesen más a bordo con él, lo que puso fin al propósito; y siguió acompañando a dicho barco algún tiempo, pero sin infligirle ninguna violencia. Sin embargo, esta disputa dio ocasión a un percance que se adujo más tarde contra Kidd: estaba un día *el Moro*, el artillero, en cubierta hablando con Kidd sobre el citado barco, cuando empezaron a subir de tono las palabras; *el Moro* le dijo a Kidd que los había arruinado a todos; al oír esto Kidd lo llamó perro, cogió un balde y le dio con él partiéndole el cráneo, de lo que murió al día siguiente.

Sin embargo, no le duraron mucho tiempo a Kidd los escrúpulos de conciencia; porque costeando el litoral de Malabar topó con gran número de embarcaciones, y las saqueó todas. En la misma costa topó casualmente con un barco portugués, lo retuvo una semana, y después de quitarle algunos cofres de mercancía india, treinta orzas de manteca, cera, hierro y cien sacos de arroz, lo soltó.

Casi por el mismo tiempo tocó una de las islas de Malabar para cargar leña y agua; y al bajar a tierra el tonelero lo mataron los nativos; entonces bajó a tierra el propio Kidd y quemó y saqueó varias casas, poniendo en fuga a la gente; y al apresar a uno, hizo que lo atasen a un árbol y ordenó a uno de sus hombres que le pegase un tiro. Se hicieron a la mar, y al poco tiempo, cuando hacía esta ruta, se apoderó de la presa más grande de cuantas hasta ahora habían caído en sus manos: era un barco moro de 400 toneladas, ricamente cargado, llamado el *Queda Merchant*, cuyo patrón era un inglés llamado Wright, porque los indios utilizan frecuentemente ingleses y holandeses para el mando de sus barcos, ya que sus propios marinos no son tan expertos en navegación. Kidd le dio caza bajo colores franceses, y situándose a su costado le ordenó que arriase un bote y lo mandase a su barco; hecho esto dijo a Wright que era su prisionero; éste le informó del contenido del barco, y de que no había europeos a bordo, salvo dos holandeses y un francés, y que el resto eran indios o armenios, y los armenios eran dueños de parte del cargamento. Kidd dio a entender a los armenios que si le ofrecían algo que valiese la pena como rescate, los escucharía; entonces ellos propusieron pagarle veinte mil rupias, casi tres mil libras esterlinas. Pero Kidd lo consideró mal trato, así que lo rechazó; y tras desembarcar a la tripulación en diferentes lugares de la costa, vendió el cargamento por casi diez mil libras. Con parte de él traficó también, obteniendo a cambio provisiones y otras mercancías que necesitaba. Poco a poco se deshizo de todo el cargamento, y una vez efectuado el reparto, tocaron a

unas doscientas libras cada hombre; y como se adjudicó a sí mismo cuarenta partes, su dividendo ascendió a unas ocho mil libras esterlinas.

Los indios de la costa subían a bordo y negociaban con entera libertad, y Kidd estuvo haciendo tratos con ellos muy formalmente hasta el momento en que estuvo preparado para zarpar. Entonces, considerando que no tendría otra oportunidad, se apoderó sin escrúpulos de cuanto tenían y los desembarcó sin pago ninguno en dinero ni mercancías, comportamiento que pocos se esperaban, porque solían tratar con piratas y siempre los habían encontrado hombres de honor en lo referente a transacciones comerciales. Eran gente enemiga del engaño y despreciaban el robo si no era según sus normas.

Kidd pasó al *Queda Merchant* a algunos de sus hombres, y con este barco y el suyo puso rumbo a Madagascar. En cuanto llegaron y soltaron el ancla subió a bordo una canoa en la que iban varios ingleses que conocían a Kidd de antes; nada más verlo lo saludaron y le dijeron que sabían que venía a detenerlos y colgarlos, lo que no estaba bien, tratándose de viejos conocidos. Kidd disipó inmediatamente sus temores, jurándoles que no tenía semejante intención y que en todos los conceptos se consideraba ahora hermano de ellos, y tan malvado como ellos; y pidiendo una taza de bambú, bebió a la salud de su capitán.

Estos hombres pertenecían a un barco pirata llamado el *Resolution*, anteriormente mercante de La Meca, del que era comandante un tal capitán Culliford, que estaba fondeado no lejos de ellos. Kidd subió a bordo, y les prometió su amistad y ayuda; y Culliford, a su vez, subió a bordo de Kidd; y éste, para confirmar lo sincero de su iniquidad, al hallar a Culliford falto de algunos pertrechos de primera necesidad, le hizo regalo de un ancla y algunos cañones, a fin de que aparejase para hacerse a la mar otra vez.

La galera *Adventure* estaba ahora tan vieja y hacía tanta agua que tenían dos bombas funcionando constantemente, por lo que Kidd mandó pasar todos los cañones y aparejos al *Queda Merchant*, con idea de convertirlo en su buque de guerra. Y así como había repartido el dinero antes, repartió ahora el resto del cargamento. Poco después de esto le dejó la mayor parte de la compañía, unos embarcando con el capitán Culliford y otros ocultándose en tierra, de suerte que se quedó con sólo cuarenta hombres.

Se hizo a la mar y tocó Amboyna, una de las islas holandesas de las especias, donde le dijeron que la noticia de sus acciones había llegado a Inglaterra y que allí lo habían declarado pirata.

Lo cierto es que sus piraterías habían alarmado a tal extremo a nuestros mercaderes que se presentaron en el Parlamento algunas mociones para indagar sobre la comisión que se le había encomendado y las personas que lo habían equipado. Estas investigaciones pusieron a lord Bellamont en una situación delicada, y se sintió tan afectado que después de la ejecución de Kidd publicó una justificación de sí mismo en un folleto. Entre tanto, con el fin de detener todas estas piraterías, se juzgó aconsejable publicar un edicto ofreciendo el libre perdón del Rey a todos los piratas que voluntariamente se entregasen, fueran cuales fuesen las fechorías que hubiesen cometido en cualquier momento, antes del día último de abril de 1699… Es decir, las cometidas al este de Cabo de Buena Esperanza, hasta la longitud y meridiano de Socatora y Cabo Comorín. Por tanto, en este edicto quedaban excluidos específicamente Avery y Kidd.

Cuando Kidd salió de Amboyna no sabía nada de este edicto, porque como es natural, de haber tenido noticia de que se le excluía no habría sido tan tonto como para meterse en las mismísimas fauces del peligro. Pero confiaba en su influencia con lord Bellamont e imaginó que una o dos licencias francesas encontradas en unos barcos que había apresado le servirían para cubrir las apariencias en el asunto, y que parte del botín le granjearía nuevos amigos. Todas estas cosas, digo, le inclinaban a hacerse ilusiones de que todo sería acallado y que la justicia se mostraría tolerante. Así que puso rumbo directamente a Nueva York, y nada más llegar fue detenido con todos los papeles y efectos por orden de lord Bellamont. Muchos de sus compañeros de aventuras que lo habían abandonado en Madagascar llegaron de esa isla como pasajeros, unos a Nueva Inglaterra, otros a Jersey, donde, al enterarse del edicto del Rey sobre el perdón de los piratas se entregaron a los gobernadores de esas plazas. Al principio se les admitió una fianza, pero muy pronto fueron encerrados en prisión, donde permanecieron algún tiempo, hasta que se presentó la ocasión de mandarlos con su capitán a Inglaterra para que fuesen juzgados.

En mayo de 1701, un tribunal de almirantazgo celebró un juicio en el Tribunal de lo Criminal de Londres en el que el capitán Kidd, Nicholas Churchill, James How, Robert Lumley, William Jenkins, Gabriel Loff, Hugh Parrot, Richard Barlicorn, Abel Owen y Darby Mullins fueron juzgados por piratería y pillaje en alta mar, hallándose culpables a todos excepto tres: Robert Lumley, William Jenkins y Richard Balicorn, que tras demostrar que iban de aprendices con algunos oficiales del barco, y presentar sus contratos de aprendizaje, fueron absueltos.

Si bien se demostró que estos tres intervinieron en el apresamiento y reparto del barco y mercancías mencionado en el proceso, no obstante, como los caballeros

de la Curia distinguieron rectamente, había una gran diferencia entre sus circunstancias y las del resto, porque debía concurrir una intención deliberada y una libre voluntad de cometer el acto delictivo o piratería. No se debe considerar pirata al que es coaccionado sino al que actúa libremente, porque en ese caso el mero acto no hace a un hombre culpable, sino que debe intervenir también la voluntad.

Sin embargo, también es cierto que si un criado colabora voluntariamente y recibe su parte debe considerarse pirata, porque entonces actúa por sí mismo y no por coacción; y estas personas, según toda evidencia, recibieron una parte. Pero la cuestión está en si después rindieron cuenta de las partes obtenidas a sus amos, que es lo que los puede distinguir como agentes libres o criados que actuaron por coacción de sus amos; matiz tomado en consideración por el jurado, y por el que los declaró inocentes.

Kidd fue juzgado además por el delito de homicidio, o sea por la muerte del *Moro*, el artillero, de la que se le encontró culpable también. Nicholas Churchill y James How alegaron el perdón del Rey, ya que se habían entregado dentro del plazo expresado en el edicto; y el coronel Bass, gobernador de West Jersey, al que se entregaron, y estaba presente en la sala y fue llamado a declarar, probó que era cierto. Sin embargo, esta alegación fue rechazada por el tribunal; porque el edicto hacía mención de los cuatro comisarios enviados para hacerse cargo de las sumisiones de los piratas que se entregasen: el capitán Thomas Warren, el señor Israel Hayes, el señor Peter Delannoye y el señor Christopher Pollar, decidiendo que nadie más estaba autorizado para recibir su entrega y que no podían tener derecho al beneficio de dicho edicto por no haber cumplido en todos sus puntos las condiciones expresadas en él.

Darby Mullins alegó en su defensa que había servido bajo la comisión del Rey, y por tanto no podía desobedecer a su comandante sin incurrir en delito grave; que siempre que salía un barco con una comisión del Rey, se permitía a nadie de la tripulación pedir cuentas a sus superiores de por qué hacían esto o aquello, porque tal libertad destruiría toda disciplina; que si se cometía una acción ilegal, eran los oficiales los que tenían que responder de ello; porque al obedecer, los hombres se limitaban a cumplir con su obligación. El tribunal le replicó que las acciones ejecutadas en comisión se justificaban en lo legal, pero no en lo ilegal. Él contestó que no tenía ninguna necesidad de justificarse en lo legal, pero que la situación de los marineros era muy dura y que si se les sometía a grandes peligros por obedecer las órdenes de sus oficiales y se les castigaba por no obedecerlas, y por otra parte se les permitía discutir tales órdenes, podía ser que acabase por no

haber mando ninguno en la mar.

Ésta pareció ser la mejor defensa que podía hacerse de su caso. Pero al haber aceptado su parte en el botín, y haber participado en diversos amotinamientos de marineros, y asumido con ellos la custodia de su capitán, se probó que no prestó obediencia a la comisión y que obró en todo según la costumbre de los piratas y filibusteros, lo que, al entender del tribunal, lo hacía culpable como al resto.

En cuanto al capitán Kidd, durante su defensa insistió mucho en su propia inocencia y en la ruindad de sus hombres; dijo que él salió en cumplimiento de un loable servicio, y que no tenía ningún motivo, dado que gozaba de buena posición, para lanzarse a la piratería; que los hombres se amotinaron frecuentemente contra él, y tuvo que hacer lo que ellos quisieron; que lo amenazaron con pegarle un tiro en su cámara, y que noventa y cinco de ellos lo abandonaron una vez, y prendieron fuego a su bote, por lo que no pudo llevar el barco de regreso, ni confiscar formalmente las presas que había capturado, las cuales dijo que había apresado en virtud de una comisión dada con el gran sello, y que eran portadoras de licencias francesas. El capitán pidió como testigo de descargo a un tal coronel Hewson, quien le atribuyó un carácter extraordinario y declaró ante el tribunal que había servido a sus órdenes y había estado con él en dos enfrentamientos con los franceses, en los que luchó como jamás había visto hacerlo a nadie; que sólo eran el barco de Kidd y el suyo propio contra monsieur Du Cass, que mandaba una escuadra de seis buques, y lo vencieron. Pero como eso había ocurrido varios años antes de que se cometiesen los hechos que se juzgaban ahora, no fue de ningún provecho para el acusado.

En cuanto a la amistad demostrada con Culliford, pirata famoso, Kidd la negó, y dijo que su propósito había sido apresarlo, pero sus hombres, que eran un puñado de bribones y malvados, se negaron a apoyarlo, y que varios huyeron de su barco y se pasaron a dicho pirata. Pero dado que eran abundantes y claras las pruebas contra él, se le declaró culpable, como hemos dicho más arriba.

Al serle preguntado si tenía algo que decir por lo que no debiera aplicársele la sentencia, contestó que no, sino que había testificado en contra suya gente malvada y perjura. Y cuando se le leyó la sentencia dijo: «Señoría, muy dura es esa sentencia. Por lo que a mí respecta, soy el más inocente de todos, sólo que han testificado en contra mía gentes que son perjuras.»

Y una semana más tarde, el capitán Kidd, Nicholas Churchill, James How, Gabriel Loff, Hugh Parrot, Abel Owen y Darby Mullins fueron ejecutados en el

dique de las ejecuciones, y después colgados de cadenas, a cierta distancia unos de otros, sobre el río, donde sus cuerpos permanecieron expuestos muchos años.

CAPÍTULO IV
Del capitán John Bowen

No estoy cierto de la fecha exacta en que este personaje inició sus hazañas. Lo encuentro navegando por la costa de Malabar en el año 1700, al mando de un barco llamado el Speaker, con una tripulación formada por hombres de todas las naciones, y cometiendo piraterías contra barcos también de todas las naciones. No hallaban aquí ninguna clase de obstáculo para llevar a cabo sus propósitos, porque había tanto comercio que los mercaderes de una ciudad no mostraban el menor escrúpulo en comprar, en venta pública, el género arrebatado a otro, aunque hubiese sido a diez millas de distancia, y en facilitar además a los ladrones lo que necesitaran, incluidas las naves, cuando preparaban alguna expedición, que a menudo aconsejaban ellos mismos.

Entre otros, cayó en manos de esta compañía un buque inglés de las Indias Orientales, capitán Coneway de Bengala, que apresaron cerca de Quilon; lo llevaron a puerto y lo pusieron en venta, dividiendo el barco y la carga en tres lotes: uno lo vendieron a un mercader de Quilon; otro a uno de Porca, y el tercero a un tal Malpa, factor holandés.

Cargados con el expolio de éste y varios otros barcos de la región, abandonaron la costa y pusieron rumbo a Madagascar: pero al encontrarse con vientos adversos en el viaje, como andaban poco atentos al gobierno de la nave, fueron arrojados contra el arrecife de Santo Tomás, en Isla Mauricio, y perdieron el barco. Sin embargo, Bowen y la mayor parte de la tripulación lograron llegar a tierra.

Aquí recibieron toda la cortesía y amabilidad que podían desear. Bowen fue obsequiado de manera especial por el gobernador, y espléndidamente acogido en su casa; los enfermos fueron trasladados al fuerte con gran cuidado, y atendidos por su médico, y no les faltó a los demás nada de cuanto necesitaban. Aquí pasaron tres meses. Pero aunque habían decidido establecerse en Madagascar, compraron una balandra, la aparejaron de bergantín, y partieron a mediados de marzo de 1701, despidiéndose antes formalmente del gobernador, al que hicieron el presente de 2.500 piezas de a ocho, dejándole además lo que había quedado del barco en el naufragio: cañones, pertrechos y todo lo que habían podido salvar. El gobernador, por su parte, los abasteció de lo necesario para el viaje, que iba a ser muy corto, y los invitó amablemente a que hiciesen de esa isla su lugar de

descanso en futuras aventuras, prometiéndoles que no les faltaría nada de lo que él pudiera facilitarles.

A su llegada a Madagascar entraron en una plaza de la costa este llamada Matitanana, abandonaron la nave y se establecieron en la costa, en una llanura fértil junto a un río. Construyeron un fuerte en la desembocadura del río y otro más pequeño al otro lado, que miraba hacia el campo; el primero para prevenir cualquier sorpresa naval y el segundo como medida de seguridad frente a los nativos, muchos de los cuales trabajaron en la construcción. También levantaron un poblado para habitación, lo que les ocupó el resto del año 1701.

Una vez terminadas todas estas obras se sintieron insatisfechos con su nueva manera de vida y añoraron su antigua ocupación; así que decidieron aparejar el bergantín que habían comprado a los holandeses en Mauricio, y que habían dejado en una ensenada cerca de la colonia; pero una casualidad, que ellos propiciaron, les proveyó de un medio mejor y les ahorró bastantes molestias.

Ocurrió que a principios del año 1702, un barco llamado el *Speedy Return*, de la Compañía afro-escocesa y de las Indias Orientales, capitán Drummond al mando, llegó al puerto de Matitanana, Madagascar, con un bergantín, el *Content.* Habían cargado negros en Sainte Marie, una pequeña isla próxima a la gran isla de Madagascar, y los llevaban a Mascareñas, adonde se dirigían desde este puerto cargados al máximo.

A su llegada, bajó a tierra el capitán Drummond con Andrew Wilky, su cirujano, y varios miembros más de la tripulación. Entre tanto fue John Bowen con cuatro cofrades en un pequeño bote, con el pretexto de comprarles alguna mercancía traída de Europa, y al ver que era buena ocasión (porque en la cubierta estaban sólo el primer oficial, el contramaestre y un hombre o dos más, y el resto andaba ocupado en la bodega), dejaron todo disimulo, sacaron cada uno una pistola y un gancho, y les dijeron que eran hombres muertos si no entraban inmediatamente en la cámara. Fue tan inesperada la sorpresa que juzgaron aconsejable obedecer. Se puso uno de los piratas en el centro de la puerta, con armas en la mano, se apostaron los otros inmediatamente junto a las escotillas, e hicieron una seña a sus compañeros de la playa conforme habían convenido; entonces subieron unos cuarenta o cincuenta y tomaron tranquilamente posesión del barco, y después del bergantín, sin derramar una gota de sangre ni descargar un solo golpe.

Bowen fue nombrado, o más bien se nombró a sí mismo, capitán; encerró a

la antigua tripulación, o la mayor parte de ella, prendió fuego al bergantín, ya que no les servía, limpió y preparó el barco, tomó agua, provisiones y artículos de primera necesidad que le hacían falta, y se dispuso a emprender nuevas aventuras.

Los vamos a dejar de momento para relatar la desventurada historia de un caballero digno y honorable que fue víctima del atolondramiento de una gente obcecada, que lo acusó de apresar piratescamente y matar al capitán y tripulación de este mismo barco que Bowen y su banda habían secuestrado:

En el mes de julio de 1704, un buque anglo-indio llamado el *Worcester*, mandado por el capitán Thomas Green, a su regreso a Inglaterra, fue empujado hacia Escocia por vientos meridionales, y fondeó en la ensenada de Leith. Al desembarcar el capitán y varios miembros de la tripulación para comprar víveres, la gente del pueblo, que tenía amigos y conocidos en el barco del capitán Drummond, enterada de que el *Worcester* venía de las Indias Orientales, empezó a hacerles insistentes preguntas sobre este barco; y al repetirles ellos que no habían oído hablar de tal barco en la India, los inquiridores aparentaron sorprenderse muchísimo. Total, que les asaltó la sospecha de que el *Worcester* no se había portado honestamente con el barco escocés, del que no sabían nada desde el día de su partida, e informaron a los magistrados de que a algunos de la tripulación se les habían escapado comentarios que hacían suponer claramente que habían tenido que ver con el robo y matanza de sus compatriotas; entonces éstos interrogaron secretamente a varios, unas veces amenazándolos con la horca y otras haciéndoles grandes promesas, a fin de animarlos a revelar la supuesta fechoría, hasta que por último un muchacho indio fue inducido a confesar todo el asunto bajo juramento, según creyeron ellos. Conseguido esto, detuvieron al capitán, al segundo y a la tripulación, y los encerraron en prisión; a continuación descargaron el barco, y casi lo desguazaron pieza a pieza en busca de objetos, escritos, etcétera, que confirmasen la deposición del indio; pero no hallaron nada. De manera que se vieron obligados a juzgarlos, y los juzgaron, con este testimonio y algunos detalles declarados por el cirujano, Charles May, que requerían interpretaciones muy poco verosímiles. Estas deposiciones fueron las siguientes: el *indio*, que se llamaba Antonio Fernando, dijo que embarcó en la balandra que acompañaba al *Worcester* en la costa de Malabar, y que más tarde presenció un combate entre dicha balandra y el *Worcester* contra un barco gobernado por hombres blancos que hablaban en inglés y arbolaban los colores ingleses; que combatieron al citado barco durante tres días, y al tercero dicho barco fue abordado por los de la balandra, que hicieron subir a cubierta a la tripulación, la pasaron a cuchillo y la arrojaron al mar.

Charles May sólo declaró que al bajar a tierra en Quilon oyó cañonazos en la

mar, y al preguntar a alguien del muelle qué significaba este cañoneo, le contestó que era el *Worcester* que había salido y que se estaba enfrentando a otro barco; que a la mañana siguiente vio el *Worcester* fondeado en el mismo sitio del día anterior, y otro barco a su popa; que al llegar a tierra la lancha del *Worcester* y preguntarles a los hombres que traía, contestaron que los habían mandado por agua, que se habían desfondado las cubas y derramado el agua, y que habían estado muy ajetreados toda la noche; que *este testigo* subió a bordo cinco o seis días después, y vio el barco cargado de mercancías, y se le informó de que el que se encontraba fondeado a popa del *Worcester* había sido vendido a Cogo Comodo, mercader de Quilon; que Antonio Fernando estaba herido, así como algunos otros; y que al preguntar a los pacientes cómo se habían hecho esas heridas, el señor Madder, primer oficial, les prohibió contestar; todo lo cual acaeció entre los meses de enero y febrero de 1703.

Respecto a la declaración de Antonio, parecía ser toda invención, y que no había nada de cierto en ella; y el montón de insidiosas insinuaciones de Charles May fueron sacadas de un hecho conocido, que era el siguiente: al zarpar el *Worcester* de Quilon para Carnipole, fue arrastrado por el mal tiempo desde las proximidades de la ensenada de Quilon a Anjango, donde al acercarse al *Aureng Zeb*, buque indio, lo saludó con cinco cañonazos, que fueron los que oyó el cirujano; y el *Aureng Zeb* fue con el *Worcester*, y a continuación fondeó a su popa, y era el barco que él observó. El ajetreo de la noche a que se había referido sólo fue que barloventeó con el fin de entrar en Quilon, dado que tenía el viento en contra. El *Worcester* había cedido su agua al *Aureng Zeb,* lo que los obligó a mandar por más, y en cuanto a los heridos, se demostró que no había habido más que tres en el viaje; uno al caerse en la bodega, otro por una reyerta a cuchillo, acaecida entre dos holandeses, y otro cortando leña.

Hay que decir igualmente que el testimonio de May, aducido para reforzar el de Antonio, se contradecía en varias partes; porque Antonio declaró que el hecho se había cometido entre Calcuta y Tellecherry (donde, a propósito, nunca había estado el barco, como confesó el cirujano y probaron los diarios del capitán y otros), y May oyó los cañonazos en Quilon, que está lo menos a 140 millas de allí. Antonio da al supuesto combate una duración de tres días; y según May, el *Worcester* tuvo ajetreo sólo una noche. Todo el resto de su testimonio se basa en: «Según me han informado», «como me han dicho», *etc.* Y lo chocante del tal May es que después de esto estuvo dieciocho meses en dicho barco, y reconoció en el juicio que en todo ese tiempo no oyó una sola palabra de ningún combate con otro barco, ni de que cogiesen ninguna presa, ni nada relacionado con tal acción, lo que resultaba extraño de ser cierto el asunto.

En resumen, el capitán Green y el resto de la tripulación fueron declarados culpables y condenados por estos supuestos crímenes de la manera siguiente: Green, Madder, Sympson, Keigle y Haines, a ser ahorcados el martes 4 de abril; Taylor, Gleen, Kitchen y Robertson, el martes 11 de abril, y Brown, Bruckley, Wilcocks, Balantyne y Linsey, el martes 18 de abril.

No puedo por menos de señalar aquí (aunque con gran pesar) que con motivo de la condena de estos desdichados hubo regocijo general en la ciudad y su contorno; fue tema único de conversación durante días, y cada cual se consideró interesado en ello; algunos incluso no podían reprimir el deseo de expresar abiertamente con palabras su brutal alegría: «Ahora —decían— les daremos un *Darién*[7]; para que vean que sabemos hacernos justicia, etcétera.»

Después de la sentencia los prisioneros pidieron que no se les molestase en sus momentos de agonía a fin de aprovecharlos mejor; pero ahora no sólo los insultaban con los más injuriosos improperios los que conseguían acercarse a ellos, sino que los predicadores presbiterianos los atormentaban sin parar, lanzándoles las más negras amenazas, y diciéndoles que no esperasen otra cosa que la ira de Dios y los tormentos eternos con todos sus horrores si morían obstinados (como ellos decían), o sea si no se confesaban culpables; todo esto expresado con la peculiar pasión de esa secta de amargados. Es más, se los veía tan angustiados que incluso ahora, después de la condena, separaron a unos cuantos que parecían más aterrados por sus cantos, y les aseguraron que no morirían si reconocían sinceramente los crímenes por los que habían sido condenados; y tanto trabajaron sobre Haines y Linsey que finalmente los indujeron a confesar prácticamente todo lo que ellos quisieron. El primero, tras concedérsele el indulto, hizo un relato sobrecogedor de todas las piraterías y homicidios cometidos con el barco de Drummond, y procuró aproximarse en lo que pudo al testimonio de Fernando, aunque de cuando en cuando se apartaba en aspectos muy importantes, como siempre les ocurre a los que cuentan cosas que no son verdad. Añadió gran número de detalles sangrientos para dar color a la historia, como que hicieron un juramento cuando iniciaron su carrera de piratas (muy semejante a las ridículas ceremonias celebradas por las brujas), y que, dijo, fue como sigue: se hicieron un corte y mezclaron su sangre, y después de beber una parte cada hombre, juraron todos guardar secreto, etc., con abundantes pormenores de este género. Linsey, con algo más de sensatez, se contentó con decir lo menos posible, lo que era excusable, ya que estuvo en tierra durante el supuesto combate, y casi todo lo que aportó consistió en rumores de los indios, etcétera. Así es como estos desdichados se protegieron del golpe fatal, en detrimento de la verdad y la buena conciencia, para disfrutar de una vida lamentable, quizá durante unos años más.

Tan pronto como se hicieron públicas sus confesiones, el pueblo y la chusma se abandonaron a sus sentimientos de furor, y ultrajaron y difamaron a los infelices de manera vergonzosa; y tan violento era el torrente de su ira que alcanzó a los miembros del tribunal, que se vieron obligados, por su propia seguridad, a abandonar la ciudad.

En medio de esta confusión, regresaron en la galera Raper dos hombres que se sabía que habían formado parte de la tripulación de Drummond, y prestaron declaración jurada sobre la pérdida de dicho barco a manos de los piratas, como he contado antes; tras lo cual, Su Majestad y el Consejo aplazaron la ejecución, primero durante ocho días, y después decidieron suspenderla hasta haber oído lo dicho arriba.

El pueblo que aguardaba con creciente expectación, por el tiempo transcurrido, a que se cumpliesen las ejecuciones, empezó a impacientarse y a lanzar invectivas contra el aplazamiento. El Consejo se reunió la mañana del 11 de abril para deliberar qué debía hacerse; al enterarse el populacho, creyó que era para un nuevo aplazamiento o para indultarlos; cerraron inmediatamente todas las tiendas, y las calles se llenaron de un gentío increíble, hombres, mujeres y niños, que reclamaba que se aplicase la justicia a estos asesinos ingleses. Y al pasar casualmente el coche del juez Seafield lo detuvieron, rompieron las portezuelas, sacaron al juez violentamente, y lo obligaron a prometer, antes de que pudiese zafarse, que se llevaría a cabo la ejecución con toda diligencia.

Conforme a la promesa del magistrado, ese mismo día, miércoles, fueron sacados el capitán Green, Madder y Sympson, y conducidos al lugar de ejecución, en la playa de Leith, en cuyo trayecto fueron saludados con gritos de triunfo, por así decir, e insultados con las más ásperas y amargas injurias.

Y así, estos desventurados fueron un sacrificio grato a la malicia de los malvados.

En cuanto a las palabras del capitán Green al tener noticia de los crímenes por los que debía morir, después de haber puesto por testigos a todos los presentes de que se les culpaba, a él y a la tripulación, con total injusticia, desde que habían llegado, siguió haciendo una relación de su fe, su vida y muerte en el seno de la iglesia de Inglaterra, de su manera de vivir en el extranjero, su observancia de los deberes religiosos y la conciencia que tenía de que era imposible su salvación si moría con la falsedad en la boca. Y prosiguió a continuación: «De acuerdo con esto, declaro ante este pueblo, y en presencia de Dios Todopoderoso, que soy inocente

en deseo o acción, y ajeno a los crímenes por los que se me condena; que hasta donde se me alcanza, jamás en mi vida he hecho daño a ningún hombre, sea a su persona o a sus bienes, ni he dado consentimiento para ello; que doy gracias a Dios de no conocer las costumbres de los piratas: pero entiendo que mis acusadores y perseguidores os harán creer que considero innecesario confesarme ante los hombres. Tomad lo que digo como deben tomarlo los buenos cristianos. Si carecéis de caridad, os hacéis daño a vosotros mismos, no a mí.

»Me han dicho que algunos de mi tripulación han confesado los crímenes, y nos han cargado con la culpa. Eso lo han hecho después de la sentencia, con la esperanza de salvarse; cosa que yo deseo que se haga por medios legales, y no accediendo a un derramamiento de sangre inocente. Yo soy un moribundo, y éstos tienen todavía esperanzas de vivir; elegid a quién de nosotros creer, etcétera.»

Volviendo al capitán Bowen, que poseía el barco del capitán Drummond y el bergantín, como he dicho antes, al ser informado por la tripulación de que en el momento de zarpar de Mascareñas había un barco, la galera *Rook*, capitán Honeycomb, fondeado en esa bahía, acordó con los demás piratas dirigirse allí; pero tardaron siete días en hacer aguada ambas embarcaciones y arreglar sus asuntos personales, por lo que cuando llegaron a esa isla había partido la citada galera, que de ese modo escapó felizmente de la malvada trampa de sus no provocados enemigos.

La noche después de salir los piratas de Matitanana, el bergantín se metió en un arrecife frente a la costa occidental de la isla de Madagascar; y al no percatarse el barco, entró Bowen en Mascareñas sin saber qué había sido de su consorte.

Aquí el capitán Bowen permaneció ocho o diez días, el tiempo que tardó en aprovisionar el barco de víveres; y pensando que la galera *Rook* se había dirigido a alguna otra isla, zarpó rumbo a la Mauricio en su busca; pero al descubrir los piratas cuatro o cinco barcos en el puerto noroeste de esta isla, se consideraron demasiado débiles para intentar nada, pusieron inmediatamente rumbo a Madagascar otra vez, y entraron sin novedad, primero en Port Dauphin, y después en la bahía de Augustin. A los pocos días, el bergantín *Content*, que ya pensaba Bowen que había naufragado o se había rebelado contra este honorable servicio, entró en la misma bahía, e informó a sus cofrades del percance que había tenido. Los piratas se alegraron lo indecible de verse otra vez; celebraron consejo, y como encontraron que el bergantín no estaba ni mucho menos en condiciones para el negocio, ya que hacía mucha agua, lo sacaron a tierra, lo quemaron, y embarcaron todos en el *Speedy Return*.

En esta plaza, los negros informaron a los piratas de las aventuras de otra banda que llevaba algún tiempo establecida cerca de este puerto y tenía por capitán a un tal Howard. Un barco de la India llamado el *Prosperous* tuvo la desgracia de entrar en la bahía en un momento en que estos granujas andaban buscando ocupación; y so pretexto de comerciar (casi de la misma manera que Bowen y su banda habían apresado el *Speedy Return*) se apoderaron de él y zarparon con dicho barco hacia New Mathelage. Bowen y los suyos, después de deliberar, concluyeron que les interesaba más aliarse con esta nueva compañía que actuar por separado, puesto que eran demasiado débiles para acometer ninguna acción de envergadura, recordando cómo habían tenido que huir de Isla Mauricio cuando iban en busca de la galera *Rook*, a la que podían haber apresado, con varios otros barcos, de haber tenido en ese momento un consorte de igual fuerza que ellos. Total, que salieron de la bahía y entraron en New Mathelage; pero no hallaron allí ningún barco, aunque tras algunas indagaciones se enteraron de que el pirata que buscaban había estado en esa plaza, pero se había ido, por lo que tras una corta estancia prosiguieron hacia Johanna. Y como tampoco allí estaba el *Prosperous*, pusieron rumbo a Mayotta, donde lo descubrieron fondeado. Esto fue en las Navidades de 1702.

Aquí pactaron una alianza estas dos fuerzas. Encontró Howard las propuestas de su agrado, las aceptó, y las dos compañías confirmaron el pacto. En esta isla permanecieron más de dos meses, porque seguramente la consideraron lugar idóneo para dar con alguna presa que se cruzase frente a ella; y así ocurrió: a primeros de marzo, al entrar a hacer aguada el *Pembroke*, perteneciente a nuestra Compañía indo-oriental, fue abordado por los botes de estos piratas, y apresado, con la pérdida del primer oficial y otro hombre, que murieron en la refriega.

Los dos barcos piratas levaron anclas y salieron a mar abierta con su presa, y ese día y el siguiente lo despojaron de la mayor parte de su cargamento, provisiones y pertrechos; después retuvieron al capitán y al carpintero, dejaron que el *Pembroke* fuese a donde el resto de su tripulación gustase, y se dirigieron con sus barcos a New Mathelage. Aquí conferenciaron los dos capitanes y trazaron un plan para efectuar un viaje a la India, razón por la que habían retenido al capitán Wooley del recientemente apresado *Pembroke*, a fin de que les sirviese de práctico en esos mares; pero se suscitó una disputa muy enconada entre las dos compañías, acerca del barco en que debía ir; y a tal punto llegó la cosa que determinaron, si no encontraban una fórmula que dejase satisfechas a ambas partes de manera que ninguna aventajase a la otra por la pericia y conocimiento del capitán de la costa india, darle al pobre hombre un golpe en la cabeza y matarlo. Pero finalmente el capitán Woolley escapó de ese peligro gracias a la autoridad de Bowen, al

convencer a su compañía de que consintiera en que siguiese éste en el Prosperous, donde estaba.

Como el *Speedy Return* estaba sano, y sólo necesitaba una pequeña reparación, juzgaron conveniente regresar a la bahía de Augustin a limpiar; entre tanto, el *Prosperous* debía limpiar los fondos, cargar agua y provisiones, y reunirse después con su consorte en Mayotta, isla acordada para la cita.

El *Prosperous* entró en Mayotta conforme habían convenido, y esperó allí un tiempo al barco de Bowen. Como no aparecía, ni llegaba noticia ninguna de él, fue a Johanna; pero al no encontrarlo allí, supusieron que le había ocurrido algún percance, así que abandonaron la plaza y emprendieron la expedición ellos solos. En cuanto al *Speedy Return*, llegó sin novedad a la bahía Saint Augustin, Madagascar, donde lo limpiaron y se aprovisionaron; pero se demoraron demasiado y tuvieron vientos contrarios, por lo que no pudieron de ninguna manera arribar a Mayotta, y tuvieron que dirigirse a Johanna, donde, al enterarse de que sus amigos se habían marchado hacía poco de la isla, pusieron rumbo al Mar Rojo; pero como el viento no era favorable para esto, se dirigieron a las montañas de Saint John, próximas a Surat, donde nuevamente entraron en contacto con sus cofrades del *Prosperous*.

Cruzaron juntos como habían acordado al principio, y poco después avistaron cuatro barcos, a los que dieron caza; pero al separarse éstos, dirigiéndose dos hacia el norte y los otros dos hacia el sur, los piratas se separaron también, Bowen en pos de los que habían puesto rumbo sur, y Howard, de los otros. Bowen dio alcance al más pesado de los que perseguía, que resultó ser un barco *moro* de 700 toneladas que regresaba del golfo de La Meca a Surat. Los piratas llevaron la presa a Rajapur, en la costa de la India, y allí la expoliaron. La mercancía la vendieron a los nativos; pero encontraron a bordo una pequeña cantidad de oro acuñado, equivalente a veintidós mil libras en moneda inglesa, que se embolsaron. Dos días más tarde entró el *Prosperous*, pero sin presa. Sin embargo dijeron a sus amigos que no habían conseguido menos que ellos, porque habían dado alcance a su caza en la desembocadura del río Surat, de donde habían zarpado los cuatro barcos; y tras una andanada uno de ellos se rindió, aunque el otro logró entrar en la bahía; y que habían navegado hacia la costa con la presa, hasta que la despojaron de lo mejor de su cargamento, del que lo más valioso fueron ochenta y cuatro mil *chequines*, piezas que equivalían a diez chelines cada una, y después la abandonaron a merced de las olas, sin ancla ni cable, frente a Daman.

Mientras estaban fondeados en Rajapur efectuaron un reconocimiento de

sus dos barcos, y al comprobar que estaban en peores condiciones que la presa, acordaron quemarlos; y sin pérdida de tiempo adaptaron el barco de Surat, pasaron a bordo de él las dos compañías, y después prendieron fuego al *Prosperous* y al *Speedy Return*. En esta plaza pasaron revista a 164 combatientes, de los que 43 eran ingleses; la mayoría eran franceses, y el resto, daneses, suecos y holandeses. Embarcaron 70 indios para las faenas más penosas del barco, le montaron 65 cañones, le pusieron el nombre de *Defiance*, y zarparon de Rajapur a últimos de octubre del año 1703, para cruzar frente a la costa de Malabar.

Pero al no topar con ninguna presa en este primer crucero, fondearon unas tres leguas al norte de Cochin, en espera de que acudiese algún bote con vituallas, para cuyo fin dispararon varios cañonazos a manera de señal. Pero al ver que no acudía ninguno, mandaron al cabo de brigadas en la lancha a parlamentar con la gente, lo que hizo con cierta cautela, manteniendo la embarcación con los remos preparados y apartada de la orilla. Finalmente, se entendieron bien, prometieron a los piratas llevarles los artículos necesarios que pedían y el bote regresó a bordo.

Al día siguiente salió del pueblo una chalupa con cerdos, cabras, vino, etc., con el aviso secreto de Malpa, el factor holandés, viejo amigo de los piratas, de que había un barco de este país llamado el *Rimae* que se hallaba fondeado en Mudbay, a no muchas leguas de allí, y que si salían y lo apresaban, él les compraría el cargamento; así mismo les prometió que los proveería de alquitrán, brea y cuanto pudiesen necesitar; porque la gente de la factoría acudía a bordo a cada hora, y comerciaba con ellos, como en un mercado libre, comprando toda suerte de género, víveres, joyas y plata, por lo que pagaban cofres de monedas, etc., de gran valor.

Los piratas aceptaron muy gustosamente el consejo de apresar el barco, pero juzgando que el suyo era demasiado grande para acercarse a la bahía consultaron con el amigo sobre qué medios podían emplear para capturarlo, y éste acordó en seguida venderles uno de menos calado, que a la sazón estaba amarrado en el puerto. Pero al decirle Malpa a un ayudante de la factoría que lo sacase, éste no sólo se negó a participar en tal villanía sino que recriminó a Malpa que anduviese en tratos con piratas, y le dijo que si se hacía culpable de tan baja acción nunca más podría mirar a la cara a ninguno de sus compatriotas; lo que hizo que el honrado agente cambiase de actitud y de propósito.

En esta plaza (atendiendo a sus insistentes súplicas de que se hallaba muy enfermo y débil) dispensaron del severo confinamiento en que tenían al capitán Wooley, al que habían retenido para que les sirviese de práctico en la costa india, y

lo desembarcaron; y al día siguiente zarparon y recorrieron la costa de Malabar en busca de más botín. En este recorrido toparon por segunda vez con el *Pembroke*, le quitaron azúcar y algunas cosas más de poca importancia, y lo volvieron a soltar. De aquí regresaron a Isla Mauricio, donde permanecieron fondeados algún tiempo viviendo a su manera desaforada.

En Mauricio, dos de la tripulación, Israel Phipeny y Peter Freeland, desertaron de los piratas y se escondieron en la isla hasta que zarpó el barco. Estos dos hombres eran de la tripulación de Drummond, y tuvieron oportunidad de regresar a Inglaterra poco después a bordo de la galera *Raper*, que llegó a Portsmouth en marzo de 1705. En cuanto se supo de esta llegada, el señor John Green, hermano del capitán Green, entonces bajo condena, viajó a Portsmouth y obtuvo las declaraciones juradas de los citados Phipeny y Freeland, efectuadas ante el alcalde de esta ciudad, en las que aparecían varias cuestiones de vital importancia, por lo que fueron enviadas inmediatamente a Londres, y el Secretario de Estado las remitió urgentemente a Escocia, adonde llegaron unas horas antes de que el capitán Green fuera ejecutado.

[Del apéndice del presente volumen]

Si el lector supiese el trabajo que nos hemos tomado en recopilar material para componer una historia fiel de las vidas de los piratas, y el gran cuidado que hemos puesto para no ofrecer sino la estricta verdad, perdonaría de buen grado, más aún, alabaría incluso, que incluyamos en el apéndice del mismo libro detalles que no nos fue posible obtener (pese a nuestras laboriosas indagaciones) antes de ser impresas las vidas, y estar el libro en cierto modo a punto de salir.

Lo que acabamos de contar en este volumen del capitán Bowen puede tomarse como verdadero; pero dado que no teníamos datos ciertos sobre su origen como ahora, habíamos preferido el silencio a engañar a nuestros lectores con fábulas de nuestra invención. Después hemos sabido (y estamos convencidos de la absoluta veracidad de esto, ya que lo hemos obtenido de alguien que lo conoció personalmente y conversó frecuentemente con él) que nació en Bermudas, de unos padres respetables que procuraron darle una buena educación conforme a la vocación para la que estaba destinado, que era la mar.

El primer viaje que hizo fue a Carolina, donde al hallarlo algunos mercaderes muy capaz en todos los aspectos, y que era hombre inteligente y serio,

le dieron el mando de un barco, y lo enviaron a las Indias Occidentales. Estuvo en este empleo varios años, pero en un viaje de regreso tuvo la desgracia de ser atacado, y apresado, por un pirata francés, que como no tenía ningún navegante experto a bordo, retuvo al capitán Bowen para que gobernase su nave; y después de varios cruceros por las Indias Occidentales, pusieron rumbo a la costa de Guinea, donde hicieron varias presas, y cogieron varios buenos expertos en navegación; pero como el francés estaba acostumbrado a Bowen, éste no consiguió por ninguna de las maneras que lo relevasen; aunque a pesar del servicio que les prestaba lo trataban con la misma rudeza que a los demás prisioneros, de lo que he dado ya noticia en la vida del capitán White.

Los piratas doblaron el Cabo de Buena Esperanza, se dirigieron a Johanna, donde descansaron, y tras hacer su viaje a las Indias Orientales perdieron su barco en Madagascar, como acabamos de contar (y no hace falta repetir aquí). Los demás detalles que no se han consignado en la vida de Bowen se encontrarán en las de sus compañeros: su asociación con el capitán Read, la retención de la presa, la entrada en Mayotta, y de aquí, el viaje en la presa a Madagascar; la asociación de este buque con el de Fourgette; la captura del *Speaker*; su sustitución en el mando por Booth, y su muerte en Mascareñas.

CAPÍTULO V
Del capitán Halsey y su tripulación

John Halsey procedía de Boston, Nueva Inglaterra, mandaba el bergantín *Charles*, y salió con una comisión del gobernador para cruzar por las costas de Terranova, donde apresó un bacaladero francés, al que mandó reunirse con él en Pyal; pero al no encontrar aquí a su presa, se dirigió a las Canarias, donde capturó un barcolongo español que saqueó y hundió; de allí fue a la isla de Bravo, una de las de Cabo Verde, donde se abasteció de leña y agua, dejó en tierra a su segundo, y el gobernador devolvió a bordo varios hombres que habían huido, dado que todavía estaba en vigor su comisión. De aquí se dirigió al sur, y después de doblar el Cabo de Buena Esperanza, puso rumbo a Madagascar y a la bahía de Augustin, donde cargó leña y agua, así como algunos marineros supervivientes del naufragio del buque indio *Degrave*, capitán Young al mando. Después puso rumbo al Mar Rojo, y topó con un holandés de 60 cañones que volvía de La Meca, al que acompañó durante una semana. Aunque había decidido hacerse pirata, su idea era robar sólo a los barcos moros, lo que dio lugar a una disputa entre él y sus hombres, éstos empeñados en que era un barco moro, y él sosteniendo con igual firmeza que era holandés y determinado por encima de todo a no interceptar ningún barco europeo. Los hombres eran partidarios de abordarlo, y al no poder vencer su obstinación, prendieron a Halsey y al artillero y los encerraron; y se disponían a abordar al holandés cuando uno de la tripulación se percató de que estaba a punto de sacar los cañones de la andana inferior, derribó de un empujón al cabo de brigadas (cuya tarea consiste en llevar el timón durante la caza y el combate, conforme a las normas piratas), dio toda la caña a barlovento y viró el bergantín; el holandés aguantó, mandó un disparo que dio en una colisa, la lanzó a popa, faltó poco para que chocase contra la rueda del timón, y destrozó el coronamiento. Los hombres, al darse cuenta de que iban a salir malparados, trataron de ponerse a salvo como fuera, y algunos incluso bajaron corriendo a refugiarse en el entrepuente; pero el cirujano los hizo subir otra vez pinchándolos con la espada, pese a que se había opuesto a este pretendido acto de piratería. Restituyeron al capitán y al artillero a sus puestos, tras haber comprobado su error, y seguidamente se dirigieron a las islas Nicobar, donde toparon con un barco del país llamado el *Buffalo*, mandado por el capitán inglés Buckley, procedente de Bengala, que capturaron tras breve combate. En él iban sólo tres europeos, el capitán y dos oficiales; el resto eran moros. Este barco se cruzó oportunamente en su camino, ya que se dirigía a Achen con mantequilla, arroz y ropa, y los piratas

andaban en esos momentos muy necesitados de provisiones y ropa. Se llevaron a los dos oficiales, pero dejaron fondeados al capitán y a los moros en Cara Nicobar, y emprendieron un crucero. El capitán Buckley, que estaba enfermo, murió antes de que regresaran. En el crucero toparon con el capitán Collins, en una balandra del país, que se dirigía así mismo a Achen: también llevaba dos oficiales con él, pero el resto de la compañía estaba compuesto por moros; se lo llevaron al mismo puerto donde habían dejado el *Buffalo*.

Aquí se suscitó una discusión entre los piratas: unos eran partidarios de volver a las Indias Occidentales y otros no porque no habían conseguido dinero, que era la razón de su busca; así que se separaron: una parte embarcó en el *Buffalo*, nombró capitán a un tal Rowe, y maestro de navegación a un francés llamado Myers que habían recogido en Madagascar. Arrancaron la cubierta de la balandra y con ella repararon el fondo del bergantín, que aún mandaba Halsey; el barco puso rumbo a Madagascar y el bergantín al estrecho de Malaca, para apostarse en la ruta de los barcos que iban a Manila. Debo decir que tanto suplicaron los dos oficiales del capitán Buckley (a los que pretendían obligar a unirse a ellos), que dejaron que se fueran en una canoa. En este estrecho toparon con un barco de construcción europea, de 26 cañones, al que no se atrevieron a atacar, escarmentados por el buque holandés. A continuación se dirigieron a la costa y fondearon; pocos días más tarde avistaron una nave que les pareció un junco chino, y salieron tras ella; pero cuando se hizo de noche, por más que el piloto les aseguró que era lo que suponían, se declararon convencidos de que se trataba de un holandés, y que no iban a correr riesgos; así que abandonaron la caza, pusieron proa a la costa y fondearon nuevamente al sur de la península; aquí permanecieron varios días, hasta que avistaron una nave de alta arboladura, salieron tras ella, y resultó ser el buque *Albemarle*, de las Indias Orientales, capitán Beavis, procedente de China; le dieron alcance, pero al encontrarlo demasiado vivo en responder en el intercambio de unos disparos, el bergantín trató de huir; entonces el *Albermarle* emprendió su persecución; pero lo dejaron atrás dado que eran más ligeros, y volvieron a fondear. Como sólo tenían 40 marineros, andaban escasos de agua, y no se atrevían a alejarse de la costa por miedo al holandés, celebraron consejo, y acordaron poner rumbo a Madagascar, tomar más hombres, descansar, y salir en pos de nuevas aventuras. Y conforme a esta resolución, zarparon hacia dicha isla; pero en el camino tocaron Mascareñas, donde, a cambio de un pequeño regalo al gobernador, se les abasteció de cuanto necesitaban. De aquí fueron a un lugar de Madagascar que los piratas llaman Punta de la Esperanza y los nativos Harangby, cerca de la isla de Sainte Marie, en la latitud de 17° 40' S, donde toparon con el *Buffalo* y el *Dorothy*, apresado por el capitán Thomas White y su compañía, unos 90 a 100 hombres, establecidos cerca de ese lugar en forma de pequeños dominios

independientes, algunos con 500, 600, y hasta 1.000 súbditos negros que acataban su soberanía. Aquí volvieron a reparar el bergantín, embarcaron provisiones y cuanto necesitaban, aumentaron su compañía hasta unos 100 hombres, y zarparon hacia el Mar Rojo; tocaron Johanna, donde cargaron cierta cantidad de cabras y cocos como provisiones frescas, y a los once días de salir de Johanna llegaron al estrecho de Bab el Mandeb. Y no hacía mucho que se hallaban cruzando cuando avistaron la flota mora que regresaba de La Meca y de Judda, formada por 25 velas, que los descubrió, y los habría apresado si no llega a ser por los remos, ya que había una calma chicha. No les habría parecido tan peligrosa si no llega a ser porque descubrieron que iba escoltada por buques de guerra portugueses. Unos días después de esto toparon con una nave de un solo palo, de las llamadas *ghurabs*, que regresaba de La Meca, a la que avistaron a un tiro de cañón en medio de una espesa niebla; le dispararon un cañonazo que le cortó las drizas, y a continuación se apoderaron de ella con los botes; iba cargada de especias, pero sólo le quitaron algunos artículos de primera necesidad y 2.000 dólares; y al informarlos de que en La Meca había fondeadas 4 naves inglesas, una de ellas procedente de Judda, la soltaron.

Tres días más tarde avistaron los 4 barcos, que al principio tomaron por arboladuras de Bab el Mandeb; por la noche se acercaron a ellos, y fueron en su compañía hasta el amanecer, con trompetas sonando sin parar en ambos bandos, ya que los piratas llevaban dos a bordo, lo mismo que los ingleses. Cuando clareó, los cuatro barcos adoptaron una formación en línea, porque habían saludado al pirata, y éste no había tenido empacho en responder «de los mares», como es costumbre entre ellos. El bergantín siguió cerca hasta que sacó los botalones. Al darse cuenta uno de los barcos, avisó al capitán Jago, que iba delantero en un barco de 24 cañones y 70 hombres, para que le diera caza, porque el pirata emprendía la huida; pero un oficial que conocía la manera de actuar de los piratas respondió que sería un error, y añadió que habían tenido días de calor, pero se temía que éste iba a ser achicharrante. Volvió el bergantín, y acercándose por popa, trincó el costado del *Rising Eagle*, de 16 cañones, que iba zaguero; aunque subieron a su bordo, el *Rising Eagle* se defendió con ardor 3 cuartos de hora, durante los que murió el primer oficial del capitán Chamberlain y varios más; y el sobrecargo, herido, saltó por la borda y se ahogó; entre tanto los demás barcos pidieron al capitán Jago que abordase al pirata; al arribar para pegarle el costado, el pirata le mandó un cañonazo que lo barrió de proa a popa, y decidió al capitán Jago a ponerse fuera de peligro; se alejó con todas las velas que pudo poner, aunque iba armado para proteger la costa de los piratas. Los demás siguieron su ejemplo, tomando cada uno un rumbo diferente; y de esta manera se adueñaron del *Rising Eagle*. No puedo por menos de consignar que el segundo oficial del *Rising Eagle*, después que se

pidiera cuartel, hizo fuego desde el castillo de proa y mató dos piratas, uno de los cuales era compañero del artillero, quien quiso vengar su muerte matando al oficial; pero varios irlandeses y escoceses, junto con un tal capitán White que había sido jefe de piratas en otro tiempo y ahora era un particular, se interpusieron y lo salvaron, atendiendo a que era irlandés. Interrogaron a los prisioneros para averiguar qué barco era el que regresaba de Judda, porque llevaba dinero a bordo; y al saber que era el *Essex*, le dieron caza, se situaron a su través, izaron la bandera sangrienta en lo alto del palo mayor, dispararon un cañonazo, y se rindió, a pesar de que el *Essex* estaba preparado para un abordaje, el bergantín no tenía más de 20 hombres, y la presa se hallaba tan a popa que apenas asomaba el mastelero de la raya del agua; en la caza de este barco adelantaron a los otros dos, que tenían en la mano las drizas de sus enseñas, prestos a arriarlas. Una vez rendido el barco, preguntó su capitán quién mandaba el bergantín; le contestaron que el capitán Halsey; a continuación preguntó quién era el cabo de brigadas, y le dijeron que Nathaniel North, y llamó a éste porque lo conocía bastante. Al saber North que era Punt, dijo: «Capitán Thomas Punt, siento mucho que haya caído en nuestras manos.» Lo trataron civilizadamente y no tocaron nada suyo ni de los caballeros ingleses que iban de pasajeros, aunque echaron mano a 40.000 libras en dinero que pertenecían al barco. Del *Rising Eagle* obtuvieron unas 10.000 libras en dinero. Soltaron el *Essex*, y con la otra presa y el bergantín pusieron rumbo a Madagascar, adonde llegaron, y se repartieron el botín. Algunos pasajeros que habían sido bien tratados llegaron después en un barco pequeño de la India (con licencia del gobernador de Madrás), llamado el *Greyhound*, cargado con artículos de primera necesidad con la esperanza de cambiarlos con los piratas por la mercería que habían cogido, y resarcirse de un modo fácil: fueron recibidos con toda amabilidad, se les pidió recibo de sus mercancías, se acordaron los trueques de artículos, y pagaron en dinero y balas de género. Entre tanto entró un barco de Escocia llamado el *Neptune*, 26 cañones, 54 hombres, capitán James Miller al mando, con el propósito de cargar esclavos y dirigirse después a Batavia para venderlos (llevaba a bordo un sobrecargo educado entre los holandeses), y de ahí a Malaca, para recoger el cargamento de un barco llamado el *Speedwell*, perdido cuando regresaba de China. Pero al encontrar aquí otro barco comerciando con los piratas, y como tenía muchos artículos de primera necesidad, coñac francés, vino de Madeira y cerveza inglesa, el capitán Miller juzgó preferible cambiarlos por dinero que por esclavos. Los mercaderes del *Greyhound,* irritados al ver que todos obtenían dinero menos ellos, porque los piratas nunca regateaban un precio, les dijeron que el mejor servicio que podían rendirle al gobernador de Madrás era apresar el *Neptune*, que además era un barco muy apropiado para su negocio; a lo que algunos escoceses e irlandeses respondieron que no iban a hacer nada de eso, porque en caso de que a la compañía se le ocurriera algo así, lo más seguro era que

apresase los dos barcos. Poco después sobrevino un huracán que obligó al *Neptune* a cortar todos sus mástiles, y hundió los tres barcos de los piratas que constituían la flota entera de éstos. Al quedarse ahora sin barcos, y sin dinero por haberlo perdido en el juego, pensaron en el *Neptune*. Samuel Burgess, primer oficial de este barco, que tenía inquina al capitán, se unió secretamente a los piratas (entre los que murió), y bajó a tierra los palos pequeños y las vergas; y al pedírseles a los piratas que buscasen troncos adecuados para hacer mástiles, regresaron diciendo al capitán Miller que habían encontrado algunos que podían servir, y le pidieron hombres para bajarlos a la playa; así lo hizo el capitán (que no recelaba ningún peligro), con lo que fueron capturados él y sus hombres, y el bote retenido en tierra. Seguidamente obligaron al capitán a llamar al segundo oficial, y después al artillero. El oficial, que era hermano del capitán, fue; pero el artillero sospechó algo y se negó a bajar. Al atardecer subió Burgess a bordo y aconsejó la rendición del barco; pero, aunque eran sólo dieciséis los que quedaban a bordo, sintieron escrúpulos y propusieron ir a buscar los mástiles y vergas bajo la cobertura de sus propios cañones, y con ellos hacerse a la mar. Pero el primer oficial Burgess, cuya traición ignoraban aún, los convenció de que renunciasen a un barco que no podían defender ni navegar en él; lo que causó no poca satisfacción a los mercaderes del *Greyhound*, que estaban muy lejos de sospechar que no tardarían en recibir el mismo trato: y efectivamente, dos días después los piratas tripularon la lancha del *Neptune*, se apoderaron del *Greyhound*, se llevaron todo el dinero que habían pagado, trasladaron del *Neptune* al *Greyhound* diez bocoyes de vino de Madeira y dos toneles de coñac, embarcaron en él al capitán, al segundo oficial, al contramaestre y al artillero del *Neptune*, con unos 14 de sus marineros, y les ordenaron zarpar. Al resto de la tripulación del *Neptune*, como eran jóvenes, y más aptos para sus fines, los retuvieron; aunque muchos de ellos sufrieron trastornos y murieron a causa del exceso de alcohol. En cuanto al capitán Halsey, contrajo unas fiebres mientras aparejaban el barco escocés y murió a consecuencia de ellas. Lo enterraron con gran solemnidad y ceremonia; leyeron sobre sus restos las oraciones de la Iglesia de Inglaterra, con una bandera tremolando; depositaron su espada y su pistola en el ataúd, y lo cubrieron con el pabellón del barco; se dispararon tantos cañonazos espaciados como años tenía, o sea 46, más tres descargas inglesas y una francesa con armas de mano. Fue una persona valiente, cortés con todos los prisioneros, querido mientras vivió y al morir llorado por sus hombres. Cavaron su sepultura en un huerto de sandías, que cercaron con estacas para impedir que la escarbaran los puercos salvajes, que son abundantes en esas regiones.

RS. Después de la muerte de Halsey, el *Neptune* (capturado como acabo de explicar) estuvo un año presto para zarpar; pero sobrevino un huracán y lo hundió;

y éste fue el último barco del que tomó posesión esta banda de piratas.

CAPÍTULO VI

Del capitán Thomas White y su tripulación

Nació en Plymouth, donde su madre tenía una taberna; ésta se preocupó mucho de darle educación, y cuando fue mayor, puesto que sentía inclinación por la mar, le procuró la carta de permiso de aprendizaje. Después de servir unos años en un buque de guerra se marchó a Barbados, donde se casó, entró en la marina mercante, y decidió establecerse en la isla. Obtuvo el mando del bergantín *Marygold*, en el que hizo dos viajes provechosos a Guinea con regreso a Barbados; en el tercero tuvo la desgracia de ser apresado por un pirata francés, lo mismo que varios otros barcos ingleses, cuyos patrones y oficiales fueron retenidos, ya que el francés andaba necesitado de gente que entendiera de navegación.

Se quedaron con el bergantín de White para su propio uso y hundieron la nave en la que habían navegado hasta ahora; pero al topar en la costa de Guinea con un barco más apto para sus fines, se apoderaron de él y quemaron el bergantín.

No pretendo hablar aquí de este pirata francés, más allá de lo que me obliga la historia del capitán White; pero permítaseme señalar que trató bárbaramente a los prisioneros ingleses, utilizándolos como blancos o dianas de tiro; varios de ellos murieron así, a sangre fría, a manera de diversión.

White fue escogido para el sacrificio por uno de estos malvados que, por alguna razón que ignoro, había jurado darle muerte; muerte de la que escapó de la siguiente manera: uno de la tripulación que tenía amistad con White conocía las intenciones de este individuo de matarlo durante la noche, así que a fin de salvarlo le aconsejó que se acostase entre él y el costado del barco, lo que efectivamente hizo; y lo salvó, pero a costa de su propia vida, porque recibió el disparo del homicida, que lo tomó por White.

Después de cruzar un tiempo a lo largo de la costa, los piratas doblaron el Cabo de Buena Esperanza y se dirigieron a Madagascar, donde, borrachos y desapoderados, estrellaron el barco en el extremo sur de la isla, en un lugar que los nativos llaman Elexa, región gobernada por un rey llamado Mafaly.

Al chocar el barco, el capitán White, el capitán Boreman (nacido en la isla de Wight, y que había ido en otro tiempo de segundo en un buque de guerra, aunque

en el momento de caer en manos de los piratas estaba ya en la marina mercante), el capitán Bowen y algunos otros prisioneros, cogieron una lancha, y con remos rotos y duelas de barril que encontraron en el fondo del bote, salieron bogando hacia la bahía de Augustin, a unas 14 o 15 leguas del lugar del naufragio, donde desembarcaron, y fueron cortésmente recibidos por el rey de Bavaw (nombre de esa parte de la isla), que hablaba buen inglés.

Aquí vivieron un año y medio a expensas del rey, que les dio comida más que suficiente, como solía hacer con todos los blancos a los que alguna desgracia arrojaba a su costa; pero su humanidad no se limitaba a proporcionarles comida, sino que a la primera nave europea que entraba, fuera de la naturaleza que fuese, la obligaba siempre a llevarse a los desdichados; porque no tenía idea de que hubiese ninguna diferencia entre piratas y mercaderes.

A la conclusión del tiempo que he dicho entró un bergantín pirata, y el rey los obligó a embarcar en él, si no querían irse por tierra a alguna otra parte, cosa a la que no se atrevían; por lo que de los dos males escogieron el menor: embarcar en la nave pirata, mandada por un tal William Read, que los acogió de muy buen grado.

Este comandante navegó a lo largo de la costa apresando a cuantos europeos encontraba. Dado que el número de sus hombres no pasaba de cuarenta, le habría gustado incorporar algunos de los náufragos franceses, si no hubiese sido por la ferocidad demostrada con los prisioneros ingleses. De todas maneras fue imposible; porque los franceses, que habían empezado a tratar de manera inhumana a los nativos para intentar someterlos, fueron atacados por éstos, que mataron a la mitad, y redujeron la otra mitad a la esclavitud.

Read, con esta banda, y un bergantín de 60 toneladas, puso rumbo al Golfo Pérsico, donde toparon con un *ghurab* (embarcación de un palo) de unas 200 toneladas, que capturó.

No encontraron a bordo otra cosa que mercancía embalada, la mayor parte de la cual arrojaron por la borda buscando oro, y para hacer sitio en la nave. Pero como supieron después, tiraron al mar lo que tan codiciosamente perseguían, porque en una de las balas que arrojaron iba una considerable cantidad de oro escondido.

En este crucero cayó enfermo y murió el capitán Read; le sucedió un tal James. Dado que el bergantín era pequeño, y estaba desvencijado y podrido, se

dirigieron a la isla de Mayotta, le quitaron los palos y adaptaron el *ghurab*, convirtiéndolo en barco. Aquí cargaron buena cantidad de provisiones frescas, dado que son muy abundantes en esta isla, y muy baratas; y encontraron un bote de doce remos perteneciente al buque indo-oriental *Rubi*, que había naufragado en esa latitud.

Aquí permanecieron toda la época del monzón, que dura unos seis meses; después decidieron ir a Madagascar. Cuando estaban ya cerca de tierra vieron aparecer una vela por el este de la isla; se dieron caza unos a otros, de suerte que no tardaron en encontrarse. Se saludaron, y ambos recibieron la misma respuesta del otro: «De los mares»; y prosiguieron juntos.

Esta nave era un pequeño barco francés, anteriormente mandado por un tal Fourgette, que había salido de la Martinica cargado con licor para cambiarlo a los piratas por esclavos en Ambonavoula, en la costa este de la isla, latitud 17° 30'; y había sido apresado de la siguiente manera:

Los piratas, encabezados por George Booth, que mandaba el barco, subieron a bordo (como habían hecho a menudo) en número de diez, con dinero, pretextando que querían comprar cosas que necesitaban (este Booth había sido antes artillero de un barco pirata llamado el *Dolphin*). El capitán Fourgette, muy prevenido, los registró conforme subían, y al primero en pisar la cubierta, un holandés, le encontró un par de pistolas. El capitán le dijo que era un ladrón, y que subía a su barco con malos propósitos. Los piratas fingieron enojarse tanto ante el atrevimiento de este compañero, de haber ido armado, que amenazaron con darle una golpe en la cabeza, arrojarlo al bote sin contemplaciones y mandarlo a tierra, aunque antes habían jurado sobre la Biblia apoderarse del barco o morir en el intento.

Registraron a todos; sin embargo, lograron pasar a bordo 4 pistolas, que fueron las únicas armas con las que contaron para llevar a cabo la empresa, pese a que Fourgette tenía 20 hombres, y las armas del armero preparadas.

El capitán los invitó a cenar en la cámara, pero Booth prefirió hacerlo con el contramaestre y demás oficiales de mar; aunque un tal Johnson, Isaac y otro habían bajado a tierra.

Booth debía dar la señal, que era *Hurra*. Simulando orinar por encima de la regala, puso la mano en el armero y, como era muy ágil, se arrojó sobre él de un salto, sacó las armas, disparó su pistola sobre los hombres, hiriendo a uno de ellos

(que cayó por la borda y desapareció), y dio la señal.

He dicho que había tres en la cámara, y siete en cubierta; éstos, con cabillas y las armas que cogieron, redujeron a la tripulación del barco. El capitán y sus dos oficiales, que estaban cenando en la cámara, al oír el pistoletazo, se abalanzaron sobre Johnson y lo ensartaron en varios lugares con los tenedores, pero como eran de plata no le causaron gran daño. Fourgette sacó su pistola y trató de dispararla varias veces sobre el pecho de Isaac; pero le falló el arma y no pudo matarlo. Finalmente, al ver que era inútil toda resistencia, se rindió, y los piratas lo desembarcaron, junto con los hombres que no quisieron unírseles, permitiéndole llevarse sus libros, papeles y cuanto declaró que le pertenecía; y además de tratarlo humanamente, le dieron varios toneles de licor, con armas y pólvora, para que comprase provisiones en el país.

Espero que se me excuse esta digresión, en cierto modo necesaria; y prosigo: Tras ser acogidos por la compañía del *Dolphin*, que estaba en la isla, y aumentar por este medio su tripulación al número de 80 hombres, se dirigieron a la de Sainte Marie, donde el barco del capitán Misson estaba fondeado, entre la isla y tierra firme: este caballero y toda la compañía de su barco habían sido aniquilados por instigación de Ort Van Tyle, un holandés de Nueva York.

En su viaje a Mathelage (como he dicho) toparon con el pirata, a cuyo bordo iba el capitán White; se unieron, fondearon juntos en el citado río, y habían limpiado, salado y almacenado provisiones y se disponían a zarpar, cuando hizo aparición un barco de alta arboladura que enfiló hacia el mismo río.

Los piratas no sabían si se trataba de un mercante o de un buque de guerra. Había sido lo segundo y pertenecido al rey francés, y podía montar 50 cañones; pero tras ser apresado por los ingleses, y comprado por unos mercaderes londinenses, había zarpado de dicho puerto para cargar esclavos en Madagascar y venderlos en Jamaica. El capitán era un joven inexperto al que habían puesto un asesor.

Los piratas mandaron sus botes para hablar con él; pero el barco abrió fuego contra ellos, por lo que supusieron que era un buque de guerra, y bogaron hacia la orilla. Pero se descuidaron los dos piratas, y encallaron: el *ghurab*, que iba hacia tierra, y no aguantaba el viento tan bien como el barco de construcción francesa, dio contra un grupo de mangles, donde un tocón le perforó el fondo y se hundió; el otro embarrancó, largó el ancla, y no sufrió daño porque lo apartó la corriente de la marea.

No se enorgulleció poco el capitán del *Speaker* (que así se llamaba el barco que había asustado a los piratas) de haber hecho encallar las dos embarcaciones, aunque no sabía si eran piratas o mercantes, y no pudo por menos de decirse a sí mismo en voz alta: «Dios, cómo sonará mi nombre en la lonja cuando se sepa que he hecho embarrancar a dos piratas»; lo que dio pie a la réplica sarcástica de uno de sus hombres cuando fue apresado después: «¡Dios, cómo sonará el nombre de nuestro capitán en la lonja, cuando se sepa que hizo encallar dos barcos piratas, y fue apresado después por dos botes!»

Cuando el *Speaker* llegó a distancia de tiro disparó varios cañonazos a las dos naves, y varios más a tierra al dar fondo, lo que alarmó a los negros, que conocían a su rey y sabían que no consentiría ningún comercio; hasta que los piratas que estaban en la costa, y habían tramado apoderarse de su barco, intercedieron en favor de él, diciendo al rey que eran compatriotas suyos, que lo que había ocurrido había sido por error, ya que era costumbre entre ellos disparar cañonazos a manera de saludo, y sin duda era inadvertencia del artillero del barco haberlo hecho en esa dirección.

El capitán del *Speaker* mandó a tierra a su sobrecargo para que fuese al rey, que vivía a 24 millas de la costa, a llevarle el presente de un par de armas blancas con incrustaciones de oro, dos trabucos de bronce y dos pistolas, y solicitase trato.

Tan pronto como el sobrecargo llegó a tierra lo apresó un tal Tom Collins, galés, natural de Pembroke, que vivía en la costa y había pertenecido al *Charming Mary* de Barbados, nave que había salido con una comisión pero se había convertido en pirata. Le dijo al sobrecargo que se diese preso, y que iba a responder del daño hecho a dos mercantes que estaban cargando esclavos.

El sobrecargo respondió que él no era el comandante, que el capitán era un joven atolondrado y fogoso, al que sus amigos habían metido en un negocio que no entendía, pero que se les daría alguna satisfacción.

Collins se lo llevó al barco de Booth, donde al principio se le habló en términos muy duros; aunque poco después se le trató muy cortésmente, y a la mañana siguiente fue enviado al rey con un guía, e hizo las paces con él, como ya he dicho.

El rey accedió a negociar, y mandó a su vez los habituales regalos, un par de bueyes, entre veinte y treinta hombres cargados con arroz, y otros tantos con un licor del país que llaman *toke*.

El capitán estableció entonces la factoría en la playa, y empezó a comprar esclavos y provisiones. Los piratas se mezclaron con ellos, y tuvieron ocasión de sondear a los hombres y enterarse de la posición en que se hallaba fondeado el barco. Por un tal Hugh Man, de la tripulación del *Speaker*, averiguaron que sólo había cuarenta hombres a bordo, y que antes de entrar en este puerto habían perdido en la costa al segundo oficial y 20 hombres en la lancha, pero que mantenían una estrecha vigilancia y tenían los cañones dispuestos y cargados; sin embargo, él, por cien libras, se prestó a mojar la pólvora y ayudarles a tomar el barco.

Unos días más tarde bajó a tierra el capitán del *Speaker*, y fue recibido con grandes muestras de cortesía por los cabecillas de los piratas, que previamente habían acordado tomar cumplida satisfacción; un día o dos después, lo invitaron a comer asado de cerdo, y él aceptó la invitación.

Al terminar de comer el capitán Bowen, que como he dicho era prisionero del pirata francés pero ahora se había convertido en uno más de la cofradía y patrón del *ghurab*, salió, volvió con dos pistolas en la mano, y dijo al capitán del *Speaker,* cuyo nombre no quiero dar, que se diese preso; preguntó él por qué motivo, y Bowen le contestó que porque necesitaban un barco, el suyo estaba bien, y habían decidido quedárselo para compensar el daño que les había causado.

Entre tanto, otros piratas dijeron a la tripulación de su bote y al resto de los que habían desembarcado, que estaban bebiendo con ellos, que se tuviesen presos también; algunos contestaron: «¡Bah!, qué importa quiénes son los jefes; venga otro tazón de vino.»

En el *Speaker* se había establecido una contraseña, con orden de no admitir ningún bote a bordo; la contraseña para esa noche era *Coventry*, pero los piratas la sabían: y a las ocho en punto tripularon con veinticuatro hombres el bote de doce remos que habían encontrado en Mayotta, y se dirigieron al barco.

Cuando salían, el capitán del *Speaker* les dijo que volviesen, que quería hablar con ellos. El capitán Booth le preguntó qué quería. Dijo que no podrían apresar nunca su barco. «Entonces, —dijo Booth—, moriremos a su costado.» Pero el capitán replicó: «Si queréis hacerlo sin peligro, no lo abordéis por la banda de babor, porque hay un cañón en el castillo de proa cargado de chatarra que arrasará la cubierta.» Le dieron las gracias y prosiguieron.

Cuando estaban cerca del barco, les dieron el alto, y ellos contestaron

Coventry. «Está bien —dijo el oficial—, subid por las luces del costado.» Pero al descubrir un segundo bote, preguntó qué bote era ése. Alguien contestó que una almadía con agua, y otro que un bote cargado con carne. Este desacuerdo en las respuestas hizo sospechar al oficial, que gritó: «¡Piratas, a las armas muchachos!»; e inmediatamente aplicó una mecha encendida a un cañón que, al tener la pólvora mojada por la traición de Hugh Man, chisporroteó y se apagó; lo abordaron al instante, y se apoderaron de él sin pérdida de hombres por ningún bando.

Al día siguiente cargaron algunas provisiones en el barco de construcción francesa, se lo dieron al capitán del Speakery a los hombres que querían seguir con él, entre los que estaba Man, el que lo había traicionado, porque los piratas le pagaron las cien libras convenidas y guardaron el secreto. Perdido el barco de esta manera, el capitán zarpó con el que le dieron los piratas rumbo a Johanna, donde enfermó y murió de pesar.

Tras aprovisionarse aquí de vituallas, los piratas se dirigieron a la bahía de Saint Augustin, donde incorporaron entre 70 y 80 hombres que habían pertenecido al *Alexander*, mandado por un pirata llamado capitán James; también se llevaron sus cañones y armaron con 54 el *Speaker*, cuya tripulación sumó ahora 240 hombres, además de los esclavos, que eran unos 20.

De aquí, zarparon para las Indias Orientales, pero tocaron Zanguebar para tomar provisiones frescas; aquí los portugueses habían tenido al principio un asentamiento, aunque ahora estaba habitado por árabes; algunos bajaron a tierra con el capitán a comprar provisiones. El capitán fue llamado por el gobernador, y acudió acompañado de 14 hombres; cruzaron la guardia, y cuando entraron en la casa del gobernador fueron pasados a cuchillo; al mismo tiempo, otros que estaban en diversas casas del pueblo fueron atacados, lo que les hizo huir a la playa; tenían la lancha fondeada con un rezón, e inmediatamente los que se habían quedado cuidándola la acercaron: no eran más de media docena los piratas que portaban armas, pero las manejaron tan bien desde la lancha que la mayoría pudieron embarcar; el cabo de brigadas llegó corriendo espada en mano, y aunque lo atacaron muchos, se desenvolvió con gran destreza, saltó a una pequeña canoa, la apartó de tierra y logró llegar a la lancha.

Entre tanto, el pequeño fuerte de los árabes abrió fuego sobre el barco, y éste le devolvió el saludo muy calurosamente. En resumen, llegaron a bordo, con la pérdida del capitán Booth y veinte hombres, y de esta manera pusieron rumbo a las Indias Orientales.

Ya en alta mar, acordaron celebrar una votación para nombrar un nuevo capitán, y la elección recayó en el cabo de brigadas que tan bien se había portado en la última escaramuza con los árabes. Pero tras declinar él todo mando, la tripulación nombró capitán a Bowen, eligió a Pickering para sustituir a Bowen en el puesto de maestro, a Samuel Herault, francés, para cabo de brigadas, y a Nathaniel North para ayudante del capitán.

Arregladas así las cosas, llegaron a la entrada del Mar Rojo, donde toparon con trece barcos moros, a los que siguieron la mayor parte del día, aunque sin atreverse a atacarlos, dado que los tomaron por buques de guerra portugueses. Finalmente, una parte de la tripulación se inclinó por el abordaje, y lo comunicaron al capitán; y éste, aunque habló poco, no se mostró partidario de esta acción, porque era novato como pirata, si bien era un veterano capitán de barco mercante.

Los que reclamaban el abordaje pidieron que tomase el mando el capitán Boreman, ya citado; pero éste dijo que de ninguna manera usurparía el mando, que nadie había más apropiado para él que quien lo tenía, y que por su parte cogería un fusil; y se dirigió al castillo de proa talmente como si hubiese asumido el mando, dispuesto para el abordaje. A lo cual el ayudante del capitán dijo que si ellos estaban dispuestos a entablar combate, su capitán (al que representaba) no carecía de resolución; por tanto, les ordenaba que sacasen los ganchos (porque ya tenían un barco cerca) y se preparasen para el abordaje. Así lo hicieron puntualmente, y llegándose al barco de más a popa, le mandaron una andanada que mató dos moros, le trincaron la borda y se lo llevaron. Pero dado que ya oscurecía, hicieron sólo esta presa, con la que salieron a 500 libras cada hombre.

De aquí se dirigieron a la costa de Malabar. He consignado ya las aventuras de estos piratas en dicha costa en la vida del capitán Bowen, a la que remito al lector. Sólo diré aquí que el capitán White fue todo este tiempo marinero de cubierta, como hombre forzado desde el principio que era.

Al dispersarse la tripulación de Bowen, el capitán White fue a Mathelage, donde vivió en tierra con el rey, y no tuvo ocasión de abandonar la isla hasta que entró otro barco pirata, llamado el *Prosperous*, mandado por un tal Thomas Howard (al que había criado un lanchonero del Támesis); este barco fue apresado en Augustin por unos piratas de la costa y la tripulación de su propia lancha, que se unió a ellos, por instigación de un tal Ranten, segundo contramaestre, al que habían enviado por agua. Subieron a bordo de noche y lo tomaron por sorpresa, aunque no sin alguna resistencia, en la que murieron el capitán y el primer oficial, y fueron heridos varios otros, cuyos detalles se pueden leer en la vida de Howard.

Al ver el capitán White que los que estaban en tierra con él habían resuelto apoderarse de este barco, decidió ir también, antes que quedarse solo con los nativos, con la esperanza de que de una u otra manera se le presentase la ocasión de volver a casa. Siguió en este barco, en el que fue nombrado cabo de brigadas, hasta que toparon con Bowen y embarcaron todos con él, como se ha dicho en su vida, en cuyo barco siguió después de que Bowen lo dejase, como veremos en el apéndice. En Port Dauphin fue en el bote a recoger a algunos de la tripulación que habían quedado en tierra, porque el viento había abatido el barco mar afuera la noche anterior. White supuso que al no poder entrar se había dirigido a la costa oeste de la isla como habían acordado, y siguió ese rumbo en el bote con 26 hombres. Entraron en Augustin a esperar allí el barco, pero transcurrida una semana, como no aparecía, el rey les ordenó que se fueran, diciéndoles que lo habían engañado con mentiras, y que no creía que hubiese ningún barco. Sin embargo, les dio provisiones frescas. Cargaron agua y salieron para Mathelage. Aquí, como el capitán White era conocido del rey, fueron muy cortésmente recibidos, y estuvieron unas dos semanas esperando el barco, pero al no aparecer aprestaron el bote, salaron las provisiones que les dio el rey, cargaron agua y se dirigieron al extremo norte de la isla con idea de doblarlo, pensando que el barco podía estar en la isla de Sainte Marie. Cuando llegaron al extremo norte, la corriente, que lleva dirección NW durante ocho meses al año, era tan fuerte que les fue imposible doblarlo. Así que entraron en uno de los muchos abrigos que hay para naves pequeñas. Aquí estuvieron de unas tres semanas a un mes, cuando una parte de la tripulación sugirió quemar el bote y dirigirse por tierra a un rey negro que conocían llamado Reberimbo, que vivía en una plaza llamada Manangaromasigh, en la latitud de 15° más o menos. Como este rey había recibido varias veces ayuda de los blancos en sus guerras, era muy amigo de ellos. El capitán White los disuadió de esta empresa y, con mucho trabajo, salvó el bote; pero la mitad de los hombres se decidió a ir por tierra, de manera que tomaron las provisiones que juzgaron necesarias y emprendieron la marcha. El capitán White, con los que se quedaron con él, les dio escolta durante un día; después regresó, embarcó con sus compañeros y volvió a Mathelage, no fuera que volviesen, se impusieran al resto de los hombres y quemaran el bote.

Aquí construyó una cubierta al bote y permaneció tres meses, intervalo en el que llegaron en un bote tres piratas, que habían sido enrolados con engaño en los buques de guerra *Severn* y *Scarborough*, que andaban buscando piratas por la costa oriental. Habían escapado de estos barcos, al llegar a Mohilla, en una pequeña canoa; se habían dirigido a Johanna, y de Johanna a Mayotta, donde el rey les construyó el bote en el que ahora llegaban a Mathelage. Terminado el periodo de la violenta corriente noroeste, prosiguieron juntos en la chalupa de White (después

de quemar el bote de Mayotta) hacia el extremo norte, donde la corriente era aún demasiado fuerte para doblar el cabo, por lo que entraron en puerto y esperaron un mes, alimentándose de pescado y puercos salvajes, de los que había gran abundancia. Por fin, aprovechando un intervalo de bonanza, y que la fuerza de la corriente había disminuido, doblaron el extremo norte, y después de navegar unas cuarenta millas por la costa este, entraron en un puerto donde hallaron un trozo de chaqueta que había pertenecido a uno de los hombres que los habían abandonado para seguir tierra adentro; se trataba de un hombre forzado, que había sido el carpintero del barco. Supusieron que se había arrancado dicho trozo para vendarse los pies, ya que esa parte era inhóspita y rocosa. Durante su navegación por esta costa anclaron cada noche en puertos abrigados, hasta que llegaron a Manangaromasigh, donde residía el rey Reberimbo; y entraron para preguntar por los hombres que habían dejado en el extremo norte, y abastecerse de provisiones. Les dieron las provisiones, pero no pudieron darles noticia ninguna de sus compañeros.

De aquí se dirigieron a la isla de Sainte Marie, donde les llegó una canoa con una carta dirigida a cualquier hombre blanco. Se trataba de uno de sus antiguos compañeros de barco. El objeto de esta carta era aconsejarles que estuviesen alerta y no se fiasen demasiado de los negros de este lugar, ya que los habían traicionado. Preguntaron sobre el barco, y fueron informados de que la compañía lo había entregado a los moros, quienes se habían ido con él, y que ellos se habían establecido en Ambonavoula, unas veinte leguas al sur de Sainte Marie, donde vivían entre los negros como príncipes soberanos.

Uno de los negros que habían traído la carta subió al bote y los llevó al lugar llamado Olumbah, punta de tierra formada por un río a un lado y la mar al otro, donde doce de los establecidos vivían en una gran casa que se habían hecho, y fortificado con unas veinte piezas de artillería.

El resto se había instalado río arriba y a lo largo de la costa en pequeñas compañías de doce a catorce hombres más o menos, según su nación: ingleses, franceses, holandeses, *etc.* Preguntaron a sus consortes sobre las partes de las presas que les correspondían, y lo encontraron todo muy justamente guardado para serles entregado, si alguna vez regresaban, así como lo que pertenecía a los hombres que se habían adentrado en tierra. Deseoso el capitán White de regresar a casa, propuso volver al bote, porque era contrario a asentarse con ellos; muchos accedieron a ir bajo su mando, y si no encontraban barco alguno que los llevase a Europa, proseguir su vieja vocación. Pero a los otros no les pareció bien que se quedase sin más con el bote, y pidieron que se pusiese en venta para beneficio de

la compañía. Por tanto, se hizo el trato, lo compró el capitán White por cuatrocientas piezas de a ocho, y con algunos de sus viejos consortes, cuyo número aumentó con otros de la tripulación del barco, regresó por la misma dirección en que había ido, a Mathelage; aquí topó con un barco francés de unas cincuenta toneladas y seis cañones; había sido apresado por unos piratas que vivían en Matitanana, en la costa este de la isla, y algunos de la tripulación del barco indo-oriental *Degrave*, cuyo patrón les había negado el pasaje a Europa porque había sido pirata y cabo de brigadas con Bowen en el *Speaker*, y temía que le quitasen su barco, ya que estaban en guerra Inglaterra y Francia, y pensaba que podían hacerlo sin que por ello se les tuviese por piratas. Los piratas implicados en el apresamiento del *Herault* (que así se llamaba) se habían adentrado en el país, y lo habían dejado a los hombres del *Degrave*, que lo repararon, limpiaron y ensebaron, y embarcaron provisiones con el propósito de dirigirse a las Indias Orientales, y ver si podían dar con algún barco que los llevase de regreso a su propio país.

Al encontrarse el capitán White con estos hombres, les propuso unirse a él y pasar por Ambonavoula para completar una compañía, a lo que accedieron, y le eligieron comandante por unanimidad. Así que se hicieron a la mar, pusieron rumbo al extremo sur de la isla y tocaron Mascareñas, donde embarcaron un cirujano; zarparon de nuevo hacia Madagascar, entraron en Ambonavoula, y completaron los 60 hombres. De aquí pusieron rumbo a la isla de Mayotta, donde limpiaron el barco y esperaron la época apropiada para entrar en el Mar Rojo; y tras embarcar provisiones, con tiempo favorable y el barco bien preparado, pusieron rumbo a Bab el Mandeb, y se metieron en un puerto a esperar el paso de los barcos que iban a La Meca.

Aquí capturó dos *ghurabs* cargados con provisiones, una pequeña cantidad de dinero y especias; los despojó de cuanto era de utilidad para él, los retuvo dos semanas, y después los soltó. Poco más tarde avistaron un barco de alta arboladura, y fueron por él; pero al ver que era de construcción europea, y demasiado fuerte para atacarlo (era un buque holandés), abandonaron la caza, se alegraron de perderla de vista, y regresaron a su refugio. Imaginando que aquí podían ser descubiertos desde la costa de Arabia, o que los *ghurabs* habrían dado ya noticia de ellos, salieron hacia la costa de Etiopía, manteniéndose alerta por si avistaban barcos de La Meca.

Al cabo de unos días toparon con un gran barco, de unas 1.000 toneladas y 600 hombres, llamado el *Malabar*, fueron tras él, lo escoltaron toda la noche y lo apresaron por la mañana, con la pérdida del contramaestre tan sólo, y dos o tres hombres heridos. En el apresamiento de este barco quedó tan dañado el de ellos,

con el trinquete rendido, roto el bauprés y destrozada parte de la cubierta, que consideraron que ya no les servía; de manera que pasaron a él a los prisioneros, les dieron provisiones y los soltaron.

Unos días después de esto avistaron un buque de guerra portugués de 44 cañones al que dieron caza, pero desistieron al rendírseles el mastelero mayor, por lo que no llegaron a hablar con él, ya que los portugueses no parecieron reparar en ellos.

A los cuatro días de perder este buque de guerra avistaron un mercante portugués, al que dieron caza con los colores ingleses. Los perseguidos, que tomaron a White por un buque de guerra inglés o indo-oriental, no hicieron nada por huir de él, sino que le mandaron su bote con un presente de dulces para el capitán *inglés*; los piratas apresaron a la tripulación del bote, saltaron a dicho bote armados, subieron a bordo y dispararon sobre los portugueses que, sorprendidos, preguntaron si había estallado la guerra entre Inglaterra y Portugal. Les contestaron que sí, aunque el capitán no los creyó. Sin embargo, cogieron lo que quisieron y se lo llevaron.

Dos días más tarde toparon con el *Dorothy*, barco inglés, capitán Penruddock al mando, procedente de La Meca. Intercambiaron varios disparos en la caza; pero cuando lograron arrimar el costado entraron en él sin encontrar resistencia, y descubrieron que iba tripulado por moros, sin más europeos a bordo que los oficiales. Tras una votación, dieron al capitán Penruddock (al que cogieron una considerable cantidad de dinero) el barco portugués con su cargamento, y cuantas balas quiso llevarse, y lo soltaron para que hiciera con él lo que quisiese. En cuanto al barco inglés, se lo quedaron para su propio uso.

No mucho después expoliaron el *Malabar*, al que quitaron tanto dinero que tocaron a 200 libras esterlinas cada uno, aunque perdieron 50.000 chequines que iban escondidos en una cántara debajo del establo, que llevaban con el fin de sacar leche para el sobrecargo moro, que era un anciano. A continuación pusieron a los prisioneros portugueses y moros a bordo del *Malabar* y los soltaron. Al día siguiente de soltarlos cayó en sus manos un tal capitán Benjamín Stacy, en un queche de seis cañones; le quitaron el dinero que llevaba, y las mercancías y provisiones que necesitaban. Entre el dinero había 500 dólares, un cubilete y dos cucharas de plata pertenecientes a un par de niños que iban a bordo bajo el cuidado de Stacy. Los niños lloraron su pérdida; y al preguntar el capitán la razón de estas lágrimas, le contestó Stacy que ese dinero y esa plata era cuanto tenían los niños para su educación.

El capitán White habló a sus hombres, y les dijo que era una crueldad robar a criaturas inocentes; tras lo cual, por unánime acuerdo, devolvieron lo de ellos; además, celebraron una asamblea, e hicieron un presente al piloto de Stacy, y a otros oficiales inferiores, y dieron unos 120 dólares a los niños; a continuación dejaron en libertad a Stacy y su tripulación, y emprendieron camino del Mar Rojo.

Entraron en la bahía de Defarr, donde encontraron un queche fondeado, a cuya gente apresaron, apoderándose del patrón y tripulación del bote que había ido a tierra. Hallaron a bordo a un caballero francés, un tal monsieur Berger, al que se llevaron, le quitaron unos 2.000 dólares, y cambiaron el queche por provisiones al jefe de los desembarcados.

De aquí fueron a Madagascar, pero tocaron Mascareñas, donde desembarcaron varios con su botín, unas 1.200 libras cada hombre. Tras cargar aquí provisiones frescas, White puso rumbo a Madagascar, y llegaron a Hopeful Point, donde se repartieron las mercancías, y establecieron un asentamiento; White levantó una casa, compró ganado, quitó la cubierta superior a su barco y se dispuso a repararlo para la siguiente estación. Cuando ya lo tenía casi listo para zarpar, entró el capitán John Halsey, que había hecho un viaje accidentado, con un bergantín, y como esta nave era más adecuada para el viaje, desistieron de seguir trabajando en la reparación de la suya, y los que tenían propósito de emprender nuevas aventuras embarcaron con Halsey, entre ellos el capitán White, que embarcó como hombre de cubierta.

A su regreso a Madagascar, White cayó enfermo de una fluxión que en cinco o seis meses acabó con él; al ver que se le iba la vida, hizo testamento, dejó varios legados y nombró a tres hombres de diferentes naciones tutores de un hijo que había tenido con una mujer del país, pidiendo que lo enviasen a Inglaterra, con el dinero que le dejaba, en el primer barco inglés, para que fuera educado en la religión cristiana, con la esperanza de que fuese mejor que su padre. Lo enterraron con la misma ceremonia utilizada en los funerales de sus compañeros, tal como digo en el relato de Halsey. Unos años más tarde hizo escala allí un barco inglés, y los tutores cumplieron fielmente lo que se les había confiado, poniéndolo a bordo con el capitán, que educó al niño con afecto, y veló por él hasta que se hizo un hombre de provecho y honor.

CAPÍTULO VII

Del capitán Thomas Howard y su tripulación

Hemos dicho en otra vida (en la de White) que fue lanchonero del Támesis, y que su padre era de este oficio y tenía fama de muy honrado. Al morir su padre, se volvió manirroto, y dilapidó no sólo lo que le había quedado como hijo, sino lo asignado a la viuda, madre de nuestro aventurero, cuyo afecto la llevó a ponerlo todo en manos del hijo, y a continuación se quedó en la calle, porque éste vendió la casa sin la menor consideración. Después de arruinarse a sí mismo y a su madre, sus amigos, que temían que sus malas inclinaciones los involucrasen en algún escándalo, le convencieron de que se dedicase a la mar, y le procuraron un viaje a Jamaica a bordo de un mercante. En esta isla huyó de su barco, se asoció con unos facinerosos, robaron una canoa y huyeron a Gran Caimán para asociarse con otros de su calaña que acechaban por allí con intención de ir a la cuenta, o sea piratear. Encontraron a los que buscaban, formaron una compañía de veinte hombres, se apoderaron por sorpresa de una balandra tortuguera y salieron en busca de botín.

Las primeras presas que hicieron fueron sólo tortugueros, que no obstante aumentaron el número de su tripulación, unos porque quisieron unirse a ellos, y otros forzados, ante la amenaza de dejarlos en algún cayo deshabitado.

Cuando llevaban ya cierto tiempo cruzando toparon con un bergantín irlandés con provisiones y esclavos, y cambiaron el barco con su patrón: le dieron provisiones suficientes para llegar a Jamaica y dejaron que se fuesen con él cinco hombres; al resto (salvo los esclavos, que se quedaron voluntariamente con los piratas) los forzaron a ir con ellos.

Poco tiempo después tomaron por sorpresa una balandra que había estado comerciando en la costa española. Como tenía seis cañones, y era una nave idónea para sus correrías, la cambiaron por el bergantín; incorporaron varios hombres de la balandra, unos voluntarios y otros forzados.

Después de esta captura pusieron rumbo a la costa de Virginia y por el camino toparon con un gran bergantín de Nueva Inglaterra cargado con provisiones que se dirigía a Barbados. Lo apresaron, pasaron sus propios cañones a él, y dejaron marchar a su patrón en la balandra, después de forzar a algunos del bergantín a unirse a ellos. Ahora tenían una nave de 10 cañones y una tripulación de 80 hombres, con un tal James de capitán, y Howard de cabo de brigadas.

Durante el tiempo que estuvieron recorriendo la costa de Virginia apresaron varios barcos de Inglaterra, de los que cogieron hombres, licor, provisiones, ropa y cuanto les apeteció, o les pareció necesario. Estos barcos llevaban penados a bordo que eran deportados, de los que se les unieron bastantes voluntarios, además de los forzados, de manera que llegaron a formar un gran contingente de hombres. Entre los barcos de Virginia caídos en sus manos hubo uno que resultó presa fácil: una preciosa galera armada con 24 cañones que les proporcionó gran cantidad de voluntarios, ya que transportaba numerosos malhechores y esclavos. Cambiaron el bergantín por este barco, y poco después hizo aparición el buque de guerra que patrullaba esta costa, por lo que consideraron prudente marcharse.

De la costa de Virginia fueron a la de Guinea, donde apresaron multitud de barcos de diversas naciones, a todos los cuales despojaron de cuanto creyeron oportuno; estos barcos tuvieron que admitir el mismo número de hombres que el que los piratas forzó a quedarse con ellos, a los que dejaron ir tras mucha insistencia.

Llevaban ya unos meses en esta costa, cuando avistaron un gran barco portugués de tres cubiertas procedente de Brasil, armado con 36 cañones. Le dieron caza y lo abordaron: el capitán no quiso ofrecer ninguna resistencia, pero el primer oficial, un inglés llamado Rutland, considerando que era una vergüenza rendirse con semejante barco, decidió defenderlo, a lo que el capitán portugués accedió, aunque poniéndose fuera de peligro. Rutland, que había sido patrón de un bergantín inglés al que otra banda de piratas apresó en la misma costa, presentó batalla casi toda la mañana; pero como los portugueses habían huido de la cubierta y sólo tenía el apoyo de treinta hombres, ingleses, holandeses y franceses todos ellos, se vio obligado a pedir cuartel, y se lo dieron. Cuando los piratas subieron a bordo, preguntaron a Rutland si era el comandante. Contestó que no. Entonces preguntaron por él, y al ser informado de que debía de estar en alguna parte de la bodega, lo buscaron, y lo encontraron escondido en la santabárbara, de donde lo sacaron de mala manera, y lo azotaron en cubierta por su cobardía. Rutland y los que lucharon en el barco fueron forzados a ir con ellos, y dado que ahora eran 180 hombres, cambiaron la galera por el barco portugués, lo llevaron a la costa, le quitaron la cubierta superior y lo hicieron bastante más bajo y ajustado, rebajando parte de la borda. A esta presa la llamaron el *Alexander*.

En este barco navegaron costa abajo e hicieron varias presas, algunas de las cuales soltaron, dejando en ellas a algunos de los forzados que les suplicaron que les diesen la libertad; otras las hundieron y otras las quemaron; pero forzaron a embarcar con ellos a carpinteros, calafates, armeros, cirujanos y músicos. En su

viaje a cabo López, adonde se dirigieron para limpiar, encontraron fondeado un gran barco de Bristol que había perdido muchísimos hombres por enfermedad, y tenía ahora muy pocos sanos a bordo, que al verlos embarcaron en el bote e intentaron llegar a tierra; pero se lo impidieron los piratas. Aquí cambiaron algunos forzados más, y pensaron cambiar también el barco; pero al inspeccionarlo descubrieron que el de Bristol era demasiado viejo para sus fines, de manera que cogieron de él cuanto les pareció que podía serles útil y lo dejaron fondeado. Este barco pertenecía a un tal señor Godly, de Bristol.

No toparon con nada más en su viaje a cabo López, donde limpiaron, cargaron leña y agua, y zarparon otra vez.

Al dejar cabo López avistaron un barco inglés, le dieron alcance y lo atacaron; el mercante opuso una defensa tenaz, y al ver la intención de abordarlo se aprestó para el combate cuerpo a cuerpo. Howard y siete u ocho más saltaron, pero el contramaestre del pirata no aseguró la trinca y cayeron a popa, dejando a bordo del mercante a estos hombres, que al verse en peligro subieron a un bote que la caza llevaba a popa, cortaron la boza, y pudieron llegar al *Alexander,* el cual, al ser un barco considerablemente más grande, y de mucho más calado, encalló en un bajío por el que el mercante logró pasar, y escapar por esta feliz coincidencia.

Esto obligó a los piratas a tirar el agua y arrojar la leña para aligerar el barco, por lo que tuvieron que regresar a Cabo López a aprovisionarse de nuevo. Después de cargar leña y agua por segunda vez, avistaron y apresaron dos bergantines portugueses, desembarcaron a sus hombres en tierra, los quemaron y pusieron rumbo al Cabo de Buena Esperanza, lo doblaron, y enfilaron hacia Madagascar, donde, hacia el norte, y a unas cuarenta millas de la bahía de Augustin, y cerca de un islote, metieron el barco en un arrecife, donde quedó fuertemente encallado. Dado que el capitán se hallaba a la sazón enfermo en cama, los hombres desembarcaron en una pequeña isla cercana, con gran cantidad de provisiones y agua para aligerar el barco, quedando sólo en él el capitán, el cabo de brigadas y unos once más.

El cabo de brigadas (que era Howard), con los otros, cogió el tesoro, lo embarcó en los botes y huyó a Madagascar. El capitán, al no oír a nadie en cubierta, se las arregló para salir de su cámara, y al verlos alejarse disparó sobre ellos los dos cañones de mira, lo que alertó (inútilmente) a los de tierra. Éstos, como había bajado la marea y el barco estaba en seco, pudieron regresar a él andando desde la isla. De haber tenido botes para sacar el ancla habrían podido salvarlo; pero al haberse quedado sin ellos tuvieron que desembarcarlo todo,

durante la pleamar, sobre almadías. Como el barco se encontraba en sitio tranquilo, tuvieron posibilidad de desguazarlo, y construir una embarcación con sus despojos. Dado que la mayoría de la tripulación eran ingleses y holandeses, se unieron, y obligaron a unos treinta y seis portugueses y franceses a embarcar en una almadía (porque consideraban que eran demasiados para las provisiones en la actual situación), probar suerte con la brisa marina, y ver si alcanzaban la isla de Madagascar, a unas tres leguas de distancia. Entre tanto, terminaron ellos una embarcación de sesenta toneladas; pero el día designado para botarla hizo aparición un bergantín pirata, que los tomó a bordo.

Howard y sus consortes navegaron a lo largo de la costa oeste de la isla con el propósito de dar la vuelta por el extremo norte y dirigirse a Sainte Marie; pero encontraron la corriente demasiado fuerte para navegar en contra, y tuvieron que permanecer allí unos catorce días; en ese tiempo avistaron tres buques de alto porte, que eran de guerra, mandados por el comodoro Littleton (a saber: el *Anglesea*, el *Hastings* y el *Lizard)*, que acababan de llevar un perdón a la isla de Sainte Marie, al que se acogieron muchos piratas. Y Howard y los suyos, creyendo que podían ser también piratas, hicieron una hoguera que atrajo los botes a la costa; pero al ver que eran buques de guerra, juzgaron prudente esconderse, por lo que, al no encontrar nada, ni a nadie, regresaron a sus barcos y prosiguieron viaje.

Aquí tenían abundante pesca y puercos salvajes, que podían cazar en el bosque. Un día en que Howard se hallaba ausente cazando aprovecharon sus camaradas para irse: doblaron el extremo norte, y dejaron al señor Howard que se las arreglase por sí mismo.

A unas veinticuatro o veinticinco leguas del cabo, entraron en un precioso puerto de la costa este, no frecuentado, y hasta entonces muy poco conocido de los barcos europeos. Aquí fueron recibidos generosamente, agasajados y abastecidos de carne fresca y cuanto necesitaban, por el rey de esa comarca, llamado Mushmango, al que una guerra había expulsado de Augustin, y después de atravesar el centro de la región había establecido allí su colonia. Cuando los botes estuvieron ya avituallados, y mientras Johnson (que había asumido el mando después de abandonar a Howard) estaba en tierra con otros tres, el resto se fue con los botes y el botín, y emprendió viaje hacia el sur, costeando, con el propósito de llegar a Sainte Marie, y entrando cada noche en algún puerto o fondeadero, cuando tenían viento contrario.

Johnson fue al rey y le dijo que el bote y las mercancías eran de su propiedad; a lo cual el rey recorrió la costa con un grupo de hombres, y halló el

bote fondeado y a todos dormidos, salvo el que montaba guardia; le disparó a éste con el trabuco y lo mató; el estampido de la pieza despertó a los demás, que echaron a correr tierra adentro. A continuación regresó el rey, dio cuenta a Johnson de su expedición, y le proporcionó una canoa, calabazas de agua dulce, provisiones y lanzas, para que pudiese perseguir a su gente.

Johnson fue bordeando la costa hasta que llegó a la isla de Sainte Marie, donde se enteró de que sus camaradas fugitivos habían ido a establecerse a Ambonavoula, poblado nativo del río de Manansallang; así que dejó su canoa, embarcó en una de un nativo, y éste le llevó hasta sus compañeros.

Hacía unos meses que vivía aquí cuando Fourgette, ya mencionado en la vida de White, entró con su barco procedente de la Martinica; con esta nave se dirigieron a la costa oeste, y fondearon en una isla llamada Anquawla, a 30 leguas del lugar donde habían dejado a Howard.

Unos súbditos del rey de Anquawla que conocían al capitán Howard, lo llevaron allí, y al ver éste el barco fondeado cerca de la orilla, dio voces pidiendo que se llegasen a recogerlo, cosa que hicieron, y se unió al resto de la tripulación.

Aquí huyeron dos muchachos; y los piratas pidieron al rey que se los devolviesen. Pero al negarse el rey, desembarcaron al clarear el día, entraron por sorpresa en el poblado y se llevaron a doce de sus concubinas, a las que retuvieron a bordo hasta que les fueron entregados los muchachos, que eran negros. Entonces las devolvieron. De este barco Howard pasó al Speaker, donde siguió embarcado hasta que naufragó en Mauricio; entonces regresó a Madagascar y se estableció en Augustin, donde permaneció hasta que entró el *Prosperous*, barco de 36 cañones mandado por el capitán Hilliard, del que se apoderaron Howard y unos cuantos piratas más (con la ayuda del contramaestre y otros de la propia tripulación del barco). En la toma de este barco murieron el capitán y el primer oficial, y quedaron heridos varios otros. La compañía entonces nombró capitán a Howard.

Se unieron a ellos varios de la tripulación; doblaron el extremo sur, pasaron a la costa oriental, y llegaron a la costa de Matitanana, donde encontraron a algunos de la compañía del Speaker, y los tomaron a bordo, con lo que el número de la compañía ascendió a 70.

De aquí zarparon hacia la isla de Sainte Marie, donde carenaron, limpiaron, cargaron agua, leña y tomaron algunos hombres más; aquí recibieron invitación de un tal Ort Van Tyle, que vivía en territorio de Madagascar, para asistir al bautizo

de dos de sus hijos: fueron cortésmente recibidos y agasajados por este hombre; pero al enterarse ellos de que este Ort Van Tyle había asesinado a varios piratas, en venganza, aunque no tenían completa seguridad del hecho, lo prendieron, saquearon su casa y arrojaron al río o quemaron las cosas que no pudieron cargar en una canoa que también le pertenecía. Pensaban llevárselo a bordo y colgarlo de un penol, pero uno de los piratas le ayudó a escapar, y se internó en el bosque, donde, con algunos de sus negros, se apostó junto a la orilla del río, al acecho de la canoa y la almadía de Howard. Además de los artículos de este holandés que habían embarcado, se llevaban varias mujeres y niños que le pertenecían, y algunos blancos que tenía bajo su protección. Los piratas pusieron a las mujeres a los remos, y la canoa volcó en la barra. Ort Van Tyle abrió fuego sobre los hombres, e hirió a uno en un brazo y a otro en un muslo, cogió prisioneros a ambos, y los retuvo; el resto de los hombres desembarcaron en la orilla sur del río y huyeron; las mujeres corrieron en dirección norte, y regresaron a casa. Cuando bajó la almadía, el holandés disparó e hirió al capitán en un brazo, pero éste consiguió llegar a bordo, donde le curaron. Después de esto, zarpó el *Prosperous* para Mathelage, donde cargó vituallas, con idea de dirigirse después a las Indias Orientales. Mientras estaban aquí, entró un gran barco holandés, bien tripulado y con 40 cañones. El *Prosperous* no era lo bastante fuerte para atacarlo. El holandés, también, temeroso de que le estropearan el negocio, no quiso meterse con el capitán Howard, aunque se cruzaron palabras muy fuertes; y el holandés lo amenazó con abordarlo si no se iba, lo que Howard consideró prudente hacer, y zarpó hacia Mayotta.

Al poco tiempo de marcharse el *Prosperous* entró el capitán Bowen en el barco escocés (el *Speedy Return*), fondeó de proa al holandés, a un tiro de pistola. Lo saludó con once cañonazos, con munición y todo, y el otro correspondió con quince de la misma manera, con redoble de tambores y toques de trompetas por ambas partes. El holandés, sin embargo, estaba sorprendido y receloso; saludó con megáfono al pirata y éste contestó: «De los mares»; a continuación el holandés pidió que mandasen su bote a bordo, cosa que hicieron, yendo el cabo de brigadas, que le dijo que el capitán no tenía ninguna mala intención contra él, sino que iba contra los moros, y que habían entrado por provisiones El holandés contestó que no encontrarían aquí, y que era mejor que se fuesen. Sin embargo, el cabo de brigadas bajó a tierra (donde el holandés había montado su factoría y tenía algunas mercancías), mató tres bueyes de otros tantos disparos, y mandó a los nativos que le ayudasen a descuartizarlos. Al ver el holandés la amistad entre los nativos y los piratas, y el barco de Bowen lleno de hombres, juzgó prudente escabullirse durante la noche, y abandonar la mercancía que tenía en la playa.

Unos días después de apoderarse de la mercancía zarpó Bowen y se dirigió a Mayotta, donde se reunió con el Prosperous, y esperaron juntos la época de ir a las Indias Orientales. Tras llevar aquí un tiempo, como ya les escaseaba la provisión de sal, regresaron a Madagascar a abastecerse; Bowen se dirigió a Saint Augustin y Howard (en cuyo barco iba preso el capitán Wooley, como se dice en la vida de Bowen) a Mathelage, con el acuerdo de reunirse en la isla de Saint John, a la espera de la flota mora, donde, tras algunas decepciones, encontraron y avistaron dicha flota, uno de cuyos barcos fue apresado por Bowen; en cambio el *Prosperous*, como era lento, no consiguió llegar a ella hasta que fondeó en la barra de Surat, donde esperaron que amaneciera. Los moros, al ver pocos hombres a bordo (Howard les había mandado ocultarse), y no imaginando que unos piratas se atrevieran a acercarse, lo tomaron por un buque indo-oriental inglés. Howard trincó la borda del más grande, pero éste le presentó un vivo combate, en el que le mató unos 30 hombres. Finalmente, los piratas obligaron al capitán Wooley, que hablaba la lengua de los moros, a subir a bordo y ofrecerles cuartel, cosa que aceptaron. En esta presa iba un noble del Gran Mogol que acababa de estar en Yidda comprando caballos para su señor. La presa les proporcionó un gran botín, aunque sólo dieron con parte del dinero que iba a bordo. Pensaron llevársela a Madagascar, pero como se le había rendido el bauprés en el abordaje, y había perdido los palos, la dejaron a la deriva, y embarrancó en Daman, perteneciente a los portugueses.

De aquí pusieron rumbo a la costa de Malabar, donde encontraron a Bowen a bordo de su presa, que montaba 56 cañones. Aquí se suscitó una disputa, como se mencionará en el apéndice de la vida de Bowen: embarcaron ambas tripulaciones a bordo de Bowen, hundieron el *Prosperous* y quemaron el barco escocés, llamado el *Speedy Return*. De aquí fueron bordeando la costa de la India, y Howard, con unos 20 más, desembarcó con lo que tenían, y se retiró a vivir entre los nativos, donde se casó con una mujer del país, y como era individuo duro de genio y mal encarado, y la trataba muy mal, fue asesinado por sus parientes.

CAPÍTULO VIII
Del capitán David Williams y su tripulación

Este hombre nació en Gales, de padres muy pobres que le educaron para el arado y sacar a las ovejas, únicos trabajos de los que tenía alguna idea hasta que se dedicó a la mar. Nunca se le tuvo, entre los piratas, por hombre de cualidades naturales, quizá a causa de su analfabetismo; porque al carecer de instrucción, entendía tan poco de navegación, quitando lo que compete a un marinero de cubierta, como de historia, en la que estaba tan versado como en filosofía natural. Era de genio áspero, desabrido e intratable, muy colérico y propenso a tomar como afrenta lo que un hombre valeroso y más instruido habría pasado por alto. Pero no era cruel, ni se hizo pirata por inclinación mala o avariciosa, sino por necesidad; y podemos decir que, aunque no fue hombre forzado, no pudo evitar del todo la clase de vida en la que cayó.

Cuando se hizo todo un mozo quiso ver mundo y buscar fortuna, como dicen los jóvenes del campo cuando creen conveniente alejarse de la sujeción de los padres; y con esta fantasía en la cabeza se fue a Chester, donde fue acogido, y embarcó en un buque costero, hasta que se familiarizó con la jarcia, aprendió a hacer nudos, costuras y demás trabajos propios de un marinero; después, se marchó a Londres, embarcó en el buque indio *Mary*, con destino a Bengala y Madrás, viaje que hizo de ida, y no fue culpa suya que no volviera en el mismo barco; porque en el regreso, como empezaba a escasear el agua, pusieron proa a Madagascar, y llegaron a la costa este, en la latitud de 20° más o menos. El capitán mandó tripular la lancha y la envió a tierra para que buscase agua; pero como había mucho oleaje, la lancha tuvo que echar el rezón a cierta distancia de la playa; y David Williams y otro, que eran buenos nadadores, se desnudaron y fueron a tierra a nado en busca de agua. Cuando estaban en la playa, refrescó el viento que soplaba de lleno sobre la isla, y el oleaje se hizo demasiado alto para salvarlo; la lancha, tras esperar algún tiempo, viendo que no había posibilidad de recoger a estos hombres, cobró el rezón y regresó al barco, que zarpó y se dirigió a la bahía de Saint Augustin, donde cargó agua y prosiguió viaje.

De esta manera fueron abandonados nuestro pobre galés y su compañero en una isla totalmente desconocida para ellos, sin ropa ni comida, y sin otro medio de subsistencia que lo que los árboles podían ofrecerles. Vagaron algún tiempo a lo largo de la costa, hasta que los encontraron los nativos y se los llevaron al interior, donde los trataron humanamente, y les proporcionaron lo necesario para subsistir;

aunque esto no fue suficiente para que su compañero superase la melancolía; porque le había afectado tanto que lo abandonaran, que en muy poco tiempo languideció y murió.

Algún tiempo más tarde, el príncipe de la región que acogió a Williams tuvo una disputa con un rey vecino que derivó en guerra. Williams tomó partido por su protector; pero el enemigo, superior en número, obtuvo la victoria y cogió multitud de prisioneros, entre los que estaba nuestro infortunado galés. El rey del que cayó prisionero lo trató muy amablemente, y le regaló un viejo mosquete que poseía, diciendo que era mejor que tales armas permanecieran en manos de los blancos que en las de sus súbditos, que no estaban acostumbrados a ellas; que sería su amigo y compañero, y lo trataría tan bien como se trataba a sí mismo si le ayudaba en sus guerras.

No estará de más que diga aquí que esta isla, en la costa este, está dividida en multitud de principados o reinos que guerrean casi continuamente entre sí. Los motivos suelen ser triviales, porque sus príncipes siempre están dispuestos a pelear con su vecino, sobre todo si tiene bastante ganado (en lo que consiste su riqueza, unto con los esclavos), en cuanto ven la más ligera ocasión de poderlo saquear; y si pierde una batalla o dos hace la paz entregando cierto número de bueyes y esclavos, como le exige el príncipe vencedor. En la parte oeste, los principados están sometidos en su mayoría a un único príncipe que reside en Mathelage, y que, como hemos dicho en las vidas de otros piratas, es muy amigo de los blancos; porque su padre, que había fundado su imperio con ayuda de los europeos, había recomendado a su hijo que los ayudase en cuantas necesidades pudieran tener y les hiciese todos los favores; y si desobedecía este mandato, y alguna vez se enemistaba con los blancos, o derramaba la sangre de alguno, lo amenazó con volver, expulsarlo de su reino, y dárselo a su hermano menor. Esta amenaza tuvo gran efecto en él porque creía firmemente que, si desobedecía, su padre la cumpliría; porque no hay en el mundo una raza de hombres más supersticiosa.

Pero volviendo a Williams, vivió con gran tranquilidad con este príncipe, cuya estima se granjeó (porque la necesidad le había enseñado a ser amable). Pasado un tiempo, le llegó información a su nuevo patrono de que su vecino enemigo había formado una gran alianza para emprender una guerra contra él; así que decidió tomar la iniciativa, invadir los países de los aliados y saquear los más próximos, antes de que pudiesen unir sus fuerzas. Puso en pie un ejército y marchó hacia el sur. Ante la noticia de su avance, los habitantes abandonaron los pequeños poblados y mandaron mensajeros a sus aliados, quienes reunieron un considerable

contingente, dejándole que invadiese gran cantidad de territorio sin molestarlo. Recibidos al fin los refuerzos, aprovecharon la ocasión, se lanzaron sobre él cuando sus hombres estaban cansados y el ejército cargado con el botín, y consiguieron una señalada victoria. El rey tuvo suerte de escapar, pero Williams cayó prisionero por segunda vez.

Fue conducido ante el vencedor, y éste (que había tenido ocasión de observar su valentía, porque Williams había matado a gran cantidad de enemigos con su arma de fuego, y se había portado muy esforzadamente, defendiéndose con el regatón del mosquete durante algún tiempo, cuando lo rodearon) le cogió la mano y le dijo que él sólo hacía la guerra a sus enemigos, y que no tenía por tales a los blancos, sino que se alegraría de tener su amistad.

Aquí Williams fue tratado con más respeto aún que con su último patrono, y vivió con este príncipe algunos años. Pero en una de las guerras fue vencido después de una empeñada batalla en la que tuvo a Williams por compañero; en la persecución, al ver el pobre galés que no podía huir, dejó el mosquete al pie de un árbol, trepó a él, y capituló: ahora tuvo un miedo horrible de que lo descuartizaran, ya que había matado y herido numerosos enemigos. Sin embargo, le prometieron darle cuartel, y cumplieron la palabra.

El rey de Matitanana, que fue el que lo acogió, lo trató igual que los otros, y lo llevó siempre consigo a las guerras, en las que la fortuna fue más propicia, porque los grupos que Williams mandaba vencían siempre a los mejores de sus enemigos, y nunca regresaba si no era con un gran botín de ganado y esclavos; porque todos los prisioneros que capturaban lo eran hasta que se redimían; aunque estos prisioneros solían ser en su mayoría mujeres y niños, ya que raramente daban cuartel a nadie.

La fama de su valentía éxito se extendió por toda la región, y su solo nombre era tan terrible que la mera mención de que iba él a la cabeza de cualquier grupo significaba vencer a los enemigos sin entablar batalla.

Cuando esto llegó a oídos de Dempaino, un poderoso príncipe que vivía a doscientas millas y tenía a varios reyezuelos tributarios, mandó un embajador para pedir al hombre blanco; pero su patrono, que no tenía intención de desprenderse de él, negó que tuviese ningún hombre blanco, y que al que llamaban así era en realidad un nativo de la comarca. Para que el lector comprenda mejor este pasaje, debo informarle de que hay una raza a la que ellos llaman hombres blancos, que se había asentado en Madagascar en tiempos inmemoriales, era descendiente de los

árabes; al mezclarse con los negros, dio lugar a una raza de mulatos que no se diferenciaban en nada, en cuanto a manera de vida, de los nativos.

Pero sigamos: el embajador pidió ver a este hombre; se presentó Williams ante él, y como era muy moreno habría podido pasar por lo que pretendían si hubiese estado al corriente, ya que hablaba bastante bien esa lengua, o si no lo hubiera interrogado el embajador, quien, tras examinarlo un rato, le preguntó de qué país era, y si era cierto que había nacido en Madagascar. Williams contestó que era inglés, que lo habían dejado abandonado en esa tierra, y le relató las circunstancias que he descrito, añadiendo que llevaba cinco años en la isla.

El embajador dijo entonces al rey que debía llevarse al hombre blanco con él, ya que ésa era la orden de su amo el gran Dempaino, que era señor de casi todos los reyes de la región donde residía, y que era peligroso desobedecer las órdenes de tan gran monarca.

El rey contestó que los que eran súbditos de Dempaino debían obedecer sus mandatos, pero que él no reconocía la autoridad de nadie, y por tanto no acataría leyes de otros. Y con esta respuesta despidió al embajador, quien al regresar comunicó a su señor estas mismas palabras, añadiendo que las había dicho en tono altanero. Dempaino, que no estaba acostumbrado a que se discutieran sus mandatos, ordenó a uno de sus generales que fuese con seis mil hombres a pedir al hombre blanco, y en caso de negativa le declarase la guerra, y le enviase noticia de ello, que él acudiría en persona con un ejército a reforzar su contingente.

Esta orden fue ejecutada con la mayor presteza y sigilo, de manera que sitiaron el poblado antes de que nadie advirtiese la presencia de enemigo alguno. Entonces el general dijo al reyezuelo que podía elegir entre tener paz o guerra con su señor, y que todo dependía de que le entregase al hombre blanco o no.

Sorprendido así el rey, en contra de su deseo, tuvo que entregar a Williams al general, que regresó con él a Dempaino sin cometer ningún acto hostil, aunque amenazó con sitiar el pueblo y pasar a cuchillo a todas las mujeres y niños si el rey de Matitanana no pagaba los gastos de esta expedición para llevarse al hombre blanco, y que tasó en 100 esclavos y 500 cabezas de ganado. El rey objetó que era una condición dura y una imposición injusta, pero no tuvo más remedio que aceptarla.

Casi paso por alto un detalle bastante notable, y es que el rey de Matitanana envió a Williams al general sin asistentes, lo que hizo que éste preguntase si el

hombre blanco era esclavo. El rey contestó que no lo había tratado como tal. «Pues a mí me parece que sí —dijo el general—, porque lo envías sin ninguna escolta.» Al oír esta reprimenda, el reyezuelo mandó a Williams el presente de un esclavo.

Dempaino lo recibió con mucho agasajo, mandó que lo vistieran hermosamente a la usanza del país, le dio esclavos para que lo atendiesen, y todo cuanto se juzgó necesario y conveniente. Así, pues, el rey Dempaino se había tomado la molestia de mandar 6.000 hombres, digamos, sin otra finalidad que la de demostrar el gran valor y estima que sentía por los europeos. Con este príncipe estuvo Williams hasta la llegada de un barco, que fue unos años después de dejar Matitanana, en que la galera *Bedford*, pirata, mandada por Achen Jones, galés, se acercó a la costa, y admitió a Williams a bordo. De aquí se dirigieron a Augustin, y al anclar junto a la costa, lo desfondaron por descuido, y lo perdieron. La tripulación vivió aquí hasta la llegada del *Pelican*, otro buque pirata, citado en la vida de North; algunos embarcaron en este barco, y fueron a las Indias Orientales. William pasó de este barco a la fragata *Mocha*, pirata, mandada por el capitán Culliford, e hizo un viaje; después, regresaron a Sainte Marie y se repartieron el botín apresado en el Mar Rojo. No voy a consignar aquí los detalles de esta última expedición, ya que me propongo escribir la vida del capitán Culliford, a la que pertenecen más propiamente.

Algunos de la tripulación que eran de las Indias Occidentales regresaron a casa en cuanto tuvieron ocasión; pero Williams permaneció aquí hasta que llegó y lo tomó el capitán Pourgette, como ya he contado: fue uno de los que capturaron el *Speaker* (ya he relatado de qué manera en la vida de White), hizo un viaje en él, y regresó a Matitanana, como digo en la vida de North. Al verlo el rey, le preguntó qué regalo pensaba hacerle por su anterior benevolencia con él. Williams contestó que ya le había pagado sobradamente el príncipe del que lo había tomado, y él mismo con sus propios servicios; respuesta que irritó de tal manera a su majestad Matitanana que le ordenó abandonar el país, y a partir de ese momento no pudo resistir su presencia.

Aquí embarcó en el *Prosperous*, capitán Howard, que fue a Sainte Marie, y de aquí viajó al interior, como contamos en la vida de este pirata, y fue uno de los hombres que quedaron atrás cuando intentaron llevarse a Ort van Tyle. Este holandés lo hizo trabajar duramente plantando patatas, etc., en desquite por el destrozo y ruina que la tripulación del *Prosperous* había causado en sus plantaciones. Aquí estuvo en calidad de esclavo durante seis meses, hasta que se le presentó (y aprovechó) una ocasión de escapar, dejando a su compañero Tho. Collins, que se había roto el brazo cuando los capturó el holandés.

Tras escapar de un amo severo y vengativo fue a parar a manos de un príncipe negro, llamado Rebaiharang, con el que vivió medio año; de aquí se fue con un tal John Pro, otro holandés, que tenía un pequeño asentamiento en la costa, hasta que llegó un buque de guerra, mandado por el comodoro Richards, que detuvo a Pro y a su invitado Williams, y los encadenó (a bordo del *Severn*) y condujo a Johanna. Allí el capitán del *Severn* se prestó por 2.000 dólares a ir contra los mohillianos, expedición en la que murieron varios de la tripulación del buque de guerra, y escaparon los dos piratas en una pequeña canoa a Mohilla, y se ocultaron durante un tiempo en el bosque, donde encontraron provisiones, y después regresaron a Johanna. Aquí repusieron fuerzas y se dirigieron a Mayotta, una isla de dieciocho leguas de largo. El rey de esta isla les construyó un bote y les dio provisiones y cuantas cosas necesarias le pidieron; salieron hacia Madagascar, y en Mathelage, en la latitud de 16° 40′ más o menos, se unieron como he dicho al capitán White.

En este punto estuvieron viviendo unos 3 meses; después quemaron el bote, embarcaron con White, doblaron el extremo norte y llegaron a Ambonavoula; aquí permaneció Williams hasta que el capitán White trajo el barco *Hopewell*, en el que embarcó como hombre de cubierta, e hizo un viaje al Mar Rojo, en cuyo trayecto fue nombrado cabo de brigadas. Al regreso hicieron escala en Mascareñas para cargar provisiones, lo que aprovechó casi la mitad de la compañía para dejar el barco y establecerse.

De Mascareñas zarparon hacia Punta Hopewell (que algunos llaman Hopeful), Madagascar, donde se repartieron el producto de sus saqueos y se establecieron.

Doce meses después entró el bergantín *Charles*, capitán Halsey, como se ha dicho en su vida. Williams embarcó en él e hizo un viaje; a su regreso entraron en Matitanana, vivieron en tierra, y ayudaron al rey en una guerra contra su hermano que acabó con la muerte de éste; fondeó entonces un pirata en Ambonavoula, mandó su lancha a Manangaro, a diez leguas de Maritanana, y embarcaron en ella Williams y los demás; y a los tres meses fue elegido capitán de un barco escocés (el *Neptune*), como hemos consignado en la vida de Halsey.

En este barco trabajó con gran seriedad, e hizo trabajar con dureza a los prisioneros escoceses, en los preparativos para un viaje; y ya estaba el barco casi listo para zarpar, cuando un huracán lo arrastró a la costa, donde se estrelló.

Un tiempo después inició la construcción de una balandra (que terminó), en

la que él y diez de sus hombres se proponían llegar a Mascareñas; pero se equivocaron de isla, bordearon la costa de Madagascar, hasta una plaza llamada Mathelage, fondearon allí y se quedaron un año. Pero cansado el rey de su genio desabrido, que le hacía chocar con todo el mundo, le ordenó que se fuese; así que aparejó la embarcación y se hizo a la mar, con pensamiento de doblar el extremo norte de la isla. Pero al ser el viento ESE, y la corriente NO, regresó a un puerto llamado el Boyne, a unas diez leguas de Mathelage, situado en los dominios del mismo rey que le había expulsado. El gobernador de esta plaza descendía de árabes, y aquí era donde los árabes traficaban.

Una vez que fondearon, bajaron a tierra él y tres hombres (no tenía más que 5), transportados en canoa por dos negros. David Eaton y William Dawson, dos de los hombres, pidieron un guía que los condujese hasta el poblado del rey. El gobernador les mandó uno, pero al mismo tiempo ordenó tenderles una emboscada en el camino, y les dieron muerte. Cuando Williams y Meyeurs, un francés, que también habían bajado a tierra en la canoa, salieron del Boyne se dirigieron a comprar *samsams*, que son cuentas de ágata. Y mientras estaban examinando esta mercancía los rodeó un grupo de hombres del gobernador, los apresaron, despacharon allí mismo a Meyeurs, ataron a Williams, y lo estuvieron torturando casi un día entero, arrojándole cenizas ardiendo sobre la cabeza y la cara, y haciendo que los niños le golpeasen con palos. Williams ofreció al gobernador 2.000 dólares por su vida, pero éste contestó que tenía las dos cosas, su vida y su dinero, y cuando estaba a punto de expirar lo remataron con sus lanzas.

Tras este bárbaro asesinato, el gobernador decidió apoderarse de la balandra, a bordo de la cual sólo quedaban dos hombres blancos, seis muchachos negros y algunas esclavas del mismo color. Sin embargo, pensó que era mejor utilizar una estratagema, así que cargó una cabra y algunas calabazas de toke en la canoa de Williams, con doce negros armados, y la envió a sorprenderlos con los negros de la balandra a los remos. Cuando la canoa estuvo muy cerca de la nave, llamaron a voces, y preguntaron si los dejaban subir. Uno de los hombres preguntó a los negros de Williams dónde estaba el capitán. Le contestaron que bebiendo toke con el gobernador, y que les enviaba provisiones y toke. Una joven negra aconsejó al hombre blanco, llamado William Noakes, que no los dejase subir, porque como había cuatro hombres blancos en tierra, y ninguno de ellos había aparecido, recelaba alguna traición. Sin embargo, ante la respuesta que le había dado el de la canoa, decidió admitirlos, y dando una patada a la joven, dijo: «Maldita seas, ¿por qué no vamos a tener provisiones frescas por culpa de tus fantasías?» Les dijo que subiesen, y no bien estuvieron en la cubierta, uno de ellos le arrebató la pistola a Noakes y le disparó en la cabeza, y los otros cogieron al otro hombre blanco, lo

arrojaron por la borda y se ahogó; una vez dueños de la nave, se la llevaron y la saquearon.

En este tiempo el rey se hallaba cazando, ya que tenía costumbre de cazar puercos salvajes durante tres meses al año, y le llegó la noticia de estos asesinatos. Sin embargo, permaneció el tiempo acostumbrado en su diversión. Pero cuando regresó, y los blancos que estaban con él pidieron justicia, les pidió que estuviesen tranquilos, que podían estar seguros de que la haría: mandó llamar al gobernador del Boyne, y le dijo que se alegraba de que hubiese acabado con Williams y su tripulación, ejemplo que estaba decidido a seguir, y limpiar el país de todos ellos; que tenía algunos asuntos que comunicarle, y que deseaba que acudiese a la corte lo antes posible; pero que cuidase de que no le vieran los blancos, por temor a su vida, no fuera que quisiesen vengar la muerte de sus compañeros.

En cuanto recibió esta orden, el gobernador se puso en camino, se detuvo en un pequeño poblado que estaba a dos millas del rey, y envió aviso de que esperaban allí sus instrucciones.

El rey le mandó que fuese a verle al otro día de madrugada, antes de que los hombres blancos se levantasen. Salió al día siguiente muy temprano, lo capturaron en el trayecto unos negros apostados a tal propósito, y lo condujeron atado a la presencia del rey, que, después de reprocharle la atrocidad de su acción, lo envió a los hombres blancos, dándoles permiso para que le aplicasen la clase de muerte que quisieran. Pero ellos le mandaron respuesta de que dispusiera él de las vidas de sus súbditos como creyese oportuno, que ellos nunca derramarían una gota de sangre de nadie que le perteneciese. Tras esta respuesta, el tío del rey ordenó que fuese alanceado, y le atravesaron el cuerpo con lanzas. El rey, después de esta ejecución, mandó que fuesen al Boyne y trajesen lo que había pertenecido a Williams y sus hombres, y lo repartió entre los blancos, diciendo que sentía que el malvado tuviese sólo una vida con que pagar la atrocidad de la que era culpable.

CAPÍTULO IX

Del capitán Samuel Burgess y su tripulación

El capitán Samuel Burgess nació en Nueva York y recibió una buena educación; fue lo que suele decirse un hombre instruido, y un poco patizambo. Navegó algún tiempo como corsario en las Indias Occidentales; y muy a menudo la banda con la que iba, cuando expiraba el periodo de vigencia de su patente, no tenía empacho en prolongar la comisión por cuenta propia.

Con esta actividad corsaria hizo dinero y regresó a casa, con lo que el gobierno no tuvo noticia, o al menos no se dio por enterado, de sus prácticas piratas alargando sus depredaciones más allá del plazo que le autorizaba la comisión; embarcó como oficial en un barco de Frederick Phillips[8] que iba a la isla de Madagascar, a traficar con los piratas de allí, donde tuvieron la desgracia de perder el barco, y estuvieron viviendo dieciocho meses en Augustin, hasta que entró un pirata inglés, y el rey de esa comarca los obligó a embarcar en él, aunque muy a pesar de todos, porque estaban cansados de la vida errante. Pero la disyuntiva era irse o perecer de hambre, porque el rey no quería tenerlos más.

Se fue con este filibustero a las Indias Orientales, hicieron varias ricas presas y regresaron a Sainte Marie, donde cargaron provisiones, leña y agua. Aquí desembarcaron varios de la banda; pero el capitán, Burgess y el resto se dirigieron a las Indias Occidentales, vendieron el botín en la costa española y regresaron a Nueva York, estrellando el barco a propósito en el morro de Sandy Hook después de desembarcar el dinero y ponerlo a salvo.

Dado que el gobierno no estaba informado de sus piraterías, vivieron tranquilamente, y al poco tiempo Burgess se casó con una parienta del señor Phillips, que construyó un barco, le puso el nombre de *Pembroke*, y mandó a Burgess por segunda vez a Madagascar. En el viaje a esta isla entró en el río Delagoa, en la costa africana, aquí cargó cierta cantidad de colmillos de elefante y se dirigió a Augustin, donde topó con varios antiguos camaradas, a los que se los vendió por dinero y esclavos. Dejó este lugar y fue a Mathelage, donde también obtuvo dinero y negros, y seguidamente puso rumbo a Sainte Marie, en la costa oriental, donde también realizó bastantes transacciones con sus viejos camaradas, embarcó varios pasajeros que pagaron muy generosamente sus pasajes, y después de tomar nota de lo que convenía traer en un nuevo viaje, regresó a Nueva York sin percance. Este viaje dejó un beneficio de 5.000 libras, una vez pagados el barco

y todos los tributos.

El armador, animado por el éxito, le pidió que escogiese la carga que quisiera y zarpase de nuevo. Así que cargó vino, cerveza, etc.; y volviendo a Madagascar, llegó a Matitanana, en la costa oriental, donde vendió gran parte de la mercancía al precio que quiso. En Mathelage vendió el resto, y regresó, obteniendo para el armador 10.000 libras, además de 300 esclavos, que llevó a Nueva York.

Tras una breve estancia en casa emprendió de nuevo el conocido viaje, y el primer puerto que tocó fue Mathelage, donde se aprovisionó y efectuó algún negocio. De aquí dio un rodeo por el sur, hizo escala y vendió parte del cargamento con grandes beneficios a sus viejos conocidos. Realizó un viaje de negocios alrededor de la isla, y en Sainte Marie topó con otro barco de su armador que llevaba orden de seguir las instrucciones de Burgess. En este puerto permaneció amarrado hasta que vendió el cargamento de los dos barcos; entonces puso rumbo a casa, con 20 pasajeros piratas que se acogían al perdón que acababa de llevar el comodoro Littleton.

En el viaje tocó el Cabo de Buena Esperanza para cargar leña, agua y provisiones frescas. Mientras estaba aquí entró el *Loyal Cook*, buque de guerra de las Indias Orientales, apresó a Burgess y se lo llevó a las Indias Orientales. Aquí quiso entregar el barco de Burgess al gobernador de Madrás, pero el gobernador no quiso saber nada de este asunto, y dijo al capitán que tendría que responder ante la Compañía de las Indias Orientales y ante el armador de Burgess de lo que había hecho.

La mayoría de los pasajeros piratas se consideraban absueltos por el edicto de gracia; pero algunos que no se fiaban escaparon en un bote holandés con el oro que pudieron llevarse; los que confiaron en el perdón fueron a parar a la cárcel donde murieron encadenados. No puedo pasar en silencio la simpleza de uno de ellos que, sin embargo, tuvo suficiente ingenio para escapar: una vez que decidió largarse, buscó a su camarada para pedirle la llave de su cofre a fin de coger el oro que tenía guardado, y que ascendía a mil setecientas libras. Pero al enterarse de que su camarada estaba en tierra, no quiso forzar el cofre, porque, dijo, era una lástima estropear una cerradura nueva, de manera que dejó su dinero para el capitán del buque de las Indias Orientales.

La noticia de este apresamiento llegó al armador antes de que regresara el barco, y demandó a la Compañía; pero a solicitud de ésta, esperó al regreso del *Loyal Cook*, que llegó poco después llevando a Burgess prisionero. El capitán, al

comprobar que había obrado equivocadamente, y que no se podía justificar, huyó. La Compañía pagó al armador el barco y el cargamento. Burgess recobró la libertad, siguió algún tiempo en Londres, fue denunciado, y Culliford (citado en la vida de Williams), que pese a regresar al país para acogerse al edicto de gracia fue encerrado en Newgate, juzgado y absuelto, aunque quedó en la miseria, declaró bajo juramento contra él.

El armador de Burgess pleiteó en su favor, y desembolsó grandes cantidades de dinero para salvarlo. Y aunque alegó necesidad para embarcar en un pirata (como queda explicado en su vida), fue juzgado y condenado; pero por intercesión del obispo de Londres y el arzobispo de Canterbury fue indultado por la reina.

Después de esto realizó un viaje accidentado a los Mares del Sur como segundo de un corsario, y a su regreso a Londres permaneció inactivo un año entero.

Entonces embarcó como primer oficial en el *Hanna*, después llamado el *Neptune*, y se dirigió a Escocia a recoger el cargamento, dado que su armador era de esa nación. Pero antes de llegar quebró el armador, y el barco quedó confiscado, por lo que permaneció fondeado 18 meses antes de que se pusiera en venta: cuando esto ocurrió, lo compraron seis caballeros escoceses que confirmaron en sus puestos a sus antiguos oficiales, de manera que reemprendió el proyectado viaje a Madagascar, durante el cual el capitán y Burgess tuvieron constantes peleas, situación que acarreó la pérdida del barco: porque cuando llegaron a Madagascar, Burgess, que conocía a los piratas, los animó a apoderarse de él por sorpresa; ya he contado en la vida de Halsey de qué manera, así que no hace falta repetirlo.

Sólo añadiré que hicieron bajar a tierra con engaño al capitán Miller, pretextando que le iban a enseñar unos troncos de los que podían salir buenos mástiles. Halsey lo invitó a un solomillo de vaca y un tazón de raque; aceptó la invitación, con unos 20 piratas. Un tal Emmy, que había sido barquero del Támesis, no se unió a la mesa, sino que se sentó aparte envuelto en una gran capa, pretextando fiebre, aunque se la había puesto sólo para esconder las pistolas. Después de cenar salió Halsey a traer algo para agasajar a sus invitados (Miller y su sobrecargo); entonces Emmy puso al capitán una pistola en el pecho y le dijo que se diese preso. Al mismo tiempo, otros dos piratas entraron en la habitación, cada uno con un trabuco, y dijeron al capitán y su sobrecargo que no sufrirían ningún daño si no los obligaban ofreciendo una resistencia inútil. Mientras esto ocurría dentro, en el bosque, que estaba lleno de piratas, fueron neutralizados los hombres de Miller que habían bajado a talar troncos, aunque no hirieron a ninguno

y los trataron con cortesía. Y una vez que tomaron posesión del barco los soltaron a todos.

Expulsaron a Miller y once de sus hombres, a continuación nombraron cabo de brigadas a Burgess, y se repartieron el botín que obtuvieron del barco escocés y del *Greyhound*.

Poco más tarde ocurrió la muerte de Halsey, que nombró a Burgess albacea de su viuda e hijos, con un considerable legado para él. Sentó mal a los demás piratas que hubiese preferido a un recién llegado a todos ellos, y le quitaron a Burgess 3.000 libras del dinero de Halsey, y 1.200 de su propio dinero, que era su parte de las dos presas. Y aunque lo trataron de esta manera, fueron lo bastante holgazanes para darle el mando del barco escocés, y mandarle que lo aparejase con toda celeridad, tomase a bordo algunos hombres, y la mercancía que quedaban aún en el bergantín. De manera que se puso a trabajar en el barco, con intención de largarse con él. Pero informados algunos piratas que había en otra parte de la isla de lo que estaba haciendo, creyeron conveniente no fiarse de él, y tuvo que dejar el barco; pero por intercesión de sus antiguos camaradas consiguió que le devolviesen todo el dinero.

Después de esto vivió cinco meses en la isla de Sainte Marie, donde por accidente se le incendió la casa y no pudo salvar del fuego más que el dinero; entonces embarcó con David Williams en el viaje en que no logró dar con la isla de Mascareñas, y regresó a Mathelage, donde permaneció con el rey, y fue uno de los que entraron en el reparto de los efectos de Williams.

De Mathelage fue a Augustin con un paquete de *samsams,* mercancía con la que compró cincuenta esclavos, que a continuación vendió a los árabes. A su regreso a Mathelage topó con el capitán North en una balandra, con treinta hombres de Miller a bordo; éstos propusieron capturar a Burgess, porque decían que los había traicionado, arruinado y desterrado de su país, obligándolos a hacerse piratas. Pero North no quiso consentirlo, por lo que lo encerraron y le quitaron todo el dinero. Después lo soltaron, le dieron 300 libras como parte, y él se las devolvió a Burgess al llegar a Mathelage.

Burgess vivió aquí dos o tres años, hasta que lo recogieron unos holandeses. Pertenecían a un buque de las Indias Orientales, y fueron apresados por unos barcos franceses que se dirigían a La Meca y al escasearles las provisiones entraron en Mathelage para abastecerse, lo que aprovecharon para desembarcar 80 prisioneros. Al zarpar de este puerto pusieron rumbo a Johanna; aquí dejaron a los

oficiales holandeses, que construyeron un barco y regresaron por sus hombres. Dado que Burgess les era de gran utilidad, se lo llevaron, y se dirigieron a un puerto donde habían sido abandonados algunos holandeses que iban presos en otro barco. Pero naufragaron en Yungowl, y Burgess permaneció en ese lugar dieciocho meses. Al cabo de ese tiempo, deseoso de salir de allí, fue al reyezuelo, que era tío del rey de Mathelage, y solicitó a su negra majestad que le mandase de regreso a ese puerto, lo que se le concedió inmediatamente. Burgess permaneció casi cinco años en Mathelage, donde a causa de una enfermedad perdió un ojo. Y estando aquí entró a cargar esclavos el pingue *Drake*, de Londres, y tomó a Burgess dispuesto a devolverlo a Inglaterra. Pero en eso llegó el capitán Harvey en el *Henry*, que pertenecía a los mismos armadores; y como era profano en el tráfico, el capitán Maggott, del *Drake*, pidió a Burgess (con la promesa de darle el mando de un barco cuando estuviesen en las Indias Occidentales) que embarcase con él como tercer oficial, de manera que Burgess siguió. El capitán Harvey llevó el *Henry* bastante arriba; y contra los deseos del rey, permaneció aquí fondeado 9 meses antes de poder cargar esclavos. Burgess recibió encargo de decir al rey que no había cumplido el acuerdo con el capitán Harvey. Le ofendió al rey que le hiciese reproches un hombre al que había mantenido tantos años, y lo insultó. No obstante, lo llevaron a cenar con algunas personalidades negras, en cuya celebración bebió abundantemente toke hecho con miel, bebida con la que se dice que lo envenenaron, porque en seguida se sintió muy mal y poco después murió, dejando cuanto poseía en manos del primer oficial, para que lo llevase a su mujer y sus hijos.

CAPÍTULO X

Del capitán Nathaniel North y su tripulación

Hemos colocado esta vida en el apéndice, lugar que quizá no se considere apropiado; pero al no poder reunir los datos, sacados de diversos diarios, con tiempo suficiente para incluirla en el libro, pensamos reservar esta vida para otro volumen; sin embargo, cuando ya los teníamos recopilados, y nos dimos cuenta de que era una especie de recapitulación de las aventuras de los piratas de Madagascar que habían precedido a este caballero, nos ha parecido más adecuado ofrecerla en el apéndice, que no separarlo de sus camaradas; tanto más cuanto que el lector hallará aquí una relación de la muerte de Bowen, noticia que no nos había llegado cuando escribimos su vida, toda vez que los papeles que hemos reunido después de largas indagaciones, y que nos han proporcionado algunos otros aspectos de la vida de este pirata, permanecían desconocidos en aquel momento.

El capitán North nació en Bermudas y era hijo de un serrador, profesión para la que él mismo fue educado, aunque finalmente, a la edad de 17 o 18 años, se decidió por la mar, embarcando de cocinero en una balandra construida en Bermudas para unos caballeros de Barbados que pensaban dedicarla al corso. La enviaron a sus propietarios; pero el patrón tocó Santa Udas en el viaje, y cargó sal. Al llegar a Barbados, toda la tripulación fue prendida en una leva de gente, y North y sus compañeros fueron conducidos a bordo del *Reserve.*

El patrón recurrió al gobernador, y consiguió la libertad para todos sus hombres salvo para North, del que, como era un muchacho, hizo caso omiso, y lo dejó en el buque de guerra, que no tardó en zarpar para Jamaica. Poco antes de que el Reserve fuera relevado de su servicio, aprovechó North una ocasión que se le presentó y huyó, embarcando en un mercante cargado con azúcar, en el que estuvo navegando unos dos años; y como era marinero capaz, aunque no experto en navegación, le ofrecieron ir de patrón en uno de estos costeros; pero rechazó el ofrecimiento y embarcó en un corsario.

En el primer viaje que hizo como corsario capturaron un par de buenas presas, de las que cada hombre recibió una parte considerable. North, sin embargo, se gastó el dinero con la misma rapidez que le había llegado, haciendo de los compañeros de peligros camaradas de francachelas, o más bien gozando y siguiendo el ejemplo de esta gente, que todo el mundo (o sea, los que están al corriente de cómo es la vida de un corsario afortunado en Jamaica) sabe que no son

precisamente un dechado de sobriedad y economía.

En cuanto se le acabó el dinero adoptó el mismo método para reponerlo; o sea: salió en un segundo corso. Y le reportó tanto éxito económico que abrazó de muy buen grado este medio de vida, e hizo varios corsos afortunados más.

Andando el tiempo se cansó, pensó dedicarse al tráfico, y embarcó en un bergantín con destino a la costa española, mandado por un tal capitán Reesby. Esta nave iba a tráfico y a corso, de manera que los hombres se enrolaban a media paga y partes iguales en las presas que hicieran, lo mismo que a bordo de un corsario. Pero el transporte dio muy poco beneficio, y el negocio del corso fue peor, ya que regresaron sin capturar una sola presa.

Tuvieron que abandonar la costa española ante la aparición de un guardacostas español de 40 cañones y trescientos cincuenta franceses, mandado por un capitán de la misma nación. Al llegar a la isla de Jamaica tocaron Bluefields, frente a cuya plaza cruzaban en corso dos balandras francesas, una de las cuales había sido corsaria de Jamaica, llamada la *Paradox*. Tomándolo por un mercader con poca tripulación que volvía de la costa española, trincaron al punto la borda del capitán Reesby. Pero en seguida se dieron cuenta del error, porque fue como ir por lana, y una de ellas salió trasquilada. Quiero decir que Reesby apresó una, y obligó a la otra a poner pies en polvorosa. Reesby perdió diez hombres en el combate, y tuvo siete heridos; a éstos, aunque hicieron un viaje accidentado, los desembarcó en Bluefields, con orden de que se los atendiese con todos los cuidados, a costa del armador. Aquí cargó provisiones frescas, y a continuación se digirió a Port Royal, donde Reesby les pagó muy generosamente, les dispensó un espléndido agasajo, y les pidió que no le dejasen, dado que sentía gran estima por todos, y en especial por North, que era buen nadador, manejaba muy bien la canoa, con gran destreza, y no tenía miedo a nada.

Ante estas manifestaciones del capitán, North y la mayor parte permanecieron en tierra hasta que el capitán Reesby reparó, e hicieron un segundo viaje con él a la costa, por diecisiete dólares el mes, y sin parte. Cargaron 300 negros, además de mercancía. Permanecieron cuatro meses en la costa, y vendieron muy ventajosamente a los esclavos. Regresaron a Jamaica; y tras una estancia en la isla, como el capitán Reesby no iba a volver a salir, North embarcó de nuevo en un corsario, y obtuvo un considerable botín. Estando North en tierra, después de un crucero, lo prendieron en una leva y lo embarcaron en el buque de guerra *Mary*. Hizo un viaje en él a la costa española, y regresó a Jamaica; pero al enterarse de que el *Mary* iba a zarpar muy pronto para Inglaterra, él y tres más decidieron

volver a tierra a nado desde los cayos, donde estaba fondeado el buque; pero fue apresado cuando iba a lanzarse por la proa, y azotado. Sin embargo, halló el medio de escapar antes de que el barco abandonase la isla, y embarcó en la balandra *Neptune*, corsaria, mandada por el capitán Lycence, entonces segundo de la *Reserve*, pero que mientras el barco estaba en manos del carpintero había obtenido una comisión del gobernador para efectuar un corso. El capitán Moses, que mandaba la *Reserve*, fue en la balandra que mandaba su segundo, sólo por distraerse; y navegaron frente a La Española, donde toparon con un mercante corsario francés de 18 cañones y 118 hombres que el día antes había trabado combate con el buque de guerra *Swan* y se lo había quitado de encima.

Lo atacó la *Neptune*, y el capitán Moses fue uno de los primeros heridos, y llevado bajo cubierta; Lycence ordenó el abordaje, pero el cabo de brigadas que iba al timón equivocó la maniobra y abatió, descargó el francés una granizada con armas cortas, y murió el capitán Lycence. Informado de esto Moses, tan pronto como el cirujano le practicó la cura ordenó a North que se pusiera al timón, exhortó a que no se dejasen ganar por el desaliento, y quiso estar al punto en cubierta. Así que en cuanto estuvo vendado subió a cubierta, y arrimó el barco para abordar, aunque los otros presentaron una muy obstinada resistencia. Pero murió el francés, que recibió once disparos antes de caer, y finalmente se hicieron los dueños de la situación.

El corsario perdió diez hombres y tuvo veinte heridos; el francés tuvo cincuenta bajas, entre muertos y heridos, una de ellas el capitán. Éste, que había recibido dos disparos, bajó al cirujano para que le restañase la sangre, y justo cuando era abordado subió a cubierta, donde, al animar a sus hombres, lo identificaron y concentraron las descargas sobre él.

Llevaron la presa a Jamaica; y como era un casco inglés, construido en Bristol, sus antiguos armadores entablaron juicio con objeto de obtener la mitad del barco y el cargamento; pero sólo recuperaron una tercera parte.

North volvió a salir a corso; porque el capitán Moses, como aún no tenía listo el barco, decidió efectuar un segundo crucero, y North fue con él. Algún tiempo después de regresar, y mientras estaba el capitán Moses cruzando con la *Reserve*, North, que se hallaba ahora en tierra, fue prendido en una leva y embarcado en el buque de guerra *Assistance*; y al regresar la *Reserve*, el capitán Moses lo recomendó a su propio capitán, por lo que fue tratado correctamente e incluido en la tripulación de la falúa. North estuvo muy a gusto hasta que el *Assistance* recibió orden de regresar a Inglaterra. Entonces, como temía ir a unas

latitudes de clima frío, abandonó el buque de guerra sin decir nada. A continuación volvió a embarcar en un corsario que hizo varias presas, dos de ellas de casco inglés, por lo que las reclamaron sus antiguos armadores. Pero viendo que arriesgaba demasiado en esta clase de vida, que se había esfumado parte de lo que le correspondía de las presas, y que las levas estaban a la orden del día en Jamaica, decidió no navegar más con los ingleses, se marchó a Curaçao, entró al servicio holandés, e hizo varios viajes en un mercante español a la costa de Nueva España. En el último fueron perseguidos hasta tierra por dos balandras francesas, una de ellas mandada por un holandés llamado Lawrence, que con su camarada tomó posesión de su nave, y lo expoliaron. La tripulación de la presa habló con ellos, preguntándoles si les daban cuartel; les prometieron que sí, y los tomaron a todos a bordo y los trataron bien.

Los franceses dieron a los prisioneros una pequeña balandra que apresaron poco más tarde, con la que regresaron a Curaçao.

Olvidado ahora su enfado, regresó a Jamaica, embarcó y navegó en un barcolongo español de 10 cañones, mandado por el capitán Lovering, nacido en Jamaica; estuvieron navegando tres meses por las Indias Occidentales, y como sacaban poco provecho, pusieron rumbo a Terranova, a fin de probar fortuna en los bancos. Aquí toparon con un buque de guerra que les renovó la comisión seis meses más. La primera presa que hicieron fue un queche francés con salvoconducto español; y habría pasado por español, pero tras un registro minucioso, y amenazar a los hombres, descubrieron lo que realmente era; aunque haciéndose pasar por español se había escurrido antes entre los dedos de un buque de guerra.

Llevaron la presa a puerto, salieron a cruzar nuevamente, y toparon con un mercante francés con patente de corso: barco construido en Bristol llamado el *Pelican*, de 18 cañones y setenta y cinco hombres, con media carga de pescado. Este barco opuso una prolongada resistencia; lo abordaron, y subieron a él dos hombres; pero al fallar la trinca el barcolongo cayó a popa, y los dos hombres fueron reducidos; sin embargo, volvieron a darle alcance, trincaron la borda por segunda vez, y se lo llevaron al mismo puerto en el que habían dejado el queche.

A continuación volvieron a zarpar, y al ser descubiertos desde tierra por un asentamiento francés, se metieron en la bahía de Saint Mary, donde toparon con una urca francesa de 800 toneladas, ochenta hombres y 18 cañones, cargada con pescado. Le dieron caza y la alcanzaron con los colores franceses. Cuando estuvieron a su través les vocearon, y preguntaron de dónde procedían. Un

hombre de Guernsey, en el extremo del bauprés, contestó que de Petit Guavus, que habían estado navegando en los bancos, y se dirigían a la bahía a descansar. El francés les pidió que no se acercasen más, y que en todo caso mandasen un bote a bordo; persistieron ellos en la caza, y les mandó un disparo; pero no hicieron caso, sino que le arrimaron el costado y lo abordaron. El francés acudió a las armas y defendió el barco tres cuartos de hora, hasta que todos sus hombres pidieron cuartel, salvo uno que no quiso rendirse, sino que se lanzó como loco en lo más espeso de los ingleses, hirió a varios, y lo despacharon con las pistolas.

Llevaron esta presa con las otras, y desembarcaron a todos los prisioneros, salvo a los que necesitaban para gobernar las presas; y con esta flota de cuatro velas pusieron rumbo a Rhode Island.

Aquí se apropiaron legalmente de la urca y el queche, pero tuvieron gran dificultad en apropiarse del *Pelican*, ya que sus armadores ingleses habían presentado una reclamación; pero finalmente, un abogado escocés arregló el asunto, al poner a su disposición 300 libras para que sufragasen las costas de cualquier posible pleito. Al morir aquí el capitán Lovering, la compañía del barco compró el *Pelican*, se deshicieron del barcolongo, mandaron a los armadores la parte que les correspondía, y obtuvieron una comisión para efectuar un corso hacia el sur, hasta el límite, con una vigencia de dieciocho meses, prorrogables hasta los dos años en caso de accidente.

Con el fondo común de la compañía aparejaron este barco para un viaje largo. Pero como en Nueva Inglaterra había escasez de flejes, se vieron obligados a ceñir las cubas con aros de madera; detalle que menciono aquí porque tuvo consecuencias desastrosas para el viaje de un año a las Indias Orientales.

En cuanto estuvieron preparados zarparon y pusieron rumbo al Cabo de Buena Esperanza, lo doblaron en el mes de junio, enfilaron hacia Madagascar, y entraron en la bahía de Augustin, donde cargaron vituallas y agua; pero antes de terminar se plantaron en agosto: demasiado tarde para ir a las Indias Orientales, donde su plan era corsear a la caza de moros, sin cometer piratería ninguna con los europeos, sino robar honrada y pacíficamente a los musulmanes y regresar con la conciencia limpia, pero con las bolsas llenas, dentro del plazo de la comisión.

De Augustin fueron a Johanna, y como la salazón que habían hecho en Madagascar no les había quedado bien, se les empezó a estropear. Esto, y la falta de arreglo que tenían sus ropas, les decidió desesperadamente a apresar al rey de Johanna y pedirle rescate a él mismo; pero el maestro de navegación no quiso

hacerse cargo del barco, porque desconocía la costa. Cruzaron entre las islas, desembarcaron en Comoro y tomaron el pueblo, pero no hallaron ningún botín, aparte de cadenas de plata y lienzo estampado. De aquí se dirigieron a Mayotta, donde recogieron a un francés abandonado allí, y mantenido por el rey: le preguntaron qué posibilidades había de tomar el poblado por sorpresa. El francés se mostró contrario a este plan, confesando que estaba agradecido a los nativos por su mantenimiento, aunque estaba en manos de ellos y haría lo que decidiesen. Conque, cuando ya llevaban tres días en el poblado, rodearon la casa del rey y lo apresaron junto con los demás habitantes; sin embargo, el hijo del rey se abrió paso entre ellos con el machete, hasta que finalmente lo mataron de un disparo. El pretexto al que recurrieron para esta actitud tan poco agradecida fue que el rey había envenenado a la tripulación de un barco que era consorte de ellos. Él lo negó con todas sus fuerzas, diciendo que jamás había oído el nombre del falso barco que ellos daban. Llevaron al rey a bordo, y encerraron a los demás prisioneros en una especie de templo, poniendo una guardia de 36 hombres.

Entre tanto había cundido la alarma en la comarca; acudió una horda de varios miles de nativos, y atacaron a la guardia; pero al oír disparos los del barco, y ver las colinas cubiertas de negros, abrieron fuego con varios cañones cargados de perdigón, lo que causó gran mortandad entre ellos y los obligó a retirarse.

El rey pagó su rescate con cadenas de plata por valor de mil dólares, y las provisiones que le pidieron; y al dejarlo en tierra juró alianza con ellos como dueños del país, y no envenenar nunca más hombres blancos.

Después de esta notable acción permanecieron en este lugar dos semanas, aunque siempre manteniendo cuidadosa vigilancia, y regresaron a Augustin con unos 20 esclavos, que se llevaron como criados.

Aquí hizo aparición entre ellos una enfermedad, por lo que construyeron cabañas en tierra. Pese a todos los cuidados y precauciones que pusieron, perdieron a su capitán y treinta hombres, a causa del mal contraído. Cuando desapareció, pensaron hacerse a la mar otra vez; pero al revisar los toneles de agua descubrieron que los flejes estaban podridos y carcomidos, de manera que no había posibilidad de zarpar. Sin embargo, el tonelero de a bordo, que era un sujeto ingenioso, subsanó este defecto: fue al bosque con los esclavos de Mayotta, y con mimbres y otros materiales que recogió los rehízo, y apretó las duelas; y en reconocimiento por tal servicio lo eligieron capitán, y a North lo nombraron cabo de brigadas.

En Augustin recogieron algunos marineros dejados en tierra, entre los que estaba David Williams; y al efectuar un recuento hallaron que eran ciento cinco hombres. Entonces declararon barco libre su nave (o sea, acordaron que cada hombre tuviese igual parte en todas las presas), y prosiguieron rumbo a la entrada del Mar Rojo.

Por la noche, cuando llegaron a su lugar de destino descubrieron dos barcos, uno era la fragata *Mocha,* de 40 cañones, mandada por Culliford (había sido buque de guerra de las Indias Orientales bajo el mando de un tal capitán Stout); el otro se llamaba el *Soldado*, de 16 cañones, capitán Shivers; se saludaron, y se dieron la misma respuesta unos a otros: «De los mares»; y con este entendimiento fondearon juntos esa noche; celebraron una reunión por la mañana, y acordaron repartirse por igual toda presa que cualquiera de los tres capturase desde esa fecha, durante un periodo de dos meses.

El *Pelican* cedió leña, agua y algunos hombres al capitán Culliford, y Williams pasó a bordo de él. Unos diez días después de formar los tres una gran compañía, hizo aparición un gran buque moro en el que montaron después 70 cañones.

Le dieron caza, pero fue el más pequeño de los tres el primero en darle alcance. Intercambió varias andanadas con el *Soldado* y el *Pelican*; pero el *Soldado* lo trincó, y antes de que pasara un solo hombre del *Pelican* los moros habían pedido cuartel. En el abordaje, el moro descargó una andanada sobre el *Soldado*, aunque le acertó dos disparos únicamente, que mataron a dos hombres; y ésta fue la única pérdida que tuvieron en una captura que hicieron de mil prisioneros, entre pasajeros y tripulantes.

Trasladaron todo el dinero a la fragata *Mocha* y lo repartieron entre su tripulación y la del *Soldado*, dejando fuera, sin otra razón que la de *sic volumus*, a los del *Pelican*.

La tripulación del *Pelican* protestó, y pidió que recordasen que les habían dado leña y agua, y que de no haber sido por eso el *Mocha* no habría estado en condiciones. El *Mocha*, en vez de responderles, les mandó que se fueran, de lo contrario los hundiría; contestaron que no podían irse sin más, ya que necesitaban el agua y la leña que les habían dado. Entonces los otros dos les dieron mil dólares, y agua del moro, diciéndoles que se comprasen la leña donde pudieran; y sin otro expediente dejaron que el *Pelican* se las arreglase como pudiese, y pusieron rumbo a la costa de Malabar, donde desembarcaron a los prisioneros y los caballos que

llevaban a bordo, hundieron el *Soldado*, y de aquí se dirigieron a la isla de Sainte Marie, junto a Madagascar, donde actualmente se halla hundido el barco moro. Se repartieron esta presa, y salieron a mil libras en plata y oro cada hombre, además de otros artículos; y entre los dos piratas reunían 350 hombres.

El *Pelican* siguió en la misma latitud varios días, hasta que apareció un gran barco moro, y le dio caza; y el moro, que no recelaba que fuera un enemigo, no hizo nada por huir. Cuando el *Pelican* llegó cerca de él hizo un disparo para que el moro se pusiese al pairo; pero lo que hizo fue poner también las velas pequeñas, aunque con la pérdida de varios hombres; porque el *Pelican*, que estaba cerca, los redujo con armas de mano. El moro recogió finalmente las velas pequeñas; pero el *Pelican* no conseguía arrimarse lo bastante para abordarlo, aunque iba a popa a menos de un tiro de pistola. Cada vez que le alcanzaba la aleta, el moro, que era de alto bordo, se alejaba del *Pelican* con una caída, de manera que éste no acababa de ponerse a barlovento de él. A todo esto, no paraba de disparar al moro desde proa, obligándolo a despejar la popa, aunque no conseguía destrozarle la rueda del timón, o inutilizarlo de alguna manera como era su empeño. Por último, por mal gobierno del moro, el *Pelican* logró situarse a su costado; pero al no conseguir trincarlo, se vio obligado a adelantarlo. Entre tanto el moro viró por redondo, quiso hacerlo el *Pelican* por avante, pero no consiguió la maniobra, y dada la confusión ocasionada, viró también por redondo; pero en ese tiempo el moro abrió distancia, y poniendo todo el trapo de que era capaz, burló al *Pelican* y escapó.

La pérdida de este barco puso casi fuera de sí a la tripulación, y fue motivo de gran disensión entre ellos durante algún tiempo, unos maldiciendo el barco por ser muy poco velero, y proponiendo regresar a casa, y otros maldiciéndose a sí mismos, y el mal gobierno por el que no habían logrado trincar la presa, y sugerían ir a Madagascar y desfondarlo, dado que era de un solo fondo, y debía de tenerlo podrido. Pero el tiempo, que atempera los enojos más rabiosos, amansó estas discusiones, y puso fin a las animosidades nacidas de su frustración.

Ya con la cabeza fría resolvieron dirigirse a la costa de Malabar, donde capturaron tres barcos moros en poco tiempo; al primero lo dejaron en libertad después de quitarle 6.000 dólares. El segundo se lo quedaron para su propio uso; lo montaron con 26 cañones y le pusieron de nombre el *Dolphin*; el tercero lo vendieron en la misma costa por 18.000 dólares. En cuanto a su propio barco, lo dejaron a la deriva. De esta costa se dirigieron a Madagascar, y cerca de Mascareñas perdieron la arboladura en un huracán. Armaron bandolas, llegaron a Sainte Marie y pusieron nuevos palos. Aquí hallaron al capitán Culliford, al capitán Shivers y la presa de éstos, con tres mercantes de América que habían ido a

traficar con ellos, uno de ellos era el *Pembroke*, mandado por Samuel Burgess, y perteneciente a Frederick Phillips, mercader de Nueva York. Cansados de esta vida, el capitán del *Dolphin* y algunos hombres regresaron a casa en estos barcos mercantes, por lo que la tripulación nombró capitán a un tal Samuel Inless, que vivía en la isla; zarparon para el estrecho de Malaca, y allí hicieron varias presas de barcos moros, aunque de poco valor para ellos.

El mal tiempo separó a North, que iba en una de las presas, del resto, y se encontró en gran apuro por falta de agua. El mercader moro, que iba con él, y al que había tratado muy humanamente, le enseñó una carta por la que pudo llegar a una pequeña isla no lejos del asentamiento holandés, y cargar agua. El moro le confesó que si llegaba a saberse que le había dejado ver esta carta su vida correría gran peligro. En correspondencia por este servicio, cuando se reunió con sus compañeros, dejó en libertad el barco moro.

Después de esto se dirigieron a Nicobar, cerca de Achen, y en el trayecto toparon con un gran barco danés que saquearon; a continuación carenaron, limpiaron fondos y regresaron a Madagascar, donde se repartieron el botín, tocando de 3 a 400 libras cada hombre, además de mercancía. Un mes después de la llegada hicieron aparición tres buques de guerra ingleses: el *Anglesea*, capitán Littleton, el *Hastings,* capitán White, y el *Lizard*, capitán Rumsey. Al ver estos barcos al *Dolphin* ciñeron hacia él; y al no poder darle alcance abrieron fuego.

El comodoro Littleton era portador de un perdón para los piratas que quisieran acogerse a él; y muchos de ellos, entre los que estaban Culliford y Shivers, lo aceptaron, y regresaron a casa en los mercantes. North también quiso acogerse, pero al saber que el tiempo para entregarse había expirado antes de la llegada del buque de guerra, no se fió.

Una vez que la mayoría de los piratas abandonó la isla de Sainte Marie, donde ahora estaban fondeados los buques reales, North no se sintió a salvo aquí, así que cargó en la lancha del *Dolphin* cuanto tenía, y se dispuso a unirse a sus camaradas en tierra firme de Madagascar; pero sobrevino una turbonada que les volcó la lancha, y se ahogaron todos menos él, que nadó cuatro leguas, y una mujer negra, a la que puso sobre el casco de la lancha.

Al llegar a tierra firme, completamente desnudo, asustó a los negros, que al verlo salir del agua lo tomaron por un demonio marino. Pero una mujer que solía ir a vender pollos a las casas de los blancos tuvo bastante presencia de ánimo para no echar a correr, y cuando se acercó él, lo reconoció. Le dio la mitad de sus faldas

para que se cubriese su desnudez, llamó al negro que cargaba con sus cosas, lo llevaron al bosque, y le ayudaron a llegar a la morada de unos blancos, situada a dieciséis millas de donde había alcanzado la playa; largo trecho para un hombre tan debilitado por el esfuerzo de nadar. Sus camaradas lo acogieron calurosamente, lo vistieron, y estuvo con ellos hasta que repuso fuerzas, y a continuación fue a un príncipe negro conocido suyo, y estuvo con él hasta que llegó el capitán Fourgette, que fue un año después.

En esta nave (ya he contado en la vida de White que lo recogió), dobló el extremo norte, hacia oeste, y entró en Mathelage, donde tomaron por sorpresa el Speaker, ya he descrito de qué manera también en la misma vida. Y a la muerte del capitán Booth, Bowen, que sucedió a este último, lo nombró ayudante de capitán, cuyas consecuencias he referido ya, porque siguió embarcado en el *Speaker* hasta que se hundió.

El siguiente viaje que hizo North fue en el *Speedy Return* (arrebatado al capitán Drummond), en calidad de cabo de brigadas de la compañía, emprendido con el propósito de cruzar en el Mar Rojo; pero tocaron la isla de Mayotta, y se asociaron con el capitán Howard, al que encontraron allí, como ya he referido. De aquí fueron a Augustin y cargaron provisiones, prometiendo el capitán Bowen reunirse con él en espacio de dos meses. Regresó allí, pues, en el plazo acordado, y al no encontrarlo, se dirigió a Mayotta a fin de averiguar su paradero; pero enterado de que había emprendido un viaje, como el punto de reunión era frente a las montañas de Saint John, pusieron rumbo hacia allí, para reunirse con él, y apostarse juntos al acecho de la flota mora de La Meca.

En el viaje los sorprendió un violento temporal que estuvo a punto de hacerlos zozobrar, lo corrieron, y se vieron obligados a arrojar todos los cañones (salvo dos, que llevaban en la bodega), y a entrar en el Golfo Pérsico, donde capturaron varias embarcaciones pequeñas que desguazaron para reparar su barco.

Como andaban faltos de agua (habían desfondado los barriles para salvarse en el temporal, y habían encontrado poca en las naves apresadas), arriaron la canoa para llegarse a un pesquero que los informase de dónde podían encontrar. El pesquero, al verlos, huyó con todas sus fuerzas, y al abrir fuego el barco, su gente saltó toda al agua; algunos se ahogaron, y el resto llegó a tierra, salvo uno, al que dieron alcance. Pero cuando ya creían que lo tenían se puso a bucear, teniéndolos en este juego hora y media. No querían matarlo de un disparo porque no convenía a sus propósitos; pero finalmente, North, que iba en la canoa, agarró la botavara y

en cuanto salió le descargó un golpe esperando lisiarlo, pero le partió la mandíbula. Lo prendieron por este medio, lo llevaron a bordo, lo pusieron en manos del cirujano, y cuando desesperaban de poder hacerle hablar, él les pidió una pipa de tabaco, fumó, tomó un trago de aguardiente, y a continuación pareció muy animado. Como los piratas llevaban a bordo varios esclavos negros que hablaban la lengua indo-oriental, ordenaron a uno de ellos que le preguntase dónde podían encontrar agua, prometiendo que lo dejarían libre si les guiaba bien. Con esta promesa los llevó a un lugar de tierra donde les mostró un pozo lleno de agua embarrada, del que, después de todos los esfuerzos para llegar, sólo lograron sacar tres baldes, lo que únicamente cubrió la necesidad de los que habían bajado a tierra, que eran 30. Furiosos por esta frustración después de tanto trabajo, amenazaron al prisionero con matarlo; pero éste les dijo que si esperaban con paciencia hasta que se pusiera el sol, tendrían suficiente, porque el manantial subiría y estaría manando toda la noche; lo que resultó ser cierto, pudieron llenar veinte toneles y regresaron a bordo, llevándose al hombre con ellos; hicieron en su favor una colecta de varios artículos, y unos treinta dólares; le entregaron todo esto, y le exigieron la promesa de que cuando viese un barco que le hiciera las señales que ellos le habían hecho acudiese y prestase la ayuda que le demandasen, asegurándole que siempre recibiría buen trato, y sería recompensado.

Después de esto estuvieron cruzando en el Golfo Pérsico varios días con la esperanza de encontrar a su consorte, convencidos de que también había sufrido el temporal.

Como el otro no aparecía y había concluido el plazo acordado para navegar asociados, pusieron rumbo a las montañas de Saint John, cerca de Surat, que era el punto de reunión. Cuando avistaron tierra descubrieron un barco de alta arboladura, lo dispusieron todo inmediatamente para la acción, y fueron por él. El otro hizo lo mismo, se saludaron poco después, y para gran alegría por ambas partes resultó ser el consorte. Al preguntarle, se enteró de que el *Prosperous* llevaba diez días en este lugar, y no se había encontrado con el temporal que tan maltrecho había dejado al *Speedy Return*. Éste, a su vez, le contó su desventura, y cómo se había visto obligado a arrojar al agua los cañones y buena parte de las provisiones, por lo que el capitán Howard les pasó provisiones frescas, y les expresó su sentimiento por este accidente, renovándoles su compromiso de socio por dos meses más; en otras palabras: acordaron repartir las presas a partes iguales, cualesquiera que fuesen, entre las tripulaciones de ambos barcos. Después de cruzar aquí durante catorce días, avistaron siete velas de alto porte que resultaron ser moros de La Meca; les dieron caza entre los dos, pero como el *Speedy Return* era más velero, fue el primero en dar alcance a uno de ellos, lo abordó, y se lo llevó en

muy breve espacio con poco más daño que la pérdida del bauprés. El *Prosperous* siguió la caza, y como llevaba al capitán Woolley como práctico, apresó otro fondeado, como he contado (por lo que no hace falta repetirlo) en la vida del capitán Howard.

El *Speedy Return* se dirigió con su presa a la costa de Malabar donde, según lo acordado, debía esperar diez días a su consorte. Al sexto día llegó el *Prosperous*, aunque ya no había presa, por haberla saqueado previamente como se ha dicho en la vida de Bowen.

Aquí se repartieron el botín a partes iguales, quemaron el *Speedy Return*, hundieron el *Prosperous*, embarcaron en el moro, se hicieron a la mar, y cruzaron en esta costa, donde hicieron varias presas más. Cuando llegaron frente a Cochin, varios mercaderes y orfebres negros y algunos holandeses subieron a bordo a comerciar con ellos, llevando gran cantidad de chequines y otras monedas de oro para cambiar por dólares españoles. Como muchos piratas querían terminar pronto y regresar a casa, cambiaron 500 dólares por 200 chequines por la comodidad de almacenaje. Los orífices instalaron sus fraguas a bordo del barco y se pusieron a hacer botones, hebillas y cuanto se les ocurrió con la mayor aplicación, de manera que tuvieron sobrada oportunidad de meter las aleaciones que quisieron. Se abastecieron también de buena cantidad de raque, provisiones y pertrechos. Y dejando la costa a continuación, pusieron rumbo a Madagascar; pero de camino tocaron Isla Mauricio, y entraron en un puerto llamado Puerto Noroeste. Aquí cargaron leña y agua. En este puerto abunda un pez venenoso llamado castañola roja cuya naturaleza conocía bien el capitán Bowen, y aconsejó a sus hombres que no lo comiesen; pero estaban en puerto, y aquí todos son camaradas, de manera que echaron en saco roto este sano consejo. Al ver el capitán su terquedad, y que no podía disuadirlos, comió con ellos, porque prefería compartir el destino de todos antes que quedarse solo a merced de los holandeses, consciente de lo que se merecía.

Cenaron abundantemente a base de este pescado, y bebieron más abundantemente a continuación. No mucho después empezaron a hincharse de manera horrible. A la mañana siguiente llegaron a bordo algunos colonos con gallinas, cabras, etc., y al ver a los piratas en tan lastimoso estado, y pescado esparcido por la cubierta, preguntaron si habían comido de él. Al respondérseles que sí, les aconsejaron que tomasen mucha bebida fuerte, que era el único medio de expulsar el veneno, y que éste los habría mandado ya a todos al otro barrio, de no haber bebido tanto alcohol después de esa malhadada cena. Siguieron diligentemente esta prescripción, dado lo grata que la encontraron, y por ese

medio, y con los cuidados de los cirujanos, de los que había varios expertos en su trabajo y bien provistos de buenas medicinas, se recobraron todos salvo cuatro, que pagaron su terquedad con la vida.

Aquí tumbaron el barco, lo rascaron, lo ensebaron, y embarcaron lo que necesitaban. Cuando llevaban tres meses en este puerto, el gobernador les mandó recado de que se fuesen, porque esperaba la llegada de buques de guerra holandeses de las Indias Orientales; de manera que aparejaron y zarparon, aunque dejaron varios hombres en tierra, como se ha dicho en la vida de Bowen.

Pusieron rumbo a Madagascar, y se detuvieron en Mascareñas al pasar, donde cargaron gran cantidad de cerdos, cabras, ovejas, aves de todas clases y tortugas verdes. Aquí desembarcó el capitán Bowen con 40 hombres, dado que había obtenido la protección del gobernador mediante regalos. Estos hombres pretendían abandonar la piratería, y regresar a casa a la primera ocasión que se les presentase. Llevaban unos seis meses en esta isla, cuando al capitán Bowen le acometió un gran dolor en el estómago, indisposición tan corriente en estas latitudes como en las Antillas, y lo enterraron junto al camino, ya que los curas no consintieron que fuera sepultado en tierra sagrada, alegando que era un hereje.

Pero retrocedamos: desembarcado Bowen, nombraron capitán a North. La ceremonia de la instalación como jefe supremo, una vez que la tripulación ha elegido a uno por unánime consenso o mayoría de votos, es como sigue: le presentan muy solemnemente una espada, le hacen algunos cumplidos, y le piden que asuma el mando como el más capaz de todos, y tome posesión de la cámara grande; y tras aceptar el cargo, es conducido en comitiva a dicha cámara, lo sientan a la mesa, donde sólo hay una silla en la cabecera superior y otra en el extremo inferior para el cabo de brigadas de la compañía. Una vez sentados los dos, éste le dice al capitán brevemente que, sabedora la compañía por experiencia de su conducta y valentía, tiene el honor de elegirle jefe, con el convencimiento de que se comportará con su coraje habitual, y hará cuanto redunde en el bien común; y con esa confianza, él, en nombre de toda la compañía, promete obedecer todas sus órdenes legítimas, y lo declara capitán. A continuación el cabo de brigadas coge la espada que antes le había ofrecido, y él le había devuelto, se la pone en la mano, y dice: «Ésta es la comisión que has de llevar a cabo, y que en tus manos será venturosa para nosotros y para ti.» Seguidamente disparan los cañones, uno tras otro, con fuego real; después es saludado con tres hurras, y la ceremonia termina con una invitación por parte del capitán a los que considera dignos de cenar con él, y se prepara un gran cuenco de ponche para cada rancho.

El capitán North abandonó esta isla, se dirigió a Madagascar, y llegó a Port Dauphin, en el extremo sur, como hemos dicho en la vida de White, donde fondeó y cargó provisiones frescas, pero como tenía excesivo viento, se vio obligado a zarpar, dejando la lancha con 30 hombres detrás. Navegó hacia el lado este de la isla, y llegó a un lugar llamado Ambonavoula, en la latitud de 17° 38′, donde desembarcaron algún género, y se establecieron entre los negros, habitando una casa cada varios; aquí vivieron como reyes entre los nativos.

Retuvieron a bordo a los prisioneros moros, a los que llevaron suficientes provisiones frescas. North dijo en secreto al contramaestre de los moros que aprovechasen la ocasión, cuando soplase brisa terral por la noche, y se largasen con el barco y los bienes que quedaban a bordo; porque los piratas vararían pronto el barco, desembarcarían todo lo aprovechable y los abandonarían aquí, con lo que no volverían a ver su país.

Así que el contramaestre, siguiendo el consejo, aprovechó la oscuridad de la noche, y comunicando su propósito a los otros moros, a los que no confió el plan (North le había aconsejado que no lo hiciera) hasta el momento de ponerlo en práctica, levó anclas con gran sigilo y se fue.

A la mañana siguiente algunos piratas decidieron ir a bordo a traer hierro y otras cosas con que comerciar en la comarca; pero se quedaron muy extrañados al descubrir que el barco no estaba. Llamaron al resto de los camaradas, y fueron en comitiva al capitán North a informarle de lo que ocurría. Éste respondió que si los moros se habían ido con el barco era culpa de ellos; que debían haber dejado suficiente número de hombres a bordo para custodiarlo; y que ahora no había más remedio que resignarse, porque no tenían ninguna nave con que perseguirlos, salvo que juzgasen suficiente la lancha.

Algunos piratas pensaron que como había estado anclado en fondo malo, quizá alguna roca había cortado el cable, y el barco había quedado a la deriva por ese accidente; entre tanto, algunos subieron corriendo a una eminencia, y desde allí lo descubrieron con las velas desplegadas, lo que era prueba cruel y definitiva de que su pérdida era irrecuperable.

Procuraron tomarlo con resignación, puesto que no tenía remedio; así que transportaron cuanto les quedó en tierra a sus distintas moradas, a pequeños trechos, y se instalaron. Compraron ganado y esclavos, y vivieron en armonía unos cinco años; limpiaron gran cantidad de tierra y plantaron productos hortícolas como patatas, ñames, *etc.* Los nativos entre los que se habían establecido tenían

frecuentes disensiones y guerras; sin embargo, los piratas se interponían, y se esforzaban en allanar todas las diferencias. North dirimió no pocas veces sus disputas con imparcialidad y estricto respeto a la justicia distributiva (dado que todos lo tenían por hombre de cualidades naturales admirablemente buenas), de manera que siempre lo despedían satisfechos con sus razones, y contentos con la equidad de su decisión, incluso la parte que salía perdedora.

Esta inclinación a la paz que los piratas mostraban, y el ejemplo que daban de una vida amistosa (porque ponían todo el interés en evitar pendencias, y habían acordado presentar cualquier queja que surgiese entre ellos a la fría imparcialidad de North y doce de sus compañeros), les dieron gran fama entre los nativos, aunque antes se habían mostrado muy recelosos de los blancos. Más aún: eran tan exigentes en esto de guardar armonía entre ellos que el que hablaba en tono irritado o fuera de sí era reprendido por toda la compañía, en especial si lo hacía delante de algún nativo, aunque fuese uno de sus esclavos; ya que pensaban muy justamente que la unidad y la concordia eran el único medio de garantizar su seguridad; porque viendo a esta gente dispuesta a hacerse la guerra unos a otros por cualquier motivo trivial, no dudaban que aprovecharían cualquier división que observasen entre los blancos, y acabarían con ellos en cuanto se le presentase la ocasión.

North exponía esto mismo a menudo ante ellos, y a menudo también les hacía notar los efectos de su unanimidad, como el hecho de ser tratados con gran respecto y deferencia, y de recibir el homenaje de los príncipes soberanos. Como se ve, la naturaleza enseña al más ignorante la necesaria prudencia para su preservación, y el temor obra cambios que la religión ya no es capaz de motivar, dado que ha venido a entenderse como un comercio, y se ha degradado con la vida escandalosa de quienes se toman la misión de enseñarla como su negocio y, satisfechos con la teoría, dejan la práctica a los laicos. Porque estos individuos (a los que calificamos, no sin razón, de lacra de la humanidad, dado que se abandonan a todos los vicios y viven de la rapiña), cuando miran por su propio interés, no sólo se muestran rigurosamente justos entre ellos y en dirimir cualquier diferencia entre los nativos de su vecindad, sino que se vuelven sobrios y continentes, porque sin duda comprenden que su seguridad depende de que los negros vean que son capaces de dominar las pasiones de las que parecían esclavos. Es cierto que practicaban la poligamia, pero esto no era motivo de escándalo entre una gente que considera la cohabitación con una mujer preñada un pecado contra la naturaleza (que prescribe, tocante a la generación, propagar la especie animal), y tiene a los culpables de este crimen peores que las fieras, las cuales obedecen los mandamientos de la naturaleza con total exactitud, dando en esto al ser humano

una lección de sabiduría. Así que cuando digo que eran continentes, me refiero a que no usurpaban los derechos de sus compañeros ni de los nativos.

Quizá le guste al lector saber cómo procedían a la reconciliación cuando surgía la menor diferencia; porque, como digo, era máxima en ellos que cualquier discordia entre individuos, por pequeña que fuera, podía acarrear la ruina de todos, como una brasa dejada por descuido puede causar una conflagración general y devastar la más noble ciudad.

Cualquier exabrupto proferido en una disputa, cualquier salida de tono en una reunión, hacía que se levantasen todos, y uno de ellos tiraba al suelo el licor que tuvieran delante, diciendo que toda pelea suponía una pérdida para ellos, y que sacrificaban el licor al Enemigo a fin de impedir un mal mayor. A continuación los dos contendientes, so pena de ser expulsados de su sociedad y enviados a otra parte de la isla, eran conminados a comparecer ante el capitán North por la mañana, y entre tanto se los condenaba a permanecer en sus respectivas casas.

A la mañana siguiente comparecían las dos partes, con asistencia de todos los blancos; el capitán separaba a un lado al demandante y el demandado, y les decía que hasta que el agresor consintiese en que se hiciera justicia, y el ofendido olvidase dicha ofensa, los considerarían enemigos públicos, y no los mirarían como amigos y compañeros. Después escribía los nombres de todos los presentes, doblaba las papeletas, las metía en un sombrero, y tras agitarlo, cada parte sacaba seis; y los doce nombres así escogidos formaban el cuerpo de jueces que, con el capitán, oía y decidía la causa, llamando e interrogando a los testigos. Una vez debatido el caso suficientemente, se aplazaba el juicio hasta el otro día, en que se ordenaba comparecer de nuevo a los litigantes, que no debían abandonar entre tanto sus casas, a las que era conducido cada uno por una escolta de dos o tres, salvo si los litigantes eran esclavos o negros de la vecindad, en cuyo caso la escolta era mayor, por temor a que no estuviesen conformes.

Al segundo día se iniciaba la sesión interrogando de nuevo a los testigos como si no hubiesen declarado aún; esto se hacía para comprobar si eran coherentes con lo que habían dicho en la sesión anterior, que había sido anotado. A continuación el tribunal suspendía nuevamente la sesión, y las partes litigantes permanecían en casa hasta el día siguiente, en que se imponía la pena, que solía consistir en una multa proporcionada al agravio.

El motivo de confinar a los litigantes era disuadirlos, con este pequeño castigo, de promover más peleas en el futuro, e impedir que surgiese algún

incidente al permanecer en libertad.

El ejemplo que daban, y el cuidado que ponían en resolver las diferencias entre sus vecinos, habían conseguido apaciguar toda la comarca vecina. Y cuando ya llevaban aquí tres años, al capitán North y algunos compañeros pensaron dirigirse hacia el sur, a comprar más esclavos y ganado: se proveyeron de gran cantidad de pólvora y armas, además de las que podían usar, con 50 blancos y 300 nativos, y emprendieron la marcha. Cuando llevaban recorridas unas ochenta millas, llegaron a una nación rica en esclavos y ganado que habitaba las riberas del río más ancho del este de la isla, llamado Mangora [Manangara]. De esta gente adquirió gran cantidad de esclavos y ganado, que cambió por armas y pólvora. Y como cuando el capitán North llegó estaban en guerra con un príncipe vecino, le pidieron que los ayudase, a cambio de lo cual, los mangorianos le prometieron cien esclavos y 500 cabezas de ganado, además de todos los prisioneros que capturase. Con esta condición se unió a ellos, y marcharon a una ciudad enemiga muy grande, que naturalmente era muy fuerte, y considerada inexpugnable por los nativos, ya que estaba situada en lo alto de un cerro escabroso al que sólo se podía subir por un camino que conducía a sus puertas fuertemente guardadas. Los negros del ejército de North se mostraron partidarios de renunciar a atacar esa ciudad, y adentrarse en la región en busca de botín; pero North les dijo que no era prudente dejar detrás una guarnición enemiga, que los hostigarían constantemente y atacarían por retaguardia, y que a la hora de transportar cualquier botín que reuniesen los acosarían con más facilidad; además, sería un refugio para toda la región, acudirían allí todos los fugitivos hasta que se reuniese un grupo suficiente para bajar y enfrentarse a ellos a campo abierto, lo que el enemigo podría hacer entonces con razonables esperanzas de éxito, dado que sus hombres estarían frescos, mientras ellos estarían agotados por las marchas, quizá estorbados por el botín, y desmoralizados por la incomodidad de dormir a la intemperie.

El jefe de sus aliados concedió que estaban bien sus razones, siempre que la toma de la ciudad fuera factible, pero que la experiencia había probado lo contrario; y aunque la asediasen varias veces, no podrían tomarla, y sería una gran pérdida de tiempo y de vidas humanas.

North le pidió que le dejase a él dirigir el asedio.

El jefe respondió que hiciera lo que quisiese, aunque estaba en contra de atacar una ciudad que la naturaleza misma había fortificado, que Dios Todopoderoso no consentiría que fuese tomada, y que ya habían costado un número indecible de vidas de compatriotas suyos los vanos intentos que habían

hecho de someterla.

North desplegó su ejército; cercó el cerro por todas partes, y mandó mensaje a la ciudad de que si no se rendía no daría cuartel ni siquiera a las mujeres y los ancianos. Los habitantes se rieron de este mensaje, y contestaron que no creían que hubiera aprendido el arte de volar, y mientras no fuese así, dudaban mucho que pudiera llevar a cabo tal amenaza.

De los blancos, North escogió 30 y los puso a la cabeza de 3 compañías formadas por 100 negros cada una; y como había llevado algunas granadas, no tardaron en dispersar a la guardia que custodiaba el pie del cerro, e hicieron una trinchera. Aunque los negros conocían las armas de fuego, las granadas eran totalmente nuevas para ellos, y al ver su terrible efecto, arrojaron sus armas y retrocedieron hasta la mitad del cerro, donde había otro *corps de garde*, aunque no sin sufrir alguna baja. Una vez puestos en fuga los de abajo, North envió 10 blancos y 500 negros a tomar dicha posición, y ordenó a los otros blancos asaltar el cerro, y en cuanto desalojasen a esa otra guardia, si era posible, entrar en el pueblo con ellos. Consiguientemente, subieron con esta orden; pero como el camino era estrecho, sólo podían ir de a tres, y el enemigo, en cuanto llegaron a tiro, les arrojó una lluvia de dardos: tres negros marchaban con escudos delante de tres tiradores, protegiéndolos de las armas del enemigo; a éstos los seguían otros con la misma precaución, con blancos mezclados entre ellos, o sea, un mosquetero blanco cada dos negros.

El enemigo parecía decidido a defender el paso; pero cuando llevaban ya empleados bastantes dardos sin resultado, y habían perdido algunos hombres por el fuego de los mosqueteros, retrocedieron rápidamente a lo alto del cerro, donde, junto a los hombres de refresco del pueblo, dieron muestras de estar dispuestos a resistir; los hombres de North los siguieron detrás, y les mandaron una descarga cerrada que sembró la confusión, lo que permitió a los asaltantes acercarse lo bastante para arrojarles algunas granadas, media docena de las cuales estallaron, causando gran daño y matando varios hombres, por lo que buscaron protegerse en el pueblo. Pero los de dentro, temiendo que el enemigo entrase con ellos, no quisieron abrirles las puertas, y los negros del ejército de North, por mucho que los blancos trataron de impedirlo, hicieron gran mortandad entre ellos. Sin embargo salvaron algunos, que enviaron prisioneros a su campamento, a la vez que un mensaje pidiendo una provisión de pólvora para confeccionar un petardo.

Entre tanto, el enemigo lanzó desde el pueblo una cantidad prodigiosa de dardos que los asaltantes recibieron sobre sus escudos, al menos en gran parte.

Conminaron al pueblo otra vez, pero éste se negó a rendirse, por lo que se vieron obligados a protegerse como pudieron mientras esperaban a que llegara la pólvora del campamento. Mientras, como mantenían un fuego vivo con armas de mano, el lanzamiento de dardos desde el pueblo se hizo menos frecuente, ya que nadie podía asomar la cabeza sin correr el más grande peligro.

Cuando llegó la pólvora talaron y vaciaron un tronco, lo llenaron de pólvora y lo taponaron muy fuertemente; y bajo la cobertura de sus escudos y mosquetes lo colocaron junto a la puerta, al pie de la cual excavaron un hoyo lo bastante grande para recibirlo; seguidamente prendieron la mecha, y se produjo una explosión terrible que hizo saltar por los aires la puerta, dejando el paso franco, por donde entraron los asaltantes, a los que se habían unido 500 negros más que habían acudido con la pólvora, e iniciaron una grandísima matanza. Los blancos protegieron a cuantos pudieron de los que se rindieron, pero a pesar de su diligencia, el pueblo quedó sembrado de muertos y moribundos. Finalmente, por el cansancio y la persuasión, cesó la matanza, el pueblo fue reducido a cenizas y los vencedores regresaron al campamento con 3.000 prisioneros, que los aliados condujeron a su propio territorio, donde entresacaron a las viejas, los niños y los esclavos inservibles, y se los mandaron a North, como si considerasen que así satisfacían la promesa dada a cambio de su ayuda.

Al ver North la desfachatez de esta gente mandó llamar al príncipe, y le dijo que, según lo acordado, los esclavos eran de él; más aún, que en justicia era dueño único de todo, dado que él (el príncipe) había renunciado a tomar el pueblo, y había intentado disuadirle de asediarlo, y que no sólo era suya la victoria, sino incluso la seguridad de su ejército y todo el botín que obtuvieran como resultado de la guerra, por las razones ya expuestas, y que él mismo juzgaba buenas; que había creído aliarse con un pueblo íntegro, pero que sentía decir que veía que se había equivocado, dado que estaban muy lejos de cumplir lo pactado, porque de los esclavos apresados le mandaba, en vez de todos, los que no sabía qué hacer con ellos; pero que no le imaginase tan ciego como para no darse cuenta con cuánta falsedad era tratado; y que no le faltaban fuerza ni resolución para tomar en cuenta semejante tratado.

Preguntó a continuación qué había sido de cierto número de jóvenes y mujeres de buen aspecto que había visto entre los: cautivos.

El príncipe contestó que eran parientes suyos y de sus compatriotas, y por tanto no podía consentir, ni él exigir, que fuesen esclavos.

Y tras esta respuesta, el jefe dio media vuelta y se marchó. El tono altanero con que lo había hecho irritó no poco a North y sus camaradas; éstos se mostraron partidarios de tomarse la justicia por sus manos sin más dilación, pero North les pidió que tuviesen paciencia y confiasen en él. Siguieron este consejo, y North mandó secretamente un intérprete a preguntar a las mujeres qué parentesco tenían con el pueblo del río; los prisioneros respondieron que algunos de sus antecesores se habían casado con miembros de esa nación.

Aquí debo indicar que, pese a que los habitantes de Madagascar sólo poseen una lengua común a toda la isla, la diferencia dialectal entre las distintas naciones hace que sea muy difícil que la entienda perfectamente nadie que no sea nativo, o no haya pasado muchos años (más de los que llevaban North y sus compañeros) entre ellos; y ésa es la razón de que utilizara un intérprete, tanto para tratar con el jefe como con los esclavos.

Oída esta respuesta de los prisioneros, fue al príncipe y le dijo que era muy extraño que hiciera la guerra a sus parientes; sin embargo, podía quedárselos, dado que los tenía por tales, hasta que él pudiese probar que su derecho estaba antes que el grado de consanguinidad del príncipe; que como los había tomado una vez, intentaría ver si podía apoyar la justicia de su demanda, y por tanto que estuviese alerta, porque abiertamente le advertía que ya no se consideraba aliado, sino declarado enemigo de la gente desleal.

Dicho esto, se apartó de los mangorianos con sus negros, los dividió en compañías, con sus blancos a la cabeza de cada una, y les ordenó abrir fuego por encima de la cabeza de sus antiguos aliados. La primera descarga causó un asombro prodigioso entre los mangorianos, varios de los cuales huyeron corriendo; pero North disparó inmediatamente otras dos, mandó perseguirlos, y volvieron a traer al príncipe y principales jefes de su ejército ante él, a gatas; besaron los pies de los blancos (como es costumbre entre ellos como muestra de la más grande sumisión), y suplicaron que siguieran siendo amigos, y que dispusiesen de todo como juzgasen conveniente.

North le dijo que el engaño era indicio de un alma mezquina y cobarde; que si él, el príncipe, juzgaba que era demasiado lo que sin embargo era de justo derecho (porque no sólo se lo había prometido sino que había sido obtenido por su intervención), debía haberlo discutido con él, North, y haberle dicho claramente su opinión al respecto, lo que probablemente no habría provocado ninguna disensión, porque ni él ni sus hombres eran codiciosos ni inmoderados. Pero el no atreverse a reclamar abiertamente los esclavos para sí, sino quererlos robar vilmente con el

falso pretexto de que eran parientes, era señal de que no pensaba que su reclamación era justificable, como ciertamente no lo era; porque todos los capitanes podían atestiguar que su príncipe había acordado que los prisioneros capturados serían dados a los blancos y sus compañeros, título suficiente, por no citar otros; que él estaba dispuesto a enseñarles, mediante un castigo ejemplar, el rechazo que sentían los de su color hacia la ingratitud y el engaño, y la diferencia que había entre luchar en el campo de la justicia, y soportar el agravio y la injuria; pero dado que reconocían su error, debía no sólo perdonar sino olvidar lo pasado, siempre que no le refrescase la memoria ninguna nueva traición a su regreso. Acto seguido mandó que le trajesen todos los esclavos, lo que hicieron ellos puntualmente y sin replicar.

North dividió a los prisioneros en dos grupos iguales poniendo en uno de ellos a los más fuertes y capaces, se quedó el que tenía a los escogidos, y mandó el otro al príncipe, diciéndole que, aunque ningún engaño ni coacción podría arrancarle un solo esclavo, sin embargo, en justicia, por haber compartido el peligro alguna tropa suya, y por simple generosidad, le enviaba este regalo, que era la mitad del expolio; y que no pensase llevar la guerra más allá y se contentase con la toma de un pueblo que habían considerado siempre inexpugnable, y se culpase a sí mismo, si proseguía la campaña y le faltaba su ayuda.

El príncipe y su gente admiraron la penetración, valentía y generosidad de los blancos, y el primero mandó mensaje, de que estaba más agradecido a ellos por la lección que le habían enseñado que por el regalo de los esclavos, si bien estimaba esto último en lo que valía. Que en el futuro condenaría toda acción indigna, dado que había aprendido de ellos la belleza de un comportamiento franco y sincero. Al mismo tiempo les agradecía el regalo, y que no hubiesen dejado que su enojo fuera más allá de asustarlo para hacerle ver su deber; porque se había dado cuenta de que las balas no habían sido disparadas por encima de sus cabezas sino por una orden que provenía de la humanidad de los blancos, que, según observaba, eran indulgentes con las vidas de los enemigos, en contra de la costumbre de sus compatriotas, que no daban cuartel a ninguno, salvo a las mujeres y los niños, para que más tarde no hubiese nadie que pudiese tornar venganza; y rogaba que tuviese en cuenta su sumisión y recapacitase sobre su decisión de irse. Pero de nada valió esto: los blancos y sus amigos, que habían ido con ellos, emprendieron el regreso a casa, llevándose el ganado y los esclavos obtenidos. Y aunque los mangorianos sintieron bastante la firme resolución de North, se separaron en términos muy amistosos.

En el regreso a su compañía toparon con otra nación, los timouses, cuyo

príncipe se unió a North con 500 hombres, con juramento de estrecha amistad a él y a su tripulación.

Dado lo insólito de la ceremonia que utilizan para esto los nativos, quizá les guste a mis lectores conocerla: las partes que se juran lealtad entrelazan sus dedos de los pies y de las manos, lo que necesariamente tienen que hacer sentados, muy cerca el uno del otro. Una vez unidos así los pies y las manos, se prometen toda colaboración amistosa, ser amigo o enemigo del amigo o el enemigo de la otra parte, e imprecan varias maldiciones sobre sí mismos, caso de traicionar este juramento, como que caigan por la lanza, los devore un cocodrilo, o los fulmine la mano de Dios; acto seguido un auxiliar escarifica a cada una de las partes contratantes en el pecho, enjuga la sangre con un trozo de pan, y da ese pan ensangrentado a cada uno para que lo coma; o sea, cada uno come el pan mojado en la sangre del otro. Y este juramento, tanto si es entre personajes del mismo rango, o entre príncipe y súbdito, donde el uno promete protección y el otro obediencia (que fue el prestado entre North y este príncipe), se tiene por inviolable, y hay pocos casos en que haya sido quebrantado. Pero todo el que ha sido tan malvado como para violar este solemne juramento, dicen, ha recibido siempre el castigo que reclamaba en sus imprecaciones.

Este príncipe, como estaba en guerra con unos vecinos poderosos, abandonó su país con todos sus hombres, mujeres y parientes principales, y una compañía de 500 guerreros, siguió a North, y se estableció cerca de él, donde vivió dos años, el tiempo que permaneció allí North. Durante este espacio, abastecido por el capitán North de armas, pólvora y varios nativos, efectuó varias incursiones en los territorios enemigos, haciendo que todos los capturados juraran vasallaje al capitán North.

Al término de esos dos años, llegó el capitán Halsey con un bergantín, como se ha dicho en la vida del capitán White.

Esta tripulación, que había hecho un viaje accidentado, estaba descontenta con su capitán, y pidió a North que asumiese el mando; pero él rechazó el ofrecimiento, diciendo que Halsey era competente en todos los respectos, y que no debían deponer a un hombre al que no podían acusar ni de falta de valor ni de mala conducta; y que por su parte, jamás quitaría el mando a nadie que en justicia no mereciese ser depuesto, como era el caso de Halsey.

No quedó, sin embargo, satisfecha la tripulación, y ofrecieron el mando a White; pero por industria de North, se resignaron a seguir con su jefe; y como

North y sus compañeros se habían gastado el dinero en poner en explotación sus plantaciones, y necesitaban ropa, aceptó él el puesto de cabo de brigadas a las órdenes de Halsey, y los demás embarcaron en calidad de caballeros de fortuna rasos, quiero decir, marineros de cubierta, como puede leerse en la vida de ese pirata, a la que me remito para informarse de la expedición que hicieron al Mar Rojo, a partir de la pág. 535. El capitán Halsey, a bordo de una presa, dejó a North el mando del bergantín en el que zarparon.

Un temporal separó a los dos comandantes, aunque los dos pusieron rumbo a Madagascar; Halsey llegó a Ambonavoula, pero North arribó a Matitanana, donde, al observar muy podrido el bergantín, y que hacía bastante agua, acordaron por unanimidad desembarcar todo cuanto llevaban a bordo y desaparejar la nave.

Todos fueron muy bien acogidos; y como el rey estaba a la sazón guerreando con su hermano, North convenció a la hermana de su majestad de que pasase sus horas solitarias con él. Regresó el rey tras derrotar a su hermano y, furioso con North por haberse tomado tanta libertad con la familia real, resolvió imponerle una sanción de 200 chequines por la ofensa hecha a su ilustre casa. Pero North, que intuyó su propósito, lo apaciguó ofreciéndole un regalo de cien.

Aquí permanecieron los piratas un año entero, hasta que decidieron ir a Ambonavoula; pidieron entonces ayuda al rey para construir una embarcación, y éste, por 1.000 dólares, puso negros a trabajar a las órdenes del capitán North; y con gran diligencia construyeron y botaron una nave de 15 toneladas.

En esta lancha se dirigieron a un río llamado Manangaro, treinta leguas al norte de Matitanana: aquí se les acercaron unos cofrades en un bote que pertenecía al barco escocés *Neptune*, y los ayudaron a transportar sus mercancías a Ambonavoula, donde North había estado establecido, y donde tenía una mujer y tres hijos.

No hacía mucho que había regresado cuando los nativos de su vecindad le informaron de que los timouses que lo habían acompañado desde el sur tenían el propósito de sublevarse y asesinarlo a él y a los demás blancos. Y North, dando crédito demasiado fácilmente a esta información, declaró la guerra y expulsó a esta pobre gente de la comarca.

Un tiempo después construyó una balandra con la que fue a la bahía de Antongil, donde compró 90 esclavos y tomó al sobrecargo escocés, señor George Crookshank, con el propósito de llevarlo a Mascareñas. Pero se opusieron todos

sus camaradas, diciendo que cuando llegase a Europa haría lo posible por acabar con ellos. North respondió que nada era más cruel, después de despojar al pobre caballero de casi todo lo que poseía, que separarlo de su país, su familia y sus amigos; por lo que a él se refería, si el prisionero fuera suyo nada más, no pediría a nadie consentimiento para realizar una acción humanitaria, la única que comportaba cierta reparación, ya que no podían devolverle los bienes por haberlos distribuido en tantas partes.

Después de hablarles así North sometieron el asunto a votación, y como eran muchos los que tenían algo que agradecer a North y les influía su postura, 48 de los 54 votaron a favor de poner en libertad al sobrecargo. Ganado este pulso, los piratas preguntaron a North si también pensaba llevar a un tal J. B., por el que sentía él gran afecto, y había sido guardia marina a bordo del *Neptune* (era un joven escocés muy hábil, marinero acabado, y muy capacitado para asumir el gobierno en cualquier viaje). Respondió que era obligado llevarlo porque necesitaría ayuda en el viaje; aunque confiaban en sus conocimientos, sus compañeros dijeron que seguramente le daría esquinazo, lo que podía ser una pérdida para todos, dado que era experto, y buen compañero, y por tanto era necesario retenerlo por el bien de todos. A esto North respondió que su propia seguridad le obligaba a tener cuidado de que no se fuera, dado que ningún otro a bordo era capaz de hallar el camino de regreso a Ambonavoula.

Fueron a Mascareñas, donde desembarcaron al sobrecargo con sus negros y todo el dinero que tenía, que eran unos 1.600 dólares; porque cuando los piratas apresaron el *Neptune*, de la manera que ya he explicado, no quitaron el dinero que ellos mismos habían pagado antes por los licores, *etc.* al capitán, al sobrecargo ni a nadie; por eso lo consideraron una acción baja e indigna, sino que querían el barco y el resto del cargamento, cosas ambas a las que legalmente tenían derecho. Es cierto que obligaron a los mercaderes del *Greyhound* a devolverles el dinero que les habían cobrado; pero antes de que el lector los tache de injustos, y tome posición contra la máxima arriba señalada, permítaseme exponer las circunstancias, y recordar la historia entera:

No se quedaron con ese barco; al contrario, lo soltaron bien abastecido de víveres y provisto de lo necesario para el viaje; y se concederá, supongo, que tenían derecho legítimo a él, puesto que era de un enemigo y había entrado a un puerto que era de ellos sin salvoconducto. Y repito: no robaron a estos mercaderes el dinero que antes les habían dado, sino que lo tomaron en pago de los licores del *Neptune* que habían embarcado en el *Greyhound*, y que los mismos mercaderes, si tenían un ápice de honestidad, no podían esperar llevarse gratis. Pero supongamos

que les hubiesen quitado el dinero a la fuerza y no mediante transacción legal, como está claro que hicieron; de todas maneras no fue sino un acto de justicia, como podía esperarse razonablemente de la probidad de estos caballeros, que jamás consintieron que una mala acción quedara impune; y nadie puede justificar el proceder de esos mercaderes que aconsejaron apresar el barco escocés. Pero volvamos a nuestro relato.

North no le consintió a J. B. quedarse en tierra. Sin embargo, para compensarle de este confinamiento, le dio cuatro negros, que pudo vender por 300 dólares, y veló por que pudiese vivir con toda comodidad y desahogo a bordo. El interés de North en esta isla era obtener licencia para poder llevar allí a sus hijos, a fin de que se educasen en la fe cristiana; la consiguió mediante ricos regalos que hizo al gobernador, y regresó a Madagascar. En el viaje, como J. B. gozaba de su favor y confianza, le contó que su idea era dejar a sus hijos en Mascareñas, y dejarles sendas fortunas, poniéndolas en manos de algún honrado sacerdote para que les procurase una educación cristiana (porque prefería que fuesen papistas a que creciesen fuera del cristianismo), y que después regresaría a Matitanana, donde pensaba expiar los pecados de su anterior vida mediante la penitencia, y no salir nunca más de la isla bajo ningún concepto; y que le daría (A. B.) la balandra, con doscientos dólares, a fin de que hallase el modo de regresar a casa, dado que muy atinadamente se negaba a unirse a los piratas.

Cuando llegaron a la costa de Madagascar, le dijeron que había tocado allí un barco francés que había abandonado a algunos hombres en tierra; en cuanto se enteró de esto, North se desvió 100 millas al sur de su ruta para interesarse y ayudar a estos hombres: rasgo de humanidad que no puedo pasar en silencio, porque puede enseñarnos a no pocos que presumimos de creyentes, y obramos con más ferocidad que aquellos a los que perseguimos y destruimos por considerarlos una plaga para el mundo y un escándalo para la humanidad. Si alguien juzga excesivamente severa esta reflexión, que se fije en los miles de personas que mueren en las cárceles por crueldad de sus acreedores que saben que no les es posible pagar; que eche una ojeada a la miseria que reina en esos cementerios de vivos; que pregunte cuántos mueren de hambre para satisfacer a un espíritu implacable, y después, si puede, que absuelva a las leyes inglesas que permiten que un acreedor castigue a un desventurado por serlo con la más cruel de las muertes inventadas: la del hambre; que las absuelva, digo, de la acusación de bárbaras. Pido disculpas por esta digresión, a la que me ha empujado mi preocupación por el prestigio de los ingleses, por los suelos entre los extranjeros a causa de esa única razón.

Sólo encontró un hombre; se lo llevó, lo vistió y lo mantuvo. Al regresar a Ambonavoula halló la región soliviantada, y al resto de sus compañeros preparándose para una guerra con los nativos; pero su llegada restableció la antigua tranquilidad. Y cuando llevaba cuatro meses en casa, aparejó su balandra para dirigirse a Antongil a comprar esclavos. Sin embargo, muy pocos fueron de su agrado; al extremo de que sólo compró cuarenta en dos meses, y regresó. Ahora pensó llevar a sus hijos a Mascareñas; pero J. B. lo disuadió a causa de la época del año; así que se dirigió a Mathelage, en la costa oeste de la isla, a comprar *samsams*.

Después de comprar una considerable cantidad de *samsams* fue a Johanna, y de allí a Mayotta; regresó nuevamente a Madagascar, pero como no podía dar la vuelta por el extremo norte debido a la corriente, puso rumbo a Mayotta otra vez, en la parte oeste de esta isla, y entró en un puerto llamado Suárez, donde poco antes había entrado a comerciar un barco de Inglaterra, mandado por un tal Price, quien al desembarcar con su médico, fue apresado (así como la tripulación de su bote), hasta que pagó su propio rescate, y el del cirujano, con 200 barriles de pólvora y 1.000 armas de mano; pero había tenido que dejar a la tripulación del bote porque no tenía con qué rescatarla, aunque lo que le exigían era sólo dos armas de mano por cada hombre. Estos infelices fueron vendidos después a los árabes. En venganza, desembarcó North con su tripulación, prendió fuego al pueblo e hizo todo el estrago que pudo. De Mayotta volvió de nuevo a Madagascar, donde un rey conocido suyo le dijo que los blancos y los nativos estaban en guerra en Ambonavoula. Compró treinta esclavos, regresó con su tripulación y volvió a casa. Ante la noticia de su llegada los nativos mandaron firmar la paz, pero él no quiso escucharlos; al contrario, puso en pie un ejército, quemó varios poblados, e hizo gran número de prisioneros.

Este éxito movió a los nativos a suplicar humildemente el cese de las hostilidades, al que pudiera seguir una paz general. North accedió a este armisticio unos cuatro meses después de su llegada.

Sus enemigos, a los que ahora se les presentó la ocasión, sobornaron a algunos nativos vecinos de North, y una noche cayeron sobre él por sorpresa, cuando estaba en la cama, y lo mataron. Sus compañeros, sin embargo, fueron alertados; y tomaron las armas, e hicieron una gran mortandad entre la multitud traidora que tenían enfrente; y para vengar la muerte de North, siguieron haciéndoles la guerra durante siete años, tiempo en el que se adueñaron del país y expulsaron a todo el que no les juraba vasallaje.

Junto a North se encontró su testamento, en el que pedía a]. B. que llevase a

sus hijos a Mascareñas, en una balandra que le dejaba. J. B. se encargó de repararla, en lo que empleó casi todo el dinero que North le había dejado a él. Pero los piratas no consintieron que fuese, por temor a que no regresara, porque nunca se había unido a ellos en ninguna de sus acciones piratas. Así que, de común acuerdo, prendieron fuego a la balandra y por este medio lo retuvieron varios años… si es que no sigue allí todavía.

CAPÍTULO XI
Descripción de Magadoxa

tomada en parte del diario del capitán Beavis, así como

del manuscrito original de un mulato capturado por los

nativos que vivió entre ellos dieciséis años.

En el año 1700, el capitán Wifliam Beavis, comandante del barco llamado el *Albemarle*, entonces al servicio de la Compañía de las Indias Orientales, zarpó de Inglaterra con destino a Surat, en las Indias Orientales, pero cuando llevaba unos meses de navegación tuvo la desgracia de encontrarse con monzones contrarios y perdió el paso, de manera que tuvo que dirigirse a la costa de Zanguebar, en la parte superior de Etiopía del continente africano, en busca de un abrigo donde el barco estuviese seguro, y donde pudiese encontrar lo necesario para refrescar a la compañía mientras aguardaba el cambio de los vientos, lo que no era de esperar que ocurriese antes de tres o cuatro meses.

Se acercaron a tierra y echaron el ancla el 9 de noviembre del citado año; el 10 tuvieron viento fresco, pero el 11 hizo bastante buen tiempo, y el capitán mandó la yola a tierra, a dos sitios diferentes, y a considerable distancia uno del otro. Encontraron tierra arenosa en todas partes, y no pudieron descubrir el menor rastro de vida humana; sin embargo vieron ciervos, aunque no consiguieron acercarse lo bastante para dispararles; también encontraron excrementos de lobos, liebres y otros animales, aunque no vieron ningún ejemplar de estas especies, y cerca de la orilla descubrieron caparazones de crustáceos, pero no hallaron ninguno vivo, por lo que supusieron que los habían abandonado aquí algunas criaturas que los pescaban y se alimentaban de ellos habitualmente.

Les pareció este paraje completamente inhóspito, levaron anclas y navegaron a lo largo de la costa hasta el 17 del mismo mes, en que el capitán, mirando por su catalejo, divisó tres o cuatro hombres que caminaban por la orilla y de cuando en cuando se sentaban, aunque no vio ninguna casa, fuego o humo;

pero después de navegar una media legua más, descubrieron una cala, o bahía, donde el capitán supuso que podía haber un río; también descubrió varios árboles altos, que eran los primeros que veía desde que iban costeando, lo que le hizo suponer que debía de haber habitantes.

Así que fondearon, mandó el capitán arriar el bote, y envió al señor Baldwin, su tercer oficial, para que entrase en la bahía y averiguase si había algún río que desembocara en ella. Cuando estuvieron en la playa, divisaron unas cincuenta o sesenta personas de pie en unos escollos no lejos de la orilla, y separándose una de ellas del resto, se les acercó, alzó un trozo de tela blanca en el extremo de un palo, y lo ondeó hacia ellos; entendieron los del bote que era bandera de amistad, y respondieron con otro signo igual. Entonces la persona de la playa les hizo una seña con la mano, lo que tomaron por una invitación a que bajasen a tierra, así que se aventuraron. Iban en el bote dos hombres que hablaban un poco de portugués, y saludaron a dicho hombre en esa lengua; al acercarse, vieron que su gesto era muy cortés, aunque no entendieron una sílaba de lo que dijo en respuesta; pero, por las señas, imaginaron que los invitaba a ir a sus cabañas, a comer y beber.

Sin embargo no les pareció prudente demorarse más esta vez, regresaron al barco para dar cuenta al capitán de lo sucedido, e informarle de que no habían descubierto ningún río en la bahía. Dijeron que era gente bastante alta y de buena constitución, de un color negro azabache, cabeza y barba completamente afeitadas, y se cubrían con turbantes de una especie de lienzo y una especie de faja de algodón basto alrededor del abdomen; el resto del cuerpo lo llevaban completamente al aire; tras consultar a un mulato de la tripulación del barco que entendía las lenguas turca y árabe, qué lengua podía ser la de esta gente, el capitán concluyó que debía de ser una especie de árabe degenerado, dado que su indumentaria no difería mucho de la de los árabes del desierto, y no era improbable que fuesen alguna clase de descendientes de ellos; así que decidió arriar nuevamente el bote, mandar al mulato a parlamentar con ellos, y ver si entendía su lengua, al menos para averiguar dónde había agua dulce y alguna clase de provisiones que pudiesen cargar, y también si había algún abrigo o bahía donde el barco pudiese estar resguardado hasta que se calmasen aquellos vientos orientales.

El viento sopló tan fresco todo el día (era el 19) que no pudieron mandar el bote a tierra. Esa noche vigilaron, por si descubrían algún indicio de fuego en alguna parte de tierra, pero no fue así. Les pareció extraño que en un país habitado no hubiese humo de día ni fuego de noche, y supusieron que las cabañas de los nativos estaban muy al interior.

De todas maneras, al día siguiente mandó el bote a tierra con el mulato intérprete y el señor Courser, el cuarto oficial; y para prevenir cualquier sorpresa el capitán les ordenó que llevasen armas en el bote. Cuando se acercaban a la playa, varios nativos avanzaron hacia el borde del agua; pero viendo que los hombres del bote empuñaban armas al saltar a tierra, huyeron asustados hacia el interior, y no quisieron acercarse. Los del bote se adentraron un trecho en tierra y descubrieron algunas cabañas, con las cubiertas hechas de conchas de tortuga, e imaginaron que las pescaban como alimento, cuando era época de ellas, y con sus conchas hacían después la techumbre de las casas. Vieron también varias vacas, que eran muy veloces, aunque no más grandes que un ciervo. También vieron otras clases de animales, pero no cogieron ninguno, y regresaron a bordo sin haber obtenido ninguna información.

Aquí el error estuvo en que no mantuvieron alejado el bote, ni hicieron ninguna señal, como al principio, lo que habría dispuesto a los nativos a esperarles como la primera vez, sino que al desembarcar súbitamente con armas en la mano como si fuesen a matarlos, los asustaron. Por consiguiente, no había esperanza de descubrir nada aquí, lo que indujo al capitán a levar anclas y seguir un poco más hacia el oeste.

A la mañana siguiente, que era el 22, dieron fondo y mandaron el bote a la playa otra vez, con el señor Baldwin, el tercer oficial, y el artillero; dado que había elevadas colinas no lejos del lugar donde habían desembarcado, el oficial y el artillero decidieron subir a la cima de la más alta, a fin de otear el panorama desde allí. Hacia las cuatro de la tarde regresaron al barco con la noticia de que había un valle placentero al otro lado, de unas cinco millas de largo y aproximadamente lo mismo de ancho, pero que no habían visto casas ni otros signos de habitantes, aunque parecía que abundaba en venado y varios otros animales. Llevaron a bordo tres antílopes y dos gallinas de Guinea que habían matado a tiros, especies de las que habían visto gran número de ejemplares en los matorrales que cubrían las laderas. Los antílopes eran pequeños, aunque de patas muy largas, y de un color que era mezcla de negro y blanco, muy suave y brillante, con unos cuernos como de tres pulgadas de longitud.

Levaron anclas y recorrieron la costa hacia el oeste; y al día siguiente, que era el 23, el capitán vio con su catalejo siete u ocho hombres en la playa, por lo que envió el bote para tratar de hablar con ellos. Tan pronto como vieron que se acercaba el bote huyeron; pero los del bote siguieron hasta la playa, y no lejos vieron dos camellos y dos asnos cargados, que pasaban con los hombres que los guiaban. Hicieron también lo posible por hablar con ellos, pero al ver a los del bote

ir hacia ellos arrearon tan deprisa que no hubo forma de alcanzarlos.

A la mañana siguiente, con el aire más claro que de ordinario, el capitán escrutó con el catalejo y le pareció descubrir, hacia el oeste, varias altas agujas; levaron anclas y se dirigieron hacia allí. A las cuatro de la tarde vieron claramente una gran ciudad, y hacia las seis fondearon exactamente enfrente. Sin embargo esa tarde no envió el bote a la playa, sino que a la mañana siguiente ordenó al tercer oficial, señor Baldwin, y al sobrecargo, señor Sale, con el citado mulato, que hablaba las lenguas turca y árabe, que cogiesen la yola, con cuatro hombres, y fuesen con bandera blanca, a fin de que pudiera verse que iban amistosa y pacíficamente, encomendándoles al mismo tiempo que no dijesen ni hiciesen nada que pudiera parecer violento u ofensivo. No bien llegó el bote a la playa acudieron los nativos en tropel como para recibirlos, y con grandes muestras de amabilidad. El mulato les habló en la lengua árabe, dándoles a entender que se habían visto obligados a arribar a su costa por la desgracia de haber perdido el viaje, que tenían necesidad de agua, y les suplicaban que les mostrasen dónde podían abastecerse, y que si les parecía bien proporcionarles provisiones frescas, les pagarían en dinero, o en cualquier mercancía o curiosidad de Europa.

Y dio la casualidad de que la lengua que hablaban era una especie de árabe, por lo que el mulato pudo parlamentar con ellos perfectamente; le contestaron que el rey estaba ausente de la ciudad, y que no podían hacer nada hasta su regreso, pero que llegaría esa noche, ya que le habían mandado noticia de la llegada de un barco en cuanto éste hizo su aparición. Que, no obstante, podían estar seguros de que se les concedería lo que pedían, y les enseñaron dónde había varios manantiales de agua. Como estos manantiales estaban bastante lejos de la orilla, y el terreno que los rodeaba era escabroso y desigual, el mulato les dijo que sería difícil transportar los toneles un trecho tan largo y por terreno tan malo, y les preguntó si no había ninguno más cerca de la playa. Le contestaron que no, pero que el rey les daría bueyes para llevar los toneles al bote. Y tratado todo esto, regresaron al barco con un regalo del hijo del rey, consistente en un *sarne* de dátiles amasados, una orza de dulces y cuatro ovejas.

A la mañana siguiente, día 26, el capitán envió de nuevo la yola con los mismos oficiales para saber si había llegado el rey, y pedir licencia para cargar agua dulce, ordenándoles, si se les daba ese permiso, que hiciesen una señal para enviar la lancha a la playa. No mucho después de llegar a tierra la yola hizo la señal convenida; y al punto mandaron la lancha; al poco rato la yola regresó al barco: llegaba con cuatro hombres, para anunciar al capitán que en seguida volvería la lancha con el regalo de una vaca para él, y sugerirle que sería

conveniente enviar algún regalo al *shubander* (nombre con que designaban al hijo del rey), con el que ellos, o sea el tercer oficial, señor Baldwin, el artillero y el intérprete mulato, que servía en el barco como *quartier* (¿cabo de brigadas?), iban a comer.

El capitán se sorprendió ante esta temeridad, y más cuando les había ordenado que se mantuviesen alerta no fueran a ser objeto de alguna traición, dándoles armas para tal fin, y aconsejándoles que de ninguna manera se alejasen del bote. Pero ahora ya no tenía remedio; así que mandó la yola de nuevo con el regalo de un pequeño espejo (lo que era una gran rareza allí) para el príncipe, ordenando al hombre que lo llevaba que dijese al oficial, al artillero y al mulato que regresasen en cuanto les fuera posible, y que el resto, con la yola, se mantuviese a cierta distancia de la orilla, con las armas preparadas, aunque ocultas.

Al observar el capitán la yola con el catalejo, vio que sus hombres, contraviniendo sus órdenes, habían saltado a tierra; y al mirar un poco después, vio el bote sin el palo, y con un hombre sólo, que lo halaba, completamente en seco, hacia el pueblo, y que un momento después había desaparecido.

Esta temeridad de sus hombres le produjo una profunda inquietud: preveía (y efectivamente, con razón) que podía tener fatales consecuencias, porque sabía que los nativos de cierta parte de la costa eran caníbales. Así que, para no arriesgar demasiado de una vez, decidió no mandar la lancha a tierra hasta tanto no tuviera noticia de la yola.

Pasó todo el día preso del mayor desasosiego, con un hombre de vigilancia permanente, observando la playa con el catalejo, tratando de averiguar algo de sus hombres, aunque sin resultado; porque ni de ellos ni de la yola pudieron discernir en todo el día la menor señal. Esa noche la pasó sumido en inquietas reflexiones y lágrimas por la suerte de los que estaban en tierra. A la mañana siguiente decidió mandar la lancha con su segundo, el señor Nyn, y algunos oficiales más, ordenándoles mostrar la bandera blanca en cuanto viesen acercarse a alguien, pero sin arriesgarse a desembarcar, sino que hablasen con los nativos por señas desde el bote, y tratasen de averiguar la razón por la que habían sido detenidos sus hombres; y en caso de obtener confirmación de que los tenían prisioneros, o que se proponían venderlos como esclavos, intentar acordar con ellos un rescate por medio del intérprete mulato.

Cumplió el señor Nyn puntualmente estas órdenes, y al llegar cerca de tierra

se detuvo con la bandera blanca desplegada en el extremo del palo, al tiempo que observó que del pueblo salía una nutrida multitud de gente hacia la orilla. El capitán pudo verla también desde el barco con el catalejo, y calculó que eran entre cuatro y cinco mil, pero en vez de ir a parlamentar, se desplegaron por detrás, a lo largo de unos escollos que emergían a la espalda de la embarcación, donde se apostaron en una especie de emboscada, sin devolver señal alguna, ni manifestar ningún deseo de hablar con el bote.

Daba la clara impresión de que se proponían capturar por sorpresa a los hombres en caso de que se aventurasen a desembarcar; así que el señor Nyn decidió regresar a bordo. Y cuando navegaba paralelo a la costa, buscando un paso por la cadena de arrecifes de coral, los nativos lanzaron una lluvia de flechas al bote, que, sin embargo, no les hicieron nada, ya que quedaron cortas de distancia; tras lo cual el señor Nyn ordenó a sus hombres que disparasen hacia los escollos, con idea de asustarlos, porque como estaban atrincherados sabía que no les podía hacer ningún daño; y hecho esto regresaron al barco.

El capitán empezaba a desesperar de volver a ver a sus hombres: se le ocurría que lo mejor que podía haberles pasado era que los hubieran hecho esclavos, porque aún no recelaba que hubiesen encontrado un fin tan triste y cruel como el que en realidad les había acarreado su confianza en los nativos. Y decidió hacer otro intento, a fin de tener alguna noticia de lo ocurrido; para ello se le ocurrió una estratagema por la que no correría riesgo de perder ni uno sólo de sus hombres, y por la que muy probablemente le llegaría algún indicio de ellos si estaban vivos: escribió una carta, la hizo sujetar en el extremo de un palo, y ordenó que la llevasen secretamente a tierra durante la noche. Los hombres debían clavar el palo en la arena; y para hacerlo más visible, pusieron también una bandera sujeta a dicho palo.

Estaba seguro de que si alguno de sus hombres tenía libertad de movimientos vería la carta y la recogería; y si los tenían encerrados, los nativos, al no poder leerla, se la llevarían a donde estuviesen.

En esta carta aconsejaba al señor Baldwin y al señor Sale, el tercer oficial y el sobrecargo, que ajustasen el rescate de ellos mismos y de los cinco hombres que los acompañaban, incluido el mulato; que puesto que no había otra manera de procurarles la libertad, cumpliría las condiciones fueran las que fuesen; también les pedía que fijasen la respuesta en el mismo palo, y para que no se encontrasen sin nada con que escribir, les incluía lápiz y papel. Y a fin de poder recibir segura respuesta, les mandaba clavar dicho palo en el borde exacto del agua, donde no

había escollos cerca, para poder recogerla sin peligro de ninguna emboscada.

Fue el mejor procedimiento que se le ocurrió para socorrer a sus compatriotas, cuando, ¡ay!, era inútil ya todo socorro. Mandó, pues, el bote con dicha carta, saltaron dos hombres a tierra, la clavaron y, otra vez en el bote, se alejaron y fondearon a cierta distancia de la orilla, a fin de observar qué pasaba. Esperaron en vano hasta mediodía; entonces recogieron el rezón para volver al barco a tomar algún refrigerio. Y no bien habían izado la vela, vieron acercarse a un hombre y llevarse el palo; poco después, mientras navegaban en paralelo a la costa, y estaban al otro lado del escollo ya descrito, fueron saludados con una descarga de mosquetes, dando una de las balas en el bote, y varias otras muy cerca de él; por lo que pusieron cuanta vela pudieron para ir a informar al capitán de lo ocurrido.

Las armas de fuego de que habían hecho uso los nativos las habían encontrado en el bote, con seis cajas llenas de cartuchos, que al emplearlas de este modo convencieron al capitán de que no tenían intención de parlamentar con ellos, ni de escuchar ninguna condición sobre el rescate de sus desventurados oficiales. No obstante, siguió con la misma atenta vigilancia, mirando con ojos anhelantes, con la esperanza de ver la señal convenida en respuesta a la carta. Esperaron mucho tiempo en vano, lo que hizo pensar al capitán que les había sucedido algo irreparable, y que no los volverían a ver; pero en medio de su desesperación, le vino una idea a la cabeza que le trajo cierto consuelo, y es que imaginó que quizá los habían llevado al interior, al lugar donde había ido el rey, y que los nativos les llevarían la carta, lo que explicaría que no hubiesen dado todavía respuesta. Y con esta parpadeante lucecita de esperanza decidió aguardar unos días más, porque quería agarrarse a cualquier esperanza, antes que decidir marcharse sin ellos.

Así, pues, aguardaron un día tras otro, en espera de alguna respuesta, enviando la lancha para que fondease cerca de allí, a fin de que estuviese a mano si surgía alguna señal. Un día vieron salir del pueblo una gran multitud, y avanzar hacia la playa, lo que les hizo concebir esperanzas de que la liberación de sus amigos estaba cerca. Observaron sus movimientos con ojos atentos, esperando ver a cada instante la bandera de tregua. Pero en vez de eso, los vieron dirigirse directamente a los escollos de atrás, donde se apostaron en una especie de emboscada.

Esto acabó con todas las esperanzas: regresó la lancha al barco e informó al capitán de lo que habían visto; éste convocó una reunión de todos los oficiales para recabar de ellos cualquier sugerencia que pudiesen hacer sobre cómo llevar socorro

a sus compañeros. Uno de ellos propuso enviar un bote y quemarles algunos de los juncos que había varados como a un tiro de mosquete de la orilla, pero el capitán consideró que aunque esto podía satisfacer su venganza, no supondría ningún alivio para sus amigos cautivos; al contrario, podía hacer que los nativos los matasen en represalia, si no lo habían hecho ya; además, como estos juncos no estaban lejos de los escollos, los hombres de la lancha podían quedar expuestos a las flechas de los nativos (que siempre estaban al acecho), y correrían peligro de perder más hombres sin ningún provecho para ellos, ni para sus desventurados compañeros.

Por consiguiente abandonaron este proyecto, y como los vientos soplaban a menudo con mucha fuerza, y no le parecía al capitán seguro permanecer fondeados en esa rada abierta, levó anclas el 4 de diciembre, y navegó costeando, en busca de alguna bahía o cala donde poder permanecer a cubierto del viento y el tiempo, y con idea aún de que si alguno de sus hombres tenía oportunidad de escapar, o se apiadaban los nativos y decidían soltarlos a cambio de un rescate, estar lo bastante cerca para recogerlos. Al cabo de unas tres o cuatro horas de navegación lenta soltó el ancla. Ahora tenía la ciudad de Magadoxa al ENE. Se dieron cuenta de que estaban en una playa llana y suave, sin bahía ni otra protección, para fondear el barco, por lo que, al día siguiente, que era 5 de diciembre, salieron a mar abierta, y se reunieron para deliberar sobre qué hacer en esta situación. Y visto que no habían encontrado un sitio donde fondear con seguridad, y que si buscaban una bahía conveniente mucho más abajo no sería de ningún beneficio para sus desventurados compañeros, que no sabrían dónde estaban, y que además no podían arriesgarse a comprar provisiones a los nativos, por temor a una sorpresa o traición, y que los hombres empezaban a sentirse débiles y enfermos por falta de provisiones frescas, decidieron dirigirse a la isla de Johanna, sin más remedio que dejar a sus compañeros en manos de la Providencia, con gran inquietud y ansiedad por su desventurado destino.

Los dejaremos proseguir su viaje, que fue bastante feliz, quitando este desgraciado episodio, y relataremos lo que había ocurrido en tierra, cosa que podemos hacer por un manuscrito del intérprete mulato, que fue el único que escapó con vida, y regresó a Inglaterra, después de vivir dieciséis años entre estos bárbaros.

Como he dicho ya, el tercer oficial, señor Baldwin, y el sobrecargo, señor Sale (desgraciadamente para ellos), no hicieron caso de la advertencia que el capitán les había hecho de que fueran precavidos, y cometieron la imprudencia de aceptar la invitación del hijo del rey; y después de enviar la yola otra vez al barco

por un regalo, como he dicho, se encaminaron al pueblo, con el mulato, acompañados de los nativos que les habían llevado la invitación del hijo del rey. No bien llegaron a la primera entrada de la ciudad, fueron rodeados por una gran multitud, arrastrados violentamente a una pequeña puerta que había al pie de la entrada, y encerrados en una oscura mazmorra. Cuando llevaban unas dos horas en este lugar oyeron gran alboroto en el exterior; al poco rato se abrieron las puertas que conducían a la mazmorra, y fueron sacados al exterior; una vez fuera descubrieron qué era lo que producía todo el tumulto: habían vuelto los hombres que habían mandado al barco a traer un regalo para el hijo del rey y los habían prendido como a ellos; y rodeados por tanto gentío, los perdieron de vista en seguida; también ellos fueron separados unos de otros, y al preguntar el mulato qué significaba todo esto, y en qué los habían ofendido, se limitaron a contestarle que debía presentarse ante el *accabo* (nombre con que designan a su rey, y que no estaba ausente del pueblo como les habían dicho); así que se dejó conducir, con una nutrida guardia, esperando encontrar allí de nuevo a sus compañeros.

Al llegar a la casa real (que más tarde describiré), lo llevaron, a través de diversas estancias, a la sala donde se hallaba el rey, al que encontró sentado en el suelo, que estaba cubierto de esteras: vestía unos calzones de seda de color púrpura azulada que le llegaban a los pies, en los que no llevaba zapatos ni medias; se cubría con una amplia capa de la misma seda, y un turbante blanco en la cabeza; había sentadas a su lado ocho personas más, cuyo atuendo era igual que el de él en forma y hechura, pero los calzones y capas eran de algodón, en vez de seda, con franjas azules y blancas: eran sus consejeros y favoritos. El rey, en una especie de árabe, le preguntó de qué país era. El mulato contestó que de Cantón, China. Seguidamente le preguntó cómo era que se había asociado con aquellos horribles hombres blancos. El pobre mulato empezó a temblar ante esta pregunta, pero se excusó por hablar bien de ellos, y ensalzó altamente su cortesía de comportamiento, así como su generosidad, y los alabó en todo ante el rey, diciendo que estaba seguro de que el capitán le pagaría el rescate si se dignaba proponerlo; no le respondió el rey a esto, sino que le preguntó qué llevaba el barco a bordo; el mulato le dio cuenta de la carga; a continuación quiso saber si desembarcaría el resto de los hombres, y él contestó que no lo sabía, pero que si se les permitía regresar a bordo, estaba seguro de que volverían a tierra, y que el propio capitán tenía intención de rendir visita al rey, tan pronto como ellos regresasen. Pero el rey no dio muestras de querer acceder a eso, sino que mandó que lo devolviesen a la prisión.

La prisión, que ellos llamaban *haulaub*, es una construcción cuadrada, hecha de piedra, de unos veinte pies de alto y techo plano, cuya fachada da a una de las

calles más amplias. No tiene ventanas ni barrotes de hierro como nuestras prisiones, sino varios agujeros pequeños de unas ocho o nueve pulgadas cuadradas, que traspasan el muro, a través de los cuales el espacio interior recibe la luz y el aire. Aquí pusieron al pobre mulato, muy inquieto por la suerte de sus desventurados compañeros, a los que no había visto desde que los separaron al principio y los metieron en el calabozo; por lo que, al descubrir a un viejo mirando por uno de los agujeros que acabo de describir, le preguntó qué había sido de ellos; y el viejo le dio cuenta del siguiente suceso: que la multitud había dado muerte a los últimos en llegar en el bote, que eran los cuatro marineros enviados al barco a traer el regalo para el hijo del rey, y que al oponer alguna resistencia los habían despedazado, considerándose afortunado el que había conseguido algún trozo de su carne —él mismo le enseñó un trocito de unas dos onzas, que había pedido a otro que se había alzado con una gran porción—, que muchos se habían comido ya; que de niños se les enseñaba a tener aversión a los blancos, y que éstos eran los primeros que veían, por lo que recordaba; en cuanto al hombre alto y al bajo que habían estado en el calabozo con él (eran el señor Baldwin y el señor Sale, el oficial y el sobrecargo), habían sido conducidos por orden del rey al *boderzau* (lugar donde guardan tigres y otras fieras para las diversiones del rey), y arrojados a estos animales.

Éste era, efectivamente, el relato verídico de la más sangrienta matanza cometida con estos desventurados, cuya noticia, como podemos imaginar, debió de sumir al pobre mulato en la mayor consternación y terror, convenciéndolo de que iba sufrir una muerte cruel. A veces se hacía ilusiones, diciéndose que lo perdonarían por ser mulato, pero cuando pensaba que había estado defendiendo a los hombres blancos se consideraba hombre muerto, convencido de que esa defensa sería para ellos motivo suficiente para matarlo.

Entre estas dudas y temores pasó la noche, en un espacio lleno de suciedad, donde no había un sitio donde aliviar el vientre y donde, de haberle permitido su espíritu descansar, le habría resultado casi imposible dormir. Por la mañana se acercó un hombre a mirar por uno de los agujeros, y con una gran alegría en el semblante le dijo que llegaban más blancos a la playa; el individuo no se lo decía como una buena noticia para él, sino por el placer que tendrían en poder matar más. El mulato deseó en su interior que tuviesen noticia de ocurrido, y poder advertirles, pero lo más seguro para él era guardarse para sí estos deseos, de manera que no dijo nada. Unas horas después fue conducido de nuevo al rey. Pensó que le había llegado la hora; pero una vez en presencia del rey le pusieron una carta en la mano, ordenándole que dijese qué significaba, porque los que habían llegado a la playa la habían clavado en un palo y se habían ido antes de

poder hablar con ellos. Le echó una ojeada y vio que era del capitán, que hablaba del rescate; y de repente se le ocurrió que si la explicaba al rey, le utilizarían de alguna manera para atraer más hombres a la playa para matarlos, y como a sus compañeros no había ya nada que los rescatase, dijo que desconocía las costumbres de los hombres blancos, y no entendía qué significaba aquello. El rey entonces le preguntó si podía convencer a los blancos, que en ese momento aguardaban fondeados en la lancha, a cierta distancia de la orilla, para que bajasen a tierra. Él contestó que lo intentaría si ése era su deseo; a lo cual el rey habló en voz baja con algunos otros que tenía cerca, pero no volvió a mencionar el asunto, sin duda porque había decidido no fiarse de él. Y la verdad era que había pensado contarles lo ocurrido y, si los nativos no le tenían firmemente sujeto, lanzarse al agua y arriesgarse a nadar hasta ellos, convencido de que los del bote dispararían para protegerlo; pero no le dieron ocasión de intentarlo.

El rey pidió entonces que trajesen una de las armas de fuego que habían cogido del bote, y le ordenó que les enseñase cómo debía usarse, lo que se vio obligado a hacer, e hicieron uso de ellas poco después, disparando a la lancha como he dicho. A continuación fue devuelto a la prisión; y hablando con el carcelero (al que en su lengua llaman *kasboo*), le preguntó qué creía que se proponía hacer el rey con él. El carcelero le contestó que estaba seguro de que no pensaba matarlo como había hecho con los blancos, porque había ordenado darle de comer; esta noticia hizo revivir un poco su ánimo abatido; y, efectivamente, le trajeron plátanos y bananas, que fue el primer alimento que tomó desde que había pisado tierra; y una vez recobradas las fuerzas con eso, y un *alabo* de agua, o sea, un recipiente no muy distinto de un pichel, suplicó que le permitiesen limpiar un poco el lugar; el carcelero le trajo un manojo de ramas verdes atadas, que ellos llaman *tosee*, y sirve de escoba; con esto, y una cosa parecida a una pala, se las arregló para asear medianamente el recinto. Cuando hubo terminado reparó en un viejo que le observaba por uno de los agujeros, trabó conversación con él, y le preguntó si se había ido el barco. El viejo le dijo que no, y que había otro bote con blancos fondeado cerca de tierra, y que había muchísima gente de la ciudad acechando, a la espera de que bajasen a tierra. Suplicó al viejo que le trajese unas cuantas palmas para ponerlas en el suelo debajo de él, lo que hizo el viejo, de suerte que esa noche descansó muy confortablemente, en comparación con la noche anterior.

A la mañana siguiente fue conducido de nuevo ante el rey, que le preguntó si podía matar un *coway* con uno de esos mosquetes. Él contestó que sí, y se alegró de que le empleasen en esto, pensando que podía ser un medio de agradar al rey, o al menos de ganar su favor al extremo de perdonarle la vida. Fue conducido a la orilla del río, acompañado del propio rey, y le pusieron en las manos un mosquete.

Cogió la bala, la machacó, reduciéndola a trocitos como del tamaño de un perdigón, porque no quería arriesgarse a disparar con una única bala, dado que no sabía si su vida dependería del éxito del disparo, y de esta manera mató uno del primer tiro. El rey pareció muy complacido, le hizo cargar la pieza otra vez de la misma manera, y tomándola en sus propias manos la descargó sobre otro *coway*, al que mató también.

El *coway* (garza real) es un ave preciosa, más grande que el cisne y no muy distinta de forma, con el cuerpo blanco como la leche, pero el penacho de la cabeza, y también el de la cola, están adornados con varios colores; tiene el pico un poco curvo y desigual, y las patas de un precioso color amarillo; y tiene esta figura (o sea, la representada en el manuscrito). Vive en grandes bandadas cerca del agua, y cría de catorce a quince pollos cada vez, y empolla cuatro veces al año; su carne es excelente, y no sabe en absoluto a pescado.

Después fue mandado otra vez a la prisión, y por el camino preguntó al carcelero (con el que había hecho amistad) qué pensaba que se proponía hacer el rey con él. El *kasboo*, o carcelero, le dijo que creía que lo retendría hasta que el barco (que ellos llamaban *schabew*) y los blancos se hubiesen ido, que entonces ordenaría que lo sacasen de su encierro, y lo emplearía en algún servicio. El carcelero pareció hablar con él, y tratarle, mucho más amablemente que antes; y cuando llegaron a la prisión, le llevó un *patue* (un plato, en su lengua) de arroz cocido, con aceite, que tenía aspecto de ser muy buen alimento; le dejó dos *alabos* o picheles grandes de agua, suficientes para beber y limpiar su mazmorra, después de lo cual disfrutó de un cómodo descanso esa noche.

El pobre hombre empezó ahora a desear que se fuese el barco, ya que no tenía esperanza de escapar, y su marcha le procuraría mayor libertad. A la mañana siguiente, al descubrir al viejo que le había traído las hojas de palma observándole por uno de los agujeros, le preguntó si aún estaba a la vista el barco. Le contestó que sí, y que había muchísima gente apostada detrás de los escollos, con las cosas que habían cogido del bote (y describió los mosquetes), y numerosas flechas, preparada para disparar si bajaban a tierra, o se acercaban lo bastante con su embarcación. Le pidió que le informase de lo que ocurriera; y sobre todo, que cuando se fuese el barco se lo comunicase. El viejo, que se llamaba Morasab, parecía servicial y amable, y le prometió hacerlo, y que volvería por la noche (que en su lengua llaman *raham*).

Poco después entró el *kasboo*, o carcelero, y le trajo unos plátanos como desayuno; abrió una puerta que daba a un pequeño patio trasero donde había una

fuente de agua dulce, y le dijo que cogiera el agua que quisiese con los *alabos* y aseara su celda, dejándole el recinto abierto a tal propósito, ya que no tenía posibilidad de escapar. Hacia el anochecer volvió para llevarle arroz cocido con aceite, cerró la puerta anteriormente descrita, le dejó agua suficiente, y se despidió por esa noche.

Apareció Morasab por uno de los agujeros conforme había prometido, le comunicó que el barco seguía en el mismo lugar, y que ese día no se había visto el bote cerca de tierra. A la mañana siguiente, fue a verlo Morasab otra vez, y le contó muy contento que el barco se iba, dado que había desplegado las velas; poco más tarde entró el *kasboo*, o carcelero, como de costumbre, con la ración de arroz cocido, y le dio la misma noticia.

Aunque ahora no tenía esperanza de huir, sin embargo confiaba en que lo sacasen de la prisión y así gozar de libertad, que es lo más grato para el hombre. Por la noche se acercó otra vez Morasab y le informó de que el barco casi se había perdido de vista, y el rey había enviado un grupo de hombres hacia el este, y otro hacia el oeste, para vigilar la costa, y espiar a los hombres blancos, por si bajaban a tierra en cualquier lugar en busca de agua o provisiones. Al día siguiente fue otra vez a decirle que habían informado al rey de que habían visto al barco recorrer una gran distancia hacia el oeste, pero que sus hombres no habían bajado a tierra, y al día siguiente volvió para contarle que habían traído noticia al rey de que el barco se había perdido de vista.

Al oír esta noticia pensó que lo iban sacar en seguida de su encierro; pero lo tuvieron en prisión diez días más. La razón, como más tarde averiguó, era el temor de que el barco estuviese en algún lugar cercano a la costa, y al encontrarse en libertad tuviese ocasión de llegar hasta él; pero una vez que se convencieron de que se había ido definitivamente, el rey envió por él, y le preguntó si, en caso de que le diese la libertad, intentaría escapar. Prometió que no (y a decir verdad, habría sido vano cualquier intento, porque era imposible escapar), tras lo cual, el rey le escogió para que le asistiese personalmente, y viviese con sus otros criados, con orden expresa de no abandonar la ciudad.

No le resultó incómoda la vida que llevó aquí, porque era un trabajo fácil en el que había poco que hacer; su principal cometido consistía en servir *pataes*, o platos de comida, al rey, que tomaba sentado en el suelo, que unas veces estaba cubierto con una estera a modo de mantel y otras no tenía nada. La dieta se componía por lo general de arroz cocido acompañado de carne asada, venado o cabra salvaje, o también aves de corral de todas clases (más pequeñas que las de

Europa, pero de un gusto excelente); y tienen varios tipos de gallinas que nosotros desconocemos; su vaca y cordero son una carne muy buena también; así mismo, tienen gran variedad de pescado, que preparan cocido o asado. En cuanto a condimentos, el rey no tenía ninguno, salvo la *kajan*, o pimienta; casi todo lo comen muy caliente, y el arroz cocido les sirve de pan.

Así vivió en la abundancia, comiendo cuanto quería de lo que sobraba, después que el rey hubiera comido, de suerte que poca gente probaba, en comida y bebida, tanta variedad como él. La dieta del pueblo consiste generalmente en plátanos, bananas, arroz cocido (que ellos llaman *pasida*) con aceite, y un plato que llaman *kaja*, que es una mezcla de plátanos y arroz cocido. A veces comen también venado y cabra salvaje, que matan ellos mismos; pero sea el alimento que sea, lo comen en la escudilla donde lo cuecen, porque sólo los de elevada posición utilizan *pataes*, o platos. Si es asado (sea pescado o carne), lo comen cogiéndolo de las brasas; y para evitar quemarse los dedos, cogen un trozo de palo verde partido en dos por la mitad y, doblándolo, les sirve de pinzas, así como de tenedor, para darle la vuelta a la carne sobre las brasas, y retirarla cuando está lista. En cuanto a cuchillos y tenedores, el propio rey desconoce su uso; de suerte que arranca los trozos de carne con los dedos, lo que generalmente hace tan bien que no le cuesta ningún esfuerzo.

Transcurrieron dos meses antes de que osara alejarse más allá del palacio. Pero un día uno de los criados que tenía que hacer en la ciudad le pidió que fuera con él, y hablando le dijo que al rey no le disgustaría que saliese a menudo; con este estímulo, se acostumbró a salir por la ciudad casi todos los días, eligiendo el momento en que el rey se echaba a dormir, lo que hacía prácticamente todas las tardes. E hizo uso de esta libertad tres o cuatro meses seguidos, ausentándose a veces varias horas sin recibir la menor amonestación. Hizo amistad con varios de la ciudad, y tuvo ocasión de satisfacer su curiosidad, observando cuanto parecía nuevo o extraño a quien había vivido tanto tiempo entre europeos.

La ciudad de Magadoxa se halla (como he indicado) en la latitud de un grado cincuenta y un minutos: está edificada entre dos colinas, en su mayor parte sobre la pendiente de la colina contigua al mar, de suerte que difícilmente se puede ver desde los barcos que pasan por allí, o cerca, que son muy pocos a decir verdad, porque no hacen escala en ese punto a menos que los obligue el mal tiempo, como fue el caso del *Albemarle*. No tienen embarcaciones propias, salvo unas pocas que utilizan para pescar, que llaman juncos, y no sumarán más de diez o doce; y aunque algunos de éstos son lo bastante grandes como para cargar trece o catorce toneladas, jamás se atreven a alejarse de tierra.

La ciudad consta de tres a cuatro mil casas, unas hechas de tosca piedra, otras de un mármol (del que hay muchas canteras) sumamente fino, y de varios colores; aunque carecen del arte de pulirlo. Pero las casas más estimadas son las de piedra tosca enlucidas con una especie de yeso, que es raro en este país; después de aplicar la capa, tarda unos tres días a lo más en secar, y se vuelve tan fuerte y duradero como la piedra misma. Pero la curiosidad más grande de todas es que pueden hacerlo del color que quieran, y como las casas de las personas de buena posición están enlucidas con ese yeso, hacen un efecto precioso a la vista, pues unas son blancas, otras rojas, otras amarillas y otras azules. La del rey era verde, mientras que dentro, aunque era el mismo yeso, las habitaciones diferían unas de otras en el color, variedad que hace que la ciudad resulte muy hermosa, aunque las calles son muy estrechas y sucias.

Aunque las casas parezcan tan relucientes por fuera, su mobiliario interior consiste en muy poco más que unas cuantas telarañas, porque no tienen mesas, ni sillas, ni espejos; sí tienen esteras, que les sirven de manteles por el día y de camas por la noche, sobre las que duermen sin almohada o cabezal, con una cubierta de *mozak* o gruesa *dungeree* que se echan por encima, así llamada por el árbol de ese nombre, de cuya corteza se hace una vez machacada, cortada en largas tiras y tejida o más bien cosida con agujas de madera, gruesas o finas, según el trabajo que se desee; y han llegado a tal perfección en esta clase de manufactura que pueden hacerla suave y flexible como una pieza de paño inglés, y mucho más fuerte.

Debíamos haber dicho que carecen de comodidades tales como cristales de ventana; sin embargo, sus casas tienen grandes vanos cuadrados o redondos en cada habitación, para que entren el aire y la luz; esta especie de ventanas las mantienen generalmente cerradas todo el día con postigos de gruesa tabla, en la que han practicado muchos agujeros, a fin de mitigar el calor del sol. En cuanto a chimenea, no tienen ninguna; en todas las casas grandes hay una habitación apropiada para guisar los alimentos, donde se hace fuego en un rincón, en el suelo, y los que se encargan de ese servicio deben de estar bastante ahumados. El pueblo llano suele hacer fuego fuera de la casa, ya que nunca toman el arroz y el pescado sin alguna clase de preparación; en cuanto a la carne, para ahorrarse el trabajo y el fuego, la comen frecuentemente cruda.

El rey no impone ningún protocolo que dé a su casa el carácter de corte, ni tiene ninguna guardia que proteja su persona, de manera que a menudo anda por las calles vestido de la manera descrita, sin zapatos ni medias. Todos los que se cruzan con él al pasar atienden a sus propios asuntos sin manifestarle ningún signo externo de respeto; más aún, tienen tan poca noción de la ceremonia que es normal

que personas de uno y otro sexo alivien el vientre en la misma calle, quizá cuando pasa el rey por allí. Sin embargo, es un príncipe tan respetado como el que más.

La nobleza anda por las calles con el mismo descuido que el rey, y se la reconoce por el turbante; aquellos del pueblo llano que están un poco por encima de su clase llevan gorros de diversos colores; los demás van totalmente desnudos. La reina también va por la calle sin asistentes ni escolta, y pasaría tan inadvertida como el rey, si no fuera por la vistosidad de su atuendo, que atrae las miradas de los transeúntes; normalmente viste una ropa de seda púrpura o verde, ceñida en la cintura, que le llega hasta los talones, con varias plumas blancas, rojas y verdes, hábilmente dispuestas en el pelo; aunque va descalza como los demás, mientras que todas las de su sexo, de clase más pobre, van completamente desnudas, sin pensar que haya nada en ellas de lo que sentirse avergonzadas.

Las esposas de los hombres de posición acomodada llevan ropa, y visten igual que la reina, aunque no todas usan telas tan vistosas y ricas. Pero cualquiera que sea el vestido, cuidan de llevar siempre los pechos al aire, que les cuelgan hasta la barriga si tienen hijos, y se supone que los consideran una belleza, por el cuidado que muestran en exponerlos a la vista; también se pintan de rojo los pezones, que es el único artificio que emplean en embellecer sus personas. Y paren con poco o ningún dolor, y sin apartarse una hora de las habituales ocupaciones de la vida.

La única ocasión en que el rey aparece con algo así como pompa o magnificencia es cuando sale a dar un paseo montado sobre uno de sus elefantes, con sus favoritos y acompañantes junto a él; tienen un medio de sostenerse en el lomo del elefante: un armazón de tablas de unos ocho o diez pies cuadrados en el que él, juntamente con los que lleva como compañía, se sientan con la misma comodidad que en una habitación, mientras dos criados a pie conducen al animal; pero ni aun aquí, aunque va rodeado de alguna multitud, se para nadie a rendirle homenaje ni a presentarle ningún tipo de obediencia, ni él parece esperarlo, ya que no tiene idea de que a los súbditos se les deba mantener en el temor mediante ostentación del esplendor que rodea a su príncipe: lo que es señal de buen sentido, más del que se ve en las cortes de los príncipes europeos.

Su manera de hacer que la gente le guarde respeto en sus corazones (preferible al externo, que consiste sólo en ostentación y apariencia y a veces oculta desprecio y odio en el fondo) es impartir justicia personalmente, de acuerdo con su mejor entendimiento y capacidad. Es a la vez rey y juez, y dirime todas las disputas entre hombre y hombre (que a decir verdad son pocas), escuchando

personalmente la causa de la querella; aquí es asistido por siete u ocho personas, que se sientan a su lado para tal propósito, y muchos son llamados sus consejeros; y jamás ha sido ninguno de ellos sospechoso de aceptar soborno, recompensa o promesa para tratar de influir en el juicio del rey.

Raramente se condena a muerte a nadie, dado que todo alimento, salvo el arroz, los plátanos, el aceite, etc., lo obtienen cazando y pescando, y hay poco motivo para el robo entre ellos. Sin embargo, cuando alguien merece esa condena, la forma común de ejecutarla es arrojar al criminal a la caverna (que ellos llaman *bodyzaw*) de las fieras salvajes, donde tienen tigres, leopardos y cocodrilos, a los que mantienen hambrientos para tal fin.

En esa *bodyzaw* o caverna tienen muchos otros animales típicos de este país, como el *augazet* (¿la pantera?), que es el más grande de los animales, quitando al elefante. Es de color amarillento con unas rayas negras que le recorren el cuerpo como venas, y también con manchas negras, y su cara no es muy distinta de la del gato, y tiene unas uñas largas y afiladas. Cuando es salvaje es extremadamente feroz; pero puede domesticarse, y hacerse dócil y tratable como un perro faldero.

El *bozee* (¿cocodrilo hocicudo?) es un animal anfibio que vive siempre junto a los ríos y se alimenta principalmente de peces; tiene un pico largo, y en todos los aspectos la forma y figura de un ave, aunque carece de alas para volar, y en vez de plumas está todo cubierto de dura escama parecida a la corteza de un árbol, y tan fuerte que una flecha no puede penetrarla; tiene las patas muy gruesas y escamosas, lo mismo que el cuerpo, y afiladas uñas en los dedos; es el animal al que los nativos tienen más miedo de todo el país, especialmente si deben viajar de noche por algún paraje cercano a la orilla de un río, porque dicen que es tan fiero y voraz que ataca lo mismo a hombres que a animales.

El *massau* (¿dugong?) es otro animal anfibio, muy grande, de cuerpo escamoso como el *bozee*, aunque de color diferente, rojizo; el pico también difiere del pico del *bozee*, porque es corto y con la forma del de la paloma; es una criatura tímida, que al oír el menor ruido se lanza inmediatamente al agua; se alimenta principalmente de hierbas.

El *sachew* (¿hiena?) es una fiera del tamaño de un león grande, de color castaño oscuro, con manchas negras en el cuerpo, y una escama en el lomo dura como el cuerno; sus ojos son extremadamente feroces, y es una criatura de aspecto terrible en todos los sentidos, aunque la asustaría un niño. Cuando descubre la presencia de una persona huye a gran velocidad hacia los bosques.

Una de las diversiones del rey consiste en ir a las *bodyzaw*, o cavernas de las fieras, a verlas jugar; están totalmente sometidas a sus guardianes que les enseñan tretas como a los perros; más aún, es casi su única diversión, a menos que dormir a mitad del día pueda llamarse diversión. En cuanto a sus paseos en elefante, como hemos indicado antes, son tan raros que apenas se pueden contar entre sus placeres.

La tranquilidad, la abundancia y el calor del clima inclinan a la gente a la pereza en general; no mantienen ninguna relación con las naciones vecinas, ni la quieren tampoco; es cierto que tienen una especie de pequeño comercio entre sí, como los que cazan cabras, venados, etc., que ceden sus piezas a cambio de tela de *dungeree*; también tienen oro y plata, pero muy en bruto. No parecen inclinados a la crueldad, excepto con el hombre blanco, al que los han enseñado a odiar, aunque raramente ven ninguno; pero hay una especie de tradición histórica entre ellos (porque no tienen libros), según la cual el país fue invadido una vez por hombres blancos que cometieron muchas crueldades y a decir verdad es muy probable que desembarcaran allí los portugueses, cuando llevaron a cabo sus descubrimientos en las Indias Orientales, y que los trataran como esclavos, de donde vendría esa tradición, y su odio tremendo a los hombres blancos hasta hoy.

Así, pues, el mulato tenía tiempo para distraerse observando las costumbres y usos de esta gente extraña, sin comercio ni comunicación con el resto del mundo. Y un día, cuando paseaba por la ciudad, se sintió enormemente sorprendido y aterrado al ver un ave de dimensiones monstruosas andando por la calle, muy cerca de él: era lo que ellos llaman un *pyone*, pero jamás había visto ninguno, de manera que aunque es doméstico e inofensivo, no es extraño que se asustase al verlo.

El *pyone* (¿flamenco o avestruz?) difiere, en cuanto a figura, de todas nuestras aves; es de color pardo blancuzco, y en el extremo de cada ala tiene cinco plumas negras y cinco escarlatas, muy anchas, y de más de un pie de largo; sus patas son de un rojo brillante, algo delgadas para un cuerpo tan grande, y tienen más de tres pies de alto; tienen el cuello también enormemente largo, de manera que desde el suelo a lo más alto de la cabeza miden diez pies por lo general; se crían en las montañas y no ponen más de dos huevos cada vez, que dan siempre un macho y una hembra: la gente los coge cuando son jóvenes, y los deja sueltos por la calle, porque disfruta viéndolos; y se alimentan de todo lo que encuentran.

Le animó tanto esta indulgencia que mostraban con él que creyó que podía ir a donde quisiera, y que le había sido levantada la restricción que le habían

impuesto; conque un día se sintió tentado de pasear fuera de la ciudad, y fue visto por gran cantidad de gente. Al día siguiente el *accabo* o rey, con grave semblante, le preguntó si había salido de la ciudad. Le aterró de tal manera su expresión, consciente de que le había ordenado que no se tomase esta libertad, que no fue capaz de responder. El hijo del rey, que estaba presente, le preguntó sonriente por qué no hablaba. Esto le ayudó a recobrarse un poco de su miedo, y se atrevió a confesar que sí; entonces el rey, con el talante más alegre, quiso saber si había ido a ver los *moorzacks*, o tumbas. Contestó que no, aunque deseaba verlos, porque había oído hablar mucho de ellos. Y la cosa pasó sin otra amonestación por esta vez.

Al día siguiente por la tarde, el rey salió en elefante, de la manera antes descrita, ordenó al mulato que le asistiese, y fue a visitar los *moorzacks*, o monumentos de sus antepasados, que están a unas tres o cuatro millas de la ciudad. La magnificencia de estas tumbas es casi increíble, si se tiene en cuenta que están hechas en un país de bárbaros. El mulato se sintió maravillado ante su extraordinaria grandeza. El rey observó complacido su asombro, y al preguntarle si le gustaban, el mulato contestó que jamás había visto nada igual en toda su vida, y que creía que los extranjeros acudirían de todas partes del mundo para verlos si supiesen dónde estaban. El rey entonces quiso saber sobre las tumbas de los hombres blancos, y le hizo preguntas sobre las ceremonias celebradas en los funerales de todos los países en los que había estado. El mulato se lo contó todo lo mejor que pudo, ensalzando la belleza de estos monumentos por encima de los demás. El rey le preguntó después si sabía cómo se hacía la pólvora, y él le contestó que no; que la hacían los blancos, y que eran pocos los que conocían la manera. Contestó así porque sabía que si hablaba con respeto de los blancos podía acarrearse algún perjuicio, dada la aversión que les tenían. En resumen, el rey pareció encantado con la conversación de este día, y el mulato creyó que esto acrecentaría su favor.

Pero dos o tres días después ocurrió un percance que volvió a llenarle de terror: al salir a dar una vuelta como de costumbre, se arriesgó a llegar hasta los *moorzacks*, o tumbas, porque encontraba un placer especial en su contemplación. Y ocurrió que entre tanto lo necesitaron, y no lo encontraron en la casa del rey, ni en la ciudad; por lo que fueron enviadas varias personas en su busca, en distintas direcciones, y una de ellas lo encontró entre los *moorzacks*, o tumbas, y lo llevó de regreso; se asustó terriblemente al enterarse del disgusto del rey; de manera que en cuanto llegó a su presencia se dejó caer boca abajo, como hacían aquellos con los que el rey estaba enojado. El rey le preguntó en tono colérico dónde había estado. Contestó que en los *moorzacks*, o tumbas; entonces el rey preguntó a los que había enviado en su busca si era verdad; ellos le aseguraron que lo habían encontrado

allí; al oír esto, pareció apaciguarse inmediatamente, y le dijo: *korah*, que significa levántate, aunque nunca lo emplea, salvo cuando perdona. A continuación, le preguntó si intentaría huir en caso de que le destinase a vivir perpetuamente entre los guardianes que vigilaban esos monumentos. Él contestó que no, y que le encantaría pasar el resto de sus días en tan delicioso lugar, sin tener jamás deseo de volver a ver su propio país.

De momento lo mandó retirarse; pero al día siguiente le ordenaron que se presentase ante el rey, que le dijo que debía ir a los *moorzacks*, o tumbas, a vigilar y cumplir como un guardián más. Con él envió a un *bamzau*, o sacerdote, para que le instruyese en sus deberes allí. Por el camino, el *bamzau*, o sacerdote, le dijo que viviría siempre entre los monumentos y que tendría aseguradas la comida, la bebida y la vivienda; que no debía ocurrírsele ir a la ciudad, ni traspasar los límites prescritos que los demás guardianes, que ellos llamaban *passaus*, le mostrarían; que su deber consistía en velar cada dos noches, y cuidar que no faltase aceite a las lámparas que ardían en las tumbas ni se apagasen nunca, y limpiar las tumbas de toda suciedad e inmundicia.

Cuando llegaron al lugar, el *bamzau*, o sacerdote, llamó a todos los *passaus* o guardianes y les comunicó que el rey enviaba a este mulato entre ellos para que cumpliese el mismo deber, e informó a uno, al que llamó aparte, que debía regresar con él al rey, porque era deseo del rey que el mulato ocupase su lugar. Obedeció al punto, y se fueron juntos.

Los *passaus* o guardianes lo acogieron muy amablemente, y en seguida se pusieron a conversar con él, le explicaron todos los pormenores de su cometido, y le mostraron los límites en los que iba a quedar confinado, diciéndole que si los traspasaba tenían obligación de matarlo; Esta orden parecía demasiado severa, pero imaginó que sólo lo decían para asustarlo, no fuese que se le metiera en la cabeza intentar huir. El mulato se alegraba por dos razones, en primer lugar por la indulgencia que habían tenido con él cuando se arriesgó a infringir la orden de no salir de la ciudad, y segundo al enterarse de que el *bamzau*, o sacerdote, había hablado aparte con los *passaus*, o guardianes, para darles instrucciones, imaginó él, de que lo mantuviesen ignorante en cuanto a la verdad de sus órdenes. Trajeron arroz cocido y aceite frío, y le dijeron que esa noche le tocaba vigilar, porque era el turno de la persona cuya plaza había ocupado; para lo cual le trajeron una casaca de vigilante hecha de pelo, que ellos tejen curiosamente con agujas, de forma que la casaca entera es de una sola pieza, sin costuras; cuelga de los hombros hasta el suelo, pero no tiene mangas, de manera que es más parecida a una capa que a una casaca.

Al ponerse el sol, que es el momento en que entra la guardia, cada dos hombres empezaron a plantar sus *pohalick* ante la puerta del *moorzack* que debía vigilar; pero para comprender esto debo explicar que es el *pohalick*. El *pohalick* es una especie de tienda, ideada para protegerse de la intemperie, porque las noches son a veces muy frías allí, sobre todo cuando llueve; de manera que cogen cuatro palos de unos ocho pies de largo, que en vez de clavarlos en el suelo se meten en cuatro agujeros de la piedra, practicados para tal fin delante de cada *moorzack*, y sobre ellos cruzan otros palos; y sobre este armazón, en vez de tela, extienden una cubierta de palmas trenzadas. Los dos vigilantes más veteranos que entran de guardia tienen su puesto frente al *moorzack* del rey; el resto se sitúa por orden de antigüedad, porque son rigurosos observadores de las reglas de prioridad; los más jóvenes de cada *pohalick* se encargan de recoger leña para el fuego, que es también absolutamente necesario, tanto para ahuyentar a los mosquitos, que de otro modo serían muy molestos, como para aliviar la humedad. Y en cuanto sale el sol desmontan el *pohalick*, barren muy bien la ceniza que queda de la fogata, y se retiran para que el lugar se vea completamente limpio. También es deber del más joven ir al *bankoos* (así llaman al proveedor de los *moorzacks*), a pedir las provisiones del día, que después deberá guisar con su compañero.

No le resultó desagradable al mulato esta parte de su cometido porque, como no tenía libros que leer, la falta de algo en qué entretener el tiempo le habría sumido en la melancolía, ya que habría estado completamente ocioso. La ración de provisiones era suficiente, y de muy buena calidad. Los domingos y los martes tenía carne (vaca, cordero o cabra) y arroz a manera de pan. Los miércoles, *kaja* (ya hemos dicho en qué consiste); los lunes y viernes, pescado y plátanos. Los jueves y sábados, plátanos, arroz y aceite. El pescado era excelente en su clase, aunque normalmente lo cocinaban sin quitarle las tripas, que las comían a modo de condimento; pero el mulato corrigió esta parte del guiso, porque limpió el pescado antes de cocerlo, y comprobó que sus camaradas quedaban muy complacidos; y en adelante lo hicieron siempre así.

Pasaba la vida aquí bastante plácidamente, cuando un día el *accabo*, o rey, envió una guardia a buscarlo; se asustó enormemente ante esta inesperada decisión, y preguntó a los que lo conducían, pero éstos se limitaron a llevarlo a toda prisa. Al llegar a la ciudad, no lo condujeron al *accabo*, o rey, como él esperaba, sino directamente a la *haulob*, o prisión, donde había estado encerrado. No hacía dos horas que estaba allí, cuando acudió a hacerle una visita su viejo amigo Morasab, al que preguntó qué pensaba que podía significar su encarcelamiento. Morasab le dijo que creía que no podía deberse sino a que había aparecido un *schabew*, o barco, esa mañana a gran distancia de la costa, que habían

apostado hombres en los montes para vigilarlo, y que otros estaban al acecho para apresar a los que intentasen bajar a tierra. Mientras hablaban, entró el *kasboo*, o carcelero, con algo de arroz y pescado, y confirmó lo que Morasab acababa de contarle, y le dio ánimos, asegurándole que nadie pretendía causarle ningún daño, y que sólo lo encerraban para evitar que escapara. Como sabía el mulato que todo lo que dijese irían a comunicárselo al rey (porque cualquier persona puede hablar con él con la mayor libertad, y en todo momento, salvo cuando se sienta a administrar justicia), le dijo al *kasboo* que él había desechado toda idea de volver nunca más a su país natal, porque no tenía esposa ni hijos, ni deseaba ver ninguna otra parte de este país, ya que tenía muy decidido obedecer puntualmente la orden de no sobrepasar los límites de los *moorzacks*. El *kasboo* le dijo que si tenía en algo su vida, era mejor que así lo hiciese, porque si alguna vez lo cogían intentando escapar, lo tratarían del mismo modo que a los blancos. El mulato contestó que se lo tendría merecido, ya que el rey había sido benévolo con él, no sólo concediéndole la vida, sino disponiendo que viviese en un lugar que a él le gustaba por encima de cuanto había visto.

Toda esta conversación le fue comunicada al rey esa noche, y su consecuencia fue que lo llamó a la mañana siguiente; la primera pregunta que le hizo el rey fue si ese *schabew*, o barco, que había aparecido era el mismo que le había traído a él. Contestó que no lo sabía, a menos que lo viese (pero que no podía verlo ahora, ya que se había ido sin fondear, ni enviar ningún bote a tierra). El rey le preguntó a continuación si deseaba regresar a los *moorzacks*. Contestó que lo deseaba por encima de todas las cosas, y repitió lo mismo, sobre el placer que sentía en ese lugar, que le había dicho al *kasboo*; y notó que esto halagaba la vanidad del rey, y lo ponía de muy buen humor. Al terminar mandó que lo llevasen otra vez al lugar de donde lo habían traído; y regresó con el corazón mucho más ligero que al ir, y también vio con satisfacción que sus camaradas se alegraban mucho de su regreso sin percance con ellos.

Aquí pasó el tiempo sin preocupaciones, abastecido de todo, y con el día entero para distraerse como quisiese; y salvo velar cuando era su turno, sin otra cosa que hacer que limpiar los *moorzacks* cada nueva luna, por dentro y por fuera, y cuidar que las lámparas estuviesen abastecidas de aceite y no se apagasen nunca.

Observó que sus compañeros empleaban su tiempo de ocio en algún trabajo, la mayoría haciendo pequeños objetos que la gente de la ciudad iba a comprarles, y que esto les permitía comprarse licor y las cosas que les gustaban. Su compañero en particular solía entretenerse haciendo redes de pesca; pero estas redes son muy distintas de las utilizadas en Europa: las hacen con algas, dándole a la malla cierta

anchura; y el pescador, antes de usarlas, les pone cierto número de anzuelos (porque desconocen el arte de hacer redes para coger peces sin anzuelo). Su camarada hacía con gran facilidad una cada semana; y observándolo trabajar no dudó que podría hacer él otro tanto; así que le pidió prestadas unas cuantas algas, y se puso a intentarlo; y se le dio tan bien, que a los pocos días terminó la red, y la cambió por una mayor cantidad de algas.

Ahora inició este nuevo comercio; y era tan industrioso que confeccionaba sus redes con mucho más esmero que ninguno de sus compañeros, por lo que hacía mejor negocio; al extremo de que en poco tiempo pudo comprarse una pieza de paño de *dungeree* con sus propias ganancias, y con ella se hizo un chaleco al estilo inglés, y un par de calzones largos. Pero hacía sólo un día o dos que llevaba estas prendas, cuando el *bankoo*, o proveedor de los *moorzacks*, le ordenó que se quitase el chaleco, a fin de que tuviera el mismo aspecto que los demás, que sólo llevaban un trozo de tela, de la clase que fuese, alrededor de las caderas para cubrir su desnudez.

En resumen, comprendió que no tendría oportunidad de cubrirse la espalda, y esto hizo que fuera menos diligente en su trabajo; sin embargo, con el permiso del *bankoo*, compró un *mohaz*, o capa, para abrigarse por la noche; y hablando a veces con sus camaradas sobre redes, y describiendo cómo las hacían en Europa, el *bankoo* le preguntó si sabría hacer una así. Pero sabedor de que no podría gastar sus ganancias a su satisfacción, contestó que no. Sin embargo, poco después ocurrió un incidente que le granjeó gran favor.

Como parte de su deber consistía en ir a casa del *bankoo,* generalmente por la mañana, a recoger las provisiones del día para él y sus camaradas, observó que aunque la ración era suficiente en todos los aspectos, era muy corta en sal. Un día, en que les tocaban plátanos, arroz y aceite, pidió insistentemente un poco más de sal; pero el *bankoo* le dijo que no podía darle más sin quitársela a otro; porque la sal es sumamente escasa entre ellos, ya que no tienen medio alguno de hacerla, ni de proveerse, sino buscándola entre las rocas cercanas a la orilla, donde la recogen a trozos del tamaño de una nuez, y a veces un poco más grandes. Aquí la naturaleza la hace por el continuo batir del oleaje en un lugar; pero las cantidades que pueden procurarse de este modo son muy pequeñas. Conque, ante esta decepción, se le ocurrió decir que si él estuviese en libertad haría que la sal abundase en Magadoxa tanto como en Europa. Ese mismo día el *bankoo* informó al *accabo* de lo que había dicho, y al día siguiente fue mandado llamar. No bien llegó a la presencia del *accabo*, le preguntó éste si sabía hacer sal. Él contestó que creía que sí (y la verdad de todo era que sólo la había visto hecha); seguidamente describió la manera de

hacerla. El *accabo* ordenó al punto que se pusiese manos a la obra, y pidiera cuanta ayuda necesitase. Así lo hizo, y con tanta industria y éxito, que en seis meses la sal fue tan abundante entre ellos como en cualquier otra parte.

Volvió a llamarle el *accabo* y le preguntó sobre las redes de pesca que se usaban en Europa. Él se las describió; a continuación le preguntó si sabría hacer una. Era la misma pregunta que le había hecho antes el *bankoo*, así que negó tener habilidad en ese sentido; pero deliberando consigo mismo que era muy probable que se pasase la vida entera entre esta gente, y que le interesaba ganarse su favor de todas las maneras posibles, contestó que nunca había hecho ninguna, pero que si él (el *accabo*) lo creía conveniente, podía intentar hacer una lo mejor posible.

El *accabo* se mostró enormemente complacido ante esta buena disposición, y le preguntó si necesitaba alguna ayuda. Contestó que sí, y pidió se emplease a ocho personas para hilar y a seis para hacer malla; y se pusieron a trabajar todos a sus órdenes, y en espacio de dos meses terminaron una red de ochenta brazas de largo.

Cuando quedó terminada, el *accabo* en persona quiso ver en qué aventajaba a sus propias redes; de manera que subió a bordo de uno de los juncos, asistido por sus favoritos, y llevando a su lado también a varios de sus más experimentados pescadores; y tuvieron la suerte de coger gran número de peces en la primera redada, entre los que descubrieron varias clases que nunca habían visto, dado que eran peces que no se pueden pescar con anzuelo y se desenvuelven siempre en aguas profundas. El *accabo* pareció inmensamente satisfecho con este éxito, y ordenó hacer varias más, aunque sin el mulato, ahora que ya les había enseñado la manera; con lo que el pescado fue infinitamente más abundante que antes.

El mulato se consideró merecedor de alguna recompensa por sus servicios públicos; lo menos que creía haberse ganado era la consideración de hombre libre, y que se le permitiera vivir como un habitante de la ciudad, y desenvolverse entre ellos con la clase de industria que pudiese. Pero comprobó que estaba muy equivocado, porque toda la recompensa que tuvo consistió en ser devuelto a los *moorzacks*, en las mismas condiciones que antes.

Es cierto que pasaba el tiempo en medio de gran tranquilidad, y empezaba a reconciliarse con la idea de permanecer aquí el resto de su vida: estaba convencido de que nada de cuanto hiciese para congraciarse le procuraría ningún favor ni libertad, y ocurrió un percance que le dio una idea terrible de la severidad de esta gente: uno de los *passaus*, o guardianes, una noche que no era su turno de vigilancia, fue secretamente a la ciudad, contraviniendo las órdenes, y regresó

antes de que fuese de día; pero no pasó tan inadvertida su acción, ya que lo vio alguien, y lo denunció al *accabo*; la consecuencia fue que se lo llevaron bajo custodia a la mañana siguiente, y conducido a la presencia del rey, fue ejecutado sin más ceremonia de la manera siguiente: lo obligaron a arrodillarse, inclinando la cabeza hacia adelante, y el verdugo, con un pesado palo de madera, le descargó un golpe en la parte baja del cráneo, saltándole los sesos.

Este ejemplo aterró de tal manera al pobre mulato que en quince años que estuvo en ese lugar no se arriesgó jamás a sobrepasar los límites, salvo cuando era llamado por el *accabo*, o asistía a un entierro, como estaba obligado a hacer cuando moría alguno de los *passaus*, o guardianes, ya que no eran enterrados en los *moorzacks*, como tampoco la gente común.

Pero es hora de que describamos este lugar, que no sólo es la más grande curiosidad de este país, sino que se tendría por una magnificencia en las naciones donde se conocen las artes y las ciencias; y lo más extraordinario, por extraño que parezca, es que esas gentes, tan bárbaras en todo lo demás, observan una gran pompa y ornamentación en sus ceremonias fúnebres.

Este cementerio, que ellos llaman *hoynatz*, se halla placenteramente situado en un hermoso valle entre dos colinas, a unas dos millas inglesas de la ciudad de Magadoxa; hay en él veintinueve *moorzacks*, o tumbas, todas ellas construidas por los reyes, a cuyas expensas se mantienen los *passaus*, o guardianes, de los que hay cuatro para cada *moorzack*, que vigilan de dos en dos cada turno de guardia, y cuidan de las lámparas, que arden constantemente en el interior, y lo conservan limpio y con la mayor pulcritud. Aunque puede decirse propiamente que todos estos *moorzacks* pertenecen al rey, sin embargo, también se entierran en ellos a otras personas de alto rango por especial favor del rey, porque a veces concede a algún favorito un *moorzack* como mausoleo para su familia. No obstante esta donación, cuando alguien de dicha familia muere, hay que solicitar permiso al rey para enterrarlo en el *moorzack*, y la razón está en que a menudo, cuando uno de los que tienen derecho a ser enterrados en un *moorzack* disgusta al rey, éste no lo toma en cuenta mientras el individuo vive; pero cuando muere prohíbe que se le entierre en el *moorzack*, a manera de castigo.

Esto puede dar idea de la veneración que tienen a estos lugares; y parece que creen que toda felicidad y honor consiste en que el cuerpo descanse después de la muerte en uno de estos *moorzacks*; y efectivamente, uno de los mayores placeres del rey, así como del pueblo llano, es visitar a menudo estos lugares, lo que hacen con una especie de respeto religioso.

El *moorzack* o tumba más grande es el del propio rey, y en él no se entierra a ninguna otra persona. Tiene ochenta pies cuadrados, está construido en mármol blanco y negro, combinado, con una especie de cúpula arriba, y sobre ella una torre; en el interior, el suelo y las paredes son de mármol blanco primorosamente pulido, y el techo o cúpula está pintado de verde: contiene cuarenta y cinco *boozes* de oro, sobre otros tantos pedestales de mármol negro, de unos cuatro pies de altura.

El *booze* es una especie de recipiente redondo, de unas ocho pulgadas de hondo y cinco de diámetro, donde se guardan las cenizas de los muertos que descansan aquí; digo cenizas porque los cuerpos son incinerados.

Hay también dieciséis grandes lámparas de oro, con nueve luces cada una, cuatro en cada esquina, y una en el centro con dos luces; las grandes no se encienden más que en los funerales, en que celebran una hermosa ceremonia, pero la del centro arde constantemente.

Dado que hay cuarenta y cinco *boozes*, donde se depositan las cenizas, es de suponer que descansan otros tantos reyes, y así se lo dijeron al mulato.

El segundo en tamaño pertenece a las *cossues*, o reinas (porque hay que decir que los varones y las mujeres no se entierran en el mismo *moorzack*); es todo de mármol blanco, y tiene cincuenta y nueve pies cuadrados, con las paredes interiores exactamente iguales que las exteriores, aunque el piso es de cuadrados de mármol negro y blanco, muy parecido al que puede verse en las casas de los nobles europeos. Contiene cincuenta y seis *boozes* de oro, sobre sus pedestales de mármol negro, y doce grandes lámparas, cada una con siete luces, tres en cada esquina, y una de plata en el centro que arde sin cesar, como en el del rey.

El tercero pertenece a los *acobibs*, o príncipes; es también de mármol, su forma es redonda, y tiene setenta y nueve pies de circunferencia; hay en él cincuenta y tres *boozes* sobre pedestales de mármol negro, con trece lámparas de plata de siete luces cada una, doce de ellas dispuestas en círculo, y la decimotercera, que arde constantemente, en el centro. El techo está pintado de verde.

El cuarto pertenece a las *matotzes*, o princesas; es de un mármol verdoso con vetas de color negro y tiene forma circular como el de los *acobibs*, o príncipes, y su disposición en circunferencia es casi idéntica; la pared interior es de mármol blanco; el piso de varios colores, como negro, blanco y verde, y el techo, en forma

de cúpula, es amarillo; tiene sesenta y cuatro *boozes* sobre pedestales de mármol negro y blanco, con ocho grandes lámparas de plata de siete luces cada una, dispuestas en círculo, y una en el centro que arde constantemente.

El quinto pertenece a los *foramzeps*, o hijos varones del príncipe, y está construido en mármol blanco, con grandes vetas negras. Las paredes interiores y el piso son de mármol gris claro; tiene treinta pies cuadrados, y hay en él diecinueve *boozes* de oro, y sesenta de plata, sobre pedestales de la misma clase de mármol que la pared exterior; contiene ocho grandes lámparas de plata, de las que cuelgan dos en cada esquina, además de la del centro que arde sin cesar.

El sexto *moorzack* pertenece a las *squeenzibs*, o hijas de los príncipes; es de un curioso mármol rojo, cruzado de vetas blancas, y tiene veintiocho pies cuadrados; sus paredes interiores y el piso son de mármol blanco; contiene ciento diecinueve *boozes* de plata sobre pedestales de mármol gris azulado, con ocho lámparas de plata, dos en cada ángulo, más la del centro que arde constantemente.

Todos estos *moorzaks* pertenecen a personas de la propia sangre del rey; pero como puede resultar demasiado tedioso entrar en la descripción de los detalles de todos ellos, me limitaré la indicar quiénes son los otros grandes personajes que se distinguen por tener asignado un *moorzack* para ellos y sus familias.

En primer lugar, hay un mausoleo destinado al *baamzan*, o sacerdote principal; otro al *baulumzu*, o tesorero; otro al *jocybauthaux*, o consejero principal; otro al *moorenzep*, o general jefe; otro al *caffa*, o secretario; otro a los *parenzebs*, personajes así llamados a manera de título, que representan la alta nobleza; otro a las esposas de éstos, a las que llaman *tepshoyes*; otro a los *morezups*, o generales de los elefantes; otro a los *hammons*, o gobernadores de los pueblos; otro al *hoyzepa*, o jefe de los maestros de los elefantes; otro al *sancof*, o médico jefe.

Hay también otro que se reserva para los que, careciendo de título, han realizado alguna acción valerosa en la guerra; hay otro que pertenece al *zanshaw*, o maestro de música del rey; otro a las *divaztzabowes*, o concubinas del rey; otro a los *panpuzams*, o hijos de las concubinas del rey; otro a los *parrasquas*, o hijos del gran sacerdote; otro a las *gauzets*, o esposas del general en jefe; otro a las *metotzas*, o esposas de los gobernadores de los pueblos; otro a las *okenzegs*, o esposas del consejero principal.

Pero cuando digo que un *moorzack* pertenece al tesorero o al general no debe entenderse que sea para uso suyo y de sus herederos, sino que la siguiente persona

que le sucede en su cargo debe ser enterrada allí, y sus herederos no gozan en absoluto de este derecho, a menos que le sucedan en el cargo.

Todos son de mármol de diferentes colores, unos más grandes y otros menos, unos cuadrados, otros completamente redondos, otros con una pequeña torre en lo alto y otros sin ella. Sin embargo, los ornamentos interiores son ricos en muchos de ellos, como los que pertenecen al rey o al príncipe. Por ejemplo, en el *moorzack* del *baamzan* o sacerdote principal, del *baulumzu* o tesorero, del *morenzep* o general, y del *caffa* o secretario, los *boozes* son todos de oro; en los demás, unos son de oro y otros de plata; y si tenemos en cuenta la cantidad que hay, podemos calcular que la riqueza de estos monumentos es inmensa.

Cuando muere el rey, el príncipe u otro personaje con derecho a un lugar en uno de estos monumentos, su cuerpo es inmediatamente desnudado (sea hombre o mujer), después lo depositan en un féretro, con una ligera pieza de seda por encima, y lo llevan, para que esté así unos días, a cierta casa o mansión algo alejada de la ciudad y destinada a tal propósito. Dicha casa consiste en una amplia estancia, de sesenta pies de largo por veintiséis de ancho, y una altura de treinta pies, con el techo plano; su piedra es un curioso mármol blanco, y su interior está iluminado por gran número de lámparas de plata; en el centro hay una mesa de mármol sostenida por seis pedestales de unos tres pies de alto, sobre la que se tiende el cadáver.

A la hora de trasladarlo al *hoynatz,* o cementerio, observan rigurosamente la puesta del sol, momento en el que va el sumo sacerdote, acompañado de todos los que tienen derecho a ser enterrados en estos lugares (nadie más puede asistir a esta ceremonia), y con un instrumento afilado que llaman *mockdoo*, y que sirve de cuchillo, abre el cuerpo del difunto, le saca el corazón y lo pone en las manos del pariente más próximo, que está preparado para ello, a la derecha del sacerdote; hecho esto, el cuerpo es transportado al extremo más bajo del recinto, donde hay un fuego dispuesto en un foso, en el suelo, de cinco pies de hondo, y otros tantos de ancho; se coloca el cuerpo sobre dicho fuego, donde se consume; a continuación el corazón pasa otra vez a manos del sacerdote, que lo coloca en un pequeño recipiente de piedra, y lo mete en el fuego, donde permanece hasta que se reduce a polvo; una vez reducido el cuerpo a cenizas, se depositan en el *booze*, como también las del corazón; después de lo cual se dirigen al *hoynatz*, encargándose el pariente más próximo de llevar el *booze*. Llegados al *moorzack*, que está todo iluminado para la ocasión, el *booze* pasa una vez más a las manos del sacerdote, que entra solo en el *moorzack*, cierra la puerta tras él, permanece dentro un cuarto de hora, coloca el *booze* sobre el pedestal preparado, y vuelve a salir, con lo que

termina la ceremonia.

Todo esto se ejecuta sin mediar palabra, ni manifestar signo alguno de dolor o lamentación entre los parientes del difunto, ni es costumbre hablar nunca de él, ni nombrarlo después de muerto.

Queda explicado, pues, el orden y ceremonia de sus funerales, y la magnificencia de sus monumentos, que ofrecen un grandioso espectáculo de lejos, aunque no son menos hermosos de cerca, ya que es muy fino el material de que están hechos, y muy ameno el paraje que los rodea.

En cuanto a su religión, es muy poca la información que podemos dar, porque apenas saben qué es; jamás preguntaron al mulato una sola palabra sobre su religión, y cuando él quiso indagar sobre la de ellos fue muy poco lo que le pudieron explicar, y le contaron una historia incoherente a la que no le encontró ni pies ni cabeza. Existe una mezquita o templo como a media milla de la ciudad de la que cuentan una historia fabulosa: que fue construida en una noche, nadie sabe cómo ni por quién; aunque la opinión general era que había sido *Hios*, el dios del mar, y en determinadas fechas solían reunirse allí para rendirle una especie de devoción, aunque no sabían por qué. Sin embargo, por algunas observaciones que hizo, le pareció a nuestro mulato que había como varios cultos entre ellos, porque notó que algunos dedicaban sus devociones a unas pequeñas imágenes no muy distintas de un lobo que guardaban en sus casas, y que son tan corrientes que la gente más humilde las hace con trozos de madera, de unas cuatro o cinco pulgadas de grande, y las vende por las calles.

No abrigan ninguna clase de odio o antipatía hacia los cristianos como tales, como les ocurre a los turcos y a la mayoría de las sectas mahometanas; aunque la verdad es que no saben qué es un cristiano. Sin embargo (como hemos explicado ya), son educados en la idea de que los hombres blancos son todos una especie de monstruos, y los odian y detestan (como nosotros a los sapos y demás criaturas venenosas) no por su religión, sino por su color. Respecto a las relaciones de unos con otros, observan muy bien las leyes sociales, y quizá hay menos fraude y menos injusticias entre ellos que en ningún país cristiano que podamos citar. Así que nuestro mulato, que en cierta manera se había naturalizado entre ellos, y cuyo color era lo bastante negro como para no resultarles odioso ni terrible, era tratado tan bien como el resto de los *passaus*, o guardianes, o cualquier otra persona de igual categoría que él.

Es cierto que en algún momento había abrigado esperanzas de alcanzar

mejor condición de vida entre ellos, o de llegar a gozar de completa libertad, a manera de recompensa, por instruirlos en algunas cosas útiles, que eran públicamente ventajosas para ellos; pero hacía tiempo que había desechado estos vanos pensamientos, porque veía que el *accabo* no tenía el menor sentido de la generosidad o de la gratitud; así que, merced a una especie de filosofía, cifró sus deseos en esa vida serena y melancólica que estaba obligado a llevar dentro de los límites de los *moorzacks*… hasta que sucedió un accidente que cambió por completo sus sentimientos a este respecto, y que prueba lo consustancial que es al hombre su amor a la libertad.

Sucedió que el *hamman* o gobernador del poblado de Saeni, lugar situado unas veinte leguas al este de Magadoxa, en el mismo reino de Zanguebar, había cometido ciertas violencias, por las que se granjeó la enemistad de la gente; así que ésta se alzó contra él y lo mató. En cuanto llegó la noticia a Magadoxa, el *accabo*, aunque no mantiene ningún ejército ni guardia (salvo los *passaus* que vigilan los *moorzacks*), formó inmediatamente un cuerpo de dos mil hombres, los armó con arcos y flechas, y marchó en persona a la cabeza de ellos a reprimir a los rebeldes. Al segundo día de marcha, le llegó noticia de que había sido visto un *schabew* o barco cerca de un pequeño poblado llamado Bandon, diez leguas al este de Saeni, y a treinta de Magadoxa: ante esta noticia mandó inmediatamente a seis hombres que volviesen con toda celeridad a los *moorzacks*, con orden de llevarle a nuestro mulato, para que se uniese al ejército, con él. Lo encontraron en su puesto, y le ordenaron que fuese con ellos inmediatamente, con su arco y flechas, armas que le pertenecían como *passau*, o guardián de los *moorzacks*, por lo que le pareció que iba más como soldado que como prisionero.

Tras dos días de dura marcha alcanzaron al ejército, que se había detenido a cierta distancia del poblado de Saeni; aquí el *accabo* mandó que un destacamento se apostase cerca del poblado; capturó éste algunos prisioneros, y llevados a la presencia del rey, declararon que todos los habitantes habían abandonado el poblado al enterarse de que se aproximaba el rey, y que habían huido por miedo. Al mismo tiempo dieron tales ejemplos de la tiranía del difunto *hamman*, o gobernador, y de la necesidad en que se habían visto de hacer lo que habían hecho, que el rey pareció quedar satisfecho con su conducta; y para disipar todo resentimiento, ordenó que varios de ellos fuesen y buscasen al resto, y les diesen noticia de que podían regresar a sus viviendas, porque todo estaba perdonado, y que les enviaría un gobernador mejor. Y, como si todo hubiese concluido, al día siguiente emprendió el regreso a Magadoxa, aunque marchó extremadamente despacio. Hacia el anochecer, llegaron cerca de un gran bosque, y mandó al ejército que entrase en él para pasar la noche. A la mañana siguiente dio orden, bajo pena

de muerte, de que no saliese nadie del bosque.

Entre tanto, los dispersos habitantes de Saeni, al saber la buena noticia, regresaron a sus viviendas; pero no bien oscureció esa noche, el *accabo* mandó volver al poblado; lo hicieron con toda la celeridad de que fueron capaces, y entraron en Saeni antes de que amaneciera, mientras los recién llegados habitantes dormían; sin embargo, fueron alertados, y salieron corriendo a la calle. El *accabo* dio orden a sus hombres de que se lanzasen sobre ellos, y mataron gran número, aunque otros muchos gracias a la oscuridad de la noche, y a la suerte, consiguieron huir. De los que no pudieron escapar, sólo cuarenta y tres fueron hechos prisioneros; a los demás los pasaron a cuchillo.

Nuestro mulato tuvo ocasión de conversar con uno de estos prisioneros, que tras lamentar el riguroso destino de sus pobres convecinos, y relatarle su huida del poblado, y su regreso, le contó que cuando se acercaron a la playa, a unas diez leguas de allí, y a una o dos de Bandon, vieron un *schabew* o barco; y le describió el lugar donde estaba fondeado. El mulato comprendió que era justo al este de donde se encontraban, es decir de Saeni; le hizo varias preguntas sobre el tamaño del barco, y el prisionero le contestó lo mejor que pudo; y por su manera de describirlo, el mulato comprendió que tenía las vergas y los masteleros arriados, lo que significaba que seguiría fondeado algún tiempo; entonces le preguntó cuándo lo había visto por última vez, y el prisionero le contestó que hacía dos días.

Inmediatamente le vino a la cabeza la idea de que la Providencia le enviaba el medio de escapar, y que posiblemente, si lo desperdiciaba, jamás tendría otra ocasión; sabía que nada le impediría huir por la noche, y que muy probablemente tardarían varias horas en notar su ausencia, por lo que pensó que los que fueran enviados en su persecución no le alcanzarían aunque dieran con la pista correcta, si bien era muy fácil que se confundieran.

Todo el día lo pasó entre la esperanza y el temor, a veces aterrado ante la idea del horrible peligro que correría de extraviarse, o de que el barco hubiese zarpado ya, en cualquiera de cuyos casos no encontraría sino la muerte, porque no tendría posibilidad de ocultarse en el país como podía hacer un nativo. Por otro lado, se animaba con la certeza de que el barco no podía haber zarpado aún, si había estado con las vergas y los masteleros arriados dos días antes; y además, conocía el lugar, y no había peligro de extraviarse. Así que durante el día no hizo otra cosa que tomar nota con los ojos del camino que se proponía emprender en cuanto oscureciera.

Tan pronto como quedó todo en silencio esa noche, y sus camaradas (que eran una especie de guardianes suyos) estuvieron dormidos, se arriesgó y se puso en camino, sin sobresaltos ni peligros al principio, y dejó atrás el ejército sin que nadie le preguntase, ni ver u oír a nadie; porque, como no saben nada de disciplina militar, no ponen centinelas de noche. Caminó toda la noche lo más deprisa que pudo, sabedor de que se jugaba la vida. Por la mañana, al clarear, vio un pueblecito a unas dos millas, y calculó que debía de ser Bandon por la descripción que el prisionero le había hecho; ahora adivinó que estaba cerca del mar, y que sólo había una elevación que se lo ocultaba; así que apretó el paso para coronar una de las colinas que tenía ante sí. Cuando llegó arriba halló una amplia panorámica del océano, y mirando atentamente en todas direcciones, le pareció divisar como un barco hacia el este, pero tan lejos que apenas se distinguía. Sin embargo, le reanimó el corazón, y se consideró a salvo. También descubrió un gran río a cierta distancia, en el valle que se abría a sus pies, y que necesariamente tenía que cruzar; pero era buen nadador, y no le asustó gran cosa, de manera que se encaminó hacia dicho río. Una vez en la orilla, vio que la corriente (dado lo debilitado que estaba por el cansancio del viaje) era demasiado fuerte para él y lo arrastraría al mar; entonces pensó que la única forma de cruzarlo era retrocediendo un poco hacia el interior, hasta encontrar un sitio donde tuviese una curva, lo que siempre rompe la rapidez de la corriente, y pudiese cruzar con menos peligro.

Mientras consideraba esta posibilidad, miró casualmente a su alrededor; y al volver los ojos hacia el monte que acababa de descender, y que ahora tenía a unas dos o tres millas, divisó seis hombres en lo alto; parecieron observar inmóviles un momento, y de repente echaron a correr en su dirección. No pensó sino que eran los enviados tras él, que al principio se habían detenido a escrutar, y que al descubrirlo se lanzaban ladera abajo. El miedo a la muerte cruel que sufriría si lo cogían le impidió toda reflexión, y sin pensarlo más se zambulló en el río, aunque la corriente era muy fuerte. Sin embargo, se encontró con que no era tanto como había temido al principio, y cuando estaba cerca de la otra orilla la Providencia dispuso que llegase a una parte donde formaba un remolino que lo arrastró hacia tierra, de manera que en espacio de media hora o poco más llegó al otro lado.

Estaba algo agotado por el esfuerzo, cuando al sentarse a recobrar el aliento tuvo una visión que le aterró tanto como si acabara de descubrir un ejército de enemigos en sus talones: era un monstruoso cocodrilo tendido junto a la orilla como un tronco prodigioso en el agua; y según declara bajo palabra, le pareció lo bastante grande como para tragarse un buey. Al mismo tiempo vio a sus perseguidores, que ahora habían llegado al otro lado; se levantó sobrecogido, voló más que corrió, y viendo una zona de matorrales cerca del río tuvo la presencia de

ánimo de abrirse paso a través de ellos, porque sabía que si el monstruo lo seguía, no podría pasar por allí, ya que se lo impediría el espesor de los matorrales, que además lo ocultarían de su vista; y a decir verdad, probablemente debió su vida a esta feliz idea. Siguió corriendo más deprisa que al principio (porque el miedo le había insuflado nuevos ánimos), aunque no sin mirar hacia atrás de cuando en cuando, y se tranquilizó al comprobar que había perdido de vista al monstruo y a sus perseguidores. Cuando llevaba ya unas dos horas corriendo de esta manera, llegó a un valle entre dos elevaciones, que se abría hacia el mar, donde se vio gozosamente sorprendido por la aparición del barco fondeado a no más de una milla de la playa. Echó a correr inmediatamente hacia el borde del agua, y les hizo una seña agitando el gorro por encima de la cabeza; porque consideró que era inútil gritar o llamar, ya que estaba demasiado lejos para que lo oyeran. Siguió repitiendo este gesto mucho tiempo, y empezó a sentirse impaciente e inquieto hasta el último grado, porque veía que no le devolvían ninguna señal ni respuesta por la que pudiera entender que lo veían o pretendían socorrerlo; pero no tardó en sentirse también liberado de este espanto, por la súbita aparición de un bote que daba la vuelta a la punta de tierra más próxima a él, el cual hacía un tiempo que recorría la costa para averiguar si estaba habitada la región.

Tan grande fue su alegría al verlo, y tal su ansiedad por hablar con ellos, al ver por sus ropas que eran europeos, que no tuvo paciencia para esperar a que llegasen a donde él estaba, sino que echó a andar agua adentro para ir a su encuentro. Cuando ya le llegó el agua al cuello, se puso a flotar y a nadar hacia el bote, que resultó ser holandés. Sin embargo, lo subieron, y al observar la extrema satisfacción y alegría que manifestaba por su expresión, sintieron gran curiosidad por saber quién era, y de dónde salía, preguntándole en holandés; y aunque él conocía muy pocas palabras holandesas, se las arregló, sin embargo, para darles a entender que hablaba inglés; había dos o tres entre ellos que entendían esta lengua, y uno que la hablaba muy bien. Cuando lo supo el mulato, les hizo saber en pocas palabras que era cristiano, que llevaba dieciséis años prisionero o esclavo en ese país, que acababa de huir, y que lo perseguían seis bárbaros a los que había llegado a ver una vez.

Como llevaban armas en el bote, pensaron quedarse un rato para ver si aparecían esos bárbaros, porque no habían visto un ser humano desde que habían fondeado allí, y eran de la opinión que el país estaba deshabitado (aunque el barco había sido visto desde las montañas por los nativos), de manera que dejaron de bogar.

Al cabo de media hora aparecieron cinco hombres armados con arcos y

flechas; y corriendo a gran velocidad, se acercaron a la orilla y miraron atentamente hacia el bote que estaba a poca distancia de ellos. Los holandeses dispararon dos mosquetes, lo que los dispersó y puso en fuga. Pero poco después volvieron dos de ellos, arrojaron a la arena sus arcos y flechas, se lanzaron al agua y parecieron dirigirse hacia el bote.

Los holandeses se sorprendieron, ya que ignoraban qué se proponían; y como no tenían nada que temer de dos hombres desnudos, permanecieron donde estaban a ver qué pasaba; finalmente, los dos bárbaros nadaron hacia el bote, y dirigiéndose al mulato, le suplicaron que los recogiesen y llevasen con ellos, porque les esperaba una muerte cruel si regresaban sin haberlo capturado y llevado de regreso. Los holandeses los recibieron gustosos, pensando que sacarían dinero vendiéndolos como esclavos. Cuando subieron a bordo, contaron cómo, al cruzar a nado el río, donde vieron por primera vez al mulato, habían perdido a uno del grupo, que fue devorado por un cocodrilo (con toda probabilidad, el mismo que el mulato había visto), y que los otros tres se irían lo más lejos que pudieran de su propio país para salvar la vida; pero que ellos preferían acogerse a la merced de los hombres blancos antes que correr el azar de que los atrapasen, o de morir de hambre recorriendo regiones que no conocían.

Cuando llegaron al barco, el mulato contó al capitán todas sus aventuras; y al comprobar éste que era hombre de mar y que entendía bastante de navegación, lo acogió en calidad de marinero experto.

Estuvieron aquí tres semanas, ya que los vientos fueron contrarios hasta entonces, tiempo en el que cargaron agua y leña, y se entretuvieron pescando. A continuación zarparon para Batavia, en las Indias Orientales, donde después de descargar y tomar un cargamento de mercancía india zarparon con destino a Holanda. El mulato hizo dos o tres viajes con ellos; pero en el año 1724, estando en Holanda, tuvo muchos deseos de ver a su antiguo capitán, así que embarcó el 28 de marzo, y pasó a Inglaterra, donde lo encontró, dado que aún vivía, y se alegró inmensamente de verlo. Se mostró muy generoso con él, y lo convenció de que escribiese todas sus aventuras, de las que es copia fiel la relación que acabo de hacer.

Después, el mulato regresó a Holanda, y aún anda navegando al servicio de la Compañía indo-oriental holandesa, a menos que haya muerto recientemente.

CAPÍTULO XII
Del capitán Condent y su tripulación

El capitán Condent nació en Plymouth, pero ignoramos cuáles fueron los motivos y ocasión de que se hiciera pirata; fue uno de los que creyeron conveniente marcharse de Providence (a la llegada del gobernador a esa isla) en una balandra del señor Simpson, mercader judío de Nueva York; balandra en la que iba entonces como cabo de brigadas. Poco después de abandonar la isla ocurrió un episodio a bordo que causó consternación en toda la tripulación: llevaban un indio al que algunos habían pegado; en venganza, éste trasladó casi todas las armas a la bodega, decidido a hacer estallar la balandra. Ante esto, algunos aconsejaron abrir un boquete en la cubierta y arrojar dentro unas granadas; pero Condent dijo que era demasiado trabajoso y arriesgado, puesto que el individuo podía disparar a través de la cubierta y matar a alguien. Así que cogió una pistola en una mano y el machete en la otra, y saltó a la bodega. El indio descargó un arma sobre él y le partió un brazo; pero Condent se levantó de un salto y mató al indio de un tiro. Una vez muerto, la tripulación lo despedazó, y el artillero lo abrió de vientre para arriba, le arrancó el corazón, lo asó y se lo comió.

Después de esto apresaron un mercante llamado el *Duke of York*; y al producirse una disputa entre los piratas, el capitán y la mitad de la compañía embarcaron en la presa; la otra mitad, que se quedó en la balandra, nombró capitán a Condent, y éste puso rumbo a las islas de Cabo Verde; y en el trayecto apresaron un mercante de Madeira, cargado con vino, que se dirigía a las Indias Occidentales; lo saquearon y lo soltaron. Al llegar tocaron la isla de Mayo, una de dichas islas, y apresaron allí la flota entera de sal, formada por 20 embarcaciones. Como Condent necesitaba una botavara, quitaron el palo mayor a una de estas embarcaciones para suplir esta falta. Aquí asumió él personalmente la administración de la justicia, preguntando a los hombres cuál había sido la conducta de sus superiores; y a aquellos sobre los que se presentaba alguna queja los mandó azotar y salar. Tomó las provisiones y pertrechos que necesitaba, y tras aumentar la compañía con voluntarios y forzados, dejó en libertad las embarcaciones y zarpó hacia Santiago, donde apresó un barco holandés que había sido anteriormente corsario: éste resultó una presa fácil también, porque sólo disparó una andanada; a continuación Condent le trincó la borda y se lo llevó sin resistencia, ya que murieron el capitán y varios hombres, y otros quedaron heridos a causa del fuego nutrido.

Como este barco se ajustaba muy bien a su negocio, le puso el nombre de

Flying Dragon, embarcó en él a toda su tripulación y regaló la balandra al primer oficial de una presa inglesa al que había forzado a unirse a ellos. De aquí se dirigieron a la costa de Brasil, y en este viaje apresaron varios barcos portugueses que saquearon y soltaron a continuación.

Después de éstos, topó con la galera *Wright*, capitán John Spelt, fletada por la Compañía de los Mares del Sur para ir a la costa de Angola a cargar esclavos, y de ahí a Buenos Aires. Este barco lo retuvo considerable tiempo, y dado que el capitán y él eran paisanos, lo trató muy amablemente. Unos días después de apresar a Spelt capturó un barco portugués cargado con mercancía y pertrechos; cambió el aparejo de la *Wright* y cargó en ella diversas mercancías.

Poco después de dejar en libertad al portugués topó con un buque de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales de 26 cañones, cuyo capitán resultó muerto en la primera andanada, y lo capturó con poca resistencia, porque había izado los colores piratas en el barco de Spelt.

Con tres velas ahora puso rumbo a la isla de Fernando, donde tumbaron y limpiaron el *Flying Dragon*. Una vez hecha la carena embarcó 11 holandeses a bordo del capitán Spelt para compensarlo de los hombres que le había quitado a la fuerza, y lo soltó, regalándole la mercancía que le había quitado al portugués. En el momento de zarpar él, ordenó al holandés que permaneciese en Fernando 24 horas después de su partida, amenazando, si no le obedecía, con hundirle el barco si caía por segunda vez en sus manos, y pasar a cuchillo a toda la compañía. Seguidamente puso rumbo a la costa de Brasil, donde topó con un buque de guerra portugués de 70 cañones que le dio alcance. Lo saludó el portugués, y Condent respondió: «De Londres, con destino a Buenos Aires.» El portugués mandó gente a las jarcias y lo saludó, momento que Condent aprovechó para mandarles una andanada y una descarga con armas de mano, trabando un vivo combate por espacio de 3 ampolletas. Pero Condent, al sentirse en inferioridad, emprendió la fuga, y como era más velero, logró escapar.

Pocos días más tarde apresó una nave de la misma nación que le informó de que había matado más de 40 hombres en el enfrentamiento con el guardacostas, además de herir a muchos; siguió costeando hacia el sur, y capturó un barco francés de 18 cañones cargado con vino y aguardiente, con destino al sudeste, que se llevó consigo al Río de la Plata. Mandó a tierra a unos cuantos para que cazasen algún puerco salvaje, pero fueron apresados por la tripulación de un buque de guerra español. En el interrogatorio ante el capitán dijeron que eran dos barcos de Guinea, con esclavos pertenecientes a la Compañía de los Mares del Sur, y con este

cuento se les permitió regresar a sus botes. Aquí cinco huyeron de los forzados con su canoa; saqueó el barco francés y lo dejó a la deriva, a consecuencia de lo cual embarrancó. Prosiguió a lo largo de la costa de Brasil; y al enterarse de que en esta latitud habían hundido un barco pirata y hecho prisioneros a sus tripulantes, dio un trato brutal a cuantos portugueses caían en sus manos (que fueron muchos), cortándoles las orejas y la nariz; y como su maestro era papista, cuando apresaba a un sacerdote le hacían decir misa en el palo mayor, y después se subían sobre él y lo hacían cabalgar por la cubierta, o le echaban peso encima y lo hacían andar como un animal de carga. De aquí se dirigió a la costa de Guinea, donde apresó al capitán Hill, en el *Indian Queen*.

En la bahía de Luengo descubrió dos barcos fondeados, uno holandés de 44 cañones y el otro inglés llamado el *Fame*, capitán Bowen. Los dos cortaron los cables y encallaron; el *Fame* se perdió, pero al holandés lo volvió a poner a flote el pirata y se lo llevó. Cuando estaban de nuevo en alta mar liberó al capitán Hill, y puso rumbo a las Indias Orientales. Cerca del Cabo apresó un buque ostendés de la Indias Orientales, en el que iba de sobrecargo el señor Nash, notable mercader de Londres. Poco más tarde apresó un holandés de las Indias Orientales, dejó en libertad al de Ostende y puso rumbo a Madagascar. En la isla de Sainte Marie encontró algunos de la tripulación del capitán Halsey, a los que embarcó junto con otros que habían quedado en tierra, y siguió rumbo a las Indias Orientales; y en el trayecto, en la isla de Johanna, capturó, con otros dos piratas que se le habían unido en Sainte Marie, al *Casandra*, buque de las Indias Orientales mandado por el capitán James Mackra. Prosiguió viaje y llegó a las Indias Orientales, donde hizo un gran botín, y de regreso tocó la isla de Mascareñas, donde topó con un barco portugués de 70 cañones, con el virrey de Goa a bordo. Apresó este barco, y al saber que había dinero en él, no pidieron ningún rescate, sino que se lo llevaron a la costa de Zanguebar, donde había una fortificación holandesa que tomaron y saquearon, arrasaron el fuerte y se llevaron a varios que quisieron unírseles voluntariamente. Después pusieron rumbo a Sainte Marie, donde se repartieron el botín, deshicieron la compañía y se establecieron entre los nativos. Aquí entró un bergantín de esnón de Bristol, al que obligaron a llevar una petición de perdón al gobernador de Mascareñas, aunque pagaron al patrón muy generosamente. El gobernador les mandó respuesta de que los tomaría bajo su protección si destruían sus barcos, a lo que accedieron; y hundieron el *Flying Dragon*, *etc.* Condent se casó con la cuñada del gobernador y vivió allí un tiempo; pero tengo información fidedigna de que ahora vive en Saint Malo, Francia, y dirige un importante negocio.

CAPÍTULO XIII
Del capitán Bellamy y su tripulación

Como no sabemos con certeza la procedencia de este hombre, empezaremos donde lo encontramos por primera vez como enemigo declarado de la humanidad. El capitán Bellamy y Paul Williams, en dos balandras, habían caído sobre un barco español naufragado, y al no lograr satisfacer sus expectativas, como he referido ya en otra parte de esta historia, resolvieron no perder el esfuerzo, acordando ir a la cuenta, expresión con la que entre los piratas se alude a su profesión. El primero que tuvo la desgracia de cruzarse en el camino de estos ladrones fue el capitán Prince, que iba de Jamaica a Londres en un buque galera construido en dicho puerto, y cuyo cargamento consistía en colmillos de elefante, polvo de oro y otras ricas mercancías. Esta presa no sólo los enriqueció, sino que los fortaleció: inmediatamente montaron esta galera con 28 cañones y la tripularon con 150 hombres de diferentes naciones; eligieron capitán a Bellamy, y la nave conservó su antiguo nombre del *Whidaw*. Esto ocurrió a finales de febrero de 1717. Así preparados para proseguir su desesperada actividad, pusieron rumbo a Virginia, cuya costa infestaron muchísimo, apresando varias naves. Y andaban navegando por esta zona, cuando estuvieron a pique «de precipitarse en el infierno», como dice el salmista; porque el cielo, que empezaba a encapotarse, presagiaba temporal; al ver que el tiempo se iba ennegreciendo, Bellamy aferró todas las velas pequeñas, y Williams tomó dobles rizos de la mayor; y no bien acababan de hacerlo sobrevino una turbonada de tal violencia que el *Whidaw* estuvo cerca de naufragar; al punto se pusieron de popa, ya que no cabía intentar otra maniobra, porque sólo contaban con las velas de trinquete para correr. Y afortunadamente para ellos, el viento soplaba de poniente y del norte, porque de haberlo hecho de levante, infaliblemente habrían perecido en la costa, Hacia el anochecer aumentó el temporal, y no sólo los hizo renunciar a todas las velas, sino que obligó al *Whidaw* a poner las vergas a babor, y lo único que pudieron hacer, con aparejos en la caña, cuatro hombres en la santabárbara y dos en la rueda, fue mantenerse de proa a la mar, porque de haber virado una sola vez se habrían ido indefectiblemente a pique. El cielo, entre tanto, se había poblado de relámpagos que la mar, con la agitación de sus partículas salinas, parecía imitar. La oscuridad era tal que, como dicen las Escrituras, podía palparse; el rugido cavernoso y terrible del viento sólo era igualado por el estallido incesante de los truenos, suficiente para darnos idea del terror que el Ser Supremo, que manda sobre los mares y los vientos, puede infundir a todos en el corazón. Pero el efecto fue muy distinto en estos desdichados

que con sus horrendas blasfemias, juramentos e imprecaciones trataban de sofocar el rugido de los elementos desencadenados. Bellamy juraba que sentía no poder acudir a sus cañones para devolver el saludo (refiriéndose a los truenos) a los dioses, que él imaginaba borrachos y enzarzados en empeñada pelea. Toda esa noche corrieron a palo seco, y por la mañana descubrieron que tenían el mayor rendido en su carlinga, por lo que se vieron obligados a quitarlo; y el de mesana también lo tenían tumbado hacia la borda. Estos contratiempos hicieron que el barco hirviese en blasfemias; blasfemias que aumentaron cuando, al acudir a las bombas, descubrieron que el barco hacía mucha agua. No obstante, las pusieron a trabajar sin descanso, e impidieron que fuera en aumento el agua embarcada. La balandra, lo mismo que el barco, se hallaba a merced de los vientos, aunque como su palo no era muy alto, no lo había perdido. Al rolar el viento, se volvió tan violenta la mar que empezaron a perder toda esperanza de salvarse; un golpe de mar hundió el espejo hacia adentro y barrió a los dos hombres de la rueda, que se salvaron en la red de proa. Después de cuatro días y tres noches, el viento perdió furia, y se estableció de norte una cuarta nordeste, amainando de hora en hora, a la vez que el tiempo se despejaba, de suerte que hablaron con la balandra, y resolvieron dirigirse a la costa de Carolina. Mantuvieron este rumbo un día y una noche, pero como el viento rolase al sur, cambiaron de idea y se dirigieron a Rhode Island. A todo esto el *Whidaw* seguía haciendo agua, y embarcaba casi más de la que la bomba de sotavento podía achicar, aunque la tenían trabajando sin descanso. Armaron bandolas, y al comprobar el carpintero que la vía estaba en la amura, y que se debía a que se había desprendido la estopa de una costura, la tripulación se puso muy animada otra vez. La balandra no había sufrido otro daño que la pérdida de la vela mayor, que la primera turbonada le había arrancado de la botavara. Y en su crucero frente a Rhode Island, a principios de abril, apresaron una balandra de Boston, mandada por el capitán Beer, en la latitud de Carolina del Sur, a cuarenta leguas de tierra. Pasaron a dicho capitán a bordo del *Whidaw*, mientras saqueaban y despojaban su nave, que Williams y Bellamy pensaban devolverle; pero sus tripulaciones se mostraron contrarias a esto, de manera que la hundieron y desembarcaron al capitán en Block Island.

No puedo pasar en silencio el discurso del capitán Bellamy al capitán Beer: «Maldita sea —dijo—; siento que no le quieran devolver la balandra, porque detesto causar perjuicio a nadie cuando no saco ningún provecho; tenemos que hundir la dichosa balandra, que podría serle de utilidad. Pero maldita sea, es vuesa merced un perro faldero, como todos los que se dejan gobernar por leyes que han hecho los ricos para su propia seguridad, porque los muy cobardes no tienen valor para defender lo que sacan con sus bellaquerías; malditos sean todos: maldito el puñado de bellacos, y maldita vuesa merced, que les sirve, porque son todos un

hatajo de gallinas. Los muy granujas nos vilipendian, cuando sólo se diferencian de nosotros en que roban a los pobres, naturalmente amparados en la ley, mientras que nosotros saqueamos a los ricos amparados en nuestro propio valor. Así que, ¿no prefiere vuesa merced hacerse de los nuestros, a andar tras el culo de esos bribones pidiéndoles empleo?» El capitán Beer le dijo que su conciencia no le permitía infringir las leyes de Dios y de los hombres. «Es vuesa merced un bribón endemoniadamente escrupuloso, maldita sea —replicó Bellamy—; en cambio yo soy un príncipe libre, y tengo tanta autoridad para hacer la guerra al mundo como el que posea un centenar de barcos en la mar y un ejército de cien mil hombres en tierra, y así me lo dice mi conciencia. Pero no quiero razonar con un faldero que permite que sus superiores le den un puntapié cuando les viene en gana y deposita su fe en un cura alcahuete, en un inútil que ni cree ni practica lo que impone a los idiotas que le escuchan»… Como no les faltaban agua ni provisiones, y habían reparado el daño del *Whidaw*, distraían el tiempo muy alegremente. Uno de la tripulación había sido cómico ambulante y había pasado por multitud de situaciones reales y ficticias en la vida; y tras comprobar que el negocio ambulante no respondía a la grandeza de su alma (como él la calificaba), juzgó más provechoso, y menos arduo, hacerse recaudador; de manera que pidió prestado en Yorkshire un excelente caballo capado (utilizo sus propios términos) con su brida y silla de caza, y con un par de pistoletes que tenía salió en busca de aventuras sin despedirse de nadie; topó, contaba, con varios caballeros andantes a los que, habiendo renunciado al combate, despojó y envió a ofrecerse a los pies de su Dulcinea; pero cayó bajo el influjo de un malvado encantador que, envidioso de sus gloriosos hechos de armas, y temeroso de que eclipsara con el esplendor de su lustre los de algún caballero favorito al que protegía (o sabiendo quizá, gracias a sus artes, que un día su protegido sucumbiría bajo el peso de su irresistible brazo), lo arrojó con su poder extramundano a un calabozo detestable, cargado de cadenas, de donde lo libró el sabio que cuidaba de sus asuntos y estaba destinado a escribir la historia de sus heroicas hazañas, lo puso a bordo de un barco que lo transportó a la famosa isla de Jamaica y, tras diversas vicisitudes, vino a aliarse con estos héroes marinos, azote de los tiranos y la avaricia, y defensores esforzados de la libertad.

Este fantástico personaje escribió a bordo una obra (que haría reír a un cínico si la viese) que tituló *Pirata real*. Se representó en el castillo de proa, y los actores y el poeta fueron muy aplaudidos. Pero dio lugar a un percance que convirtió la farsa en tragedia, por lo que el consejo ordenó que no se volviese a representar. Ocurrió lo siguiente: Alejandro Magno, rodeado de su guardia, interrogaba a un pirata al que habían conducido ante él; el artillero, que estaba borracho, se lo tomó en serio, y creyó que su compañero de rancho estaba en peligro; y al oír decir a

Alejandro:

Sabe que la muerte aguarda a tus crímenes enormes,

y que serás colgado de madrugada…

juró por Dios que lo iba a impedir; corrió a la santabárbara, donde había dejado a tres compañeros con sus tazones de ron, y tan bebidos como él, y les dijo que iban a colgar al bueno de Jack Spinckes, y que si lo consentían serían colgados uno tras otro, pero por Dios que no lo colgarían, porque iba a barrer la cubierta; cogió una granada, encendió la mecha y, seguido de sus camaradas armados con machetes, la arrojó entre los actores (los espectadores estaban en los pasamanos y en popa); arremetieron a la vez sus cofrades, le cercenaron el brazo izquierdo al pobre Alejandro, y el estallido de la bomba le partió la pierna a Jack Spinckes: el barco se convirtió al punto en un tumulto; hasta que fueron reducidos los agresores, que habrían causado una mortandad entre los soldados de Alejandro, o habrían sido aniquilados por ellos, puesto que todos portaban machete. Alejandro Magno vengó la pérdida del brazo matando al que lo había privado de él. El artillero y dos camaradas supervivientes fueron encadenados esa noche, y al día siguiente, en consejo de guerra, no sólo fueron absueltos, sino aplaudidos por su celo. Se reconciliaron Alejandro y sus enemigos, y se prohibió volver a representar la obra en lo sucesivo.

Un par de semanas después de dejar en tierra al capitán Beer, Williams abordó y apresó una nave a la altura de cabo Cod, cargada con vino, cuya tripulación aumentó el número de sus prisioneros; pasaron siete de sus hombres a bordo de la presa, con orden de mantenerse junto al barco y la balandra mandados por Bellamy y Williams, y dejaron a bordo de ella a su patrón.

Como hacía tiempo que necesitaban carenar el barco y la balandra, se abrieron a toda vela hacia el norte, y pusieron rumbo al río Penobscott, entre Nueva Escocia y la provincia de Maine, donde pensaban tumbarlos. Esta franja de tierra discurre paralela a la costa unas 190 millas de oeste a este, desde la provincia de Maine a Sainte Croix, y unas 200 millas de norte a sur, contando desde el río Quebec hasta el mar. El rey Carlos II hizo donación de dicha tierra, en 1663, a Su Alteza Real Jacobo, duque de York, quien estableció una colonia en Pemaquid. En ella hay toda clase de maderas, y podría dar excelente cáñamo y lino, y producir toda suerte de pertrechos navales; es rica en cobre, plomo y mineral de hierro, y en

sus mares abunda la ballena, el bacalao, el esturión, el arenque, la caballa, el salmón, así como el caracol de mar comestible, las ostras, *etc.* Su suelo puede dar toda clase de cereales y frutas europeos, y los bosques proporcionan cobijo a gran cantidad de venado, como alces, ciervos, corzos, *etc.* Esta región, de colonizarse, sería enormemente provechosa para Inglaterra. Pido disculpas al lector por este pequeño excurso, al que me empuja el interés que siento por todo lo que puede contribuir al enriquecimiento y expansión de los dominios de nuestra gloriosa *Britannia*, mi amado país. Pero volvamos a nuestro relato: cuando llegaron a la desembocadura juzgaron conveniente carenar en el río Mechisses (Machias); se adentraron en él, como habían convenido, lo remontaron unas dos millas y media, y fondearon allí con sus presas. A la mañana siguiente bajaron a tierra los prisioneros con sus conductores, con la orden de ayudar a construir cabañas; desembarcaron también los cañones y erigieron un parapeto con troneras, una para cada cañón, a ambos lados del río. En esto tardaron cuatro días; los pobres prisioneros, a los que trataron de la misma manera que tratan los colonos de las Indias Occidentales a los esclavos negros, excavaron un almacén en la tierra y colocaron un techado sobre él. Una vez guardada la pólvora, y desembarcadas todas las cosas, escoraron la balandra, la limpiaron, y después de embarcar otra vez en ella todos sus pertrechos carenaron el *Whidaw* con ayuda de la presa más grande. Aquí el cómico dijo a los dos comandantes que podían sentar los cimientos de un nuevo reino, desde el cual, con el tiempo, podrían someter el mundo, y extender sus conquistas más allá de los límites del Imperio Romano. «Es cierto que soy hijo de molinera —dijo—, pero tengo suficiente ambición, avaricia y conocimientos para hacer de secretario de Estado, porque fui estudiante de Oxford, aunque no me gradué, antes de hacerme cómico ambulante; y si creen conveniente fundar un imperio en esta porción de tierra, y tienen a bien vuestras unidas majestades imperiales dar empleo a mis conocimientos, tengan todos seguro que probaré ser un verdadero patriota; es decir, con mi actuación seré un prestigio para vuestra corte, y agobiando a vuestros súbditos (a los que con el plausible pretexto de la libertad tendré en abyecta esclavitud), les arrancaré tales sumas de dinero que jamás saldrán de la pobreza, al tiempo que mantendré repletas vuestras arcas y las mías. Roma, dueña del mundo, fue fundada por un par de ladrones de ovejas, y poblada por esclavos fugitivos y deudores insolventes; ¡cuánto más ventajosamente podríais los dos acometer la fundación de una nueva monarquía, con unos súbditos que no ignoran el arte de la guerra y sin estar rodeados como ellos de vecinos envidiosos, con gran posibilidad de aumentar vuestro poderío y perpetuaros, tomando bajo vuestra protección a los indios de estas regiones y a las gentes descontentas y despechadas de las vecinas colonias inglesas y francesas! Fortaleceos, elevad a cada hombre útil a alguna dignidad estatal, y repartid entre vuestros grandes a los prisioneros como otros tantos esclavos indignos de gozar de

libertad; construid navíos, mantenedlos constantemente navegando, y haced que todos los prisioneros reconozcan por las buenas o las malas vuestra soberanía. Así es como se fundaron los más grandes imperios del mundo; la fuerza superior fue siempre reconocida como justo título; los antiguos siempre consideraron esclavos legales a los prisioneros, cuyas vidas estaban en su poder por la ley de las armas, y sus personas al servicio del conquistador, aunque con una agradecida retribución para protegerse de ellos. Dejo a la madura deliberación de vuestras grandes sabidurías decidir si no es más prudente fundar aquí un imperio, y hacer la guerra por la legal autoridad que deriva de vuestras realezas, que seguir llevando apelativos ignominiosos tales como saqueadores, ladrones, granujas, libertinos y piratas. Pido perdón a vuestras majestades por la libertad de estas palabras, a las que me empujan el celo por vuestro real servicio y el bien público; el mundo nos trata, tanto a vuestras mercedes como a vuestros leales súbditos, con términos no más suaves. Pero cuando os hayáis declarado monarcas legales, y tengáis fuerza suficiente para defender vuestro título, todas las universidades del mundo declararán que tenéis derecho jure divino, y los reyes y príncipes de la tierra os enviarán sus embajadores para ganarse vuestra alianza.»

Bellamy y Williams le dijeron que meditarían su propuesta y le harían saber lo que decidiesen conforme a su gran sabiduría. Entre tanto le agradecieron el consejo, le prometieron que en cuanto fundasen esa monarquía (si la encontraban factible) lo nombrarían primer ministro, o cabo de brigadas de tierra, y le aseguraron que cuando él y su familia se hubiesen enriquecido exprimiendo a sus súbditos le facilitarían una garantía para su seguridad. Y concluyeron pidiendo un cuenco de ponche para cada rancho.

Ya limpio el *Whidaw* decidieron cruzar otra vez, así que pusieron rumbo a la bahía de *Fortune*, Terranova; hicieron algunas presas en los bancos, tomaron forzados a todos los hombres, y hundieron sus naves.

No hacía mucho que estaban en esta costa cuando los separó un temporal que duró varios días. Frente a la isla de Saint Paul avistó el *Whidaw* una vela a la que inmediatamente dio caza. El barco se puso a la capa, y resultó ser un buque francés de 36 cañones que llevaba soldados a Quebec. El *Whidaw* trabó combate con gran resolución; el francés mostró no tener menos, porque arrimó el costado al *Whidaw*, que consiguió apartarse dos veces, con pérdida de hombres por ambas partes. Después de dos horas de combate consideró Bellamy al francés un adversario demasiado duro, y decidió desaparecer. Pero su enemigo no estaba dispuesto a dejarlo ir, sino que le dio caza; y como navegaba tan bien como Bellamy, lo habría apresado con toda certeza, y le habría dado el castigo que

merecían sus crímenes, si no llega a ser porque se hizo de noche, lo que favoreció su huida. En este combate Bellamy perdió 36 hombres, y tuvo además varios heridos; el pobre secretario de Estado, nuestro cómico ambulante, estaba entre los muertos.

El *Whidaw* volvió a la costa de Terranova, y frente a la bahía de Placentia se encontró con su consorte y la presa.

Decidieron visitar otra vez la costa de Nueva Inglaterra, aunque el *Whidaw* había salido bastante maltrecho del reciente combate, ya que había recibido bastantes disparos en el casco. Bajaron por la costa, y entre los bancos de Saint George y los bajíos de Nantucket apresaron el *Mary Anne*.

A bordo de esta presa pusieron al patrón de la nave apresada anteriormente frente a cabo Cod, y como conocía la costa, le ordenaron que llevase la luz y fuese delante; y los piratas lo tuvieron en el timón. Una noche de francachela general, al ver que todos los piratas andaban borrachos, aprovechó la ocasión y estrelló la nave contra tierra cuando era más o menos la media noche, cerca de Eastham, acción de la que sólo él escapó con vida. Y el *Whidaw*, que seguía la luz, halló el mismo destino. La nave pequeña entró en una arenosa bahía y los hombres pudieron saltar a tierra sin dificultad.

Cuando chocó el *Whidaw*, los piratas mataron a todos los prisioneros, o sea, a los hombres forzados, como se dedujo de lo desfigurados que estaban los cadáveres que el agua sacó a la playa. Aunque en ese naufragio no se salvó ni un alma; ni en el de Williams, que también naufragó.

Los piratas que consiguieron llegar a tierra, siete en total, fueron apresados por los habitantes; y por la información que dio el patrón, que escapó del naufragio, y la confesión de ellos mismos, fueron encarcelados, condenados y ejecutados. Eran todos extranjeros, muy ignorantes y obstinados; pero gracias a los incansables trabajos de un sabio y piadoso predicador que los estuvo asistiendo constantemente, al final, por especial gracia de Dios, fueron conscientes y sinceros penitentes de los enormes crímenes de que eran culpables. Dado que se imprimió un pequeño folleto con el juicio de estos piratas, y sus conductas mientras estuvieron bajo condena y en el lugar de la ejecución, y debe de circular por la ciudad, remito al lector a él.

CAPÍTULO XIV

Del capitán Lewis y su tripulación

Este digno caballero fue pirata desde temprana edad. Siendo muchacho aún lo encontramos a bordo del pirata Banister, que fue ahorcado de un penol en un buque de guerra a la vista de Port Royal, Jamaica. Con él apresaron a Lewis y a otro muchacho, a los que llevaron a la isla colgados por la cintura del pico de mesana. Tenía gran facilidad para las lenguas y hablaba perfectamente la de los indios mosquito, el francés, el español y el inglés. Cito la nuestra porque no se sabe con certeza si era francés o inglés, ya que no hemos podido averiguar su origen.

Estuvo navegando por Jamaica hasta que, convertido en un robusto mozo, fue apresado por los españoles de La Habana; aquí permaneció algún tiempo, pero finalmente él y seis más huyeron en una pequeña canoa, y se apoderaron por sorpresa de una piragua española, dos de cuyos hombres se les unieron, de manera que ahora fueron nueve. Con esta piragua tomaron por sorpresa una balandra tortuguera, forzaron a algunos marineros a unirse a ellos, y dejaron a los otros en la piragua.

Prosiguieron con este juego, sorprendiendo embarcaciones costeras y tortugueras, hasta que entre voluntarios y forzados sumaron un contingente de 40 hombres.

Con esta compañía se apoderó de un gran pingue convertido en barco que iba de Jamaica a la bahía de Campeche, y después de varios más que se dirigían también a dicha bahía; hasta que tuvieron noticia de que en la bahía había fondeado un precioso bergantín de 10 cañones, procedente de Bermudas, mandado por el capitán Tucker. Le envió al capitán del pingue con una carta, diciendo que necesitaba dicho bergantín, y que si consentía en desprenderse de él honradamente le pagaría 10.000 piezas de a ocho; pero que si se negaba procuraría irle al encuentro, porque estaba decidido a tener esa nave por un medio o por otro. Tras leer la carta, el capitán Tucker mandó llamar a los patrones que entonces estaban en la bahía, les enseñó la carta, y les dijo que si le proporcionaban un total de 45 hombres (porque había unas 10 balandras de Bermudas), estaba dispuesto a enfrentarse a los piratas. Le dijeron que no, porque no querían poner en peligro a sus hombres, dado que dependían de ellos para navegar, y que cada uno cuidara de sí mismo como pudiese.

No obstante, zarparon juntos, y avistaron al pie de la costa una vela, que tenía la brisa, mientras que ellos estaban sin viento. Unos dijeron que era un tortuguero, y otros que el pirata, como así se probó; porque se trataba del honrado capitán Lewis, quien sacó los remos y les dio alcance. Algunas balandras llevaban cuatro cañones, otras dos y otras ninguno. Joseph Dill, que tenía dos, los montó a un costado y empezó a disparar animadamente al pirata; pero se le rajó uno de ellos y le mató tres hombres. Tucker volvió a pedir a todas las balandras que le mandasen hombres, que él se enfrentaría a Lewis; pero fue inútil: nadie subió a bordo de él. Entre tanto se levantó brisa, así que Tucker braceó las velas y los dejó, con lo que todos cayeron presas del pirata, al que no obstante Tucker mandó una andanada en el momento de irse. Una balandra de cuyo patrón no sé el nombre era muy velera, y se estaba alejando; pero Lewis le disparó un cañonazo, la hizo pairar, y así se estuvo hasta que Lewis visitó todas las demás y tomó posesión de ellas. Entonces mandó abordarla, y ordenó que le llevasen al patrón. En cuanto éste subió a bordo le preguntó la razón de haber pairado, traicionando la confianza que sus armadores habían puesto en él, y dijo que se había portado como un bellaco y un cobarde, y que iba a recibir el castigo que merecía, «porque —dijo— podías haberte ido, dado que tu nave es mucho más velera que la mía.» Tras este discurso, se arrojó sobre él con un rebenque, y agarrando luego el bastón, lo corrió por la cubierta sin caridad. El patrón, pensando apaciguarlo, le dijo que llevaba traficando con esta balandra varios meses, y que había a bordo gran cantidad de dinero, que lo tenía escondido, y que si mandaba a un negro que era de los armadores le diría dónde estaba.

Esto no hizo el efecto que él buscaba, sino el contrario: porque Lewis tronó que era un granuja y un villano por descubrirle eso, y por Dios que iba a pagar esta traición a sus armadores; y redobló los bastonazos. Sin embargo, mandó buscar el dinero y al negro, que era marinero experimentado. Tomó de las presas cuanto le podía ser de utilidad, más 40 negros marineros y un blanco carpintero; se quedó también con la balandra más grande, de unas 90 toneladas, para su propio uso, y la montó con 12 cañones; su tripulación constaba ahora de 80 hombres, blancos y negros.

Después de estas capturas cruzó en el golfo de Florida, al acecho de los barcos que volvían de las Indias Occidentales por el paso de Sotavento, varios de los cuales cayeron en sus manos, los saqueó y los soltó después. De aquí fueron a la costa de Carolina, donde limpiaron la balandra, y donde muchos hombres, todos forzados, huyeron de él. Sin embargo, los nativos intercambiaron con él ron y azúcar, y lo abastecieron de cuanto necesitaba, sin que el gobierno tuviese conocimiento de su presencia, porque se había metido en una ensenada recogida;

aunque permaneció muy alerta, a fin de no ser sorprendido desde la playa.

De Carolina fue a cruzar a la costa de Virginia, donde capturó y saqueó varios mercantes, y tomó forzados varios hombres; y a continuación regresó a la costa de Carolina, donde hizo bastante depredación.

Como ahora había numerosos franceses en su tripulación, y Lewis se había enterado de que los ingleses tenían el propósito de abandonarlos en algún paraje desierto, detuvo a los sospechosos, los metió en un bote, con los demás ingleses, a 10 leguas de la costa, con sólo 10 piezas de carne de vaca, y los expulsó, quedándose únicamente con los franceses y los negros; estos hombres, parece ser, perecieron todos en alta mar.

De la costa de Carolina pusieron rumbo a los bancos de Terranova, donde dieron caza a varias naves pesqueras; después se metieron en un puerto cómodo, limpiaron la balandra, y a continuación entraron en Trinity Harbour, en la bahía Conception, donde había fondeados varios mercantes, y capturaron una galera de 24 cañones llamada la *Herman*; su comandante, el capitán Beal, dijo a Lewis que si mandaba a su cabo de brigadas a tierra le facilitaría cuanto necesitara. Enviado a tierra, los patrones celebraron consejo, y decidieron detener al cabo de brigadas, al que condujeron ante el capitán Woodes Rogers. Éste lo encadenó a una gran ancla que había en la playa; situaron cañones en las puntas para impedir que saliese el pirata, pero esta maniobra dio poco resultado, porque la gente de una de las puntas abrió fuego demasiado pronto; Lewis abandonó el barco, y con los remos y al amparo de la noche salió en su balandra, aunque recibió muchos disparos en el casco. El último que le dio le causó considerable daño.

De cuando en cuando se apostaba frente al puerto, jurando que tendría a su cabo de brigadas; e interceptó dos chalupas de pesca, en una de las cuales iba el hermano del capitán de la galera; las retuvo, y mandó aviso de que si no soltaban inmediatamente a su cabo de brigadas mataría a todos los prisioneros. Se lo mandaron sin la menor vacilación. Lewis y la tripulación le preguntaron cómo lo habían tratado, y él respondió que muy cortésmente. «Entonces bien —dijo el pirata—; porque si te hubieran maltratado, habría pasado a cuchillo a todos estos granujas.» Los dejaron irse, y cuando el hermano del capitán iba a saltar la regala, el cabo de brigadas lo retuvo, diciendo que antes debía beber a la salud de los caballeros de tierra, en particular a la del capitán Rogers, y entonces le susurró al oído que si la tripulación se llega a enterar de que lo habían tenido encadenado toda la noche los habrían descuartizado a él y a los demás. Después que se fueran este pobre hombre y la compañía de su chalupa, el cabo de brigadas contó qué le

habían hecho; Lewis se enfureció, y recriminó a su cabo de brigadas; pero éste respondió que no le parecía justo que un inocente pagase los pecados del culpable.

Los patrones de los mercantes mandaron llamar al capitán Tudor Trevor, que estaba fondeado en San Juan, en el buque de guerra *Sheernes*; éste zarpó inmediatamente, y llegó cuando hacía sólo cuatro horas que el pirata se había ido.

Siguió Lewis a lo largo de la costa, hizo varias presas, francesas e inglesas, y entró en un puerto donde había un barco francés preparando pescado; lo habían construido hacia el final de la guerra para el corso, era excelente velero y montaba 24 cañones. Preguntó el comandante con la bocina, y el pirata respondió que de Jamaica, con ron y azúcar. El francés le dijo que se alejara, que había una balandra pirata por allí y que podía ser la suya; y que si no se iba le mandaría una andanada. Se fue y estuvo a la capa un par de semanas en alta mar, lo bastante lejos para que no lo avistasen desde tierra, resuelto a capturar ese barco. El francés se mantenía alerta, y entre tanto montaron una batería en la costa que dominaba el puerto. A los quince días, cuando ya creían que se había ido, regresó y capturó dos chalupas de pesca pertenecientes al buque francés; las tripularon los piratas, y entraron con ellas; una chalupa atacó la batería, y la otra sorprendió, abordó y se llevó el barco justo cuando asomaba el lucero del alba, por lo que lo bautizaron el *Morning Star*. En el combate murió el hijo del armador, que hacía el viaje por simple curiosidad. Una vez apresado el barco dispararon 7 cañonazos, que era la señal, y la balandra acudió y pairó al costado del barco. El capitán le dijo que suponía que sólo quería su licor, pero Lewis le contestó que quería su barco, y seguidamente pasó a él toda su munición y provisiones. Cuando el francés vio que se iban a llevar su barco, le dijo su disposición, y Lewis le dio la balandra y, salvo las provisiones que tomó, todo el pescado que había cogido. Varios franceses se pasaron a él, que sumados a los otros, ingleses y franceses, formaron, entre forzados y voluntarios, una compañía de 200 hombres.

De Terranova pusieron rumbo a la costa de Guinea, donde capturó numerosas naves, inglesas, holandesas y portuguesas. Entre éstas había un barco de Carolina mandado por el capitán Smith. Mientras daba caza a este barco ocurrió un incidente que hizo que sus hombres creyesen que tenía tratos con el demonio: porque perdió el mastelero de gavia y el de trinquete; entonces él, Lewis, subió a toda prisa por la jarcia hasta la cofa de gavia, se arrancó un puñado de cabellos y arrojándolos al aire, exclamó: «¡Maldito demonio; llévate esto hasta que yo vaya!»; y vieron que a continuación alcanzó a la presa más deprisa que antes de perder los masteleros.

Una vez que tuvo a Smith, lo trató muy cortésmente, y lo que le dio era de tanto valor o más que lo que le quitó; después lo dejó en libertad, diciéndole que iría a Carolina cuando hubiese conseguido dinero suficiente en la costa, y que confiaba en su amistad.

Siguieron costeando algún tiempo más, y se suscitó una pelea entre los franceses y los ingleses; y como los primeros eran más, decidieron separarse; así que eligieron la balandra más grande recién apresada, pensando que el barco, al no tener forrados los fondos, los tendría dañados por la carcoma.

Conforme a este acuerdo tomaron del barco la munición y provisiones que juzgaron necesarias y zarparon, eligiendo capitán a un tal Le Barre. Como soplaba viento fresco y llevaban demasiada carga en las cubiertas, dieron fondo al pie de la costa, con intención de estibar la munición, mercancía, *etc.* Lewis les gritó que eran un hatajo de ladrones, y que él los haría volver; corrió al costado, donde los cañones estaban cargados y listos, y dijo que o cortaban el mástil, o los mandaba a pique. Le Barre se vio obligado a obedecer. A continuación les ordenó desembarcar; le pidieron que los dejase llevarse al menos sus armas de mano, pertenencias, *etc.* Pero sólo les dejó las armas y algunas cajas de cartuchos. A continuación arrimó la balandra a su costado, lo pasó todo al barco y la hundió.

Le Barre y los demás le suplicaron que los tomase a bordo. Y aunque se negó, consintió que embarcasen Le Barre y unos pocos más, con los que él y sus hombres bebieron abundantemente. Los negros que iban con Lewis le dijeron que el francés tramaba un plan contra él; pero él les contestó que ya no podía oponerse a su destino, porque el demonio le había dicho en la cámara grande que iba a morir esa noche.

Y en plena noche llegaron el resto de los franceses en canoas, subieron a bordo, entraron en la cámara y mataron a Lewis. Después cayeron sobre la tripulación; pero tras hora y media de refriega, los franceses fueron vencidos, y el cabo de brigadas John Cornelius, irlandés, sucedió a Lewis.

CAPÍTULO XV
Del capitán Cornelius y su tripulación

Ahora que tenía el mando del *Morning Star*, Cornelius siguió costeando, e hizo varias presas inglesas y portuguesas; a las primeras las dejaba siempre en libertad después de quitarles lo que juzgaba que le aprovechaba, pero las portuguesas las quemaba por lo general.

Mientras asolaba de esta manera la costa, dos barcos ingleses que habían cargado esclavos en Whydali, uno de 36 y el otro de 12 cañones, y habían luchado denodadamente, se disponían a zarpar; y al tener noticia de que había un pirata que había hecho gran daño, resolvieron mantenerse juntos para defenderse. El capitán del barco pequeño se hallaba enfermo en su cámara, y eran sus oficiales los que estaban al cuidado del barco. Y cuando ya habían zarpado, 200 negros saltaron por la borda del grande, lo que lo obligó a ponerse a la capa y arriar los botes. El primer oficial del otro entró en la cámara, informó a su capitán de lo ocurrido, y aconsejó pairar y mandar los botes en ayuda de su consorte. Pero como el capitán estaba enfermo, y deseoso de abandonar la costa, ordenó que mantuviese el rumbo, porque podía ser peligroso, ya que ellos llevaban 400 esclavos, y al quedar con poca tripulación cuando salieran los botes, podían sublevarse. El oficial le recordó el peligro de los piratas si dejaban a su consorte; pero el capitán respondió que la mar era muy ancha, y que no quería pairar; así que mantuvieron el rumbo con viento frescachón.

Dos días más tarde el primer oficial, hacia las ocho de la mañana, mandó a un hombre a la cofa, que avistó una vela, lo que les hizo aprestarse para un enfrentamiento. Iba a bordo un tal Joseph Williams, que había servido en la Compañía Africana tres años en la costa de Guinea, y hablaba muy bien la lengua de los negros. Dijo a los esclavos que escogió, 50 en total, que creía que el barco avistado les daría batalla, y que si los vencía, como sus tripulantes eran caníbales, con toda seguridad los matarían y devorarían a todos, y por tanto les convenía defender sus vidas; y a continuación les dio lanzas y armas de mano.

Hacia las diez los alcanzó Cornelius, y al preguntarle el otro con la bocina, respondió que era un buque de guerra que andaba en busca de piratas, y ordenó que mandasen su bote a bordo. Pero como no se fiaban de él, pese a que arbolaba colores y gallardete ingleses, el pirata le mandó una andanada; y sostuvieron una batalla en retirada unas 10 horas, durante la cual los negros disparaban sus armas

con tanta presteza que Cornelius no se atrevía a abordarlo. Hacia las 8 de la noche el barco sufrió una explosión a popa: cortaron inmediatamente las trincas de la lancha, pero el barco se hundió tan deprisa que no les dio tiempo a arriarla, y apenas tuvieron el suficiente para echar al agua la yola que llevaban en el castillo de proa. Se hundió de costado, y Joseph Williams que corría hacia la otra banda fue atrapado por el aparejo de mesana, que lo arrastró consigo; pero tenía el cuchillo en la mano, y con gran presencia de ánimo, cortó los cabos de la troza donde estaba atrapado, se libró, y nadó hacia el bote, en el que habían embarcado 16, que golpeaban en la cabeza o cortaban las manos a los que intentaban agarrarse a él. Sin embargo, tras mucho insistirles, le permitieron cogerse para descansar. Así se dirigieron al pirata; pero éste se negó a subirlos, a menos que se uniesen a él, a lo que, para salvar la vida, accedieron todos; entonces fueron cortésmente recibidos, y les dieron ropa seca. Éstos, y un negro, fueron los únicos que se salvaron.

Poco más tarde apresó dos barcos portugueses, los saqueó y los retuvo. Y una madrugada de niebla oyó unos cañonazos que, por lo espaciados, pensó que eran de ceremonia, como así era, por la muerte de un comandante inglés. Llamó a bordo a aquellos de sus hombres que iban en las presas, las dejó en libertad, y enfiló hacia los estampidos que había oído.

Unas dos horas después avistó el barco que había estado cañoneando, se situó a su través, y en poco tiempo, sin resistencia, lo apresó. Los oficiales del barco que había estallado, al descubrir que esta presa era inglesa, y que el pirata no intentaba retenerla, suplicaron que los dejase irse en ella, dado que todos tenían sus familias, que no podrían valerse si les faltaba el sostén de ellos.

Cornelius escuchó la súplica, dejó en libertad al señor Powis de Limehouse (que desde entonces ha sido comandante y ha hecho fortuna); después al primer oficial, el señor George Porelong, al contramaestre, al carpintero y a todos los hombres casados. Los puso a bordo de la presa, y los abasteció muy generosamente con lo expoliado a los barcos portugueses, porque habían hecho un viaje accidentado. Pero retuvo a Joseph Williams y a los solteros, y sacó forzados a algunos de la presa, a la que dejó en libertad.

A poco de esto apresó tres barcos portugueses fondeados que saqueó y prendió fuego, después de dar la quilla con uno de ellos. Siguió algún tiempo más en la costa, haciendo gran daño al tráfico comercial, y tomó forzados muchos hombres: a éstos los destinaron a los trabajos más innobles del barco, corriéndolos a palos por las cubiertas, sin que ellos se atreviesen a replicar. Daré noticia de un caso de éstos para que se vea adónde puede arrastrar a un hombre su venganza.

Un tal Robert Bland iba al timón, y dio una voz a Joseph Williams para que tomase la caña para irse a jugar; se negó Williams, y Bland le largó un zurriagazo con la trinca de la caña. Williams, para poder vengarse, y tener la posibilidad de enfrentarse a Bland, fue al punto y se inscribió voluntario en el rol del barco, y pidió licencia para enfrentarse a Bland, lo que se le concedió, aunque sin otra arma que los puños. De todas maneras lo desafió, aunque saltaba a la vista que Bland era más fuerte que él. O sea, que se hizo pirata para pelear, y encima recibió una paliza.

Cornelius consideró que ya llevaban suficiente tiempo en la costa de Guinea y dobló el Cabo de Buena Esperanza, frente al cual avistó el *Lizard*, y dos buques de guerra más, bajo el mando del comodoro Littleton. Cornelius se mostró partidario de darles caza; pero al notar poco animados a sus hombres, porque, como le explicaron, había 70 forzados entre ellos, y sospechaban además que estos barcos eran buques de guerra, puso con toda diligencia rumbo a Madagascar, llegó al río Mathelage, en la costa oeste, y fondeó frente a Pombotoque, pequeño poblado negro.

Bajó a tierra el cabo de brigadas, y fue interrogado por el gobernador negro, porque algunos de estos negros hablan inglés. El cabo de brigadas explicó que habían entrado a cargar provisiones y comerciar; oído lo cual el gobernador mandó al barco un par de bueyes, y ordenó a algunos habitantes que llevasen al cabo de brigadas al rey. La tripulación del bote, al ver llegar a la playa varios negros sin el cabo de brigadas, pensaron que le había pasado algo; pero se tranquilizaron cuando les hicieron entrega de los dos bueyes, y les dijeron que el hombre blanco había ido a presentarse al rey, y que volvería al día siguiente, dado que estaba a no más de 20 millas de la costa.

Cuando el cabo de brigadas (que llevó al rey el regalo de un trabuco, un arma preciosa, y un par de pistolas) dijo que necesitaban provisiones, su majestad le preguntó adónde se dirigían. Él contestó que en busca de fortuna, porque en estos momentos eran muy pobres. «Escucha —replicó el rey—: no quiero nada de vosotros; considero a todos los blancos como hijos míos; me habéis ayudado a conquistar este reino, y todo el ganado que hay en él está a vuestra disposición. Os mandará provisiones suficientes, y cuando las hayáis consumido tendréis más.» Y dicho esto mandó 1.000 cabezas de ganado, de las que les dijo que eligiesen las que quisieran; y salaron 100 bueyes cebados.

Puede que divierta al lector conocer la breve historia de este rey, llamado *andian* Chimenatto, o sea rey Chimenatto: era hijo segundo de *andian* Lyfouhy cuyo

país se extiende de Mathelage a Saint Augustin; su hermano mayor era Timanangarivo.

A la muerte de *andian* Lyfouchy, Chimenatto, ayudado por su hermano menor y gran número de gente, luchó contra su hermano mayor Timanangarivo para arrebatarle el reino; pero fue derrotado, y se vio obligado a retirarse con su tropa. No obstante, siguió hostigando a su hermano, que a causa de las constantes pérdidas acabó muy debilitado y temeroso de nuevos ataques; se retiró más al norte, donde entró en guerra con *andian* Mathelage, aunque sin mucho éxito, así que se estableció en un trozo de tierra junto a la costa, donde los *antylouts*, o sea los habitantes de la mar, que son descendientes de los árabes, y los *vaujimbos*, que se consideran la casta más baja de toda la isla, eran muy enojosos y molestos, y le hacían vivir en continua alarma.

Entre tanto llegaron dos barcos a Yungowl (el país de Timanangarivo) pertenecientes a Frederick Phillips, de Nueva York, a cargar esclavos. Pero al saber que el viejo rey, que sentía gran respeto por los blancos, había muerto, y que Timanangarivo había pasado a cuchillo a la tripulación de un bergantín con el pretexto de que habían envenenado a su padre *andian* Lyfouchy (quien había bebido a bordo de ese barco tanto aguardiente que había muerto de eso), no quisieron permanecer aquí, sino que se dirigieron más lejos en busca de negocio.

Al verlos *andian* Chimenatto mandó hacer un gran humo, lo que atrajo a uno de los botes a la playa. Chimenatto recibió a la tripulación muy cortésmente, e invitó a los barcos a fondear, prometiéndoles negocio.

Los capitanes le preguntaron si tenía esclavos. Les contestó que muy pocos, pero que si le prestaban algunos hombres para guerrear abastecería de esclavos a los dos barcos. Le respondieron que Timanangarivo, su hermano, había matado a compatriotas suyos, y no se fiaban de él; entonces él les contó la historia de sus guerras: dijo que su hermano era un malvado por haber hecho eso, pero que si le prestaban unos cuantos hombres, les dejaría sus esposas y parientes cercanos como rehenes, que permanecerían entre tanto a bordo.

Acordado esto, Chimenatto les proporcionó todas las provisiones frescas que pudieron cargar; fueron veinte blancos con él a guerrear, y tomaron un poblado y gran número de esclavos, de los que Chimenatto dijo al capitán que podía escoger los que quisiera. Cuando el capitán le preguntó el precio dijo que no pedía nada, si consentía que sus hombres salieran otra vez. Efectuaron una segunda expedición, tomaron varios poblados, y volvieron con unos mil esclavos,

además de gran cantidad de ganado.

Los dos barcos escogieron unos 6.000 esclavos, que con las provisiones frescas, y vituallas para el viaje, les costaron sólo 2 o 3 barriles de pólvora y algunas armas.

El rey les dijo que si le dejaban los mismos hombres otra vez los abastecería de esclavos sin que les costasen nada; y dado que estos hombres mostraron deseos de quedarse, los dejaron, y zarparon los barcos; volvieron a la siguiente estación, fueron provistos de esclavos conforme a lo prometido, y relevaron a los blancos, o sea a los que querían regresar, dejando otros que quisieron sustituirlos. Con esta ayuda Chimenatto venció muy pronto a los *antylouts* y a los *vaujimbos*; y después se erigió en dueño del país entero de Mathelage, entre cuya gente han alcanzado fama los europeos, porque los que tienen a un hombre blanco de su parte están seguros de alzarse con la victoria, y la visión de un blanco en el bando contrario les infunde tal desaliento que, renunciando a toda posible victoria, huyen antes de entrar en batalla.

Pero volviendo a donde antes: además del regalo de los bueyes el rey les envió 100 negros cargados con arroz. Cornelius le mandó el regalo de 2 barriles de pólvora, y le habría dado más a cambio, con armas de mano, pero el rey les mandó recado de que no quería más, ni más armas, dado que no tenían necesidad de lo uno ni de lo otro; al contrario, si querían les podía mandar diez barriles de pólvora, porque los tenía por hijos suyos. Les dijo que prosiguiesen su viaje, y si regresaban más ricos, y querían traerle algún regalo, lo aceptaría, aunque no ahora que eran pobres.

Aquí Cornelius perdió 70 hombres por sus excesos; porque después de estar mucho tiempo sin provisiones frescas, comieron hasta el exceso, bebieron toke (un licor hecho con miel) sin moderación, y yacieron tan demasiadamente con mujeres, que contrajeron unas violentas calenturas que se los llevaron.

Al darle noticia los negros de que el *Speaker* había zarpado de Mathelage unos tres meses antes rumbo a las Indias Orientales, Cornelius cargó provisiones y tomó el mismo rumbo con la esperanza de unirse a él. Pero el *Speaker* fondeó en el Mar Rojo, mientras que el *Morning Star* entró en el Golfo Pérsico, con lo que no llegaron a encontrarse. Se adentraron bastante en el golfo, fondearon al pie de la isla Antelope, mantuvieron atenta vigilancia, e hicieron recorridos, capturando varias presas.

Aquí decidieron tumbar el barco y limpiar fondos; y cuando ya tenían buena parte de la carga y barriles de agua en tierra, el que vigilaba avistó dos barcos de alta arboladura, uno de ellos con una bandera en el mastelero de trinquete. Esto sembró entre ellos gran consternación: cargaron los toneles y las cosas necesarias que pudieron, y no se movieron hasta que tuvieron los barcos en el través; entonces largaron velas inmediatamente, que las tenían aferradas con filásticas, y se pusieron al costado del barco más grande, un portugués de 70 cañones, mientras que el otro era de 26. Intercambiaron una andanada con él, y el barco más pequeño entró en combate tan cerca que se arrojaban granadas de mano el uno al otro. Pero a Cornelius lo que le interesaba era moverse; y el barco grande intentó virar por avante dos veces para irle detrás, pero al no conseguirlo, se vio obligado a hacerlo por redondo, lo que dio al pirata gran ventaja; el barco pequeño, que estaba de la popa a tierra, dio caza hasta que sacó buen trecho de ventaja a su consorte; el pirata, al darse cuenta de esto, se puso a la capa para esperarlo; pero el portugués hizo la misma maniobra también, y esperó a su consorte, porque no le interesaba trabar batalla solo. Cuando oscureció del todo Cornelius huyó a la otra costa, burló a los portugueses (que siguieron golfo abajo), y volvió a fondear en el mismo sitio, donde descubrió que sus enemigos habían bajado a tierra en bote y habían desfondado los toneles. Aquí limpiaron fondos; y como no habían obtenido ningún dinero con las presas que habían hecho, y las balas de mercancía eran de poco valor para ellos, se dirigieron a la isla de Johanna, donde decidieron dejar a los negros, que eran numerosos, y todos criados entre los ingleses. Joseph Williams, temiendo que dejaran después a los ingleses, ya que no llegaban a la tercera parte de los blancos, informó a los negros del plan, se apoderaron de todas las armas del barco, y dieron a Williams el mando hasta que llegasen a Madagascar, poniendo a buen recaudo a los franceses y los holandeses. Arribados a Mathelage fueron al rey y le dieron el barco, ya que tenía el fondo tan podrido que era prácticamente inservible, y se marcharon todos a vivir con el nuevo rey Chimave, hijo de *andian* Chimenatto, que había muerto mientras estuvieron ausentes. Unos cinco meses más tarde se separaron, murió Cornelius, y fue enterrado con la acostumbrada ceremonia.

CAPÍTULO XVI
Del capitán William Fly y su tripulación

Hasta ahora no han dado resultado nuestras indagaciones sobre el origen de este pirata; y aunque así hubiera sido, ¿qué importancia habría tenido? La verdad es que por su conducta debió de nacer de padres muy oscuros; y por su educación (puesto que carecía de conocimientos de navegación), sólo era apto para la crueldad, dada la malvada profesión que abrazó. Se nos ha informado de que había practicado la piratería de manera particular, y que tras escapar de la Justicia se le brindó la ocasión de arrepentirse de sus crímenes y ganarse el pan honradamente como gaviero de trinquete o marinero especializado. Pero no: aunque analfabeto, era ambicioso de poder, y capaz de las acciones más atroces para conseguirlo.

En abril de 1726 el capitán Green, de Bristol, enroló en Jamaica a este Fly como contramaestre cuando se dirigía en el bergantín de esnón *Elizabeth*, de Bristol, a la costa de Guinea. Fly, que había confraternizado con unos cuantos dispuestos a cualquier fechoría, resolvió apoderarse de dicho esnón, matar al capitán y al primer oficial, asumir el mando y hacerse pirata. Propuso la idea a sus cofrades de iniquidad, y éstos la aprobaron; de manera que el 27 de mayo, al entrar de guardia a la una de la madrugada, se llegó (acompañado de Alexander Mitchel, Henry Hill, Samuel Cole, Thomas Winthrop y otros conspiradores) al que iba al timón, un tal Morrice Cundon, y le juró que si profería una sola palabra o hacía el menor movimiento de mano o pie le saltaría la tapa de los sesos; y arremangándose la camisa por encima de los codos, y machete en mano, entraron él y Mitchel en la cámara del capitán y le dijeron que saliese. El capitán preguntó qué ocurría, y Mitchel le contestó que no era momento de hacer preguntas impertinentes; que si salía a cubierta por las buenas les ahorraría tener que limpiar el piso de la cámara; y si no, ya se encargaría de lavarlo uno de cubierta con unos cuantos baldes de agua; que habían nombrado comandante al capitán Fly y, maldita era su alma, no consentían que hubiese ningún otro, ni iban a malgastar provisiones alimentando a gente inútil.

El capitán replicó que ya que habían tomado esa decisión no ofrecería ninguna resistencia; pero les pidió que no lo matasen, dado que su vida no era ningún obstáculo para sus propósitos, que nunca había sido severo con nadie, y por tanto no podían matarlo por venganza; y si se trataba sólo de su seguridad, y no se fiaban de su palabra de no hacer nada por desbaratar los planes que habían

resuelto llevar a cabo, pedía que lo encadenasen hasta que pudiesen desembarcarlo en la costa. «Sí, maldita sea —dijo Fly—; ¿y vivir para ayudar a ahorcarnos si nos cogen alguna vez? No, hombre. Tú vas a ir al infierno; no morderemos ese anzuelo: ya ha llevado a la horca a bastantes colegas honrados.» Y lo agarraron entre los dos y lo sacaron de la cama. El pobre capitán, suplicando que le perdonasen la vida por lo que más quisieran, les dijo que haría el juramento más solemne de no ir jamás contra ellos, que no estaba preparado para comparecer ante el trono de un Dios justo y puro; que tenía pecados en la conciencia, y que matarlo antes de haber lavado con lágrimas de arrepentimiento esas manchas que le ensuciaban el alma sería una crueldad infinitamente más grande que la privación de la vida misma si estaba preparado para morir, dado que sería condenarlo a la desdicha eterna sin haberles hecho la menor ofensa; sin embargo, si juzgaban que su vida no era compatible con la seguridad de ellos, les rogaba que le concediesen un poco de tiempo para prepararse para ese gran cambio; que no les pedía otra merced que la que les concedería a ellos la justicia y la compasión de la Ley, en caso de que fueran apresados. «Deja de predicar, maldita sea —dijo Mitchel—. ¿Qué nos importa a nosotros que vayas al infierno? Que se encargue de él el que esté de guardia. A cubierta, perro; no vamos a perder más tiempo contigo.»

Lo sacaron al entrepuente, y de ahí lo obligaron a subir a cubierta, donde uno de estos demonios le preguntó si iba a saltar como un valiente, «o hay que arrojarte como un bicho rastrero.» El capitán, dirigiéndose a Fly, exclamó: «¡Contramaestre, por el amor de Dios, no me arrojes por la borda, porque si lo haces me habré perdido para la eternidad! el infierno será el pago de mis crímenes.» «Maldita sea —contestó Fly—, ya que eres tan endiabladamente beato, te daremos tiempo para que reces una oración, y yo haré de cura. A ver, di conmigo: Señor, *apiádate de mí*. Las oraciones, cuanto más cortas, mejor. Venga: arriba con él, muchachos.»

El capitán siguió suplicando piedad y pidiendo que le dejasen una hora de tiempo, pero fue inútil: los malvados lo cogieron en volandas y lo arrojaron por la borda. Sin embargo, aún se agarró y quedó colgando de la escota mayor; y al verlo Wintrop, cogió el hacha del carpintero y le cortó la mano al desventurado patrón, que fue tragado por el mar.

Despachado así el capitán, cogieron al primer oficial, Thomas Jenkins, y lo subieron a cubierta para darle el mismo destino. Sus súplicas fueron tan inútiles como las del capitán; la sentencia era irrevocable: fueron sordos a sus ruegos y razonamientos, y ajenos a toda humanidad y compasión. Dijeron que era del rancho del capitán, y debían beber juntos; que era una lástima separar a los buenos

compañeros.

Así se reían de sus agonías. Él, no obstante, hizo alguna resistencia, lo que irritó a sus asesinos; y uno de ellos le descargó un hachazo (con la misma hacha con la que Winthrop le había cortado la mano al capitán), y le abrió un gran tajo en el hombro al no acertarle la cabeza, adonde dirigió el golpe, y lo arrojaron al agua. Nadó, no obstante, y gritó al médico que le echase un cabo; pero el pobre hombre no le podía oír, ya que lo tenían encerrado y encadenado en su propia cámara; y de haberlo oído, y haberle podido echar el cabo que pedía, ¿podía esperarse que los desalmados se hubieran compadecido y hubieran tenido piedad? Pero el hombre que se hunde se agarra a una paja, y la esperanza, dicen, es lo último que se pierde. Mientras tenemos vida tendemos a creer que algún feliz accidente puede socorrernos.

A continuación deliberaron sobre qué hacer con el médico. Unos eran partidarios de mandarlo a que atendiese al capitán y al primer oficial; pero la mayoría, como podía serles útil, pensaron que era mejor conservarlo. Y eliminados todos los obstáculos, Mitchel aclamó a Fly capitán, y junto con el resto de los que habían participado en la conspiración, le dio la posesión de la cámara grande con cierta ceremonia.

Aquí prepararon un cuenco de ponche, llamaron abajo a Morrice Cundon, y pusieron al timón a un tal John Fitzherbert en su lugar. Entre tanto fueron conducidos el carpintero y Thomas Streaton ante el capitán, quien les dijo que eran tres granujas, y que muy bien se merecían que los mandase a hacer compañía al capitán y al primer oficial, pero que sería clemente con ellos, y no los mataría a sangre fría, sino que les pondría los grillos para seguridad de la tripulación; y mandó que se los llevaran y los encadenaran. A continuación dijo a sus camaradas que convenía decidir algún rumbo; y justo en ese momento dieron la voz de que tenían cerca un barco. Disolvieron inmediatamente el consejo, despejaron la cubierta, y al poco rato descubrieron que era el *Pompey*, que había salido de Jamaica con el esnón. El *Pompey* puso proa hacia el esnón, que no lo eludió, y poco después saludaba, preguntando cómo estaba el capitán Green. Fly respondió que muy bien. No les pareció conveniente atacar este barco, sino que volvieron a reunirse, y resolvieron poner rumbo a Carolina del Norte.

Al llegar a esa costa avistaron una balandra fondeada dentro de la barra; se llamaba la *John and Hanna* y la mandaba el capitán Fulker, quien, pensando que el esnón podía necesitar un práctico, subió a su bote con el piloto, dos pasajeros, el señor Atkinson y el señor Roan, y un muchacho, a fin de entrarlo. Cuando llegaron

a bordo les dijeron que el esnón llegaba con un cargamento de Jamaica; el capitán Fulker y el señor Roan pidieron bajar a hablar con el capitán, que estaba en su cámara. Fly los recibió muy cortésmente, mandó preparar un cuenco de ponche, y al saber que el capitán Fulker había traído a otro pasajero a bordo, el señor Atkinson, lo invitó a bajar también.

Una vez que les llegó el ponche, el capitán Fly dijo a su invitado que no era de los que se andaban por las ramas, y que él y sus compañeros eran caballeros de fortuna, que habían decidido comprobar si la balandra del capitán Fulker era más velera que el esnón, y si lo era, como sería más apta para su negocio, se la quedarían. El esnón soltó el ancla como a una legua de la balandra, y Fly mandó en el bote a Fulker, con seis de sus hombres para que la sacasen y la llevasen junto al esnón; pero al tener el viento en contra, resultaron vanos todos los esfuerzos, y volvieron en el bote, llevando con ellos al capitán Fulker.

Cuando subieron al esnón e informaron de lo que ocurría, Fly sufrió un arrebato de furia, y empezó a maldecir a Fulker por no sacar la balandra. Éste le explicó el motivo, y dijo que era imposible. «¡Mientes, perro, maldita sea! —replicó el pirata—. Pero por la leche que he mamado que vas a pagar esta bribonada con tu pellejo. Y como no la saque, la quemaré donde está»; y mandó al capitán Fulker al molinete. Ningún razonamiento, ningún argumento consiguió disuadirlo: lo desnudaron y lo azotaron de manera despiadada. Y enviada otra vez la tripulación del bote, consiguió con mucho esfuerzo llevar la balandra hasta la barra, donde se desfondó y se hundió. Los piratas entonces intentaron quemar la parte que había quedado fuera del agua, pero no consiguieron que el fuego prendiese.

Zarpó el esnón en busca de botín, y Fulker y los otros pidieron que los dejasen en libertad; se les denegó de momento dicha petición, aunque les prometieron que los dejarían en la primera nave que apresaran.

El cinco de junio abandonaron Carolina, y al día siguiente avistaron una vela que resultó ser el *John and Betty*, mandado por el capitán Gale, que iba de Barbados a Guinea. Fly le dio caza; pero al ver que el barco lo dejaba atrás puso señal de socorro izando bandera en el tope del palo mayor. Sin embargo, este señuelo no consiguió que el barco dejase su rumbo. Fly siguió tras él toda la noche, llegó a un tiro de él al aflojar el viento, y le mandó varios cañonazos bajo enseña negra. Como este barco no tenía ninguna fuerza, y los piratas estaban dispuestos a abordarlo, se rindió. Fly mandó tripular su lancha, que tenía una especie de catapulta en la proa; fueron a la presa bien armados con pistolas y machetes, y mandaron prisionero al capitán Gale, tras reducir a sus hombres, a bordo del esnón.

Esta presa resultó ser de poco valor para los piratas, que sólo le cogieron trozos de lona y armas de mano, y la soltaron dos días después; pero le quitaron seis hombres y dejaron en ella al capitán Fulker, a un pasajero (retuvieron al señor Atkinson) y al cirujano del capitán Green. Se quedaron con el señor Atkinson porque sabían que era experto en navegación, y piloto del bergantín *Boneta*, y práctico de la costa de Nueva Inglaterra, por lo que les venía muy bien.

Al manifestarles el señor Atkinson su deseo de que lo soltaran con los demás, el capitán Fly le largó el siguiente discurso: «Óyeme bien, capitán Atkinson: nos importa un rábano tu compañía; un rábano, maldita sea; y que Dios te prepare el infierno si no te portas honradamente; porque como se te ocurra intentar alguna granujada te juro que te salto la tapa de los sesos; y maldita sea mi alma si no lo hago. Conque, capitán Atkinson, tú verás lo que haces. Como práctico te cogemos; ahora tú puedes portarte como un hijo de puta y jugarnos una mala pasada, lo que sería una granujada descomunal porque traicionarías a unos hombres que confían en ti; aunque yo te juro por el Dios eterno que no vivirás para ver cómo nos ahorcan. Bueno, no soy hombre de discursos, maldita sea. En fin, si te portas bien con nosotros, que Dios te bendiga; pero como te las des de listo y cometas alguna traición, que Dios me fulmine y me haga beber un tazón de fuego y azufre si no te mando al infierno, maldita sea. Y por Dios que no voy a decir más, que ya he hablado de sobra. Y aquí tengo a toda la tripulación de testigo, que si te salto la tapa de los sesos, la culpa habrá sido tuya y de nadie más, maldita sea.»

El señor Atkinson contestó que era muy injusto que lo obligasen a hacer de práctico cuando no conocía la costa, y que su vida tuviera que depender de cualquier error que cometiese por ese desconocimiento, y por tanto suplicaba que lo mandasen a bordo del capitán Gale, y confiasen más en sus propios conocimientos, porque no dudaba que había hombres más capaces a bordo. «No, no —replicó Fly—; nada de eso te va a valer, voto a Dios; y no te va a salvar el pellejo toda esa palabrería; *las muchas palabras no valen nada*, como dicen los españoles. Así que, o asumes la confianza que ponemos en ti como un hombre con toda la ley, porque no te vas a poder ir, o por Dios que te haré el favor de mandarte al diablo. Y basta ya de hablar, maldita sea.»

No hubo réplica, y pusieron rumbo a la costa de Nueva Inglaterra. Frente a la bahía de Delaware avistaron una balandra, mandada por un tal Harris, que iba de Nueva York a Pennsylvania; llevaba a bordo unos cincuenta pasajeros. Fly le dio caza, y al llegar a ella izó la enseña negra, le ordenó que se rindiese, lo que hizo inmediatamente; y Fly mandó al capitán Atkinson a bordo con tres de sus hombres para gobernarla, aunque no consiguieron que lo hiciera (Atkinson) sin amenazarlo

con un arma. Registraron esta presa; pero al no encontrar en ella nada que les aprovechara, y después de retenerla 24 horas, la soltaron con sus hombres, salvo un robusto mozo llamado James Benbrooke, al que retuvieron.

Fly, después de soltar esta presa, mandó al capitán Atkinson que entrase el esnón en Martha's Vineyard; pero éste, intencionadamente erró el lugar. Al ver Fly que estaban más allá de Nantucket, y que había frustrado su propósito, llamó a Atkinson y le dijo que era un hijo de puta redomado, y que era demasiada temeridad permitir que siguiera viviendo un hijo de puta que buscaba la muerte de tanta gente honrada como eran ellos. Atkinson dijo en su defensa que en ningún momento había dado a entender que conociera la costa y que era una injusticia tener que morir por hacerle otros más hábil de lo que realmente era; de haber pretendido él ser su práctico, sin conocer el oficio, se habría merecido el castigo; pero cuando lo forzaban a hacer un trabajo que de antemano había declarado que desconocía era una crueldad castigarlo por su equivocación. «Maldita sea —replicó Fly—; eres un granuja obstinado, y tu propósito es que nos ahorquen; pero por Dios que no vas a vivir para verlo.» Y dicho esto corrió a su cámara y salió con una pistola dispuesto a matar a Atkinson. Pero por interposición de Mitchel, que lo creía inocente de toda solapada intención, se libró.

Atkinson, que veía que su vida corría peligro a cada minuto, empezó a congraciarse con los piratas, dándoles a entender que con un trato bueno y amable podía llegar a unirse a ellos. No lo dijo expresamente, sino con palabras que dejaba caer de tarde en tarde como por casualidad. No se alegraron poco ante la perspectiva de tener a tan buen navegante con ellos; más aún: algunos incluso le insinuaron que si quería tomar el mando, estaban dispuestos a deponer al capitán Fly, que era demasiado violento, y todo el mundo se daba cuenta de que no sabía de navegación, ni entendía de otro oficio que el de contramaestre. Atkinson pensó que le interesaba que siguieran creyendo que se uniría a ellos; pero se negó a prestar oídos a lo de asumir el mando.

Esto hizo que lo tratasen con menos rigor, y le protegió de los insultos de Fly, quien estaba convencido de que los traicionaría a la primera oportunidad, y por tanto más de una vez propuso arrojarlo por la borda, cosa a la que la compañía del esnón nunca dio su aprobación.

De Nantucket pusieron rumbo este, y frente al banco de Brown avistaron una goleta de pesca. Al llegar Fly a su altura disparó un cañonazo e izó la enseña negra, y tronó, maldita sea mi sangre, que si no se ponían a la capa inmediatamente y enviaban su bote la hundiría. La goleta obedeció, y mandó su

bote a bordo del esnón; éste preguntó al capitán con qué naves podían topar, y le prometió que si le ayudaba a dar con una que fuese velera lo soltaría y le daría la suya; de lo contrario se quedaría con las dos. El pobre hombre le dijo que tenía un compañero que no tardaría en aparecer a la vista, y que era mucho mejor bajel; y hacia las 12 del mediodía de ese mismo día, que era 23 de junio, asomó la otra goleta. Entonces Fly dotó la apresada con seis piratas y un prisionero llamado George Tasker, y la mandó de caza, quedándose él a bordo del esnón con sólo tres piratas, el capitán Atkinson (que se había congraciado con él) y quince hombres forzados. Pero tornó la precaución de guardar las armas en cubierta, junto a él.

Los hombres que no se habían unido a Fly eran: Atkinson, primer oficial del capitán Fulker, y dos jóvenes de su tripulación, el carpintero y el artillero del antiguo capitán Green; seis hombres del capitán Gale, y el anteriormente citado Benbrooke, que pertenecía al capitán Harris, con tres hombres cogidos de la goleta. Al ver Atkinson que la proporción de prisioneros y forzados era de cinco a uno respecto de los piratas, pensó librarse del cautiverio; y quiso la suerte que en ese momento hicieron aparición varias otras embarcaciones de pesca, justo a proa del esnón. Llamó al capitán Fly y le dijo que divisaba varias naves a proa, y le pidió que cogiese el catalejo. Así lo hizo Fly; dejó las armas en el alcázar, y se sentó en el molinete para ver si podía distinguir qué eran. Atkinson, que había concertado su plan con un tal Walker y el citado Benbrooke, se apoderó de las armas del alcázar, y dio la señal de apresar a Fly, lo que hicieron con poco trabajo; y a continuación redujeron a los otros tres piratas y se apoderaron del esnón. El resto de los prisioneros, que ignoraban qué pasaba y no sabían nada del plan, permanecieron pasivos. Después, entre todos, llevaron el esnón y a los piratas a Great Brewster, donde el 28 de junio de 1726 pusieron a bordo una guardia.

Poco más tarde, o sea el 4 del siguiente mes de julio, se hizo comparecer a estos piratas ante el excelentísimo señor William Dummer, vicegobernador y comandante en jefe de la provincia de la bahía de Massachusetts, presidente del tribunal de Almirantazgo, en un juicio celebrado en el palacio de justicia de Boston, asistido por 18 miembros del Consejo, donde fueron hallados culpables de homicidio y piratería, condenados a muerte, y ejecutados el 12 de julio. Se ordenó que Fly fuese colgado de cadenas a la entrada del puerto de Boston. Así acabó el breve reinado de este desdichado que sólo quería la habilidad y el poder para mostrarse el más infame de cuantos infestaban los mares. Los tres piratas ejecutados con él fueron Samuel Cole, George Condick y Henry Greenvill.

CAPÍTULO XVII
Apéndice al Volumen Primero

Hemos referido ya la historia de algunos piratas sobre los que tendremos ocasión de hablar aquí. Desde que salió a la luz el primer volumen han llegado a nuestras manos detalles que, puesto que son mucho más curiosos y singulares que nada de cuanto se ha publicado hasta hoy sobre tales casos, estamos seguros de que a nuestros lectores les gustará conocerlos.

Hacia el 20 de julio de 1718 llegó a Providence el señor Woodes Rogers, gobernador y vicealmirante de las islas Bahamas, enviado de Inglaterra con el Edicto del Rey, de perdón para todos los piratas que se entregasen en el plazo especificado en dicho edicto. Había anochecido cuando la flota llegó frente a la ciudad de Nassau, en dicha isla, y el práctico Richard Turnley, que iba en el *Delicia*, juzgó arriesgado pasar la barra esa noche, por lo que se decidió fondear y esperar a la madrugada.

Entre tanto se llegaron a la flota unos cuantos hombres, procedentes de una pequeña isla próxima a Providence, llamada Harbour Island. La información que llevaban era que había unos mil piratas en la costa de la isla de Providence, esperando el perdón del Rey, anunciado hacía tiempo (sus principales cabecillas eran Benj. Hornigold, Arthur Davis, Jos. Burgess, y Tho. Carter), y andaban todos por los alrededores de la ciudad de Nassau; que el fuerte estaba muy necesitado de reparación, sólo contaba con un cañón de nueve pies, y no tenía otro alojamiento para los hombres que una pequeña cabaña, o casa, habitada por un viejo al que los piratas, en burla, llamaban gobernador Sawney.

La flota era visible tanto desde el puerto como desde la ciudad, de manera que el capitán Charles Vane, que no pensaba entregarse ni mucho menos, y había aparejado su barco con intención de lanzarse a nuevas aventuras, aprovechó la oscuridad de la noche para escapar; y como el puerto estaba cerrado, y su barco tenía demasiado calado para salir por el paso este, trasladó sus hombres y cosas de valor a una embarcación más ligera, cargó todos los cañones del barco que abandonaba con doble carga y perdigón, y le prendió fuego, imaginando que mandarían acercarse algunos barcos, o sus botes, y que podría causar algún estrago cuando el fuego llegase a los cañones.

Los de la flota vieron la luminaria, oyeron los cañonazos, y pensaron que los

piratas de la costa estaban haciendo hogueras y disparando cañones para festejar que había llegado el perdón del Rey. Entre tanto el capitán Whitney, comandante del buque de guerra *Rose*, mandó el bote a tierra con su segundo; pero lo interceptó Vane, pasó a sus tripulantes a bordo de él, los despojó de los pertrechos que llevaban en el bote, y los retuvo hasta que zarpó, que fue al despuntar el día, cuando había claridad suficiente para salir por el paso este. Y en cuanto lo consiguió confeccionó una bandera negra, disparó un cañonazo, y dejó que el segundo y la tripulación del bote fueran a reunirse con la flota.

La flota entró en puerto sin novedad, y tan pronto como el segundo llegó a bordo, e informó de lo ocurrido, la balandra *Buck* recibió orden de perseguir a Vane; salió lo deprisa que pudo por el paso este, con un crecido número de hombres armados enviados de los otros barcos. Pero como iba cargada con mercancía, Vane la fue dejando atrás, cosa que observó el comodoro, por lo que mandó hacer una señal a la balandra para que abandonase la persecución y regresase, y así lo hizo.

Seguidamente se dedicaron a amarrar y asegurar los barcos, lo que les ocupó hasta la noche. A la mañana siguiente desembarcó el gobernador, siendo recibido en tierra por las personas principales del gobierno de la plaza, como el señor Thomas Walker, juez presidente, y el señor Thomas Taylor, presidente del Consejo; los capitanes piratas Hornigold, Davis, Carter, Burgess, Courant, Clark y algunos otros formaron sus tripulaciones en dos filas cubriendo carrera desde el borde del agua hasta el fuerte, entre las que marcharon el gobernador y otros oficiales; y al paso bajo las armas abrían fuego de salva sobre sus cabezas.

Una vez en el fuerte, se abrió y se leyó su comisión, y fue jurado gobernador de la isla conforme a la fórmula establecida.

Al día siguiente el gobernador dio una comisión a Richard Turnley, práctico principal, al señor Salter, factor, y a algunos otros, para visitar todas las embarcaciones y naves sospechosas que había en puerto, proceder a su registro, hacer inventario de sus diversas cargas, y poner nave y carga a disposición del Rey y sus representantes hasta que se formase un tribunal de almirantazgo que pudiese absolverlas o confiscarlas legalmente, probando cuáles pertenecían a piratas y cuáles a personas que traficaban dentro de la Ley.

Al día siguiente se celebró un consejo de guerra en el que se acordó declarar el estado de excepción a fin de evitar ataques por sorpresa de españoles y piratas, hasta tanto se reparase el fuerte y estuviese en condiciones para la defensa. A este

propósito el gobernador se vio obligado a echar mano de algunos piratas perdonados, como Hornigold, Davis y Burgess, a los que dio alguna autoridad; así como de George Fetherston, James Bonny y Dennis Macarty, con otros piratas de menor categoría, que actuaron a las órdenes de ellos como oficiales de rango inferior.

Poco después de establecido el gobierno civil nombraron jueces de paz a algunos oficiales superiores; a otros de grado inferior, vigilantes y supervisores de las vías y caminos de los alrededores de la ciudad de Nassau, en los que, al estar invadidos de arbustos y maleza, cualquier enemigo que desembarcase de noche podía emboscarse en estas coberturas y tomar la ciudad por sorpresa; por lo que varios piratas comunes fueron empleados en la limpieza de estos arbustos y maleza.

El gobernador guardó el fuerte con algunos soldados, y encomendó el cuidado de la ciudad a los habitantes, a los que organizó en patrullas; pero como no había alojamiento capaz de acomodar a semejante número de hombres, hubo que desenvergar velas, llevarlas a tierra y utilizarlas como tiendas, hasta que estuviesen construidos los alojamientos, lo que se hizo con la mayor celeridad, con una clase de arquitectura totalmente nueva.

Los construidos dentro del fuerte los hicieron practicando seis pequeños agujeros en la roca, a distancia conveniente, en cada uno de los cuales se encajó un poste bifurcado, y sobre éstos, de uno a otro, se colocaron palos, o vigas, encima de las cuales dispusieron otros palos más pequeños, extendieron sobre ellos hojas de palmito, y con eso estuvo terminado el alojamiento; porque no se entretuvieron en adornos de puertas o ventanas.

Entre tanto se había emprendido la reparación del fuerte; también se dio orden de mantener limpias las calles por razones de salud y comodidad, por lo que la ciudad empezó a tener aspecto de lugar civilizado.

Se hizo público un edicto animando a toda persona que lo desease a establecerse en la isla de Providence, ofreciendo un trozo de suelo de ciento veinte pies cuadrados, dentro o en la vecindad de Nassau, siempre que el solicitante no estuviese ya en posesión de otros, comprometiéndose a limpiar ese suelo, y construir una casa habitable, en un plazo limitado, lo que podía hacerse sin dificultad puesto que las vigas no costaban nada. Esta medida tuvo el efecto deseado, y fueron muchos los que se pusieron inmediatamente a trabajar para cumplir con dicho requisito, a fin de establecerse allí.

Muchos piratas fueron empleados en el bosque para hacer estacas para empalizadas; y todas las tripulaciones de los barcos (salvo los oficiales) fueron obligadas a trabajar cuatro días a la semana en las fortificaciones, de manera que en breve espacio estuvo terminado un buen foso alrededor del fuerte que, junto con la empalizada, lo hacía razonablemente seguro.

Pero no iba con la inclinación de los piratas que les pusieran a trabajar, y aunque tenían suficientemente cubiertas sus necesidades, y cada hombre recibía una buena asignación de vino y aguardiente, sin embargo empezaron a sentir tanta añoranza de su antigua profesión que muchos de ellos cuando tenían oportunidad se apoderaban unos de piraguas, otros de botes, y escapaban durante la noche, con lo que a los pocos meses su número se había reducido considerablemente.

Sin embargo, cuando se declaró la guerra a los españoles, varios regresaron espontáneamente, tentados por la esperanza de encontrar empleo en los corsarios (que es una actividad parecida a la piratería); porque al ser esta plaza vecina a la costa de la América Española, y estar cerca también del golfo de Florida, parecía una buena posición para interceptar a los bajeles españoles que iban a la Vieja España.

No se equivocaron en esta suposición; porque el gobernador, de acuerdo con los poderes de que estaba investido, concedió comisiones para corsear, y eligió algunos de los principales piratas que habían permanecido en la isla, acogidos al perdón, como comandantes, y personas capacitadas para esa misión, y éstos formaron sus tripulaciones principalmente con sus compañeros desperdigados, y que ahora volvían con la esperanza de que se les admitiese.

Por este tiempo una embarcación pesquera de la isla de Providence regresó a puerto con un patrón y unos cuantos marineros que había recogido de una canoa; este patrón se llamaba King, y había mandado un barco llamado el *Neptune*, de Carolina del Sur, cargado con arroz, pez, alquitrán y otras mercancías, con destino a Londres.

La información que dio fue que había topado con el pirata Charles Vane, que le había llevado a la bahía de Green Turtle, una de las Bahamas, donde le había quitado gran parte del cargamento, sobre todo pertrechos que eran de gran utilidad para él; que después le había cortado parte de uno de los palos y había disparado un cañonazo a la bodega, con intención de hundir el barco; que había tomado para su servicio a algunos de sus hombres, y al irse les dio a él y al resto de los hombres una canoa para que se salvasen; que con esta canoa se las habían

arreglado para ir de una pequeña isla a otra, hasta que tuvieron la suerte de topar con el pesquero que los había recogido; y que creía que Charles Vane seguía cruzando aún por aquellos lugares.

Ante esta noticia el gobernador armó un barco que recibió el nombre de *Willing Mind*, lo dotó con cincuenta hombres fuertes bien armados, y también una balandra con treinta hombres, y mandó ambas naves a cruzar entre esas islas, en busca de Vane el pirata, dándoles orden de recuperar el barco *Neptune*, que el capitán King les dijo que aún tenía mercancías de considerable valor.

Así que zarparon, pero no consiguieron dar con Vane. En cambio dieron con el *Neptune*, que no se había hundido, como los piratas pretendían, porque la bala disparada hacia la bodega dio en el lastre y no llegó a atravesarlo debido a que no habían cargado suficientemente el cañón; de manera que regresaron con él hacia el 10 de noviembre. Pero le ocurrió un desafortunado accidente al *Willing Mind*, por ignorancia o descuido del práctico, que le ocasionó una vía de agua al entrar por la barra.

Entre tanto Vane y los suyos se dirigieron a la costa de La Española, al tiempo que se entregaban a continuas borracheras, ya que tenían abundante licor y provisiones frescas, como cerdos, cabras, ovejas, aves, conseguido todo con gran facilidad: habían entrado en un pueblo llamado Eleutherea, y habían quitado a los habitantes cuantas provisiones se habían podido llevar. Aquí estuvieron cruzando hasta el mes de febrero más o menos, cuando, cerca del paso de barlovento del cabo Maisi, toparon con un barco grande y rico que llegaba de Londres, llamado el Kingston, cargado con balas de género y otras ricas mercancías, con varios pasajeros a bordo, unos ingleses y otros judíos, además de dos mujeres.

Cerca del extremo norte de Jamaica toparon también con una balandra tortuguera que se dirigía a dicha isla, a bordo de la cual (después de saquearla) pusieron al capitán del Kingston y algunos de sus hombres, salvo a las dos mujeres, que se quedaron para su propia diversión, en contra de la práctica habitual de los piratas, que generalmente no quieren mujeres a bordo porque son motivo de discordia.

Se quedaron con el Kingston para su propio uso; porque ahora que habían aumentado su compañía con gran número de hombres, unos voluntarios y otros forzados, del *Neptune* y el *Kingston,* pensaron que tenían tripulación suficiente para dos barcos; conque pasaron varios al *Kingston*, y eligieron unánimemente capitán del *Kingston* a John Rackam, alias *Jack Calicó* (así llamado por sus chaquetas y

calzones, que eran siempre de ese tejido), cabo de brigadas de Vane.

No hacía mucho que habían dividido así su imperio estos piratas cuando se declaró entre ellos una guerra civil que acarreó la destrucción de uno de los bandos. El motivo de la fatal disidencia fue el siguiente: sucedió que se le acabó el licor a Vane, mandó el bote a su cofrade para que le proporcionase más, y Rackam le dio el que bien le pareció; pero como Vane esperaba más cantidad, fue a bordo de Rackam y le recriminó su mezquindad; subieron las palabras de tono, y Rackam lo amenazó con volarle la cabeza si no se volvía inmediatamente a su barco; así mismo le dijo que si no se largaba, y dejaba su compañía, lo hundiría.

Vane juzgó prudente hacer caso del consejo, porque sabía que el otro era lo bastante osado para hacer buena la amenaza, ya que tenía capacidad, al ser su barco el más grande y fuerte de los dos.

Se separaron, consiguientemente, y Rackam se dirigió a la isla de Princes; y como llevaban gran cantidad de rica mercancía a bordo, arrebatada a las últimas presas, la distribuyeron en lotes, y se las repartieron él y su tripulación por medio de los dados, de manera que el que sacaba más puntos elegía primero. Terminado así el reparto guardaron sus posesiones en toneles y los enterraron en la costa, en la isla de Princes, a fin de tener sitio para un nuevo botín. Y estando en esto entró una balandra tortuguera de Jamaica. Rackam envió su bote, trajo a bordo al patrón, que tras varias preguntas le informó de que se había hecho pública en Jamaica la guerra con España, y que aún no había expirado el plazo del perdón general para los piratas.

Al saber esto al punto cambiaron de idea Rackam y su tripulación, y decidieron acogerse al perdón y entregarse sin demora. Así que en vez de dar mal trato al patrón, como el pobre hombre se temía, le hicieron varios regalos, pidiéndole que volviese a Jamaica, y comunicase al gobernador que querían entregarse, con tal que les diese su palabra de que tendrían el beneficio del perdón; perdón que, aunque extenso, sabían que no les alcanzaba, puesto que lo habían quebrantado huyendo de Providence. También pidieron al patrón que regresase con la respuesta del gobernador, asegurándole que le compensarían por el viaje.

El patrón aceptó gustosamente esta comisión, y al llegar a Jamaica entregó el mensaje al gobernador conforme a sus instrucciones; pero ocurrió que el patrón del *Kingston*, con sus pasajeros, había llegado a Jamaica y había informado al gobernador de las piraterías de Vane y Rackam antes que el tortuguero, y el gobernador había mandado aparejar dos balandras, que ahora estaban prestas,

para perseguirlos, por lo que se alegró de averiguar, por el mensaje del tortuguero, dónde estaba Rackam.

Zarparon las dos balandras, bien dotadas de hombres, y hallaron a Rackam en el sitio donde el tortuguero había dicho, aunque en completo desorden, y totalmente incapacitado para zarpar o luchar, porque tenía la mayoría de las velas en tierra, utilizadas como tiendas, y la cubierta atestada de mercancía. Casualmente estaba él a bordo, aunque la mayoría de sus hombres habían bajado a tierra; y al divisar a lo lejos las dos balandras, y que enfilaban hacia él, miró con el catalejo, y le pareció ver a bordo como preparativos para el combate. Esto le dejó perplejo, ya que no esperaba ningún enemigo; y mientras estaba así, con la duda y el suspenso, se acercaron y comenzaron a disparar.

Rackam no tenía medios ni tiempo para defenderse, por lo que no pudo hacer otra cosa que saltar al bote y escapar a la playa, lo que hizo con los pocos hombres que había con él, dejando que las dos mujeres a bordo cayesen en manos del enemigo.

Las balandras apresaron el *Kingston*, lo tripularon y lo llevaron a Jamaica con gran cantidad de cargamento todavía a bordo. A la llegada su patrón examinó qué parte del cargamento había perdido, y qué parte había recuperado. También buscó los conocimientos de embarque y los certificados de aduana, pero Rackam había destruido todos estos documentos; y como el barco lo habían fletado varios mercaderes, no pudo saber qué propietarios habían recuperado su género y qué propietarios no, hasta que no le enviasen nuevos papeles de Inglaterra. Un caso de especial buena suerte acaeció en este asunto: había a bordo, entre otras mercancías, sesenta relojes de oro y treinta de plata; los piratas se habían repartido los relojes de plata, pero no habían llegado a descubrir los de oro, que estaban escondidos en unas balas de género; y el patrón, al registrar, los encontró intactos.

Entre tanto, Rackam y su tripulación vivían en el bosque, con gran incertidumbre sobre qué hacer. Se habían provisto de munición y armas de mano, y de algunas otras cosas, como balas de medias de seda y sombreros bordados, prendas con las que por lo visto pensaban hacerse los elegantes. También tenían dos botes y una canoa.

Y como no se ponían de acuerdo sobre qué determinación tomar, Rackam, con seis más, decidió coger uno de los botes y dirigirse a la isla de Providence, y allí reclamar el beneficio del perdón del Rey, al que consideraban que tenían derecho, alegando que Vane se los había llevado contra su voluntad. Metieron,

pues, algunas armas, munición y provisiones en el bote, junto con algunas otras cosas, y se hicieron a la mar. Primero se dirigieron a la isla de Pines; de aquí fueron a la parte norte de Cuba, donde destruyeron varias lanchas y botes españoles; apresaron uno que era una nave sólida, embarcaron en ella todos con sus pertenencias, hundieron el bote, y pusieron rumbo a la isla de Providence, adonde llegaron sin novedad a mediados de mayo de 1719, y donde, al reclamar el perdón del Rey, el gobernador consideró justo concedérselo, extendiéndoles los oportunos certificados que lo acreditaban.

Aquí vendieron su género, y se gastaron el dinero alegremente; y cuando no les quedó nada, algunos se enrolaron como corsarios y otros en naves de transporte de mercancía.

A Rackam (cuya parte como capitán era mucho mayor que la de los otros) le duró el dinero algo más. Pero ocurrió que por este tiempo conoció a Anne Bonny, y esto lo volvió manirroto. Anne Bonny, de la que ya hemos dado noticia en el primer volumen, estaba casada con James Bonny, uno de los piratas perdonados, joven apuesto y de vida sobria, pese a que había sido pirata; en cambio Anne, que era muy joven, no tardó en volverse libertina en sus manos, de manera que una vez la sorprendió yaciendo en el coy con otro. Rackam le dedicó sus atenciones amorosas hasta que se gastó todo el dinero; y como vio que no podía mantener un amor con los bolsillos vacíos, se enroló con el capitán Burgess, anteriormente pirata, aunque perdonado, que había obtenido una patente para corsear contra los españoles. Este corso resultó fructífero: capturaron varias presas, dos de ellas de considerable valor: una cargada con coco y la otra con azúcar. Las llevaron a Providence, y encontraron compradores entre los factores, que acudieron de otros lugares con ese fin. La suma obtenida fue considerable, y repartida con la mayor diligencia, y Burgess zarpó en busca de nuevas adquisiciones. Pero Rackam, que no pensaba en otra cosa que en Anne, se quedó para gastarse el dinero y disfrutar de su amante.

Rackam vivió con todo lujo, gastando dinero a manos llenas en Anne Bonny, y ésta se dejó ganar de tal manera por su liberalidad que se atrevió proponerle a su marido que se separasen a fin de cohabitar con John Rackam; el mencionado Rackam le daría cierta cantidad de dinero, a cambio de que se la cediera mediante un escrito en toda regla. Incluso habló con algunas personas para que figurasen como testigos en este escrito.

El episodio produjo cierto revuelo, al extremo de que el gobernador, al enterarse, mandó por Anne Bonny y por una tal Anne Fulworth que había llegado

con ella de Carolina, pasaba por su madre, y estaba en el secreto de su conducta licenciosa. Las interrogó sobre el particular, y al comprobar que no lo podían desmentir, las amenazó, si persistían en esa manera de vida, con mandarlas a prisión, ordenar azotarlas, y que el propio Rackam hiciera de verdugo.

Esta amenaza la hizo prometer que cambiaría de conducta, viviría con su marido, y no volvería a mantener relaciones disolutas nunca más. Pero todo era un disimulo, porque tras deliberar ella y Rackam, comprendiendo que no podían verse con entera libertad de manera pública y legal, resolvieron huir y vivir juntos a pesar del mundo.

Para ello planearon apoderarse de una balandra que entonces había fondeada en puerto, con la colaboración de unos cuantos muchachos fornidos a los que Rackam captó para la conspiración; eran piratas recientemente perdonados que, según sabía él, estaban hartos de trabajar en tierra, y anhelaban volver a su antigua profesión.

La balandra que habían elegido era de unas treinta a cuarenta toneladas, y una de las más veleras de su clase. Pertenecía a un tal John Haman, que residía en una pequeña isla próxima a Providence en la que sólo vivían él y su familia, porque tenía esposa e hijos. Sus medios de subsistencia y constante empleo eran saquear y robar a los españoles, cuyas balandras y lanchas asaltaba a menudo en las proximidades de Cuba y de La Española; y a veces regresaba con considerable botín, escapando siempre por su ligereza de pies; tanto, que se había vuelto proverbial decir: «Ahí va John Haman, cójale quien pueda.» Ahora había ido a Providence con su familia dispuesto a establecerse en la ciudad, cansado quizá de vivir en el aislamiento, o tal vez por temor a que algún español averiguase dónde habitaba, desembarcase, y se vengase de todas sus malas jugadas.

Habían visto varias veces a Anne Bonny ir a esta balandra. Anne había pretextado llevar algún recado para John Haman, aunque todas las veces había ido cuando él estaba en tierra; porque el verdadero recado era descubrir cuántos hombres había a bordo, y qué clase de vigilancia mantenían, y saber la andadura y características de la embarcación.

Averiguó lo que le interesaba; descubrió que sólo se quedaban dos hombres a bordo, y que John Haman dormía en tierra todas las noches. Les preguntó si hacían guardia, dónde dormían y muchas cosas más, a todo lo cual le respondieron de buen grado, pensando que no la movía sino la normal curiosidad.

Informó a Rackam de todos los detalles; éste decidió no perder tiempo y avisó a sus compinches, que eran ocho, y concertaron reunirse esa misma noche a las doce. Cumplieron todos, y Anne Bonny fue tan puntual como el que más. Y bien armados, se apoderaron de un bote y fueron bogando a la balandra, que estaba muy cerca de la playa.

La noche favoreció la acción, porque era oscura y lluviosa. En cuanto subieron a bordo, Anne Bonny, que llevaba un sable en una mano y una pistola en la otra, asistida por uno de los hombres, fue derecha a la cámara donde dormían los dos hombres de la balandra, se despertaron con el ruido, y al darse cuenta ella juró que si se resistían o daban alguna voz les saltaría la tapa de los sesos (ésa fue la expresión que utilizó).

Entre tanto Rackam y el resto se pusieron a levar anclas, una de las cuales la tuvieron en seguida arriba y clara; cortaron el cable de la otra para darse más prisa, y enfilaron hacia afuera del puerto. Al pasar cerca del fuerte les dieron una voz, como también desde el barco de guardia, preguntándoles adónde iban. Contestaron que se les había roto el cable y que sólo tenían un rezón a bordo que no los aguantaba. Inmediatamente después pusieron una vela pequeña, la precisa para tener arrancada. Cuando llegaron a la bocana y consideraron que no les veía ningún barco, dada la oscuridad de la noche, pusieron toda la vela que podían y salieron a mar abierta. Entonces llamaron a los dos hombres y les preguntaron si querían unirse a ellos; pero al encontrarlos poco inclinados, les dieron un bote para que regresasen bogando a tierra, mandándoles que fueran a Haman y le dijesen que le devolverían la balandra cuando hubieran acabado con ella.

Rackam y Anne Bonny dieron un buen susto a un tal Richard Turnley, al que Anne había pedido que firmase como testigo el escrito que James Bonny, su marido, debía dar a Rackam, por el que renunciaba a ella. Turnley se había negado a firmar entonces, y era la persona que había informado del asunto al gobernador, por lo que habían jurado vengarse. Había salido a la pesca de la tortuga antes de que ellos huyeran de Providence; y como sabían a qué isla había ido, se dirigieron a dicho lugar. Vieron la balandra como a una legua de la playa, pescando, y subieron a ella con seis hombres. Pero por suerte Turnley estaba en tierra con su chico, salando unos puercos que habían matado el día anterior. Preguntaron por él, y al saber dónde estaba, saltaron al bote y fueron a tierra en su busca.

Turnley, desde tierra, vio que abordaban su balandra, y observó después al grupo que se dirigía a tierra; y recelando que fueran piratas, dado lo corrientes que son en esas latitudes, huyeron él y el chico al bosque vecino. Había mucho oleaje,

de manera que los piratas no pudieron llevar el bote hasta la playa, sino que tuvieron que salvar un trecho con agua hasta los sobacos. Y Turney, espiando entre los árboles, vio que llegaban con armas; y como no le gustaba el cariz de la situación, se acomodó con el chico detrás de un arbusto.

Echaron una ojeada por allí, y al comprobar que no estaba, empezaron a dar voces llamándolo por su nombre; pero como no aparecía, decidieron que era una pérdida de tiempo buscarlo en semejante espesura, y regresaron al bote. Pero fueron bogando a la balandra y le quitaron las velas y varias otras cosas. También se llevaron tres hombres: al piloto Richard Connor, a John Davis y a John Howel; al cuarto lo dejaron porque, aunque había sido pirata, era cojo, e inválido a causa de una herida sufrida en otro tiempo.

Hecho esto le cortaron el palo mayor, remolcaron la nave mar afuera y la hundieron, poniendo antes a David Soward en un bote para que se las arreglara como pudiese. Éste logró llegar a tierra, y cuando dio con Turnley le dijo que Rackam y Anne Bonny, si alguna vez daban con él, estaban decididos a matarlo a latigazos, según les había oído jurar con muchos denuestos y maldiciones; porque el látigo era el castigo con que el gobernador había amenazado a Anne Bonny por culpa de su denuncia.

De aquí pusieron rumbo a las islas Bury, saqueando toda balandra que encontraron por el camino, y reforzando su compañía con varios hombres más. Y así siguieron hasta que fueron apresados y ejecutados en Port Royal, como he contado ya en el primer volumen.

Por estas fechas el gobernador, junto con algunos factores entonces residentes en Providence, juzgó oportuno fletar varias naves para efectuar un viaje comercial; conque fueron aparejadas la goleta *Batchelor's Adventure*, capitán Henry White; la balandra *Lancaster*, capitán William Greenaway; y la balandra *Mary*, capitán John Augur, de la que era armador David Soward (se la habían dado unos piratas antiguos socios suyos), en la que también fue en este viaje, con un cargamento de género y mercancías, con destino a Puerto Príncipe, en la isla de Cuba.

El gobernador juzgó conveniente, para beneficio de los habitantes de Providence, establecer correspondencia con los mercaderes de Puerto Príncipe, en primer lugar para asegurar el abastecimiento de provisiones frescas, de las que andaban escasos en la isla a la llegada del gobernador, y además porque, dado que en Puerto Príncipe había abundante ganado vacuno y porcino, tenía intención de

adquirir suficiente número de cabezas de ambos, y fomentar la cría de uno y otro en la isla, a fin de que en el futuro la gente tuviese sus propias provisiones frescas.

Zarparon el 5 de octubre de 1718; al día siguiente llegaron a una isla conocida con el nombre de Cayo Verde, al SSE de Providence, en la latitud de 23° 40' norte, a la distancia de veinticinco leguas. Dieron fondo, a fin de esperar a la mañana para sortear algunas rocas y bajíos que tenían en la ruta, y algunos fueron a tierra a matar algo para cenar antes de que oscureciese. Esperaban encontrar puercos salvajes, porque algún tiempo antes un tal Joseph Bay y un tal Sims habían soltado dos cerdas y un jabalí en dicha isla. Porque vivían en ese tiempo en Providence, y continuamente los visitaban los piratas, que les quitaban todas las provisiones frescas que tuvieran así que se les ocurrió repoblar Cayo Verde, a fin de tener recursos en tiempos de necesidad.

Esta isla tiene unas nueve millas de perímetro y unas tres millas en el lugar más ancho; está cubierta de berza, palmito y gran variedad de otras plantas y frutos, de manera que hay abundante pasto para alimento de esos animales. Pero los árboles crecen tan juntos que hacen muy difícil la caza, por lo que sólo mataron un puerco, aunque de un tamaño monstruoso.

Regresaron los cazadores a los barcos antes de las siete, después de descuartizar el puerco, y enviaron una parte a cada nave para la cena de la noche. Al terminar de cenar el capitán Greenaway y el capitán White fueron a la balandra del capitán Augur, para acordar la hora de zarpar; y dado que todos eran de la opinión de que levando anclas entre las diez y las once sería de día antes de llegar a los bajíos, acordaron esa hora para reemprender el viaje; y con esto regresaron a sus respectivas naves.

Poco después Phineas Bunce y Dennis Macarty, con muchos otros, pasaron de la balandra de White a la de Augur, con el pretexto de que iban a ver a Richard Turnley y al señor James Carr, que había sido anteriormente guardia marina del buque de guerra *Rose* (entonces mandado por el capitán Whitney) al que el gobernador Rogers, dado que era su protegido, había nombrado sobrecargo para este viaje. Le pidieron que les invitase a una botella de cerveza, porque sabían que el señor Carr llevaba algunas muy buenas (las habían visto embarcar) para regalarlas y agasajar a los mercaderes españoles.

El señor Carr, que no recelaba ninguna intención oculta, bajó de buen grado y subió un par de botellas de cerveza. Se sentaron a popa, en compañía del capitán Augur, y se pusieron a beber. Antes de acabarse la segunda botella, Bunce y

Macarty empezaron a parlotear y a explayarse, muy satisfechos, jactándose de sus antiguas hazañas como piratas, ensalzando la vida de pirata como la única meritoria para todo el que tuviera algo dentro. Y de repente, estando así, hablando en estos términos, se levantó Bunce de un salto y juró por su alma que sería capitán de esta nave. Augur le respondió que la nave no necesitaba capitán, porque él estaba sobradamente capacitado para mandarla, lo que pareció poner fin al discurso por el momento.

Poco después, Bunce se puso a decir qué armas más relucientes tenían en la balandra; a lo cual uno de los hombres de Augur le mostró algunos machetes que habían sido limpiados ese día. Entre ellos estaba el sable con puño de plata del señor Carr. Bunce pareció admirar el sable, y preguntó de quién era; el señor Carr respondió que era el suyo, y Bunce replicó que era muy hermoso; lo sacó y dio unos pasos por la toldilla, blandiéndolo por encima de la cabeza, y dijo al señor Carr que se lo devolvería en cuanto acabara; al mismo tiempo empezó a fanfarronear otra vez, y a jactarse de sus antiguas fechorías. Y acercándose al señor Carr, le dio un golpe con el plano de la hoja. Turnley le dijo que tuviese cuidado con lo que hacía, porque el señor Carr no iba a aceptar semejante trato.

Mientras discutían se escabulló Dennis Macarty, y con algunos de sus socios tomó posesión de la cámara grande donde se guardaban las armas. Al mismo tiempo, varios hombres se pusieron a cantar una canción con la siguiente letra: «No me prometiste que te casarías conmigo» (que por lo visto era la contraseña convenida entre los conspiradores para apoderarse del barco). No bien los oyó Bunce exclamó: «Por Dios que cumpliré lo que he prometido»; y descargó varios golpes al señor Carr con su propia espada. Lo agarraron el señor Carr y Turnley; y empezaron a forcejear, cuando en ese momento volvieron Dennis Macarty y varios otros de la cámara, cada uno con un machete en una mano y una pistola cargada en la otra; y llegándose a ellos dijeron; «Cómo, ¿osan resistirse los perros del gobernador?» Y golpeando a Turnley y a Carr con los sables, los amenazaron con matarlos de un tiro. Al mismo tiempo les dispararon cerca de las mejillas, lo que hizo que Turnley y Carr suplicaran que no los matasen.

Una vez en posesión de la balandra, dieron una voz al capitán Greenaway, y le pidieron que subiese a bordo para un asunto de importancia. Éste, que no sabe lo ocurrido, coge el bote y con sólo dos hombres va a verlos. Tan pronto como llega arriba Dennis Macarty lo conduce a la cámara, y nada más entrar lo prende, y le dice que se dé preso y que debe rendirse; el capitán Greenaway intenta resistirse. Entonces le informa de que toda resistencia es inútil, porque sus propios hombres están en la conjura; y efectivamente, ahora vio armados, y unidos a los amotinados,

a los dos hombres que le habían llevado en el bote, así que pensó que era momento de rendirse.

Hecho esto, mandaron algunos hombres a apoderarse de su balandra, o más bien a informar a su tripulación del paso que habían dado, porque esperaban no encontrar ninguna resistencia, al estar muchos de ellos en la trama; en cuanto al resto, suponían que eran demasiado contrarios al plan. Después de lo cual atrajeron al capitán White a bordo de ellos con la misma estratagema que habían empleado con Greenaway, y así mismo enviaron hombres a su balandra, y hallaron a sus hombres, a todos sin excepción, dispuestos a secundar dicho plan. Y lo más sorprendente fue que el capitán Augur, al ver la situación, se unió también, mostrándose tan dispuesto a piratear como el peor de ellos.

De esta manera se adueñaron de las tres naves sin apenas dificultad. El siguiente paso fue decidir cómo deshacerse de los que no se querían unir. Unos se mostraron partidarios de matar a Richard Turnley, pero la mayoría se inclinó por abandonarlo en un paraje desierto; para que muriese de hambre como un perro, como dijeron: su enojo con él provenía de que había servido de práctico para la entrada del gobernador en Providence.

Desnudaron, pues, a Turnley, a John Carr, a Thomas Rich y a algunos otros, y los arrojaron por el costado al bote que tenían abajo atracado; quitaron todos los remos, y no les dejaron para ir a tierra más que una pala vieja que en otras ocasiones había servido de timón; y con eso les dijeron que se fuesen. Sin embargo, consiguieron llegar a salvo a la isla que, como hemos dicho antes, estaba totalmente deshabitada.

A la mañana siguiente Dennis Macarty, con varios otros, fue a tierra y dijo a los expulsados que volviesen a bordo, que les darían alguna ropa que ponerse. Pensaron que los piratas empezaban a arrepentirse del mal trato que les habían dado y volvieron. Pero en cuanto llegaron a bordo descubrieron que la idea que se habían hecho del buen natural de los piratas era totalmente infundada, porque la emprendieron a golpes con ellos, a manera de diversión, uno tocando el pito de contramaestre, y el resto pegándoles hasta que el del pito tocaba «alto».

El verdadero propósito de llevarlos de nuevo a bordo era obligarlos a revelar dónde se guardaban algunos objetos con los que no conseguían dar, en especial el reloj y la tabaquera de plata del señor Carr. Y no tardó el señor Carr en tener que revelar en qué rincón de la cámara estaban, donde los encontraron, junto con algunos diarios y otros libros, con los que no supieron qué hacer, como no

fuera convertirlos en cartuchos. A continuación interrogaron a Thomas Rich sobre un reloj de oro que le habían visto llevar una vez en tierra, estando en Providence. Pero él declaró que pertenecía al capitán Gale, que era comandante del barco de vigilancia llamado el *Delicia*, en el que iba él entonces. Pero sus protestas le habrían valido de poco, de no haber sido porque algunos de los amotinados, que también habían pertenecido al *Delicia*, sabían que era verdad, por lo que dejaron de pegarle. Y se les ahorró a todos el castigo de momento.

Un rato después, suponiendo a los piratas de mejor talante, suplicaron que les diesen algo de comer, ya que no habían tomado ningún alimento ese día ni la noche anterior. Pero la única respuesta que recibieron fue que los perros no debían hacer esa clase de preguntas: entre tanto, algunos piratas intentaron convencer por todos los medios al capitán Greenaway de que se uniese a ellos, porque sabían que era muy buen navegante; pero se cerró en banda y no quiso. Entonces deliberaron qué hacer con él, y decidieron abandonarlo en una isla desierta; a esto se opusieron algunos porque era bermudiano, lo que significaba que era capaz de escapar a nado, o volver a su nave de esa manera; porque los bermudianos son excelentes nadadores. Pero él les hizo ver que ningún daño podía hacerles nadando, y así obtuvo el favor, para él y los demás oficiales, de ser desembarcados con Turnley, Carr y Rich. Y los metieron en el mismo bote, ocho en total, y los mandaron sin remos a tierra.

Los piratas, al día siguiente, examinaron las naves y comprobaron que la balandra de Greenaway no estaba en condiciones para sus fines, por lo que le quitaron cuanto pudieron. Los expulsados a tierra pudieron observar desde allí lo que hacían; y en cuanto se marcharon fue Greenaway a nado y subió a la balandra, sin duda para comprobar si habían dejado algo. Lo vieron los que se alejaban e imaginaron que, arrepentido de haberse negado a ir con ellos, se había decidido a hacerlo ahora; así que regresaron algunos a la balandra para hablar con él, pero lo hallaron de la misma opinión que antes; aunque se mostraron de muy buen talante, tanto que le dijeron que podía volver a tener su balandra. Sin embargo, la verdad era que no habían dejado nada salvo un foque viejo, cuatro trozos de carne de vaca en un barril de conserva, unas veinte galletas, y un balde roto que habían usado para coger agua; pero le advirtieron no subiesen todos a bordo hasta que no hubiesen desaparecido ellos.

Nadó Greenaway hasta la playa y dio noticia a sus camaradas de la desdicha de lo ocurrido. Esa misma tarde volvieron a tierra Bunce y varios otros con seis botellas de vino y algunas galletas. Es difícil saber si hicieron esto para tentar de nuevo a Greenaway; porque charlaron largamente con él, se bebieron hasta la

última botella, dieron a los infortunados un vaso a cada uno, con un trozo de galleta, a continuación los apalearon y regresaron a bordo.

Cuando aún estaban en tierra llegó una tortuguera que pertenecía a un tal Thomas Bennet de Providence, en la que iba de patrón un tal Benjamín Hutchins. Inmediatamente se apoderaron de ella, porque navegaba excelentemente. Hutchins tenía fama de ser muy buen piloto entre esas islas, y lo tentaron para que se uniese a ellos; al principio se negó, pero después accedió para que no le dejasen abandonado.

Era el 9 de octubre; y se disponían los piratas a zarpar, cuando enviaron el bote a la playa, ordenando a los *condenados malhechores* que subiesen a bordo de la *Lancaster*, que era la balandra de Greenaway. Embarcaron pues en el pequeño bote en el que habían ido a tierra con la ayuda de la misma pala, y al llegar encontraron a varios piratas, que les dijeron que les daban la balandra para regresar a Providence, aunque no les dejaron más provisiones que las antes citadas. También les dijeron que cogieran el trinquete, lo doblaran para hacer un foque, lo aferrasen al bauprés, y envergasen la mayor en la botavara. Hicieron como se les ordenaba, porque sabían que de nada les valía discutir si estaba bien o no.

Poco después subió a bordo otro grupo, en el que iban Bunce y Dennis Macarty; y como estaban locos o borrachos, la emprendieron a golpes con ellos, les destrozaron el aparejo y las velas con los machetes, y les ordenaron que no se fueran hasta que ellos volviesen, amenazándolos entre maldiciones y blasfemias con matarlos a todos si lo hacían y los volvían a encontrar; y dicho esto se marcharon, llevándose el bote en el que los habían enviado a tierra al principio.

Los dejaron en una situación apurada, sin aparejo con que hacer el viaje, ni bote con que ir a tierra, ni otra perspectiva que la de perecer de inanición. Pero el instinto de conservación les hizo esforzarse en buscar un medio de salir de este trance angustioso, y se pusieron a registrar cada uno de los huecos y rincones de la nave, por si descubrían algo que les fuera de utilidad; y quiso la suerte que encontraran una vieja hachuela; con ella afilaron unos cuantos palos a modo de pasadores; también hicieron otros objetos, para que sirvieran de ciertos utensilios absolutamente necesarios a bordo de una embarcación.

Terminado esto, cada hombre se aplicó con toda la diligencia que pudo: cortaron un trozo de cable, con el que hicieron filásticas para remendar las velas; también con dichas filásticas hicieron una especie de sedales, y doblaron algunos clavos para servirse de ellos a manera de anzuelos; pero como no tenían bote con el

que valerse para pescar o ir a tierra, decidieron construir una almadía, consistente en dos o tres tablones juntos, bien atados, sobre los que poder ir sentados dos o tres hombres con aguas tranquilas.

Tan pronto como las tuvieron hechas (porque hicieron dos), fueron a la playa unos cuantos en una de estas almadías, y se pusieron a cortar berzas, coger bayas, y una fruta que los marineros llaman nopal, para comer, mientras otros pescaban en la otra. Los que fueron a tierra también se llevaron el viejo balde, de manera que mientras unos recogían cosas que podían servir de provisiones, un hombre estuvo dedicado a llevar a bordo agua dulce con dicho balde, trabajo de lo más tedioso, por la poca que podía llevar cada vez, y estar la balandra cerca de una milla de la playa.

Después de cuatro o cinco días ocupados en estos trabajos, dispusieron las velas y el aparejo, con agua, berzas y otras provisiones a bordo, y juzgaron que era ya hora de aventurarse a navegar; levaron el ancla y pusieron toda la vela que tenían; y al asomar fuera del puerto, para gran sorpresa y consternación de todos, vieron aparecer otra vez a los piratas.

Este inesperado regreso de los piratas los asustó terriblemente por las amenazadoras advertencias que les habían hecho al irse, de no marcharse sin su permiso; de manera que dieron media vuelta, pusieron proa a tierra lo más deprisa que podían, echaron al agua las almadías, subieron a ellas, y se dirigieron a la playa con todo el esfuerzo de que eran capaces. Pero antes de alcanzarla los piratas se habían acercado lo suficiente para empezar a disparar sobre ellos, aunque aún era demasiada distancia para que los disparos fuesen efectivos; no obstante, llegaron a tierra y fueron tras ellos. Los pobres fugitivos corrieron al bosque, y para mayor seguridad treparon a los árboles, cuyas ramas eran muy gruesas, y permanecieron así escondidos.

Los piratas, al no hallarlos, regresaron en seguida al bote y fueron a la balandra abandonada: le cortaron el palo y el bauprés, la remolcaron hasta donde había profundidad y la hundieron; después volvieron a tierra, pensando que los fugitivos habrían salido de sus escondites, a fin cogerlos por sorpresa. Pero seguían encaramados en los árboles; desde aquí habían observado la operación, de manera que juzgaron más seguro no moverse de donde estaban. Los piratas, al no encontrarlos, regresaron a sus naves, levaron anclas y pusieron rumbo al este. Entre tanto los pobres fugitivos se sintieron desesperados; porque con su nave hundida, no veían posibilidad de escapar del peligro de perecer en esta isla deshabitada. Aquí pasaron ocho días más, alimentándose de bayas, moluscos tales

como berberechos y bígaros; a veces cogían alguna pastinaca, pez semejante al rape y a la raya al que, como se acerca a aguas someras, podían aproximarse, y valiéndose de un palo afilado (lo que conseguían frotando el extremo contra la roca, ya que no tenían cuchillo) lo ensartaban como con una lanza.

Hay que decir que carecían de medios para hacer fuego, por lo que este pescado lo aderezaban sumergiéndolo muchas veces en agua salada y luego dejándolo al sol hasta que estaba seco y duro, entonces lo comían.

Cuando llevaban así ocho días regresaron otra vez los piratas y vieron a los pobres fugitivos en la playa, quienes, como de costumbre, corrieron a esconderse en el bosque. Pero empezaban a compadecerse de ellos; así que fueron a tierra y mandaron a uno al bosque para que los llamara y les prometiera por su honor, si acudían, que les darían víveres y bebida y no volverían a maltratarlos.

Estas promesas, y el hambre que los acuciaba, los convencieron: fueron a bordo con ellos, y los piratas cumplieron su palabra, convidándolos a toda la carne y galleta que pudieron comer, durante los dos o tres días que estuvieron a bordo; pero no les dieron ni una pizca para llevarse a tierra. También les regalaron tres o cuatro mantas para que cubriesen su desnudez (porque como hemos dicho, estaban en cueros) y les dejaron algunas agujas e hilo, para que diesen alguna forma a su vestimenta.

Había a bordo un tal George Redding, de Providence, al que habían quitado una balandra y obligado a ir con ellos, que conocía Richard Turnley; y al saber que éste prefería volver a tierra antes que unirse a los piratas, y oírle decir que podían encontrar alimento para subsistir si les dejaban fuego para guisar, le dio secretamente un yesquero, con elementos para encender, lo que, dadas las circunstancias, fue un regalo más valioso que el oro o las joyas.

Poco después los piratas les preguntaron si se unían o querían volver a tierra, y todos optaron por lo segundo, lo que suscitó una discusión entre los piratas, sobre si cumplir lo prometido o no. Finalmente acordaron retener a Greenaway y los otros dos patrones, y al resto, cinco en total, como dijeron los piratas, darles una segunda sesión de variedades de la isla.

Así, pues, Richard Turnley, James Carr, Thomas Rich, John Cox y John Taylor fueron abandonados por segunda vez. Y en cuanto los desembarcaron, los piratas pusieron rumbo al este, hasta que llegaron a una isla llamada Pudden Point, cerca de Long Island, en la latitud de 24° , donde limpiaron sus naves.

Entre tanto Turnley y sus compañeros se las arreglaron mucho mejor que antes gracias al regalo de George Redding, que fue para ellos de infinita utilidad, ya que les permitió mantener constantemente un buen fuego en el que asaban el pescado; así mismo había en la isla abundantes culebras y cangrejos de tierra que podían comer después de asados, y de esta manera pasaron catorce días, al cabo de los cuales los piratas volvieron a rendirles visita; y ellos, como de costumbre, huyeron al bosque, pensando que el motivo de este regreso debía de ser para obligarlos a ir con ellos.

Pero se equivocaban, porque al disipárseles el enojo, estos sujetos empezaban a sentir compasión, y ahora iban con el propósito de socorrerlos. Pero al llegar a tierra y no encontrarlos, comprendieron que se habían escondido por miedo. Sin embargo, les dejaron en la playa, adonde sabían que volverían, algunas provisiones que habían pensado ofrecerles en este ataque de buen humor.

Los de la isla permanecieron en sus escondites, las copas de los árboles, desde donde estuvieron observando a los piratas hasta que se marcharon; entonces bajaron, fueron a la playa, y se llevaron una grata sorpresa al descubrir un pequeño barril de harina, de entre veinte y treinta libras, unas tres arrobas de sal, dos frascos de pólvora, varias balas, y cierta cantidad de munición pequeña, con un par de mosquetes, un hacha muy buena, y también una olla, una sartén, y tres perros que habían quitado a una balandra tortuguera, de esos que se crían para cazar, y que suelen llevar las balandras que van a la pesca de la tortuga porque son muy útiles para rastrear puercos salvajes. Además de esto había una docena de cuchillos con mango de asta, de los que habitualmente se llevan a Guinea.

Trasladaron todo esto al bosque, a la parte donde tenían agua dulce, y donde dormían, e inmediatamente se pusieron a trabajar con el hacha; uno cortando ramas y haciendo palos, mientras los otros cuatro se dedicaban a construir una cabaña; Richard Turnley cogió un mosquete y los perros y salió a cazar, ya que entendía bastante de ese deporte. A poco de salir mató un gran puerco, que acarreó a donde estaban sus compañeros, y en seguida se pusieron todos a cortarlo; prepararon unos cuantos trozos para cenar, y el resto lo salaron para otra ocasión.

Así vivieron muy felices, según les pareció a ellos, habida cuenta su situación anterior; pero cuatro días más tarde volvieron a visitarlos los piratas, porque querían llenar de agua algunos barriles. Y ocurrió que llegaron en un momento en que Turnley había salido a cazar y los demás estaban ocupados, de manera que no los vieron. Entraron en el bosque y los descubrieron; al ver la

cabaña, uno de los piratas, por pura maldad, le prendió fuego y la redujo a cenizas; y se disponían a seguir haciendo daño, cuando regresó Richard Turnley, que ignoraba la situación, cargado con un hermoso puerco sobre los hombros; al punto lo rodearon los piratas y se apoderaron de la carne fresca, lo que pareció ponerles de mejor humor. Hicieron que Richard Cox lo transportara al bote, y hecho esto le dieron una botella de ron para que la llevase a sus compañeros y bebiesen a su salud, diciendo que los dejaban regresar a casa si podían, aunque si seguían allí no volverían a molestarlos.

Y efectivamente, cumplieron su palabra: porque zarparon y se dirigieron a Long Island; y cuando llegaban a las salinas vieron de lejos, en el puerto, tres naves fondeadas; y suponiendo que eran balandras de Bermudas o de Nueva York que habían ido a cargar sal, enfilaron hacia ellas con toda la vela que pudieron poner, con la esperanza de obtener un buen botín. La balandra tortuguera que habían quitado a Benjamín Hutchins era mucho más velera; sin embargo, casi había oscurecido cuando llegó a ellas; y al tiempo que se situaba al costado de una le mandó una andanada, con el propósito de abordarla a continuación; pero en respuesta recibió una descarga cerrada con munición pequeña que mató y dejó heridos a muchos piratas; el resto, sorprendidos y asustados, saltaron por la borda y se pusieron a salvo a nado.

Lo que ocurrió es que estas balandras eran corsarios españoles que, al darse cuenta de que los piratas iban hacia ellos, se habían preparado para la acción. El comandante de estos tres corsarios era uno al que llamaban Joe el Tornadizo, porque antes había corseado del lado de los ingleses; también había sido pirata, y ahora tenía una comisión de un gobernador español. Era irlandés de nacimiento, y muy osado y despierto, y murió más tarde en un enfrentamiento con un tal John Bonnavee, capitán de un corsario de Jamaica.

Pero volviendo a nuestra historia: tomaron la balandra, y encontraron en ella a Phineas Bunce, el capitán, muy malherido. Poco después llegó una segunda balandra pirata; había oído la descarga, pero creyó que se trataba de Bunce que había abordado una de las balandras allí fondeadas; arrimó el costado a una de las españolas, recibió la bienvenida que le habían dispensado a Bunce, y se rindió en seguida. Cuando llegó la tercera, fue apresada con igual facilidad, y de la misma manera, porque muchos de los piratas que sabían nadar se lanzaron al agua para ponerse a salvo en tierra, con lo que los españoles no perdieron un solo hombre.

Al día siguiente Joe el Tornadizo los sometió a un largo interrogatorio, y al saber que muchos de ellos eran hombres forzados, ordenó, con el consentimiento

de otros oficiales españoles, vaciar de mercancía una lancha española, pasó a dicha lancha algunos de los piratas heridos, con provisiones, agua y otros licores, y se la dio a los forzados para que los llevasen a Providence.

De esta manera George Redding, Thomas Betty, Matthew Betty, Benjamin Hutchins, con algunos más, hicieron vela, y cuarenta y ocho horas después llegaron al puerto de Providence.

En seguida se dirigieron a tierra, e informaron al gobernador de todo lo que había ocurrido desde que salieron, diciéndole que Phineas Bunce, uno de los principales autores de toda la fechoría, estaba a bordo de la lancha. Fue el gobernador, con algunos otros, lo interrogó, y Bunce lo confesó todo, por lo que no hubo necesidad de juicio; y como había sido perdonado anteriormente, y hacía falta dar algún escarmiento sin un minuto de tardanza, se decidió que fuera ejecutado al día siguiente, aunque lo impidió su muerte la noche antes, a causa de las heridas.

También informaron al gobernador de la situación de Turnley, Carr y el resto, abandonados por los piratas en la isla de Cayo Verde; por lo que el gobernador mandó a un tal John Sims, mulato (que tenía en el puerto de Providence una chalupa de dos palos, muy apta para esa navegación), que cargara provisiones en dicha lancha, con cinco o seis hombres, y zarpara para Cayo Verde, a fin de recoger a los cinco abandonados.

Así que aparejó Sims, salió de madrugada, y llegó a Cayo Verde al día siguiente hacia el atardecer. Al verlo, los infelices de la playa lo tomaron por uno de los piratas que volvía, y corrieron al bosque a esconderse, dado que no sabían de qué talante estarían ahora.

Sims y sus compañeros bajaron a tierra algunas provisiones, sin saber qué podían necesitar, y se pusieron a buscarlos y a llamarlos por sus nombres. Después de vagar algún tiempo llegaron al lugar donde mantenían el fuego encendido; al descubrirlo, imaginaron que no debían de andar lejos, y que lo mejor era esperarlos aquí, dejaron las provisiones en el suelo y se sentaron. Turnley, que estaba encaramado en un árbol cercano, observó sus movimientos, y comprendió que no debían de ser enemigos los que les traían provisiones, y al fijarse con más atención, reconoció al mulato Sims, al que conocía muy bien de Providence. Lo llamó, y éste le pidió que bajase, al tiempo que le daba la grata noticia de que habían ido a socorrerlos.

Turnley se apresuró a bajar, y en cuanto puso los pies en el suelo empezó llamar a sus compañeros, que estaban encaramados en árboles vecinos, anunciándoles la grata noticia; una vez juntos todos el mulato les refirió lo que les había ocurrido a los piratas.

Esa noche cenaron todos placenteramente con las provisiones desembarcadas; pero tiene tan extraños efectos la alegría que casi ninguno pudo pegar ojo, según contaron. Al día siguiente acordaron ir a cazar, a fin de llevarse algo fresco; y tuvo tanto éxito esa salida que mataron tres puercos. Al volver embarcaron, y emprendieron el regreso a Providence, adonde llegaron a los tres días, justo cuando se cumplían siete semanas desde que los abandonaron los piratas.

Entre tanto el gobernador había mandado armar una balandra con objeto de enviarla a Long Island para que apresase a los piratas que habían huido nadando cerca de las salinas; balandra que ahora estaba presta para zarpar bajo el mando de Benjamín Hornigold. Turnley y sus compañeros embarcaron en ella, aunque Hornigold procuró enrolar hombres que fueran totalmente desconocidos de los piratas.

Cuando llegaron a dicha isla se acercaron a tierra con muy pocos hombres en cubierta, a fin de que pareciese una nave mercante, con el cuidado de que los piratas no conociesen a estos hombres.

Al ver la balandra salieron dos o tres piratas a la playa, mientras los demás permanecían emboscados, con idea de aprovechar cualquier ocasión para apoderarse de ella. Los de a bordo enviaron el bote a la playa, con orden de detenerse a cierta distancia, como receloso. Al verlos emboscados tan cerca el bote, no tuvieron paciencia para esperar, salieron en bandada a la orilla, y empezaron a pedir a los del bote que se acercasen y los socorriesen, que eran unos pobres náufragos extenuados por el hambre; y con esto el bote regresó a la balandra.

Tras recapacitar, enviaron el bote nuevamente con dos botellas de vino, una de ron y galleta, por medio de otro desconocido de los de tierra, con instrucciones de hacerse pasar por el patrón de la nave. En cuanto se acercaron, los piratas empezaron a llamar como antes, suplicando que por el amor de Dios se llegasen a tierra; así lo hicieron, y les dieron el vino, el ron y la galleta, diciendo el que hacía de patrón que les traía esto para que repusiesen fuerzas, porque sus hombres le habían dicho que eran náufragos. Le preguntaron con mucho interés adónde se dirigía; les contestó que a Nueva York, y que había ido allí a cargar sal. Entonces le

pidieron muy insistentemente que los tomase a bordo, y los llevase como pasajeros a Nueva York. Como eran dieciséis, les dijo que creía que no llevaba provisiones suficientes; pero que regresaría a bordo a comprobarlo; que si querían, podían ir unos cuantos con él a inspeccionar las existencias; que en todo caso podría llevar unos pocos, y dejar algunos víveres para el resto, hasta que los pudiese ayudar de otra forma; aunque esperaba que le diesen alguna compensación una vez que llegaran a Nueva York.

Esta proposición pareció alegrarles enormemente, y prometieron darle amplia compensación por todas las molestias y gastos que le ocasionaran, añadiendo que tenían buenos amigos e importantes posesiones en varios lugares de América. Conque el que hacía de patrón subió a varios en el bote, y al llegar los invitó a la cámara donde, con gran sorpresa, encontraron a su antiguo compañero Benjamín Hornigold; pero aún se quedaron más estupefactos cuando descubrieron a Richard Turnley, al que hacía poco habían dejado abandonado en Cayo Verde; y acto seguido los rodearon varios hombres armados con pistolas, y los encadenaron.

Concluido esto, volvió el bote a tierra, y dijo a los piratas que el capitán se había decidido a llevarlos a todos con las provisiones que tenía, lo que les llenó de alegría. Y trasladó al resto a bordo; y sin mucho trabajo los encadenaron como a sus compañeros.

Y como no había nada más que hacer, zarpó la balandra, y al llegar a Providence depositó a los piratas en el fuerte: se convocó inmediatamente un tribunal de almirantazgo, y los juzgaron a todos, y condenaron a muerte; los otros seis fueron absueltos, al comprobarse que habían ido forzados con ellos. Los ocho siguientes: John Augur, William Cunningham, Dennis Macarty, William Lewis, Thomas Morris, George Bendall, William Dowling y William Ling fueron ejecutados de la manera que hemos descrito en el volumen primero. George Rounsivil fue indultado cuando ya había sido atado y lo iban a ahorcar, y lo bajaron para que presenciase la ejecución de los otros.

Pero no podemos cerrar esta historia sin hacer mención del destino de este George Rounsivil. Durante un tiempo trabajó en tierra para ganarse el pan, pero después se enroló con el capitán Burgess, pirata perdonado que había obtenido una patente para corsear. Ocurrió que fueron arrojados a los arrecifes del sur de la isla Cayo Verde, donde se estrellaron. Tras el primer choque, este Rounsivil, con otros cinco, saltó a la canoa; y cuando ya se alejaba, Burgess, que estaba en la popa de la nave, lo llamó diciendo: «¿Te vas, dejándome morir aquí de esta manera?» Rounsivil pidió a sus compañeros que volviesen para recogerlo, pero le

respondieron que los demás querrían salvarse también, y con tanta gente se hundiría la canoa, así que no quisieron arriesgarse. El oír esto Rounsivil saltó al agua y subió a la nave; y pereció con su amigo, ya que no podía salvarlo.

CAPÍTULO XVIII
Juicio de los Piratas en Providence

Al capitán Johnson

Señor,

Como he sabido por personas dignas de crédito que se propone publicar un segundo volumen de las Vidas y acciones de los piratas, y que se halla en la actualidad recopilando material, confío en que no considere una impertinencia por mi parte que le envíe ciertas minutas que obran en mi poden y que son auténticas. Espero que el caballero que fue gobernador de las islas Bahamas (tengo entendido que hoy vive en la capital) no tome a mal la publicación de estos documentos; antes de mandárselos los he examinado con atención, por si contenían algo que pudiera interpretarse como ofensivo a su persona; pero dado que no encuentro en ellos sino pruebas de su prudencia y resolución, y que en la condena y ejecución de los piratas ha mostrado una justa solicitud por el bien público, y que no ya dejado de perseguirlo vigorosamente en circunstancias que habrían hecho vacilar a muchas personas de valor, su publicación, estoy seguro, contribuirá a honrarlo y a hacerle justicia; motivo por el que omito toda justificación, y me decido sin otro expediente a enviárselos.

Juicio y condena de los piratas, ejecutados en Providence, siendo capitán general, gobernador y vicealmirante de las islas Bahamas, el Excmo. Sr. Woodes Rogers.

En consulta privada celebrada el viernes 28 de noviembre de 1718, en el despacho del secretario, en la ciudad de Nassau.

A New Providence, se hace saber:

Por cuanto hemos sido informados por el gobernador, de que el capitán Cockram y el capitán Hornigold, en virtud de una comisión expedida y encomendada a ellos, para aprehender a determinados piratas, han conseguido traer diez prisioneros a este puerto, los cuales se hallan actualmente encerrados, por un auto de prisión, a bordo del barco Delicia*;*

y habiéndosenos solicitado por tanto emitir una opinión unánime referente a los dichos prisioneros, ésta, maduramente debatida y meditada, es

Que las guardias necesarias puestas a los acusados por falta de una prisión tienen muy fatigados a los soldados y marineros, que así mismo guardan el fuerte y barco; y que los que no se hallan en esto se destinan a trabajar en las fortificaciones, y cumplen como centinelas de noche, lo que agobia a nuestro reducido número de hombres, y estorba la actividad pública. Y dado que aún quedan sospechosos en estas islas que pueden dar frecuente información de nuestra situación; si diéramos muestras de debilidad, podría ser que algunos de los que hoy están aquí invitasen a los piratas de fuera a intentar rescatar a los que se hallan bajo custodia; por tanto, hasta que el fuerte esté en mejores condiciones de defensa, y los capitanes Beauchamps y Burgess, con unos 60 soldados y marineros, en estos momentos ausentes para impedir las fechorías de Wine el pirata, hayan regresado a reforzarnos, creemos lo más aconsejable para el bien público: que el gobernador debería entonces, lo antes posible Coese a que hemos sido informados de que carece de una comisión específica para juzgar piratas; si bien, conforme al espíritu y propósito del artículo sexto de las instrucciones del gobernador, quien en este caso se remite al artículo cuarto de las dadas al gobernador de Jamaica, de cuyas instrucciones posee copia, y de las que se vale a manera de directrices para gobernar; ateniéndose lo más posible a las circunstancias del lugar; esto confirmado con el nombramiento de gobernador, capitán general y Vicealmirante de las islas Bahamas del gobernador; lo que muestra la intención de Su Majestad para tal autoridad aquí; y teniendo información de que el gobierno legítimo de Carolina ha ejecutado 22 piratas, allí llevados recientemente, esto, junto al mal ejemplo y comportamiento dado por estos prisioneros, que primero se han acogido al edicto de gracia de Su Majestad y después han vuelto a hacerse piratas, y considerando que sería un gran riesgo y trastorno mandar tantos a Gran Bretaña, y mucho más tenerlos prisioneros aquí, llegamos a la opinión unánime de que Su Majestad dará aprobación a la necesidad de que el gobernador procese a estos piratas, mediante juicio, ateniéndonos lo más estrictamente posible a la ley, con la firme convicción de que la rápida ejecución de los que se hallen culpables contribuirá de la mejor manera a la buena marcha de este gobierno.

N. B.— Así consta en el libro de actas del Consejo; el secretario del gobernador, o de las islas, es responsable de la falta de ilación; porque no encuentro a qué se pueden referir las palabras: «El gobernador debería entonces, lo antes posible»… ¿qué? Pero puede que se trate de un error de mi amigo, que lo haya cometido al escribir esta copia, hecha de su puño y letra que, con la siguiente, he encontrado entre sus papeles a su fallecimiento.

El Excmo. Sr. Woodes Rogers, capitán general, gobernador y vicealmirante de las islas Bahamas.

Al Sr. William Fairfax, capitán Robert Beauchamps, Sr. Tho. Walker, capitán Wingate Gale, Sr. Nathaniel Taylor, capitán Josias Burgess, y capitán Peter Courant.

A Providence, se hace saber:

Por cuanto, en virtud de la comisión a mi concedida por Su Muy Sagrada Majestad el rey Jorge, rey de Gran Bretaña, etc., para ser gobernador; etc. de estas islas, facultándome para nombrar, constituir y autorizar a todos los jueces, justicias y magistrados de estas islas, etc., así como también en virtud de mi comisión para ejercer el cargo de vicealmirante de estas islas, con poder y capacidad para nombrar, constituir y autorizar jueces y comisarios apropiados para juzgar, resolver, sentenciar y condenar a todo pirata o piratas apresados, aprehendidos y traídos a este gobierno; y en la confianza de su lealtad, prudencia e integridad por esta presente nombro, constituyo y designo a los dichos Sr. William Fairfax, capitán Robert Beauchamps, Sr. Thomas Wilber, capitán Wingate Gale, Sr. Nathaniel Taylor, capitán Josias Burgess, y capitán Peter Courant, delegados, jueces y comisarios del dicho tribunal especial instituido y establecido en la ciudad de Nassau, el martes 9 del corriente, para interrogar, oír; juzgar, sentenciar y condenar a cualesquiera piratas actualmente bajo custodia, a los que se hará comparecer ante el dicho tribunal, para que sean juzgados por sus actos de piratería recientemente cometidos, en estas islas y sus alrededores, y procedan como ayudantes y delegados míos, conforme a las leyes de Inglaterra, y al reglamento del dicho tribunal en tales casos; y para que así lo cumplan, sea la presente suficiente comisión y autorización. Dada con mi firma y sello en Nassau, el presente día 8 de diciembre, anno regni quinto Georgii Regis Magnæ Britannicæ, *etc.* Annoq; Domini, 1718.

WOODES ROGERS.

New Providence, capital de las islas Bahamas.

En juicio especial celebrado por el tribunal de almirantazgo, en el cuarto de guardia de la ciudad de Nassau, el martes 9 y miércoles 10 de diciembre de 1718.

Ante el Excmo. Sr. Woodes Rogers, gobernador, vicealmirante, *etc.*

Sr. Will. Fairfax, juez de almirantazgo.

Sr. Robert Beauchamps.

Sr. Thomas Walker.

Capitán Wingate Gale.

Sr. Nathaniel Taylor.

Capitán Burgess.

Capitán Peter Courant.

Hecho el bando habitual, el registrador abrió y dio lectura a la comisión especial del gobernador, de constituir este tribunal conforme al espíritu y propósito de un reciente decreto del Parlamento, titulado *Decreto para la más eficaz supresión de la piratería,* en virtud del cual se nombraba dicha comisión, compuesta por los siete comisionados nombrados jueces delegados, para oír, juzgar y condenar a las diversas personas actualmente bajo custodia, acusadas de motín, crimen y piratería.

Se hizo un bando, otra vez, convocando a toda persona afectada o implicada a comparecer ante este tribunal, para que prestase la debida colaboración.

Se ordenó que se hiciese comparecer a los acusados; y una vez presentes, fueron llamados por sus respectivos nombres; a saber: John Augur, Will, Cunningham, John Hipps, Dennis Macarty, George Rounsivil, Will. Dowling, Will. Lewis, Thomas Morris, George Bendall y Will. Ling.

Se ordenó alzar la mano a los citados acusados, ahora ante el tribunal.

Se ordenó leerles la acusación que pesaba sobre ellos, que fue como sigue:

A New Providence, se hace saber:

Que los cargos y acusaciones contra: John Augur, antes patrón de la balandra Mary, de Providence; William Cunningham, artillero y marinero de la goleta llamada Batchelor's Adventure*; Henry White, maestro, John Hipps, contramaestre y marinero de la balandra*

Lancaster*; William Greenaway, maestro, Dennis Maearty, marinero de la goleta; William Dowling, marinero de la dicha goleta; William Lewis, marinero de la balandra* Mary; *Tho. Morris, marinero de la dicha goleta; George Bendall, marinero a bordo de la dicha balandra* Lancaster*; y William Ling, marinero de la dicha goleta.*

Vosotros, los dichos John Augur, Will. Cunningham, John Hipps, Dennis Maearty, George Rounsivil, William Dowling, William Lewis, Thomas Morris, George Bendall y William Ling, después de haberos acogido recientemente al beneficio del muy gracioso perdón de Su Majestad de vuestros anteriores crímenes y actos de robo y piratería, y haber hecho juramento de obediencia a Su Sagrada Majestad el rey Jorge, juramento por el que se ha depositado en vosotros, John Augur; y el resto, toda la confianza, concediéndoos empleos lícitos para dar ocasión de apartaros de vuestro anterior e ilegal curso de vida, y permitiros y apoyaros en medios legales de ganaros el sustento; sin embargo, sin ningún temor de Dios en los ojos, ni ninguna consideración a vuestro juramento de lealtad dado a vuestro soberano, ni al cumplimiento de esa lealtad, verdad y justicia; sino antes bien, instigados y seducidos por el demonio, recaísteis en vuestro antiguo camino descarriado del robo y la piratería, y todos vosotros, John Augur, Will. Cunningham, John Hipps, Dennis Macarty, George Rounsivil, William Dowling, William Lewis, Thomas Morris, George Bendall y Wlliam Ling, anteriormente patrón y marineros, el pasado 6 de octubre, hacia las siete de esa tarde, del quinto año del reinado de nuestro soberano señor, rey de Gran Bretaña por la gracia de Dios, etc., maquinasteis y tramasteis, en una isla deshabitada llamada Cayo Verde, de la jurisdicción de este vicealmirantazgo, amotinaros alevosamente, y asaltar; robar y sustraer a sus dueños y patrones, las citadas balandras, con sus cargamentos, aparejos y maniobra, por un valor superior a 900 libras en moneda corriente de estas islas, dejando por la fuerza en la citada isla deshabitada a un tal señor James Carr, mercader, y a varios otros con él, actuando el dicho John Augur, entonces patrón de una de las dichas balandras, como jefe de los dichos piratas desde la dicha isla de Cayo Verde a Exuma, donde, en virtud de una comisión concedida al capitán John Cockram y al capitán Benjamín Hornigold, vosotros, John Augur; y el resto de vuestra compañía pirata, fuisteis detenidos y aprehendidos como piratas, y traídos después a este puerto, para ser juzgados de acuerdo con la Ley.

Tras leerles los cargos, el registrador pidió a los acusados que dijesen, con la mano levantada, si se declaraban culpables o inocentes; y todos dijeron que inocentes.

Se ordenó tomar solemne juramento a los testigos, y que prestasen declaración.

James Carr

Interrogado el Sr. James Carr bajo juramento, dice que tras serle asignado el puesto de sobrecargo, salió de Providence en un viaje comercial en la balandra *Mary*; y a los dos días de zarpar de la dicha isla llegaron a Cayo Verde en compañía de otras dos naves, también con el mismo destino comercial, donde, el 6 de octubre pasado, un tal Phineas Bunce, de la tripulación de dicha nave, y cabecilla de los piratas ahora en el banquillo, pero ya fallecido, fue al punto a la dicha balandra *Mary*, y trató vilmente a este declarante, y al atardecer lo desembarcó en la dicha isla deshabitada de Cayo Verde; y añadió el declarante que Dennis Macarty, uno de los acusados del banquillo, fue la única persona de todos los dichos piratas y amotinados que dio a este declarante un trato cortés, y que el dicho Macarty no hizo comentarios vejatorios acerca del Rey y su gobierno, como otros ahora en el banquillo, al menos en presencia del declarante.

William Greenaway

Interrogado el capitán William Greenaway bajo juramento, dice: que el 6 de octubre pasado John Hipps, acusado presente en el banquillo, con algunos otros, subió a bordo de la nave que mandaba el declarante, y después fueron a Cayo Verde con el pretexto de obtener tabaco, y dijo a este declarante que el señor Carr tenía el propósito de hacerse a la vela esa noche; por lo que este declarante ordenó a su bote que fuese a la goleta, perteneciente a la dicha Compañía, para que informase del propósito del dicho Carr; y entre tanto llegaron a bordo John Augur y George Rounsivil, presentes en el banquillo, James Matthews y John Johnson, quienes pidieron a este declarante que fuese a bordo de la goleta, lo que hizo, donde Phineas Bunce, ahora muerto, recibió al declarante en el costado, donde este declarante preguntó al dicho Bunce por qué razón no se estaba preparando para zarpar como el resto; a lo que por toda respuesta, Bunce, cabecilla de los amotinados, pidió a este declarante que bajase a la cámara, y una vez allí le pidió que se sentase con él; y seguidamente el dicho Bunce dijo a este declarante que era su prisionero; y al punto Dennis Macarty, ahora en el banquillo, puso una pistola en el pecho del William Greenaway declarante, y le dijo que si decía una sola palabra era hombre muerto; y el dicho Phineas Bunce dijo a este declarante que era mejor que se estuviese tranquilo, porque la mayoría de la gente de la balandra *Mary* estaba con él, como algunos que tenía allí a su lado. Y entonces el dicho Phineas Bunce, con otros amotinados, fue a la balandra *Mary* la tomaron. Pero este declarante no puede precisar los nombres de los que estaban con Bunce, dado que era de noche. Después el dicho Bunce, y los acusados ahora en el banquillo, salvo John Hipps, desembarcaron al señor James Carr, Richard Turnley, Thomas Rich,

John Taylor y John Cox en Cayo Verde, en una isla deshabitada, y aprestaron el bote para llevar a este declarante también; pero entonces Bunce dijo que este declarante era bermudiano, y por tanto capaz de volver a bordo a nado; por lo que encerró a este declarante, y saqueó su nave, no dejándole, para dirigirse a donde fuese, más que una pequeña cantidad de harina y tasajo, y obligando a este declarante a no salir de Cayo Verde hasta 24 horas después de haber partido ellos; sin embargo este declarante quiso salir para Providence a la mañana siguiente, y cuando ya había emprendido el viaje avistó a los dichos amotinados y piratas, algunos de ellos ahora en el banquillo, los cuales fueron tras él, por lo que este declarante regresó a Cayo Verde y llegó a la playa, desde donde vio a los dichos piratas y amotinados cortar el palo de la nave de este declarante, y seguidamente dirigirse a tierra para prenderlo, según infirió este declarante, por lo que este declarante huyó a esconderse de ellos en el dicho cayo. Entonces la gente abandonada en la nave fue a tierra, y dijeron a este declarante que los piratas la habían desfondado, habían dejado a la deriva la yola, y de Cayo Verde los dichos piratas se habían dirigido a la isla de Stocking, donde los recibieron los españoles, que los apresaron y pusieron en tierra.

John Taylor

Interrogado John Taylor bajo juramento, dice: que todos los acusados del banquillo, salvo John Hipps, se unieron a Bunce, el amotinador; y que Bunce y dos más, a los que el declarante no reconoció, dado que era de noche, tomaron la nave en la que él iba; y dice además que John Hipps fue al principio encerrado con el dicho Greenaway por Bunce.

Richard Turnley

Interrogado Richard Turnley bajo juramento, dice: que el pasado 6 de octubre, Bunce, principal amotinador, y dos más, a saber William Dowling y Thomas Morris, presentes en el banquillo, fueron a bordo de la balandra *Mary* en Cayo Verde, y pidieron al señor Carr y a este declarante una botella de cerveza, se la dio, pidieron una segunda, y aún una tercera; y seguidamente, con hombres pertenecientes a la dicha balandra Mary, tomaron armas, prendieron al señor Carr, a Thomas Cox y a este declarante, y los obligaron a desembarcar en Cayo Verde, isla deshabitada distante de Providence unas 25 leguas.

John Cox

Interrogado John Cox bajo juramento, dice: que estando a bordo de la

balandra *Mary*, en la que iba de patrón John Augur, el dicho John Augur fue a bordo de la dicha balandra la noche del 6 de octubre pasado, y se acostó como para dormir. Poco después, el capitán Greenaway, que mandaba la balandra *Lancaster*, subió a bordo y preguntó al dicho Augur si pensaba hacerse a la vela. Le respondió que no lo sabía; a lo cual el capitán Greenaway fue a la goleta, llamada la *Batchelor's Adventure*, patrón Henry White, y como media hora después llegó otro bote con John Hipps, contramaestre de Greenaway, preguntando por el capitán Greenaway; y al poco rato llegó Phineas Bunce de la goleta a la balandra Mary, con 2 o 3 hombres más. Bunce preguntó por el capitán Augur, y si tenían algo de beber, y llegándose al señor Carr, le pidió una botella de cerveza, y el señor Carr se la dio; entonces el dicho Bunce entró en la cámara, sacó un machete, se quedó bebiendo en la puerta de la cámara, y juró que él era el capitán de la nave, y que así iba a ser, lo que hizo que el capitán Augur le preguntase qué quería decir; pero poco después los dichos Bunce y Augur parecieron mostrarse amistosos; y Bunce pidió otra botella de cerveza, y a continuación golpeó al señor Carr con el machete en la espalda, y mandó dejar en tierra a éste y otros; y este declarante conocía John Cox muy bien a los diversos acusados del banquillo, salvo a Hipps, el contramaestre, y que todos ellos fueron colaboradores, auxiliares y cómplices en el motín, crimen y piratería cometido sobre las naves y cargamentos en Cayo Verde.

Thomas Rich

Interrogado Thomas Rich bajo juramento, dice: que conoce a los diversos acusados del banquillo; y que todos, excepto Hipps, tuvieron intervención en el motín y piratería cometidos en las naves y cargamentos en Cayo Verde; y este declarante fue apresado por ellos en la balandra Mary, y desembarcado con el señor Carr y los demás testigos de cargo.

Thomas Petty

Interrogado Thomas Petty bajo juramento, dice: que vio cómo Bunce golpeaba a Hipps, y cree que lo forzó a ir con él; y que Bunce había querido obligar también al declarante; pero que Dennis Macarty, acusado ahora en el banquillo, dijo que si Bunce forzaba al declarante, él, el dicho acusado, dejaría a Bunce y su compañía.

A continuación el tribunal suspendió la sesión hasta las 3 de la tarde y reunido de nuevo el tribunal después del aplazamiento, y llamados e interrogados todos los testigos de la acusación, fueron interpelados separadamente todos los acusados para que hiciesen las alegaciones que creyesen pertinentes:

John Augur

John Augur, que fue el primero en ser llamado para que hiciese su defensa, sólo dijo que se hallaba borracho, y que ignoraba cuál era el propósito de Phineas Bunce cuando el dicho Bunce subió a bordo de la balandra Mary, de la que era patrón el acusado; pero no pudo nombrar a nadie que probase su inocencia.

William Cunningham

William Cunningham, el siguiente llamado e interrogado, dijo que estaba durmiendo cuando Bunce fue a bordo de la goleta (a la que pertenecía el acusado) en Cayo Verde, y que Bunce llevó ponche al acusado, y le dijo que debía unirse al dicho Bunce, porque de lo contrario lo abandonarían en un cayo, o sea en un cayo deshabitado.

John Hipps

John Hipps, acusado, dijo en su defensa que de ninguna manera se unió a Bunce y su compañía, sino que fue a la dicha goleta a preguntar por su capitán, William Greenaway, y allí Bunce lo encerró al punto junto con Greenaway, y después lo desembarcó con el señor Carr y otros, donde Bunce golpeó al dicho acusado, y finalmente lo forzó a unirse a él, aunque manifestó su intención de abandonar al dicho Bunce y compañía a la primera ocasión que tuviese, y pidió que se interrogase al señor Carr, al capitán Greenaway, y también a Richard Turnley, Thomas Terrell, Benjamín Hutchins, John Taylor, John Janson, Thomas Petty y David Meredith en su descargo.

El señor James Carr prestó juramento como testigo de descargo, y declaró que Bunce había dicho en tono muy amenazador a John Hipps, acusado, que si no se unía al dicho Bunce y la compañía pirata, y embarcaba con ellos en un bote preparado que los iba a llevar al lugar donde debían reunirse, se arrepentiría; y dijo además que vio que de nada valieron los golpes para obligar al prisionero a ayudar o unirse a los dichos piratas; pero que después el acusado aceptó el puesto y mando de contramaestre de dicha compañía pirata.

El capitán Greenaway, tras prestar juramento como testigo de descargo, dice que el acusado fue con él a la goleta, y estuvo en la cámara con él, y hecho prisionero con él en la dicha goleta, donde el acusado propuso al declarante caer por sorpresa sobre Dennis Macarty, presente en el banquillo, entonces de guardia en cubierta, y arrojarlo por la borda; pero que el declarante, comprendiendo que no

habría posibilidad de escapar del resto, aconsejó al acusado que guardase secreto sobre sus intenciones, hasta tanto se presentase una oportunidad mejor; y dice además que el acusado fue desembarcado con el señor Carr, etcétera.

Richard Turnley prestó juramento como testigo de descargo y declaró que, por lo que él sabía y recordaba, el acusado fue forzado a aceptar el puesto en el que el dicho Bunce y compañía le pusieran, John Hipps si el tribunal concedía que el mero hecho de ordenárselo podía excusarle; pero que en ningún momento vio a Bunce ni a ninguno de los piratas golpearlo para forzarlo a unirse a ellos.

Thomas Terrell, tras prestar juramento, describe al acusado como un hombre honrado, recomendado a él por Thomas Bowling, patrón de la balandra *Sarah,* perteneciente al dicho Thomas Terrell; que en el último viaje realizado a Cuba, unos dos meses antes, Thomas Bowling había recelado un motín, del que el dicho Bowling declaró que el acusado John Hipps no sólo era inocente, sino que creía que había contribuido a sofocar el dicho motín; y declara además que Thomas Bowling había reconocido que la seguridad de la nave se debió en gran medida a John Hipps, presente ahora en el banquillo.

Benjamín Hutchins, tras prestar juramento como testigo de descargo, y ser interrogado, declaró que el acusado, después que fuera maltratado y seducido por Bunce y sus cómplices, manifestó muchas veces al declarante que los abandonaría a la primera ocasión, y le reveló su intención con muchas lágrimas que probaban el sufrimiento de su reciente desventura.

John Taylor, interrogado bajo juramento, declaró que el acusado fue encerrado como persona no fiable por Bunce y su compañía pirata.

John Janson, interrogado bajo juramento, no tuvo nada importante que declarar en favor ni en contra del acusado.

Thomas Petty, tras prestar juramento como testigo de descargo, declaró que Bunce amenazó al acusado, si no accedía a formar parte de su compañía, con azotarlo a menudo; y también con abandonarlo en el primer cayo desierto, donde no hubiera provisiones, ni agua ni víveres de ningún género, lo que el declarante considera que obligó al acusado a seguir con Bunce, por su seguridad.

David Meredith, también interrogado bajo juramento, declaró que cuando Phineas Bunce se apoderó de la nave, el dicho Bunce habló particularmente con Hipps, el acusado, y le dijo que si no se unía a ellos lo abandonaría en alguna isla o

cayo desierto; y para presionarlo más le dio varios golpes con el machete; y cree que el acusado se vio forzado a unirse a Bunce, etcétera.

Dennis Macarty

Dennis Macarty, acusado llamado a continuación, pidió que fueran admitidos como testigos de descargo el señor Carr, el capitán Greenaway, John Taylor, Thomas Rich y Thomas Petty.

El señor Carr, interrogado bajo juramento, declara que Macarty fue el más activo de los acusados tocante a sus fines piratas, y sólo tiene que decir en favor, que este acusado los trató a él y a todos los demás que estuvieron en compañía del declarante con más cortesía que ningún otro de la tripulación pirata.

El capitán Greenaway, tras jurar como testigo de descargo, declaró que cuando Bunce golpeó al dicho declarante, el acusado dijo que ya vería él quiénes serían en el futuro los que pegaran.

John Taylor, preguntado bajo juramento, declaró que el acusado dijo que dejaría a Bunce y sus cómplices.

Thomas Rich declara bajo juramento que oyó decir al acusado que puesto que había empezado, se creía obligado a ir con ellos, refiriéndose a Bunce y su compañía pirata.

Thomas Petty también declara bajo juramento que después que Macarty hubiera sido cómplice de acciones piratas con Bunce, oyó decir al acusado que sentía su irreflexión, que podía acarrear gran desventura a su pobre esposa, con un hijo pequeño.

George Rounsivil

George Rounsivil, acusado, llamado a continuación, pidió la comparecencia de Turnley como testigo de descargo; éste, tras prestar juramento, declaró que Geo. Rounsivil, después de consentir formar parte de la compañía pirata de Bouche, dio muestras de pesar, aunque por otro lado dijo que como había empezado, no podía abandonar a los piratas a los que se había unido sin gran riesgo de su vida.

William Dowling

William Dowling, acusado, llamado a continuación, solicitó que Thomas

Petty declarase como testigo de descargo; prestó éste juramento, y manifestó que tenía muy poco que decir en su favor, porque había visto al acusado consentir sus prácticas piratas tanto como el que más de los dichos acusados.

William Lewis

William Lewis, acusado, llamado a continuación, dijo muy poco en su descargo, salvo que un tal David Meredith le había oído decir que querría estar en casa de John Cullemore para beber una botella de cerveza; lo que David Meredith, tras prestar juramento como testigo de descargo, se limitó a confirmar.

Thomas Morris

Thomas Morris, acusado, que fue el siguiente llamado, tuvo muy poco que decir, aparte de que estaba con altas calenturas cuando Bunce le ordenó que se uniese a ellos; y tras solicitar que declarase Thomas Rich en su defensa, éste prestó juramento y declaró que el acusado, por lo que él había visto, había estado tan activo como el que más, y no pudo decir que el acusado se ablandara en ningún momento.

George Bendall

George Bendall, acusado, el siguiente llamado, pidió como testigo a Richard Turnely, quien prestó juramento, y declaró que le había sugerido la posibilidad de escapar, pero que estaba decidido a continuar con los piratas.

William Ling

William Ling, acusado, llamado a continuación, no tuvo nada que decir, sino que solicitó que Richard Turnley fuese su testigo; prestó éste juramento, y declaró que el acusado portaba armas y mostraba tanta resolución como el que más de los piratas.

Y seguidamente se suspendió la sesión hasta las diez de la mañana siguiente que era diez del corriente.

10 de diciembre de 1718

Reunido el tribunal para la reanudación del juicio, y hecho el bando, los

acusados fueron conducidos nuevamente ante el tribunal, y preguntados separadamente si había algún otro testimonio o defensa que pudieran presentar.

El primero, John Augur, no tuvo nada más que añadir a lo alegado anteriormente en su defensa.

El segundo, William Cunningham, lo mismo que el anterior.

El tercero, John Hipps, al hacérsele la misma pregunta, contestó que si George Redding y Henry White no hubiesen estado ausentes habrían podido declarar muchas cosas en su favor.

Entonces el tribunal anunció a los que estaban siguiendo el juicio, que se daba licencia para declarar bajo juramento a todo aquel que hubiese oído decir algo a George Redding o a Henry White en favor del acusado John Hipps; a lo cual compareció Samuel Lawford, oficial de la guardia, y tras tomársele juramento, declaró que había oído a George Redding decir que le habría gustado echar una mano al viejo contramaestre, refiriéndose a Hipps, acusado del banquillo; porque el dicho Redding le había visto llorar por haber accedido, aunque forzado, a unirse a Bunce, etc.; que el acusado también había comentado a Redding que se enfrentaría con los piratas uno a uno, si por este medio pudiera librarse de ellos. Este deponente dijo además que Redding le había expresado su convencimiento de que el acusado habría escapado de los piratas en cuanto hubiera tenido ocasión.

El cuarto, Dennis Macarty, acusado, dio alguna débil excusa, y por último pidió la comparecencia del capitán Hornigold como nuevo testigo de descargo, el cual, tras prestar juramento, declaró que cuando fue a prender a los prisioneros, que estaban en uno de los cayos de Exuma, el dicho acusado fue uno de los primeros apresados, y le pareció al dicho Hornigold que se entregaba, y que confiaba en la clemencia del gobernador.

El quinto, George Rounsivil, acusado, no tuvo nada más que alegar.

El sexto, William Dowling, acusado, pidió sólo que fuese llamado de nuevo Thomas Petty como testigo, el cual, tras prestar juramento, declaró que el acusado había recibido ofertas de los españoles para entrar a su servicio, pero que el acusado las había rechazado.

El séptimo, William Lewis, pidió que se llamase a Richard Turnley, quien, tras prestar juramento, declaró que no vio al dicho acusado cuando fue apresada la balandra *Mary*, pero que al día siguiente vio al acusado con armas, y tan activo

como el resto de los piratas.

El octavo, Thomas Morris, acusado, sólo añadió que varias personas que estaban ausentes habrían dicho algo en su justificación; pero ninguno de los presentes declaró nada en su favor.

El noveno, George Bendall, acusado, no tenía nada que alegar por sí mismo; pero solicitó como testigo de descargo al señor Carr, quien tras prestar juramento declaró que había oído decir al acusado que ojalá hubiera empezado esa vida antes, porque la encontraba placentera, refiriéndose a la de pirata; y depuso además que el acusado contó que una vez estuvo a punto de estrangular al señor John Graves, recaudador de las islas del que fue criado, cuando éste yacía postrado en la cama, pero que poco antes embarcó para el planeado viaje, en el que se unió a los demás acusados en su motín y piratería.

David Meredith prestó también juramento, y declaró que Bunce golpeó una vez al acusado, el cual dijo que si Bunce, etc., volvía a pegarle, los abandonaría a la primera ocasión.

El décimo, William Ling, no tuvo nada que añadir en su descargo.

A continuación los acusados fueron devueltos al fuerte, y se ordenó a todas las personas que se retirasen.

Seguidamente el tribunal recapituló los testimonios de cargo y de descargo; y después de debatidos y evaluados, todos los acusados, excepto John Hipps, fueron declarados culpables por votación unánime, y se ordenó al registrador que redactase la sentencia. Se consideró conveniente posponer el juicio de John Hipps hasta el lunes siguiente, y se suspendió la sesión hasta las cuatro de la tarde, hora en que, reanudada nuevamente, y hecho el bando, fueron conducidos los acusados ante el tribunal. Acto seguido fue devuelto John Hipps, encadenado, al buque de guardia, y se les preguntó a los demás si sabían de alguna razón por la que no debía dictarse sentencia de muerte contra ellos. No tuvieron nada que decir, sino que pidieron algún tiempo para arrepentirse.

A continuación fue leída la sentencia como sigue:

Habiendo examinado debidamente este tribunal las pruebas aportadas en favor y en contra de cada uno de vosotros, John Augur, William Cunningham, Dennis Macarty, Geor. Rounsivil, Wm. Dowling, Wm. Lewis, Tho. Morris, Geor. Bendally Wm. Ling, y debatidas así mismo las circunstancias de cada caso, se os declara a todos, los dichos John

Augur, William Cunningham, Dennis Macarty, Geor. Rounsivil, Wm. Dowling, Wm. Lewis, Tho. Morris, Geor. Bendall y Wm. Ling, culpables del amotinamiento, piratería y crímenes de los que se os acusa, por lo que este tribunal os condena, a todos y cada uno, joven Augur, William Cunningham, Dennis Macarty, Geor. Rounsivil, Wm. Dowling Wm. Lewis, Tho. Morris, Geor. Bendall y Wm. Ling, a ser conducidos a la prisión de la que se os ha traído, y de allí al lugar de ejecución, donde seréis ahorcados por el cuello hasta que hayáis muerto, muerto, muerto. Y que Dios tenga piedad de vuestras almas. Dada con nuestra firma y rúbrica, este día 10 de diciembre, Annoq., Dom. 1718.

Firmado:

Woodes Rogers, Wingate Gale,

Wm. Fairfax, Nathaniel Taylor,

Robert Beauchamps, Josias Burgess,

Thomas Walker, Peter Courant.

Leída la sentencia a los acusados, el gobernador, como presidente del tribunal, dispuso que su ejecución tuviese lugar a las diez de la mañana del viernes siguiente, que era el 12 del corriente.

Oído esto, los acusados pidieron algún tiempo más para arrepentirse y prepararse para morir; pero el gobernador les dijo que desde el día en que fueron prendidos, que fue el 15 de noviembre, debían haberse considerado a sí mismos condenados por las leyes de todas las naciones, lo que ahora no hacía sino confirmarse; y que el haberlos mantenido hasta aquí, así como el favor concedido por el tribunal para que hiciesen su defensa lo larga que considerasen oportuno, había acaparado un tiempo que el interés de la colonia reclamaba para la construcción de las fortificaciones; además, el cansancio ocasionado a la guarnición entera (muy mermada a causa de las muertes y enfermedades desde su llegada), el tener que establecer las necesarias guardias para custodiarlos por falta de cárcel, y el haberse visto obligado él a utilizar a toda su gente para ayudar a montar los cañones grandes y terminar las obras actuales con la mayor celeridad a causa de la esperada guerra con España, y de los muchos piratas que había entre estas islas, cuando esta plaza carecía de la ayuda de algún buque de guerra o guardacostas, de

la que tenía mucha necesidad, unido a otras razones demasiado largas de exponer en este momento, le obligaban inexcusablemente, por el bienestar de la colonia, a no concederles más tiempo.

A continuación se ordenó conducir a los reos al lugar de su encarcelamiento en el fuerte, donde se les dio licencia para que enviasen por las personas que quisieran para que rezaran con ellos.

El viernes por la mañana fueron llamados los reos en privado para saber si tenían algún peso en el espíritu, por alguna acción todavía desconocida para el mundo, cuya declaración era requisito absolutamente indispensable para un buen arrepentimiento; pero todos se negaron a declarar nada, así como a comunicar al gobernador si sabían de alguna conspiración contra el gobierno.

En consecuencia, hacia las diez fueron liberados de los grillos, y puestos bajo el cuidado y la custodia del señor Thomas Robinson, capitán preboste para ese día, quien, conforme a la costumbre en tales casos, los maniató, etc., y ordenó a la guardia designada para ayudarle que los condujese a lo alto de la muralla, frente al mar, en esos momentos bien guardada por los soldados y gentes del gobernador, en número de unos 100. A petición de los reos se cantaron varias plegarias y salmos, a lo que se unieron todos los presentes. Terminado el servicio, se dio orden al capitán, y éste bajó a los reos por una escala, dispuesta para tal fin, al pie de la muralla, donde se había erigido una horca, con una bandera negra izada sobre ella, y una plataforma debajo sostenida por tres estacas, a la que subieron por otra escala, donde el verdugo ató las sogas. Bajo la horca se les concedieron tres cuartos de hora, que pasaron cantando salmos y exhortando a sus antiguos consortes y demás espectadores que se habían acercado al cadalso, con el consentimiento de la guardia del capitán. Y había ya ordenado el gobernador al capitán que se preparase, y todos los reos esperaban el golpe, cuando el gobernador juzgó oportuno ordenar que fuera desatado George Rounsivil; y en cuanto lo bajaron de la plataforma, tiraron de las cuerdas atadas a las estacas, cayó la plataforma y los reos quedaron colgando.

Breve relación de los reos ejecutados

El primero, John Augur, de unos 40 años de edad, había sido un patrón con prestigio en Jamaica, y después entre los piratas; pero tras acogerse al edicto de perdón de Su Majestad, y por recomendación del gobernador, se le confió una

buena nave y cargamento, confianza que traicionó. Sabiéndose culpable de la acusación, estuvo muy cabizbajo durante todo el juicio, y fue conducido al lugar de ejecución sin lavarse, afeitarse ni cambiarse sus ropas viejas; y al darle un vasito de vino en la muralla, se lo bebió a la salud de las islas Bahamas y del gobernador.

El segundo, William Cunningham, de 45 años, había sido artillero con el pirata Teach; y sabedor también de su propia culpa, se mostró contrito, y se comportó como tal.

El tercero, Dennis Macarty, de 28 años, también había sido pirata con anterioridad, pero se había acogido al edicto de gracia del Rey; y recomendado como persona responsable y civilizada, el gobernador lo había hecho oficial de la milicia, puesto que ocupaba en el momento de unirse a los piratas, lo que agravó considerablemente sus otros crímenes. Durante su prisión se comportó relativamente bien; pero cuando vio que iba a morir, y amaneció, sin que llegara ningún aplazamiento, se cambió de ropa, y se puso largas cintas azules en el cuello, muñecas, rodillas y gorro; y cuando llegó a la muralla, miró risueño a su alrededor, y dijo que había conocido un tiempo en que muchos valientes de la isla no habrían consentido verle morir como un perro; y a todo esto se quitó los zapatos, y los arrojó desde lo alto, diciendo que había prometido no morir con los zapatos puestos; así bajó de la muralla, con gran agilidad y vestido de púgil; cuando subió al cadalso exhortó a la gente que estaba al pie de la muralla a que tuviese compasión de él; pero aunque hubiesen querido, había demasiada fuerza sobre sus cabezas para intentar nada en su favor.

El cuarto, William Dowling, de unos 24 años, había estado bastante tiempo entre los piratas; y era de una vida malvada que el edicto de gracia de Su Majestad no consiguió corregir. Su actitud en el cadalso fue muy libertina; y después de morir, algunos conocidos suyos dijeron que les había confesado que había matado a su madre antes de abandonar Irlanda.

El quinto, William Lewis, de 34 años, que había sido un curtido pirata y púgil, fingió despreocupación ante la muerte; pero pidió licor para brindar en el cadalso con sus compañeros de desventura, y con los presentes.

El sexto, Thomas Morris, de 22 años, había sido un joven crápula y pirata, y parecía sentir muy pocas tribulaciones de conciencia, con sus frecuentes sonrisas ante el tribunal, vestido con cintas rojas, lo mismo que Macarty las llevaba azules; y dijo camino de la muralla: «Tenemos un nuevo gobernador, aunque riguroso.» Y momentos antes de ser ahorcado dijo en voz alta que podía haber causado más

daño en estas islas, y que ahora lamentaba no haberlo hecho.

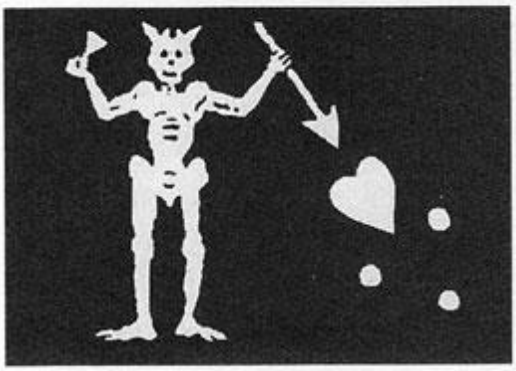
El séptimo, George Bendall, de unos 18 años, aunque dijo que jamás había sido pirata antes, tenía todas las malvadas inclinaciones que podrían infectar al más depravado de los jóvenes. Su comportamiento fue hosco.

El octavo, William Ling, de 30 años, que no se había señalado antes de la última fechoría, se portó como un sincero arrepentido, y sólo se le oyó replicar a Lewis, cuando pidió vino para beber, que en esa hora convenía más el agua.

Se observó que (quitando a los hombres del gobernador) había muy pocos espectadores que no hubieran merecido la misma suerte; pero estaban perdonados por el edicto de gracia de Su Majestad.

BANDERAS DE ALGUNOS NOTORIOS PIRATAS

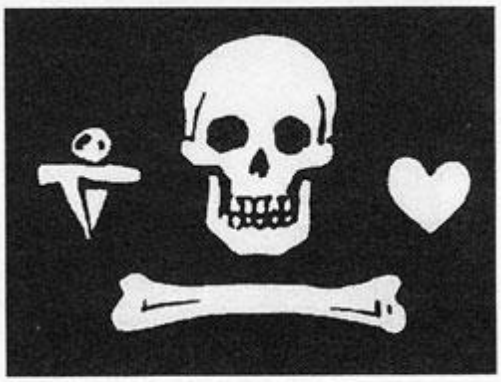
Christopher Condent



Barbanegra

Jack Rackham

Thomas Tew



Stede Bonnet

La muerte de Barbanegra a manos del teniente Robert Maynard en 1718

El capitán Roberts en la rada de Whydah en 1722

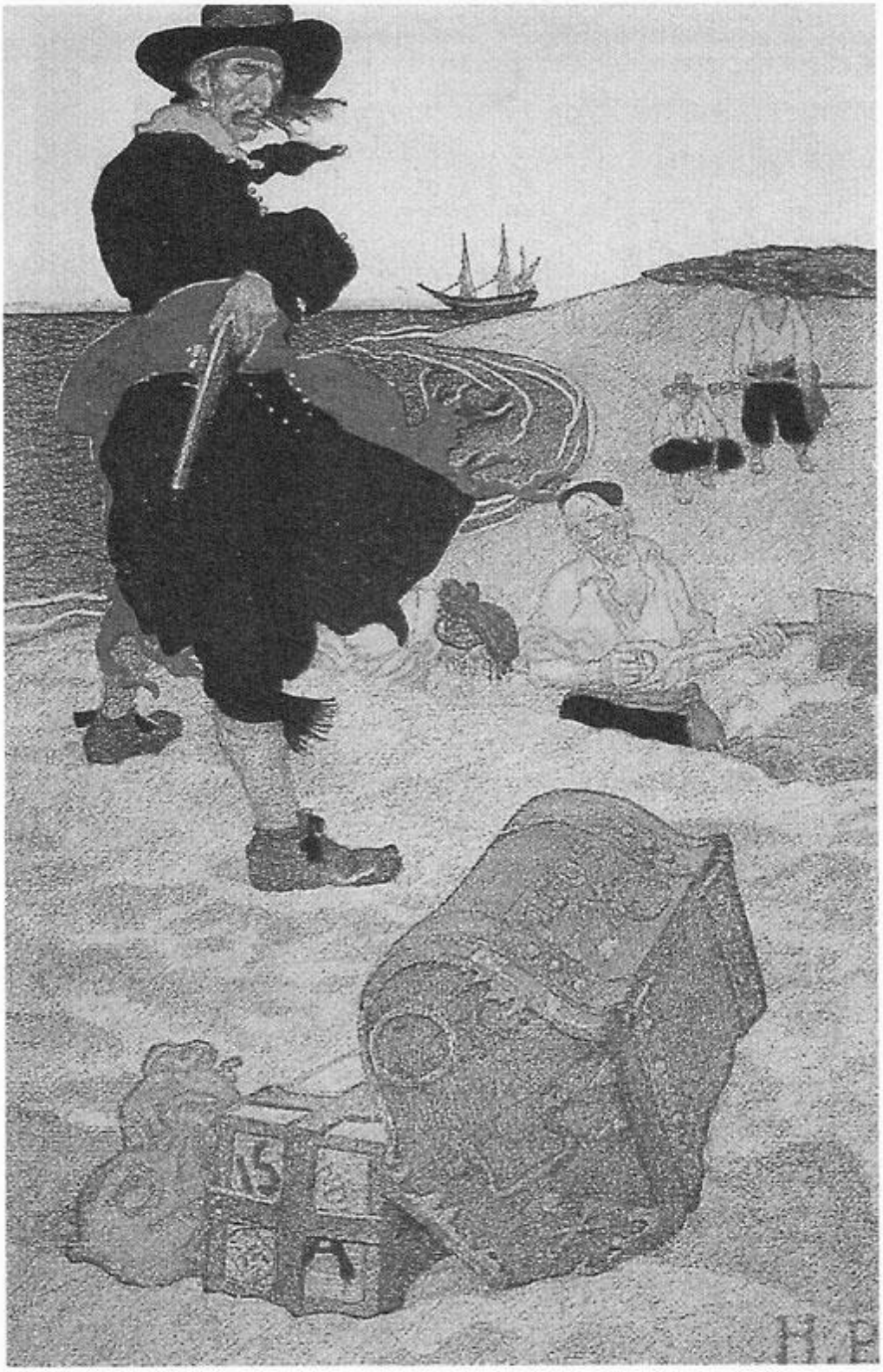


Ilustración de Howard Pyle sobre el capitán Kidd

Mary Read revela su sexo a un pirata al que acaba de herir de muerte en un duelo

Notas

[1] Aprovechamos esta mención a nuestro amigo Juan Antonio Molina Foix, responsable de la desaparecida editorial Nostromo, para agradecerle haber puesto a nuestra disposición su edición inglesa de la *Historia de los piratas* de Defoe. (Los editores.) <<

[2] Jefe local de Afganistán que encabezó la rebelión contra la dominación persa en 1720. <<

[3] *Quarter-Master*: Luis Leal lo traduce por «guardabanderas», y Paasch por «cabo de mar»; O'scanlan da la acepción de «cabo de brigadas», que parece acercarse más a la función que Defoe atribuye a este puesto. <<

[4] Virgilio, *Geórgicas*, II, 149-50. <<

[5] Estaba en Londres, en la margen izquierda del Támesis; aquí eran ahorcados los piratas, en la marca de la bajamar; se los dejaba durante tres pleamares, y después sus cuerpos se colgaban con cadenas junto al río. <<

[6] Equivalente a tres horas y media, ya que cada ampolleta de un reloj de arena tarda en vaciarse media hora. (N. del E.) <<

[7] Referencia al fracasado Plan Darién, proyecto del inglés William Paterson para la colonización escocesa del istmo de Panamá. En 1698 fue enviada allá una flota de colonos escoceses, que fue diezmada por las fiebres y los españoles. Una segunda expedición, enviada al año siguiente, fracasó igualmente. Los escoceses no perdonaban a los ingleses su negativa a prestarles ayuda para estas expediciones. Años más tarde (1707), Inglaterra pagó a Escocia una suma importante de dinero en compensación por las grandes pérdidas ocasionadas por estas expediciones que prácticamente fueron costeadas con la totalidad del capital circulante del pueblo escocés. (N. del E.) <<

[8] Frederick Phillips (1626-1702), el naviero más rico de Nueva York en esa época, aunque no el más escrupuloso. <<